

A narrow, dimly lit alleyway in an old building. The walls are light-colored and show signs of age. On the left, there is a large, ornate metal door. In the center, a dark arched doorway leads further into the building. A small window with a blue grille is visible on the upper wall. In the bottom left corner, the head and shoulders of a young child with dark, curly hair are visible, looking towards the camera.

NAGUIB  
MAHFUZ



HIJOS  
DE NUESTRO  
BARRIO

Un padre longevo se aísla en su Casa Grande tras dejar unas tierras a los descendientes que expulsó un día de su espléndido jardín. Uno de sus hijos, Idrís, tienta a su hermano Adham. A partir de ahí, la simiente de ambos se multiplica dando lugar a un barrio de El Cairo dividido en dos grupos: los que se ganan el sustento y los que ejercen de caciques. De vez en cuando, surge allí un ser idealista que intenta liberar a los oprimidos. Es fácil reconocer a Dios, Caín, Moisés, Jesucristo y Mahoma en estas páginas y darse cuenta de que esta novela narra la historia de la Humanidad.



eBooks con estilo

Naguib Mahfuz

# Hijos de nuestro barrio

ePUB v1.0

25.5.13

---

más libros en [epubgratis.me](http://epubgratis.me)

---

Título original: *Awlad Haretna*

Naguib Mahfuz, 1959

Traducción: D. G. Villaescusa, R. M. Monfort, I. Ligoré, C. de Losada y E. Abelleira.

ePub base v2.1

# PRÓLOGO

ÉSTA es la historia o, mejor dicho, las historias de nuestro barrio. Yo sólo he presenciado los últimos sucesos acaecidos, pero he ido recogiendo cuanto oía contar a numerosas personas. Todos en nuestro barrio relatan estas historias; lo hacen tal y como las oyeron en el café o como se las transmitieron de padres a hijos; y en esas fuentes baso mis relatos. Con cualquier motivo salen a relucir estas historias. Siempre que alguien está en aprietos o sufre algún agravio, señala hacia la Casa Grande, al comienzo del callejón, en el límite con el desierto, y dice con tristeza: «Esa es la casa de nuestro antepasado; todos descendemos de él, todos tenemos derecho a sus tierras; ¿por qué, pues, hemos de pasar hambre o ser desgraciados?». Y, a continuación, cuentan las hazañas de Adham, Gábal, Rifaa y Qásem, los héroes de nuestro barrio.

Nuestro antepasado fue en verdad un personaje enigmático. Vivió más de lo que ningún ser humano puede desear ni tan siquiera imaginar; tanto, que su longevidad se hizo proverbial. Cuando empezó a envejecer se encerró en su casa, de eso hace ya mucho tiempo, y nadie le volvió a ver. La historia de su aislamiento y de su longevidad asombra a todo el mundo, y quizá la fantasía y también los prejuicios hayan contribuido a alimentar la leyenda. Sea como fuere, le llamaban Gabalauí, «el hombre de la montaña», y dio su nombre a nuestro barrio. Fue el dueño de sus habices y de todo lo que se alzaba en ellos, y también de las tierras contiguas a la zona desierta. Una vez oí que alguien decía: «El dio vida a nuestro barrio y nuestro barrio

alumbró a El Cairo, que es la madre del mundo. Aquí vivía; solo, cuando esto no era mas que un páramo; luego, con la fuerza de su brazo, lo dominó todo, y consiguió que hasta el gobernador le respetara; nunca volverá a existir un hombre igual, tan valiente que hasta las fieras se estremecían al oír su nombre». Otro contaba: «Era un verdadero cacique, pero no como los demás; nunca extorsionó a nadie a cambio de protección; no alardeaba de nada y se compadecía del débil». Sin embargo, algún tiempo después, unos cuantos empezaron a referirse a él en un tono inadecuado a su categoría y su poder, pero tales cambios acontecen en el mundo. Su historia me ha parecido siempre fascinante y nunca me ha cansado. ¡Cuántas veces me he sentido impulsado a merodear por la Casa Grande por si lograba verle un instante, sin conseguirlo! ¡Cuántas veces me he detenido frente a la enorme puerta mirando el cocodrilo momificado que hay encima! ¡Y cuántas veces me he sentado en el desierto del Muqattam, cerca del alto muro, y sólo he logrado ver las copas de las moreras, de los sicómoros y las palmeras que ocultan la casa y sus ventanas cerradas sin el más leve vestigio de vida! ¿No es triste que hayamos tenido un antepasado como él y no nos haya visto, ni nosotros a él? ¿No es extraño que se oculte en esa gran casa cerrada y que nosotros vivamos entre el polvo?

Cuando preguntas qué ha pasado para que él y nosotros nos hallemos en esta situación, de inmediato te cuentan estas historias, y en tus oídos se repiten los nombres de Adham, Cabal, Rifaa y Qássem..., pero nunca te quedas del todo satisfecho ni tranquilo. Dije que nadie lo había visto desde que se encerró en su casa. A casi nadie le importó que lo hiciera; la gente sólo se preocupó desde el principio por su herencia y por sus diez condiciones, que tanto han dado que hablar. Desde que nací, eso ha sido motivo de disputas en nuestro barrio, y la cuestión se ha ido agravando con el paso de las generaciones, y así parece que seguirá sucediendo. Por tanto, no es que quiera incitar a la burla cuando digo que todos los hijos de nuestro barrio están unidos por un estrecho parentesco. Fuimos y seguimos siendo una sola familia en la que nunca entró nadie extraño. Todos, mujeres y hombres, nos conocemos; y, sin embargo, no existe ningún otro barrio en el que haya unas peleas tan terribles como las nuestras ni que esté tan

dividido por las pependencias. Por cada uno que procura la paz, hay diez matones buscando pelea, bastón en ristre. La gente ha llegado a acostumbrarse a pagar para que la dejen vivir en paz, y se somete y se humilla con tal de no correr peligro. La más leve falta, ya sea de palabra u obra, es duramente castigada y ¡ay de quién deje traslucir algún mal pensamiento! Pero lo más curioso es que en los barrios vecinos, como Otuf o Kafr el-Zagari, Darrasa y Husainiya, nos envidian por nuestros habices y por nuestros héroes, y aseguran que nuestro barrio es fuerte, que las tierras del habiz dan riquezas y que sus jefes son invencibles. Todo eso es verdad, pero no saben que somos tan pobres como mendigos, que vivimos entre inmundicias, con moscas y piojos, que hemos de contentarnos con unos pocos mendrugos y que andamos medio desnudos, mientras nuestros caciques se pavonean, concitando la admiración de todos, pero nadie quiere recordar que lo hacen a nuestra costa. Nuestro único consuelo es mirar hacia la Casa Grande y decir con tristeza: «Ahí vive Gabaloui, el dueño de estas tierras; es nuestro antepasado y de él descendemos».

Yo he vivido la última etapa de nuestro barrio y he sido testigo de lo sucedido con Arafa, uno de nuestros mejores hombres. Gracias a un amigo de Arafa he podido escribir la historia de nuestro barrio, pues un día me dijo: «Tú eres de los pocos que saben escribir: ¿por qué no cuentas nuestra historia? Siempre que se habla de nosotros se mezclan los datos, y las noticias van cambiando según las simpatías y animosidades de quien las cuenta. Sería conveniente que las reunieras en un solo libro, del que todos obtuviéramos provecho; yo te contaré algunos casos y secretos que no sabes». En seguida me dispuse a escribir, pues por una parte estaba convencido de que merecía la pena, y por otra, tenía mucho afecto a quien me lo proponía. Yo fui el primero del barrio que se dedicó a escribir, a pesar de todo el desdén y las burlas que ello me granjeó. Me propuse reflejar las súplicas y las quejas de los oprimidos y los necesitados. Aunque acuden a mí muchos desgraciados, mi trabajo no me ha elevado por encima de los pobres de nuestro barrio, pero gracias a él he podido conocer los secretos de la gente y sus penas, que me desgarran el corazón. Sin embargo, yo no escribo sobre mí ni mis problemas, porque no pueden compararse con los

de nuestro barrio, ese extraño barrio nuestro, lleno de extraños sucesos. Pero ¿cómo empezó todo? ¿Qué sucedió realmente? ¿Quiénes son los hijos de nuestro barrio?



**ADHAM**

# 1

ANTES, nuestro barrio era un yermo y formaba parte del desierto del Muqattam, que abarcaba todo el horizonte. En él sólo se levantaba la gran casa que Gabaloui había construido, desafiando el miedo, la barbarie y el pillaje. Tenía un alto muro que cercaba una amplia extensión de terreno, cuya mitad occidental la ocupaba el jardín y la otra, hacia el este, un edificio de tres plantas.

Un día, el dueño del habiz reunió a sus hijos en la sala de la planta baja, junto a la terraza que daba al jardín. Acudieron todos con sus galabeyas de seda: Idrís, Abbás, Reduán, Guelil y Adham. Permanecieron de pie, frente a él. Le respetaban de tal manera que casi no se atrevían a levantar la mirada hacia él. Les ordenó que se sentaran y así lo hicieron, a su alrededor. Durante unos instantes, les observó atentamente con la mirada penetrante de un halcón; luego, se levantó, se acercó a la gran puerta de la terraza y se quedó mirando el extenso jardín repleto de moreras, sicómoros y palmeras. Alheñas y jazmines trepaban entre los árboles, y en sus ramas cantaban los pájaros. El jardín estaba lleno de vida y de bullicio, pero en la habitación reinaba el silencio. Los hermanos pensaron que el amo del desierto les había olvidado. Alto y fornido como era, parecía un ser venido de otro planeta, alguien sobrenatural. Se miraron unos a otros, preguntándose qué pasaría; solía actuar de ese modo cuando tomaba una decisión importante. Estaban inquietos porque era todopoderoso en la casa y en el desierto, y ellos, ante él, no eran nada. Se volvió sin moverse del sitio, y su voz, ronca

y profunda, retumbó en la habitación, a pesar de estar recubierta de alfombras y tapices:

—Convendría que alguien me sustituyera al frente de las tierras habices.

Volvió a observarles atentamente, pero ellos no se inmutaron. Llevar las propiedades no era nada apetecible para unos jóvenes que preferían divertirse, sin asumir responsabilidad alguna. Y además, estaba claro que Idrís, el hermano mayor, era el candidato natural para el puesto. Nadie tenía dudas al respecto. Idrís pensó: «¡Qué fastidio! ¡Cuántos problemas con esos arrendatarios tan pesados!».

—He elegido a vuestro hermano Adham para dirigir todo bajo mi supervisión —continuó diciendo Gabalauí.

Ante semejante sorpresa, palidieron. Atónitos, se miraron unos a otros, menos Adham que, confuso y avergonzado, siguió mirando al suelo. Gabalauí, imperturbable, añadió, dándoles la espalda:

—Para esto os he mandado llamar.

La ira desgarró las entrañas de Idrís, aunque sólo se traslució algo de su gran contrariedad. Sus hermanos —menos Adham, naturalmente— le miraron con pena y sufrieron en silencio el agravio recibido, que les alcanzaba a todos ellos. Idrís dijo en un tono tan suave que parecía otra persona:

—Pero padre...

Éste le cortó con frialdad, mientras se volvía hacia ellos:

—Pero ¿qué...?

Los otros miraron al suelo para evitar que leyera sus pensamientos. Idrís dijo con firmeza:

—Yo soy el mayor.

Gabalauí contestó, enfadado:

—Lo sé muy bien. Soy tu padre.

Idrís replicó, cada vez más furioso:

—Los derechos del mayor no pueden postergarse sin razón... Gabalauí le miró largo rato, como para darle ocasión a cambiar de actitud; luego, dijo:

—Os aseguro que he procurado hacer lo más conveniente.

Idrís había aguantado el golpe, pero su resistencia llegaba a su fin. Sabía que su padre se enfurecía cuando le llevaban la contraria y que si seguía discutiendo podía sucederle algo peor, pero la furia no le dejaba pensar en las consecuencias. Se abalanzó hacia Adham y, rozándole casi, se creció ante él como un gallo, para que quedara patente la gran diferencia de estatura, color y belleza que había entre ellos. Escupió con fuerza estas palabras:

—Tanto yo como mis otros dos hermanos somos hijos de una gran señora, de una mujer respetable; en cambio él es hijo de una criada negra.

El rostro moreno de Adham palideció, pero permaneció inmóvil. Gabalauí levantó el puño y dijo en tono amenazador:

—¡Cuidado con lo que dices, Idrís!

Pero Idrís estaba fuera de sí y siguió gritando:

—Además es el pequeño; ¿por qué le prefieres a mí? ¿Es que ahora mandan los criados y los esclavos?

—¡Modera tu lengua, imbécil, o te arrepentirás!

—Prefiero que me cortes la cabeza a que me humilles de esta manera.

Reduán levantó la cabeza y, mirando a su padre, dijo con una leve sonrisa:

—Somos hijos tuyos y es lógico que nos disguste sentir que no nos apoyas, pero tú decides: sólo queremos saber por qué has tomado esta decisión.

Gabalauí, dejando a Idrís, se volvió hacia Reduán y, conteniendo al máximo su indignación, contestó:

—Adham sabe cómo son los arrendatarios; a casi todos los conoce por su nombre. También es capaz de escribir y de hacer cuentas.

Tanto Idrís como sus hermanos se sorprendieron al oír la respuesta de su padre. ¿Desde cuándo conocer a los campesinos era un mérito que mereciera recompensa? ¿Y desde cuándo era un mérito haber ido a la escuela? ¿A Adham le hubiera mandado su madre a la escuela si hubiera sospechado que un día podría llegar a ser el amo?

—¿Y por eso hay que humillarme a mí? —preguntó con amargura Idrís. Malhumorado, Gabalauí replicó:

—Ésa es mi voluntad. No tienes más remedio que obedecer. —Luego se volvió completamente hacia los hermanos de Idrís, y preguntó—: Y vosotros ¿qué decís...?

Abbás, que no se atrevía a sostener la mirada de su padre, respondió taciturno:

—Yo obedezco.

Guelil, mirando al suelo, se apresuró a afirmar:

—Haré lo que tú quieras, padre.

Reduán tragó saliva con dificultad y repitió:

—Estoy de acuerdo con lo que tú digas.

Ante esto, Idrís, furioso, lanzó una gran carcajada que le afeó el rostro.

—¡Cobardes! —chilló—. Sabía que no os rebelaríais. Por eso seréis tiranizados por el hijo de una criada negra.

Gabalai gritó, entornando los ojos en señal de advertencia:

—¡Idrís!

Pero Idrís había perdido por completo el control, y vociferó:

—¿Qué clase de padre eres? Un tirano. Eso es lo que eres. Tratas a tus hijos como a tus enemigos.

Gabalai, como si fuera a atacar, avanzó con lentitud dos pasos y, en voz baja, ordenó con una expresión ceñuda que nada bueno auguraba:

—¡Cállate!

Pero Idrís siguió gritando:

—¡No me das miedo! Sabes que no me asustas. Y si has decidido elegir al hijo de la criada en vez de a mí, no esperes que, encima, vaya a callarme y a obedecerte.

—¿No sabes lo que significa rebelarse contra mí, maldito?

—Aquí el único maldito es él, el hijo de la criada.

Gabalai gritó con voz alterada y ronca:

—¡Rebelde! Ella es mi mujer. O te comportas o te aplasto contra el suelo.

Los demás hermanos, y sobre todo Adham, estaban aterrados porque conocían la violencia de su padre. Idrís, en cambio, estaba tan furioso que

no se daba cuenta del peligro que corría y, como un loco que se enfrentara a un fuego incontenible, insistió:

—Me odias. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero no hay duda. Quizá haya sido la criada la que te ha enseñado a odiarnos. Tú eres el señor del desierto, el dueño de estas tierras, el temible jefe, pero una simple sirvienta puede hacer contigo lo que quiera. Un día la gente se burlará de ti, señor del desierto.

—Te he dicho que te calles, maldito.

—No me insultes por causa de Adham. ¡Hasta la tierra se levantaría para maldecirle! Tu estúpida decisión va a ponernos en ridículo ante todo el mundo.

Gabalauí gritó tan fuerte que su voz retumbó en todo el jardín y llegó hasta el harén:

—¡Vete!

—Ésta es mí casa y la casa de mi madre, que es la única dueña.

—A partir de hoy, nadie te volverá a ver aquí.

Su ancha cara se ensombreció tanto que recordaba el color del Nilo en la plenitud de su crecida y, agitándose como una mole, apretó sus puños de granito. Todos comprendieron que había llegado el fin de Idrís. Sería una tragedia más de cuantas había sido testigo silencioso la casa. ¡Cuántas bellas mujeres se habían convertido en miserables pordioseras por una sola palabra suya! ¡Cuántos hombres se habían marchado de la casa después de trabajar en ella largos años, arrastrándose, ensangrentados, llevando en sus desnudas espaldas las marcas de los latigazos! Cuando se pierde el control se olvida el respeto y la dignidad del ser humano, por muy importante que éste sea. Por eso todos comprendieron que el final de Idrís había llegado. ¡Idrís, el mayor de todos, tan fuerte y bien parecido como su padre! Gabalauí se le acercó dos pasos más y le dijo:

—Ya no eres mí hijo ni yo soy ya tu padre. Esta no es tu casa ni tienes aquí madre, ni hermanos ni criados. Ahí fuera te espera el mundo. Vete con mi maldición y mi cólera. El tiempo se encargará de demostrarte lo que vales cuando vagues sin rumbo, sin mi protección ni mi cariño.

Idrís golpeó con el pie la alfombra persa, gritando:

—¡Esta es mí casa y no pienso marcharme!

Su padre se abalanzó sobre él y, sin darle tiempo a defenderse, le agarró con fuerza por el hombro y, empujándole hacia atrás, le arrastró a través de la puerta de la terraza y le hizo bajar la escalera a trompicones. Le empujó, luego, por el camino tapizado de jazmines y flanqueado de rosales y alheñas, hasta llegar a la gran puerta del jardín y, obligándole a salir, cerró la verja tras él, gritando tan fuerte que le oyeron todos los habitantes de la casa:

—¡Mataré al hombre que le ayude o le deje volver!

Y, levantando la cabeza hacia las ventanas cerradas del harén, repitió la amenaza:

—Repudiaré en el acto a la que se atreva a socorrerle.

## 2

A partir de ese día tan triste, Adham iba todas las mañanas a trabajar en el despacho que había a la derecha de la puerta de la Casa Grande. Trabajaba duramente, cobraba las rentas, hacía los pagos y presentaba las cuentas a su padre. Demostraba tacto y discreción al tratar con los arrendatarios, y ellos, que tenían fama de violentos y rudos, estaban contentos con él. Las cláusulas por las que se regían las tierras eran secretas; sólo las conocía el padre, y todos temieron que la elección de Adham como administrador fuera el primer paso para nombrarle heredero. Hasta entonces, Gabaloui no había demostrado preferencia por ninguno de sus hijos y, gracias a ello y al respeto que le tenían, habían vivido siempre en paz y armonía. Ni siquiera Idrís, a pesar de ser fuerte, guapo y dado en ocasiones a francachelas, había tratado mal a ninguno de sus hermanos hasta ese día. Idrís era generoso y simpático, tenía buen carácter y gozaba del afecto y la admiración de todos. Seguramente los cuatro hermanos mayores se daban cuenta de que Adham, el hermanastro, era diferente a ellos, pero nunca se lo demostraron ni le trataron mal. Adham quizá notaba más la diferencia, y algunas veces habría comparado su piel oscura con la piel blanca de ellos, su debilidad con su fuerza, o a su humilde madre con la madre tan distinguida de los otros. Sin duda, eso le habría hecho sufrir y le habría dolido alguna vez, pero en el ambiente gratísimo que reinaba en la casa, y sometido al poder y a la sabiduría de su padre, su infelicidad no pudo haber durado mucho tiempo, y creció sano de espíritu y de mente.

Adham dijo a su madre antes de ir a sus ocupaciones por primera vez:



—Dame tu bendición, madre. Este trabajo es una gran prueba para los dos. Ella respondió con humildad:

—¡Dios quiera que todo salga bien! Eres un buen hijo y la gente buena siempre triunfa.

Y Adham se dirigió al despacho, seguido por muchos ojos que le miraban desde la terraza, el jardín y las ventanas. Se sentó en el sillón principal y empezó a trabajar. Su tarea era la de mayor responsabilidad de todo el territorio desértico que se extendía entre el monte Muqattam, al este, y el viejo Cairo, al oeste. Adham se impuso cumplir con lealtad sus obligaciones y, por primera vez en la historia de la casa, iba anotando en los cuadernos hasta la última piastra. Cuando daba la paga a sus hermanos lo hacía con tanta delicadeza que fueron olvidando poco a poco su resentimiento hacia él. Luego, entregaba a su padre el dinero recaudado.

Un día su padre le preguntó:

—Adham, ¿te gusta tu trabajo? El contestó con humildad:

—Mientras sigas queriendo que lo haga, será para mí lo más importante de mi vida.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el ancho rostro de su padre; a pesar de la dureza de su carácter, era sensible a los halagos. A Adham le gustaba reunirse a hablar con él, y cuando lo hacía, le dirigía furtivas miradas de admiración y cariño. Disfrutaba oyéndole contar, a él y a sus hermanos, las historias de los viejos tiempos y las aventuras de su juventud, cuando irrumpía en aquellas tierras y, enarbolando su temible bastón, sometía a su dominio todo cuanto pisaba.

Tras la marcha de Idrís, Abbás, Reduán y Guelil siguieron reuniéndose como de costumbre en la azotea para comer, beber y jugar. A Adham, en cambio, sólo le gustaba sentarse en el jardín. El jardín le entusiasmaba, y también le entusiasmaba tocar la flauta, y conservó esta costumbre después de asumir sus nuevas responsabilidades, aunque ya no le quedaba tanto tiempo libre. Cuando acababa el trabajo, solía extender una estera al lado del arroyo, se recostaba en el tronco de una palmera o de un sicómoro o se tumbaba bajo el enramado de jazmines, y descansaba mirando los pájaros (¡y cuántos había!) o siguiendo el vuelo de las palomas, ¡tan suaves! Luego

tocaba la flauta e imitaba los cantos, gorjeos o zureos de las aves, ¡y qué bien los imitaba! O simplemente se quedaba mirando el cielo a través de las ramas, ¡y qué bello era el cielo!

En cierta ocasión, se le acercó Reduán cuando estaba sumido en aquella contemplación y, mirándole desdeñoso, le dijo:

—¡Cuánto tiempo pierdes trabajando! Adham sonrió.

—Si padre no se enfadara, a lo mejor me quejaba.

—¡No hay nada más maravilloso que no hacer nada! Adham le contestó tranquilamente:

—¡Me alegro por vosotros!

Reduán le preguntó, disimulando su disgusto con una sonrisa:

—¿No te gustaría hacer lo que nosotros?

—Prefiero estar en el jardín tocando la flauta. Reduán comentó con amargura:

—A Idrís le hubiera gustado hacer tu trabajo. Adham miró al suelo:

—Idrís no ha tenido nunca tiempo de trabajar; si se enfadó fue por otros motivos. Pero donde realmente se encuentra la felicidad es aquí, en el jardín.

Cuando Reduán se hubo marchado, Adham pensó: «El jardín, el canto de los pájaros, el agua, el cielo y mi alma anhelante; ¡ésa es la verdadera vida! Siento como si estuviera buscando algo. ¿Qué podrá ser? A veces la flauta casi me responde, pero todavía no sé qué busco. Si los pájaros hablaran mi idioma, me dirían la solución y apaciguarían mi alma; también lo harían las rutilantes estrellas. Verdaderamente, cobrar las rentas de los campesinos no tiene mucho que ver con el placer de la música».

Un día, Adham estaba mirando su sombra proyectada en el camino junto a los rosales, cuando de repente otra sombra apareció junto a la suya, y entonces se dio cuenta de que alguien había llegado desde el recodo de detrás de la casa. La segunda sombra parecía surgir de su propia espalda. Se volvió y vio a una joven negra que, al descubrirle allí, se dispuso a marcharse. Él le dirigió un gesto para que se quedara, y ella así lo hizo. La miró un largo rato y después le preguntó con dulzura:

—¿Quién eres?

Ella contestó en tono inseguro:

—Soy Omayma.

Recordaba su nombre. Era una parienta de su madre que trabajaba como criada, igual que lo había hecho su madre antes de casarse con su padre. Sintió deseos de seguir hablando con ella y le preguntó:

—¿Por qué has salido al jardín? Bajó la mirada y respondió:

—Me pareció que no había nadie.

—Las mujeres no podéis venir aquí.

Y ella reconoció con una voz casi imperceptible:

—No he debido hacerlo, señor.

Echó a correr y desapareció por detrás del recodo. Oyó cómo se alejaba con rapidez e, impresionado, pensó: «¡Qué chica tan encantadora!». Y se sintió, como nunca hasta entonces, una más de las criaturas del jardín, y le pareció que todas juntas —las rosas, el jazmín, los claveles, los pájaros, las palomas y él mismo— formaban parte de una misma melodía. Se dijo: «Omayma es adorable y hasta sus gruesos labios lo son. Todos mis hermanos están casados, excepto el orgulloso Idrís. Ella es negra, como yo. ¡Qué bonito ver aparecer su sombra saliendo de la mía, como si formara parte de mi cuerpo y de sus confusos deseos! A mi padre no le parecerá mal mi elección; él también se casó con mi madre».

### 3

ADHAM volvió a su trabajo, con el corazón henchido de emoción y embriagado de belleza. Intentó concentrarse en la contabilidad diaria, pero sólo evocaba la imagen de la joven negra. No era extraño que no la hubiera visto antes, pues el harén era en aquella casa como las entrañas del hombre: se sabe que existen, se vive gracias a ellas, pero no se las ve nunca; Adham estaba entregado a sus dulces sueños cuando, de repente, una voz atronadora le sacó bruscamente de ellos; se oía tan cerca que parecía estar en su mismo despacho. El vozarrón decía:

—¡Estoy aquí, Gabaloui, en el desierto, maldiciéndoos a todos! Mi maldición caerá sobre los hombres y mujeres de esa casa. Desafío a pelearse conmigo a quien no le guste lo que digo. ¿Me oyes, Gabaloui?

Adham exclamó: «¡Idrís!», y salió precipitadamente al jardín. Vio a Reduán que se le acercaba, muy alterado:

—Es Idrís. Está borracho. Desde la ventana le he visto tambalearse. ¡Qué nuevos escándalos habrá reservado el destino a nuestra familia! Adham cerró los ojos y, muy triste, dijo:

—Hermano, la pena me destroza el corazón.

—¿Qué podemos hacer? Puede ocurrir una desgracia.

—¿No crees que deberíamos hablar con nuestro padre? Reduán frunció el ceño y contestó:

—Tu padre nunca cambia de opinión. Si ve a Idrís en ese estado se enfadará todavía más.

—¡Ojalá hubiéramos podido evitar esta desgracia! —exclamó apesadumbrado Adham.

—Sí. Las mujeres lloran. Abbás y Guelil están tan disgustados que se han encerrado en sus habitaciones. Padre está solo en su cuarto y nadie se atreve a acercársele...

Adham volvió a preguntar con ansiedad, presagiando una tragedia:

—¿No crees que deberíamos hacer algo?

—Todos deseamos que haya paz, pero la forma de no tenerla es buscarla a cualquier precio. Yo, aunque se hunda el mundo, no pienso arriesgar nada; pero es evidente que Idrís está arrastrando por el fango el buen nombre de la casa.

«Entonces, ¿a qué has venido?!», se preguntó Adham, que de la noche a la mañana se había convertido en la manzana de la discordia. Suspirando, comentó en voz alta:

—Yo no tengo la culpa de nada, pero no podré volver a ser feliz si no hago algo.

Reduán le dijo mientras se disponía a marcharse:

—Hay muchas razones por las que deberías hacer algo.

Y se marchó. Cuando se quedó solo, Adham sintió que las palabras de Reduán le martilleaban el cerebro: «Hay muchas razones...». Sí. Él era inocente, pero todos le consideraban culpable, aunque no hubiera hecho nada. Quienes se compadecieran de Idrís le maldecirían siempre a él. Adham se dirigió hacia la puerta del jardín, la abrió sigilosamente y salió fuera. Vio que Idrís no andaba lejos. Iba haciendo eses por el camino y tenía los ojos vidriosos, el pelo enmarañado y la galabeya abierta, dejando al descubierto el vello del pecho. Al ver a Adham, saltó hacia él como un gato sobre un ratón, pero su borrachera le hizo caer al suelo. Cogió un puñado de tierra y se lo arrojó a Adham, alcanzándole en el pecho y manchándole la ropa. Adham le llamó con cariño:

—¡Hermano!

Idrís, enderezándose, chilló:

—¡Cállate, perro, hijo de perra! Tú no eres mi hermano ni tu padre es mi padre. ¡Derribaré esta casa sobre vuestras cabezas! Adham, muy

cariñoso, exclamó:

—¡Eres la persona más buena y noble de esta casa! Idrís rió con una falsa carcajada y volvió a gritar:

—¿Por qué has venido aquí, hijo de la criada? Vuelve con tu madre y llévala a donde le corresponde, con las sirvientas. Adham le advirtió, sin cambiar de tono:

—No te dejes dominar por la ira ni cierres las puertas a los que quieren ayudarte.

Idrís continuó, amenazándole con el puño:

—¡Maldita casa, donde sólo están tranquilos los cobardes, que comen el pan de la sumisión y sirven a quien les pisotea! No volveré nunca mientras tú seas el jefe. Dile a tu padre que vivo en el desierto del que él salió y que me he convertido en un salteador de caminos, como lo fue él, en un criminal como él, perverso y cruel. Me señalarán por donde vaya, destrozando todo lo que encuentre a mi paso, y la gente dirá: «Ese es el hijo de Gabalauí». Os hundiré en el fango a vosotros, que os creéis señores cuando, en realidad, sois unos ladrones.

Adham siguió diciéndole:

—Vuelve en ti, hermano; no digas cosas de las que luego te puedas arrepentir. No tienes más puertas cerradas que las que te cierres tú. Te juro por mi honor que todo volverá a ser como antes.

Idrís avanzó hacia él con tanta dificultad como si fuera zarandeado por el viento:

—Tú no tienes honor; eres el hijo de una criada. Adham le dirigió una larga mirada:

—Entonces, lo juro porque somos hermanos.

—¡Hermanos! Arroje esa palabra en el primer estercolero que encontré en el camino.

Adham replicó con pena:

—Hasta ahora sólo había oído hablar bien de ti.

—La tiranía de tu padre me ha obligado a decir la verdad.

—No me gustaría que te viera nadie en este estado. Idrís soltó una carcajada estentórea y gritó:

—¡Cada día me verán peor! La vergüenza, la desgracia y el escándalo caerán sobre vosotros por mi culpa. Tu padre me echó de casa a la fuerza y tendrá que atenerse a las consecuencias.

Se abalanzó sobre Adham, que se apartó sin responderle. Idrís estuvo a punto de caer al suelo, pero consiguió sujetarse a la pared. Jadeaba, ciego de rabia, y se puso a buscar piedras para tirárselas, mientras Adham se marchaba, despacio, hacia la puerta del jardín y desaparecía por ella. Sus ojos estaban anegados de lágrimas. Idrís seguía vociferando. Adham se aproximó lentamente a la terraza y, a través de la puerta, vio a su padre cruzar el salón. Se le acercó sin ser visto. Adham estaba demasiado triste para sentir miedo. Gabalauí le miró inexpresivo. Estaba de pie, con su elevada estatura y fuerte complexión, delante de una hornacina para orar, que había sido reproducida en la pared del fondo de la habitación. Adham hizo un gesto de saludo con la cabeza y dijo:

—Buenos días.

Gabalauí le observó atentamente y luego, con una voz que le estremeció el corazón, preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Adham musitó:

—Padre, mi hermano Idrís...

Gabalauí no le dejó continuar y, con una voz que recordaba el choque del hacha contra la piedra, le ordenó:

—¡No se te ocurra nombrarle en mi presencia! —Y luego, mientras entraba—: ¡Vuelve a tu trabajo!

## 4

Los días y las noches se sucedían en el desierto, e Idrís iba precipitándose más y más en el abismo del mal y haciendo mayores extravagancias cada vez. Merodeaba por la casa, profiriendo los insultos más soeces, o se sentaba cerca de la puerta, desnudo como su madre le trajo al mundo, haciendo como sí tomara el sol y cantando las canciones más obscenas, o recorría los barrios próximos con la petulancia de los matones, provocando con miradas hostiles a cualquier transeúnte y buscando pelea con quien le saliera al paso. La gente callaba y le evitaba, murmurando:

—¡Es el hijo de Gabalau!

No le preocupaba la comida. Con toda tranquilidad, cogía lo que le apetecía donde lo encontraba, ya fuera en una casa de comidas o en un puesto ambulante; comía hasta hartarse y luego se marchaba sin pagar ni dar las gracias. Cuando tenía ganas de jaleo iba a la primera taberna que le salía al paso y pedía aguardiente hasta emborracharse como una cuba. Entonces, su lengua se desataba y pregonaba a los cuatro vientos los secretos y rarezas de su familia, sus costumbres más ridículas y lo despreciablemente cobardes que eran, presumiendo de la rebelión contra su padre, el mayor tirano de aquellas berras. Luego se ponía a recitar versos o a reírse como un loco y, a veces, si le apetecía, hasta cantaba y bailaba. Su felicidad era completa si conseguía acabar la velada con una pelea. Satisfecho, se marchaba entonces, repartiendo saludos a todo el mundo. Por tales actuaciones era conocido y temido en todas partes, y la gente le evitaba cuando podía, aunque le aceptaba como una catástrofe natural. La



familia sufría enormemente. Su madre, abatida por el dolor, se quedó paralítica; cuando agonizaba, entró Gabaloui a darle el último adiós y ella, con la mano que podía mover, le hizo un gesto amenazador y entregó su alma, furiosa y desconsolada. La tristeza envolvió a la familia como una tela de araña. Los hermanos dejaron de reunirse por las noches en la azotea, y la flauta de Adham no volvió a escucharse en el jardín.

Un día, el padre tuvo otro violento ataque de cólera. Esta vez la víctima fue una mujer. Empezó a gritar y a maldecir con su voz atronadora a una criada llamada Narguís, y la echó de casa. Se acababa de enterar de que estaba encinta, y la sometió a un duro interrogatorio hasta que confesó que Idrís la había seducido antes de ser expulsado de la casa. Narguís se marchó, gimiendo y golpeándose las mejillas, y estuvo vagando por los alrededores todo el día hasta que Idrís la encontró y, sin saludarla siquiera, la montó en su caballo, como si se tratara de un objeto que pudiera serle útil más tarde.

Pero siempre llega un día en que uno se acostumbra incluso a la mayor desgracia. Y así sucedió en la Casa Grande: la vida fue recuperando poco a poco la normalidad, de la misma manera que las gentes vuelven a sus casas tras el terremoto que les forzó a huir. Reduán, Abbás y Guelil empezaron a encontrarse de nuevo en la azotea y Adham volvió a tocar la flauta al atardecer en el jardín. Sentía que Omayma le alegraba el corazón y encendía sus sentimientos; el recuerdo de su sombra abrazando la de ella en el camino estaba grabado con toda nitidez en su imaginación. Un día fue a ver a su madre, que estaba bordando un manto en su habitación, y le confió su secreto:

—Se trata de Omayma, madre, tu parienta.

La madre sonrió débilmente; estaba enferma y la alegría que le producía la noticia no logró vencer la postración en que se encontraba.

—Sí, Adham, es una gran muchacha; será tan buena contigo como tú lo serás con ella. Te hará feliz, si el Señor quiere. —Y siguió diciendo, al ver que su hijo se ruborizaba—: No conviene que la mimes demasiado, hijo, para que no te amargue luego la existencia. Hablaré con tu padre. Y ¡ojalá pueda yo conocer a tus hijos antes de morir!

Cuando Gabalauí le llamó, le encontró tan sonriente que pensó: «Realmente, padre es una persona de contrastes: su ternura a veces compensa su dureza».

Su padre le habló:

—No sabía que estuvieras buscando esposa, Adham. ¡Cómo pasa el tiempo! En esta casa despreciamos a los pobres, pero tú has honrado a tu madre al elegir a Omayma. Ojalá tu semilla dé buen fruto. Idrís se ha malogrado.

Abbás y Guelil no tienen hijos; los de Reduán mueren al poco de nacer; lo único que todos ellos han heredado de mí es mi orgullo. Llena pues la casa con los tuyos, o de lo contrario mi vida habrá sido en vano.

Nunca hubo en el barrio unas bodas como las de Adham. Todavía hoy se recuerdan. Aquella noche, los candiles colgaban de los árboles y de los muros, y la casa parecía un oasis de luz en la oscuridad. Se levantó un pabellón en la azotea para los cantantes y había ricos manjares distribuidos por las mesas del salón, del jardín y también fuera de la casa, junto a la puerta. Pasada la medianoche, salió el cortejo del final de Gamaliya. Amigos y enemigos de Gabalauí, es decir, el barrio entero, se unió a él. Adham iba delante entre Abbás y Guelil, con galabeya de seda y un pañuelo bordado; Reduán les precedía. La gente caminaba a los lados, llevando velas y flores, y al frente iba un nutrido grupo de cantores y bailarines. Sonó la música y empezaron las canciones; los amigos de Gabalauí y Adham felicitaban a éste entusiasmados, y las albórbolas de las mujeres despertaron a todo el barrio. El cortejo iba avanzando desde Gamaliya por Otuf y luego por Kafr el-Zagari y Mabyada. Hasta algunos caciques de otros barrios se asomaron a darle la bienvenida. Muchos bailaban la danza del bastón; otros, otras danzas; en las tabernas había bebida gratis, y hasta los jóvenes se emborracharon. Desde todos los fumaderos de hachís, al paso del cortejo, se ofrecían narguiles en obsequio de los participantes en la fiesta. El ambiente estaba aromatizado de buen kif y otras drogas.

De pronto, Idrís surgió al fondo del camino, como si fuera un demonio saliendo de la oscuridad. Apareció junto a la travesía que daba al desierto, iluminado por las antorchas que iban en cabeza. Los que las llevaban se

detuvieron horrorizados y el nombre de Idrís corrió de boca en boca entre la multitud. Los cantores le vieron y el miedo atenazó sus gargantas. Los danzarines también, y sus pasos se detuvieron. De inmediato los tambores callaron, las flautas enmudecieron y las risas se apagaron. Muchos no supieron qué hacer: si rendirse, aunque corrieran peligro, o atacar, en cuyo caso era al hijo de Gabalauí a quien atacaban. Idrís, blandiendo el bastón, gritó:

—¿De quién es este cortejo, escoria de cobardes?!

Hubo un silencio de muerte y todos se volvieron hacia Adham y sus hermanos. Idrís preguntó de nuevo:

—¿Desde cuándo sois amigos del hijo de la criada y de su padre?! Entonces, Reduán se adelantó unos pasos y habló:

—Hermano, sé razonable y deja pasar el cortejo. Idrís frunció el ceño y gritó:

—¿Deberías ser el último en hablar, Reduán! Eres el hermano de un traidor y el hijo de un cobarde, y tú eres un miserable que por un poco de comida, vendes tu honor y vendes a tu hermano. Reduán dijo con recelo:

—A nadie le importan nuestras querellas. Idrís vociferó, riendo:

—¿Todo el mundo conoce vuestra ignominia y, si no fueran unos perfectos cobardes, no habríais encontrado a nadie que cantara y bailara en esta boda!

Reduán dijo con determinación:

—Tu padre nos ha encomendado a tu hermano y estamos dispuestos a defenderle.

Idrís, riendo de nuevo, preguntó:

—¿Dime qué te parecería tener que defenderte a ti mismo, y no al hijo de la criada!

—Has perdido el juicio, hermano. Sólo podrás volver a casa si eres razonable.

—Mientes y lo sabes, Reduán dijo con tristeza:

—Por mi parte, no voy a insultarte, pero deja que siga el cortejo.

Idrís, por toda respuesta, arremetió contra ellos como un toro embravecido. Empezó a dar bastonazos arriba y abajo, apagando antorchas,

reventando tambores, desparramando rosas. El pánico cundió entre la gente, que se dispersó como arena levantada por el viento. Reduán, Abbás y Guelil, hombro contra hombro, siguieron protegiendo a Adham y eso multiplicó la cólera de Idrís:

—¡Cobardes! ¡Defendéis a una persona a la que odiáis por miedo a perder el sustento!

Se abalanzó sobre ellos, y ellos, sin atacarle, pararon sus golpes con los bastones y retrocedieron. De repente, consiguió abrirse paso entre ellos y llegó a Adham. Desde las ventanas, los gritos se hicieron ensordecedores y Adham, preparándose para defenderse, dijo:

—Idrís, yo no soy tu enemigo. Sé razonable.

Idrís levantó el bastón y en ese momento alguien gritó: «¡Gabalai!». Reduán advirtió a Idrís:

—Viene tu padre...

Idrís saltó a un lado del camino, miró hacia atrás y vio acercarse a Gabalai, rodeado de criados con antorchas. Rechinándole los dientes de rabia, gritó burlón, mientras se alejaba:

—¡Pronto te traeré un nieto nacido del pecado, para que estés contento!

Y se marchó corriendo hacia Gamaliya, hasta desaparecer en la oscuridad, mientras los demás le dejaban paso, haciéndose a un lado. El padre llegó junto a los hermanos y, aparentando calma, dijo con voz autoritaria, ante la expectación de miles de miradas:

—¡Que siga la fiesta!

Los que llevaban las antorchas recuperaron sus puestos, los tambores sonaron de nuevo, las flautas se escucharon otra vez, los cantores cantaron, los bailarines danzaron, y el cortejo volvió a ponerse en marcha.

La Casa Grande permaneció despierta hasta el amanecer: canciones, bebidas y diversiones duraron hasta el alba. Cuando Adham entró en su habitación, que daba al desierto del Muqattam, vio a Omayma junto al espejo: todavía tenía la cara cubierta con el velo blanco. Estaba completamente borracho y apenas se tenía en pie. Se acercó a ella, haciendo un gran esfuerzo para que su cuerpo le obedeciera y le levantó el velo. Ella

le miró con una exquisita expresión de amor. Él inclinó la cabeza, besó sus firmes labios y, con voz ebria, dijo:

—¡Bien está lo que bien acaba!

Luego se dirigió al lecho, tambaleándose, y se tiró sobre él con el pañuelo y los zapatos puestos. Omayma se quedó mirando su imagen reflejada en el espejo. Sonreía llena de ternura y de cariño.

## 5

ADHAM fue tan feliz con Omayma como no lo había sido nunca. Con la espontaneidad que le caracterizaba, dejaba traslucir su felicidad en sus palabras y en sus gestos, y sus hermanos le gastaban bromas. Siempre, al acabar de rezar, elevaba las manos al cielo y exclamaba:

—¡Gracias, Tú que otorgas el bien; gracias Dios mío por tener un padre como el mío, gracias por el amor de mi mujer, gracias por esta casa que he logrado sobre otros más dignos que yo, gracias por el jardín, por el canto de los pájaros y el sonido de la flauta!

Todas las mujeres de la casa decían que Omayma era una esposa solícita y que cuidaba a su marido como si fuera su hijo. Quería a su suegra, la atenta a ella y a toda su familia y cuidaba la casa como si formara parte de su cuerpo. Adham era un marido muy atento y enamorado. Antes, administrar el habiz le quitaba parte del tiempo que dedicaba a sus inocentes distracciones en el jardín, y ahora era el amor, al que se entregó por completo, el que llenaba el resto de sus horas. Pasados los primeros días de exaltación, que duraron demasiado según sus burlones hermanos Reduán, Abbás y Guelil, al cabo se puso de manifiesto una apacible tranquilidad, como una corriente, impetuosa y bravía, que desemboca en un manso río. Adham fue recuperando poco a poco la noción de sí mismo y empezó a darse cuenta de que el tiempo ya no se le escapaba de las manos sin sentir y que las noches seguían a los días. Comprendió también que estar así indefinidamente no tenía sentido, y que el jardín había sido para él como un buen amigo y no merecía que le abandonara. Nada de ello

significaba que dejara de pensar un solo instante en Omayma; ella seguía llenando por completo su corazón, pero en la vida todo son etapas que se van descubriendo día a día. Finalmente, volvió a sentarse junto al canal del jardín y su mirada se perdió de nuevo entre las flores y los pájaros. Se sentía feliz de poder reanudar aquella costumbre. De repente apareció Omayma, deslumbrante de belleza, y sentándose a su lado, le dijo:

—Me he asomado a la ventana para ver por qué no llegabas; ¿cómo no me has llamado para que me viniera contigo? El contestó, sonriendo:

—No quería que te aburrieras.

—¿Aburrirme? Siempre me ha gustado este jardín. ¿No recuerdas que fue aquí donde nos encontramos por primera vez?

Le cogió la mano, recostó la cabeza en el tronco de una palmera y miró hacia las ramas y al cielo que se veía entre ellas. Ella le volvió a decir que le gustaba mucho el jardín, y cuanto más silencioso estaba él, con más entusiasmo hablaba ella, porque odiaba el silencio tanto como amaba el jardín. Su tema preferido era su propia vida, y también, ¡por qué no!, comentar los principales acontecimientos sucedidos en la Casa Grande, especialmente los relacionados con las mujeres de Reduán, Abbás y Guelil. De repente, su voz cambió y dijo como en tono de reproche:

—Te siento muy lejos, Adham. Sonriendo, él replicó:

—¿Cómo es posible que digas eso, si llenas por entero mi corazón?

—Pero ¡no me escuchas!

Era verdad. Aunque su llegada no le había hecho demasiada gracia, tampoco le molestaba en absoluto que estuviera allí; y si ella hubiera querido marcharse, la habría retenido. Sentía que formaba parte de él y que eran inseparables. Como para disculparse, le dijo:

—Me gusta este jardín. Antes de conocerte, mi mejor distracción era venir aquí a pasar el rato. Estos árboles tan altos, estos desbordantes arroyos, estos pájaros que revolotean entre las ramas, me conocen como yo les conozco a ellos; me gustaría que los amaras tanto como yo. ¿Has contemplado el cielo a través de las ramas?

Ella levantó un momento la mirada y le volvió a mirar sonriendo:

—Es precioso, y es lógico que sea lo que más te guste del mundo.

Al captar el reproche que encerraban sus palabras, se apresuró a decir:

—Eso era antes de conocerte...

—¿Y ahora?

Le apretó la mano con cariño y contestó:

—Su belleza sólo es completa contigo. Ella le miró intensamente.

—Y además el jardín tiene la suerte de que no le importa que lo abandones por mí...

Adham rió y la apretó junto a él hasta que su mejilla rozó sus labios; luego le preguntó:

—¿No merecen estas flores que hablemos de ellas en lugar de ocuparnos de nuestras cuñadas?

Omayma contestó, preocupada:

—Las flores son mucho más bonitas, pero las mujeres de tus hermanos no dejan de hablar de ti y de cómo llevas las tierras; siempre hablan de lo mismo, y también de la confianza que tu padre ha depositado en ti. Una y otra vez, no se cansan de hablar de lo mismo...

Adham frunció el ceño, olvidó de pronto el jardín y exclamó con vehemencia:

—¡No se les escapa nada!

—Tengo miedo de que te traigan mala suerte... Adham respondió, enfadado:

—¡Malditas tierras! ¡No paro de trabajar, la gente se ha vuelto contra mí y ya no puedo disfrutar como antes! ¡Estoy harto de ellas! Le puso el dedo en los labios, mientras decía:

—No seas desagradecido, Adham; llevar las tierras del habiz es un trabajo muy importante; ni siquiera podemos imaginar las ventajas que nos puede traer.

—Hasta ahora lo único que nos han ocasionado han sido problemas... Ahí por ejemplo, la tragedia de Idrís.

Ella sonrió, pero su sonrisa no era alegre, y una grave preocupación se insinuaba en su mirada cuando le exhortó:

—Piensa en nuestro futuro como piensas en las ramas, el cielo y los pájaros...



Desde entonces, Omayma pasaba todas las tardes con él en el jardín. Casi nunca guardaba silencio. Él se acostumbró a ella y aprendió a escucharla sólo a medias y, a veces, ni siquiera a medias. Cuando le apetecía, cogía la flauta y tocaba lo que quería. Podía decir con plena satisfacción que todo iba bien. Se acostumbró incluso a los sufrimientos de Idrís. Pero la enfermedad de su madre se agravaba. Tenía unos dolores más fuertes que nunca y eso le apenaba. Le llamaba a menudo a su lado y pedía a Dios por él constantemente. Un día le dijo con ansiedad: «Reza siempre para que Dios te proteja del mal y te guíe por el buen camino». No le dejó marcharse. Siguió gimiendo y hablando al mismo tiempo, y le recordó su última voluntad; finalmente, expiró entre sus brazos. Adham y Omayma lloraron su pérdida y Gabalauí acudió a verla, se quedó mirándola un largo rato y luego la amortajó con reverencia. En su fiera mirada se adivinaba un profundo dolor.

Apenas la vida de Adham había recuperado su normalidad, cuando notó un cambio repentino en Omayma, al cual no encontraba explicación alguna. Dejó de pasar las tardes con él en el jardín, y eso le disgustó, contrariamente a lo que llegó a suponer alguna vez. Cuando le preguntaba el porqué, ella le daba todo tipo de excusas, como que estaba ocupada o cansada. Notó que ya no le recibía tan cariñosa como antes, y cuando hacían el amor ya no estaba tan entusiasmada; parecía como si lo hiciera sólo para darle gusto, y a la fuerza. Se preguntaba qué le pasaría. Él también había sentido en algún momento algo parecido, pero su amor vencía siempre todos los obstáculos. Si hubiera querido, podía haberse enfadado con ella y, a veces, le entraban ganas de hacerlo, pero su fragilidad, su palidez y su extremada delicadeza con él le retenían. A veces parecía triste y otras, ensimismada. Una vez vio que le miraba con asco, y eso le llenó de disgusto y de tristeza. Pensó: «¡Debo tener un poco de paciencia, y ojalá se le pase, porque si no, me voy a hartar!».

Un día que le estaba presentando a su padre las cuentas del mes, éste, sin fijarse en lo que tenía entre manos, se le quedó mirando y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Adham alzó la cabeza asombrado y contestó:

—Nada, padre.

Pero éste, aguzando la mirada, le preguntó con calma:

—¿Qué tal está Omayma?

Adham bajó la vista ante la penetrante mirada de su padre.

—Bien. Todo va bien. Gabalauí insistió, impaciente:

—Dime la verdad.

Adham permaneció en silencio un instante, pensando que su padre era capaz de adivinarlo todo. Luego confesó:

—Ha cambiado mucho; parece como si me rechazara. Su padre hizo un gesto de extrañeza:

—¿Os habéis peleado?

—Nunca.

Gabalauí sonrió entonces, lleno de satisfacción.

—¡Qué poco conoces a las mujeres, hijo mío! Sé cariñoso con ella, y no le hagas el amor mientras no te lo pida. Pronto serás padre.

## 6

ADHAM estaba sentado a su mesa de trabajo, recibiendo de uno en uno a los nuevos arrendatarios. Esperaban en una larga fila, el primero frente a él, el último al final del gran despacho. Cuando el último se acercó, Adham, sin levantar la cabeza del libro de cuentas, le preguntó lacónico:

—¿Cómo te llamas? Y una voz le contestó:

—Idrís Gabaloui.

Adham levantó la mirada, asustado, y vio a su hermano frente a él. Dio un salto, poniéndose en guardia, y le observó, precavido. Idrís tenía un aspecto nuevo e insospechado. Aunque iba desaliñado, estaba tranquilo y su actitud era humilde, pesarosa y confiada; parecía una tela lacia recién sacada del agua. Al verle, Adham olvidó inmediatamente su rencor hacia él y, sin fiarse del todo, le dijo con cierto recelo no exento de esperanza:

—¡Idrís!

Idrís hizo un gesto afirmativo y dijo con una exquisita cortesía:

—No te asustes. Sólo soy tu huésped, si eres tan generoso como para recibirme en tu casa.

¿Era posible que fuese Idrís quien hablaba así? ¿Le había transformado el sufrimiento? Verdaderamente, su humildad era tan desconcertante como lo había sido su orgullo. ¿O quizá le pedía hospitalidad para desafiar a su padre? Aunque él no le había invitado, Adham se encontró de pronto pidiéndole que se sentara a su lado. Así lo hizo y se quedaron mirándose con curiosidad, hasta que Idrís dijo:

—Me he escondido entre los arrendatarios para poder hablar a solas contigo.

Adham le preguntó, angustiado:

—¿Te ha visto alguien?

—No me ha visto nadie de la casa. Estate tranquilo. No he venido a hacerte daño, sino a pedirte que te compadezcas de mí.

Profundamente emocionado, Adham desvió la mirada, mientras se ruborizaba. Idrís continuó:

—Quizá te preguntes cómo he podido cambiar de esta forma y dónde está mi orgullo. Quiero que sepas que he sufrido más de lo que un hombre puede soportar y, a pesar de ello, no se lo he dicho a nadie más que a ti. Un hombre como yo sólo olvida su orgullo ante una buena persona como tú.

Adham musitó:

—¡Qué Dios te ayude a llevar tus penas y a nosotros, las nuestras! ¡Cuánto he sufrido por ti!

—Debía haberlo sabido antes, pero la ira me cegó y la bebida me hizo perder la dignidad; luego, el vagabundear por ahí sin rumbo ni sustento acabó con el último vestigio de humanidad que había en mí. ¿Me habías visto antes portarme así?

—Nunca. Siempre fuiste el mejor de los hermanos y el más noble de los hombres.

Idrís dijo, angustiado:

—¡Qué tiempos aquéllos! Ahora vivo como un miserable, ando sin rumbo por el desierto, arrastrando conmigo a una mujer embarazada; suscito el odio por dondequiera que voy y consigo comida haciendo daño.

—Me destrozas el corazón, hermano.

—Perdóname, Adham. Sigues siendo tan bueno como siempre. ¿No recuerdas que te llevaba de la mano cuando eras pequeño, te cuidaba y te veía crecer con ese carácter tuyo tan bueno y generoso? ¡Maldigo el momento en que me enfadé!

—Sí, con maldición eterna, hermano.

Idrís suspiró y dijo, como hablando consigo mismo:

—Merezco cosas peores por haberte hecho tanto daño.

—¡Dios te ayude! ¿Sabes que sigo teniendo esperanzas de que vuelvas? Incluso cuando padre ha estado más furioso me he atrevido a interceder por ti. Al sonreír, Idrís dejó entrever unos dientes sucios y amarillentos.

—Ya me lo imaginaba; pensaba que si había alguna posibilidad de que padre se ablandara, sería porque tú se lo pidieras. Los ojos de Adham se iluminaron al decir:

—Sigues siendo tan bueno como antes; ¿no crees que es el momento de hablar con padre?

Idrís movió su desgredada cabeza con un gesto de desesperación.

—¡Cuántos más años, más sabio! Soy diez años mayor que tú y tengo más experiencia. Sé que padre lo perdona todo menos que le lleven la contraria. No me perdonará después de lo que he hecho. No creo que pueda volver nunca a la Casa Grande.

No había duda de que Idrís estaba en lo cierto, y ello desanimó a Adham, que murmuró apesadumbrado:

—¿Y qué puedo hacer por ti? Idrís sonrió de nuevo.

—No pienses en darme dinero. Estoy seguro de tu honradez como administrador y sé que sería tuyo el dinero que me dieras. No lo puedo aceptar. Estás casado y pronto tendrás un hijo. No he venido acuciado por la pobreza, sino para decirte que estoy arrepentido de haberte hecho daño y para intentar que vuelvas a ser mi amigo. Además, tengo un favor que pedirte.

Adham le miró preocupado y preguntó:

—¿De qué favor se trata?

Idrís acercó la cabeza a su hermano, como si temiera que las paredes oyeran, y dijo:

—Quiero asegurarme el futuro, ya que he perdido el presente. Yo también voy a ser padre y me preocupa el porvenir de mi hijo.

—Estoy dispuesto a ayudarte en todo lo que pueda. Idrís cogió a Adham cariñosamente del hombro:

—Quiero saber si padre me ha borrado de su testamento.

—¿Y cómo puedo saberlo yo? Pero si quieres que te diga mi opinión... Idrís le cortó, impaciente:

—No quiero conocer tu opinión, sino la de padre...

—Sabes perfectamente que no cuenta a nadie sus planes.

—Pero seguro que está escrito en el acta del habiz. Adham meneó la cabeza sin decir nada. Idrís insistió:

—Todo está escrito en ese libro.

—Yo no sé nada del libro, ni nadie de la casa; tú lo sabes. Mi trabajo está totalmente controlado por padre. Idrís le miró con tristeza.

—Es un libro muy voluminoso. Una vez lo vi cuando era niño, y le pregunté a padre qué había escrito en él. Entonces yo era su predilecto. Me contestó que hablaba de nosotros. No volvimos a tocar el tema; me mandó callar cuando empecé a preguntarle más cosas, pero estoy seguro de que mi futuro está escrito en él.

Adham dijo, sintiéndose acorralado:

—Sólo Dios lo sabe.

—Está en una cámara secreta en la habitación de padre. Seguro que te has fijado en la puertecita del fondo de la pared de la izquierda; siempre está cerrada, pero la llave está guardada en una caja pequeña de plata en el cajón de la mesilla. El libro está encima de la mesa de la cámara.

Adham, con gesto interrogante y confuso, musitó:

—¿Qué pretendes? Idrís dijo, suspirando:

—Si todavía hay algo de paz reservada para mí en este mundo, el que pueda disfrutarla depende de lo que esté escrito en ese libro. Adham, aliviado, contestó:

—Lo más fácil es que le pregunte directamente cuáles son las diez cláusulas de su testamento.

—No te las dirá; se enfadará y, probablemente, eso te perjudique. O a lo mejor, si sospecha por qué se lo preguntas, se enfadará todavía más. ¡Cómo voy a consentir que por ayudarme a mí pierdas la confianza de padre! Seguro que no quiere decir cuáles son esas diez cláusulas, porque si no ya las conoceríamos todos nosotros. La única manera de ver el libro es hacer lo que te digo. Te resultará muy fácil al amanecer, cuando padre pasea por el jardín.

Adham palideció.

—No pienso hacer nada de lo que estás diciendo. Idrís disimuló su disgusto con una leve sonrisa:

—No es ningún crimen que un hijo lea en un libro de su padre los asuntos que le atañen.

—Pero pretendes que desvele un secreto que nuestro padre guarda celosamente.

Idrís suspiró profundamente.

—Cuando decidí pedirte ayuda, pensé: Será muy difícil convencer a Adham de que haga algo contra la voluntad de padre. Pero tenía esperanzas de conseguirlo y me dije: Quizá se decida al ver cuánto lo necesito. No es ningún crimen y saldrá bien; con ello, salvarás a una persona de un terrible sufrimiento, y tú no perderás nada.

—Dios nos libre de hacer algo malo.

—¡Así sea! Pero te suplico que me libres de este suplicio. Adham se puso en pie, preocupado y confuso. Idrís se levantó también, y con una sonrisa llena de desesperación dijo:

—Te he molestado mucho, Adham; tengo siempre la desgracia de que cuando trato con alguien, le hago sufrir de un modo u otro. Idrís sigue siendo una maldición errante.

—¡Cuánto me duele no poder ayudarte! Nada me puede hacer sufrir más. Idrís se le acercó, apoyó suavemente la mano en su hombro, le besó cariñosamente en la frente y le dijo:

—Yo soy el único culpable de mi desgracia. ¿Por qué voy a echar sobre ti peso mayor del que puedes soportar? Me marcho y te dejo en paz. ¡Que sea lo que Dios quiera!

Y con estas palabras, Idrís desapareció.

## 7

POR primera vez tras algún tiempo, la mirada de Omayma recuperó su vivacidad al preguntar a Adham, llena de interés:

—¿Tu padre nunca te ha hablado del libro?

Adham estaba sentado en el diván, con las piernas cruzadas; miraba por la ventana hacia el páramo que se extendía ante ella. La oscuridad era total.

—Nunca le ha hablado a nadie sobre él.

—¿Ni siquiera a ti?

—Yo sólo soy un hijo más. Sonrió ligeramente.

—Pero te eligió a ti para administrar el habiz. Se volvió hacia ella y le dijo, irritado:

—Ya te he dicho que nunca ha hablado a nadie de él. Omayma sonrió de nuevo como para tranquilizarle, y le dijo con delicadeza:

—No te preocupes. Idrís no se lo merece. El daño que te ha causado no puede olvidarse jamás.

Adham volvió a mirar por la ventana y replicó con pena:

—El Idrís que ha venido a verme hoy no es el que me hizo daño. Estoy obsesionado por su expresión tan triste y arrepentida. Ella dijo, tranquila, con expresión triunfante:

—Eso es lo que más me sorprende de lo que me has contado, y también lo mas me preocupa. Parece que te ha afectado mucho. Nunca sueles ponerte así.

Adham seguía mirando la intensa oscuridad de la noche, intentando en vano encontrar una solución.



—Con preocuparnos no adelantamos nada.

—Tu hermano está arrepentido y quiere que le perdones.

—Ya me he dado cuenta, pero ¿qué puedo hacer?

—Tienes que llevarte bien con él y con tus otros hermanos o, de lo contrario, te encontrarás un día solo frente a ellos.

—Tú te preocupas por ti misma, no por Idrís. Movi6 la cabeza con fuerza, como queriendo alejar de ella toda sospecha:

—Es l6gico que piense en m6; al hacerlo, me preocupo tambi6n por ti el hijo que esperamos.

¿Qu6 pretend6a aquella mujer? ¿Qu6 noche tan oscura! ¿Hasta se hab6a tragado el gran monte Muqattam! Se tranquiliz6 un poco con aquel silencio, pero ella en seguida volvi6 a hablar:

—¿Recuerdas haber entrado alguna vez en la c6mara secreta? Rompi6 su breve silencio para contestar:

—Nunca. Quise hacerlo de peque6o, pero padre me lo prohibi6, y mi madre ni siquiera me dejaba acercarme.

—Est6 claro que t6 quer6as entrar...

Mientras hablaban, 6l deseaba que ella cambiara de tema y dejara de darle vueltas a lo mismo. Necesitaba que alguien le asegurara que se hab6a portado bien con su hermano. Lo necesitaba imperiosamente, pero era como pedir socorro en la oscuridad y atraer con los gritos al ladr6n. Omayma volvi6 a preguntar:

—¿Sabes en qu6 mesa est6 la cajita de plata?

—Cualquiera que haya entrado en esa habitaci6n lo sabe. ¿Por qu6 lo preguntas?

Ella se levant6 del div6n, se le acerc6 y exclam6, incitadora:

—¿Por Dios! ¿No tienes ganas de ver qu6 hay escrito en ese libro? El contest6 secamente:

—¿No! ¿Por qu6 iba a tenerlas?

—¿Qui6n puede resistir el deseo de conocer el futuro?

—Querr6s decir tu futuro.

—Mi futuro y el tuyo y tambi6n el de Idr6s, por el que est6s sufriendo tanto, a pesar del da6o que te ha hecho.

Su mujer había dicho exactamente lo que él estaba pensando, y eso era lo que más le molestaba. Se volvió de nuevo hacia la ventana, como queriendo huir de ella y dijo:

—No quiero desobedecer a mi padre.

Ella, arqueando sus finas cejas, volvió a preguntar:

—¿Por qué lo tendrá escondido?

—Eso es asunto suyo. ¡Cuántas preguntas haces esta noche! Ella dijo, como hablando consigo misma:

—¡El futuro! Deberíamos saber cuál va a ser nuestro futuro, y con ello haríamos un gran favor al pobre Idrís. Sólo tenemos que leer una página de un libro sin que nadie se entere. ¿Podría acusarnos alguien, amigo o enemigo, de estar haciendo algo malo o de perjudicar en lo más mínimo a tu querido padre?

Adham observaba una estrella mucho más brillante que las otras y, haciendo como si no la hubiera oído, comentó:

—¡Qué cielo tan maravilloso! Si la noche no fuera tan húmeda, me iría al jardín a mirar el cielo por entre las ramas.

—Seguro que las cláusulas favorecerán a alguien. Adham exclamó:

—¡No me interesan los privilegios; sólo traen problemas! Ella suspiró.

—Si supiera leer, yo misma me encargaría de ir a ver la caja de plata.

¡Cuánto le hubiera gustado que así fuera! Cada vez se enfadaba más con ella y consigo mismo. Le parecía que ya habían hecho lo que tenían prohibido y que todo había terminado ya. Se volvió hacia ella, malhumorado; a la luz de la lámpara, balanceada por la brisa que entraba por la ventana, se distinguía en su rostro una expresión de debilidad, a pesar de su enfado:

—¡Por qué te lo habré contado!

—No quiero hacerte daño; quiero a tu padre tanto como tú.

—Vamos a dejar este tema tan agotador. Ya es hora de descansar.

—Creo que no voy a poder descansar mientras no hayamos hecho algo tan sencillo.

El musitó:

—Por favor, Dios mío, ¡haz que recupere la razón! Omayma le miró decididamente y le preguntó:

—¿No has desobedecido ya a tu padre al haber hablado con Idrís? Adham la miró asombrado.

—Apareció de repente delante de mí; no tuve más remedio que hablar con él.

—¿Le has contado a tu padre que ha venido a verte?

—¡Qué pesada estás esta noche, Omayma!

Ella replicó en tono triunfal:

—Si te parece bien desobedecerle en algo que te puede perjudicar, entonces, ¿por qué razón no le vas a desobedecer en algo que es beneficioso para ti a tu hermano y que, además, no perjudica a nadie?

Si hubiera querido, podía haber dado por zanjada la conversación, pero la tentación era demasiado grande. La dejaba seguir hablando porque algo dentro de él pedía a gritos su ayuda. Preguntó malhumorado:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que deberías quedarte despierto hasta que amanezca o hasta que él salga de la habitación. Contestó en tono hiriente:

—Creía que el embarazo te había quitado el deseo, pero ahora me doy cuenta de que también te ha hecho perder el juicio.

—Estás conforme con todo lo que digo, por Dios Creador de lo que llevo en mi vientre, pero temes, y eso es malo.

Una expresión sombría se dibujó en su rostro ajena en realidad a su interior conformidad, y comentó:

—Recordaremos esta noche como la de nuestra primera pelea. Ella dijo con exquisita delicadeza:

—Adham, vamos a pensarlo en serio.

—No nos traerá ningún beneficio.

—Eso es lo que dices, pero verás cómo no es así.

Sintió como si un enorme incendio le amenazara, y pensó: «Si arde, mis lágrimas no podrán apagarlo». Se volvió hacia la ventana e imaginó lo felices que debían de ser los habitantes de aquella estrella tan brillante por vivir tan lejos de la casa. Murmuró débilmente:

—Nadie quiere a su padre tanto como yo.

—Nunca harás algo que pueda hacerle daño.

—Omayma, deberías acostarte ya.

—Eres tú el que me ha desvelado.

—Esperaba oírte decir algo razonable.

—Eso es lo que he estado haciendo todo el tiempo. Se preguntó a sí mismo, en un susurro:

—¿Me estaré precipitando hacia mi perdición? Ella le apretó la mano que tenía apoyada en el respaldo del diván y le dijo en tono de reproche:

—Nuestros destinos están unidos; no olvides nuestro amor.

Él contestó con resignación, demostrando que ya había tomado una decisión:

—Ni siquiera esa estrella conoce mi destino. Ella replicó, ya sin ningún recato:

—Conocerás tu futuro consultando el libro.

El miró de nuevo las insomnes estrellas y los retazos de nubes iluminadas por su apacible luz. Pensó que ellas conocían su secreto y murmuró: «¡Qué cielo tan maravilloso!». Luego oyó que Omayma decía muy divertida:

—Me enseñaste a amar el jardín; déjame ahora devolverte el favor.

## 8

AL amanecer, Gabalauí salió de su habitación y se dirigió al jardín. Adham le vigilaba desde el fondo del pasillo. Omayma estaba detrás de él en la oscuridad y le agarraba por el hombro. Oyeron sus pasos, pesados y uniformes, pero no pudieron distinguir hacia dónde se encaminaba. Gabalauí solía pasear a esa hora sin luz ni compañía. Cuando todo quedó en silencio, Adham se volvió a su mujer y susurró:

—¿No sería mejor que nos marcháramos?

Ella le dio nuevos ánimos, musitándole al oído:

—Dios me castigue si creo que con esto vamos a perjudicar a alguien. Avanzó unos pasos con precaución. Se sentía mal. Sacó la vela que llevaba en el bolsillo y fue tanteando la pared hasta tocar la puerta. Omayma susurro:

—Me quedaré aquí vigilando. ¡Adelante y buena suerte!

Ella extendió la mano y empujó la puerta hasta dejarla abierta, y luego retrocedió. Adham entró, sigiloso, en la habitación. Había un fuerte olor a almizcle. Cerró la puerta tras él y estuvo un momento escudriñando la oscuridad hasta que pudo distinguir las ventanas, sobre el desierto, por las que se miraba la luz del amanecer. Adham sintió que si estaba haciendo algo malo, el mal ya estaba hecho al haber entrado en aquella habitación, y que ya no le quedaba más remedio que seguir adelante. Continuó avanzando pegado a la pared izquierda, tropezando con las sillas, pasó junto a la puerta de la cámara secreta y, al llegar al final, siguió por la pared del medio, dio con la mesa, abrió el cajón y fue tocando los objetos que había

dentro, hasta localizar la caja. Entonces, hizo una leve pausa para recuperar el aliento, y en seguida volvió a la puerta de la cámara secreta, buscó la cerradura, metió la llave y abrió. De repente, se encontró entrando en la habitación prohibida, donde nadie, salvo su padre, había estado jamás. Cerró la puerta, cogió la vela y la encendió. Pudo distinguir entonces la habitación. Era cuadrada, de techo alto y con la única abertura de la puerta. Una pequeña alfombra cubría el suelo. A la derecha, había una mesa estrecha y encima estaba el grueso libro, atado a la pared con una cadena de hierro. Adham tenía reseca la boca, y al tragar saliva le dolía la garganta. Apretó los dientes como si con ello consiguiera quitarse el miedo. El temblor de su cuerpo hacía oscilar la vela que tenía en la mano. Se acercó a la mesa, mirando la tapa del libro: estaba encuadernado en piel repujada en oro. Extendió la mano y lo abrió. Hizo un gran esfuerzo para dominar su nerviosismo y empezó a leer; en escritura persa decía: «En el nombre de Dios...».

De repente, oyó que la puerta se abría. Se volvió bruscamente hacia donde había oído el ruido; fue un movimiento involuntario, como si la puerta, al abrirse, le hubiera atraído hacia ella. Vio a Gabalauí a la luz de la vela, bloqueando el hueco de la puerta con su voluminoso cuerpo. Le miraba con expresión dura y fría. Adham miró a su padre, inmóvil y en silencio. Había perdido la capacidad de hablar, de pensar o moverse. Gabalauí le gritó:

—¡Fuera de aquí!

Adham seguía sin reaccionar. Se había quedado inmóvil como una piedra, con la diferencia de que las piedras no sienten. Su padre le gritó de nuevo:

—¡Fuera de aquí!

El terror le sacó de su inmovilidad. Su padre se apartó de la puerta y Adham salió de la cámara secreta con la vela encendida todavía en la mano. Vio a Omayma en mitad de la habitación, silenciosa. Las lágrimas anegaban su rostro. Su padre le indicó que se pusiera al lado de su mujer; luego, le increpó con dureza:

—Y ahora me vas a decir la verdad. Adham estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Quién te ha hablado de este libro?

Adham respondió sin titubear, como si fuera un vaso que al romperse derramara su contenido:

—Idrís.

—¿Cuándo?

—Ayer por la mañana.

—¿Cómo os habéis visto?

—Se escondió entre los nuevos arrendatarios y esperó hasta que nos quedamos solos.

—¿Por qué no le echaste?

—Es muy duro hacer eso, padre. Gabalauí replicó con brusquedad:

—No me llames padre.

Adham, haciendo acopio de todas sus fuerzas, contestó:

—Sigues siendo mi padre aunque estés enfadado y a pesar de mi estupidez.

—¿Él fue quien te empujó a hacerlo?

Omayma contestó, aunque no le había preguntado a ella:

—Sí, señor.

—¡Cállate, víbora...! —Y luego, dirigiéndose a Adham—: ¡Respóndeme!

—Se sentía profundamente desgraciado y estaba arrepentido; quería saber qué iba a ser de sus hijos en el futuro.

—¡Lo hiciste por él!

—¡No...! Me disculpé y le dije que no podía hacerlo.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? Adham suspiró, desesperado, y musitó:

—El demonio.

Gabalauí le preguntó, sarcástico:

—¿Le contaste a tu mujer lo sucedido?

En ese momento, Omayma empezó a gemir, Gabalauí la mandó callar e hizo un gesto a Adham para que continuara.

—Sí —contestó Adham.

—¿Y qué te dijo ella?

Adham permaneció en silencio, tragando saliva con dificultad. Su padre gritó:

—¡Contesta, desgraciado!

—Quería conocer tu testamento y pensaba que con ello no hacía daño a nadie.

Gabalauí le miró de hito en hito con profundo desprecio y le preguntó:

—¿Y así es como decidiste traicionar a quien te ha preferido a ti, en vez de a tus hermanos, que son todos mejores que tú? Adham dijo en un lamento:

—Sé que no tengo excusa, pero tu misericordia es mayor que cualquier falta y que cualquier excusa.

—¡Te confabulaste con Idrís contra mí, cuando yo le eché de casa para favorecerte!

—No me confabulé con Idrís en contra tuya, pero, he cometido un error y mi único recurso es tu perdón. Omayma le suplicó:

—¡Señor...!

El no la dejó hablar:

—¡Cállate, víbora!

Les miró a los dos, enfurecido, y gritó con una voz terrible:

—¡Marchaos de esta casa! Adham suplicó:

—¡Padre!

Y él repitió en un tono más duro todavía:

—¡Iros antes de que os eche a patadas!



## 9

LA puerta de la Casa Grande se abrió esta vez para presenciar la expulsión de Adham y Omayma. Adham llevaba un fardo de ropa; detrás iba Omayma con otro fardo y un poco de comida. Se marcharon llorando, desesperados y humillados. Al oír cerrarse la puerta tras ellos, sus gemidos se hicieron todavía más profundos. Omayma dijo entre sollozos:

—Merezco algo peor que la muerte. Adham replicó con voz temblorosa.

—Por primera vez, tienes razón; pero yo también merezco un castigo peor que la muerte.

Apenas se habían alejado de la casa, cuando una risa burlona de borracho retumbó en sus oídos. Miraron hacia el lugar de donde provenía y vieron a Idrís, delante del chamizo en que vivía, hecho de lajas y palos. Su mujer, Narguís, estaba sentada hilando en silencio. Idrís reía con tanta sorna y malicia, que Adham y Omayma se pararon y se quedaron sorprendidos mirándole. Idrís se puso a bailar chasqueando los dedos. Narguís, harta de verle, se metió en la choza. Adham le observaba con los ojos llenos de lágrimas y de odio. De pronto, comprendió que Idrís le había tendido una trampa y se dio cuenta del enorme error que había cometido. Fue consciente también en ese instante de lo estúpido y necio que había sido, lo cual alegraba y divertía a su hermano. Ese era el verdadero Idrís, la reencarnación del mal. A Adham le hervía la sangre de odio y rabia y estaba totalmente ofuscado. Cogió un puñado de tierra y se la tiró, gritando enfurecido:

—¡Bicho asqueroso! ¡Maldito! ¡A tu lado los escorpiones son seres inofensivos!

En respuesta, Idrís siguió bailando con más entusiasmo, moviendo el cuello de un lado a otro, gesticulando y chasqueando los dedos. La rabia de Adham iba en aumento. Gritó:

—¡Sanguinario, cruel, miserable...! ¡Estos insultos son los que merecen los traidores!

Idrís se puso a mover el cuerpo con tanta soltura como movía el cuello, sonriendo con una mueca burlona. Adham siguió gritando, sin hacer caso a Omayma, que tiraba de él para que se marchara:

—¡Eres más falso que una prostituta, asqueroso, indecente...!

Idrís meneaba el trasero y daba vueltas despacio, contoneándose de forma provocadora. Adham estaba ciego de rabia. Tiró al suelo el fardo que llevaba, empujó a Omayma, que intentaba sujetarle, echó a correr hacia él, le agarró por el cuello y apretó con todas sus fuerzas. Ello no pareció afectar en lo más mínimo a Idrís, que siguió bailando imperturbable. Adham, totalmente fuera de sí, empezó a darle puñetazos, y lo único que consiguió fue que Idrís se burlara todavía más de él y se pusiera a canturrear con una voz horrible: «Un graznido, el pato; / y un zarpazo, el gato».

De pronto se paró, maldiciendo, y propinó a Adham un puñetazo tan fuerte en el pecho que le hizo retroceder. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. Omayma, gritando, corrió hacia él; le ayudó a levantarse y, sacudiéndole el polvo, le dijo:

—¿Por qué haces caso a este salvaje? ¡Vámonos cuanto antes!

Él recogió su fardo en silencio y ella cogió también el suyo y se alejaron hacia el otro lado de la casa.

Adham estaba agotado; tiró al suelo el bulto que llevaba, se sentó encima y propuso a su mujer:

—Descansemos un poco.

Ella se sentó frente a su marido y se echó a llorar. Oyeron de nuevo la voz de Idrís, tan fuerte como un trueno. Miraba en actitud desafiante a la Casa Grande y gritaba:

—¡Me echaste de casa para favorecer al peor de tus hijos y ya ves cómo se ha portado contigo! Ahora le condenas a él también al polvo. El ha sido el culpable de todo y se lleva su merecido. Todo esto ha sucedido para que sepas que nadie puede vencer a Idrís. ¡Quédate solo con esos hijos estériles y cobardes! Los únicos nietos que tendrás jugarán entre el polvo y la basura y mañana irán vendiendo por las calles patatas y pipas. Estarán a merced de los matones de Otuf y Kafr el-Zagari, y tu sangre se mezclará con la de las gentes más bajas. Tú te quedarás solo en tu habitación y, lleno de rabia y frustración, cambiarás lo que has escrito en ese libro. Irás haciéndote viejo, aislado en la oscuridad y, cuando llegue tu hora, ¡nadie llorará por ti...!

Luego se volvió hacia Adham y siguió gritando como un loco:

—¡Y tú, alfeñique, ¿cómo vas a enfrentarte solo a la vida?! No tienes fuerzas para salir adelante. ¿De qué sirve en este desierto saber leer y hacer cuentas? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Omayma seguía llorando, desconsolada, hasta que Adham no aguantó más y le dijo con frialdad:

—Deja de llorar.

Ella le contestó, secándose las lágrimas:

—Debo llorar mucho más. Yo tengo la culpa de todo.

—Yo soy tan culpable como tú. Si no hubiera sido tan débil ni tan cobarde, no habría pasado nada.

—La culpa es sólo mía. Él continuó, irritado:

—Te estás acusando a ti misma para evitar que lo haga yo. Dejó de hacerse reproches y permaneció largo rato con la cabeza baja; luego, volvió a hablar con una voz muy débil:

—Nunca imaginé que pudiera llegar a ser tan cruel.

—Yo le conozco; por eso no tengo excusa. Dudó un momento y luego le preguntó:

—¿Cómo voy a poder vivir aquí estando embarazada?

—Después de vivir en la Casa Grande tenemos que aprender a vivir en este desierto. ¡Si por lo menos llorar sirviera de algo! No tenemos más remedio que construirnos una cabaña.

—¿Dónde?

Miró alrededor, deteniendo unos segundos la vista en la choza de Idrís, y dijo con amargura:

—No podemos alejarnos demasiado de la Casa Grande, aunque tengamos que vivir cerca de Idrís. Moriríamos abandonados en este desierto. Omayma reflexionó un momento, y luego dijo, convencida:

—Sí, y deberíamos estar al alcance de la vista de tu padre por si se apiada de nosotros.

Adham suspiró.

—Me moriré de pena. Si no estuvieras aquí conmigo, creería que todo había sido una pesadilla. ¿Habré perdido su cariño para siempre? No pienso enfrentarme a él como Idrís. ¡No, de ninguna manera! No me parezco en nada a Idrís y, a pesar de ello, ¿me tratará igual que a él?

Omayma dijo con amargura:

—No existe en este mundo un padre como el tuyo. El la increpó con dureza:

—¿Cuándo vas a callarte de una vez?

—¡Por Dios, no he cometido ningún delito! Dile a quien quieras lo que he hecho y cómo me han castigado; el castigo es totalmente desproporcionado. ¡Dios mío! Nunca se ha visto en el mundo un padre como el tuyo —dijo emocionada.

—Nunca ha habido alguien que valiera tanto. Esta montaña, este desierto y el mismo cielo son testigos. Cualquier otra persona se habría acobardado ante este desafío.

—Por su tiranía, pronto no quedará ningún hijo suyo en esa casa.

—Nosotros hemos sido los primeros en irnos y somos los peores. Ella replicó, enfadada:

—No es verdad.

—Sólo se dice la verdad en los momentos críticos.

Permanecieron en silencio. No había rastro de vida a su alrededor; sólo a lo lejos, al pie de la montaña, se veía pasar a algunos caminantes. El sol abatía implacable sus rayos desde un cielo despejado, abrasando el vasto espacio arenoso en el que brillaban algunas piedras y pequeños cristales. En el horizonte se levantaba el monte Muqattam, y una gran roca hacia el Este,

que parecía la cabeza de un cuerpo hundido en la arena, y el cobertizo desafiante y miserable de Idrís, a la derecha de la Casa Grande. La atmósfera que se respiraba les hacía sentirse amedrentados, miserables y agotados.

Omayma exhaló un profundo suspiro.

—Va a sernos difícil vivir aquí. Adham miró a la Casa Grande y dijo:

—Todavía nos resultará más difícil volver a cruzar esa puerta.

## 10

ADHAM y Omayma empezaron a levantar una choza a la izquierda de la Casa Grande. Transportaron piedras del Muqattam, cogieron lajas del pie del monte y consiguieron tablas en Otuf, Gamaliya y Bab el Nasr. Pronto se dieron cuenta de que hacer la choza les llevaría más tiempo del que podían resistir. Por entonces ya se les habían terminado las provisiones de queso, huevos y melaza que Omayma había cogido de la casa. Adham decidió ponerse a trabajar para comer. Pensó que lo mejor sería vender algunas de sus ricas ropas y comprarse un carrito para ir vendiendo por las calles patatas, pipas, pepinos y cualquier otra cosa que pudiera. Cuando cogió sus trajes, Omayma se echó a llorar de pena, pero él hizo como si no la oyera y, medio en broma, medio en serio, dijo:

—Esta ropa ya no me sirve. ¿No sería ridículo que fuera por ahí vendiendo patatas con esta capa bordada de piel de camello?

Poco tiempo después, el desierto le vio empujar su carrito hacia Gamaliya, el barrio que todavía recordaba su espléndida boda. Con el corazón oprimido, al principio se sintió incapaz de ponerse a vocear sus mercancías, Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Se dirigió a las zonas más apartadas, intentando pasar inadvertido. Caminó y pregonó sus mercancías de la mañana a la noche, hasta que se le encallecieron las manos, se le desgastaron las sandalias y empezaron a dolerle no sólo los pies, sino todas las articulaciones. ¡Cómo odiaba regatear con las mujeres y tener que echarse en el suelo, junto a una pared, para descansar, o pararse en una esquina para tomar aliento! La vida le parecía algo irreal, y el jardín, la

administración de las tierras y su antigua habitación con vistas al Muqattam, un cuento fabuloso. Se decía a sí mismo: «No hay nada real en este mundo; ni la Casa Grande, ni la choza sin acabar, ni el jardín, ni el carrito, ni ayer, ni hoy, ni mañana. Creo que hago bien en vivir frente a la Casa Grande para no perder el pasado como he perdido el presente y el futuro. ¿Sería extraño que perdiera la memoria de la misma manera que he perdido a mi padre y me he perdido a mí mismo?». Cuando volvía al anochecer junto a Omayma, no podía descansar; tenía que seguir construyendo la choza. Una vez, mientras dormitaba a mediodía en el callejón de Uatauit, le despertó un movimiento brusco y vio a unos chicos que intentaban robarle el carrito. Se puso en pie de un salto, amenazándoles, pero uno de ellos, al verle, avisó a los demás de un silbido y le volcó el carrito para distraer su atención y evitar que les persiguiera. Los pepinos rodaron por el suelo y los chicos se dispersaron, corriendo como grillos. Adham estaba tan furioso, que echó por la boca los peores insultos. Luego, no tuvo más remedio que ponerse a recoger los pepinos del suelo, todos llenos de barro. Más furioso todavía, con la respiración entrecortada, dijo, excitado: «¿Por qué tu ira es como el fuego que lo destruye todo sin piedad? ¿Por qué es para ti más importante tu orgullo que tu propia sangre y tu propia carne? ¿Cómo puedes disfrutar de una vida llena de placeres cuando sabes que nosotros somos pisoteados como insectos? El perdón, la ternura y la tolerancia son desconocidos en tu Casa, ¡oh, gran tirano!». Agarró las varas del carrito y se apresuró a alejarse de aquel maldito barrio cuando, de pronto, oyó una voz burlona que preguntaba:

—¿A cuánto están los pepinos, señor?

Vio a Idrís frente a él, sonriendo sarcástico; estaba resplandeciente con su galabeya de vivos colores y un pañuelo blanco en la cabeza. Al ver su sonrisa burlona, fría e implacable, se le abrió el mundo a los pies. Empujó el carro con intención de marcharse, pero Idrís le cerró el paso, diciendo, sorprendido:

—¿Es que un cliente como yo no merece mejor trato? Adham, nervioso, levantó la cabeza.

—¡Déjame en paz!

Idrís, ensañándose con él, le preguntó:

—¿No puedes dirigirte a tu hermano mayor de una forma más correcta?

Haciendo acopio de paciencia, Adham contestó:

—Idrís, ¿no te basta ya con lo que me has hecho? ¡Olvida que nos conocemos, por favor!

—¿Cómo puedes decir eso, si somos vecinos?

—No tengo ningunas ganas de vivir cerca de ti, pero quiero estar cerca de la Casa de la que...

Idrís le interrumpió, divertido:

—¿De la que te echaron?

Adham no dijo nada, pero la palidez de su rostro denotaba su malestar. Idrís insistió:

—Sigues soñando con ese lugar del que te echaron, ¿no es verdad?

Adham siguió callado, y su hermano continuó:

—Todavía esperas volver a casa, intrigante; eres débil, pero tienes muchos planes en la cabeza. Te aseguro que no permitiré que vuelvas sin mí, aunque se hunda el mundo.

Adham le dijo, con rabia:

—¿Todavía no estás contento con lo que me has hecho?

—¿Y acaso lo estás tú con lo que me has hecho a mí? Por tu culpa me arrojaron de casa, a pesar de ser el mejor de todos, con diferencia.

—No es verdad. Te echaron por tu arrogancia. Idrís replicó, riendo:

—Y a ti te echaron por ser tan débil. ¡No hay sitio en la Casa Grande para los fuertes ni para los débiles! ¡Qué tirano es nuestro padre! No permite que nadie, salvo él, sea fuerte o débil. Él es tan fuerte que destruye a los que ama, y tan débil que ha sido capaz de casarse con una mujer como tu madre.

Adham, muy dolido, dijo con voz temblorosa:

—¡Déjame marchar! Y si quieres pelear, busca a alguien que sea tan fuerte como tú.

—Tu padre no sólo pelea con los fuertes sino también con los débiles. Adham calló; estaba cada vez más harto. Idrís se burló de él:



—¡No quieres insultarle! Ése es uno de tus trucos, y prueba de que todavía sueñas con volver.

Luego, cogiendo un pepino, le miró con repulsión:

—¿Cómo puedes ir por ahí vendiendo estos pepinos tan asquerosos? ¿No puedes encontrar un trabajo mejor?

—Estoy satisfecho con éste.

—Di mejor que no te queda otro remedio; mientras, tu padre disfruta de todos los placeres. Piensa un poco: ¿no crees que sería mejor que te unieras a mí?

Adham, molesto, respondió:

—Yo no he nacido para hacer lo que tú.

—Mira que galabeya llevo. Tan sólo ayer su dueño la lucía por ahí sin tener derecho a ella.

Los ojos de Adham brillaron al preguntar:

—¿Cómo la conseguiste?

—Como consiguen los fuertes las cosas.

¿La habría robado o habría matado por ella? Comentó con tristeza:

—Idrís, no puedo creer que seas mi hermano. Idrís replicó, riendo:

—No tienes por qué sorprenderte; soy el hijo de Gabalauí.

Sin poder aguantar más, Adham gritó:

—¡¿Por qué no desapareces de mi vista?!

—Como quieras, imbécil.

Idrís se llenó el bolsillo de pepinos, le miró con desprecio, escupió al carrito y se marchó.

Omayma se levantó al verle llegar. La oscuridad había caído ya sobre el desierto. Dentro del chamizo ardía una vela; parecía el último aliento de un alma agonizante. Las estrellas brillaban en el cielo, y bajo su luz la Casa Grande era como la sombra de un gigante. Al verle tan callado, Omayma comprendió en seguida que mejor sería andar con cuidado. Le trajo una jarra de agua para lavarse y una galabeya limpia. Se lavó la cara y los pies y se cambió de ropa. Luego se sentó en el suelo y estiró las piernas. Se le acercó con precaución, se sentó a su lado y le dijo con dulzura:

—¡Si pudiera ayudarte a soportar tu fatiga! Fue como si le hubiese restregado una herida.

—¡Cállate! Tú eres la culpable de mi desgracia.

Ella se alejó hasta desaparecer casi de su vista, pero él siguió gritando:

—¡Me recuerdas más que nadie mi estupidez y mí torpeza! ¡Maldito sea el día en que te vi por primera vez!

Podía oír sus sollozos en la oscuridad, y eso le enfurecía todavía más.

—¡Malditas lágrimas! Con ellas destilas la maldad que hay en tu cuerpo. La oyó decir con voz llorosa:

—No puedo expresar con palabras lo que sufro.

—No quiero volver a oírte. ¡Vete de mi vista!

Retorciendo la ropa que se había quitado, se la tiró encima. Ella, con un arito de dolor, exclamó: «¡Mi tripa!». De inmediato, se le pasó el enfado y se arrepintió de su acción. Deduciendo de su silencio que estaba preocupado por ella, le dijo, simulando dolor:

—Me marcharé ahora mismo, si quieres.

Se levantó y empezó a alejarse, hasta que él le gritó:

—¡¿Crees que es hora de jugar?! Y, levantándose, siguió gritando:

—¡Vuelve! ¡Maldita sea!

Estuvo mirando a través de la oscuridad hasta que la vio volver. Ya más tranquilo, se apoyó en la pared de la choza y miró al cielo. Deseaba estar seguro de que no le había hecho daño, pero su orgullo le impedía demostrar su preocupación y prefirió no hacer comentario alguno. Disimuló, diciendo:

—Lava algunos pepinos para cenar.

## 11

«¡CUÁNTA quietud en este lugar! No hay plantas, ni agua, ni pájaros que canten en las ramas; sólo esta tierra inhóspita y vacía, que el oscuro manto de la noche cubre de misterio. Encima, la bóveda del cielo, sembrada de estrellas; la mujer, en la choza; la soledad habla y la pena es como un ascua enterrada entre cenizas. Los altos muros de la Casa Grande cierran el paso al alma anhelante. ¿Qué hacer para que ese terrible padre oiga mi llanto? Deberíamos olvidar el pasado, pero es lo único que tenemos. Odio mi debilidad y maldigo mi vileza. Acepto a la desgracia por compañera y engendraré hijos para ella. Cualquier pájaro es más afortunado que yo, porque nada le impide entrar en el jardín. Mis ojos añoran los arroyos que corren entre las rosas. ¿Dónde está el perfume de la alheña? ¿Dónde el del jazmín? ¿Dónde aquella paz? ¿Dónde está mi flauta? ¡Hombre de corazón duro! Ya ha pasado medio año; ¿cuándo se ablandará tu corazón?». A lo lejos se oyó la odiada voz de Idrís, churreando: «Cosas extrañas. Dios mío, cosas extrañas». Allí estaba, encendiendo fuego delante del chamizo; las llamas parecían crecer para clavarse luego en el suelo. Su mujer, con el embarazo muy avanzado, iba y venía trayendo comida y bebida. Borracho como estaba, se puso a gritar de repente, dirigiéndose a la Casa Grande: «¡Ha llegado la hora de la sopa de molojeya del pollo asado! ¡Vosotros, gentes de la Casa, llenadlo de veneno!». Luego puso a canturrear de nuevo.

Adham pensó con tristeza: «Siempre que quiero estar solo en la oscuridad, aparece ese demonio, enciende fuego, arma un gran alboroto y no me deja paz».

Omayma salió a la puerta de la cabaña, y Adham se dio cuenta de que no estaba dormida, como creía. El embarazo, la dureza de la vida y la pobreza habían debilitado en extremo. Le preguntó, cariñosa y preocupada:

—¿No duermes?

Él contestó, enfadado:

—¡Déjame solo! Éste es el único momento del día en que la vida me resulta agradable.

—Mañana saldrás muy pronto a trabajar; necesitas descansar.

—Cuando estoy solo, vuelvo a ser un señor, o casi un señor; cuando miro el cielo y recuerdo aquellos días...

Ella suspiró profundamente:

—Me gustaría ver a tu padre entrar o salir de casa; me tiraría a sus pies y le pediría perdón.

Adham replicó, angustiado:

—Te he repetido mil veces que no tienes que pensar en eso. Jamás nos perdonará de ese modo.

Ella permaneció en silencio un momento; luego musitó:

—Me preocupa el futuro de mi hijo.

—Y ésa es también mi única preocupación, aunque me haya convertido el una bestia.

Ella dijo en voz baja, llena de tristeza:

—Eres la mejor persona de este mundo... Adham rió con amargura.

—Ya no soy un ser humano, soy un animal que sólo se preocupa por el si tentó.

—No te entristezcas. Muchas personas empiezan como tú y luego van mejorando y llegan a comprar tiendas y casas.

—Me parece que el embarazo te ha hecho perder la razón. Ella contestó, convencida:

—Llegarás a ser una persona importante y a nuestro hijo no le faltara nada.

Adham, atónito, le preguntó con sarcasmo:

—¿Y cómo lo voy a conseguir? ¿Con la bebida o con la droga?

—Trabajando, Adham. Él replicó, indignado:

—No hay peor maldición que trabajar para vivir. Yo antes pasaba el tiempo en el jardín, sin hacer nada más que mirar al cielo o tocar la flauta, pero ahora soy como un animal que empuja desde la mañana a la noche un carro para conseguir un poco de comida, que devoramos por las noches y expulsamos por la mañana. No hay peor maldición que trabajar para vivir. La única vida que vale la pena vivir es la de la Casa Grande, donde no hay que trabajar y sólo hay que disfrutar de los placeres, la belleza y la música.

Volvió a oírse la voz de Idrís:

—¡Bien dicho, Adham! El trabajo es una maldición y, además, una humillación a la que no estamos acostumbrados. ¿No recuerdas que te he propuesto unirnos en la desgracia?

Adham se volvió hacia donde sonaba la voz y vio a su lado la sombra de Idrís. Solía aparecer de repente en la oscuridad sin que nadie se diera cuenta, y se ponía a escuchar hasta que le apetecía intervenir. Excitado, Adham se puso en pie y le gritó:

—¡Vete a tu choza!

Idrís contestó con afectada seriedad:

—Yo pienso lo mismo que tú: el trabajo es una maldición que atenta contra la dignidad humana.

—Quieres que me convierta en un malhechor como tú, y eso es todavía peor que una maldición.

—Si el trabajo es una maldición y no se puede ir haciendo fechorías por ahí, ya me dirás qué hace la gente para vivir.

La conversación le causaba un gran desasosiego, y se calló. Idrís esperaba que dijera algo, pero como guardó silencio, continuó:

—¡A lo mejor pretendes conseguir comida sin trabajar! Si la consigues, será siempre a costa de los demás...

Adham siguió callado. El otro volvió a hablar:

—¿O a lo mejor quieres conseguirla sin trabajar ni hacer daño a nadie?  
—Rió de manera odiosa—. Eso sí que es un problema, hijo de mala madre.

Omayma gritó, furiosa:

—¡Vete a tu choza! ¡Eres peor que el demonio!

En ese momento, su mujer le llamó a gritos, e Idrís se fue por donde había venido, canturreando: «Cosas extrañas, Dios mío, cosas extrañas...».

Omayma suplicó a su marido:

—No te juntes con él.

—Sigo encontrándomelo de repente, sin saber cómo ha venido.

Se quedaron callados y eso les tranquilizó un poco; al rato, Omayma dijo dulcemente:

—El corazón me dice que haré de esta choza una casa como la que hemos dejado: tendrá jardín y ruiseñores, y nuestro hijo será dichoso en ella.

Adham se levantó; sonreía, pero su sonrisa no se podía distinguir en la oscuridad. Sacudiéndose el polvo de la galabeya, dijo con sorna:

—¡Al rico pepino! ¡Los más sabrosos del mercado! Sudo como un diablo, los chicos me hacen la vida imposible, tanta arena me destroza pies... y todo por unos pocos céntimos...

Entró en la choza y Omayma le siguió, diciendo:

—Llegará un día en que seremos felices.

—Si sufrieras como yo, no tendrías tiempo para soñar. Se echaron cada uno en un jergón de paja, y ella dijo:

—¿No puede Dios convertir esta choza en una casa como la que hemos perdido?

Adham contestó, bostezando:

—Yo lo que deseo es volver a la Casa Grande. —Y luego, bostezando aún más, repitió—: El trabajo es una maldición.

Ella musitó:

—Quizá; pero una maldición de la que sólo se sale trabajando.

## 12

UNA noche, unos fuertes gemidos despertaron a Adham. Como estaba medial dormido, tardó en darse cuenta de que Omayma se quejaba: «¡Mi espalda!: ¡Mi tripa!». Se sentó inmediatamente, y mirándola preocupado, dijo:

—Últimamente te dan siempre estos dolores, pero luego no es nada. ¡Enciende la vela!

—¡Enciéndela tú! Esta vez va en serio —gimió ella.

Se levantó y buscó a tientas la vela entre los cacharros. Cuando la encontró, la puso en una tabla y la encendió. Bajo la débil luz vio a Omayma, medio incorporada, gimiendo y haciendo enormes esfuerzos para respirar, dijo con ansiedad:

—Siempre que te duele algo, parece que va en serio. Ella contestó, con el rostro contraído:

—¡No! Esta vez es de verdad.

La ayudó a recostarse en la pared y le dijo:

—De todas formas, es tiempo ya de que nazca; aguanta hasta que vuelva de Gamaliya con la comadrona.

—¡Date prisa! ¿Qué hora es?

Adham salió de la choza y miró al cielo:

—Pronto amanecerá. Volveré en seguida.

Marchó de prisa hacia Gamaliya. Cuando volvió, todavía era de noche. Traía de la mano a la vieja partera, guiándola por el camino. Al acercarse al cobertizo, oyó los gritos de Omayma rasgando el silencio. El corazón le

latió con violencia y apresuró todavía más el paso. La matrona protestó. Entraron juntos en la cabaña, la mujer se quitó el manto y dijo riendo a Omayma:

—Ya ha amanecido; ten un poco de paciencia y pronto habrá pasado todo. Adham le preguntó:

—¿Cómo te encuentras? Ella gimió.

—Me muero de dolor. No puedo más. Me estoy rasgando por dentro. ¡No te vayas...!

Pero la partera objetó:

—Tiene que esperar fuera y tranquilizarse.

Adham salió fuera. Cerca vio una sombra. Le reconoció antes de poder distinguirlo con claridad. Su respiración se contrajo, pero Idrís le dijo, en un tono muy educado:

—¿Ha empezado ya el parto? ¡Pobrecilla! Ya sabes que mi mujer ha dado a luz hace poco. El dolor es falso y pasa pronto; en seguida sabrás lo que te ha reservado el oculto destino. Yo me encontré con Hind, una niña preciosa, pero llorica y meona como ella sola. ¡Ánimo!

Adham sufría enormemente.

—¡Ojalá todo salga bien!

Idrís soltó una carcajada al preguntar:

—¿Fuiste a buscar a la partera de Gamaliya?

—Sí.

—¡Es una asquerosa! ¡Una ladrona! Yo también fui a por ella. Quiso cobrarme demasiado y la eché de casa; todavía me maldice cuando paso ante su puerta.

Adham dijo, tras dudar un instante:

—No debes tratar así a la gente.

—¡Qué falso eres! Fue tu padre el que me enseñó a tratar mal a todo el mundo.

Omayma gritó, con tanta fuerza que parecía haberse rasgado por dentro.

Adham apretó los labios y se tragó lo que iba a decir. Angustiado, se acercó a la choza, y la animó con voz muy débil:

—¡Ten valor!



Idrís repitió las mismas palabras, pero gritando:

—¡Ten valor, cuñada!

Adham no quería que Omayma oyera a Idrís, y para evitarlo, propuso:

—Es mejor que nos alejemos un poco.

—Ven a mi casa; te daré una taza de té y verás cómo duerme Hind. Pero Adham echó a andar en otra dirección, maldiciéndole en silencio y disimulando su rabia, Idrís le siguió.

—Serás padre antes de que salga el sol. Es un cambio importante en tu vida. Así podrás darte cuenta de la importancia del vínculo que tu padre rompe como si tal cosa.

Adham respiró con dificultad:

—Me molesta hablar de eso.

—Quizá, pero no hay nada más importante de qué hablar. Adham se quedó en silencio un instante, dubitativo; luego preguntó con cierta emoción:

—Idrís, ¿por qué te empeñas en seguirme siempre a todas partes, si sabes que no hay ningún cariño entre nosotros? Idrís soltó una carcajada.

—¡Eres un niño impertinente! ¡Encima de que los gritos de tu mujer me despiertan de un sueño delicioso y, en vez de enfadarme, vengo y te ofrezco mi ayuda...! Tu padre debe de haberlos oído también, pero ha seguido durmiendo tranquilamente.

Adham dijo, disgustado:

—El destino ya ha sido suficientemente duro con nosotros; ¿no puedes olvidarte de mí igual que yo trato de olvidarte?

—Me odias, Adham, pero no porque tenga la culpa de que te echan de casa, sino porque te recuerdo tu debilidad. Me desprecias porque ves en mí tus propias faltas. Yo ya no tengo ningún motivo para odiarte. Al contrario; eres mi alegría y mi consuelo. No olvides que somos vecinos, y que hemos sido los primeros en vivir en esta tierra desierta. Nuestros hijos andarán a gatas juntos por aquí...

—Disfrutas atormentándome...

Idrís se calló un momento; Adham creyó que iba a dejarle en paz, pero en seguida volvió a preguntarle, muy serio:

—¿Por qué no podemos estar de acuerdo? Adham respondió, suspirando:

—Porque yo sólo soy un vendedor ambulante y tú, en cambio, prefieres ir por ahí, peleándote con todo el mundo.

Omayma volvió a gritar con fuerza. Adham miró al cielo, suplicante. Notó entonces que la oscuridad ya no era tan intensa y que la aurora apuntaba por encima del monte. Adham exclamó:

—¡Malditos dolores! Idrís replicó, riendo:

—¡Cuánta ternura! Sólo sirves para administrar las tierras y tocar la flauta.

—Ríete de mí todo lo que quieras. ¡No puedo más!

—Pero ¿qué dices? ¿No era tu mujer la que sufría? Adham gritó, angustiado:

—¡Déjame en paz!

Idrís le preguntó con una tranquilidad irritante:

—¿Es que piensas ser padre sin pagar ningún precio? Adham quedó callado, con la respiración entrecortada, e Idrís le dijo, compadeciéndose de él:

—Eres una persona inteligente. Quiero proponerte algo que hará más fácil la vida de tus hijos, porque, por supuesto, éste será el primero que tengas pero no el último. Sólo conseguiremos lo que deseamos teniendo montones de niños llorones: ¿qué te parece la idea?

—Ya hay luz. ¡Márchate y sigue durmiendo!

Los gritos se oyeron de nuevo con fuerza, constantes. Adham no pudo aguantar más y volvió a la choza cuando las tinieblas empezaban a desvanecerse. En ese instante, Omayma exhaló un profundo suspiro parecido al final de una triste canción. Adham se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Qué pasa?

Oyó que la comadrona le decía: «¡Espera!». Se tranquilizó al notar la satisfacción que había en su voz. En seguida, la comadrona apareció en la puerta:

—Has tenido dos varones.

—¿Dos?!

—¡Dios les proteja!

Oyó reír a Idrís por detrás de él.

—Idrís es ahora padre de una niña y tío de dos chicos... Y se volvió a su choza cantando: «La muerte y la fortuna, ¿dónde están? / ¡Tiempo, responde a mi pregunta!». La comadrona volvió a decir:

—Su madre quiere que se llamen Qadrí y Hammam.

Adham, loco de alegría, se puso a repetir:

—Qadrí y Hammam; Qadrí y Hammam...

## 13

QADRÍ dijo, secándose la cara con el borde de la galabeya:

—Vamos a sentarnos a comer un poco.

Hammam miraba hacia el sol, que estaba a punto de ocultarse:

—Sí, el tiempo ha pasado volando.

Se sentaron en la arena, al pie del Muqattam. Hammam desató un trapo rojo de rayas en el que guardaba un trozo de pan, taameya y puerros. Se pusieron a comer, mirando de vez en cuando el rebaño, que pacía por los alrededores o rumiaba en paz. Nada diferenciaba a los dos gemelos salvo la inconfundible mirada de cazador de Qadrí, que daba una enorme viveza a su expresión. Qadrí volvió a hablar, mientras comía:

—Si esta tierra fuera sólo nuestra, podríamos apacentar el rebaño sin ningún problema.

Hammam contestó, sonriendo:

—Pero tenemos que compartir los pastos con los pastores de Otuf, Kafr el-Zagari y Husainiya. Lo mejor es llevarnos bien con todos y evitar problemas. Qadrí río con desprecio, escupiendo algo de comida al hablar:

—Esa gente sólo trata de una forma a los que entonan himnos de amistad: ¡a golpes!

—Pero...

—No hay pero que valga, hermano; yo sólo sé tratarles así: les agarro por la galabeya y les empiezo a dar puñetazos en la cabeza hasta que caen al suelo, de frente o de espaldas, como sea.

—Y por eso tenemos tantos enemigos que no los podemos contar.

—¿Y quién te ha dicho que los cuentos?

Hammam estaba serio; parecía pensar en otra cosa. Se puso a silbar ensimismado, luego dejó de silbar y, en silencio, volvió a la realidad. Cogió un puerro, lo estrujó entre los dedos, se lo llevó a la boca, lo saboreó y lo masticó ruidosamente, diciendo:

—Por eso estamos tan solos y pasamos tanto tiempo sin hablar.

—¿Para qué quieres hablar, si siempre estás cantando? Hammam le miró y, con sinceridad, comentó:

—Me parece que a veces no puedes soportar esta soledad.

—Siempre hay algo que me entristece: la soledad o cualquier otra cosa.

Se hizo un silencio; sólo se oía el ruido que producían al comer. A lo lejos, unas gentes regresaban del monte camino de Otuf. Iban cantando en grupo: uno de los hombres entonaba la letra y los otros le coreaban. Hammam comentó:

—Esta zona del desierto es una prolongación de nuestro barrio. Si fuéramos hacia el Norte o hacía el Sur, probablemente no regresaríamos vivos.

Qadrí rió estrepitosamente.

—Seguro que a muchos, en el Norte o en el Sur, les gustaría matarme, pero ninguno se atreverá a llegar hasta aquí. Hammam, mirando al rebaño, replicó:

—Nadie puede decir que no seas valiente; pero recuerda que estamos vivos gracias al nombre del abuelo y a la terrible fama que tiene nuestro tío, a pesar de que estemos peleados con él.

Qadrí frunció el ceño. No estaba de acuerdo, pero no se atrevió a replicar. Miró hacia la Casa Grande, que a lo lejos, en el ocaso, parecía un templo enorme, de contornos difusos.

—¡Qué casa! Nunca he visto nada igual: en medio de esta tierra desierta y cerca de los callejones más peligrosos. ¡Con ese tirano por dueño! Nadie puede llamarle otra cosa. ¡Ese abuelo que no ha visto nunca a sus nietos, aunque viven a su lado!

Hammam miró hacia la casa.

—Padre siempre se refiere a él con respeto y admiración.

—En cambio, el tío lo único que hace es maldecirle. Hammam concluyó, desasosegado:

—De todas maneras, es nuestro abuelo.

—¿Y de qué nos sirve? Padre tiene que ganarse la vida empujando un carrito todo el día; madre no para de trabajar desde que amanece hasta bien entrada la noche, y nosotros cuidamos el ganado, descalzos y medio desnudos. En cambio él se esconde, indiferente, tras esos muros, y disfruta de placeres que no podemos ni imaginar.

Acabaron de comer. Hammam sacudió el trapo, lo dobló y lo guardó en el bolsillo. Luego se tumbó boca arriba, haciéndose una almohada con los brazos. Se puso a mirar el cielo que, limpio y despejado, exhalaba la paz del atardecer. Por el horizonte revoloteaban algunos milanos. Qadrí se levantó y se fue a orinar, diciendo:

—Padre dice que antes el abuelo salía a menudo y que se cruzaba con él en el camino, pero hace tiempo que nadie le ha vuelto a ver; parece como si tuviera miedo...

Hammam dijo en tono soñador:

—¡Cuánto me gustaría verle...!

—No esperes nada extraordinario. Se parecerá a nuestro padre o a nuestro tío, o a los dos. A mí me asombra que padre hable siempre de él con respeto, a pesar del trato que le dio.

—Está claro que le quiere mucho o que cree haber merecido el castigo que le impuso.

—O que todavía espera que le perdone.

—Tú no conoces a padre. Es una persona muy buena y cariñosa. Qadrí volvió a sentarse, diciendo:

—No me gusta nada y tampoco me gustas tú. Y el abuelo es un hombre raro, que no merece que nadie le respete. Si tuviera un poco de bondad, no habría permitido que su propia familia sufriera tanto. Yo, como el tío, le considero una maldición.

Hammam replicó, sonriendo:

—Quizá sus peores cualidades sean las que tú más admiras, como la fuerza o la violencia.

Qadrí dijo en tono apasionado:

—Se apoderó de estas tierras sin dificultad, y luego se convirtió en un ser orgulloso y tirano.

—No digas que no es verdad lo que te acabo de decir: ni siquiera el gobernador se hubiera atrevido a vivir solo en estas tierras desiertas.

—Y, por lo que nos han contado, ¿te parece que tuvo motivos para enfadarse tanto con nuestro padre?

—¡Pero si tú te peleas por mucho menos!

Qadrí cogió la jarra y bebió un buen trago; eructó y continuó:

—¿Y qué pecado hemos cometido sus nietos? No sabe lo horrible que es el trabajo de pastor. ¡Maldita sea!, me gustaría conocer su testamento y saber qué nos deja.

Hammam suspiró y sugirió con voz soñadora:

—Riquezas que nos librarán de esta vida tan dura y nos permitirán disfrutar de todos los placeres.

—Dices lo mismo que padre. Nos sentimos desgraciados viviendo en medio del barro y soñamos con tocar la flauta en un jardín paradisíaco. Si te digo la verdad, a mí me parece mucho más admirable el tío que padre.

Hammam se incorporó y bostezó; luego se levantó y se desperezó, añadiendo:

—De todas maneras, tampoco somos tan pobres; tenemos una casa lo suficientemente grande, comida para vivir y ganado que apacentar. Vendemos la leche y engordamos y vendemos también el ganado, y madre nos teje ropa con su lana.

—¿Y la flauta y el jardín?

Sin contestar, se acercó al rebaño, cogiendo el bastón del suelo. Qadrí se levantó y gritó, dirigiéndose, burlón, a la Casa Grande:

—¿Nos dejarás algo en herencia o piensas castigarnos cuando te mueras como nos has castigado mientras vivías...? ¡Contesta, Gabalau! Y el eco respondió: «¡Contesta, Gabalau!».

## 14

VIERON a lo lejos que alguien se acercaba, pero no podían distinguir con claridad quién era. Poco a poco, la figura se fue aproximando hasta que la reconocieron. Qadrí se levantó de un salto; sus bellos ojos brillaban de alegría. Hammam miró sonriendo a su hermano, y después volvió la vista, distraído, hacia el rebaño y comentó en voz baja:

—Pronto anochecerá.

Qadrí respondió con indiferencia:

—Por mí, que amanezca, si quiere.

Se adelantó unos pasos, saludando con los brazos a la joven. Ella se acercó. Parecía cansada. Llevaba un buen rato caminando y le resultaba difícil avanzar por la arena calzada con las sandalias. Les miró con el brillo seductor de sus ojos verdes. Su mirada era audaz. Un manto cubría sus hombros, dejando al descubierto la cabeza y el cuello. El viento jugaba con sus trenzas.

Qadrí se alegró tanto al verla, que desapareció la expresión de dureza de su rostro:

—¡Hola, Hind!

Ella contestó dulcemente:

—¡Hola! —Y dirigiéndose a Hammam—: ¡Buenas tardes, primo!  
Hammam sonrió.

—Buenas tardes, prima, ¿cómo estás?

Qadrí la cogió de la mano y la llevó a la gran roca que había unos metros más allá. La rodearon y se quedaron en el lado que daba a la



montaña. Allí, aislados de todo, la atrajo hacia sí, la cogió entre sus brazos y la besó apasionadamente en la boca hasta que sus dientes se rozaron. Por un momento, la joven se sintió transportada a otro mundo, pero, al cabo, se liberó de sus brazos y, respirando entrecortadamente, se arregló el manto. Se miraron: él, lleno de deseo; ella, sonriendo. Más en seguida, como si hubiera recordado algo desagradable, la sonrisa desapareció de sus labios. Con aire contrariado, exclamó:

—Otra vez ha habido pelea en casa. ¡Qué vida tan insoportable! Qadrí frunció el ceño, comprendiendo lo que eso significaba.

—No te preocupes —dijo con vehemencia—. Nuestros padres son tontos. El mío, aunque bueno, es estúpido y el tuyo, que es malo, es tan estúpido como él. Les gustaría que nosotros también nos odiáramos. ¡Serán idiotas! Pero dime, ¿cómo has conseguido venir?

Ella suspiró.

—Hoy ha pasado lo de siempre: madre y padre se han estado peleando todo el día. El le ha pegado varias veces y ella le ha insultado gritándole, y para desahogarse ha acabado rompiendo un cántaro. Gracias a Dios, hoy las cosas no han llegado a más. Muchas veces ella le agarra por el cuello, desafiándole, y cuando él la reduce, se pone a maldecirle. Si está bebido, el único modo de poder respirar es desaparecer de su vista. Muchas veces siento deseos de huir; odio esta vida y el único consuelo que me queda es llorar hasta que me duelen los ojos. Pero a nosotros eso no nos importa. Estuve esperando hasta que padre se vistió, y cuando se marchó, cogí el manto. Mi madre trató de impedir que me fuera, como siempre, pero me escapé y aquí estoy.

Qadrí, cogiéndole la mano entre las suyas, le preguntó:

—¿Sospecha adónde vienes?

—No creo, pero no me importa; nunca se atrevería a decírselo a padre. Qadrí rió un poco y preguntó:

—¿Qué crees que haría tu padre si lo supiera? Dudando, ella rió también y contestó:

—No le tengo miedo a pesar de su mal carácter; al revés, reconozco que le quiero y que me quiere con una ternura insospechada en él, pero no se

preocupa de decirme que yo soy lo más importante del mundo para él y ahí está la raíz de mis problemas.

Qadrí se sentó en el suelo junto a la roca y le pidió que se sentara, señalándole un sitio a su lado. Desprendiéndose del manto, ella se sentó. Él se inclinó y la besó en la mejilla, mientras decía:

—Parece que es más fácil tratar a mi padre que al tuyo, aunque el mío siempre que se menciona al tuyo se enfurece y jamás admite que tenga una sola cualidad.

Ella se rió y le dijo lo que nunca quería decirle:

—¡Todos los hombres sois iguales...! Mi padre piensa lo mismo del tuyo. Él la miró interrogante.

—Tu padre desprecia al mío por su crueldad —continuó—, y el mío al tuyo por ser tan bueno. Lo grave es que nunca están de acuerdo en nada.

Qadrí meneó la cabeza como si intentase embestir al viento y dijo, desafiante:

—Pero nosotros haremos lo que nos dé la gana. Hind le miró con cariño:

—Mi padre es así; él hace siempre lo que le da la gana.

—Yo también soy capaz de hacer muchas cosas. ¿Qué planes tiene para ti ese tío borracho?

A pesar suyo, ella rió y replicó medio en broma, medio en serio:

—No hables mal de mi padre. —Y siguió diciendo, mientras le mordisqueaba la oreja—: A menudo me pregunto qué planes tiene para mí, y a veces me parece que no quiere que me case nunca.

Él la miró, rechazando la idea. Ella prosiguió:

—Una vez le vi mirando furioso la casa del abuelo. «Disfrutas humillando a tus hijos y a tus nietos —decía—, pero ¿también vas a humillar a tu nieta? El único lugar del mundo digno de Hind es esa casa cerrada». Otra vez le dijo a mi madre que un cacique de Kafr el-Zagari quería casarse conmigo. Mi madre se puso muy contenta con la noticia, pero él le gritó furioso: «¡Desgraciada! ¡Estúpida! ¿Quién es ése de Kafr el-Zagari? El peor criado de la Casa Grande vale más que él». Mi madre le preguntó, apenada: «¿Quién te parece entonces digno de ella?». Él gritó:

«¡Quién tiene que contestar eso es ese déspota que se esconde tras los muros de esa casa! Hind es su nieta, y nadie en este mundo es lo suficientemente bueno para ella. Quiero que se case con una persona, como yo». Mi madre replicó sin querer: «¿Quieres que sea tan desgraciada como yo?». Él se le echó encima como un salvaje y empezó a golpearla hasta que ella consiguió escapar de la choza.

—Está completamente loco.

—Odia al abuelo, y siempre que se acuerda de él le maldice; pero, en su fuero interno, está orgulloso de ser su hijo.

Qadrí, apretando el puño, se daba golpes en la pierna y decía:

—Seríamos mucho más felices si ese hombre no fuera nuestro abuelo.

Ella asintió con amargura:

—Quizá...

La apretó contra su pecho tan apasionadamente como apasionadas eran sus palabras, y la estrechó entre sus brazos, reteniéndola, olvidando de este modo sus problemas y entregándose intensamente a su amor. El le pidió:

—Dame tus labios.

En ese momento, Hammam abandonó la roca y volvió sigiloso junto al rebaño; sonreía, triste y avergonzado. Sentía como si la atmósfera estuviera cargada de amor, y ese amor fuera el presagio de una tragedia. Pensó: «El parece un ser puro y tierno; sólo se vuelve así detrás de esa roca. ¡Qué magia la del amor, que nos libera de nuestras preocupaciones!». El cielo iba palideciendo apaciblemente, la noche se echaba encima con lentitud, como si se tratara de una canción de despedida, y la brisa lánguida del atardecer soplaba ya casi en la oscuridad. Un macho cubrió a una cabra. Hammam volvió a hablar consigo mismo: «Madre se pondrá muy contenta cuando esta cabra tenga cabritos; en cambio, cuando nace un ser humano la tragedia nace con él y, aun antes de nacer, la maldición se cierne sobre nosotros. ¡Extraña enemistad la de mi padre y su hermano, debida únicamente a la rivalidad fraterna! ¿Cuánto tiempo tendremos que soportar este odio? Si olvidáramos el pasado, ¡cuánto disfrutaríamos del presente! Pero no lo haremos; seguiremos mirando esa casa, porque sólo de ahí sacamos nuestra fuerza y sólo en ella ciframos nuestra desgracia». Miró de nuevo al macho

cabrió y sonrió. Deambuló junto al ganado, silbando y, jugando con el bastón, se volvió hacia la gran roca que, silenciosa, permanecía indiferente a toda la existencia.

## 15

OMAYMA se despertó como siempre, cuando sólo quedaba una estrella en el cielo. Llamó a Adham y éste, protestando, se levantó y salió de la habitación, aún somnoliento. Luego, fue a despertar a Qadrí y a Hammam, que dormían en la habitación de al lado. La cabaña era ahora mayor y parecía ya una casita. Estaba rodeada de un muro junto al cual, en la parte de atrás, había un aprisco para el ganado. Las plantas trepadoras que cubrían el muro le daban un aspecto más agradable. Omayma todavía no había perdido la esperanza de convertir en realidad su viejo sueño de embellecer lo más posible la choza para que se pareciera a la Casa Grande. Los hombres salieron al patio y se lavaron la cara en una jofaina llena de agua; luego, se pusieron la ropa de diario. Desde el interior de la choza, la brisa llevaba hasta ellos el olor a leña quemada y el llanto de los hermanos más pequeños. Se sentaron alrededor de la mesa que había a la entrada, y se pusieron a comer habas de un puchero. El aire otoñal era húmedo y ligeramente frío a esa hora tan temprana, pero sus cuerpos eran fuertes y no lo sentían. A lo lejos, se veía la cabaña de Idrís, que también era ahora más grande, y la Casa Grande, que se erguía silenciosa en el horizonte, encerrada en sí misma y aislada totalmente del mundo exterior.

Omayma puso una jarra de leche recién ordeñada encima de la mesa y se sentó. Qadrí le preguntó, burlón:

—¿Por qué no vas a vender leche a casa de nuestro respetable abuelo? Adham, que ya tenía las sienes grises, se volvió hacia él y le ordenó:

—¡Cállate y come! El mejor regalo que nos puedes hacer a todos es permanecer en silencio.

Omayma dijo, mientras comía:

—Ya es tiempo de poner en vinagre los limones, las aceitunas y los pimientos verdes. Qadrí, tú disfrutabas mucho antes cuando lo hacíamos y me ayudabas a rellenar los limones.

Qadrí contestó agriamente:

—Nos gustaba cuando éramos pequeños, pero no había ninguna razón especial.

Adham le preguntó, volviendo a poner la jarra en su sitio:

—¿Qué te pasa hoy, bravucón?

Qadrí rió, pero se abstuvo de contestar. Hammam observó:

—Se acerca el día de mercado; tenemos que seleccionar las reses. La madre asintió, mientras el padre le decía a Qadrí:

—Qadrí, no seas bruto. Cuando me ven, la gente que te conoce siempre se queja de ti. Me parece que estás tratando de imitar a tu tío.

—¡O a mi abuelo!

Los ojos de Adham brillaron de indignación al replicar:

—No hables mal de tu abuelo. ¿Me has oído a mí hablar mal de él alguna vez? Él no te ha hecho nada. Qadrí protestó:

—Si te ha hecho algo a ti es como si nos lo hubiera hecho a nosotros.

—¡Cállate! ¡Haz el favor de callarte!

—Si nosotros y nuestra prima vivimos así, se lo debemos a él. Adham dijo, con un gesto de extrañeza:

—¿Y qué tiene que ver ella ahora? Por culpa de su padre estamos en la miseria.

Qadrí gritó:

—¡Quiero decir que no está bien que una mujer de nuestra sangre crezca en este inhóspito desierto! Dime, ¿quién va a casarse con ella?

—¡Por mí, el mismísimo diablo! ¡Qué más nos da! ¡Debe de ser tan salvaje como su padre!

Miró a su mujer como para que le apoyara. Omayma asintió:

—Sí, como su padre.

Adham, escupiendo al suelo, exclamó:

—¡Malditos sean ella y su padre! Hammam preguntó:

—¿No nos estamos amargando el desayuno con esta conversación?

Omayma contestó con suavidad:

—No exageres; cuando más disfrutamos es cuando estarnos todos juntos. En ese momento, oyeron a Idrís maldecir e insultar a voz en grito. Adham dijo, disgustado:

—Ya han empezado los rezos.

Tomó un último bocado y se levantó de la mesa; cogió el carrito y empezó a empujar, gritándoles: «¡Que tengáis un buen día!». Ellos le dijeron adiós y él se alejó hacia Gamaliya. Hammam se levantó también y fue hacia el aprisco por el corredor lateral. Y en seguida se oyeron fuertes balidos y el ruido de las pezuñas amontonándose para salir. Qadrí, cogiendo el bastón, se despidió de su madre y siguió a su hermano. Al pasar por la cabaña de Idrís, éste les salió al encuentro y les preguntó con sorna:

—Oye, tú, ¿cuánto vale una res?

Qadrí le miró inquisitivo, mientras Hammam desviaba la mirada. Idrís volvió a preguntar en tono de reproche:

—¡Hijos del vendedor de pepinos! ¿Ninguno va a hacer el favor de contestarme?

Qadrí le respondió con dureza:

—Si quieres comprar, vete al mercado. Idrís, riendo entre dientes, les desafió:

—¿Y si os cogiera una?

Desde el interior de la choza, se oyó la voz de Hind:

—Padre, no armes líos, ¡por favor! El replicó, divertido:

—Métete en tus asuntos y deja que yo me entienda con estos hijos de esclavos.

Hammam dijo:

—Nosotros no te hemos hecho nada; déjanos en paz.

—¡Oh! ¡Si es como Adham! Tu sitio está entre el ganado, no detrás de él. Hammam le contestó:

—Padre nos ha advertido que no respondamos a tus provocaciones.

Idrís rió a carcajadas.

—¡Bendito seas! Si no fuera por él, estaríais perdidos. —Y en un tono más grosero—: Y si no fuera por mí, nadie os respetaría. ¡Malditos seáis todos vosotros! ¡Quitaos de mi vista!

Siguieron su camino, golpeando con los bastones de vez en cuando.

Hammam, pálido de rabia, le dijo a Qadrí:

—Es un ser despreciable. A esta hora ya le huele el aliento a vino. ¡Qué asco!

Qadrí replicó, mientras se adentraban con el rebaño en el desierto:

—Habla mucho, pero nunca nos ha hecho daño.

—No es verdad; más de una vez nos ha robado ganado.

—Es un borracho, pero desgraciadamente es nuestro tío y no tenemos más remedio que aceptarle.

Permanecieron en silencio largo rato mientras se iban acercando a la gran roca. Nubes dispersas flotaban en el cielo y el sol inundaba con sus rayos la arena infinita. Hammam no pudo aguantar más y dijo:

—Sería un error que te unieras a esa familia. Los ojos de Qadrí relampaguearon de cólera.

—¡No trates de decirme lo que tengo que hacer! —gritó—. ¡Ya tengo bastante con padre!

Hammam, aún dolido por los insultos de Idrís, continuó:

—Ya tenemos bastantes problemas. No nos compliques más. Qadrí siguió gritando:

—¡Ojalá os destruyan esos problemas que vosotros mismos os creáis! Yo, por mi parte, haré lo que me dé la gana.

Llegaron a donde solía pastar el rebaño. Hammam, volviéndose a su hermano, le preguntó:

—¿Crees que puedes actuar impunemente? Qadrí le agarró por el hombro, y le increpó:

—A ti lo que te pasa es que estás celoso.

Hammam se quedó atónito. Las palabras de su hermano le habían sorprendido. Aunque, por otro lado, estaba acostumbrado a sus ocurrencias. Le quitó la mano de su hombro, diciendo:



—¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

Qadrí cruzó los brazos, moviendo la cabeza con desdén. Hammam añadió:

—Lo mejor es que te deje por imposible y hagas lo que te dé la gana; cuando lo hayas hecho, te arrepentirás, pero no reconocerás tu error hasta que sea demasiado tarde.

Y, dándole la espalda, se fue hacia el lado de la roca en el que daba la sombra. Qadrí, malhumorado, se quedó solo bajo el ardiente sol.

## 16

UN día, estando la familia de Adham cenando frente a la choza, a la pálida luz de las estrellas, sucedió algo que no había ocurrido nunca en el desierto desde que Adham fuera expulsado de la casa. La gran puerta se abrió, y una figura con una lámpara en la mano salió de la Casa Grande. Atónitas, todas las miradas siguieron la luz en la oscuridad como si fuera una estrella terrenal, y cuando estaba ya más cerca, a la luz de la lámpara, trataron de identificar la figura. En seguida, Adham exclamó:

—Es Amm Karim, el portero.

Su asombro fue todavía mayor al darse cuenta de que se dirigía hacia ellos. Se quedaron inmóviles, unos con la comida en la mano y otros, con la boca llena. El hombre se acercó y saludó con la mano:

—Buenas noches, señor Adham.

Al oír aquella voz, que no había escuchado desde hacía veinte años, Adham se estremeció. Desde lo más recóndito de su memoria, recordó la voz profunda de su padre, la fragancia del jazmín y de la alheña, y sus alegrías y sus tristezas. Le pareció que la tierra también se estremecía con él. Respondió, tratando de contener las lágrimas:

—¡Buenas noches, Amm Karim!

El hombre, visiblemente emocionado, añadió:

—¿Cómo estáis tú y tu familia?

—Muy bien, Amm Karim, gracias a Dios. El hombre siguió con un tono bondadoso:

—Me gustaría decirte todo lo que siento, pero sólo he venido a comunicarte que mi noble señor quiere que tu hijo Hammam vaya a verle de inmediato.

Todos callaron, mirándose, confusos. Alguien preguntó:

—¿Sólo Hammam?

Fastidiados, se volvieron hacia Idrís, que apareció de pronto. Lo había escuchado todo. Amm Karim no contestó y, con un saludo de despedida, regresó a la Casa Grande, dejándoles a todos sumidos en la oscuridad. Idrís, furioso, le gritó:

—¿Por qué no contestas, hijo de perra?

Qadrí, saliendo de su estupor, preguntó, no menos furioso:

—¿Por qué sólo Hammam? Idrís insistió:

—Sí, ¿por qué sólo Hammam?

Adham exclamó, descargando su emoción:

—¡Vete a tu casa y déjanos en paz!

—¿En paz? Haré lo que me dé la gana.

Hammam miró en silencio la Casa Grande. Su corazón latía con tanta furia que le parecía que el Muqattam iba a devolverle el eco. Su padre dijo con resignación:

—¡Vete a ver al abuelo, Hammam, y buena suerte! Qadrí se volvió hacia su padre y le preguntó, desafiante:

—¿Y yo? ¿No soy tan hijo tuyo como él?

—No hables como Idrís, Qadrí. Por supuesto que eres tan hijo mío como él; pero no tienes que ponerte así conmigo; yo no he sido quien le ha mandado llamar.

Idrís le replicó:

—Pero tú puedes negarte a que se hagan estas diferencias entre hermanos.

—Eso no es asunto tuyo. —Y dirigiéndose a Hammam—: Debes ir. Ya le llegará el turno a Qadrí, estoy seguro. Idrís dijo, disponiéndose a marchar:

—Eres tan injusto como tu padre. ¡Pobre Qadrí! ¿Por qué le tiene que castigar a él si no ha hecho nada malo? En nuestra familia, el castigo cae

siempre sobre los mejores. ¿Acaso Dios no ha maldecido a esta familia de locos?

Idrís se marchó, desapareciendo en la oscuridad. Entonces Qadrí gritó:

—¡Eres injusto conmigo, padre!

—No imites a tu tío. ¡Ven acá, Qadrí! Y tú, Hammam, ¡vete! Hammam dijo apurado:

—Me gustaría que viniera mi hermano conmigo.

—El irá luego. Qadrí gritó, furioso:

—¡¿Qué injusticia es ésta?! ¿Por qué le ha elegido a él en vez de a mí? No nos conoce a ninguno de los dos, ¿por qué ha decidido entonces que vaya él?

Adham dio un empujón a Hammam y le ordenó:

—¡Ve!

Hammam se fue. Omayma le dijo en un susurro:

—¡Dios te proteja!

Y, llorando, abrazó a Qadrí, que la apartó y salió corriendo detrás de su hermano. Adham le gritó:

—¡Vuelve! ¡No pongas en peligro tu futuro! Qadrí contestó, enfurecido:

—Nada de este mundo podrá hacerme volver.

Omayma lloraba desconsolada, y los pequeños, dentro de la choza, también lloraban. Qadrí alcanzó a su hermano a grandes zancadas. Cerca, en la oscuridad, distinguió a Idrís, que llevaba a Hind de la mano. Cuando llegaron a la puerta, Idrís colocó de un empujón a Qadrí a la izquierda de Hammam, e hizo que Hind se pusiera a su derecha.

Alejándose unos pasos, gritó:

—¡Abre, Amm Karim! Han venido los nietos a reunirse con su abuelo. La puerta se abrió y en el umbral apareció Amm Karim, con la lámpara en la mano, diciendo cortésmente:

—Tenga la bondad de entrar, señor Hammam. Idrís gritó:

—¡Ése es su hermano Qadrí y ésta es Hind, el vivo retrato de mi madre, que murió llorando!

Amm Karim dijo cortésmente:

—Usted sabe, señor Idrís, que nadie puede entrar en esta casa sin su permiso.

Hizo un gesto a Hammam, y éste entró. Qadrí se dispuso a seguirle, cogiendo a Hind de la mano, pero desde el fondo del jardín llegó una voz que Idrís conocía muy bien, y que dijo con dureza:

—¡Vosotros dos, iros, desvergonzados!

Se quedaron clavados en tierra. La puerta se cerró. Idrís se abalanzó sobre ellos y, agarrándoles por el hombro, les preguntó con la voz temblándole de rabia:

—¿Por qué os llama desvergonzados?

Hind chilló, amedrentada. Qadrí se volvió rápidamente hacia Idrís y apartó sus manos de su hombro y del de Hind. Ella, dándoles la espalda, echó a correr en la oscuridad. Idrís dio un paso atrás y pegó un soberbio puñetazo a Qadrí. El muchacho lo aguantó firme y le devolvió el golpe aún con más fuerza. Se enzarzaron en una fiera pelea, dándose puñetazos y puntapiés con una brutalidad salvaje, al pie de los muros de la Casa Grande. Idrís vociferaba:

—¡Te mataré, hijo de puta! Qadrí contestaba, desaforado:

—¡Antes te mataré yo!

La pelea continuaba. Qadrí echaba sangre por la boca y la nariz. Adham llegó corriendo, enloquecido, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Deja a mi hijo, Idrís! Idrís replicó, lleno de odio:

—Le mataré por el crimen que ha cometido.

—No le matarás. Y si lo haces, no saldrás con vida. La madre de Hind apareció gimiendo y gritando:

—¡Hind se ha marchado! Idrís, ¡ve en su busca antes de que se pierda! Adham se interpuso entre Idrís y Qadrí, y gritó a su hermano:

—¡Ten calma! No hay razón para que te pongas así. Tu hija es pura e inocente, pero está aterrorizada y ha huido. Vete a buscarla antes de que desaparezca.

Y agarrando a Qadrí, le arrastró tras él, diciendo:

—¡Corre! He dejado a tu madre desmayada.

Mientras, Idrís se perdía en la oscuridad, gritando con todas sus fuerzas:  
«¡Hind! ¡Hind!».

## 17

HAMMAM siguió a Amm Karim bajo las enredaderas de jazmín, camino de la terraza. En aquel jardín la noche era distinta; la atmósfera, invadida por el aroma de las flores y los arrayanes, se percibía suave y delicada. Se sintió sobrecogido ante tanta belleza, y el respeto, la admiración y el amor anegaron su alma; era consciente de que aquéllos eran los momentos más preciosos de su vida. A través de los postigos de las ventanas se filtraba algo de luz, y la puerta del salón proyectaba un rectángulo luminoso en el jardín. Su corazón latía con fuerza; se imaginaba quién y cómo vivía en aquellos salones y detrás de aquellas ventanas. Su corazón se aceleró aún más cuando pensó que él era del linaje de aquella casa y que formaba parte de su vida. Le había llegado el momento de enfrentarse a ella cara a cara, con su modesta galabeya azul, su bonete descolorido y sus pies descalzos. Subieron los peldaños de la terraza y se dirigieron hacia una puertecita que había en el extremo de la derecha y que daba a una escalera. Ascendieron por ella en silencio, hasta llegar a una larga galería iluminada por una lámpara que colgaba de un techo muy adornado. Se dirigieron luego a la gran puerta del centro de la galería, y Hammam pensó emocionado: «En algún lugar de esta galería, quizá aquí, al comienzo de la escalera, acechaba mi madre hace veinte años el paso del abuelo. ¡Qué trágico recuerdo!».

Amm Karim llamó a la gran puerta, pidiendo permiso para que entrara Hammam. Luego se apartó a un lado, le empujó suavemente, y le indicó que pasara. El muchacho entró despacio, con educación; estaba preocupado y asustado y no oyó cerrarse la puerta tras él. Las luces del techo y las

paredes le deslumbraron. Concentró toda su atención en el estrado: allí, en un diván, con las piernas cruzadas, estaba sentado el viejo. Nunca hasta entonces había visto a su abuelo, pero le reconoció al instante. ¿Quién si no él iba a ser aquel gigante, del cual había oído contar cosas tan sorprendentes? Se le acercó y vio en sus grandes ojos una mirada que dejó vacía su memoria, pero que tranquilizó su corazón. Le saludó con tal reverencia, que su frente casi rozó el diván. Le tendió la mano, y el anciano le dio la suya para que se la besara. Así lo hizo, con devoción, y armándose de un valor insospechado, saludó:

—Buenas noches, abuelo.

Una voz poderosa, en la que se adivinaba cierta bondad, le respondió:

—Bienvenido, hijo mío. Siéntate.

El muchacho se sentó en el borde de una silla, a la derecha del diván. Gabalau le dijo:

—¡Siéntate más cómodo!

Hammam se deslizó hasta el fondo de la silla. Su corazón desbordaba de alegría. Sus labios musitaron unas palabras de agradecimiento; luego, ambos callaron. Se quedó un rato mirando el dibujo de la alfombra; sentía su mirada fija en él como se sienten los rayos del sol aunque no los miremos. De pronto, recordó que la cámara secreta estaba a su derecha, y se volvió hacia la puerta, apesadumbrado y temeroso. El viejo le preguntó en el acto:

—¿Qué sabes de esa puerta?

Temblando y asombrado por su perspicacia, le contestó con humildad:

—Con esa puerta se abrieron nuestros sufrimientos.

—¿Qué pensaste de tu abuelo cuando te contaron lo sucedido? Iba a responder, cuando el viejo añadió:

—Dime la verdad.

Al oír el tono de su voz, Hammam se sintió impulsado a contestar con sinceridad:

—Mis padres actuaron mal, pero el castigo fue terrible. Gabalau sonrió y dijo:



—Sí, parece sincero. Odio la mentira y el engaño. Por mentir he echado a más de uno de esta casa.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Hammam. Su abuelo prosiguió:

—Me parece que eres un buen chico; por eso te he mandado llamar. Hammam dijo, con la voz entrecortada por el llanto:

—Gracias, señor.

Su abuelo siguió hablando con calma:

—He decidido darte una oportunidad que no ha tenido nadie de los de ahí fuera: quiero que vivas en esta casa, que te cases aquí y empieces una nueva vida.

El corazón de Hammam brincó, ebrio de alegría, y esperó seguir oyendo otras buenas noticias que culminaran tan maravillosas palabras, pero su abuelo calló. Hammam, tras dudar un momento, dijo:

—Gracias por su bondad.

—Tú la mereces.

El joven miró a su abuelo, luego la alfombra y, al cabo, preguntó con ansiedad:

—¿Y mi familia?

Gabalui respondió, contrariado:

—Ya te he dicho con toda claridad lo que quiero. Hammam le suplicó:

—Ellos merecen su misericordia y su perdón. Gabalui replicó con cierta frialdad:

—¿No has oído lo que te he dicho?

—Sí, lo he oído, pero se trata de mi madre, mi padre y mis hermanos. Mi padre es una persona que...

—¿No has oído lo que te he dicho?

Estaba enfadado. Callaron ambos. Finalmente, el viejo dio por terminada la conversación, ordenándole:

—Ve a despedirte y luego vuelve.

Hammam se levantó, besó la mano a su abuelo y se marchó. Amm Karim le estaba esperando. Echó a andar, y Hammam le siguió sin decir palabra. Cuando llegaron a la terraza, Hammam vio a una joven en una zona iluminada cerca del jardín; ella se apresuró a ocultarse, y sólo alcanzó

a ver el perfil de su cara y de su cuello y su esbelta figura. Las palabras de su abuelo resonaban en sus oídos: «Quiero que vivas en esta casa, que te cases aquí...». ¡Casarse con una joven así! ¡Ésa fue la vida de su padre! ¿Cómo había sido tan cruel el destino con él? ¿De dónde había sacado el valor necesario para soportar luego la vida y convertirse en un vendedor ambulante? «Y ahora se abre ante mí una nueva oportunidad; es como un sueño, el sueño de mi padre, que ha durado veinte años. Pero estoy aturdido...».

## 18

HAMMAM volvió a la choza. Su familia no se había acostado y le estaba esperando. Llenos de curiosidad, le rodearon al entrar. Adham le preguntó con ansiedad:

—¿Qué ha pasado, hijo mío?

Hammam vio que Qadrí tenía un ojo hinchado. Se acercó a mirarlo de cerca. Adham explicó, apesadumbrado:

—Tu hermano y ese hombre se han peleado.

Y miró la cabaña de Idrís, que estaba sumida en la oscuridad y el silencio. Qadrí exclamó, enfadado:

—¡Todo por esa estúpida y falsa acusación lanzada desde la Casa...! Hammam, mirando a su vez a la cabaña de Idrís, preguntó, preocupado:

—Y allí, ¿qué ha pasado? Adham dijo con pena:

—Idrís y su esposa están buscando a su hija, que ha huido. Qadrí gritó:

—¡La culpa la tiene ese maldito y monstruoso viejo! Omayma le suplicó:

—¡No grites!

Qadrí siguió vociferando, furioso:

—¡¿De qué tienes miedo?! ¿De perder la esperanza de volver? Te aseguro que sólo dejarás esta cabaña cuando te mueras. Adham se enfureció:

—Deja de decir disparates. Estás loco. ¡Dios mío! ¿No querías casarte con la chica que ha huido?

—Y pienso casarme.

—¡Cállate! No puedo aguantar más tus tonterías. Omayma dijo, desesperada:

—No podemos seguir viviendo cerca de Idrís. Adham se volvió hacia Hammam y repitió:

—Te he preguntado qué ha pasado. Hammam contestó sin ninguna alegría:

—El abuelo me ha pedido que vaya a vivir a la Casa Grande. Adham esperó que el muchacho continuara, pero, al no hacerlo, volvió a preguntarle con ansiedad:

—¿Y nosotros? ¿Qué ha dicho de nosotros? Hammam movió la cabeza con tristeza al contestar:

—Nada.

Qadrí soltó una carcajada que destilaba veneno como la picadura del alacrán. Preguntó en tono insolente:

—¿Y por qué has vuelto, entonces?

—Sí, ¿por qué he vuelto? Pues porque la felicidad no se ha hecho para personas como yo. —Y añadió con pena—: Le he hablado de vosotros. Qadrí replicó:

—Gracias, pero ¿por qué razón te prefiere a ti?

—Tú sabes que yo no he hecho nada. —Adham afirmó, suspirando:

—Tú eres el mejor de todos nosotros, Hammam. —Qadrí gritó con amargura:

—¡Y tú, padre, hablas siempre bien de ese hombre, aunque no se lo merece!

Adham le atajó:

—Tú no lo puedes entender.

—¡Es peor que su hijo Idrís! Omayma se lamentó:

—Me destrozas el corazón, Qadrí, y me haces perder la esperanza. Qadrí gritó, desdeñoso:

—¡Nuestra única esperanza es este desierto! No lo olvidéis y dejad de soñar con esa maldita casa. Yo no temo el desierto; y tampoco a Idrís. Le puedo devolver sus golpes, multiplicados. ¡Escupid a la Casa y quedaos tranquilos!

Adham se preguntaba para sus adentros: «¿Cómo es posible que sigamos viviendo así para siempre? ¿Por qué, padre, has despertado nuestra esperanza y no has querido perdonarnos? ¿Cómo se ablandará tu corazón si no lo ha hecho ya? ¿Qué podemos esperar, si después de tantos sufrimientos no nos has perdonado todavía?». Y siguió en voz alta, con tristeza:

—Dime qué te preocupa, Hammam.

—Me dijo que volviera después de despedirme de vosotros —explicó Hammam con pudor.

Omayma no lograba disimular su llanto en la oscuridad. Qadrí preguntó, malicioso:

—¿Qué te retiene aquí? Adham dijo con decisión:

—Vete, Hammam, con nuestra bendición. Qadrí añadió con fingida seriedad:

—Vete, buen hombre, y no pienses en nadie.

Adham gritó:

—¡Sí, es un hombre bueno; no te metas con él! Qadrí le llevó la contraria, riendo:

—Es el peor de todos nosotros. Hammam le advirtió:

—Si decido quedarme aquí no será por ti. Adham intervino en tono enérgico:

—No, vete; no lo dudes. Omayma le apoyó, sollozando:

—Sí, vete con nuestra bendición.

—No, madre. No me voy a ir. Adham gritó:

—¿Estás loco, Hammam?!

—No estoy loco, padre. Tenemos que pensarlo bien.

—De ninguna manera. No hay nada que pensar.

Hammam dijo con determinación, mirando la cabaña de Idrís:

—Me parece que algo va a suceder... Qadrí le atajó:

—Eres incapaz de defenderte a ti mismo, y menos a los demás.

Hammam replicó con desdén:

—Prefiero no darme por aludido. Adham le instó, lleno de esperanza:

—Ve, Hammam.

Hammam se acercó a la cabaña diciendo:

—Me quedaré contigo.

## 19

No quedaba más rastro del sol que la aureola del crepúsculo. Ya no pasaba ningún caminante, y Qadrí y Hammam estaban solos con su ganado en el desierto. No habían intercambiado durante todo el día más que las palabras imprescindibles para su trabajo. Qadrí se había ausentado la mayor parte del tiempo; querría saber noticias de Hind, pensó Hammam, que se había quedado solo cerca del rebaño, a la sombra de la gran roca. Ahora, Qadrí le preguntaba en tono provocador:

—¿Qué piensas hacer con el abuelo? ¿No vas a ir o has cambiado de idea?

Hammam replicó, molesto:

—Eso es asunto mío.

El corazón de Qadrí se encendió de rabia, y su rostro se ensombreció tanto como se estaba oscureciendo el monte Muqattam.

—¿Por qué te has quedado? ¿Cuándo te vas a ir o vas a atreverte a contarnos tus planes?

—Me he quedado para compartir el sufrimiento que nos has causado. Qadrí rió con crueldad.

—Dices eso para disimular tus celos. Hammam, sorprendido, negó con la cabeza.

—Me das pena, no celos.

Qadrí se le acercó, temblando de rabia, y dijo con la voz entrecortada por la cólera:

—¡Cómo te odio cuando te crees superior!

Hammam le miró furioso, pero no dijo nada. Qadrí prosiguió:

—El mundo debería avergonzarse de que existieran personas como tú. Hammam soportó la mirada de odio de Qadrí, y replicó con firmeza:

—Sabes que no te tengo miedo.

—¡No me digas que estás bajo la protección de algún bandido importante!

—La cólera te vuelve odioso e intratable.

Súbitamente, Qadrí le pegó un puñetazo en la cara. Sin acobardarse, él le devolvió el golpe con más fuerza, gritando:

—¡No hagas más locuras!

En un movimiento rápido, Qadrí se agachó, cogió una piedra y se la tiró a su hermano con todas sus fuerzas. Hammam intentó evitarla saltando a un lado, pero la piedra le golpeó en la frente. Lanzó un grito de dolor y se quedó clavado en el suelo. Sus ojos aún estaban llenos de rabia, pero, de pronto, la cólera desapareció de su mirada, como si fuera un fuego apagado por la arena, se le nubló la vista y pareció como si mirara hacia dentro. Se tambaleó y cayó hacia adelante. Entonces, Qadrí reaccionó, su cólera se desvaneció, y se quedó tan helado como el acero tras la fundición. Sobrecogido por el miedo, deseó desesperadamente que su hermano se levantara o se moviera, pero su deseo no se cumplió. Se inclinó sobre él, alargó la mano y le sacudió suavemente, pero no hubo ninguna respuesta. Le puso boca arriba para que su boca y su nariz no rozaran la arena, pero Hammam siguió inmóvil, con la mirada fija. Qadrí se arrodilló a su lado y empezó a sacudirle con fuerza y a frotarle el pecho y las manos, mirando aterrorizado la abundante sangre que manaba de la herida. Le llamó por su nombre; todavía tenía esperanzas de que le contestara, pero Hammam no respondió. Su silencio era tan denso y profundo, que se diría inseparable de él. Su inmovilidad era diferente a la de un ser vivo o a la de un mineral, incluso. Sin percepciones ni agitación, ajeno a todo, como si hubiera llegado a la tierra desde un lugar misterioso, sin vínculo ninguno con este mundo. Qadrí reconoció instintivamente la muerte. Desesperado, se tiró del pelo. Miró, atemorizado, a su alrededor, pero no se veía ningún ser vivo, excepto el ganado y los insectos, que no reparaban en él. Pronto caería la



noche y la oscuridad sería más intensa. Se levantó, decidido, cogió el bastón y se dirigió a un lugar entre la gran roca y el monte. Empezó a cavar, sacando la tierra con las manos. Trabajó con obstinación, sudaba y todo su cuerpo temblaba. Luego corrió hacia su hermano, le sacudió de nuevo, llamándole por última vez, aunque ya no esperaba ninguna respuesta, y agarrándole por los tobillos le arrastró hasta el hoyo y le metió en su tumba. Miró a Hammam, gimiendo, titubeó un momento, pero en seguida le echó tierra encima. Luego se secó el sudor de la cara con la manga de la galabeya y disimuló con arena el reguero de sangre que había dejado en la tierra. Se dejó caer, exhausto, en el suelo, sintiendo que le abandonaban las fuerzas. Quiso llorar, pero las lágrimas no acudieron a sus ojos. Pensó: «He sido vencido por la muerte». Él no la llamó ni la buscó, pero a ella se le antojó acudir. Sí hubiera podido convertirse en cabra, se habría escondido entre el rebaño. Si hubiera podido ser un grano de arena se habría enterrado en la tierra. «Ya no volveré a decir que soy fuerte, puesto que no puedo devolver la vida que he quitado. Su imagen nunca se apartará de mi memoria. Yo no enterré a un ser vivo ni inanimado; enterré lo que había hecho mi mano».

## 20

QADRÍ regresó a casa con el rebaño. El carrito de Adham no estaba todavía en su sitio. Dentro, oyó la voz de su madre, que preguntaba:

—¿Por qué volvéis tan tarde?

Llevó el rebaño al aprisco por el corredor, explicando:

—Me he quedado dormido. ¿Aún no ha vuelto Hammam? Omayma levantó la voz sobre el alboroto de los niños:

—No. ¿No estaba contigo? El tragó saliva y contestó:

—Se marchó a mediodía sin decirme a dónde iba. Pensé que había vuelto aquí.

Adham, que acababa de llegar y dejaba su carrito en el patio, preguntó:

—¿Habéis discutido?

—No, en absoluto.

—Seguro que tú has tenido la culpa de que se fuera; ¿dónde puede estar?

Omayma salió al patio, mientras Qadrí cerraba la puerta del aprisco y se lavaba las manos y la cara en la jofaina, bajo el cántaro. Tenía que hacer frente a la situación. El escenario había cambiado, pero la desesperación era una fuerza poderosa. Se sentó con sus padres en la oscuridad, secándose la cara con el borde de la galabeya. Omayma le preguntó:

—¿Hacia dónde fue Hammam? No se había ido nunca antes. Adham asintió con la cabeza e insistió:

—Sí, ¿hacia dónde se ha ido y por qué?

El corazón de Qadrí se estremeció al recordar la escena, pero contestó:

—Yo estaba sentado a la sombra de la roca, y al volverme vi que venía hacia casa. Pensé llamarle, pero no lo hice. Omayma dijo, muy preocupada:

—Si le hubieras llamado, en vez de dejarte dominar siempre por la ira...

Adham atisbo ansiosamente la oscuridad circundante. En la ventana de la cabaña de Idrís se distinguía una débil luz que indicaba que alguien había vuelto; pero no le prestó atención y, mirando hacia la Casa Grande, preguntó:

—¿Crees que puede haberse ido con el abuelo? Omayma objetó:

—No lo haría sin decírnoslo. Qadrí dijo con una voz muy débil:

—Quizá le dio vergüenza hacerlo.

Adham le miró inquisitivo, sorprendido al no notar en su voz desprecio ni odio.

—Nosotros le animamos a ir, pero él no quiso. Qadrí añadió débilmente:

—Le daba vergüenza por nosotros.

—Él no es así. Y a ti ¿qué te pasa? Pareces enfermo.

—Tuve que hacer todo el trabajo solo —respondió Qadrí, tajante.

Adham exclamó, como pidiendo socorro:

—¡Estoy preocupado!

Omayma añadió con la voz enronquecida:

—Voy a ir a la Casa Grande a preguntar por él.

Adham se encogió de hombros, desesperanzado, y advirtió:

—Nadie te contestará. Estoy seguro de que no está allí.

Omayma suspiró profundamente.

—¡Dios mío! Nunca había estado tan preocupada. Haz algo, hombre...

El lamento de Adham retumbó en la oscuridad:

—De acuerdo; vamos a buscarle. Qadrí sugirió:

—Quizá esté de camino. Omayma exclamó:

—¡No debemos perder tiempo! —Luego, pesarosa, mirando a la cabaña de Idrís, añadió—: ¿Le habrá tendido Idrís una trampa? Adham replicó con aspereza:

—El enemigo de Idrís es Qadrí, no Hammam.

—El no dudaría en matarnos a ninguno de nosotros. Voy a verle. Adham impidió que Qadrí se fuera, diciéndole:

—No compliques más las cosas. Te prometo que si no le encontramos, iré a ver a Idrís, y a la Casa Grande.

Inquieto, miró a Qadrí. ¿Qué estaría pensando, con aquel gesto tan taciturno? ¿Sabría más de lo que decía? ¿Dónde podría estar Hammam? Omayma salió fuera del patio y Adham corrió tras ella y la sujetó por el hombro. En ese momento, la puerta de la Casa Grande se abrió y vieron salir a Amm Karim, que se dirigía hacia ellos. Adham le salió al encuentro:

—Bienvenido, Amm Karim.

El hombre le devolvió el saludo y añadió:

—Mi noble señor pregunta qué es lo que retiene a Hammam. Omayma respondió con tristeza:

—No sabemos dónde está. Creíamos que estaba allí.

—Mi señor quiere saber por qué se retrasa. Omayma exclamó:

—¡Ojalá no sea por lo que pienso!

Amm Karim se marchó. Omayma hizo un movimiento convulsivo con la cabeza, como si le fuera a dar un ataque. Adham la llevó dentro, a la habitación. Los niños más pequeños lloraban. Le gritó sin contemplaciones:

—¡No salgas de la habitación! Volveré con él, pero obedece y no te muevas.

Regresó al patio y tropezó con Qadrí, que estaba sentado en el suelo.

Se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Dime todo lo que sepas de tu hermano.

Qadrí alzó la cabeza hacia él en un gesto rápido, pero algo le indujo a permanecer en silencio. Su padre volvió a preguntarle:

—Qadrí, dime qué hiciste con tu hermano.

El muchacho respondió con voz casi imperceptible:

—Nada.

Adham se metió dentro y volvió con una lámpara; la encendió y la colocó sobre el carrito. La luz de la lámpara iluminaba de lleno el rostro de Qadrí; le observó atentamente y afirmó:

—Algo te está haciendo sufrir.

En el interior de la choza, se oía la voz de Omayma, casi imperceptible entre el alboroto de los niños. Adham gritó:

—¡Cállate, mujer! ¡Si quieres morirte, muérete, pero en silencio! Adham volvió a observar a su hijo. Súbitamente, sus manos temblaron. Agarró a Qadrí por las mangas de la galabeya y le dijo aterrorizado:

—¿Sangre? ¿Qué es esto? ¿Esta sangre es de tu hermano?

Qadrí se miró las mangas y se estremeció involuntariamente; luego bajó la cabeza, desesperado, admitiendo la verdad con ese gesto. Adham le hizo levantarse y le empujó afuera con una violencia inusitada en él. Una tiniebla más negra que la noche oscurecía su mirada.

## 21

ADHAM arrastró a Qadrí hacia el desierto:

—Vamos por el desierto de Darrasa para no pasar ante la cabaña de Idrís.

Se adentraron en la oscuridad. Qadrí se tambaleaba bajo las firmes manos de su padre. Adham le empujaba para que anduviera más de prisa y, mientras, le iba haciendo preguntas, extenuado:

—Dime, ¿le pegaste? ¿Con qué? ¿Cómo le has dejado?

Qadrí no respondió. La presión de las manos de su padre era muy fuerte, pero casi no la notaba. Se sentía terriblemente apesadumbrado, pero no exteriorizaba sus sentimientos. Deseaba que nunca amaneciera. Adham continuaba:

—¡Ten piedad de mí y habla! ¡Ay! ¡Pero tú no sabes lo que es piedad! El mismo día que te engendré fui condenado al sufrimiento. Durante veinte años la maldición me ha perseguido y aquí estoy, rogando que tenga piedad quien no la conoce.

Qadrí se echó a llorar, estremeciéndose bajo la mano de Adham, que le agarraba con fuerza. Los sollozos le sacudían de tal forma, que Adham sintió pena, pero le dijo:

—¿Es esto lo único que sabes hacer? ¿Por qué, Qadrí, por qué lo has hecho? ¿Cómo fuiste capaz? Di la verdad, ahora, a oscuras, antes de que la luz del día te descubra. Qadrí gritó:

—¡Ojalá no amanezca nunca!

—Somos hijos de la oscuridad; nunca amanecerá para nosotros. Antes pensaba que el diablo habitaba en la choza de Idrís, pero está aquí, en nuestra propia carne y en nuestra propia sangre. Idrís se emborracha, se burla de nosotros y va siempre buscando pelea, pero en nuestra familia nos matamos los unos a los otros. ¡Dios mío! ¿Has sido capaz de matar a tu hermano?

—¡No, no!

—Entonces, ¿dónde está?

—No quise matarle. Adham gritó:

—¡¿Es que está muerto?!

Qadrí volvió a sollozar, y su padre le sacudió con fuerza.

—¡Hammam muerto; Hammam, la flor de la vida, el favorito de su abuelo! ¡Como si no hubiera existido nunca! ¡Si no fuera por el dolor que me devora, no lo creería!

Llegaron a la gran roca y Adham le preguntó fieramente:

—¿Dónde le dejaste, criminal?

Qadrí fue hacia la tumba que había cavado a su hermano entre la roca y el monte. Adham le preguntó:

—¿Dónde está tu hermano? No veo nada. Qadrí respondió de forma casi inaudible:

—Le enterré aquí. Adham gritó:

—¡¿Le has enterrado tú?!

Sacó una caja de cerillas del bolsillo, encendió una y examinó el terreno hasta que pudo distinguir la tierra removida y la huella dejada por el cuerpo al ser arrastrado. Adham gimió de dolor y se puso a escarbar en la arena con manos temblorosas. Escarbó con desesperación, hasta que sus dedos tocaron la cabeza de Hammam. Metió las manos por los costados del cadáver y lo levantó suavemente. Cayó de rodillas a su lado y, poniéndole las manos sobre la cabeza, con los ojos cerrados, se entregó a la más absoluta desesperación, aullando desde lo más profundo de su ser:

—¡Al arrodillarme junto a tu cuerpo, hijo mío, mis cuarenta años de vida me parecen una larga e inútil enfermedad!

Qadrí permanecía en pie al otro lado del cadáver. Adham se levantó y, mirándole, ciego de odio, ordenó con fiereza:

—Hamam volverá a casa sobre tus hombros.

Qadrí se quedó aterrorizado y retrocedió, pero Adham, rodeando rápidamente el cadáver, le agarró del hombro, gritándole:

—¡Coge a tu hermano! Qadrí gimió:

—No puedo.

—Fuiste capaz de matarle.

—No puedo, padre.

—No me llames padre; el hombre que mata a su hermano no tiene padre, ni madre, ni hermanos.

—No puedo.

Adham sacudió a Qadrí y afirmó:

—El asesino debe cargar con su víctima.

Qadrí intentó soltarse de Adham, pero no pudo. En su crispación, Adham se puso a darle puñetazos en la cara. Qadrí no evitaba los golpes ni gritaba de dolor. Adham se detuvo:

—No pierdas tiempo; tu madre está esperando.

Qadrí se estremeció al oír nombrar a su madre, y dijo con una leve esperanza:

—¡Déjame marchar!

Adham le empujó hacia el cadáver y concedió:

—Lo llevaremos entre los dos.

Adham cogió el cadáver por debajo de los brazos y Qadrí se agachó y lo sujetó por las piernas. Lo levantaron entre ambos y, lentamente, se adentraron en el desierto de Darrasa. Adham, inmerso en sus tristes pensamientos, había perdido la noción de todo lo que le rodeaba, pero Qadrí seguía sintiendo el suplicio a cada latido de su corazón y a cada temblor de su cuerpo. Un penetrante olor a tierra le subía por la nariz, y la sensación del contacto de sus brazos con el cadáver se adentraba por todo su ser. La oscuridad era intensa, y en el horizonte parpadeaban algunas luces de gentes que no dormían. Qadrí estaba sumido en la desesperación; se detuvo y dijo a su padre:



—Yo llevaré el cuerpo solo.

Le pasó un brazo por la espalda y otro por debajo de los muslos y siguió andando con su padre detrás.

## 22

CUANDO se aproximaban a la choza, Omayma les recibió, preguntándoles con ansiedad:

—¿Le habéis encontrado? Adham gritó en tono autoritario:

—Espérame dentro, mujer.

Se adelantó a Qadrí, como si quisiera ocultárselo a Omayma. Al llegar a la puerta, Qadrí se detuvo. Su padre le empujó para que entrara, pero él se negó, diciendo en un susurro:

—No puedo mirarle a la cara. Airado, su padre replicó en voz baja:

—Fuiste capaz de hacer algo mucho peor. Pero Qadrí no se movió, insistiendo:

—No, esto es todavía peor.

Adham le empujó con fuerza hacia adelante y se vio obligado a avanzar hasta el fondo de la habitación. Adham corrió hacia Omayma y le puso la mano en la boca para sofocar el grito que iba a escapar de sus labios. Dijo con aspereza:

—No grites. No debemos llamar la atención mientras no decidamos lo que vamos a hacer. ¡Carguemos con nuestro destino en silencio y soportémoslo con resignación! Este diablo ha nacido de tu vientre y mi costilla, y la maldición se ha extendido sobre nosotros.

Siguió apretándole la boca con fuerza, mientras ella trataba en vano de liberarse de su mano y morderle. Exhausta, respirando entrecortadamente, cayó desvanecida. Qadrí, en pie, sostenía el cadáver, silencioso y avergonzado, y miraba la lámpara para no mirar a su madre. Adham se

volvió hacia él y le ayudó a colocar el cadáver sobre la cama, y luego lo tapó tiernamente. Qadrí miró el cadáver de su hermano, yaciendo bajo las sábanas de la cama que siempre habían compartido, y sintió que ya no había sitio para él en aquella casa. Omayma movió la cabeza y abrió los ojos. Rápidamente, Adham se inclinó sobre ella y le advirtió con firmeza:

—¡Cuidado con gritar!

Ella hizo ademán de levantarse y él la ayudó, advirtiéndole que no dijera nada. Omayma intentó abalanzarse sobre la cama, pero su marido no la dejó. De pie, desesperada, dio rienda suelta a sus sentimientos, arrancándose el cabello, mechón a mechón. Adham, sin preocuparse por ella, le advirtió con dureza:

—Haz lo que quieras, pero en silencio.

Ella exclamó con voz ronca:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Adham dijo, aturdido:

—Éste es su cuerpo. Tu hijo, mi hijo, no ha regresado. Este es su asesino; mátales si quieres.

Omayma se golpeó las mejillas y gritó a Qadrí con voz desgarradora:

—¡El animal más salvaje no hace lo que tú has hecho! Qadrí bajó la cabeza en silencio y Adham añadió:

—¿Su muerte no va a ser vengada? En justicia, no mereces vivir. Omayma exclamó:

—¡Ayer él era nuestra esperanza! Le dijimos que fuera, pero él no quiso. ¡Ojalá hubiera ido! ¡Si no hubiera sido tan noble y tan bueno, hubiera ido! ¿Y su recompensa es morir? ¿Cómo pudiste hacerlo, monstruo inhumano? Ya no eres mi hijo ni yo soy ya tu madre.

Qadrí no despegó los labios, pero pensó: «Yo le he matado una vez, pero él me está matando cada segundo que pasa. Ya no puedo vivir. ¿Quién me asegura que estoy vivo?».

Adham le preguntó ásperamente:

—¿Qué voy a hacer contigo? Qadrí respondió, sereno:

—Has dicho que no debía vivir. Omayma gritó:

—¡¿Cómo has sido capaz de matarle?! Qadrí dijo, desesperado:

—No sirve de nada lamentarse. Estoy dispuesto a aceptar el castigo. La muerte será el menor de los castigos. Adham replicó con rabia:

—Tú has convertido nuestra vida en algo peor que la muerte. Omayma gritó, golpeándose las mejillas:

—¡Nunca volveré a amar la vida! ¡Enterradme con mi hijo! ¿Por qué no me dejas gritar?

Adham exclamó con amargura y desprecio:

—¡No me importa que te hagas daño en la garganta, lo que no quiero es que ese diablo nos oiga! Qadrí exclamó:

—¡Que oiga lo que quiera; ya no me importa vivir!

En ese momento, se oyó la voz de Idrís cerca de la entrada de la choza:

—¡Adham, hermano; ven aquí, pobrecillo!

Todos se estremecieron y Adham gritó:

—Vete a tu casa y no me provoques. Idrís le replicó con una voz muy fuerte:

—¡No hay mal que por bien no venga! Tu desgracia te ha librado de mi cólera. Pero no hablemos así. Ambos hemos sido heridos: tú has perdido a tu querido hijo y mi única hija ha desaparecido. Nuestros hijos fueron nuestro consuelo en este exilio, y ya no están. ¡Ven, pobre hermano, y consolémonos juntos!

¡Conocía el secreto! ¿Cómo se había enterado? Por primera vez, Omayma temió por Qadrí. Adham dijo:

—No me importa que te alegres de mi pena. Eso no es nada al lado de mi dolor.

Idrís protestó:

—¡Alegrarme! ¡No sabes cómo lloré cuando te vi sacar el cadáver de la tumba que había cavado Qadrí! Adham gritó furioso:

—¡Eres un asqueroso espía!

—No sólo lloré por la víctima, sino también por el asesino, y me dije: «Pobre Adham; has perdido a dos hijos en una sola noche».

Omayma gemía, ajena a todo. Qadrí, súbitamente, echó a correr y salió de la choza.

Adham le siguió, mientras Omayma gritaba:

—¡No quiero perderles a los dos!

Qadrí se abalanzó sobre Idrís, pero Adham se lo impidió a empujones y, encarándose desafiante con su hermano, le advirtió:

—¡Cuidado con atacarnos! Idrís respondió con calma:

—Eres tonto, Adham, no sabes distinguir a un amigo de un enemigo. Te peleas con tu hermano para defender al asesino de tu hijo.

—Aléjate de mí. Idrís rió.

—Como quieras. Te doy mi más sentido pésame. ¡Adiós!

Idrís se esfumó en la negrura. Adham se volvió hacia Qadrí, pero éste había desaparecido; sólo vio a Omayma, que preguntaba por Qadrí. Adham, angustiado, se puso a buscarle en la oscuridad, llamándole a voz en grito:

—¡Qadrí! ¡Qadrí! ¿Dónde estás?

Oyó a Idrís gritar también con todas sus fuerzas:

—¡Qadrí! ¡Qadrí! ¿Dónde estás?

## 23

HAMMAM fue enterrado en un cementerio contiguo a las tierras del habiz, junto a la Puerta de Nasr. A su funeral asistieron muchas personas que conocían a Adham; la mayoría, vendedores como él y también algunos clientes que le apreciaban por su carácter amable y buen trato. Idrís no sólo estuvo presente sino que, como tío del muerto, recibió los pésames con la silenciosa desaprobación de Adham. Acompañaron el cortejo fúnebre muchos matones, bandidos, rufianes, salteadores y ladrones. Durante el entierro, Idrís permaneció junto a la tumba, consolando a Adham con dulces palabras que el otro soportaba con paciencia, sin responder, rodándole las lágrimas por las mejillas. Omayma desahogaba su pena gimiendo, golpeándose y echándose encima puñados de tierra. Cuando la gente se hubo marchado, Adham se volvió a Idrís y le dijo, furioso:

—Tu crueldad no tiene límites.

Idrís, aparentando sorpresa, preguntó:

—¿De qué estás hablando, pobre hermano mío? Adham respondió con vehemencia:

—Nunca pensé que pudieras ser tan cruel, aunque siempre he sabido que eras una mala persona. La muerte es el final de todos, y ante ella, ¿qué importa tu maldad?

Idrís replicó asombrado:

—La pena te hace perder la educación, pero te perdono.

—¿Cuándo te darás cuenta de que no hay nada que nos una?

—¡Santo cielo! ¿No eres mi hermano? ¡Eso no puede cambiarlo nadie!

—¡Idrís! Ya me has atormentado bastante.

—La pena es terrible, pero, nos ha golpeado a ambos: tú has perdido a Hammam y a Qadrí, y yo he perdido a Hind. El gran Gabaloui tiene ahora una nieta puta y un nieto asesino. De todas formas, tú estás en mejor situación que yo; tienes otros hijos con los que consolarte.

Adham le preguntó con tristeza:

—¿Todavía me envidias? Idrís dijo asombrado:

—¡¿Idrís envidioso de Adham?! Adham vociferó:

—¡Si no recibes el castigo que mereces, el mundo debería acabarse!

—Acabarse... acabarse...

Los días pasaban, llenos de tristeza y de dolor. La pena resquebrajó la precaria salud de Omayma, que se iba consumiendo poco a poco. Adham había envejecido en poco tiempo más que muchos hombres en una larga vida. Los dos estaban constantemente enfermos. Un día, ambos se sintieron mal y se acostaron: Omayma en la habitación del fondo, con sus dos hijos más pequeños, y Adham en la habitación de enfrente, que había pertenecido a Hammam y a Qadrí. Pasó el día y llegó la noche, pero no encendieron ninguna lámpara. A Adham le bastaba con la luz de la luna que entraba por el patio. Dormitaba algunos ratos, y otros se despertaba medio inconsciente. Fuera, oyó la voz de Idrís preguntar con sarcasmo:

—¿Necesitas ayuda?

Fastidiado, no respondió. Odiaba la hora en que Idrís salía de su cabaña a sus correrías nocturnas. Oyó de nuevo la voz, que ahora decía:

—¡Que todos sean testigos de mi devoción fraterna y de su obstinación!

Idrís desapareció cantando: «Tres fuimos al monte a cazar; / uno murió de pasión / y al otro le perdió el amor».

Los ojos de Adham se llenaron de lágrimas. «Este diablo nunca deja de bromear, pelea y mata, no tiene respeto a nadie, es grosero y tiránico, se ríe de las consecuencias de sus actos, atronando el espacio con sus carcajadas... Goza abusando del débil, disfruta en los funerales, canta sobre las tumbas... La muerte me acecha y él sigue mofándose. El muerto ha sido enterrado y el asesino ha huido, y en mi choza lloramos por ambos. Aquella risa de niño en un jardín la ha convertido el tiempo en un abismo de

lágrimas. Mi cuerpo me duele terriblemente. ¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Dónde está la ilusión de los sueños..., dónde?».

A Adham le pareció oír unos pasos, lentos y pesados. Acudieron a su mente recuerdos confusos, un olor tan penetrante y excitante que no se dejaba captar ni definir del todo. Se volvió hacia la puerta de la cabaña y vio cómo se abría. El hueco pareció llenarse con una figura enorme. Miró asombrado, aguzando la vista, entre ilusionado y desesperanzado. Suspiró profundamente y exclamó en un susurro:

—¿Padre?!

Le pareció oír aquella voz de otros tiempos, que decía:

—Buenas noches, Adham.

Sus ojos se inundaron de lágrimas y trató de incorporarse, pero no pudo. Sintió una alegría que no había sentido hacía veinte años. Suplicó con voz trémula:

—Déjame creer...

—Ahora lloras, pero actuaste mal entonces. Adham explicó con voz llorosa:

—Mi error fue grande, pero el castigo también lo fue; mas ni siquiera las alimañas pierden la esperanza de encontrar cobijo.

—¿Pretendes darme lecciones!

—¿Perdóname! ¿Perdóname! Estoy abrumado por la pena y la enfermedad. Hasta el rebaño está a punto de morir.

—¿Eres bueno; temes por la vida del rebaño! Adham preguntó con ansiedad:

—¿Me has perdonado?

Después de una pausa, el padre respondió:

—Sí.

Adham gritó, temblándole todo el cuerpo:

—¿Gracias, Dios mío! Hace apenas un momento me hallaba sumido en la más honda desesperación.

—¿Y he aparecido yo!

—Sí, es como el final de una larga pesadilla.

—Por eso eres un buen hijo. Adham, suspirando, replicó:



—Soy el padre de un asesino y de su víctima.

—El muerto no puede volver. ¿Qué es lo que quieres? Adham gimió:

—Antes echaba de menos la música en el jardín, pero hoy nada me parecería grato.

—Los bienes habices los heredarán tus descendientes.

—¡Gracias, Dios mío!

—No te agotes; trata de dormir.

Con poco tiempo de diferencia, Adham, Omayma y luego Idrís dejaron de existir. Los niños se hicieron mayores y, después de una larga ausencia, Qadrí regresó con Hind y varios hijos. Crecieron unos junto a otros, se casaron y la familia se multiplicó. Gracias a los beneficios del habiz, se construyeron más casas y empezó a formarse nuestro barrio. De unos y de otros descienden los hijos de nuestro barrio.

**GÁBAL**

## 24

LAS casas construidas con las rentas de los habices, que forman nuestro barrio, se levantan en dos filas paralelas que se prolongan en dirección a Gamaliya, partiendo de la Casa Grande, la cual, aislada por sus cuatro costados, preside el callejón en el límite con el desierto. Nuestro barrio, el barrio de Gabaloui, es el más largo de los alrededores, y la mayoría de sus casas están sólidamente construidas alrededor de un patio, como es el caso de las del sector de Hamdán. Sin embargo, desde la mitad del callejón hasta Gamaliya abundan las chabolas. El cuadro quedaría incompleto si no añadiéramos que la casa del administrador está situada al comienzo de la fila de la derecha, y que frente a ella, al empezar la de la izquierda, se encuentra la vivienda del jefe Zoqlot.

La Casa Grande hacía ya mucho tiempo que había cerrado sus puertas tras su dueño y sus más próximos sirvientes. Los hijos de Gabaloui habían muerto precozmente, y el único descendiente de aquellos que habían nacido y muerto en la Casa Grande era Effendi, administrador del habiz por aquel entonces. En lo que respecta a los habitantes del barrio en general, algunos eran propietarios de tiendas o de cafés, otros, vendedores ambulantes y muchos más, mendigos. Había un tipo de comercio, el tráfico de drogas, especialmente opio y hachís, en el que participaba todo el que podía. El ambiente de nuestro barrio era por entonces —y lo sigue siendo ahora— sofocante y bullicioso. Un montón de críos, descalzos y desnudos, todos iguales, jugando por cada rincón, llenando el aire de gritos y el suelo de inmundicias. Las puertas de las casas siempre atestadas de mujeres: ésta

cortando yute para la sopa, aquélla pelando cebollas, la de más allá encendiendo el fuego, y todas intercambiando chismes y bromas y, a veces, también insultos y maldiciones. Canciones y lamentos sucediéndose en el aire, sofocados por el batir machacón de los tambores de los exorcistas. Carros de mano que van y vienen en plena actividad, batallas físicas o verbales estallando aquí y allá. Gatos que maúllan, perros que ladran o que se pelean alrededor de los montones de basura, además de las ratas que corren libremente por los patios y las paredes. Tampoco sería extraño ver a un grupo de gente intentando matar a una serpiente o a un escorpión. Y las moscas, a las que solamente igualaban en número los piojos, andando por todos los platos, bebiendo de todos los vasos, afanándose alrededor de los ojos de la gente y zumbando junto a sus bocas como si fueran amigas de todos.

En cuanto un jovenzuelo se sentía con suficiente valor o contaba con una buena musculatura, se dedicaba a importunar a los honrados ciudadanos y a atacar a la buena gente, se nombraba a sí mismo jefe de uno de los sectores del barrio, y extorsionaba a los trabajadores a cambio de protección, haciendo de la bravuconería su medio de vida. De este tipo de matones eran Quidra, Al-Layti, Abu Saria, Barakat y Hamuda. Igual que ellos era Zoqlot, pero fue luchando con un jefecillo tras otro hasta vencerlos a todos, convirtiéndose en el jefe de todo el barrio y obligando a los demás a pagarle una cantidad por su protección. Effendi, el administrador del habiz, se dio cuenta en seguida de que necesitaba a un hombre de semejante ralea para hacer cumplir sus órdenes y para que le protegiera de cualquier peligro que pudiera acecharle. Por estas razones, lo atrajo hacia sí, asignándole una fuerte suma, que tomaba de las rentas de la comunidad. Zoqlot se fue a vivir a la casa que estaba frente a la del administrador, con lo que su poder quedó consolidado. Las peleas entre los jefes se fueron haciendo cada vez más raras, ya que el jefe de todos ellos no consentía este tipo de enfrentamientos, que podían acabar acrecentando el poder de uno de ellos y, como consecuencia, poner en peligro su propia posición. De este modo, el único escape que tenían los matones para su maldad reprimida era

proyectarla sobre los pobres y pacíficos ciudadanos. ¿Cómo podía nuestro barrio haber llegado a tal situación?

Gabalui había prometido a Adham que el producto del habiz sería empleado para el bienestar de sus descendientes. Con él se construirían casas, los beneficios se repartirían y todos disfrutarían de un período de felicidad. Cuando el anciano cerró su puerta y se retiró del mundo, el administrador siguió su buen ejemplo durante cierto tiempo. Pero después la ambición se fue apoderando de su corazón, inclinándole a tomar para sí los beneficios. Comenzó falsificando las cuentas y recortando a la gente sus medios de vida para después, confiando en el protector que había comprado, apoderarse de todo. Nadie encontró a partir de entonces el medio de realizar el más mínimo trabajo. El número de los habitantes del barrio creció, aumentó su pobreza y acabaron por hundirse en la miseria y la suciedad. Los fuertes ejercían el terror, los más débiles la mendicidad y todos se refugiaban en las drogas. Algunos se convertían en verdaderos esclavos y sufrían a cambio de unas migajas que debían compartir con alguno de los matones, sin obtener más que golpes, insultos y todo tipo de vejaciones. Solamente los jefes de cada sector vivían con holgura y hasta con lujo. Por encima de ellos estaba el jefe del barrio, y el administrador sobre todos, mientras la gente sencilla era pisoteada. Si algún desgraciado no podía pagar el precio exigido por su defensa, el jefe de su sector lo apaleaba con saña, y si se le ocurría ir con sus quejas al jefe del barrio, éste la emprendía a golpes con él y le devolvía al jefe de su sector para que le volviera a castigar. Si recurría al administrador, entonces recibía palos de todos: del administrador, del jefe del barrio y de los jefes de cada sector. Yo mismo he sido testigo en nuestros días de este lamentable estado de cosas, fiel reflejo de lo que los narradores cuentan refiriéndose a tiempos pasados. Los poetas de los cafés que proliferan en nuestro barrio sólo se refieren a las épocas gloriosas, apartándose deliberadamente de todo lo que pueda herir la sensibilidad de los poderosos, y cantan las virtudes del administrador y de los jefes, nos hablan de una justicia que nos parece inalcanzable, de una generosidad y una nobleza como jamás podremos hallar, de una templanza nunca vista y de una honradez inaudita. A veces

me pregunto qué pudo retener a nuestros padres y a nosotros mismos en este maldito barrio. La respuesta es sencilla: en cualquier otro lugar encontraríamos unas condiciones de vida peores que las que soportamos aquí, eso si sus jefes no nos aniquilaban en venganza por el trato que hubieran recibido de los nuestros. Lo peor de todo es que los demás nos envidian. La gente de la vecindad comenta: «¡Qué barrio tan afortunado! Disfruta de un patrimonio como no hay otro, y la simple mención de sus jefes le pone a uno los pelos de punta». Sin embargo, la realidad es que de ese patrimonio sólo recibimos sinsabores, y de nuestros jefes, insultos y humillaciones. A pesar de todo, nos quedamos y soportamos nuestras aflicciones con la esperanza puesta en un futuro que ninguno de nosotros sabe cuándo llegará. Apuntamos hacia la Casa Grande y decimos: «Ahí está nuestro venerable antepasado». Y señalamos a nuestros jefes y decimos: «Esos son nuestros hombres». ¡Antes o después, todo está en manos de Dios!

## 25

LA paciencia de la gente de Hamdán alcanzó su límite y soplaron por el barrio vientos de rebelión. El sector de Hamdán estaba situado en la parte alta, junto a las casas de Effendi y de Zoqlot, cerca del lugar donde Adham había levantado su choza. A la cabeza de ellos estaba Hamdán, el dueño de un café, el Café de Hamdán, el más bonito de todo el barrio, situado en la mitad del sector.

Hamdán estaba sentado a la derecha de la entrada del café, envuelto en su abaya y con un bordado turbante en la cabeza. Mientras charlaba con unos clientes, seguía con la mirada las idas y venidas de Abdún, el mozo del café. El local era estrecho pero se prolongaba hacia el interior hasta el estrado donde cantaba el poeta, que se levantaba al fondo, bajo un cuadro que representaba a Adham en su lecho de muerte, mirando a Gabalauí en pie, a la puerta de la choza. Hamdán hizo una señal al poeta quien, cogiendo su rabel, se dispuso a cantar. Mientras rasgueaba las cuerdas, comenzó su actuación dirigiendo un saludo al administrador, «el preferido de Gabalauí», y otro a Zoqlot, «el más aguerrido de los hombres». Después se puso a narrar un episodio de la vida de Gabalauí, acaecido antes del nacimiento de Adham. Se oía el tintineo de los vasos de los que bebían café, té o canela, mientras el humo de las pipas de hachís ascendía hacia el techo y se iba condensando alrededor de la lámpara formando una nube transparente. Todos asentían con la cabeza en señal de aprobación, con la mirada puesta en el poeta, entusiasmados por la belleza del relato o por el mensaje contenido en él. Así, placentera y armoniosamente, pasó el tiempo que duró

el romance, hasta llegar a su fin. El poeta recibió muchas felicitaciones. Por entonces, el espíritu de rebelión que se había apoderado de la gente de Hamdán empezó a agitarse, y Atrís el-Amas, a modo de comentario sobre la historia de Gabalauí que acababan de escuchar, dijo desde su asiento en medio del café:

—Antes, en el mundo había gente buena como Adham, que no se quejó ni un solo día.

En esto, la vieja Tamarhena se paró ante el establecimiento y, depositando en el suelo la cesta de naranjas que llevaba en la cabeza, se dirigió a Atrís diciendo:

—¡Que Dios te bendiga, Atrís! Tus palabras son tan dulces como mis naranjas.

Hamdán la reprendió:

—¡Vete de aquí, mujer, y ahórranos tu palabrería!

Pero Tamarhena se sentó en el suelo, junto a la puerta del café y exclamó:

—¡Qué agradable me resulta estar aquí sentada a tu lado, Hamdán! Después, señalando la cesta de naranjas, continuó:

—Me he pasado todo el día y la mitad de la noche yendo de un lado a otro, pregonando mi mercancía, a cambio de unas miserables monedas.

Hamdán estaba a punto de replicar, cuando vio acercarse a Dolma, con cara de mal humor y con la frente manchada de barro. Siguió observándole hasta que se detuvo frente a la puerta del café y se puso a decir a gritos:

—¡Maldito canalla! ¡Quidra..., Quidra es el peor de los canallas! Le supliqué por Dios que me diera de plazo hasta mañana para pagarle y, tirándome al suelo, se me puso de rodillas sobre el pecho hasta dejarme sin resuello.

Desde el fondo del café se oyó la voz de Daabas:

—¡Dolma, ven a sentarte a mi lado! ¡Que Dios maldiga a esos hijos de puta! A pesar de ser nosotros los señores de este barrio, somos apaleados como perros. Dolma no puede conseguir dinero para pagar a Quidra, Tamarhena tiene que pregonar sus naranjas y no ve a un palmo de sus narices. ¿Dónde está tu bravura, Hamdán, tú que eres hijo de Adham?



Mientras Dolma se dirigía al interior, Tamarhena repitió:

—¿Dónde está tu bravura, hijo de Adham? Hamdán se encaró con ella:

—¡Largo de aquí, Tamarhena! ¡Hace ya más de cincuenta años que dejaste de ser casadera y todavía te gusta dar conversación a los hombres!  
La mujer preguntó:

—¿Hombres? ¿Dónde están los hombres?

Hamdán torció el gesto, pero antes de que pudiera decir algo, Tamarhena le suplicó:

—¡Déjame escuchar al poeta, maestro! Daabas, con amargura, animó al poeta:

—Cuéntale, cuéntale lo bajo que ha caído en este barrio la gente de Hamdán. El poeta sonrió y advirtió:

—¡Cuidado, señor Daabas, cuidado! Daabas replicó indignado:

—Pero ¿qué dices de señor? El señor golpea a la gente, el señor tiraniza a la gente, el señor asesina a la gente. ¿Quién es aquí el señor? ¿Lo sabes tú? El poeta dijo en tono angustiado:

—¡Mira que si se nos presenta de repente Quidra o cualquier otro demonio de éstos!

Daabas comentó airadamente:

—Todos ellos son hijos de Idrís.

Con un hilo de voz, el poeta advirtió una vez más:

—Cuidado, señor Daabas, no vaya a ser que se nos venga la casa encima.

Daabas se puso en pie y, de unas cuantas zancadas, cruzó la habitación para irse a sentar en un banco a la derecha de Hamdán. Se disponía a hablar, pero su voz quedó ahogada por el griterío de unos chiquillos que, insultándose unos a otros, cayeron delante del café como una plaga de saltamontes. Daabas les gritaba a voz en cuello:

—¡Demonio de niños! ¿Es que no tenéis un agujero donde pasar la noche?

Pero nadie hizo caso de sus gritos. Entonces, Daabas, como si le hubiera picado un bicho, se puso en pie y se fue hacia ellos furioso. Los muchachos salieron espantados, corriendo calle abajo, dando alaridos. Algunas mujeres

gritaron desde las ventanas de la casa que daba frente al café: «¡Por Dios bendito, Daabas! ¡Que has asustado a los niños, hombre!». Indignado, agitó la mano y se volvió a su asiento diciendo:

—No nos dejan en paz los niños, no nos dejan en paz los jefes, no nos deja en paz el administrador. ¡Uno acaba por desesperarse!

Todos estaban de acuerdo con él. La gente de Hamdán había perdido sus legítimos derechos, se revolcaba en el fango de la inmundicia y de la miseria, y estaba sometida a un jefe que ni siquiera era de los suyos, sino que procedía de uno de los sectores más bajos. Este jefe era Quidra, que se pavoneaba entre ellos, emprendiéndola a golpes contra quien le apetecía y extorsionando a quien le venía en gana. Por eso la paciencia de la gente de Hamdán había llegado a su límite, y un viento de rebelión soplaba por el barrio.

Dirigiéndose a Hamdán, Daabas dijo:

—Somos muchos, estamos todos de acuerdo y te apoyamos, Hamdán. Nuestro origen es bien conocido y nuestros derechos sobre los bienes habices son los mismos que los del propio administrador.

El poeta gimoteaba:

—¡Dios mío, que acabe la noche en paz!

Hamdán se ajustó la abaya alrededor del cuerpo y, arqueando sus pobladas y triangulares cejas, dijo:

—Lo hemos repetido muchas veces: esto no puede continuar así. Y la verdad es que ahora algo se olfatea en el ambiente.

En aquel momento, Alí Fawanis entró en el café con la galabeya arremangada y su gorro gris calado hasta las cejas. Saludó en voz alta y acto seguido empezó a hablar:

—Todo el mundo está dispuesto, y sí hace falta dinero todos lo darán, incluso los mendigos.

Se encajó entre Daabas y Hamdán y gritó al mozo:

—¡Té sin azúcar!

El poeta llamó su atención carraspeando, y Alí Fawanis, sonriendo, introdujo su mano en el pecho, sacó una bolsa, la abrió, extrajo un pequeño envoltorio y se lo entregó al poeta. Después, dio una palmada sobre el

muslo de Hamdán, le miró interrogativamente y éste dijo a modo de respuesta:

—Ahí, ante nosotros, tenemos al tribunal.

—Es lo mejor que podemos hacer —corroboró Tamarhena. Pero el poeta objetó, desenvolviendo el paquete:

—Pensad en las consecuencias.

Alí Fawanis intervino visiblemente enfadado:

—Nada puede haber peor que nuestra situación actual, y somos muchos los que estamos pagando su precio. Effendi conoce bien nuestro origen y nuestro parentesco con él y con el verdadero dueño de los habices.

El poeta exclamó, mirando significativamente a Hamdán:

—¡Si nos sobran las soluciones!

Hamdán pareció responder a estas palabras:

—Se me ocurre una idea un tanto arriesgada. Todos clavaron en él sus ojos. Hamdán continuó:

—Vayamos a pedir justicia al administrador. Abdún, pasando el té a Fawanis, comentó:

—Un gran paso, y después... a cavar nuestras tumbas. Tamarhena se echó a reír.

—Escuchad cómo vuestros hijos os adivinan el porvenir. Pero Hamdán dijo resueltamente:

—Debemos ir. Vayamos juntos.

## 26

UN nutrido grupo de hombres y mujeres del sector de Hamdán se congregó ante la puerta del administrador. A la cabeza iban Hamdán, Daabas, Atrís el-Amas, Dolma, Alí Fawanis y el poeta Reduán. Este último había expresado su opinión de que Hamdán debería ir solo, con el fin de alejar toda sospecha de sublevación, evitando así las consecuencias que podrían derivarse, pero Hamdán le contestó con toda franqueza: «Matarme a mí solo es facilísimo, pero aniquilar a toda mi gente es algo que no podrán hacer».

Los demás habitantes del barrio, especialmente los que vivían más cerca de ellos, se volvían a mirarles. Las mujeres asomaban la cabeza por las ventanas, los que llevaban cestos en la cabeza levantaban los ojos, y lo mismo hacían los que tiraban de sus carros de mano. Todos, grandes y chicos, se preguntaban intrigados: «¿Qué querrán los de Hamdán?».

Hamdán asió el llamador de bronce y llamó a la puerta. Cuando al cabo de un rato abrió el portero y dejó ver su cara taciturna, el ambiente quedó impregnado de un aroma de jazmines. Visiblemente inquieto, el portero echó una mirada al grupo y preguntó:

—¿Qué queréis?

Hamdán, con el valor que le infundía el saberse respaldado por quienes le acompañaban, respondió:

—Queremos ser recibidos por su excelencia el administrador.

—¿Todos?

—Ninguno de nosotros es más digno que los demás de ser recibido.

—Esperad. Voy a preguntar si se os permite entrar.

Se disponía a cerrar la puerta, cuando Daabas traspasó rápidamente el umbral diciendo:

—Es más digno esperar dentro.

Los demás le siguieron como una bandada de palomas a su guía, y Hamdán se vio forzado a entrar con ellos a pesar de sentirse contrariado por haber sido Daabas quien tomara la iniciativa. El grupo siguió avanzando hasta llegar al pavimento alfombrado que separaba el jardín del recibimiento, mientras el portero les gritaba:

—¡Tenéis que salir!

Pero Hamdán respondió:

—A los huéspedes no se les echa a la calle. Ve y avisa a tu señor.

El hombre, con la cara aún más sombría, masculló una respuesta inaudible mientras se daba la vuelta para dirigirse al interior de la casa. Todos le seguían con la vista hasta que desapareció tras la cortina que cubría la puerta de la sala. Algunos siguieron con los ojos pendientes de la cortina, y otros pasaron una rápida revista al jardín, desde el surtidor cercado de palmeras al emparrado adherido a las paredes y a los jazmines que trepaban por los muros. De vez en cuando, todos echaban una ojeada a su alrededor, pero la ansiedad que sentían les obligaba casi inmediatamente a volver los ojos hacia la cortina. Por fin, ésta se descorrió y apareció el propio Effendi con gesto contrariado. Avanzó con pasos cortos y violentos, hasta detenerse en el extremo de la escalera. La aboya que cubría completamente su cuerpo sólo dejaba asomar de éste un rostro colérico, unas zapatillas de pelo de camello y un largo rosario, pendiente de su mano derecha. Lanzó primero una desdeñosa mirada al grupo de manifestantes y después clavó su vista en Hamdán, quien, con toda educación, estaba diciendo:

—Muy buenos días tenga su excelencia el administrador. Effendi contestó al saludo haciendo un gesto con la mano, al tiempo que preguntaba:

—¿Quiénes son éstos?

—La gente de Hamdán, señor.

—¿Quién les ha dado permiso para entrar en mi casa? Hamdán respondió astutamente:

—Se trata de la casa de su administrador, esto es, de quien tutela sus intereses; por lo tanto, también es su casa.

Effendi, con rostro impenetrable, le increpó:

—¿Estás tratando de excusar semejante comportamiento? En ese momento intervino Daabas, cansado ya de tantas muestras de cortesía.

—Todos nosotros formamos una sola familia. Todos descendemos de Adham y Omayma.

Effendi contestó, fuera de sí:

—Ésa es una vieja historia. Afortunadamente, todavía hay gente que conoce cuál es su sitio. Hamdán explicó:

—Estamos desesperados por la miseria y el mal trato que recibimos. Así pues, de común acuerdo hemos decidido acudir a ti para que pongas remedio a nuestra penosa situación.

En este punto gritó Tamarhena:

—¡Por Dios te juro que vivimos de un modo que disgustaría hasta a las cucarachas!

Daabas, elevando cada vez más el tono de voz, dijo:

—La mayoría de nosotros nos vemos obligados a mendigar, nuestros hijos pasan hambre y tenemos el rostro entumecido por los golpes que recibimos de los jefes. ¿Es ésta una situación digna de los hijos de Gabaloui, que son los beneficiarios de las rentas de sus tierras?

La mano de Effendi se crispó sobre su rosario cuando gritó:

—¡¿De qué tierras estás hablando?!

Hamdán trató de impedir que Daabas contestara, pero éste, como si estuviera ebrio, se dejó arrastrar por sus propias palabras:

—De todas las tierras. No se encohere su excelencia el administrador: me refiero a las rentas de todas las tierras comprendidas en nuestro barrio, desde su principio hasta su fin, a lo que habría que añadir lo que produce el desierto que nos rodea. ¡Las tierras de Gabaloui, excelencia!

—Esas son las tierras de mi padre y de mí abuelo, y vosotros nada tenéis que ver con ellas. Os contáis los unos a los otros historias fantásticas

y acabáis por creéros las, pero no tenéis ni una sola prueba.

Algunas voces, entre las que destacaban las de Daabas y Tamarhena, protestaron:

—¡Todo el mundo lo sabe!

—¿Todo el mundo? ¿Qué quiere decir todo el mundo? Vosotros creéis que basta que os contéis los unos a los otros que mi casa le pertenece a Fulano o a Mengano para que vengáis a arrebatármela. ¡Realmente sois un barrio de drogados! ¿Me queréis decir cuándo alguno de vosotros ha recibido una sola piastra de renta?

Por unos instantes reinó un profundo silencio, que rompió Hamdán:

—Nuestros padres solían recibir...

—¿Tenéis pruebas?

De nuevo intervino Hamdán:

—Ellos nos lo han dicho y nosotros les creemos. Effendi se puso a gritar:

—¡Mentiras, nada más que mentiras! ¡Salid de aquí antes de que os mande echar!

Pero Daabas insistió:

—¡Muéstranos las diez condiciones!

—¿Por qué habría de hacerlo? Pero ¿quiénes os creéis que sois? ¿Qué tenéis vosotros que ver con ellas?

—Somos sus beneficiarios.

En aquel momento se oyó una voz detrás de la puerta. Era Huda, la mujer del administrador, que decía:

—Déjalos ya y ven, que te vas a quedar ronco de discutir con esa gente. Tamarhena gritó entonces:

—¡Interceda por nosotros, señora!

Huda, temblándole la voz de rabia, exclamó:

—¡No se atraca a la gente así, en pleno día! A lo que Tamarhena, exasperada, replicó:

—¡Que Dios la perdone, señora! La verdad la sabe nuestro antepasado, el que cerró sus puertas tras él.

Entonces Daabas, echando la cabeza hacia atrás, gritó con voz de trueno:

—¡Gabalauí! ¡Ven y mira en qué estado nos hallamos! Nos has dejado a merced de los que no conocen la compasión.

Su voz retumbó con tal fuerza que muchos imaginaron que habría de llegar hasta los oídos del anciano, encerrado en su casa. Effendi, temblando de ira, se puso a gritar:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí inmediatamente! Hamdán dijo con tristeza:

—¡Ea, vámonos!

Y dándose la vuelta, echó a andar hacia la puerta. Los demás le siguieron en silencio. Incluso Daabas le seguía, pero una vez más echó hacia atrás la cabeza y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Gabalauí!



## 27

EFFENDI, pálido de ira, entró en la sala, donde encontró de pie y con cara de mal humor a su mujer, quien al verle entrar le comentó:

—Un mal asunto que va a traer cola, porque se convertirá en la comidilla de todo el barrio. Como nos descuidemos, poca paz vamos a tener. Effendi, con visible disgusto, dijo:

—¡Chusma, que no son más que chusma! ¡Y éstos son los que reclaman sus derechos! Pero ¿dónde se ha visto que alguien pueda conocer su origen en un barrio que parece una colmena?

—Tienes que zanjar este asunto. Llama a Zoqlot y se lo cuentas, que bien se reparte los beneficios con nosotros sin hacer nada a cambio. ¡A ver si se gana el dinero que nos roba!

Effendi se quedó mirándola pensativamente un buen rato y después dijo:

—¿Y Gábal?

A Huda se le suavizó la voz al contestar:

—Gábal es nuestro hijo adoptivo, es decir, mi hijo, y todo su mundo es nuestra casa. A la gente de Hamdán no la conoce ni tampoco ellos a él. Sí le consideraran uno de los suyos le habrían pedido que intercediera ante nosotros. Confío plenamente en él. Además, como está a punto de regresar de su ronda por los arrendatarios, podrá asistir a la reunión.

Zoqlot acudió obediente a la llamada del administrador. Era un hombre de mediana estatura, grueso, bien constituido, mal encarado y con el cuello y la barbilla llenos de cicatrices. Se sentaron el uno junto al otro y Zoqlot tomó la palabra:

—He oído malas noticias. Huda exclamó de mal humor:

—¡Cómo corren este tipo de cosas!

Effendi, lanzando a Zoqlot una mirada cargada de intención, dijo:

—Es algo que afecta tanto a nuestro prestigio como al tuyo. Zoqlot, con voz insegura, contestó:

—Hace ya bastante tiempo que no ha sido preciso utilizar el garrote ni derramar sangre.

Huda comentó sonriendo:

—¡Hay que ver la arrogancia de esa gente de Hamdán! No ha sido capaz de dar un solo jefe, y el más insignificante de todos pretende ser el señor del barrio. Zoqlot, haciendo una mueca de asco, dijo:

—¡Son un hatajo de mendigos y de buhoneros! ¡Cómo va a salir jamás un jefe de gente tan floja! Effendi preguntó:

—¿Qué se puede hacer, Zoqlot?

—Los aplastaré como a cucarachas.

Gábal entró en la sala a tiempo de oír las palabras de Zoqlot. Tenía el rostro acalorado a causa de su recorrido por el desierto, y la vitalidad de la juventud corría por su cuerpo fuerte y esbelto y asomaba a su rostro de hermosas facciones, en el que destacaban la nariz recta y los ojos grandes e inteligentes. Saludó con cortesía a todos y empezó a hablar de los arrendamientos que habían vencido aquel día, pero Huda le interrumpió:

—Siéntate, Gábal. Te estábamos esperando para hablar de un asunto importante.

Gábal se sentó. Sus ojos expresaban una inquietud que no pasó inadvertida a Huda, quien dijo:

—Ya veo que estás enterado del asunto que nos preocupa. Gábal contestó con voz pausada:

—No se habla de otra cosa en el barrio. La señora miró hacia su marido y gritó:

—¡¿Lo has oído?! Todos están esperando de nosotros una respuesta. El rostro de Zoqlot pareció aún más horrible cuando dijo:

—Un incendio que se puede apagar con un puñado de arena. Es un trabajo que yo haría con mucho gusto.

Huda se volvió hacia Cabal para preguntarle:

—Gábal, ¿tú no tienes nada que decir?

Con los ojos fijos en el suelo para disimular su angustia, Gábal contestó:

—El problema es vuestro, señora.

—¡Para mí es muy importante conocer tu opinión!

Se quedó pensativo unos instantes, sintiendo sobre sí la intensa mirada de Effendi y las furibundas de Zoqlot. Después explicó:

—Señora, soy tu hijo adoptivo, pero no sé qué decir, porque pertenezco a la gente de Hamdán. Sencillamente, soy uno de ellos. Huda dijo violentamente:

—¿Por qué has de mencionar a Hamdán si no tienes allí padre, madre ni pariente cercano alguno?

Effendi emitió un breve y sarcástico sonido parecido a una risa, pero se abstuvo de hablar. El rostro de Gábal revelaba un verdadero sufrimiento. Sin embargo, contestó:

—Mi padre y mi madre eran de allí; eso es algo que no se puede negar. Huda se lamentó:

—¡Qué vanas esperanzas puse en mi hijo!

—¡Que Dios me perdone! Ni el mismísimo Muqattam sería capaz de hacer desviar mi lealtad hacia ti, pero negar la realidad no cambia nada.

Effendi, agotada ya su paciencia, se levantó en aquel momento y, dirigiéndose a Zoqlot, dijo:

—No pierdas el tiempo escuchando semejantes despropósitos. Zoqlot también se puso en pie y sonrió cuando la señora le advirtió, mirando disimuladamente a Gábal:

—No pierdas el juicio, Zoqlot; queremos darles una lección, no acabar con ellos.

Cuando Zoqlot abandonó la sala, Effendi, con una mirada cargada de reproches, se dirigió a Gábal, diciéndole con sarcasmo:

—De modo, Gábal, que perteneces a la gente de Hamdán. Gábal permaneció silencioso hasta que Huda, compadeciéndose de él, habló:

—Su corazón está con nosotros, pero sin duda debe de resultar muy penoso para él negar sus raíces delante de Zoqlot. Gábal, visiblemente

afectado, dijo:

—Son unos desgraciados, señora, a pesar de que su origen es el más noble de todo el barrio. Effendi gritó:

—¡De un barrio que no tiene origen! Gábal protestó con vehemencia:

—Somos hijos de Adham, y nuestro antepasado, que Dios guarde, todavía vive.

Effendi preguntó:

—¿Desde cuándo puede alguien asegurar que es hijo de su padre...? De vez en cuando no tiene importancia decir semejantes cosas, pero a nadie pueden servirle de excusa para robarle el dinero a los demás.

Huda intervino entonces:

—No les deseamos ningún mal, mientras ellos no hagan planes sobre nuestros bienes.

Effendi, queriendo poner fin a la conversación, ordenó a Gábal:

—Ve a tu trabajo y no pienses en nada más.

Gábal abandonó la sala y se dirigió al despacho de la administración, en la casa del jardín. Tenía que registrar en el cuaderno el número de propiedades arrendadas y repasar las cuentas de fin de mes. Pero la tristeza le impedía prestar atención. Por alguna extraña razón, la gente de Hamdán no le tenía ningún aprecio y él lo sabía. Recordaba la frialdad con que solían recibirle en el café de Hamdán las pocas veces que aparecía por allí. A pesar de ello, se sentía afligido por las calamidades que les tenían preparadas. Sentía más pena por esto que irritación por su manera impertinente de comportarse con él. Hubiera deseado poder librarles de su desgracia, pero temía disgustar a la casa que le había dado cobijo, adoptado y educado. ¿Qué habría sido de él si la señora no le hubiera tomado cariño? Veinte años atrás, Huda había visto a un niño desnudo lavándose en un zanja llena de agua de lluvia. Durante largo rato, aquel espectáculo la tuvo embelesada, conmoviendo su corazón, al que la esterilidad había privado de las dulzuras de la maternidad. Hizo que se lo (levaran, y el niño, asustado, rué a ella llorando. Tras algunas averiguaciones, supo que se trataba de un huérfano que estaba al cuidado de una vendedora de pollos. La señora mandó a buscarla para pedirle que le cediera sus derechos sobre el niño, a lo

que la mujer accedió encantada. Así fue como Gábal creció en casa del administrador y, bajo su protección, vivió feliz, recibiendo más cuidados que todos los niños del barrio juntos. Fue a la escuela, donde aprendió a leer y a escribir, y cuando alcanzó su mayoría de edad, Effendi le puso al frente de la administración de las tierras. En cualquier lugar donde hubiera propiedades sujetas a la administración, le llamaban «su excelencia el encargado», y las miradas de admiración y respeto le seguían adondequiera que fuera. La vida se le mostraba amable y llena de hermosas promesas hasta que la gente de Hamdán se rebeló. Fue entonces cuando Gábal descubrió que no era una sola persona, como había creído a lo largo de toda su vida, sino dos, y mientras una de ellas permanecía fiel a su madre, la otra se preguntaba consternada: «¿Qué va a pasar con la gente de Hamdán?».

## 28

Los acordes del rabel empezaron a acompañar el relato de la muerte de Hammam a manos de Qadrí. Las miradas de todos se volvieron hacia Reduán el poeta, con atención no exenta de inquietud. Aquélla no era una noche como las demás, sino que ponía fin a una jornada de rebelión, y toda la gente de Hamdán se preguntaba si terminaría en paz. El barrio estaba envuelto en sombras, y hasta las estrellas se escondían tras las nubes otoñales. No había más claridad que la que dejaban escapar las ventanas cerradas y la que proporcionaban las lámparas de los carros de mano, repartidos por el barrio y a cuyo alrededor revoloteaban como polillas los chiquillos, formando una algarabía que se podía escuchar por todas partes. Tamarhena extendió un saco sobre el suelo, delante de una de las casas del sector de Hamdán, y se puso a tararear: «A la entrada de nuestro barrio hay un guapo cafetero...».

De vez en cuando, rasgaban el aire los maullidos de los gatos que se disputaban una hembra o unas sobras de comida. El poeta recitaba con voz potente: «Adham le gritó a Qadrí a la cara: “¿Qué hiciste con tu hermano?”...».

En aquel instante apareció Zoqlot en el círculo de luz que la lámpara del café dibujaba sobre el suelo. Surgió de repente, como si las sombras lo hubiesen escupido. Con aspecto odioso y desafiante, destilando maldad por los ojos y empuñando con fuerza su temible garrote, lanzó una mirada pesada y amenazadora sobre la gente sentada en el café, como si se tratara de insectos venenosos. Al poeta se le helaron las palabras en la garganta, la

embriaguez de Dolma y Atrís se disipó al instante, los cuchicheos de Daabas y de Alí Fawanis cesaron, y Abdún se quedó inmóvil. Hamdán, por su parte, apretó nerviosamente con su mano la pipa de narguile, y se hizo un silencio sepulcral.

A esta situación siguió un movimiento febril. Los clientes que no pertenecían al sector de Hamdán abandonaron precipitadamente el local y fueron llegando los jefes de las distintas partes del barrio; Quidra, Al-Layti, Abu Saria, Barakat y Hamuda, que se pusieron en fila detrás de Zoqlot. La noticia corrió velozmente por el barrio, como si se hubiese derrumbado una casa. Las ventanas se abrían una tras otra, los chiquillos acudían corriendo, y los mayores se sentían dominados por una mezcla de temor y de alegría malsana. El primero en romper el silencio fue Hamdán quien, poniéndose en pie, se dispuso a recibirles.

—Bienvenido, señor Zoqlot, jefe de nuestro barrio. Pasa, por favor.

Pero Zoqlot le ignoró como si no le hubiera visto ni oído, y siguió lanzando con sus crueles ojos terribles miradas a su alrededor. Después preguntó ásperamente:

—¿Quién es el jefe de este sector?

Aunque la pregunta no iba dirigida a él, Hamdán respondió:

—Nuestro jefe es Quidra.

Zoqlot, volviéndose hacia Quidra, preguntó con sarcasmo:

—¿Así que tú eres el protector de la gente de Hamdán? Quidra, un hombrecillo recio, de corta estatura y rostro provocador, dio unos pasos al frente y respondió:

—Yo les protejo de todo el mundo excepto de ti, señor. Zoqlot sonrió maliciosamente y preguntó:

—¿No has encontrado mejor sector para proteger que éste, donde sólo hay mujeres?

Después, dirigiéndose a todos los que estaban en el café, gritó:

—¡Escuchadme bien vosotros, hatajo de mujeres, hijos de puta! ¿Es que no sabéis que el barrio tiene un jefe? Hamdán, poniéndose pálido, dijo:

—Señor Zoqlot, contra ti no tenemos queja; ¡al contrario! Pero el otro le gritó:

—¡Calla, viejo sarnoso! ¡Ahora te arrastras después de haberte atrevido a atacar a tus señores!

Hamdán protestó con acento lastimero:

—No fue un ataque; simplemente se trataba de una queja que presentamos a su excelencia el administrador.

Zoqlot vociferó:

—¿Habéis oído lo que dice este hijo de puta? ¡Apártate, que apestas! ¿Se te ha olvidado ya cuál era el oficio de tu madre? Os juro que ninguno de vosotros dará un paso a salvo por este barrio hasta que no grite con todas sus fuerzas: «¡Soy una mujer!».

Súbitamente, levantó su garrote y dio un terrible golpe sobre el mostrador, haciendo volar tazas, vasos, bandejas, cucharillas y cacharros con leche, té, azúcar, canela, jengibre y café. Abdún dio un salto atrás, tropezó con una mesita y cayó con ella al suelo. Zoqlot, de improviso, le dio a Hamdán una bofetada en la cara que le hizo perder el equilibrio, cayendo de costado sobre la pipa de narguile, que se hizo añicos. Zoqlot levantó de nuevo su garrote y se puso a gritar:

—¡No hay falta sin castigo, hijos de puta!

En esto, Daabas cogió una silla y la lanzó contra la lámpara, que se rompió, dejando el local completamente a oscuras, en el preciso momento en que el garrote de Zoqlot iba a estrellarse contra el gran espejo que había detrás del mostrador. Tamarhena se puso a chillar, y todas las mujeres del sector de Hamdán le hacían eco desde sus puertas y ventanas. Parecía que el barrio entero se hubiera convertido en el gazzate de un perro apedreado. Zoqlot, enloquecido, daba golpes a diestro y siniestro, que lo mismo caían sobre las personas que alcanzaban las sillas o las paredes. Los gritos de auxilio, los gemidos y los lamentos iban y venían como las olas, y los cuerpos, que salían disparados en todas las direcciones, chocaban entre sí. Zoqlot se puso a gritar con voz de trueno:

—¡Todo el mundo a su casa!

Y todos, ya fueran de Hamdán o no, se apresuraron a cumplir la orden, retirándose en desbandada. Al-Layti trajo una lámpara, a cuya luz se pudo



ver a Zoqlot, rodeado por los jefes, en un barrio desierto, donde no se oían más que los gritos de las mujeres. Barakat dijo en tono adulator:

—Resérvate para asuntos más importantes, señor, que nosotros ya meteremos en cintura a estas cucarachas. Abu Saria intervino:

—Si lo deseas, convertiremos a los de Hamdán en polvo para que lo pise tu caballo.

Y Quidra, el jefe de Hamdán, dijo a su vez:

—Si me encargases a mí de darles su merecido, te juro que me proporcionarías la mayor alegría de mi vida, que por otra parte no tiene más finalidad que servirte, señor.

Se oyó la voz de Tamarhena gritar tras la puerta de la casa:

—¡Maldito seas, tirano! Zoqlot gritó a su vez:

—¡Tamarhena! Desafío a cualquier hombre de Hamdán a que haga la cuenta de todos los que se han acostado contigo. Tamarhena gritó:

—¡Dios es nuestro testigo! Los de Hamdán son los señores del...

El final de sus palabras se vio interrumpido por una mano que le tapó la boca, impidiendo que siguiera hablando.

Zoqlot, dirigiéndose a los jefes, dijo en voz suficientemente alta como para que le oyeran los de Hamdán:

—AJ que salga de su casa le pegáis un palo. Quidra gritó:

—¡El que sea hombre, que se atreva a salir! Hamuda preguntó:

—¿Y las mujeres, señor?

A lo que Zoqlot, irritado, contestó:

—Zoqlot trata con hombres, no con mujeres.

Al apuntar el día, ningún hombre de Hamdán había salido de su casa. Los jefes se sentaron a la puerta de los cafés de sus respectivos sectores para vigilar la calle. Cada pocas horas, Zoqlot se daba un paseo por el barrio y había muchos que se acercaban a saludarle y, mostrándose amistosos, le adulaban:

«¡Dios mío! El jefe de nuestro barrio es un león». «¡Bien hecho! ¡Así se portan los hombres! Hamdán se tendrá que vestir de mujer». «¡Gracias a Dios que les has bajado los humos con mano dura a los de Hamdán,

Zoqlot!». Pero nadie demostró la más mínima preocupación por la gente de Hamdán.

## 29

«¿PUEDES sentirte satisfecho con tanta injusticia, Gabalauí?». De este modo clamaba en su interior Gábal, tumbado en el suelo al pie de la roca donde, según cuentan las historias, Qadrí se retiró a solas con Hind y donde Hammam fue asesinado. Miró la puesta del sol, pero con ojos incapaces de ver la belleza. No era Gábal de los que se refugian en la soledad cuando se ven agobiados por las preocupaciones, pero últimamente sentía un imperioso deseo de estar a solas con su alma atormentada por cuanto había sucedido a la gente de Hamdán. Quizá en el desierto podría acallar las voces que le insultaban y atormentaban. Esas voces que a su paso gritaban desde las ventanas: «¡Traidor a los tuyos, canalla!». Y aquellas otras que desde lo más profundo de su ser le gritaban también: «Nunca serás feliz viviendo a costa de los demás». La gente de Hamdán era su propia gente; su madre y su padre habían nacido entre ellos, y también entre ellos estaban sepultados. Se sentían oprimidos ¡y de qué modo, Dios mío! Habían sido despojados de todos sus bienes. ¿Y quién era el tirano? Precisamente su generoso protector. El hombre cuya esposa le había rescatado a él del lodo, elevándole al rango de la familia de la Casa Grande. En el barrio todo funciona por la fuerza de las amenazas, por eso no es extraño que sus verdaderos señores estén prisioneros en sus casas. Nuestro barrio no ha conocido ni un solo día de justicia y de paz. Ese ha sido su destino desde el día en el que Adham y Omayma fueron expulsados de la Casa Grande. Pero ¿no sabes tú todo eso, Gabalauí? Mientras permanezcas callado, la tiranía se irá consolidando sin remedio. ¿Hasta cuándo durará tu silencio, Gabalauí?

Los hombres permanecen prisioneros en sus casas y las mujeres, cuando se aventuran a salir, se ven expuestas a todo tipo de escarnios. Mientras, yo rumio en silencio la vergüenza que siento. ¡Qué pocas veces se oye reír a la gente en nuestro barrio! Pero ¿qué motivos tienen para reír? Aclaman a cualquiera que resulte victorioso; aplauden al poderoso, quienquiera que sea, y se inclinan ante el palo. De este modo disimulan el terror que se esconde en lo más profundo de sus corazones. En nuestro barrio la degradación se traga con cada bocado, y nadie sabe cuándo le llegará el turno de que el palo caiga sobre su cabeza.

Levantó Gábal la cabeza hacia el cielo y lo encontró en calma, silencioso y somnoliento. Algunas nubes asomaban por el horizonte, y el último milano se despedía, emprendiendo el vuelo. Para los humanos la jornada había terminado, y llegaba la hora de los insectos. De pronto, Gábal oyó una voz áspera que gritaba por allí cerca: «¡Párate, hijo de puta!», que le sacó bruscamente de sus pensamientos. Se puso en pie, tratando de recordar dónde había oído antes aquella voz. Dio la vuelta a la roca de Hind en dirección al sur, y pudo ver a un hombre que corría despavorido, perseguido por otro hombre que a punto estaba de darle alcance. Al fijarse con atención, pudo reconocer en el que huía a Daabas y en su perseguidor a Quidra, el jefe del sector de Hamdán. Inmediatamente se hizo cargo de la situación y, con el corazón en un puño, se dispuso a observar la escena de caza que estaba teniendo lugar ante sus ojos. No tardó Quidra en alcanzar a Daabas, agarrándole por el hombro. Ambos pararon de correr, jadeando por el esfuerzo realizado. Quidra, con voz entrecortada por el ahogo, gritó:

—¿Cómo te has atrevido a dejar tu cubil, hijo de víbora? No volverás en una pieza.

Daabas, cubriéndose la cabeza con los brazos, chilló:

—¡Suéltame, Quidra! Eres el jefe de nuestro sector y tu deber es protegernos.

Quidra gritó, mientras le sacudía con tal fuerza que se le cayó el turbante de la cabeza:

—¡Ya sabes, reptil, que yo os protejo de cualquier criatura viviente excepto de Zoqlot!

La mirada de Daabas se posó casualmente en el lugar donde se encontraba Gábal, y al reconocerle, le llamó:

—¡Ayúdame, Gábal, ayúdame! Recuerda que eras de los nuestros antes de convertirte en uno de ellos.

Quidra le dijo con brutal insolencia:

—Nadie te libraré de mí, gusano.

Gábal se encontró así mismo avanzando hacia donde se encontraban ambos, y cuando les alcanzó, dijo pausadamente:

—Sé amable con él, Quidra. Quidra le miró fríamente y dijo:

—Ya sé yo lo que tengo que hacer.

—Es posible que algún asunto urgente le obligara a salir de su casa.

—Lo que le obligó a salir fue su destino inexorable.

Y se puso a apretar con toda su fuerza el hombro de Daabas hasta que éste lanzó un alarido.

Gábal, ya enfadado, dijo una vez más:

—Sé amable con él. ¿No ves que es más viejo y más débil que tú?

Quidra soltó el hombro de Daabas y le dio tal golpe en la nuca que le hizo doblarse sobre sí mismo, y siguió dándole rodillazos en la espalda hasta que cayó de bruces; se puso entonces de rodillas sobre él y empezó a propinarle toda suerte de golpes, mientras vociferaba con rabia:

—¿Es que no oíste lo que dijo Zoqlot?

A Gábal le empezó a hervir la sangre y gritó:

—¡Malditos seáis tú y Zoqlot! ¡Suéltale ya, sinvergüenza! Quidra dejó de golpear a Daabas y, levantando la cabeza, miró a Gábal con expresión atónita. Al cabo de unos momentos, dijo:

—¿Y eres tú quien dice eso, Gábal? ¿Acaso no estabas presente cuando su excelencia el administrador ordenó a Zoqlot que diera un escarmiento a la gente de Hamdán?

Gábal, cada vez más furioso, gritó:

—¡He dicho que le sueltes, sinvergüenza! Quidra, temblándole la voz de ira, advirtió:

—No pienses ni por un momento que tu trabajo en casa del administrador te va a proteger de mí. Cuando quieras te ajusto las cuentas.

Gábal, fuera de sí, se tiró hacia él y, dándole un puntapié en el costado, gritó:

—¡Anda y ve con tu madre, no sea que tenga que llorar por ti!

Quidra se puso en pie de un salto y, cogiendo su garrote del suelo, lo levantó rápidamente, pero Gábal arremetió contra él y le dio tal puñetazo en el vientre que el otro se tambaleó de dolor. Gábal aprovechó la ocasión para arrebatarse el garrote y se puso en guardia sin quitarle ojo. Quidra retrocedió unos pasos y, agachándose velozmente, cogió una piedra del suelo, pero antes de que pudiera arrojarla, recibió un garrotazo en la cabeza; dando un grito, giró sobre sí mismo y acabó cayendo de bruces, sangrando abundantemente por la frente. Caía la noche. Gábal miró a su alrededor y sólo vio a Daabas, que estaba de pie sacudiéndose la ropa y palpándose las partes doloridas de su cuerpo. Después, se acercó a Gábal para darle las gracias:

—Te has portado como un verdadero hermano, Gábal. Gábal, sin contestar, se inclinó sobre Quidra y, dándole la vuelta, murmuró:

—Está inconsciente.

Daabas se inclinó a su vez sobre el caído y le escupió a la cara. Gábal le apartó de un empujón, e inclinándose de nuevo sobre Quidra, se puso a sacudirle suavemente, pero el otro no hizo el menor movimiento para incorporarse. Entonces preguntó:

—¿Qué le pasa?

Daabas se inclinó sobre el cuerpo y apoyó el oído sobre su pecho, después prendió un fósforo y se lo acercó a la cara, tras lo cual se puso en pie y masculló:

—Está muerto.

Gábal, estremeciéndose de horror, dijo:

—¡Mientes!

—Muerto y bien muerto. ¡Te lo juro!

—¡Qué espanto!

Daabas, quitándole importancia al asunto, dijo:

—¡Pues no habrá él golpeado a pocos y a cuántos más no habrá matado!  
¡Anda y déjale que se vaya al infierno!

Pero Gábal, como hablando consigo mismo, dijo con voz apenada:

—Es que yo jamás había pegado ni matado a nadie.

—¡Ha sido en defensa propia!

—Pero yo no tenía intención de matarle, no deseaba hacerlo. Daabas comentó, preocupado:

—Tienes buenos puños; no tienes por qué temerles. Si quisieras podrías convertirte tú mismo en jefe.

Pero Gábal, golpeándose la frente, gritó:

—¡Qué desgracia! ¡Convertirme en un asesino al primer golpe que he dado!

—Tranquilízate y vamos a enterrarle, que si no habrá problemas.

—Los va a haber, tanto si lo enterramos como si no.

—Yo no lo lamento. ¡Es el fin para los otros! Ayúdame a enterrar a este animal.

Diciendo esto, Daabas cogió el garrote y se puso a cavar con él la tierra, no lejos del lugar donde en otros tiempos había cavado Qadrí. Gábal, con el corazón encogido, no tardó en unirse a él. Siguieron trabajando en silencio hasta que Daabas, queriendo aliviar el peso que agobiaba a Gábal, le animó:

—No estés tan triste. En nuestro barrio, matar es tan sencillo como comerse un dátil.

Gábal dijo suspirando:

—No quiero volver a ser un asesino. ¡Dios mío, jamás hubiera pensado que tenía un temperamento tan fuerte!

Cuando terminó de cavar, Daabas se secó la frente con la manga y se sonó la nariz para desatascarla de polvo. Después, lleno de odio, dijo:

—Esta tumba es lo suficientemente grande como para enterrar a este hijo de puta y a todos los demás jefes con él. Gábal objetó con disgusto:

—Respetar a los muertos, que todos hemos de morir. Daabas respondió airadamente:

—Cuando ellos nos respeten vivos, les respetaremos a ellos muertos.

Levantaron el cadáver del suelo y lo depositaron en la fosa. Gábal colocó el garrote junto al cuerpo y echaron tierra encima.

Cuando Gábal levantó la cabeza se dio cuenta de que la noche ya había cubierto la tierra con sus sombras, y suspiró profundamente, tragándose las lágrimas.



## 30

«¿DÓNDE estará Quidra?». Ésta era la pregunta que se hacía Zoqlot, primero a sí mismo y después a los demás jefes. Pero éstos también se preguntaban dónde estaría su compañero, al que no se había visto por el barrio más de lo que habían sido vistos los hombres de Hamdán. La casa de Quidra estaba en el sector contiguo al de Hamdán. Era soltero y solía pasar la noche fuera, no regresando a su casa hasta el amanecer, y a veces aún más tarde. No era raro, incluso, que pasara fuera una o dos noches, pero jamás había sucedido que estuviera ausente toda una semana sin que nadie supiera dónde se hallaba. Resultaba particularmente extraño durante aquellos días del bloqueo, cuando era necesario mantenerse alerta, sin descuidar ni por un momento la guardia. Se empezó a sospechar de la gente de Hamdán y se decidió registrar sus casas. Los jefes, con Zoqlot a la cabeza, irrumpieron en las viviendas y las registraron cuidadosamente, desde el sótano a la terraza, cavando a lo largo y a lo ancho de los patios, sin lograr dar con algo que infundiera sospechas. Los hombres de Hamdán, sin embargo, fueron objeto de todo tipo de vejaciones, y ni uno solo se libró de ser abofeteado, pateado o escupido. Los jefes se desplegaron por todas partes hasta llegar al último confín del desierto, tratando de hallar algún indicio, pero no hubo nadie que les proporcionara una pista válida.

Quidra se convirtió en tema de conversación obligado cuando la pipa pasaba de mano en mano en el fumadero de hachís de Zoqlot, un agujero disimulado bajo el emparrado del jardín de su casa. Las sombras envolvían el jardín a excepción de una tenue claridad que provenía de una pequeña

lámpara, colocada sobre el suelo a un par de palmos del brasero, y a cuya luz Barakat troceaba y prensaba el hachís, removía las ascuas y apilaba y desmenuzaba el carbón para preparar el narguile. La luz de la lámpara oscilaba con la brisa y se reflejaba sobre los sombríos rostros de Zoqlot, Hamuda, Al-Layti y Abu Saria, descubriendo malignas intenciones en las miradas perdidas de sus ojos somnolientos. El croar de las ranas parecía, en la quietud de la noche, una apagada petición de ayuda. Al-Layti, tomando la pipa de manos de Barakat y pasándosela a Zoqlot, dijo:

—¿Adonde habrá ido este hombre? Parece como si se lo hubiese tragado la tierra.

Zoqlot dio una fuerte y profunda chupada, presionando con los dedos el orificio de la pipa, después exhaló una bocanada de humo espeso y dijo:

—A Quidra se lo ha tragado la tierra y en sus entrañas duerme desde hace una semana.

Todos, excepto Barakat, que estaba absorto en su tarea, clavaron en él sus miradas ansiosas. Zoqlot continuó:

—Un jefe no desaparece de buenas a primeras sin un motivo, aparte de que yo conozco muy bien el olor de la muerte.

Abu Saria, después de un golpe de tos que encorvó su espalda como si fuera una espiga a merced del huracán, preguntó:

—¿Y quién lo ha matado, jefe?

—¡Vaya una pregunta! ¿Y quién va a ser sino un hombre de Hamdán?

—¡Pero si ninguno ha salido de su casa y las hemos registrado todas! Zoqlot golpeó con el puño el borde de su cojín e inquirió:

—¿Qué comenta la demás gente del barrio? Hamuda contestó:

—En mi sector, todos están convencidos de que Hamdán tiene algo que ver con la desaparición de Quidra.

—¿Es que no lo entendéis, borrachos? Mientras que la gente diga que el asesino de Quidra está en Hamdán, será preciso que nosotros también lo creamos así.

—¿Aunque el asesino sea de Otuf?

—Aunque lo fuera de Kafr al-Zagari. Para nosotros lo de menos es castigar al verdadero asesino. Lo que importa es disuadir a otros que puedan

surgir. Abu Saria exclamó con admiración:

—¡Dios es grande!

Mientras sacudía el carbón en la cazoleta y pasaba de vuelta la pipa a Barakat, Al-Layti exclamó:

—¡Que Dios tenga piedad de vosotros, gentes de Hamdán!

Estallaron en broncas carcajadas, que fueron a mezclarse con el croar de las ranas, mientras movían amenazadoramente sus cabezas. En aquel momento, empezó a soplar una suave ráfaga de viento, a la que acompañó un crujir de hojas secas. Hamuda dijo palmeteando:

—Ya no es cuestión de un enfrentamiento entre la gente de Hamdán y el administrador; ahora lo que está en juego es el prestigio de los jefes. Zoqlot volvió a golpear con su puño el borde del cojín y dijo:

—Hasta ahora ningún jefe había muerto a manos de la gente de su barrio.

Sus facciones estaban tensas de cólera, hasta el punto de que sus propios compañeros se asustaron, por lo que se abstuvieron de decir una palabra o de hacer el menor movimiento que pudiera desencadenar sobre ellos la furia de Zoqlot. Se hizo un gran silencio, apenas roto por el burbujeo del agua, una tos o algún que otro carraspeo. De pronto, Barakat preguntó:

—¿Y si vuelve Quidra, en contra de lo que pensamos? Zoqlot respondió furioso:

—¿Qué estás diciendo, borracho? ¡Soy capaz de apostarme el bigote!

Barakat fue el primero en echarse a reír, y después todos volvieron a quedar sumidos en el silencio. En su imaginación se representaba la carnicería: los garrotes aplastando cabezas, haciendo correr la sangre hasta dejar el suelo teñido, gritos desgarradores desde las ventanas y las terrazas y docenas de hombres sufriendo los estertores de la muerte. Sus espíritus estaban animados por un bestial deseo de cazar, y se intercambiaron miradas llenas de crueldad. Quidra en sí no les importaba; es más, nadie le tenía en gran estima. En realidad, ninguno de ellos apreciaba a los otros en absoluto, pero todos estaban unidos por un mismo deseo de intimidar a la gente y de prevenir una revuelta. Al-Layti preguntó:

—¿Y ahora? Zoqlot contestó:

—Conviene que vuelva a ver al administrador, como habíamos acordado.

## 31

—EXCELENCIA, la gente de Hamdán ha asesinado a su jefe Quidra.

Zoqlot clavó su mirada en el administrador, pero sin perder de vista a Huda, que estaba a su derecha, ni a Gábal, situado a la derecha de ésta. La noticia no pareció sorprender a Effendi, porque dijo:

—Me han llegado rumores de su desaparición, pero ¿realmente habéis hecho todo lo posible por encontrarle?

La luz del atardecer, penetrando por la ventana de la sala, resaltaba aún más la fealdad del rostro de Zoqlot, que decía:

—No se le va a encontrar. Yo sé mucho de estas artimañas. Huda, visiblemente nerviosa y sin dejar de observar el rostro de Gábal, que mantenía la mirada fija en la pared de enfrente, dijo:

—Si es verdad que lo han matado, se trata de un asunto peligroso. Zoqlot entrelazó fuertemente los dedos para añadir:

—Y que está pidiendo un castigo ejemplar; si no, ya nos podemos ir despidiendo todos.

Los dedos de Effendi empezaron a jugar con las cuentas de su rosario y exclamó:

—¡Nos va en ello nuestro prestigio!

Zoqlot añadió entonces, con toda intención:

—Va en ello la administración del habiz. Gábal salió de su mutismo:

—A lo mejor es un montaje y no existe tal crimen.

Al oír la voz de Gábal, le creció a Zoqlot la ira en el pecho y explotó:

—¡No perdamos el tiempo hablando de esto!

—Aporta pruebas de su asesinato.

Effendi, haciendo un esfuerzo por disimular la sospecha que se escondía tras sus palabras, dijo:

—Nadie de nuestro barrio puede desaparecer de este modo, si no ha sido asesinado.

La refrescante brisa del otoño no consiguió disipar aquel ambiente cargado de sangrientas intenciones. Zoqlot gritó:

—¡El crimen nos está pidiendo a gritos que actuemos, y su voz se oirá en los barrios vecinos! Seguir hablando no es más que una pérdida de tiempo. Gábal insistió:

—Los hombres de Hamdán están prisioneros en sus casas. Sin mover un músculo de la cara, Zoqlot soltó una carcajada y dijo sarcásticamente:

—¡Un bonito rompecabezas!

A continuación, se arrellanó en su asiento y, lanzando a Gábal una penetrante mirada, le dijo:

—A ti lo único que te preocupa es disculpar a los tuyos.

A pesar de los esfuerzos de Gábal por controlar su ira, la voz le traicionó:

—Lo que a mí me preocupa es la verdad. Vosotros tenéis por costumbre atropellar a la gente por el más mínimo motivo, y a veces sin motivo alguno. Lo que tú buscas ahora es el permiso para llevar a cabo una matanza entre esa gente pacífica.

Los ojos de Zoqlot estallaban de ira cuando dijo:

—Los tuyos son unos asesinos; fueron ellos los que mataron a Quidra cuando estaba cumpliendo con su deber.

Gábal se dirigió entonces al administrador:

—Señor, no permitas a este hombre que sacie su sed de sangre. A lo que Effendi contestó:

—Si perdemos nuestro prestigio, perderemos también nuestras vidas. En ese momento, Huda, mirando a Gábal, preguntó:

—¿Quieres que nos entierremos vivos en nuestro propio barrio? Zoqlot, fuera de sí, le recriminó:

—Olvidas a quienes se portaron bien contigo y sólo tienes en mente a esos asesinos.

Gábal sintió crecer en su pecho una oleada de ira, y no pudiendo contenerse por más tiempo, gritó con todas sus fuerzas:

—¡No son unos asesinos! Es nuestro barrio el que se encuentra bajo la tiranía de un puñado de criminales.

La mano de Huda se aferró a la punta de su chal azul, mientras Effendi, con las aletas de la nariz dilatadas, se puso completamente pálido. Semejantes indicios infundieron a Zoqlot el valor suficiente para, rezumando odio, decir con ironía:

—Tienes una buena razón para defender a esos canallas, puesto que sigues siendo uno de ellos.

—Lo que resulta increíble es que seas precisamente tú, el jefe de los criminales de nuestro barrio, el que ataque a «los criminales».

Zoqlot se puso violentamente en pie de un salto, con el rostro ceniciento, y amenazó:

—Sí no fuera por el lugar que ocupas en esta casa, te sacaría a pedazos de tu asiento.

Gábal dijo con una pavorosa calma, que traicionaba la emoción que sentía:

—¡Tú sueñas, Zoqlot!

Effendi intervino entonces gritando:

—¡¿Cómo os atrevéis, en mi presencia?!

A lo que Zoqlot respondió maliciosamente:

—No hago más que defender el honor de su excelencia. Los dedos de Effendi hicieron saltar las cuentas de su rosario, y dijo a Gábal con vehemencia:

—Te prohíbo que salgas en defensa de la gente de Hamdán.

—Este hombre la está calumniando para conseguir lo que se propone.

—Deja que sea yo quien juzgue eso.

Se hizo un silencio que duró breves instantes. Del jardín llegaban los alegres trinos de los pájaros, y de la calle, un espantoso alboroto en medio

del cual se escuchaba claramente alguna que otra grosería, Zoqlot dijo sonriendo:

—¿Me da su excelencia permiso para castigar a los culpables? Gábal comprendió que había llegado el momento fatal, y con acento desesperado se volvió hacia Huda diciendo:

—Señora, me siento en la obligación de unirme a los míos en su prisión y de compartir su destino.

Huda, con evidente nerviosismo, gritó:

—¡Todas mis ilusiones se han visto defraudadas!

Gábal bajó la cabeza confuso, pero una sensación extraña le impulsó a mirar a Zoqlot, y al ver su odiosa sonrisa, apretó con rabia los labios y dijo tristemente:

—No me queda otra elección, pero mientras viva, jamás olvidaré cuanto hiciste por mí.

Effendi, clavando en él una dura mirada, le preguntó:

—Tengo que saberlo. ¿Estás conmigo o contra mí?

Gábal sintió que había llegado el final de aquella etapa de su vida, y contestó con pesar:

—Cuanto soy se lo debo a tu generosidad; por ello no me resulta posible estar contra ti. Sin embargo, encuentro vergonzoso abandonar a los míos a una muerte segura, mientras yo llevo una vida placentera bajo tu protección.

Huda, completamente abatida por aquella situación, que destruía sin remedio sus anhelos maternos, dijo entonces:

—Dejemos-esta conversación para otro momento, Zoqlot. El rostro de Zoqlot se contrajo en una mueca de odio y, mirando alternativamente a Effendi y a su mujer, balbuceó:

—No respondo de lo que pueda pasar en el barrio mañana. Effendi, mirando de reojo a Huda, preguntó:

—Te lo repito, Gábal: ¿estás con nosotros o contra nosotros? —Y sin esperar la respuesta, gritó, temblando de pies a cabeza—: ¡O te quedas aquí como Uno de nosotros o te vas inmediatamente con los tuyos!

Gábal sintió que algo dentro de él se revolvía, sobre todo al comprobar el efecto que estas palabras producían en el rostro de Zoqlot, y dijo en tono



resuelto:

—Me echas, señor, y me voy. Huda dio un grito desgarrador:

—¡Gábal!

Zoqlot también gritó, pero en tono de burla:

—¡Ahí lo tenéis, tal como su madre lo parió!

Gábal se encogió en su asiento para ponerse en pie, y se encaminó con paso firme hacia la puerta de la sala. Huda se levantó a su vez, pero el brazo de Effendi impidió que se moviera mientras Gábal desaparecía con toda rapidez. El viento, que soplaba afuera, agitó las cortinas e hizo batir las ventanas. La atmósfera de la habitación se hizo pesada y sofocante. Zoqlot dijo con calma:

—Tenemos que hacer algo.

Pero Huda, nerviosa, protestó con energía:

—¡No! Por ahora basta con tenerlos confinados en sus casas. ¡Y cuidado con que a Gábal le ocurra nada malo!

Zoqlot no se enfadó, porque ya nada podía sentarle mal después de haber logrado una victoria semejante, y simplemente dirigió al administrador una mirada interrogativa.

Pero Effendi, con gesto avinagrado, dijo:

—Ya volveremos a hablar de esto en otra ocasión.

## 32

GÁBAL lanzó una última mirada al jardín y al conjunto de la casa, y recordó la tragedia de Adham, que todas las tardes recitaba los poemas acompañándose del rabel. Al llegar a la puerta, le preguntó el portero:

—¿Qué te hace salir de nuevo, señor?

A lo que Gábal, visiblemente alterado, respondió:

—Me voy para no volver, tío Hassanayn.

El hombre se quedó mirándole boquiabierto y susurró:

—¿A causa de los de Hamdán?

Gábal agachó la cabeza sin responder, y el portero habló de nuevo:

—Pero ¿es posible? ¿Cómo lo permite la señora? ¡Dios bendito! ¿Y de qué vas a vivir, hijo?

Gábal atravesó el umbral y, al contemplar el barrio atestado de gente, de animales y de inmundicias, exclamó:

—¡Cómo vive la gente de nuestro barrio!

—Tú no has sido criado para eso. Gábal sonrió ensimismado y replicó:

—Solamente el azar me sacó de ahí.

Echó a andar y se alejó de la casa, perseguido por la voz angustiada del portero, que le prevenía de la cólera de los jefes. Ante sus ojos se extendía el barrio, polvoriento, con sus acémilas y sus gatos, con sus chiquillos y con sus chabolas. Fue en ese momento cuando tomó plena conciencia del cambio tan profundo que iba a experimentar su vida, de las dificultades que le esperaban y del bienestar que perdía. Pero la cólera que sentía enmascaraba su sufrimiento, haciéndole olvidar las flores, los pájaros y la

ternura de su madre. Se cruzó con Hamuda, uno de los jefes, que le dijo con sarcasmo:

—¡Ya podías echarnos una mano para darles una lección a los de Hamdán! Gábal ni le miró siquiera. Se dirigió a una de las casas del sector de Hamdán y llamó al portal. Hamuda, extrañado, le alcanzó y le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

Gábal le respondió con tranquilidad:

—Vuelvo con mi gente.

Hamuda no podía dar crédito a lo que oía, y se quedó mirándole con el pasmo reflejado en sus ojillos diminutos. En ese momento, Zoqlot, que había salido de casa del administrador, les vio y gritó a Hamuda:

—¡Déjale que entre, y si se le ocurre salir, lo entierras vivo!

Se desvaneció la sorpresa de Hamuda y esbozó una estúpida sonrisa de satisfacción, mientras Gábal continuaba llamando a la puerta hasta que se abrieron todas las ventanas, las de la casa y las de las casas vecinas. Empezaron a asomar cabezas, entre ellas las de Hamdán, Atrís, Dolma, Alí Fawanis, Abdún, Reduán el poeta y Tamarhena. Dolma preguntó socarronamente:

—¿Qué desea el «señorito»?

Hamdán añadió a la anterior otra pregunta:

—¿Con nosotros o contra nosotros? Y Hamuda gritó:

—¡Le han echado y vuelve a la basura de donde procede! Hamdán, intrigado, le interrogó:

—¿De verdad te han echado? Gábal contestó tranquilamente:

—Abre la puerta, Hamdán.

Tamarhena se puso a hacer albórbolas de alegría, y después gritó:

—¡Tu padre era un buen hombre y tu madre, toda una señora! Hamuda se echó a reír y dijo:

—Mis felicitaciones por el testimonio de la ramera. Tamarhena, furiosa, se puso a gritarle:

—¡Alabado sea Dios! ¿Y qué me dices tú de tu madre y sus «alegres» noches en Hammam al-Sultán?

Dijo esto y cerró rápidamente la ventana, por lo que la piedra que le arrojó Hamuda fue a estrellarse contra la parte exterior de aquélla, en medio del abucheo que le dedicaron los chiquillos, apostados en todos los rincones.

Se abrió la puerta, y un ambiente húmedo, cargado de extraños olores, envolvió a Gábal, que fue recibido por todos los que allí vivían entre abrazos y un tropel de palabras de bienvenida. Sin embargo, la calurosa acogida se vio interrumpida por un alboroto que venía del lado opuesto del patio. Gábal miró hacia allí, y al reconocer a Daabas, que reñía violentamente con un hombre al que llamaban Kaabelha, se apresuró a interponerse entre ambos, diciendo enfadado:

—¡Peleaos vosotros dos, mientras ellos nos encierran en nuestras casas! Daabas, entre jadeos, explicó:

—Me ha robado una patata de un cacharro que había en mi ventana. Kaabelha gritó:

—¿Me has visto tú robarla?! ¡Maldito seas, Daabas! Gábal también gritó furioso:

—¡Seamos caritativos los unos con los otros para que El que está en los Cielos lo sea con todos nosotros! Pero Daabas insistió:

—Mi patata está en su estómago y se la voy a sacar de un puñetazo. Kaabelha, arrojándose el turbante, dijo:

—Te juro que hace más de una semana que no pruebo una patata.

—Eres el único ladrón que hay por aquí. Gábal insistió:

—No juzgues a nadie sin pruebas, como Zoqlot lo ha hecho con vosotros. Daabas gritó:

—¡De casta le viene! ¡Hay que darle una lección! Pero Kaabelha gritó todavía más fuerte:

—¡Quién fue a hablar! ¡El hijo de la rabanera!

Daabas se abalanzó sobre Kaabelha y le dio un puñetazo. El otro se tambaleó, chorreando sangre por la frente, pero Daabas, sin hacer caso a los que le afeaban su conducta, se puso a dar golpes a su adversario hasta que Gábal, furioso, se fue hacia él y le agarró fuertemente por el cuello. Al ver

Daabas que fracasaban todos sus esfuerzos por librarse de la mano de Gábal, le dijo en tono de desafío:

—¿Vas a matarme como a Quidra?

Gábal, de un fuerte empujón, lo lanzó contra la pared y se le quedó mirando, fuera de sí. Los demás miraban al uno y al otro, preguntándose si realmente fue Gábal quien mató a Quidra. Dolma le dio un abrazo, y Atrís se puso a gritar:

—¡Bendito seas! ¡Eres el mejor de todos nosotros! Gábal increpó a Daabas, indignado:

—¡Si lo maté fue para defenderte a ti! Daabas, bajando la voz, comentó:

—Pero bien que disfrutaste. Dolma gritó:

—¡Hay que ver lo desagradecido que eres, Daabas! Debería darte vergüenza.

Después, cogiendo a Gábal por el brazo, le dijo:

—Sé mi huésped... ¡Ven, señor de Hamdán!

Gábal dejó conducirse por Dolma de buen grado, pero sintió que el abismo que se había abierto aquel día bajo sus pies no tenía fondo. Mientras caminaban juntos, susurró a Dolma al oído:

—¿Hay algún modo de huir de aquí? Dolma, extrañado, le preguntó:

—¿Es que temes que alguien te pueda entregar a nuestros enemigos?

—Daabas está loco.

—Sí, pero no es un traidor.

—Temo que aumenten las sospechas sobre vosotros por mi causa.

—Si así lo deseas, te mostraré un camino para que puedas huir, pero ¿adonde irás?

—El desierto es mucho más grande de lo que nadie puede imaginar.

## 33

GÁBAL no pudo huir hasta muy avanzada la noche. Fue saltando de terraza en terraza, amparándose en la quietud de la noche y en que el sueño mantenía cerrados los párpados de los jefes, hasta que se encontró en Gamaliya. Desde allí, a pesar de que la oscuridad era absoluta, tomó el camino de Darrasa, internándose después en el desierto en dirección a la roca de Hind y Qadrí. Al llegar allá, bajo la pálida luz de las estrellas, después de haber pasado toda la noche despierto, se encontró agotado, y no pudiendo vencer el sueño por más tiempo, se tendió sobre la arena envuelto en su aboya y se quedó profundamente dormido. No abrió los ojos hasta que las primeras luces del día iluminaron el pico de la roca. Inmediatamente, se puso en pie con la intención de llegar a la montaña antes de que a alguien se le ocurriera atravesar el desierto, pero al ir a reanudar la marcha, su mirada se desvió, atraída por el lugar donde Quidra estaba enterrado. Un violento temblor le sacudió de pies a cabeza y se quedó mirando la tumba fijamente, hasta que sintió la boca seca y huyó de allí profundamente angustiado. El hombre al que había matado no era más que un criminal; sin embargo, mientras se alejaba de aquella sepultura se sentía como un cazador. Se decía a sí mismo: «No hemos sido creados para matar, aunque resulte imposible contar a cuántos de nosotros han matado ellos». Le sorprendía no haber encontrado otro lugar donde pasar la noche, más que precisamente aquel donde su víctima había sido enterrada. Sintió que sus deseos de escapar se redoblaban, aunque bien sabía que se alejaba para siempre, lo mismo de los que amaba como de los que detestaba: de su

madre, de Hamdán de los jefes... ¡para siempre! Cuando llegó al pie del Muqattam no podía más de angustia y de desolación, a pesar de lo cual continuó su camino hacia el Sur hasta llegar al Zoco de Muqattam. Una vez allí, abarcó con la mirada el desierto que dejaba tras él y suspiró con cierto alivio: «¡Ahora sí que es grande la distancia que me separa de ellos!». Después se dispuso a observar con atención el zoco que se ofrecía ante su vista. Se trataba de un lugar pequeño, en el que confluían una serie de caminos y del que se desprendía un incesante bullicio en el que las voces humanas se mezclaban con los rebuznos de los asnos. Al parecer, se estaba celebrando alguna festividad religiosa, según podía deducirse, al ver el lugar atestado de gente que iba y venía, de vendedores y de derviches, de tontos y de payasos, a pesar de que la fiesta no alcanzaría su verdadero apogeo hasta el atardecer. Sus ojos vagaban distraídos por las oleadas de seres que chocaban entre sí, cuando descubrió al borde del desierto una chabola de hojalata en torno a la cual se habían dispuesto unos asientos de madera. A pesar de la pobreza de su aspecto, parecía ser el mejor café de todo el mercado y el más concurrido. Gábal se dirigió a un asiento libre y se sentó, completamente agotado. El dueño se apresuró a atenderle, intrigado por su aspecto, que le hacía destacar de todos los que estaban allí sentados, con su fina abaya, su alto turbante y sus carísimos zapatos de cuero rojo. Gábal pidió una taza de té y se dispuso a distraerse observando a la gente. Al poco rato, atrajo su atención un formidable escándalo que se había organizado alrededor de una fuente pública. Vio a la gente apretujándose ante ella para llenar de agua sus vasijas. Aquello parecía, por su violencia, una verdadera, batalla con sus correspondientes víctimas. El griterío aumentó de volumen y las maldiciones se prodigaban, cuando se oyeron los agudos gritos de dos muchachas que se encontraban en mitad de la refriega y que trataban de retroceder para ponerse a salvo. Finalmente, lograron salir del campo de batalla con dos latas vacías en sus manos. Vestían sendas galabeyas de vivos colores que las cubrían desde el cuello a los talones, de tal modo que la única parte visible de sus cuerpos eran dos rostros resplandecientes de juventud. Los ojos de Gábal pasaron sin detenerse sobre la más baja para quedar clavados en la otra, que poseía unos bonitos ojos

negros. Ambas avanzaron hasta un lugar despejado, cerca de donde él estaba sentado, y pudo observar un parecido familiar entre sus rostros, si bien el que le había llamado la atención era mucho más hermoso. Gábal, impresionado, se dijo: «¡Qué maravilla de cara! Jamás se ha visto otra igual por nuestro barrio». Las dos jóvenes se detuvieron a poner en orden sus cabellos, que después volvieron a cubrir con los pañuelos. Colocaron las latas boca abajo en el suelo y se sentaron sobre ellas. La más baja se lamentaba:

—¿Cómo vamos a llenar las latas con este gentío? A lo que la más guapa contestó:

—¡Dichosa fiesta! ¡Y nuestro padre esperándonos, furioso! Gábal, sin proponérselo, intervino en la conversación:

—¿Y por qué no viene él mismo a llenar las latas?

Ambas se volvieron hacia él con gesto contrariado, pero su aspecto distinguido inspiraba confianza, y la joven que a él le gustaba se contentó con responderle:

—¿Y a ti qué te importa? ¿Acaso nos hemos quejado?

Gábal, feliz de que le hubiera dirigido la palabra, se disculpó:

—Lo que quería decir es que un hombre se puede abrir paso mejor entre la multitud de la fiesta.

—Este es nuestro trabajo. El suyo es todavía más duro. Gábal sonrió.

—¿En qué trabaja vuestro padre?

—Eso no es asunto tuyo.

Gábal, sin prestar atención a los curiosos que les estaban mirando, se plantó ante ellas y les dijo con toda educación:

—Yo llenaré las latas por vosotras.

Volviendo la cara para el otro lado, la más guapa dijo:

—No te necesitamos.

Pero la más bajita se atrevió a pedirle:

—Hazlo, por favor, y muchas gracias.

Y diciendo esto se levantó, tirando de la otra para que hiciera lo mismo. Gábal cogió una lata en cada mano, y con su gran corpulencia se fue abriendo paso entre la multitud, empujando a unos y chocando con otros



hasta que llegó a la fuente tras la cual estaba el aguador, sentado en su quiosco de madera. Le pagó dos millimes y llenó las latas, regresando con ellas a donde le aguardaban las muchachas. Le molestó encontrarlas enzarzadas en una discusión con unos jóvenes que las estaban molestando. Dejó las latas en el suelo y se dirigió hacia ellos con gesto amenazador. Uno le plantó cara, pero Gábal le derribó de un puñetazo en el pecho. Los demás se unían para atacarle, llenándole de insultos, cuando una extraña voz les gritó:

—¡Largo de aquí, desgraciados!

Las miradas de todos se dirigieron a un hombre maduro, de corta estatura, fuerte complexión y ojos centelleantes, que vestía una galabeya ceñida con un cinturón. Los jóvenes, confundidos, balbucearon: «Señor Balquiti...», y pusieron pies en polvorosa, lanzando a Gábal furiosas miradas. Las dos jóvenes se volvieron hacia el recién llegado y la más baja empezó a decir:

—Hoy resulta difícil a causa de la fiesta, y esos estúpidos... Balquiti la interrumpió, examinando detenidamente a Gábal:

—Cuando ya os habíais marchado, recordé de repente la fiesta y, por lo visto, llegué a tiempo. —Y después, dirigiéndose a Gábal—: Eres un caballero de los que ya quedan pocos hoy día.

A lo que Gábal respondió vivamente:

—No ha sido más que una insignificante ayuda, que no merece ni las gracias.

Mientras, las dos muchachas habían cogido las latas y abandonaban el lugar en silencio. A Gábal le hubiera gustado saciar sus ojos con la belleza de la joven, pero no se atrevió a desviarlos de la penetrante mirada de Balquiti. Tenía la sensación de que aquel hombre podía ver en lo más profundo de su ser y sentía temor de que adivinara sus más íntimos deseos, pero el hombre dijo:

—Espantaste a esos bribones. Los hombres como tú son dignos de admiración. Me pregunto cómo se habrán atrevido esos jóvenes a molestar a las hijas de Balquiti. ¡Estarían borrachos! ¿Observaste si habían bebido?

Gábal movió negativamente la cabeza, y el otro continuó:

—Tengo un olfato diabólico. Pero ¡dejémoslo! ¿No me conoces?

—No, señor; no tengo el honor.

—Entonces, no eres de por aquí.

—Pues no.

—Soy Balquiti, el encantador de serpientes.

El rostro de Gábal se iluminó y dijo, gratamente sorprendido:

—Es para mí un honor. En mi barrio todo el mundo ha oído hablar de ti.

—¿De qué barrio eres?

—Del de Gabalauí.

Balquiti enarcó sus blancas y finas cejas y dijo con voz melodiosa:

—Me siento honrado y encantado. ¿Quién no habrá oído hablar de Gabalauí, el dueño de las tierras, y del jefe Zoqlot? ¿Has venido para la fiesta, señor...?

—Gábal.

Y continuó diciendo evasivamente:

—He venido a buscar una nueva vivienda.

—¿Huiste de tu barrio?

—Sí...

Balquiti se quedó mirándole fijamente unos instantes.

—Mientras haya jefes en el barrio habrá también fugitivos. Pero, dime ¿a quién has matado, a un hombre o a una mujer?

A Gábal le dio un vuelco el corazón, pero rechazó con voz firme:

—Esa no es una broma digna de un hombre como tú. Balquiti, riendo de buena gana, comentó:

—Tú no eres de esa gentuza con la que se divierten los matones, pero tampoco eres un ladrón, y un tipo como tú no abandona su barrio si no ha dejado tras de sí algún muerto.

Gábal, asustado, empezó a decir:

—Te aseguro que... Pero el otro le cortó:

—Poco me importa si has matado o no a alguien, especialmente después de haberme demostrado que eres un caballero. Los hombres que viven por aquí, si no han llevado a cabo algún saqueo, es que han robado o han

matado. Pero para probarte la sinceridad de mis palabras, te invito a tomar una taza de café y a fumar un par de pipas en mi casa.

Gábal recobró la seguridad y respondió:

—Con mucho gusto.

Echaron a andar el uno al lado del otro y atravesaron el zoco, encaminándose hacia un barrio de la parte alta. Cuando el gentío quedó atrás, Balquiti preguntó:

—¿Quieres visitar a alguien de por aquí en particular?

—No conozco a nadie.

—¿Y no tienes adonde ir?

—No, no tengo adonde ir.

Balquiti le propuso entonces con toda naturalidad:

—Si lo deseas, puedes ser mi huésped hasta que encuentres algo. El corazón de Gábal se puso a dar saltos de alegría cuando aceptó:

—¡Qué amable por tu parte, Balquiti! El hombre dijo entonces, riendo:

—No te extrañe. Si en mi casa hay sitio para las serpientes y las culebras, ¿cómo no iba a haberlo para un hombre? ¿Te asusta lo que he dicho? ¡Soy encantador de serpientes! Ya aprenderás en mi casa la manera de hacerte amigo de ellas.

Atravesaron el barrio y se internaron en un desierto sin límites. A lo lejos, sobre una elevación del terreno, Gábal distinguió una casa pequeña, de muros de piedra sin revestir, que parecía nueva en comparación con las ruinosas casas del barrio. Balquiti, mostrándosela, dijo con orgullo:

—La casa de Balquiti, el encantador de serpientes.

## 34

CUANDO llegaron, Balquiti explicó:

—Escogí este lugar apartado para construir mi casa porque la gente no ve en un encantador de serpientes más que una serpiente enorme.

Entraron juntos en un amplio vestíbulo, con una habitación cerrada al fondo y otras dos más, una a cada lado, cerradas también. Balquiti, señalando hacia la habitación que quedaba frente a la entrada, dijo:

—Ahí están mis útiles de trabajo, tanto los vivos como los inanimados, pero no temas, porque la puerta cierra perfectamente. Aunque te aseguro que es mejor tratar con serpientes que con ciertos seres humanos, como éstos de los que estás huyendo, por ejemplo. —Después, riéndose con todas sus ganas, añadió—: Todo el mundo tiene miedo de las serpientes; hasta los jefes las temen, pero yo me gano la vida con ellas, y gracias a ellas he podido construir esta casa. —Indicó la puerta de la derecha—. Ahí duermen mis dos hijas. Su madre murió hace tiempo, pero yo ya era viejo para volverme a casar. —Y prosiguió, mientras señalaba hacia la izquierda—: Y ahí dormiremos nosotros.

En esto, de lo alto de una escalera lateral que conducía a la terraza, llegó la voz de la más bajita de las chicas, que decía a su hermana:

—Safica, ayúdame con la colada y no te quedes ahí parada como una piedra sin hacer nada. Balquiti gritó:

—¡Sayyida! ¡Que vas a despertar a las serpientes con tus voces! Y tú, Safica, no te quedes ahí como si fueras de piedra.

«¡Se llama Safica! ¡Qué criatura tan adorable!». Además, el tono airado de sus palabras no le había ofendido en absoluto, porque de una manera silenciosa sus ojos negros le habían expresado su agradecimiento. ¡Quién pudiera hacerle saber que fueron precisamente sus ojos los que le inclinaron a aceptar una hospitalidad tan peligrosa!

Balquiti empujó la puerta de la izquierda y la abrió de par en par para que entrara Gábal, después entró tras él y volvió a cerrar. El hombre se dirigió a un sofá situado a la derecha de la pequeña habitación y tomó a Gábal del brazo, invitándole a que se sentara junto a él. Abarcó Gábal el cuarto entero de una ojeada, y vio frente a ellos una cama cubierta por una colcha de color grisáceo; en el suelo, entre la cama y el sofá, se extendía una alfombra con dibujos, en cuyo centro había una bandeja de cobre de un color desvaído por el uso, sobre la cual podía verse un brasero con una pirámide de ceniza y una pipa apoyada contra una de sus patas. En el borde del brasero había un cuchillo, unas tenazas y un puñado de tabaco mezclado con miel. A través de la única ventana, que estaba abierta, no vio más que el desierto, un cielo pálido y, a lo lejos, una de las macizas e imponentes laderas del Muqattam. De vez en cuando, rompiendo el impresionante silencio, llegaban a través de aquella ventana las voces de una pastora y alguna ráfaga de aire pesado, recalentado por un sol radiante.

Como Balquiti no le quitaba ojo, Gábal pensó que dándole conversación desviaría el interés de su anfitrión sobre su persona. Pero unos pies que iban y venían por la terraza y que hacían vibrar el techo, estremecían al mismo tiempo el corazón de Gábal. Éste imaginó inmediatamente los pies de «ella», y su corazón se inundó del noble deseo de que la felicidad hiciera un alto en aquella casa, aunque se escaparan todas las serpientes. Se decía a sí mismo: «Es posible que este hombre quiera asesinar me y enterrarme después en el desierto, como yo hice con Qidra, sin que mi amada sepa nunca que me inmolé a ella...». La voz de Balquiti le despertó de sus sueños, preguntándole:

—¿Tienes trabajo?

Recordando las últimas monedas que quedaban en su bolsillo, respondió:

—Ya encontraré un trabajo, cualquier trabajo.

—¿No tienes acaso una urgente necesidad de trabajar? Esta última pregunta le alarmó un poco y contestó:

—Al contrario, lo ideal para mí sería encontrarlo, mejor hoy que mañana.

—Tienes madera de jefe.

—Pero detesto la violencia.

Balquiti se echó a reír y preguntó:

—¿En qué trabajabas en tu barrio? Titubeó unos momentos y después dijo:

—Me ocupaba de la administración de las tierras.

—Mala cosa. ¿Y cómo dejaste una posición tan confortable?

—Sería mi sino.

—¿No habrá sido más bien que pusiste los ojos en una dama?

—¡Dios me libre!

—Eres precavido, pero pronto te acostumbrarás a mí y me confiarás todos tus secretos.

—Es posible.

—¿Tienes dinero?

Gábal volvió a inquietarse, pero no lo demostró, y respondió con expresión inocente:

—Algo tengo, pero no lo bastante como para librarme de trabajar. Balquiti dijo guiñando un ojo:

—Eres más listo que un demonio. ¿Sabes que serías un buen encantador de serpientes? A lo mejor podemos trabajar juntos. No te extrañe lo que digo. Yo ya soy viejo y necesito un ayudante.

Aunque Gábal no tomó en serio sus palabras, sintió un vivo deseo de establecer con él una relación firme, y se disponía a hablar cuando el otro se le adelantó:

—Ya pensaremos más despacio en eso. Pero ahora...

Se levantó y se inclinó sobre el brasero, lo levantó en vilo y se lo llevó afuera para encenderlo.

Antes del atardecer, los dos hombres salieron juntos. Balquiti se fue a hacer su recorrido y Gábal se dirigió al zoco para echar un vistazo y efectuar algunas compras. Hacia el anochecer, se internó en el desierto y consiguió hallar el camino que llevaba a la casa solitaria, guiándose por el resplandor de la luz que salía de una de las ventanas. Cuando llegó, oyó unas voces que discutían, y no pudiendo resistirse, se quedó escuchando. Oyó decir a Sayyida:

—Padre, sí lo que dices es cierto y detrás de él hay una muerte, nosotros no vamos a poder hacer frente a los jefes de su barrio. Safica intervino:

—No tiene aspecto de criminal. Balquiti dijo en tono burlón:

—¿Tan bien le conoces tú, viborilla?

Sayyida argumentó:

—¿Por qué, si no, iba a dejar una vida confortable? A lo que Safica respondió:

—No tiene nada de raro que un hombre huya de un barrio que es famoso por la cantidad de jefes que tiene. Sayyida preguntó con ironía:

—¿De dónde has sacado ese poder de adivinación? Balquiti comentó suspirando:

—¡La compañía de las serpientes me ha hecho engendrar a dos víboras!

—¡Padre! ¿Le vas a ofrecer tu hospitalidad sin saber nada de él?

—Algo sé, y no tardaré en averiguarlo todo. En cualquier caso, tengo un par de ojos de los que puedo fiarme en caso de necesidad. Además, si le he invitado es porque me ha impresionado su caballerosidad, y no voy a dar ahora marcha atrás.

En otras circunstancias, Gábal no habría dudado en marcharse. ¿Dudó acaso cuando abandonó su vida confortable? Sin embargo, ahora se sentía arrastrado sin remedio por una fuerza que le impulsaba hacia aquella casa. Por otra parte, se encontraba aturdido a causa de la intensa emoción que le produjo oír la voz de su amada defendiéndole. Aquella dulce voz disipaba la soledad de la noche y del desierto, y hacía que la luna nueva, meciéndose en lo alto de la montaña, sonriera entre las nubes como un presagio de buenas nuevas.

Esperó, oculto en la oscuridad, y al cabo de unos momentos carraspeó, avanzó unos pasos y llamó a la puerta. Ésta se abrió dejando ver el rostro de Balquiti, al que iluminaba una lámpara que sostenía en la mano. Los dos hombres se encaminaron juntos hacia la habitación del dueño de la casa. Gábal tomó asiento, después de dejar sobre la bandeja de cobre un paquete que traía en la mano. Balquiti lo miró interrogativamente y Gábal explicó:

—Dátiles, queso, dulces de sésamo y taameya caliente.

Balquiti, sonriendo, señaló primero la pipa y después el paquete, y exclamo:

—Las mejores veladas son las que se pasan con estas cosas. —Después, dándole una afectuosa palmada en el hombro añadió—: ¿No es así, hijo de Gabalauí?

A Gábal se le encogió el corazón a su pesar, y recordó a la mujer que le había adoptado, el jardín melodioso con sus plantas de jazmín, sus pájaros y sus fuentes; la tranquilidad, la paz y los dulces sueños; un mundo feliz que había perdido para siempre. ¡Hasta la vida estuvo a punto de perder! Pero de repente, una ola de esperanza barrió sus tristes pensamientos, para empujarle hacia aquella muchacha adorable, hacia aquel mágico poder que le había conducido a una casa donde tenían su nido las serpientes. Con súbito entusiasmo, semejante a la llama de una lámpara que revive tras una ráfaga de viento, exclamó:

—¡Qué agradable es la vida en tu compañía, Balquiti!



## 35

EL terror se apoderó de él y le impidió conciliar el sueño hasta el amanecer. La imagen de su amada le visitaba en medio de terribles pesadillas, como las hojas de jazmín cuando caen una tras otra sobre la hierba seca plagada de insectos. Las sombras propiciaban los negros pensamientos que le angustiaban en aquella casa extraordinaria. Se decía a sí mismo en la oscuridad: «No eres más que un extraño en una casa llena de serpientes, te persiguen por un crimen y tu corazón está atormentado por el amor». Lo único que él quería era paz y tranquilidad, y su temor no lo motivaban tanto las serpientes como el hombre que roncaba en la cama de al lado, y que podía jugarle una mala pasada. Además, ¿cómo estar seguro de que sus ronquidos no eran fingidos? No podía confiar en nada ni en nadie. El mismo Daabas, que le debía la vida, había revelado de la manera más estúpida su secreto, de tal modo que en aquellos mismos momentos Zoqlot estaría furioso, su madre lloraría desconsolada y, sin duda, la violencia se habría desencadenado sobre su desgraciado barrio. Por otra parte, estaba el amor que le había llevado a aquella casa, a la propia habitación del encantador de serpientes. ¿Quién le decía a él que viviría lo suficiente como para poder proclamar sus escondidos sentimientos? A causa de todo esto no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer, después de una noche llena de ansiedad.

Abrió pesadamente los ojos cuando la luz del día se filtraba a través de la ventana cerrada, y vio a Balquiti sentado en su cama, con la espalda encorvada, frotándose las piernas con sus manos sudorosas bajo la colcha.

Gábal sonrió aliviado, a pesar de sentir la cabeza aturdida por la falta de sueño. ¡Malditos temores que habían anidado en su cabeza con la oscuridad y que, como los murciélagos, habían partido con la luz! Los temores, ¿no eran acaso propios de la mala conciencia de un asesino? ¡Desde luego! El crimen corría por la sangre de su «ilustre» familia desde hacía mucho tiempo... Oyó bostezar fuertemente a Balquiti y le vio contorsionarse como una serpiente encantada, después abombó el pecho y se puso a toser con tal violencia, que parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Cuando dejó de toser, suspiró profundamente y en ese momento Gábal dijo:

—¡Buenos días!

Y se sentó en el sofá. Balquiti se volvió hacia él con el rostro aún congestionado por la tos y contestó:

—¡Buenos días, Gábal! ¡Al parecer, apenas has dormido en toda la noche!

—¿Se me nota en la cara?

—No, pero creo recordar haberte oído agitar en la oscuridad y haberte visto volver la cabeza hacia mí como si estuvieras asustado.

«¡Pedazo de víbora! Pero mientras no tengas veneno... ¡Todo sea por sus ojos negros!».

—La verdad es que estaba desvelado porque extrañaba la cama. Balquiti dijo riendo:

—La única razón de tu desvelo era que desconfiabas de mí. Te decías: «Este me va a asesinar para robarme el dinero y después me enterrará en el desierto como hice yo con el hombre al que maté».

—Pero...

—Escúchame bien, Gábal. El miedo es mala cosa. Las mismas serpientes muerden cuando tienen miedo.

Gábal, interiormente derrotado, protestó:

—Balquiti, lees lo que no está en el pensamiento.

—Demasiado bien sabes tú, ¡un antiguo administrador!, que estoy en lo cierto.

Una voz que salía del interior de la casa gritó muy fuerte: «¡Ven aquí Sayyida!». Gábal sintió cómo su ser se regocijaba, libre ya de todo temor.

¡Aquella joven paloma en un nido de serpientes, le había juzgado inocente y le llenaba de esperanzas!

Balquiti, refiriéndose a Safica, dijo:

—En nuestra casa hay una gran actividad desde por la mañana temprano. Mis hijas van a por agua y a por habas cocidas para dar de comer a su anciano padre, y mandarle después con su cesto de serpientes a ganarse la vida: la suya y la de ellas.

Gábal, sin el menor resquicio de temor, sintió que ya formaba parte de aquella familia. Con el corazón rebosante de ternura, y sintiendo la necesidad de abrir su pecho para confiarse a su destino sin reserva alguna, dijo:

—Balquiti, voy a contarte la verdad de mi vida.

Balquiti, sonriendo, se puso de nuevo a frotarse las piernas, mientras Gábal continuaba diciendo:

—Como bien dijiste, he matado a un hombre, pero detrás de esa muerte hay una larga historia...

Y le contó todo lo sucedido. Una vez finalizado su relato, Balquiti tomó la palabra y exclamó:

—¡Malditos sean los tiranos! En lo que a ti respecta, no me equivoqué: eres un hombre de bien, digno de todo respeto. —Después se acomodó en su asiento y dijo—: Ahora me toca a mí. Franqueza por franqueza: yo también procedo del barrio de Gabalauí.

—¿Tu?

—Sí. Huí de allí cuando era muy joven porque no podía soportar a los jefes. Gábal, que no salía de su asombro, exclamó:

—¡Son la desdicha del barrio!

—Así es, pero ninguno olvidamos nuestro barrio a pesar de sus jefes; por eso te tomé afecto en cuanto supe de dónde venías.

—¿De qué parte del barrio eres?

—De Hamdán, igual que tú.

—¡Es asombroso!

—Nada debe asombrarte en este mundo. Pero la mía es una vieja historia que ocurrió hace mucho tiempo, y nadie sabe lo que ha sido de mí;

ni siquiera Tamarhena, que es parienta mía.

—Una mujer valiente; la conozco. Pero ¿a qué jefe tenías en contra? ¿A Zoqlot?

—Por aquella época, Zoqlot no era más que un insignificante jefecillo de sector.

—Lo que dije antes: ¡son la desdicha de nuestro barrio!

—Escupo en el pasado y en todo lo relacionado con él. —Y prosiguió, impetuosamente—: Pero ahora ocupémonos de ti, de tu futuro. Vamos a ver, vuelvo a repetirte que reúnes las condiciones necesarias para ser un buen encantador de serpientes, y al sur de esta región tenemos un amplio espacio para trabajar, lejos de nuestro barrio. En cualquier caso, ni los jefes ni sus sabuesos aparecerán por aquí.

Naturalmente, Gábal no tenía la menor idea del arte de encantar serpientes, pero acogió la propuesta de buen grado, pues entendía que era una buena excusa para mantenerse unido a aquella familia; así pues, sin poder ocultar su satisfacción, preguntó:

—¿Crees realmente que tengo aptitudes para ello?

Balquiti saltó al suelo con la agilidad de un acróbata y se plantó ante él con su corta estatura, dejando ver, a través del cuello abierto de su camisa, el espeso vello blanco de su pecho.

—Las tienes, y yo jamás me equivoco. —Tendió la mano a Gábal y éste la estrechó—. Te diré con franqueza que te tengo mucho más aprecio que a cualquiera de mis serpientes.

Gábal se echó a reír como un crío, y asió fuertemente la mano de Balquiti, reteniéndole hasta que el hombre se detuvo, interrogándole con la mirada. Entonces, dejándose llevar por un impulso incontenible, declaró solemnemente:

—Balquiti, Gábal solicita ser tu yerno.

Los ojos enrojecidos de Balquiti sonreían cuando preguntó:

—¿Es verdad eso?

—¡Sí, por todos los cielos!

Balquiti soltó una risita breve y dijo:

—Me preguntaba cuándo ibas a encontrar el momento de decirme algo parecido. Sí, Gábal, no soy tonto, y tú eres ese tipo de hombre al que estaría encantado de entregar a mi hija. Es una suerte que Sayyida sea una joven excepcional, como lo fue su difunta madre.

La sonrisa embelesada de Gábal desapareció de su boca, como se desvanece el esplendor de una rosa marchita, y temiendo que su sueño se disipara cuando tan cerca creía haber estado de alcanzarlo, balbuceó:

—Pero...

—Pero... tú a quien quieres es a Safica. —Balquti se echó a reír y continuó—: Ya lo sé, jovencito, ya lo sé. Me lo han dicho tus ojos, la charla de la pequeña y mi costumbre de tratar con serpientes y culebras. Pero no me lo tomes a mal, que éste es el modo que tienen los encantadores de serpientes de llevar a cabo un compromiso.

Gábal suspiró profundamente, sintiendo renacer la paz y la tranquilidad en su pecho pictórico de fuerza, energía y sentimientos de libertad. Ya no añoraba su casa confortable ni su prestigio perdido, como tampoco experimentaba temor ante la dureza de la vida que le aguardaba. Debía dejar correr un tupido velo sobre su pasado, olvidar las penas y fatigas y asumir la nostalgia por el amor perdido de su madre.

Entrada ya la mañana, Sayyida lanzó al aire alórbolas de alegría, y pronto corrió la buena nueva por los alrededores. Poco más tarde, el Zoco de Muqattam y el barrio vecino a él asistían al cortejo nupcial de Gábal.

## 36

BALQUITI dijo en tono de burla:

—¡No es bueno para el hombre vivir como si fuera un conejo o un pollo! Y ése va a ser tu caso porque no has aprendido nada y tu dinero está a punto de acabarse.

Estaban los dos sentados sobre una piel a la puerta de la casa, y Gábal estiraba las piernas sobre la arena caliente, bailándole los ojos de paz y felicidad. Al oír lo que le decía su suegro, se volvió hacia él y dijo sonriendo:

—Ahí tienes a nuestro padre Adham, que vivió y murió sin otro deseo que llevar una vida sencilla y despreocupada en un rumoroso jardín.

Balquiti se echó a reír ruidosamente y después gritó con todas sus fuerzas:

—¡Safica! ¡Ven a buscar a tu marido antes de que lo mate la pereza!

Safica apareció en el umbral, con la cabeza envuelta en un velo color púrpura, que acentuaba la belleza de su rostro, mientras escogía lentejas en un plato que sostenía con una mano. Sin levantar la vista preguntó:

—¿Qué pasa con él, padre?

—Que solamente desea dos cosas en este mundo: satisfacerte a ti y vivir sin trabajar.

—¿Y cómo va a poder a la vez satisfacerme y matarme de hambre? Contestó Gábal:

—Eso es un secreto de prestidigitador. Balquiti le dio unas palmaditas en el costado.

—Te tomas a broma uno de los oficios más duros que hay. ¿Te parece fácil hacer desaparecer un huevo en el bolsillo de un espectador, para sacarlo después del de otro que se encuentra en el lado opuesto? ¿Y transformar una canica en un pollito? ¿Y qué tal hacer bailar a una serpiente?

Safica intervino, entusiasmada:

—Enséñale tú, padre. Este lo único que sabe hacer es estar sentado en una confortable butaca de la oficina de la administración. Balquiti se puso en pie diciendo:

—Ha llegado la hora de trabajar.

Y entró en la casa. Gábal, que se quedó contemplando embelesado a su mujer, dijo:

—La mujer de Zoqlot es mil veces menos bella que tú y, sin embargo, pasa las mañanas dormitando en un sofá y las tardes en el jardín, aspirando el perfume de los jazmines y solazándose con el agua de los regatos.

Safica comentó con una mezcla de ironía y amargura:

—Ésa es la condición de los que viven a costa de los demás. Gábal, rascándose pensativamente la cabeza, respondió:

—Sin embargo, ahí está el camino hacia la felicidad completa.

—Deja de soñar. Cuando te levantaste para ayudarme en el zoco, no soñabas, ni tampoco cuando espantaste de mi lado a aquellos moscones, y precisamente por eso te metiste tan dentro de mi corazón.

Gábal sintió vivos deseos de besarla. Y sin que su convencimiento de saber más que ella le hiciera menospreciar sus palabras, confesó:

—En lo que a mí respecta, te quiero sin razón alguna.

—Pues por estos lares los únicos que sueñan son los locos.

—¿Qué quieres tú de mí, cariño?

—Que seas como mi padre.

Se preguntó Gábal en tono de reproche:

—¿Y esta mosquita muerta saca de ti lo que quiere?

Entreabrió ella sus labios, esbozando una sonrisa, mientras sus dedos se apresuraban entre las lentejas, y Gábal continuó:

—Cuando huí del barrio me sentía el más desdichado de los hombres; sin embargo, ¡de no haber sido por ello, no me habría casado contigo! Safica dijo riendo:

—¿Así es que les debemos nuestra felicidad a los matones de tu barrio, lo mismo que mi padre le debe su sustento a las serpientes y a las culebras?

—A pesar de todo, el mejor hombre que nuestro barrio haya conocido jamás, estaba seguro de poder garantizar a la gente su sustento, sin dejar de disfrutar y de cantar en deliciosos jardines.

—¡Ya estamos otra vez con eso! Mira, ahí viene mi padre con su cesta. Levántate y ¡con Dios!

Al llegar Balquiti, Gábal se puso en pie y se fueron los dos juntos a hacer el recorrido habitual. Balquiti le aconsejaba:

—Aprende con los ojos del mismo modo que lo haces con la inteligencia. Tú observa lo que hago, pero no me preguntes nada delante de los espectadores y aguarda, que ya te explicaré todo lo que te resulte difícil de comprender.

A Gábal el oficio le pareció realmente difícil, pero se lo tomó en serio desde el principio y se fue adiestrando en él a través de un durísimo esfuerzo. En realidad, ninguna otra profesión le ofrecía posibilidades, a no ser que quisiera dedicarse a vendedor ambulante, matón, ladrón o salteador de caminos. Los barrios en torno a su nueva residencia en poco se diferenciaban del suyo propio, excepto en que no había un habiz ni corrían las historias surgidas en torno a él. Había sepultado en lo más profundo de sí mismo cualquier vestigio de nostalgia por los sueños del pasado, todo recuerdo de su antiguo rango y también las esperanzas por las que los de Hamdán ahora, y antes que ellos Adham, fueran castigados. Estaba dispuesto a olvidar, entregándose de lleno a su nueva vida, que había aceptado sin reservas. Cada vez que la tristeza le invadía o sentía nostalgia por su destierro, buscaba refugio en su amadísima esposa. Este afán por sobreponerse a sus penas le hizo superarse hasta tal punto en su aprendizaje, que sorprendió al propio Balquiti. Practicando de manera constante en el desierto y trabajando día y noche, pasaron los días, las semanas y los meses sin que el cansancio se dejara sentir y sin que flaqueasen sus propósitos.



Conoció a fondo los barrios y las calles, se familiarizó con las serpientes y las culebras, actuó ante millares de niños, paladeó las mieles del éxito y del dinero, y recibió la buena nueva de su futura paternidad.

Cuando llegaba el momento del descanso, se tumbaba boca arriba y contemplaba las estrellas. Las veladas las pasaba fumando en compañía de Balquiti, contando las mismas historias que, acompañadas del rabel, oyera tiempo atrás en el café de Hamdán. Alguna vez que otra se preguntaba dónde estaría Gabaloui, y cuando en cierta ocasión Safica le mostró su temor de que el pasado pudiera arruinar su vida presente, le gritó: «¡El linaje del que llevas en tu vientre se remonta a esos que recuerdo, y los de Hamdán son su familia! Pero ¿cómo puede ser buena la vida mientras existan gentes como Effendi y Zoqlot, el uno monopolizando el robo y el otro, el terror?».

Cierto día, se encontraba Cabal representando su número en Zeinhom, rodeado de pequeños espectadores, cuando al darse la vuelta vio ante sí a Daabas, que se había abierto paso hasta la primera fila y le miraba sin pestañear. Gábal sufrió un sobresalto y desvió la vista, pero se sintió incapaz de seguir adelante, y a pesar de las protestas de la chiquillería dio por terminada su actuación, cogió su cesto y se fue de allí. Daabas no tardó en darle alcance gritando:

—¡Eh, Gábal! ¿Eres realmente tú, Gábal?

Se detuvo y volviéndose hacia él le contestó:

—Sí, soy yo. ¿Qué te trae por aquí, Daabas? Daabas, sin salir de su asombro, decía:

—¡Gábal, encantador de serpientes! ¿Cuándo y dónde aprendiste? Gábal le contestó secamente:

—Cosas más extrañas hay por el mundo.

Y siguió su camino con el otro detrás, hasta llegar al pie de la montaña, donde se sentaron a la sombra de un saliente. Por allí no había nada más que unas pocas cabras pastando, y su pastor que estaba sentado, desnudo, despjojando su galabeya. Daabas, que no quitaba ojo a su compañero, le preguntó:

—¿Por qué huiste, Gábal? ¿Es posible que tengas tan mala opinión de mí como para crearme capaz de traicionarte? ¡Por Dios que jamás haría una cosa así a alguien de Hamdán, aunque fuera el mismísimo Kaabelha! ¿A cuenta de quién te iba a hacer yo eso a ti?, ¿de Effendi?, ¿de Zoqlot? ¡Que el Señor de los Cielos los haga arder en el infierno a todos! ¡Cuántas veces habrán preguntado por ti, y yo les oía sudando por todos mis poros!

Gábal, inquieto, le preguntó:

—¿No te has puesto en peligro saliendo de tu casa?

Daabas hizo un gesto de despreocupación con la mano, y dijo:

—¡Hace tiempo que nos levantaron el bloqueo! Ya nadie pregunta por Quidra ni por quién le mató. Dicen que fue la señora quien impidió que nos muriéramos de hambre, pero nos han condenado a la ignominia de por vida. Ya no tenemos el café ni tampoco dignidad. Nos vamos a trabajar lejos del barrio, y cuando regresamos nos refugiamos tras los muros de nuestras casas. Si alguno tropieza con uno de los jefes, éste se divierte dándole de bofetadas o escupiéndole. Se puede decir que, hoy, el polvo de nuestro barrio tiene para ellos más valor que todos nosotros juntos. ¡Qué suerte tienes, Gábal, viviendo lejos de allí!

Gábal, dando muestras de impacientarse, dijo:

—Deja mi suerte en paz y dime si le ha ocurrido alguna desgracia a alguien.

Daabas, que había cogido una piedra, se puso a golpear con ella el suelo, mientras decía:

—Durante el bloqueo mataron a diez de los nuestros.

—¡Dios mío!

—Lo hicieron como represalia por lo de Quidra, ¡los muy canallas! Pero no eran amigos nuestros.

Gábal, furioso, preguntó:

—¿Acaso no eran de Hamdán, Daabas?

Daabas parpadeó confuso, y sus labios se movieron musitando una excusa inaudible. Gábal tomó de nuevo la palabra:

—¡Y los otros tan felices, pegando y escupiendo!

Tenía el corazón encogido de pena, y se sentía responsable de la muerte de aquellos desgraciados. Cada instante de paz que había disfrutado desde que huyera, le producía remordimientos. Daabas le sorprendió diciendo:

—Quizá seas tú el único hombre feliz de toda la gente de Hamdán.

Gábal gritó:

—¡No he dejado ni un solo día de pensar en vosotros!

—Pero te encuentras muy lejos de las preocupaciones y de los sufrimientos. Gábal dijo entonces con tristeza:

—No me he librado en absoluto del pasado.

—No pierdas tu paz de espíritu inútilmente. Para nosotros ya no hay esperanza.

Gábal repitió estas últimas palabras, pero en el tono de su voz había un algo de misterio:

—¡Para nosotros ya no hay esperanza!

Daabas le miró, intrigado, pero no se atrevió a decir nada al ver la expresión dolorosa del rostro del otro. Se quedó mirando al suelo y vio un escarabajo arrastrarse presuroso hasta desaparecer bajo un montón de piedras. El pastor sacudía su galabeya para cubrir su cuerpo, quemado por el sol. Gábal volvió a hablar:

—Sólo soy feliz en apariencia. Daabas dijo cortésmente:

—Mereces ser feliz.

—Me casé y, como has podido comprobar, escogí un nuevo trabajo; sin embargo, una voz que sale de dentro de mí no ha cesado de perturbar mis sueños.

—¡Que Dios te bendiga! ¿Dónde vives?

Gábal no respondió, y parecía hablar consigo mismo. Al cabo de un rato dijo:

—La vida no puede ser buena mientras haya canallas semejantes.

—Lo que dices es cierto, pero ¿cómo acabar con ellos?

El pastor se puso a dar voces, llamando a sus ovejas, y avanzó hacia donde ellos estaban con su largo cayado bajo la axila. Después oyeron que canturreaba una musiquilla. Daabas preguntó:

—¿Cómo podré ponerme en contacto contigo?

—Pregunta por la casa de Balquiti, el encantador de serpientes, que está junto al Zoco de Muqattam, pero hasta entonces no digas nada de mí.

Daabas se puso en pie, estrechó su mano y se fue. Gábal le siguió tristemente con la mirada.

## 37

ERA cerca de medianoche. El barrio de Gabaloui se encontraba totalmente sumergido en las tinieblas, a excepción de una débil claridad que se escapaba de las puertas de los cafés, entornadas a causa del frío. En el cielo no se veía una sola estrella. Los niños estaban encerrados en sus casas, y hasta los perros y los gatos habían buscado refugio en los patios. El profundo silencio se veía rasgado por el armonioso sonido del rabel que acompañaba las viejas historias, y el sector de Hamdán se encontraba envuelto en una silenciosa oscuridad. Dos siluetas se recortaron en el límite con el desierto y fueron avanzando, desliziéndose a lo largo de los muros de la Casa Grande, pasaron luego frente a la casa de Effendi, y prosiguieron su camino hasta el sector de Hamdán, donde se detuvieron ante la casa principal. Una de aquellas figuras llamó a la puerta y su llamada retumbó en el silencio como el redoble de un tambor. La puerta se abrió, dejando ver el rostro del propio Hamdán, lívido a la luz de la lámpara que llevaba en la mano y que levantó para ver quién llamaba. No tardó en gritar con asombro:

—¡Gábal!

Y se hizo a un lado para dejar paso al recién llegado, que entró arrastrando un enorme fardo y un zurrón. Tras él entró su mujer con otro bulto. Los dos hombres se abrazaron, y Hamdán, lanzando una rápida mirada a Safica, cuya próxima maternidad era evidente, dijo:

—Tu esposa, ¿no es así? Sed bienvenidos. Seguidme. ¡Sin prisas!

Cruzaron el largo corredor que desembocaba en un amplio patio descubierto; atravesaron éste y llegaron a una angosta escalera, por la que subieron a la vivienda de Hamdán. Safica se dirigió a las habitaciones de las mujeres, y Gábal pasó con Hamdán a una amplia sala con un balcón que daba al patio. No tardó en correr la noticia del regreso de Gábal y acudieron muchos hombres del sector a saludarle, encabezados por Daabas, Atrís, Dolma, Fawanis, Reduán el poeta y Abdún. Todos estrecharon calurosamente la mano de Gábal y tomaron asiento en los cojines, mirando al viajero con inquietud y curiosidad. Las preguntas se iban sucediendo, y a medida que Gábal les contaba parte de su vida más reciente, intercambiaban miradas apesadumbradas. Gábal los vio completamente abatidos y con el espíritu encogido. Le estuvieron hablando de las humillaciones a que se habían visto sometidos, y Daabas les indicó que él ya se lo había contado todo en su encuentro del mes anterior, y que precisamente por ello se extrañaba tanto de que hubiese regresado. Después le preguntó en tono de broma:

—¿No habrás venido a llevarnos contigo a tu nuevo hogar? Gábal contestó secamente:

—Para nosotros no hay más hogar que éste.

Todos estaban pendientes de su voz, de la que se desprendía cierto acento autoritario, haciendo que asomara la curiosidad a los ojos de Hamdán, quien comentó, refiriéndose a la audiencia:

—Si fueran serpientes no te costaría ningún esfuerzo dominarlas.

En aquel momento entró Tamarhena con unas tazas de té y saludó calurosamente a Gábal. Hizo grandes elogios de su mujer, y al anunciarle que iba a ser padre de un varón, añadió:

—Aunque no veo la diferencia entre nuestros hombres y nuestras mujeres...

Hamdán la reprendió, y Tamarhena abandonó la habitación, pero en los ojos de los hombres podía descubrirse cierta aquiescencia a sus palabras. La oscura nube de tristeza que había caído sobre los reunidos se fue haciendo más densa, y ninguno probó el té. Reduán el poeta, preguntó:

—¿Por qué has vuelto, Gábal, si no estás habituado a las humillaciones?  
Hamdán intervino en tono triunfalista:

—Ya os he dicho muchas veces que es mejor soportar con paciencia nuestras vicisitudes que andar entre extraños que acaban por aborrecernos.  
Gábal rechazó con firmeza sus palabras:

—Las cosas no son como vosotros creéis.

Hamdán meneó la cabeza en medio de un gran silencio que Daabas rompió:

—Vámonos todos a descansar.

Pero Gábal les indicó con un gesto que se quedaran.

—Yo no he venido a descansar, sino a hablaros de un asunto muy importante, mucho más importante de lo que os podéis imaginar.

Todos clavaron en él sus ojos, sorprendidos, y Reduán murmuró que esperaba que lo que estaban a punto de oír fuera algo bueno.

Gábal paseó su mirada por los rostros de todos.

—Hubiera podido pasar el resto de mi vida junto a mi nueva familia sin pensar en volver a nuestro barrio. —Hizo una pausa, tras la cual prosiguió —: Pero hace unos días sentí deseos de darme un paseo en solitario y, a pesar del frío y de la oscuridad, me adentré en el desierto. Sin darme cuenta, mis pies me llevaron a un lugar desde el que se divisa nuestro barrio, al que jamás me había acercado desde que salí de aquí.

Los ojos de todos estaban llenos de interés. Gábal continuó su relato:

—Seguí deambulando en medio de una profunda oscuridad, ya que incluso las estrellas se hallaban ocultas tras las nubes, cuando, sin saber cómo, me di de bruces con una figura humana cuya corpulencia era terrible. Al principio pensé en uno de los jefes, pero al poco tiempo pude comprobar que se trataba de alguien diferente a todos los de nuestro barrio; en realidad diferente al mundo entero. Era alto y fuerte como una montaña. Yo estaba aterrado y me disponía a darme la vuelta cuando oí que me decía con una extraña voz, «Detente, Gábal». Me quedé clavado donde estaba. Después, aterrado y sudando por todos mis poros pregunté: «¿Quién... eres?».

Gábal hizo una nueva pausa y todos, intrigados, alargaron el cuello hacia adelante. Dolma preguntó:

—¿Es alguien de nuestro barrio? Atrís se apresuró a corregirle:

—¿No ves que ha dicho que no se parecía a nadie de nuestro barrio, ni a persona alguna del mundo entero? Gábal intervino:

—Sin embargo, es de nuestro barrio.

Todos querían conocer su identidad, pero Gábal prosiguió:

—Me dijo con su voz extraña: «No temas nada. Yo soy tu abuelo Gabalau!».

Se escucharon exclamaciones de asombro, y todos le miraron con ojos de incredulidad. Hamdán dijo entonces:

—Sin duda bromeas.

—No bromeo en absoluto. Lo que estoy diciendo no es ni más ni menos que la pura verdad. Fawanis sugirió:

—¿No estarías drogado? Gábal gritó, indignado:

—¡La droga no me ha hecho perder el juicio jamás! Intervino Atrís:

—Los efectos de la droga, especialmente la de buena calidad, no perdonan ni al más fuerte.

A Gábal se le nubló el rostro de ira y se puso a gritar:

—¡Oí con mis propios oídos que me decía: «No temas, soy tu abuelo Gabalau!»!

Hamdán, tratando de apaciguarle, dijo con toda suavidad:

—¡Es que hace muchísimo tiempo que no sale de su casa y no lo ha visto nadie!

—Es posible que salga todas las noches sin ser visto. Hamdán insistió, en tono circunspecto:

—¡Solamente te lo has encontrado tú!

—Sí. Yo me lo he encontrado.

—No me lo tomes a mal; no pongo en duda tu sinceridad, pero es que a veces la imaginación nos juega muy malas pasadas. Dime, ¿por qué, si puede salir de su casa, se oculta de todos, excepto de ti? Y además, ¿cómo es posible que permita a esos tiranos jugar con los derechos de sus hijos?

Gábal respondió, malhumorado:

—Eso es un secreto que solamente él conoce.



—¿No es más lógico creer lo que siempre se ha dicho? Esto es, que se retiró a causa de su mucha edad y de sus achaques. Daabas intervino:

—Estamos divagando. Deja que conozcamos el final de la historia, si es que lo tiene.

Gábal prosiguió su relato:

—Le dije: «Jamás pude imaginar que te encontraría en esta vida». A lo que me respondió: «Pero me has encontrado». Agucé la vista, tratando de distinguir su rostro entre las sombras, pero él me advirtió: «No podrás verme con estas tinieblas». Me sentía avergonzado de que hubiera adivinado mis intenciones y dije: «Sin embargo, tú sí puedes verme en la oscuridad». Entonces me respondió: «Soy capaz de ver entre las sombras desde que adquirí la costumbre de pasear en medio de ellas, desde mucho antes de que el barrio existiera». Asombrado, exclamé: «¡Alabado sea Dios que te permite seguir gozando de tan excelente salud!». Después me habló así: «Gábal, tú eres alguien en quien se puede confiar. La prueba de ello es que abandonaste tu vida cómoda, indignado por la opresión que padecía tu gente, que es también la mía. Los de Hamdán poseen unos derechos que es preciso hacer valer, así como una dignidad que se ha de defender, y su vida tiene que ser hermosa». Presa de un entusiasmo capaz de iluminar la noche, le pregunté: «¿Cuál es el camino para lograr todo eso?». Y él contestó: «Venceréis la injusticia por la fuerza, tomaréis lo que os corresponde y gozaréis de una buena vida». Entonces grité desde lo más profundo de mí corazón: «¡Seremos fuertes!». Y él añadió: «El éxito te acompañará».

Las palabras de Gábal dejaron tras de sí un silencio semejante a un sueño en el que todos parecían estar embrujados. Se quedaron pensativos, intercambiando miradas, y después volvieron los ojos a Hamdán, quien al fin salió de su mutismo:

—Déjanos meditar con la cabeza y con el corazón todo lo que nos has referido. Daabas dijo con un tono enérgico:

—Realmente, no se trata de una fantasía de borracho, pues todo lo que hay en esa historia es cierto.

Dolma, con aire convencido, añadió:

—No es una fantasía, en tanto en cuanto nuestros derechos no lo son. Hamdán, todavía dudando, preguntó:

—¿No se te ocurrió preguntarle si había algún motivo por el cual no administraba justicia por sí mismo? ¿Ni tampoco la razón por la cual otorgó su confianza a gentes que no respetan los derechos de los hombres?

Gábal, visiblemente alterado, respondió:

—No. No se lo pregunté, ni tampoco hubiera podido hacerlo. ¡Cómo se nota que no eres tú el que se lo ha encontrado en pleno desierto y en la oscuridad, y que no te has sentido paralizado de temor ante su presencia! De haberte ocurrido tal cosa, no habrías pensado en pedirle cuentas, ni mucho menos en poner en duda su autoridad.

Asintió Hamdán, bajando la cabeza, y dijo insistiendo una vez más:

—Realmente esas palabras son dignas de Gabalauí, pero sería más propio de él que las llevara a efecto por sí mismo. Daabas gritó:

—¡Esperad entonces a moriros en vuestra degradación! Reduán el poeta, se aclaró la voz y, mirándoles a la cara, dijo con desconfianza:

—Son palabras muy bonitas, pero pensad a dónde nos van a llevar. Hamdán comentó con tristeza:

—Ya fuimos una vez a reclamar nuestros derechos y pasó lo que pasó. Entonces, el pequeño Abdún gritó:

—¿De qué tenemos miedo?! Peor que ahora ya no se puede estar. Hamdán, como si quisiera excusarse, dijo:

—Yo no temo por mí, sino por vosotros. Gábal concluyó, en tono desdeñoso:

—Iré yo solo a ver al administrador.

Daabas, que se había levantado de su asiento, dijo acercándose a Gábal:

—Y nosotros contigo. No olvidéis que Gabalauí prometió el triunfo. Pero Gábal insistió:

—Iré yo solo, cuando decida hacerlo, pero quiero asegurarme de que vosotros estaréis firmemente unidos tras de mí y dispuestos a enfrentarnos, si fuera preciso, con violencia.

Abdún se puso en pie de un salto y gritó enardecido:

—¡Detrás de ti hasta morir!

El entusiasmo del muchacho se contagi6 a Daabas, a Atr6s, a Dolma y a Fawanis. Redu6n, el poeta, pregunt6 con cierta sorna si la mujer de G6bal ten6a noticias de lo que hab6a venido a hacer su marido. Entonces G6bal les fue contando c6mo hab6a confiado a su suegro su secreto y de qu6 manera 6ste le hab6a aconsejado que sopesara las consecuencias. Tambi6n les dio cuenta de c6mo hab6a decidido regresar al barrio y de que su esposa hab6a elegido acompa6narle hasta el final.

Hamd6n, con un tono que no dejaba dudas sobre su acuerdo con los dem6s, dijo:

—¿Cu6ndo ir6s a ver al administrador? A lo que G6bal respondi6:

—Cuando mi plan est6 listo. Se levant6 Hamd6n y dijo:

—Te voy a preparar un sitio en mi casa. Eres el m6s querido de mis hijos y esta noche marcar6 el principio de unos acontecimientos que quiz6 el rabel cantar6 ma6ana, junto con la historia de Adham. Pero ahora, ¡comprometa-monos para lo bueno y para lo malo!

En aquel instante, se oy6 la voz del jefe Hamuda, que regresaba de madrugada a su casa, haciendo eses y cantando con voz de borracho: «Bebe, amigo borracho, y al6grate. / Mu6strame c6mo las gastas. / Entra en el barrio, tropieza, c6ete / y toma conmigo unas tapas...».

No estuvieron atentos a su voz m6s que un instante; despu6s, con alegr6a, juntaron enardecidos las manos para sellar su pacto.

## 38

PRONTO, el barrio entero se enteró del regreso de Gábal. Le veían deambular con su cesto, observaban a su mujer cuando se dirigía a Gamaliya a efectuar sus compras, y hacían comentarios sobre su nuevo oficio, del que no había precedentes por allí. Aunque solía ofrecer su espectáculo por los barrios de los alrededores, nunca se exhibió en el suyo propio, y jamás utilizaba serpientes, por lo que nadie sospechaba que supiera hipnotizarlas. Numerosas veces pasó delante de la casa del administrador como si en la vida hubiera llamado a su puerta, pero en lo más íntimo de su ser sentía una dolorosa nostalgia por su madre. Los jefes —Hamuda, Al-Layti, Barakat y Abu Saria— también le veían, pero no se atrevían a golpearle según acostumbraban a hacer con el resto de la gente de Hamdán; se limitaban a abordarle y a burlarse de su canasta. En cierta ocasión se encontró con Zoqlot, quien, clavando en él su cruel mirada, le cortó el paso diciéndole:

—¿Dónde has estado?

Gábal, sin inmutarse, respondió:

—Por el ancho mundo.

El otro insistió, buscando pelea:

—Soy tu jefe, tengo derecho a preguntarte lo que me venga en gana y tú tienes la obligación de responderme.

—Ya lo he hecho, según creo.

—¿Qué te ha hecho volver por aquí?

—Lo que a cualquier hombre le lleva a regresar a su propio barrio. 'Zoqlot le dijo entonces en tono amenazador:

—Si yo fuera tú no habría vuelto.

Diciendo esto, arremetió súbitamente contra él y le habría alcanzado si Gábal conteniendo su ira, no le hubiera esquivado ágilmente. En ese momento oyó la voz del portero de la casa del administrador, que le llamaba. Gábal, sorprendido, se volvió y se dirigió hacia él. El otro salió a su encuentro y se estrecharon calurosamente las manos frente a la casa. El hombre se puso a hacerle toda clase de preguntas, interesándose por él, y después le hizo saber que la señora deseaba verle.

Gábal esperaba esta invitación desde que apareció por el barrio, y su corazón le decía que sin duda acabaría por llegar. Por su parte, no le era posible tomar la iniciativa de visitar la casa, dadas las circunstancias en las que la abandonó. En todo caso, había decidido no forzar aquella entrevista, para no levantar prematuras sospechas tanto en el administrador como en los jefes. Pero no había atravesado el umbral, cuando la noticia corría ya por todo el barrio.

Mientras se dirigía al recibimiento, echó una ojeada al jardín, a los sicómoros, a las higueras, a las matas de flores y a los rosales que cubrían cada rincón. Los aromas familiares se habían desvanecido ya con el invierno, y el ambiente estaba recubierto por una tenue y apacible luz crepuscular que parecía filtrarse a través de un techo de nubes blancas. Subió la escalera esforzándose en desterrar de su corazón tantos y tantos recuerdos. Entró en la sala y encontró al fondo de ella a la señora y a su esposo, que estaban sentados esperándole. Miró a su madre y sus ojos se encontraron. Huda, presa de una intensa emoción, se levantó para recibirle, y Gábal se inclinó, besándole las manos. Cuando la señora le besó tiernamente en la frente, se sintió invadido por una dulce y dichosa oleada de amor. Volvió la cabeza hacia el administrador y le vio, envuelto en su abaya, observando fríamente la escena. Le tendió la mano, y Effendi hizo ademán de incorporarse para estrechársela, pero se volvió a acomodar en su asiento inmediatamente. Huda miraba a Gábal con una mezcla de sorpresa y disgusto al ver su esbelto cuerpo envuelto en una basta galabeya ceñida por

un grueso cinturón, sus pies calzados con unos zapatos rojos casi rotos, y sus espesos cabellos cubiertos por un sucio gorro de lana. Las lágrimas asomaron a sus ojos que, sin palabras, expresaban el dolor que le producían su aspecto y la forma de vida con que al parecer se contentaba, y que echaba por tierra sus grandes esperanzas. Le indicó que se sentara y él lo hizo en un asiento junto al de ella, que también se sentó, con aspecto de estar agotada. Gábal comprendía muy bien lo que estaba sucediendo en el corazón de su madre, y se puso a contarle con su recia voz cosas de su vida en el Zoco de Muqattam, de su trabajo y de su matrimonio. Le habló de lo satisfecho y contento que estaba con su vida actual a pesar de lo dura que resultaba. Dolida por sus palabras, le dijo:

—Puedes vivir como te plazca. Pero ¿cómo es que no pensaste en mi casa como el primer lugar adonde dirigirte cuando regresaste al barrio?

Gábal estuvo a punto de decirle que era precisamente su casa el verdadero objetivo de su vuelta, pero desistió de hacerlo porque consideró que no era el momento adecuado. Además, no se había repuesto todavía de la impresión del reencuentro.

—Deseaba volver a tu casa, pero no tuve el valor de entrar en ella después de lo que pasó...

Le interrumpió la voz seca de Effendi, preguntándole:

—¿Por qué volviste si tan bien vivías lejos de aquí?

Huda dirigió a su esposo una mirada de reproche, que él ignoró. Gábal, sonriendo, respondió:

—Es posible, señor, que haya vuelto porque deseaba verte. Huda le amonestó:

—Y no has venido a visitarnos hasta que no he mandado a buscarte. ¡Ingrato!

Gábal, bajando la cabeza, dijo:

—Puedes estar segura de que cada vez que vienen a mi mente las circunstancias que me obligaron a abandonar esta casa, las maldigo de todo corazón.

Effendi le miraba receloso, y cuando se disponía a preguntarle qué era lo que quería decir, Huda se le adelantó:

—Ya sabrás, sin duda, que perdonamos a los de Hamdán en atención a ti.

Gábal comprendió que ya era hora de poner fin a aquella comedia de paz familiar, que se venía representando desde el momento en el que entró, y que debía iniciar la batalla.

—La realidad es que están sometidos a una humillación peor que la misma muerte, y que algunos fueron asesinados.

Effendi crispó la mano sobre su rosario y gritó:

—¡Son unos criminales y no han recibido más que lo que se merecen! Huda hizo un gesto de súplica con la mano y dijo:

—Olvidemos el pasado. Pero Effendi insistió:

—Es imposible que la sangre de Quidra quede impune. Gábal dijo con obstinación:

—Los verdaderos criminales son los jefes.

Effendi, visiblemente nervioso, se puso en pie y, dirigiéndose a su mujer, le reprochó:

—¿Ves cuál es el resultado de que te permitiese invitarle a casa? Gábal, entonces, en un torio que mostraba inequívocamente su resolución, dijo:

—De todos modos, señor, tenía intención de venir a verte. Soy consciente de todo lo que le debo a esta casa, y tal vez sea eso lo que me ha hecho esperar a ser invitado.

El administrador clavó en él una mirada asustada y recelosa y preguntó:

—¿Cuál es tu propósito al venir aquí?

Gábal plantó cara al administrador con audacia, consciente de estar abriendo una puerta por la que habría de entrar un furioso vendaval, pero su experiencia en el desierto le había proporcionado un valor incommovible y dijo:

—He venido a reclamar para la gente de Hamdán su derecho a participar de las rentas de los bienes habices y a llevar una vida digna y segura.

El rostro de Effendi se nubló de cólera, y Huda entreabrió la boca, desesperada. El administrador, echando fuego por los ojos, dijo:

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? ¿Has olvidado ya la serie de calamidades que cayeron sobre vosotros desde el día en el que ese viejo estúpido, representante vuestro, viniera a presentarme esa misma fantástica reclamación? Te juro que estás loco y yo no estoy dispuesto a perder mi tiempo con locos.

Huda dijo, llorando:

—Gábal, yo tenía intención de invitaros a ti y a tu mujer a vivir con nosotros.

Pero Gábal dijo tajantemente:

—Yo no he hecho más que transmitirte los deseos de «alguien» cuya voluntad no se puede contrariar: me refiero a nuestro común abuelo, Gabalauí.

Effendi, desconcertado, examinó atentamente el rostro de Gábal. Huda se puso en pie y, poniendo su mano sobre el hombro de Gábal, le preguntó:

—Gábal, ¿qué te ha ocurrido? Sonriendo, Gábal respondió:

—Estoy bien, señora.

Effendi, completamente desorientado, preguntó a su vez:

—¿Bien? ¿Que estás bien, dices? ¿Qué le ha pasado a tu mente? Gábal, con absoluta calma, contestó:

—Escuchad lo que os voy a contar y podréis juzgar por vosotros mismos.

Y a continuación les refirió la misma historia que había contado ya a los de Hamdán. Cuando concluyó su relato, Effendi se le quedó mirando a la cara fijamente, y dijo con reticencia:

—Gabalauí no ha salido de su casa desde que se retiró... Gábal le interrumpió:

—Yo me lo he encontrado en el desierto. Effendi le dijo entonces con sarcasmo:

—¿Y por qué no me ha comunicado a mí sus deseos? A lo que Gábal respondió:

—Ése es su secreto y solamente él lo conoce.

Effendi soltó una carcajada, pero había cierta irritación en su risa.



—Realmente tienes magníficas aptitudes para tu oficio de mago; pero no te basta con tus trucos y pretendes hacer juegos de manos con las rentas. Gábal, sin perder la calma, dijo:

—Dios es testigo de que cuanto he dicho es cierto. Pero dejemos que juzgue el propio Gabalauí, si es que puedes verle. O, en caso contrario, consulta las diez condiciones.

La ira de Effendi estalló. Su rostro se puso ceniciento y, temblando de pies a cabeza, gritó:

—¡Maldito ladrón! ¡Impostor! No podrás escapar a tu horrible destino, aunque te ocultes en el pico más alto del monte... Huda gritó:

—¡Qué desgracia! Jamás hubiera esperado que me produjeras tanto dolor, Gábal.

Gábal, sorprendido, preguntó:

—¿Todo esto, simplemente por reclamar los derechos legales de mi gente? Effendi se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Silencio, traidor! ¡Drogadicto! ¡Todo un barrio de adictos! ¡Hijos de perra! ¡Sal inmediatamente de mi casa! Y como se te ocurra volver a decir disparates, te condenarás no sólo a ti sino también a los tuyos a morir degollados como corderos.

Gábal, descompuesto de ira, gritó a su vez:

—¡Cuídate tú de que la cólera de Gabalauí no caiga sobre ti! Effendi se abalanzó sobre él y le dio con toda su fuerza un puñetazo en el pecho, que Gábal encajó sin inmutarse. Después, volviéndose hacia Huda, dijo:

—Si le respeto es solamente en atención a ti. Acto seguido, les volvió la espalda y se fue.

## 39

LA gente de Hamdán se temía lo peor. Tamarhena, por el contrario, opinaba que mientras Gábal estuviese al frente, la señora no permitiría que los aniquilaran. Sin embargo, ni el mismo Gábal confiaba en la teoría de Tamarhena, pues estaba convencido, conociendo la ambición del administrador, de que si peligraban sus beneficios, no se iba a detener ni por él ni por nadie, así fuera su pariente más cercano. Gábal les recordó el deseo de su común antepasado de que debían ser fuertes y hacer frente a las adversidades. Daabas se puso a decirles que Gábal había renunciado por ellos a una vida cómoda y que lo había hecho de manera generosa, por su propia voluntad; así pues, nadie tenía derecho a abandonarle. Además, por inútil que resultara emplear la fuerza, la situación ya no podía empeorar.

La gente de Hamdán estaba asustada y con los nervios destrozados, pero su propia desesperación les daba fuerza. Solían repetirse unos a otros: «Hay que jugárselo todo a una carta». El único que protestaba era Reduán el poeta, que decía: «Si ése fuera el deseo de Gabalauí, proclamaría la verdad y haría valer nuestros derechos, librándonos así de una muerte segura». Gábal se puso furioso al oírle y, frunciendo el ceño, se fue hacia él, le cogió por los hombros y se puso a sacudirle hasta casi hacerle caer de su asiento, mientras le decía:

—¿Es así como os comportáis los poetas, Reduán? Contáis historias de héroes, acompañándoos del rabel, pero cuando las cosas se ponen mal, dais media vuelta y corréis a esconderos en vuestras madrigueras, sembrando de paso la duda y el derrotismo. ¡Malditos cobardes! —Después continuó,

dirigiéndose a los que estaban allí sentados—: Jamás concedió Gabalauí a ningún sector del barrio tantos honores como a vosotros. Si no os hubiera considerado de una manera especial, como miembros de su familia, no me habría salido al encuentro ni habría hablado conmigo. Sin embargo, ha iluminado nuestro camino y nos ha prometido su apoyo. ¡Dios sabe que voy a luchar! ¡Aunque tenga que hacerlo solo!

Pero era evidente que no estaba solo. Todos le apoyaban, hombres y mujeres, y juntos esperaban el momento de la prueba, como sí a nadie le importaran las consecuencias. Gábal había asumido la jefatura del sector de una manera espontánea, como consecuencia natural de los acontecimientos, sin proponérselo y ni siquiera planteárselo. El propio Hamdán no se opuso a ello, feliz de dejar vacante un puesto que habría de ser el blanco principal de un ataque de proporciones desconocidas.

Gábal no se quedó encerrado en la casa, sino que, según su costumbre, salió a caminar por el barrio desoyendo los consejos de Hamdán. A cada paso que daba esperaba alguna desgracia, pero ningún jefe le abordó. Esto le llenaba de asombro y no encontraba más explicación que Effendi hubiera silenciado su encuentro, con la esperanza de que él, a su vez, olvidara sus aspiraciones y todo acabara como si nada hubiera sucedido. Detrás de esta política adivinaba el rostro apenado de Huda y la sinceridad de su amor de madre. Sin embargo, temía que si este amor persistía fuera más perjudicial para él que la brutalidad de su marido, y se puso a meditar detenidamente en la manera de echar cenizas al ruego.

En el barrio empezaron a ocurrir cosas extrañas. Cierta día, una mujer se puso a pedir socorro desde un sótano y explicó que había visto deslizarse una serpiente entre sus pies y salir después hacia la calle. Algunos hombres se prestaron a darle caza, fueron a sus casas a por palos y se pusieron a buscarla hasta que lograron encontrarla y la mataron. Se quedó tirada en la calle y los chiquillos en seguida la cogieron para jugar alegremente con ella. La cosa no hubiera tenido mayor trascendencia si no hubiera sido porque, apenas transcurrida una hora de estos hechos, se oyeron por segunda vez unos gritos de socorro que provenían de una casa de la parte del barrio cercana a Gamaliya. No había caído aún la noche cuando se armó un gran

alboroto en una de las casas de vecinos del sector de Hamdán, donde algunos habían visto una serpiente que había desaparecido antes de que nadie pudiera cogerla, resultando inútiles cuantos esfuerzos se habían hecho para encontrarla. En vista de ello, el propio Gábal se ofreció a hacerla salir con ayuda de los conocimientos que había adquirido en casa de Balquti. La gente de Hamdán contaba cómo Gábal se plantó desnudo en mitad del patio y se puso a hablar a la serpiente en un lenguaje secreto, hasta hacerla salir obedientemente.

Por la mañana, estos sucesos se habrían olvidado casi por completo, pero se repitieron en las casas de algunos personajes importantes. Todo el mundo se enteró de que una serpiente había mordido al jefe Hamuda cuando cruzaba el umbral de la casa en que vivía. El hombre se puso a dar gritos en contra de su voluntad, hasta que acudieron sus compañeros a ayudarlo. En este punto se desataron las habladurías sobre estos hechos. Las serpientes se convirtieron en el único tema de conversación para todo el mundo, sin que su extraña actividad cesara. Algunos de los habituales del fumadero de hachís del jefe Barakat vieron aparecer durante medio segundo una serpiente entre las vigas, que después se desvaneció. Despavoridos, corrieron todos en desbandada, deshaciéndose la reunión.

El asunto de las serpientes había eclipsado las historias de los poetas en los cafés. Pero cuando ya sobrepasó los límites de lo tolerable fue cuando una enorme serpiente se dejó ver en casa del propio administrador, con el agravante de que, a pesar de haberse desperdigado todos los sirvientes en su busca, nadie pudo hallar el menor rastro de ella. El temor del administrador y de su mujer fue aumentando hasta el punto de que Huda pensó seriamente en abandonar la casa hasta tener la seguridad de que no había en ella ningún reptil. Cuando todo estaba patas arriba se oyó un gran alboroto y fuertes gritos procedentes de la casa de Zoqlot, el jefe de todo el barrio. El portero fue a ver lo que ocurría y volvió para informar a su señor de que una serpiente había mordido a uno de los hijos de Zoqlot y que después había desaparecido. Cundió el pánico. De todas las casas salían gritos pidiendo auxilio a causa de las serpientes. Finalmente, la señora tomó la decisión de abandonar el barrio.

Hassanayn, el portero, dijo que Gábal era encantador de serpientes y que los encantadores de serpientes conocen el modo de darles caza, asegurando que Gábal ya había hecho salir una de una casa de vecinos del sector de Hamdán.

Effendi se puso pálido y no dijo una palabra, pero la señora dio orden al portero de que fuera a llamar a Gábal. El portero miró a su señor, pidiendo su consentimiento, pero Effendi masculló unas palabras ininteligibles. La señora le dio a escoger entre llamar a Gábal o abandonar la casa, y el administrador, temblando de ira, dejó ir al portero.

Un grupo de gente se congregó entre la casa del administrador y la del jefe Zoqlot. Los más importantes fueron en comisión a casa de Effendi, con Zoqlot, Hamuda, Barakat, Al-Layti y Abu Saria al frente. Nadie hablaba más que de las serpientes. Abu Saria decía:

—Algo tiene que haber ocurrido en la montaña para que las serpientes se nos metan en las casas.

Zoqlot, que parecía enfurecido consigo mismo al no tener a nadie en quien descargar su furia, dijo:

—Toda la vida hemos sido vecinos de la montaña sin que jamás nos ocasionara ningún perjuicio.

Zoqlot estaba muy afectado por lo ocurrido a su hijo, y Hamuda cojeaba aún por la herida de su pierna.

A todo esto, el pánico se había apoderado ya de todo el mundo, y como los vecinos decían que sus casas no eran un lugar seguro para vivir, se reunieron en la calle.

Apareció Gábal, llevando su cesto. Saludó a todos y se detuvo, cortésmente y seguro de sí mismo, ante el administrador y la señora.

Effendi fue incapaz de mirarle, pero Huda se dirigió a él diciendo:

—Gábal, nos han dicho que puedes sacar las serpientes de nuestras casas. ¿Es así?

Gábal contestó pausadamente:

—Esa es una de las muchas cosas que aprendí, señora.

—Te he mandado llamar para que hagas salir las que pueda haber en casa. Gábal miró interrogativamente al administrador:

—¿Me permite su excelencia?

—Sí.

En ese momento, se adelantó Al-Layti e hizo una pregunta que se le había escapado a Zoqlot:

—¿Y nuestras casas? ¿Y las casas de los demás?

—Mis conocimientos están al servicio de todo el mundo. Se oyó un murmullo de agradecimiento.

Durante unos instantes, los grandes ojos de Gábal pasaron revista a los rostros de los que estaban allí y después dijo:

—Quizá no tenga necesidad de recordaros que todo tiene un precio, según es costumbre en nuestro barrio.

Los jefes se miraron asombrados, mientras Gábal continuaba:

—¿De qué os asombráis? Vosotros protegéis el barrio a cambio de dinero, y su excelencia administra el habiz a cambio del control de sus rentas.

En semejantes circunstancias, era evidente que nadie podía dejar traslucir sus pensamientos. Zoqlot preguntó:

—¿Qué precio pides por tu trabajo? Gábal contestó tranquilamente:

—No voy a pedir dinero. Solamente pido, excelencia, vuestra palabra de honor de que serán respetados tanto la dignidad de la gente de Hamdán como sus derechos en lo que respecta a los bienes habices.

Se hizo un impresionante silencio y el ambiente empezó a cargarse de odio contenido. La angustia de Huda aumentó al ver que Effendi clavaba su mirada en el suelo. Gábal continuó:

—No creáis que os desafío por recordaros lo que es legal y justo para nuestros indefensos hermanos. El miedo que en estos momentos os ha hecho salir de vuestras casas no es más que un pequeño trago de la amarga bebida que vuestros hermanos han tenido que apurar durante todos y cada uno de los días de su miserable existencia.

Los ojos de algunos relampaguearon de ira, pero todos se apresuraron a reprimirla menos Abu Saria, que gritó:

—Puedo mandar venir a uno de los encantadores de serpientes de Rafiyya, aunque tengamos que pasar fuera de casa dos o tres días hasta que

venga de su pueblo.

Huda intervino, preguntando:

—¿Cómo va a pasar el barrio entero fuera de sus casas dos o tres días? Effendi pensaba, tratando de controlar lo mejor que podía la rabia y el odio que ardían en su pecho. De pronto, se dirigió a Gábal:

—Te doy la palabra de honor que me pides. Comienza tu trabajo.

Los jefes se quedaron perplejos y con el espíritu rebosando propósitos asesinos, pero la situación no les permitía exteriorizar sus sentimientos.

Gábal ordenó a todos que se retiraran hasta el final del jardín y que le dejaran la casa y aquel lugar libres. Después se despojó de su ropa y se quedó como el día en que Huda le recogió de la zanja llena de agua de lluvia. Empezó a ir de un lado para otro y de habitación en habitación, tocando unas veces un pequeño silbato, y otras murmurando palabras incomprensibles. Mientras, Zoqlot se acercó al administrador para decirle:

—Él fue quien metió las serpientes en nuestras casas.

El administrador le hizo señas de que callara y murmuró:

—Tú déjale que las saque.

Una serpiente que estaba escondida en un tragaluz obedeció a la llamada de Gábal, que sacó otra del cuarto de la administración. Apareció a la puerta del recibimiento con las dos serpientes enrolladas al brazo y las metió en su cesto. Se vistió, y cuando se acercaron todos, les dijo:

—Vayamos a vuestras casas para que os las deje limpias. Después, se volvió hacia Huda y le dijo en voz muy baja:

—De no ser por la miseria de mi pueblo, jamás habría puesto condición alguna para servirte.

Se acercó luego al administrador y levantó la mano, saludándole, mientras decía con valentía:

—Cuando un hombre libre jura, está obligado a cumplir.

Y se fue de allí con todos los demás, que le seguían en silencio.

## 40

GÁBAL consiguió limpiar el barrio de reptiles, bajo la atenta mirada de todos sus habitantes, quienes, cada vez que una serpiente obedecía a su llamada, prorrumpían en gritos y albórbolas, formando un tremendo alboroto que inundaba el barrio entero desde la Casa Grande hasta Gamaliya. Cuando, concluida ya su tarea, se dirigía a su casa, los chiquillos y los jóvenes del barrio le hicieron corro, batiendo palmas y cantando: «Gábal, defensor de pobres, / Gábal, vencedor de serpientes».

Cánticos y palmas que se prolongaron aun después de que Gábal se retirara. Estos sucesos produjeron un fuerte impacto entre los jefes. En consecuencia, Hamuda, Al-Layti, Barakat y Abu Saria no tardaron en ir a buscar a los que tan jubilosamente celebraban el triunfo de Gábal y, cayendo sobre ellos, detuvieron a unos, insultaron a otros y repartieron pescozones y bofetadas a diestro y siniestro, hasta dispersar a todos, que se fueron corriendo a buscar refugio en sus casas. En la calle no quedaron más que los gatos, los perros y las moscas.

Nadie se explicaba el motivo de semejante reacción, y se preguntaban unos a otros cómo podían los jefes pagar el buen hacer de Gábal arremetiendo brutalmente contra quienes lo celebraban. También quedaba pendiente la cuestión de si el administrador mantendría o no la promesa hecha a Gábal y si no sería este ataque el anticipo de una salvaje represalia. Preguntas, por otra parte, que también le rondaban a Gábal por la cabeza y que le decidieron a convocar a su casa a los hombres de Hamdán, con el fin de estudiar juntos la situación.



En aquellos mismos momentos, Zoqlot, que se había reunido con el administrador y su mujer, repetía machaconamente, devorado por la ira:

—¡No vamos a dejar ni uno vivo!

La satisfacción se dibujaba en el rostro de Effendi, cuando Huda preguntó:

—¿Y la palabra de honor dada por el administrador? La fealdad de Zoqlot sobrepasó los límites de lo humano cuando, haciendo una mueca horrible, respondió:

—¡A la gente hay que someterla con el palo, no con el honor! A lo que ella replicó indignada:

—¡No cesarían las habladurías sobre nosotros!

—¡Que hablen cuanto quieran! ¿Han dejado alguna vez de hacerlo? Se pasan la noche entera alborotando con bromas y burlas a costa de todos nosotros, pero en cuanto salimos a la calle se quedan quietos y sumisos. Se someten por temor al palo, no porque aprecien el honor.

Effendi dirigió a su mujer una mirada furiosa y dijo:

—Gábal fue quien planeó el asunto de las serpientes para imponernos sus condiciones. Todo el mundo lo sabe. ¿Quién va a esperar de mí que cumpla la palabra dada a semejante canalla, tramposo y embustero?

Zoqlot, con su horrible rostro abotargado, añadió:

—Recuerde, señora, que si Gábal tuviera éxito en sus planes de reivindicar los derechos sobre el habiz de la gente de Hamdán el barrio entero no pararía de reclamar también sus derechos hasta obtenerlos, de tal forma que se perderían las rentas y nosotros con ellas.

Effendi apretó su rosario con los dedos hasta hacer crujir las cuentas y gritó a Zoqlot:

—¡No dejes ni uno!

Todos los jefes del barrio fueron convocados a la casa de Zoqlot, y después se les unieron sus más fieles esbirros. Por todas partes empezó a circular la noticia de que algo importante se estaba tramando contra la gente de Hamdán. Las ventanas aparecían llenas de mujeres, y en la calle se iban juntando los hombres. Pero a esas alturas Gábal ya tenía trazado su plan. Los hombres de Hamdán se reunieron en el patio de la casa central del

sector, armados con palos y cestos llenos de piedras, mientras que las mujeres se repartieron por las habitaciones y la terraza. Cada uno tenía asignada una tarea, de modo que cualquier error en la ejecución o un simple cambio del plan establecido, conduciría fatalmente a un desastroso final para todos. Por ello, cada cual ocupó su puesto alrededor de Gábal en un estado límite de tensión y preocupación. Gábal, consciente de ello, les arengó para recordarles que contaban con el apoyo de Gabalaui y con su promesa de éxito para los que no flaquearan. Los encontró bien dispuestos para creerle, unos por convicción y otros por desesperación. Reduán el poeta, se inclinó sobre Hamdán para decirle al oído:

—Tengo miedo de que nuestro plan no tenga éxito. Creo que hubiera sido mejor atrancar el portón y luchar desde las ventanas y la terraza.

Hamdán le sacudió violentamente por los hombros.

—En ese caso nos condenaríamos nosotros mismos a quedar bloqueados hasta morir de hambre.

A continuación se dirigió a Gábal, preguntándole:

—¿No sería mejor que dejáramos el portón abierto?

—Déjalo como está. De lo contrario podrían sospechar algo.

Un viento frío ululaba intensamente, y las nubes cruzaban vertiginosamente el cielo, como si las persiguieran. Se preguntaban si llovería, cuando el rumor de voces de los que se habían congregado afuera fue creciendo hasta ahogar los maullidos de los gatos y los ladridos de los perros. En ese momento, Tamarhena gritó, dando la voz de alerta:

—¡Ya vienen los demonios!

Y así era. Zoqlot había salido de su casa, rodeado de los demás jefes, a quienes seguían sus esbirros, todos empuñando gruesos garrotes. Fueron caminando con parsimonia hasta la Casa Grande, enfilando después hacia el sector de Hamdán, precedidos por una multitud que gritaba y aplaudía. Entre los que aplaudían, los había de dos clases: los que amaban las peleas y disfrutaban viendo correr la sangre y los que odiaban a los de Hamdán, por arrogarse una, posición en el barrio que los demás no les reconocían. Sin duda, todos ellos estaban hartos de los jefes y de sus injusticias, pero disimulaban su odio, aparentando apoyarles, por temor y también para tratar

de obtener algún beneficio. Pero a Zoqlot todos le traían sin cuidado, y continuó su camino hasta que se detuvo frente a la casa de Hamdán.

—¡Si alguno de vosotros se siente hombre, que salga a vérselas conmigo! —gritó.

La voz de Tamarhena se dejó oír tras la ventana:

—Antes danos «tu palabra de honor» de que el que salga no caerá en una trampa.

Zoqlot se puso furioso al oír mencionar «la palabra de honor» y vociferó:

—¿No tenéis más portavoz que esa ramera? Y Tamarhena volvió a gritar:

—¡Que Dios tenga piedad de tu madre, Zoqlot!

Zoqlot ordenó a sus hombres que cargaran contra el portón. Algunos se abalanzaron contra la puerta, mientras otros tiraban piedras a las ventanas, para que nadie se atreviera a abrirlas y defenderse desde ellas. Los asaltantes se agolparon contra la gran puerta y se pusieron a empujar con todas sus fuerzas una y otra vez, hasta que empezó a ceder. Redoblaron entonces sus esfuerzos y siguieron empujando hasta que la puerta crujió, desvencijándose. Retrocedieron para tomar impulso y cuando cargaron todos a la vez contra el portón, éste se abrió de par en par, dejando Ubre el paso por el largo pasillo que se prolongaba hasta el patio, donde podía verse a Gábal y a los hombres de Hamdán, empuñando todos sus estacas.

Zoqlot hizo un gesto grosero con la mano y, soltando una burlona risotada, se lanzó al corredor, seguido de sus hombres. Pero no habían llegado a la mitad del pasillo cuando éste, inesperadamente, empezó a temblar bajo sus pies, hundiéndose con todos los que estaban encima hasta el fondo de un profundo hoyo. Con increíble rapidez, todas las ventanas de las casas que daban a ambos lados del corredor se abrieron, y desde ellas empezaron a arrojar agua con jarros, ollas, barreños y odres. Sin perder un momento acudieron los hombres y se pusieron a vaciar cestos de piedras en el hoyo. Por primera vez se oyeron en el barrio los alaridos de sus jefes y se vio correr la sanare de la cabeza de Zoqlot. Una lluvia de palos se abatió sobre las cabezas de Hamuda, Barakat, Aí-Layti y Abu Saria, que

chapoteaban, dando tumbos, en el agua fangosa. Cuando los esbirros se percataron de lo que les estaba ocurriendo a sus jefes, se batieron en retirada y dejaron a los otros indefensos a su suerte. El agua y las piedras seguían cayendo, y los palos continuaban golpeando sin piedad. A los oídos de la gente empezaron a llegar gritos de socorro que salían de gargantas que durante toda su vida no se habían utilizado más que para maldecir e insultar. Reduán, el poeta, gritaba a voz en cuello:

—¡No dejéis ni uno!

El agua fangosa se mezcló con la sangre. El primero en caer fue Hamuda. Redoblaron sus alaridos Al-Layti y Abu Saria, mientras Zoqlot, en un intento de trepar, se aferraba con las manos a la pared del pozo, con los ojos llenos de odio, luchando por vencer su agotamiento y lamentándose como un cobarde. Una lluvia de palos le obligó a desprender sus manos de la pared y, cayendo hacia atrás, se precipitó en el agua con un puñado de tierra en cada mano.

Se hizo un gran silencio. En el hoyo, cuya superficie estaba teñida de sangre y de barro, nada se movía, ni se oía el menor ruido. Los hombres de Hamdán se asomaron a él jadeando, y Reduán el poeta, gritó:

—¡Este es el castigo de los tiranos!

La noticia corrió por el barrio como un reguero de pólvora. Se comentaba en corros que Gábal había aniquilado a los jefes del mismo modo que lo había hecho con las serpientes. Sin sentir siquiera el viento helado, todos le aclamaban ensordecedoramente, ardiendo de entusiasmo y pidiéndole que fuera el jefe de todo el barrio. También pedían los cuerpos de los jefes para mutilarlos. Batían palmas, y muchos se pusieron a bailar. Sin embargo, Gábal, que lo tenía todo previsto, no perdió la cabeza ni un solo instante y gritó a su gente:

—¡Vayamos ahora a casa del administrador!

## 41

DURANTE los minutos que precedieron a la salida de Gábal y los suyos de la casa, los ánimos de la gente estallaron con la violencia de un volcán en erupción.

Las mujeres dejaron sus casas para unirse a los hombres.

Las turbas asaltaban las viviendas de los jefes y agredían a los que estaban en ellas con los puños y a patadas hasta obligarles a huir para ponerse a salvo, palpándose la cabeza y la cara entre llantos y gritos de dolor. Las mismas viviendas fueron saqueadas de cuantos enseres, ropas y alimentos contenían, y los objetos más delicados de madera o de cristal terminaron reducidos a pedazos, quedando todo asolado.

La multitud enardecida se dirigió a la casa del administrador y se congregó ante sus puertas cerradas, vociferando desaforadamente detrás del que les conducía:

—Sacad al administrador...

—Y si no viene...

Después terminaban sus gritos con bromas y con chanzas. Algunos llegaron hasta la Casa Grande para pedir a su antepasado Gabalauí que saliera de su encierro y pusiera en orden sus asuntos y los del barrio entero. Otros se dedicaron a golpear con los puños la puerta del administrador y a empujar con los hombros, azuzando a los que se retiraban atemorizados para que la derribaran. Pero en aquel crítico momento llegó Gábal, a la cabeza de los hombres y las mujeres de Hamdán, caminando con paso firme y seguro, como les correspondía, tras la innegable victoria que habían

obtenido. La multitud les dejó paso y se redoblaron los gritos y las alórbolas, hasta que Gábal les hizo señal de que callasen. Las voces se fueron apagando hasta hacerse un silencio total, solamente roto por el ulular del viento. Gábal paseó la mirada por los rostros vueltos hacia él y dijo:

—¡Gentes de nuestro barrio! Os saludo a todos y os doy las gracias. Sus palabras fueron seguidas de un enorme griterío, que no cesó hasta que Gábal levantó la mano pidiendo silencio. Después se dirigió a ellos diciendo:

—Nuestra tarea no estará acabada hasta que no os disperséis pacíficamente. De varias gargantas se elevó un clamor:

—¡Señor de nuestro barrio, queremos justicia! Gábal gritó para que todos pudieran oírle:

—¡Id en paz! El deseo de Gabalauí será cumplido.

Se oyeron gritos de alabanza para Gabalauí y para su hijo Gábal, mientras éste, en pie, incitaba a la multitud con su mirada para que todos se fueran de allí. En contra de su voluntad, desfilaron uno tras otro hasta que el lugar quedó completamente despejado. Mientras, Gábal había llegado hasta la puerta del administrador y gritó:

—¡Abre, tío Hassanayn!

Le llegó la voz temblorosa del hombre, que decía:

—La gente..., la gente...

—Solamente estamos nosotros.

Abrió la puerta y entró Gábal, seguido de los suyos. Cruzaron el vestíbulo en dirección a la sala, ante cuya puerta vieron a Huda, en pie, con aire resignado. En aquel momento aparecía Effendi en el umbral, con la cabeza gacha y el rostro mortalmente pálido, siendo recibido con un murmullo. Huda dijo suspirando:

—Me encuentro en una situación lastimosa, Gábal. Y Gábal, señalando con desprecio a Effendi, replicó:

—Si el traicionero plan de ese hombre sin honor hubiera tenido éxito, en estos momentos todos nosotros seríamos unos cadáveres mutilados.

Por toda contestación, Huda suspiró profundamente. Entonces Gábal, clavando en el administrador una dura mirada, le apostrofó:

—Mírate a ti mismo humillado, sin fuerza ni poder, sin matones que te protejan, ni valor que te sostenga, ni hombría que hable por ti. Si quisiera dejarte a merced de la gente de nuestro barrio, te pisotearían y te harían pedazos.

Effendi, encogido y encorvado, se estremeció de horror, pero Huda, dando un paso adelante, suplicó:

—No quisiera oír de ti más que las bellas palabras a las que me tienes acostumbrada. En el estado en que nos encontramos, es preciso que un verdadero hombre como tú se comporte con generosidad.

Gábal frunció el ceño, tratando de ocultar su emoción, y dijo:

—Si no fuera por lo que representas para mí, las cosas habrían tomado un rumbo muy diferente.

—No lo pongo en duda, Gábal. Eres un hombre incapaz de defraudar las esperanzas que en ti se pongan.

Con verdadero pesar, Gábal exclamó:

—¡Cuánto más fácil habría sido todo si se hubiera hecho justicia sin tener que derramar sangre!

Effendi, más encogido todavía, hizo un extraño movimiento, que ponía en evidencia su abatimiento.

Huda dijo entonces:

—Lo pasado, pasado está. Aquí nos tienes dispuestos a escucharte. El administrador, que parecía querer salir de su mutismo a cualquier precio, musitó débilmente:

—Es una oportunidad para corregir los errores del pasado.

Todos afinaron el oído para escuchar sus palabras, ansiosos por comprobar el estado en que se hallaba el déspota, una vez que su poder se había desvanecido. Le observaban con una mezcla de satisfacción y de rechazo, así como con una curiosidad sin límites. El haber roto al fin su silencio le dio ánimos al administrador para decir:

—Eres digno hoy de ocupar el puesto de Zoqlot.

A Gábal se le nubló el semblante, y dijo con desprecio:

—No tengo el más mínimo deseo de convertirme en jefe. Búscate a otro que te proteja; yo solamente reclamo la totalidad de los derechos de la gente

de Hamdán.

—Tuyos son sin ninguna merma y también la administración del habiz, si lo deseas.

Intervino Huda, esperanzada:

—Igual que hacías antes, Gábal.

En ese momento, se oyó gritar a Daabas:

—¿Y por qué no son para nosotros los bienes habices en su totalidad? Se escuchó un murmullo entre la gente de Hamdán, que hizo palidecer intensamente al administrador y a su mujer. Pero Gábal, furioso, gritó:

—¡Gabalauí me ordenó que os devolviera vuestros derechos, pero no que despojara de los suyos a los demás! Daabas preguntó:

—¿Y tú cómo sabes si los otros obtendrán sus derechos? Gábal le gritó:

—¡A mí eso no me importa! En cuanto a ti, parece que sólo odias la injusticia cuando va en tu contra. Huda exclamó, emocionada:

—¡Qué hombre tan honrado eres, Gábal! No sabes cuánto deseo que regreses a mi casa.

Gábal contestó resueltamente:

—Viviré en una casa del sector de Hamdán.

—No corresponde a tu posición.

—Cuando seamos ricos, las construiremos semejantes a la Casa Grande, según el deseo de nuestro antepasado Gabalauí.

El administrador levantó la mirada para decir a Gábal con aprensión:

—El comportamiento que hoy ha tenido la gente del barrio pone en peligro nuestra seguridad.

A lo que Gábal contestó con desprecio:

—Lo que ocurra entre vosotros no es de mi incumbencia. Intervino Daabas:

—Si hubieras respetado tu compromiso con nosotros, ninguno de ellos se habría atrevido a desafiarte.

El administrador dijo entonces con entusiasmo:

—Vuestros derechos os serán consignados ante testigos. Aquí intervino Huda, esperanzada:

—Cenarás conmigo esta noche. Es el deseo de una madre.



Gábal comprendió que con esta invitación ella quería dejar bien patentes ante los demás los lazos de afecto que le unían con la casa del administrador, y no siendo capaz de rechazarla, dijo:

—Se hará como tú deseas.

## 42

A este día sucedieron muchos otros de completa felicidad para la gente de Hamdán (o de Gábal, como ya se empezaba a llamarles).

El café abrió de nuevo sus puertas y Reduán el poeta volvió a tocar el rabel, sentado a la turca en su estrado. La bebida corría a raudales y el humo del hachís se condensaba en el techo, mientras Tamarhena bailaba hasta caer rendida. Ya nadie trataba de averiguar quién había matado a Quidra, y el encuentro de Gabaloui con Gábal era descrito con todo lujo de fantasías. También fueron aquellos los días mejores de Gábal y Safica. En cierta ocasión, dijo Gábal a su mujer:

—¡Qué agradable sería proponer a Balquiti que viniera a instalarse con nosotros!

Safica, muy pesada ya por su cercano alumbramiento, asintió:

—¡Sí que lo sería! Y de ese modo podría recibir al nieto con su bendición. Gábal añadió, completamente decidido:

—Tú me has traído la felicidad, Safica; además, Sayyida podrá encontrar un buen marido entre la gente de Hamdán.

—Di mejor «la gente de Gábal», como ya dicen todos y con razón, porque tú eres, sin duda, el mejor hombre que ha conocido este barrio. Gábal la contradijo, sonriendo:

—No. El mejor de todos nosotros fue Adham. ¡Hay que ver, cuánto deseaba una vida feliz, en la que los hombres no tuvieran más trabajo que cantar durante todo el día! Pero su gran sueño va a hacerse realidad para nosotros.

Apareció Daabas, borracho, bailando en medio de un grupo de gente. Cuando vio llegar a Gábal, blandió su garrote y dijo:

—¿Tú no deseas ser jefe? Está bien; lo seré yo.

Gábal le habló en voz bien alta, para que todos le oyeran:

—En Hamdán no hay jefes. Pero convendría que todos asumieseis ese papel, para actuar contra cualquiera que ambicione serlo.

Daabas prosiguió su camino hacia el café, tambaleándose, como todos los que le seguían, por efecto de la bebida. Gábal, que se sentía feliz, les dirigió estas palabras:

—Sois, de todo el barrio, los preferidos de Gabalauí, y ahora sus señores sin discusión. Por ello, el amor, la justicia y el respeto deben reinar entre vosotros. No consintáis que jamás se cometa un crimen en vuestro sector...

En todas las casas de Hamdán se oían canciones junto a un batir de panderos, y las luces de fiesta iluminaban todo el sector, en contraste con el resto del barrio, que, según lo habitual, estaba sumido en la oscuridad. Los chiquillos se habían concentrado en el extremo para observar desde lejos.

En esto, dos hombres que no eran de Hamdán entraron en el café con gesto entristecido. Fueron recibidos atentamente y, después de invitarles a que tomaran asiento, les ofrecieron té. Gábal sospechó que no estaban allí por puro placer, y sus aprensiones se confirmaron cuando el que tenía más edad, un tal Zanati, se dirigió a él con estas palabras:

—Gábal, todos pertenecemos al mismo barrio y descendemos de un mismo antepasado. Hoy, que eres tú el señor del barrio y también su hombre más fuerte, venimos a decirte que sería mejor que se aplicase la justicia en todo el callejón y no solamente aquí, en el sector de Hamdán.

Gábal guardó silencio y los demás parecían indiferentes. Pero el hombre insistió con tenacidad:

—En tu mano está que se haga justicia a todos.

Desde el principio, Gábal no había prestado ninguna atención a la gente que no pertenecía a su sector. En realidad, nadie de su familia lo había hecho nunca. Es más, se sentían superiores a ellos, incluso en la época de su mayor tribulación. Por eso se excusó, diciendo cortésmente:

—Gabalaui sólo me encargó de mi gente.

—¡Pero Gábal! ¡Si también es nuestro antepasado! Intervino Hamdán:

—Sobre eso habría mucho que discutir. —Estudió sus rostros para ver el efecto que producían sus palabras, y observó que su aflicción iba en aumento. Continuó diciendo—: En cambio, su vínculo con nosotros fue confirmado por él mismo en su encuentro con Gábal en el desierto.

Por un instante, pareció que Zanati iba a objetar: «Sobre eso también habría mucho que discutir», pero se sintió derrotado y dijo:

—¿Puedes sentirte satisfecho viendo el grado de pobreza y degradación en que nos encontramos?

Gábal respondió sin demasiado entusiasmo:

—¡Por supuesto que no! Pero no es asunto nuestro. El hombre insistió:

—Pero ¿cómo no va a ser asunto vuestro?

Gábal se preguntaba por qué aquel hombre se creía con derecho para hablarle así, pero no se sentía molesto. Una parte de sí mismo simpatizaba con él, pero la otra parte se resistía a meterse en nuevas complicaciones a causa de la demás gente del barrio. Porque, en definitiva, ¿quién era esa otra gente? La respuesta le llegó por boca de Daabas que, encarándose con Zanati, le habló así:

—¿Os habéis olvidado de cómo nos tratábais cuando nos iba tan mal? El hombre bajó la vista unos momentos y después contestó:

—¿Quién se sentía capaz de expresar su opinión o de manifestar sus verdaderos sentimientos en la época de los jefes? ¿Perdonaban acaso a quien actuaba en contra de sus deseos?

Con aire de superioridad, Daabas hizo una mueca de desaprobación y dijo:

—La verdad es que siempre, y aún ahora, habéis envidiado nuestra posición en el barrio. ¡Y hasta es posible que ya lo hicierais incluso antes de la época de los jefes!

Zanati, desesperado, agachó la cabeza y dijo:

—¡Que Dios te perdone, Daabas! Pero Daabas, sin apiadarse, gritó:

—¡Ya le podéis agradecer a Gábal que no nos consintiera ir a vengarnos de vosotros!

Gábal, luchando con sus contradictorios pensamientos, permanecía en silencio. Por una parte, se resistía a prestar su ayuda, pero por otra estaba claro que no podía sentirse satisfecho si la rehusaba.

Los dos hombres al encontrarse ante la abierta hostilidad de Daabas, las frías miradas de los otros y el descorazonador silencio de Gábal, se pusieron en pie decepcionados y se marcharon por donde vinieron. Daabas les siguió con la vista hasta que desaparecieron y, haciendo un gesto obsceno con el puño de su mano derecha, gritó:

—¡Iros al infierno! ¡Cerdos! Pero Gábal gritó a su vez:

—¡No es digno de un hombre alegrarse del mal ajeno!

## 43

UN día memorable fue aquel en el que Gábal recaudó por primera vez las rentas que correspondían a su gente.

Tomó asiento en el patio de la casa —la misma que fue testigo de su victoria—, y convocó a la gente de Hamdán. Contó los miembros de cada familia y repartió el dinero en partes iguales entre todos ellos. Nadie, ni siquiera él, recibió un trato especial, lo que no pareció dejar satisfecho a Hamdán, quien no estaba de acuerdo con semejante integridad. Sin embargo, no queriendo expresar abiertamente lo que pensaba, dijo a Gábal:

—¡No me parece justo que salgas perjudicado, Gábal! Gábal, haciendo una mueca de disgusto, respondió:

—He tomado la parte correspondiente a dos personas: Safica y yo.

—Pero tú eres el jefe de este sector.

Gábal contestó en voz suficientemente alta como para que todos pudieran oírle:

—Precisamente un jefe no debe robar a los suyos.

Daabas, que seguía la discusión atentamente, intervino diciendo:

—Pero Gábal no es Hamdán, del mismo modo que Hamdán no es Daabas ni Daabas, Kaabelha.

Gábal, visiblemente irritado, preguntó:

—¿Pretendes que una misma familia esté dividida en señores y criados? Pero Daabas estaba empeñado en defender sus argumentos e insistió tozudamente:

—Tenemos entre nosotros al dueño de un café, a unos cuantos vendedores ambulantes y a muchos mendigos. ¿Vas a tratarlos a todos por igual? Yo, por ejemplo, fui el primero que salió cuando estuvimos confinados, y me expuse a que Quidra me diera caza. También fui yo el primero en encontrarte en tu destierro y, una vez más, fui el primero en apoyarte con entusiasmo cuando todos los demás vacilaban.

Gábal, cada vez más furioso, le reprendió:

—El hombre que se alaba a sí mismo es un mentiroso. ¡Dios mío! Hombres como tú se hacen acreedores de cualquier injusticia.

Daabas estaba dispuesto a seguir discutiendo, pero cuando advirtió que los ojos de Gábal estaban echando fuego de ira, se dio media vuelta y abandonó la reunión sin decir una palabra más. Aquella misma tarde se dirigió al fumadero de hachís de Atrís el-Amas. Rumiando sus quejas, tomó asiento en el círculo de fumadores y, para distraerse, propuso a Kaabelha que echara con él una partida de damas. Antes de media hora había perdido todo lo que le había correspondido poco antes en el reparto de los beneficios. Atrís, mientras cambiaba el agua del narguile, dijo riéndose:

—¡Mala suerte, Daabas! Está visto que ser pobre es tu sino, aunque el mismísimo Gabaloui se empeñe en lo contrario.

Daabas, a quien la pérdida le había despejado el cerebro, masculló entre dientes:

—¡No se pierden las riquezas tan fácilmente!

Atrís dio una chupada al narguile, a fin de comprobar si estaba bien de agua, y le replicó:

—¡Pues tú sí que las has perdido, amigo!

Kaabelha, después de ordenar los billetes con todo cuidado, iba a llevárselos al pecho para guardarlos, cuando Daabas se lo impidió, agarrándole con una mano, mientras con la otra le hacía gestos de que le devolviera el dinero.

Kaabelha, con gesto contrariado, protestó:

—¿Por qué habría de devolvértelo si ya no es tuyo? Daabas vociferó:

—¡Que me des el dinero, puerco!

Atrís les miró a los dos y les advirtió, preocupado:

—¡En mi casa no os peleéis!

Daabas apretó aún más fuerte la mano de Kaabelha y gritó:

—¡No voy a consentir que me robes, hijo de puta!

—Pero ¿quién te ha robado? ¡Suéltame la mano, Daabas!

—Ah, ¿no? ¿Significa eso que te lo has ganado trabajando?

—¿Se puede saber por qué te lo has jugado?

Por toda respuesta, Daabas le dio un puñetazo, apremiándole:

—¡Venga mi dinero, si no quieres que te rompa los huesos!

Súbitamente, Kaabelha consiguió desasirse del otro, y Daabas, ciego de ira, le golpeó con su garrote en el ojo derecho. Kaabelha, dando alaridos, se puso en pie de un salto y se tapó los ojos con ambas manos, soltando el dinero, que fue a parar al regazo de Daabas. Mientras éste reunía los billetes y se los guardaba en el pecho, el pobre Kaabelha se tambaleó unos momentos para caer en seguida al suelo, retorciéndose de dolor y quejándose lastimosamente. Los demás le rodearon, y Atrís, acercándose a Daabas, le dijo horrorizado:

—¡Le has vaciado el ojo!

Daabas siguió sentado tranquilamente unos momentos y luego, de pronto, se levantó y abandonó el lugar.

Gábal reunió en asamblea a todos los hombres de Hamdán y tomó asiento ante ellos en el patio de su victoria, pudiéndose advertir, tanto por sus ojos como por el rictus de su boca, el estado de cólera en el que se hallaba. Kaabelha estaba en cuclillas ante él, con un parche en un ojo, mientras Daabas, de pie, se enfrentaba a la ira de Gábal en silencio, completamente desamparado. Hamdán, en un intento de aplacar a Gábal, dijo suavemente: "

—Daabas devolverá el dinero a Kaabelha. Pero Gábal gritó con todas sus fuerzas:

—¡Primero que le devuelva el ojo!

Kaabelha se echó a llorar, mientras Reduán el poeta decía suspirando:

—¡Ojalá fuera eso posible!

Gábal, con el semblante demudado, gritó:

—¡Ya lo creo que es posible tomar ojo por ojo!



Daabas, muerto de miedo y sin apartar la vista del rostro de Gábal, entregó a Hamdán el dinero, diciendo:

—La cólera me sacó de quicio, pero no era mi intención hacerle daño. Gábal, visiblemente indignado, se le quedó mirando fijamente durante un buen rato y después sentenció con voz terrible:

—¡Ojo por ojo! Y el que empezó, llevará la peor parte.

Se miraron unos a otros, perplejos. Jamás se había visto antes a Gábal tan furioso, y eso que distintos acontecimientos habían mostrado con creces la violencia de su cólera, como por ejemplo, cuando abandonó su lujoso hogar, o como el día en el que mató a Quidra. Realmente, tenía reacciones violentas, y cuando se dejaba llevar por ellas, no había quien se interpusiera entre su persona y el objeto de sus iras.

Hamdán intentó hablar, pero Gábal se lo impidió, y adelantándosele, dijo:

—Gabalui no os distinguió con sus preferencias para que os estéis peleando los unos con los otros. La convivencia ha de estar basada en el orden; de lo contrario sobrevendría un caos que no perdonaría a nadie. En conclusión, Daabas, he decidido que te saquen un ojo.

Daabas, dominado por el pánico, gritó:

—¡Como alguien me ponga una mano encima, os mato a todos!

Gábal se abalanzó sobre él con la furia de un toro y, de un formidable puñetazo, le hizo caer de espaldas, dejándole sin sentido. Después, le rodeó fuertemente con su brazo y, volviéndose hacia Kaabelha, le ordenó tajantemente:

—Ven aquí y toma lo que te pertenece.

Kaabelha se puso en pie, pero, indeciso, se quedó clavado en el suelo. En esto, se empezaron a oír los gritos que salían de la casa de Daabas. Gábal clavó su mirada fríamente en Kaabelha y repitió su orden:

—Ven, si no quieres que te entierre vivo.

Kaabelha avanzó entonces hacia Daabas y le asestó un bastonazo en el ojo derecho, vaciándosele en presencia de todos. Se redoblaron los gritos en casa de Daabas y algunos de sus amigos, como Atrís y Alí Fawanis, no pudieron reprimir las lágrimas.

Gábal se dirigió a ellos gritando:

—¡Malditos cobardes! ¡Será posible, Dios mío! Solamente estáis en contra de la violencia cuando sois vosotros sus víctimas. En cuanto uno de vosotros se encuentra con fuerzas, le falta tiempo para avasallar a su vecino y pelear con él. El único remedio capaz de arrojar los demonios que tenéis metidos en el cuerpo, es golpearlos sin piedad ni condescendencia. ¡No hay otra alternativa: el orden o la destrucción!

Dejó a Daabas en manos de sus amigos y se fue. Pero este suceso dejó una profunda huella en la gente. Antes de que todo esto sucediera, Gábal era considerado un dirigente muy querido. Todos pensaban que, a pesar de tener a su favor las mejores condiciones para erigirse en jefe, ni quería tomar ese nombre ni alardear de su posición. Pero después de ese día, le respetaban y temían a la vez. Algunos criticaban su fuerza y su rigor, pero siempre encontraban a alguno que les contradecía, recordando el otro aspecto de su carácter, es decir, su piedad para con los oprimidos y su sincero deseo de establecer un orden que garantizase la justicia y la igualdad entre la gente de Hamdán. Esta última opinión era ratificada a diario por los hechos y dichos del propio Gábal. Es más; incluso aquellos que sentían aversión hacia él, buscaban su compañía; los que le temían, depositaban en él su confianza; los que le habían evitado le mostraban simpatía y todos guardaban escrupulosamente el orden establecido sin transgredirlo jamás.

En sus días prevaleció la honradez y reinó la seguridad, y fue para su gente como un símbolo de orden y de justicia, hasta que dejó este mundo sin haberse apartado jamás de su camino.

Ésta es la historia de Gábal.

Fue el primero de nuestro barrio que se rebeló contra la injusticia y también el primero que tuvo el privilegio de encontrar a Gabalauí después de que éste se retirara del mundo. Alcanzó un alto grado de poder que nadie le disputó, se negó a convertirse en un rufián y en un parásito, y jamás se enriqueció valiéndose de la extorsión o traficando con drogas. Permaneció entre su pueblo como un ejemplo de justicia, de fuerza y de orden.

También es verdad que no se preocupó de los demás habitantes de nuestro barrio, y hasta es posible que sintiera hacia ellos menosprecio y desdén, como el resto de su gente. Pero jamás perjudicó a ninguno de ellos, convirtiéndose en un ejemplo para todos.

Si nuestro barrio no estuviera afectado por esa maldita enfermedad que es el olvido, los buenos ejemplos, como el de Gábal, no se perderían. Pero nuestro barrio es víctima de esa plaga.

**RIFAA**

## 44

ESTABA a punto de amanecer. Todos los habitantes del barrio dormían, incluidos los jefes, los perros y los gatos. La oscuridad se aferraba a las esquinas como si nunca fuera a desaparecer. Al amparo de este silencio total, en el sector de la gente de Gábal se abrió con sigilo la puerta de la casa de Nasr y aparecieron dos figuras, que se encaminaron en silencio hacia la Casa Grande y rodearon sus altos muros hasta llegar al desierto. Observaban cautelosamente, y se volvían de vez en cuando para comprobar que nadie les seguía. Guiados por el resplandor de las estrellas, se adentraron en el desierto hasta divisar la roca de Hind, una sombra más oscura en medio de las tinieblas. Las dos figuras correspondían a un hombre de mediana edad y a una joven embarazada, con sendos fardos repletos a sus espaldas. Junto a la roca, la mujer suspiró de fatiga.

—Safií, estoy cansada.

El hombre se detuvo, diciendo con brusquedad:

—Descansa. ¡Maldito sea quien te causa este cansancio!

La mujer dejó el bulto en el suelo y se sentó encima, extendiendo las piernas para estar más cómoda. El hombre se quedó un momento de pie mirando alrededor y luego se sentó también sobre su fardo. La brisa húmeda del alba les envolvía, pero la mujer sólo pensaba en una cosa:

—¿Dónde crees que nacerá mi hijo? Safií respondió malhumorado:

—Abda, cualquier lugar es mejor que nuestro maldito barrio. Levantando la mirada hacia el contorno del monte, que se extendía de un extremo a otro del horizonte, añadió:

—Iremos al Zoco de Muqattam, adonde fue Gábal en los días de su infortunio. Abriré allí una carpintería y trabajaré en lo mismo que en el barrio; soy habilidoso y tengo recursos suficientes para empezar.

La mujer, ajustándose el manto a la cabeza y los hombros, comentó con tristeza:

—Estaremos solos, como si no tuviéramos familia, ¡nosotros, que somos del linaje de Gábal, los señores del barrio!

Su compañero escupió con desprecio y, furioso, replicó:

—¡Los señores del barrio! No somos más que unos miserables esclavos, Abda; ya no existe Gábal y aquellos tiempos felices pasaron. Ahora está Zónfol, ¡maldito sea!, un jefe que no nos deja vivir, engulle nuestras ganancias y aplasta al que protesta.

Abda le rebatió sus palabras. Parecía revivir los días amargos y las noches de pesar, pero ahora que la distancia la mantenía a salvo de las cosas aborrecibles del barrio, su corazón sentía nostalgia de los buenos recuerdos. Se lamentó:

—Si no fuera por esos canallas, no habría barrio como el nuestro. ¿Dónde hay una casa como la de nuestro antepasado o unos vecinos como los nuestros? ¿En qué otro lugar se pueden escuchar las historias de Adham, Gábal y la roca de Hind? ¡Malditos sean esos canallas!

El hombre respondió con amargura:

—Nos pegan con los garrotes por el hecho más insignificante, y esos engreídos poderosos se pavonean entre nosotros como si fueran los dueños de nuestro destino.

Recordaba cómo el maldito Zónfol, agarrándole por el cuello y sacudiéndole hasta casi descoyuntarle, le había arrastrado por el suelo delante de todos; sólo porque una vez osó hablar de los bienes habices. Golpeando el suelo con el pie, continuó:

—¡Condenado bandido, que raptó al hijo recién nacido de Sidhum, el carnicero, y no volvió a saberse nada de él! No tuvo compasión de una criatura de un mes, ¡y todavía preguntas dónde vas a dar a luz a tu hijo! Lo tendrás entre gentes que no asesinen a los niños.

Abda, suspirando, dijo con suavidad, como intentando quitar importancia a su advertencia:

—¡Si por lo menos te conformaras, como hacen los demás! Fastidiado, él frunció el ceño.

—¿Qué mal he hecho, Abda? Ninguno. Sólo preguntar dónde estaría Gábal y qué fue de aquellos tiempos felices y de su autoridad justiciera y por qué la gente de Gábal vive ahora en la miseria y en el infortunio. Me destrozó la carpintería, me golpeó y, de no haber sido por los vecinos, me hubiera matado. Si siguiéramos en nuestra casa, cuando hubieras tenido el niño, nos lo habría arrebatado como hizo con el de Sidhum.

Ella movió la cabeza con gesto triste.

—¡Si hubieras tenido un poco de paciencia, Safií! ¿No has oído decir que Gabalauí saldrá un día de su aislamiento para salvar a sus descendientes de la opresión?

Safií, respirando profundamente, replicó burlón:

—¡Eso dicen! Lo he oído decir desde niño, pero la realidad es que nuestro antepasado sigue encerrado en su casa, y el administrador de sus tierras acapara las rentas y sólo da algo a los matones a cambio de protección. Zónfol, jefe ahora de la gente de Gábal, les quita su parte y la engulle, como si Gábal no hubiera sido el más sobresaliente del barrio ni hubiera vengado al pobre Kaabelha a costa de su amigo Daabas.

La mujer permanecía callada en la oscuridad. Aquella misma mañana se encontraría entre gentes desconocidas, sus nuevos vecinos, que acogerían a su hijo. Éste crecería en tierra extraña, como una rama separada del tronco. ¡Qué feliz había sido entre las gentes de Gábal, llevando la comida a su marido al taller, sentándose al anochecer a escuchar el rabel de Gauad, el narrador ciego! ¡Qué dulce música y qué bella la historia de Gábal, cuando una noche encontró a Gabalauí en la oscuridad y éste le dijo: «No temas», y le dio su cariño y su apoyo hasta que triunfó y regresó al barrio lleno de alegría! ¡Qué dulce el retorno del exilio!

Safií contemplaba el cielo y las estrellas rezagadas, impresionado por los primeros destellos de luz en el monte, como albas nubes en un cielo plomizo.

—Debemos continuar —advirtió— para llegar al Zoco antes de que salga el sol.

—Necesito descansar un poco más.

—¡Malditos sean los que te causan el cansancio!

¡Qué bella sería la vida si no existiera Zónfol! Había tantas cosas buenas: el aire puro, el cielo plagado de estrellas, las sensaciones placenteras... Pero también estaban el administrador Ihab y los jefes Bayumi, Gábir, Handusa, Jálid, Batija y Zónfol. Todas las casas podrían ser como la Casa Grande y los lamentos podrían convertirse en cantos... Aquellos desdichados todavía anhelaban lo que nunca iban a lograr, igual que Adham. ¿Y en qué estado se hallaban? Tenían los cuellos desollados a golpes y las espaldas tumefactas de puntapiés, un círculo de moscas alrededor de los ojos y el pelo cuajado de piojos.

—¿Por qué Gabalauí se olvida de nosotros?

—¡Sólo Dios lo sabe! —murmuró la mujer.

—¡¡¡Gabalauí!!! —gritó Safií, lleno de cólera y tristeza. El eco le respondió y, enderezándose, exclamó:

—¡Confía en Dios!

Abda se levantó también y, cogiéndole la mano, marcharon hacia el Sur, en dirección al Zoco de Muqattam.



## 45

EXULTABAN de alegría los ojos y los labios de Abda al gritar:

—¡Mira nuestro barrio! ¡Al fin volvemos del exilio! ¡Alabado sea Dios, Señor de los mundos!

Safií se secó el sudor de la frente con la manga de su abaya y, sonriendo, exclamó convencido:

—¡Es verdad! ¡Qué alegría volver!

Rifaa escuchaba a sus padres con una mezcla de sorpresa y de tristeza reflejada en su bello y despejado rostro:

—¿Vais a olvidar el Zoco de Muqattam y a nuestros vecinos?

La madre sonrió, colocándose el borde del manto sobre sus cabellos grises. Comprendiendo que el muchacho sentía por el lugar donde había nacido lo mismo que ella por el suyo, y que su naturaleza afectuosa no le permitía olvidar a los amigos, le respondió:

—Lo bueno nunca se olvida, pero éste es tu verdadero hogar y aquí está tu gente, que son los señores del barrio. Los querrás y ellos te querrán a ti. ¡Qué bien estará el sector de Gábal ahora que se ha muerto Zónfol!

—¡Jonfos no será mucho mejor que Zónfol! —terció Safií.

—Pero Jonfos no te odia.

—Los jefes odian con tanta rapidez como la lluvia lo llena todo de barro. Abda dijo, esperanzada:

—No pienses en eso. Volvemos para vivir en paz. Abrirás la carpintería de nuevo y te ganarás la vida con ella. No olvides que también en el Zoco

de Muqattam vivías sometido a un jefe. Siempre se tiene a alguien por encima.

La familia se iba acercando al barrio. Delante iba Safíí, con un fardo, y detrás, Abda y Rifaa con otro bulto enorme. Rifaa era un joven atractivo, alto, delgado, de frente despejada y aspecto amable y bondadoso. Curioso por el lugar al que llegaba, contemplaba todo con avidez. Su vista se detuvo en la Casa Grande, aislada, al comienzo del barrio, con las copas de los árboles agitándose por encima de sus muros. La miró con fijeza largo rato y luego preguntó:

—¿Es la casa de nuestro antepasado?

Abda le respondió con alegría:

—Sí. ¿Recuerdas lo que te contábamos de ella? Ahí vive tu antepasado, el dueño de estas tierras y de todo lo que hay en ellas. Él es nuestro bien y nuestro orgullo y, si no se hubiera encerrado en esa casa, inundaría todo el barrio con su luz.

—Y en su nombre, el administrador Ihab nos despoja de nuestros bienes y los jefes nos atacan —añadió Safíí con desprecio.

Siguieron avanzando hacia el barrio, bordeando el muro sur de la Casa Grande, totalmente cerrada, sin que Rifaa dejara de mirarla un solo instante. Luego, apareció ante él la casa del administrador Ihab, a cuya puerta, abierta de par en par, estaba sentado el portero. Enfrente se levantaba la vivienda de Bayumi, el jefe del barrio, y delante había un carro lleno de cestos de fruta y sacos de arroz, que unos criados iban transportando al interior. El barrio parecía un patio de recreo poblado por niños descalzos. Las mujeres, sentadas en el suelo o en esteras delante de sus casas, limpiaban habas o picaban verduras al tiempo que intercambiaban chismorreos, bromas e insultos, entre carcajadas y gritos. Safíí y su familia se adentraban en el sector de Gábal cuando les salió al paso un anciano ciego que, lentamente, se abría camino con un bastón. Safíí, dejando en el suelo el fardo que llevaba a la espalda, se dirigió hacia él lleno de alegría y, parándosele delante, exclamó:

—¡El poeta Gauad! ¿Cómo estás?

El poeta se detuvo y, aguzando el oído, sacudió la cabeza asombrado.

—¡Hola! Esta voz me resulta conocida.

—¿Has olvidado a tu viejo amigo Safií, el carpintero? Su cara se iluminó al tiempo que gritaba:

—¡Dios mío, Safií!

Abrió los brazos y se abrazaron tan calurosa y efusivamente que muchos se les quedaron mirando, e incluso dos muchachos, en broma, les imitaron. Gauad apretó la mano de su amigo, diciéndole:

—¡Nos dejaste hace veinte años o más! ¡Toda una vida! Y tu mujer, ¿cómo está?

Abda respondió:

—Bien, Gauad, y espero que tú también lo estés. Éste es Rifaa, nuestro hijo. ¡Ven a besar la mano del poeta!

Rifaa se le acercó contento, le cogió la mano y la besó. El hombre le dio una palmada en el hombro y le palpó la cabeza y el rostro, afirmando:

—¡Es sorprendente! ¡Cómo se parece a su antepasado Gabalauí! El rostro de Abda se iluminó al oír aquel elogio, pero Safií advirtió, riéndose:

—Si vieras lo delgado que está, no dirías eso.

—Se parece mucho, aunque como Gabalauí no haya otro. ¿A qué se dedica este chico?

—Le enseñé el oficio de carpintero, pero es hijo único y está muy mimado; pasa poco tiempo en la carpintería y prefiere andar por el desierto y la montaña.

El poeta sonrió:

—Los hombres no sientan la cabeza mientras no se casan. ¿Dónde has estado, Safií?

—En el Zoco de Muqattam. El hombre rió con fuerza:

—¡Igual que Gábal! Pero él regresó convertido en encantador de serpientes y tú vuelves siendo carpintero, como te fuiste. De todos modos, tu enemigo ha muerto. Aunque su sucesor sea tan malvado como él.

Abda objetó rápidamente:

—Todos son iguales; pero nosotros lo único que queremos es vivir en paz.

Al reconocer a Safií, unos hombres corrieron hacia él y le saludaron y abrazaron alborozados. Rifaa miraba a su alrededor lleno de interés: su gente estaba allí, a su alrededor, y eso aliviaba la nostalgia que sentía al haber abandonado el Zoco de Muqattam. Iba recorriendo con la vista todo lo que le rodeaba, y su mirada se detuvo de pronto en una ventana de la primera casa, donde una joven le contemplaba con curiosidad. Cuando sus ojos se encontraron, ella desvió la mirada. Uno de los amigos de su padre, al verlo, comentó en voz baja:

—Es Aisa, la hija de Jonfos. Una mirada dirigida a ella puede provocar una matanza.

Rifaa se sonrojó, y su madre dijo:

—El no es de esa clase de jóvenes, pero está viendo su barrio por primera vez.

De la primera casa salió un hombre fuerte como un toro, pavoneándose dentro de una holgada galabeya. Tenía la cara llena de manchas y cicatrices y un bigote agresivo y con las guías puntiagudas. La gente murmuró: «¡Jonfos! ¡Jonfos!». Gauad, cogiendo a Safií, le condujo hacia él, y le presentó:

—¡Que Dios sea contigo, señor de la gente de Gábal! Este es nuestro amigo Safií, el carpintero, que ha regresado a su barrio después de pasar fuera veinte años.

Jonfos escrutó el rostro de Safií con mirada penetrante, ignorando durante un rato la mano que éste le tendía. Luego, acabó estrechándosela con desgana, mascullando fríamente:

—Bienvenido.

Rifaa le miraba molesto, pero su madre le indicó al oído que se acercara a saludarle. Rifaa fue, aunque no de buen grado, y le tendió la mano. Safií le presentó.

—Mi hijo Rifaa.

Jonfos miró a Rifaa con desprecio y desagrado. Los allí presentes pensaron que no le gustaban sus buenos modales, nada frecuentes en el barrio. Estrechándole la mano descuidadamente, se dirigió a su padre:

—¿Has olvidado durante tu ausencia cómo vivimos aquí? Safí comprendió lo que quería decir con eso, pero, ocultando su disgusto, afirmó:

—Estamos a tu servicio, señor. Jonfos, observándole con recelo, le preguntó:

—¿Por qué te marchaste del barrio?

Safí calló, mientras pensaba en una respuesta adecuada, pero Jonfos se le adelantó:

—¿Huiste de Zónfol?

Gauad, el poeta, respondió con rapidez:

—No hizo nada malo. Jonfos advirtió a Safí:

—Si yo me enfado, no podrás escapar de mí. Abda intervino, conciliadora:

—Comprobará que somos buenas personas, señor.

Safí y su familia, rodeados de amigos, se dirigieron hacia el corredor de la casa de Nasr, donde se iban a alojar en unas habitaciones vacías que les mostró Gauad. A la entrada del corredor, una joven de belleza provocativa se peinaba mirándose en el cristal de una ventana. Cuando vio llegar tantas personas, preguntó con coquetería:

—¿Quiénes llegan como en cortejo nupcial? Muchos rieron y uno contestó:

—Tienes un nuevo vecino, Yasmina. Vivirá enfrente de ti, con el corredor por medio.

Ella también rió al exclamar:

—¡Dios nos concede más hombres!

Miró con indiferencia a Abda, y su mirada se detuvo en Rifaa con interés y admiración. Esa mirada sorprendió a Rifaa incluso más que la de Aisa, la hija de Jonfos. Siguió a sus padres hasta la puerta de sus habitaciones, frente a las de Yasmina, al otro lado del corredor, mientras Yasmina cantaba:

—¡Ay madre mía, qué guapo es!

## 46

SAFIÍ instaló la carpintería a la entrada de la casa de Nasr. Por la mañana, Abda iba a la compra mientras Safií y su hijo Rifaa se sentaban a la puerta del taller a la espera de clientes. Safií tenía ahorrado suficiente dinero para un mes o más y, por tanto, no estaba preocupado. Contemplando el corredor que desembocaba en un gran patio, atestado de viviendas, comentó:

—En este corredor, ¡bendito sea!, Gábal ahogó a nuestros enemigos. Rifaa le miraba con ojos soñadores y con una sonrisa en los labios. Su padre continuaba:

—Y en este lugar, Adham levantó su choza, en la que tantas cosas ocurrieron, y aquí Gabalauí bendijo-y perdonó a su hijo.

Los hermosos labios de Rifaa sonrieron aún más, y la expresión soñadora de sus ojos inundó su mirada. Todos los bellos recuerdos habían nacido en aquel lugar. Si no fuera por el tiempo, todavía se verían las huellas de Gabalauí y Adham, y su aliento se respiraría en el aire. Desde las ventanas arrojaron agua a la trampa en la que cayeron los jefes, y desde la ventana de Yasmina había caído también agua sobre los malvados... Pero ya nada caía desde allí, excepto miradas provocadoras. El tiempo juega con todo, por muy importante que sea. El mismo Gábal había acechado al enemigo en ese patio y, con él, los hombres más débiles; sin embargo, había vencido.

—Padre, Gábal venció, pero ¿de qué sirvió su victoria? Safií suspiró.

—Decidimos no hablar de eso, ¿recuerdas? ¿Qué te ha parecido Jonfos?

—¡Carpintero! —llamó una voz llena de coquetería.

Padre e hijo se miraron disgustados. El padre se puso en pie y, levantando la vista, vio a Yasmina asomada a la ventana, con sus largas trenzas balanceándose en el aire.

—¡Sí! —respondió Safí.

Ella pidió, con una voz más coqueta todavía:

—¿Puede venir su hijo a buscar una mesa que está rota? Safí, volviéndose a sentar, dijo a su hijo:

—¡Ve, y confía en Dios!

Rifaa encontró la puerta de la vivienda abierta, esperándole, carraspeó al llegar y ella le pidió que pasara. La joven llevaba una galabeya marrón con adornos blancos en el cuello y el pecho. Iba descalza y con las piernas desnudas. Permaneció callada un momento, como si tratara de comprobar el efecto que su aspecto producía en el muchacho, y cuando vio que la inocencia seguía intacta en sus ojos, señalando una mesita que estaba en el rincón de la sala y que se sostenía sobre tres patas, dijo:

—La cuarta pata está debajo del sofá. Arregladla y barnizadla de nuevo.

—Lo que usted mande —respondió cortésmente el joven.

—¿Cuánto cuesta?

—Preguntaré a mi padre. Ella replicó:

—Pero ¿cómo? ¿No sabes cuánto cuesta?

—Él es el que lleva las cuentas. Observándole atentamente, preguntó:

—¿Y quién la va a arreglar?

—Yo, pero con su supervisión y ayuda. Ella rió, divertida.

—Batija, nuestro jefe más joven, que es más pequeño que tú, puede dirigir un ejército, y tú ni siquiera sabes arreglar solo la pata de una mesa.

El tono de Rifaa al contestar indicaba que quería acabar la conversación:

—Lo importante es que la mesa quede como nueva.

Sacó la cuarta pata de debajo del sofá, se cargó la mesa a la espalda y, dirigiéndose hacia la puerta, se despidió.

Cuando llegó a la carpintería, su padre, examinando la mesa, dijo malhumorado:

—Confieso que hubiera preferido que nuestro primer trabajo viniera de un lugar más limpio.

Rifaa respondió con ingenuidad:

—No hay nada sucio en ella, padre. Lo que sí parece es que está muy sola.

—No hay nada más peligroso que una mujer sola.

—Quizá necesite buenos consejos. Safií dijo con desprecio:

—Somos carpinteros, no consejeros. ¡Tráeme la cola!

Por la tarde, Safií y Rifaa fueron al café de Gábal. El narrador Gauad estaba sentado con las piernas cruzadas en su lugar habitual, tomando café. Saldam, el dueño del café, se acomodaba cerca de la puerta, mientras que Jonfos ocupaba un lugar destacado, rodeado de admiradores. Safií y su hijo se acercaron al jefe para presentarle sus humildes respetos y luego tomaron asiento cerca de Saldam. Safií pidió un narguile y para su hijo, una infusión de canela. El ambiente del café empezaba a cargarse: una nube de humo gravitaba en el techo, y el aire estancado se llenaba de olores de tabaco, menta y clavo. Los rostros de hirsutos bigotes parecían demacrados y adormecidos, el ruido constante de toses y carraspeos se mezclaba con bromas escandalosas y risas estridentes, y desde el centro del barrio llegaba la canción de unos muchachos: «Oíd, hijos de nuestro barrio. Oíd y decid: / ¿Cristianos o judíos sois? / ¿Qué es lo que coméis? Dátiles comemos. / ¿Qué es lo que bebéis? Sí, café bebemos».

Junto a la puerta acechaba un gato. De pronto, se metió debajo de un asiento, se oyó el ruido de pelea y salió corriendo con un ratón entre los dientes. Rifaa, asqueado, soltó la taza de canela sobre la mesa, levantó la vista y vio escupir a Jonfos y luego gritarle a Gauad:

—¿Cuándo vas a empezar, viejo zorro?

Gauad sonrió, asintiendo con la cabeza; después tomó el rabel y tocó unas notas introductorias. A continuación, saludando a Ihab, el administrador, luego a Bayumi, el jefe del barrio, y tras él a Jonfos, el sucesor de Gábal, empezó a recitar: «Adham, sentado en su despacho, recibía a los nuevos arrendatarios, miraba el libro de cuentas y cuando el



último en llegar dijo su nombre: “Idrís Gabalauí”, asustado, alzó Adham la cabeza y vio a su hermano...».

El narrador siguió desgranando la historia ante al atento auditorio. Rifaa era todo oídos. El recitador sabía su oficio, y las historias eran magníficas. ¡Cuántas veces le había dicho su madre: «Nuestro barrio es el barrio de las historias»! ¡Y qué bonitas eran! Tal vez le harían olvidar los juegos del Zoco de Muqattam y sus paseos solitarios, aliviando su corazón, consumido por una nostalgia tan misteriosa como la Casa Grande, encerrada en sí misma, sin más signos de vida que las copas de las moreras, los sicómoros y las palmeras. ¿Qué prueba había de que Gabalauí vivía, salvo aquellos árboles y aquellas historias? ¿Qué prueba había de que él mismo fuera su descendiente, sino la semejanza que el poeta Gauad había sentido con sus manos? Caía la noche y Safií fumaba su tercer narguile. En la calle los gritos de vendedores y de chiquillos habían cesado, y sólo se oía el tañido del rabel, el batir distante de un tambor y los gritos de una mujer a la que su marido golpeaba. En la historia, Idrís ya había provocado la expulsión de Adham al desierto, seguido por la llorosa Omayma... «Como mi madre, que tuvo que abandonar el barrio, llevándome en sus entrañas. ¡Malditos sean los tiranos y los gatos que dan muerte a los ratones entre sus dientes, las miradas de desprecio y las risas indiferentes! ¡Maldito el hombre que es capaz de recibir a quien regresa a casa diciéndole: “¡No podrás escapar de mí si yo me enfado!”. ¡Malditos los que siembran el miedo y son unos hipócritas!».

En este punto del relato, a Adham ya sólo le quedaba el desierto, y el poeta cantaba una de las canciones soeces de Idrís. Rifaa, inclinándose hacia su padre, le susurró al oído:

—Quiero ir a ver los otros cafés. Safií respondió, sorprendido:

—Pero ¡sí el nuestro es el mejor del barrio!

—¿Qué historias cuentan en los otros?

—Las mismas, pero suenan diferentes.

Saldam les oyó cuchichear y, acercándose a Rifaa, le advirtió:

—No hay gente más mentirosa que la de nuestro barrio, y los poetas son los peores. En el siguiente café oirás contar que Gábal dijo que era del

barrio. ¡Y por Dios que dijo que era hijo de Hamdán!

Safií replicó:

—Un narrador quiere agradar a su público a cualquier precio.

—O más bien quiere agradar al jefe —murmuró Saldam.

A medianoche, padre e hijo salieron del café. La oscuridad era tan densa que casi se podía palpar. Se oían voces masculinas que parecían salir de la nada. Una mano invisible sostenía un cigarrillo encendido, que se movía como una estrella errante. Safií preguntó a su hijo:

—¿Te ha gustado el relato?

—¡Sí! ¡Qué historias tan bellas! El padre dijo, riendo:

—A Gauad le has caído simpático. ¿De qué te habló mientras descansaba?

—Me invitó a que fuera a verle a su casa.

—¡Con qué facilidad haces amistades! En cambio, aprender parece que te cuesta más.

—Tengo la vida entera para aprender el oficio de carpintero, pero ahora lo que más me interesa es conocer los cafés.

A oscuras, regresaron al corredor y oyeron en la casa de Yasmina el alboroto de los borrachos y una voz que cantaba: «¿Quién te tejió ese gorro, amor? / Contigo está entretejido mi corazón. / Consuélame, por favor».

Rifaa dijo al oído de su padre:

—No está tan sola como yo creía. Su padre suspiró.

—¡Ay! ¡Cuánto tiempo has perdido andando solo por ahí! Mientras subían la escalera, despacio y con sigilo, Rifaa exclamó:

—Padre, pronto iré a ver al poeta Gauad.

RIFAA llamó a la puerta de Gauad, en la tercera casa del sector de Gábal. Del patio llegaban las violentas disputas de un grupo de mujeres que estaban cocinando y lavando. Miró hacia abajo, asomándose a la balaustrada que rodeaba el patio: dos mujeres se peleaban; una, detrás del fregadero, agitaba acaloradamente los brazos enjabonados, mientras la otra, a la entrada del corredor, arremangada, respondía a sus insultos en un lenguaje aún peor, y se contoneaba haciéndole burla. Las demás habían tomado partido por una de las dos y se peleaban a voces, atronando el espacio con groseros insultos e injurias. Rifaa, asombrado al ver y oír aquello, se volvió con disgusto hacia la puerta del poeta. «¡Las mujeres y hasta los gatos! ¡Y no digamos los jefes! ¡Garras en todas las manos, veneno en todas las lenguas, miedo y odio en todos los corazones! Sólo se respira aire puro en el desierto del Muqattam o en la Casa Grande, donde nuestro antepasado goza de paz y soledad». Se abrió la puerta y apareció el rostro del ciego. Rifaa le saludó y Gauad, sonriéndole, se hizo a un lado para que pasara.

—¡Bienvenido sea el hijo de mi amigo!

Al entrar, Rifaa se halló inmerso en el aroma del incienso, que le pareció un efluvio celestial. Siguió a Gauad hasta una pequeña habitación cuadrada, con voluminosos cojines a los lados y esterillas decoradas por todo el suelo. Los postigos cerrados de las ventanas dejaban pasar la débil luz del ocaso. El techo, alrededor de la lámpara, estaba decorado con

pájaros y palomas pintados. El poeta se sentó a la turca en un cojín, y Rifaa se acomodó junto a él. Gauad le dijo:

—Estábamos haciendo café.

Llamó a su mujer, que trajo la bandeja del café.

—Ven, Umm Bijatirha; éste es Rifaa, el hijo de Saín.

La mujer se sentó al otro lado de su marido y empezó a servir el café.

—¡Bienvenido, hijo mío!

Parecía tener unos sesenta y cinco años, era de constitución fuerte y recia, y tenía una mirada penetrante y el mentón tatuado. Señalando a su invitado, Gauad comentó:

—Umm Bijatirha sabe escuchar, se traga las historias. Es del tipo de personas que animan y gustan a los narradores; en general, la gente se adormece en seguida con el hachís.

Su mujer replicó bromeando:

—Para él son historias nuevas; los otros, en cambio, ya las conocen.

El recitador exclamó, enfadado:

—Uno de tus demonios habla por tus labios —y dirigiéndose a Rifaa—: Es exorcista.

Rifaa la miró con interés, cruzándose ambas miradas al ofrecerle la taza de café. ¡Cuánto le atraían en el Zoco de Muqattam los redobles del tambor del exorcista! Su corazón bailaba a su ritmo, y desde la calle intentaba ver por las ventanas las vaharadas de incienso y las contorsiones de las cabezas. El poeta le preguntó:

—¿Sabías algo de nuestro barrio cuando vivías fuera?

—Mi padre me habló alguna vez de él y mi madre también, pero mi corazón estaba allí y no me preocupaba el habiz ni sus problemas; sólo me sorprendía que hubiera causado tantas muertes cuando yo, como mi madre, lo único que deseábamos era vivir en paz y rodeados de amor.

Gauad advirtió, moviendo la cabeza con tristeza.

—¿Cómo se puede vivir en paz y con amor en medio de la pobreza y amenazados por la brutalidad de los jefes?

Rifaa no respondió, no porque no supiera qué contestar, sino porque sus ojos habían tropezado por primera vez con una extraña figura, arriba, a la

derecha de la habitación. Una pintura al óleo adornaba la pared, como en los cafés.

Representaba a un hombre gigantesco, junto al cual las casas del barrio parecían de juguete.

Rifaa preguntó:

—¿A quién representa la pintura? Umm Bijatirha respondió:

—Es Gabaloui.

—¿Le ha visto alguien alguna vez? Gauad contestó:

—¡No! Nadie de nuestra generación le ha visto nunca, ni siquiera Gábal pudo distinguirlo bien en la oscuridad del desierto, pero el pintor le ha representado como lo describen las historias.

Rifaa suspiró.

—¿Por qué habrá cerrado la casa a sus descendientes?

—Dicen que por la edad. ¿Quién puede saber lo que el tiempo ha hecho de él? ¡Dios mío! Si abriera la casa, nadie de nuestro barrio se quedaría en su sucio cuchitril.

—¿Y tú no podrías...? Umm Bijatirha le atajó:

—No pienses en él. Cuando la gente de nuestro barrio empieza a hablar de Gabaloui, acaba hablando de las tierras y luego suceden cosas terribles.

Movió la cabeza, desconcertado:

—¿Cómo podemos dejar de pensar en un antepasado como el nuestro?

—Deberíamos hacer como él, que no se acuerda de nosotros. Rifaa, mirando la pintura, dijo:

—Pero fue a ver a Gábal y habló con él.

—Sí, pero cuando Gábal murió, llegó Zónfol y ahora Jonfos, y estamos igual que antes.

Riendo, Gauad dijo a su mujer:

—El barrio necesita que expulsen sus demonios, como haces tú con los posesos.

Rifaa sonrió.

—Señora, los verdaderos demonios son esas mismas personas. ¡Tendrías que haber visto cómo recibió Jonfos a mi padre!

—Esa gente no es asunto mío; los demonios con los que trato me obedecen como las serpientes obedecían a Gábal. Tengo todo lo que les gusta: incienso de Sudán, amuletos de Etiopía y poderosos ensalmos.

Rifaa le preguntó, interesado:

—¿De dónde te viene el poder sobre los malos espíritus? Ella le miró, recelosa.

—Es mi trabajo, como la carpintería lo es el de tu padre. Me viene de Dios, del que procede toda sabiduría.

Rifaa acabó su café, e iba a decir algo cuando oyó que Safií le llamaba desde la calle:

—¡Rifaa, vago, ven aquí!

Rifaa abrió la ventana y, asomándose, buscó con la vista a su padre y le gritó:

—Media hora más, padre.

Safií se encogió de hombros, impotente, y regresó al taller. Al cerrar la ventana, Rifaa vio a Aisa en el mismo lugar que la viera por primera vez, observándole con interés. Le pareció que le sonreía o que le hablaba con los ojos. Vaciló un instante, pero luego cerró la ventana y volvió a su sitio. Gauad se reía:

—Tu padre quiere que seas carpintero. Y tú, ¿qué quieres? Rifaa se quedó pensativo un momento:

—Seré carpintero como mi padre, pero me gustan los relatos y los misterios de los espíritus. Háblame de ellos, Umm Bijatirha.

La mujer sonrió. Parecía dispuesta a revelarle alguno de sus secretos:

—Todo el mundo tiene un espíritu que le gobierna, pero no todos los espíritus son malos ni hay que expulsarlos.

—¿En qué se diferencian unos de otros?

—El comportamiento de la persona lo indica. Tú, por ejemplo, eres un buen muchacho y tu espíritu dominante merece respeto; no así los espíritus de Bayumi, de Jonfos ni de Batija.

Rifaa preguntó con inocencia:

—Y el espíritu de Yasmina, ¿habría que expulsarlo? —Umm Bijatirha respondió, riéndose:

—¿Tu vecina...? A los hombres de Gábal les gusta cómo es. Rifaa afirmó, decidido:

—Quiero saber de estas cosas. ¡Sé generosa y cuéntame! Gauad intervino:

—¿Cómo no ser generoso con alguien tan bueno como tú? —Umm Bijatirha concedió:

—Puedes venir a verme cuando tengas tiempo, siempre que tu padre no se enfade. Muchos se preguntarán qué relación hay entre un buen chico como tú y los espíritus malignos, pero debes saber que todos los males de los hombres provienen de ellos.

Mientras la escuchaba, Rifaa contemplaba la imagen de Gabalauí.

## 48

LA carpintería era su oficio y su futuro: no parecía quedarle otra salida. Aunque no le gustara, ¿qué otra cosa podía hacer? Siempre sería mejor que empujar por las calles un carro de mano o transportar sacos y cestas; en cuanto a otras posibilidades, como la de convertirse en un rufián o en un cacique..., ¡qué horror! Umm Bijatirha le había impresionado más que ninguna otra cosa, excepto, sin duda alguna, la pintura del antepasado en la sala de Gauad. Un día pidió a su padre que hiciera pintar otra igual en su casa o en la carpintería, pero él le contestó:

—Necesitamos el dinero. Además, es una fantasía, ¿y de qué sirven las fantasías?

El le objetó que le gustaría verla allí, y su padre, riendo, le advirtió con cierto reproche:

—¿No sería mejor que te ocuparas de tu trabajo? Yo no voy a vivir siempre, y debes estar preparado para el día en que tengas que mantener a tu madre, a tu mujer y a tus hijos.

Pero Rifaa sólo pensaba en lo que Umm Bijatirha decía o hacía. Su observación sobre los malos espíritus le parecía de suma importancia, y no se apartaba de su mente ni siquiera durante los ratos felices que pasaba en los 1 cafés del barrio, a los que acudía uno tras otro. Sin embargo, los relatos no le calaban tan hondo como algunas frases de Umm Bijatirha: «Cada persona tiene un espíritu que le gobierna, y según el espíritu, así es el hombre...». La mujer repetía frases como ésta. ¡Cuántas noches había pasado con ella, atento al ritmo del tambor del exorcismo, observando cómo



dominaba a los malos espíritus! Algunos endemoniados, consumidos por la debilidad, eran transportados hasta la casa; a otros los llevaban atados, tal era su agresividad. Se quemaba el incienso apropiado, porque cada situación requería un tipo concreto de incienso, y se tocaba el tambor al ritmo necesario, porque cada espíritu exigía un ritmo particular. Y entonces ocurrían cosas prodigiosas. «Sabemos —pensaba Rifaa— cómo tratar a los espíritus malignos, pero ¿qué hacer contra el administrador y sus esbirros? Esos seres malvados se ríen de los exorcismos, aunque quizá fueron creados para ellos. Matarles sería el único medio de librarse de ellos; en cambio, los malos espíritus ceden ante un rico sahumero y ante una grata melodía. ¿Cómo es posible que un perverso demonio se deje arrastrar por algo bueno? ¿Qué importante es lo que aprendemos de los exorcismos y de los espíritus!». Confesó a Umm Bijatirha que deseaba de todo corazón aprender sus secretos, y ella le preguntó si esperaba enriquecerse con ellos. Rifaa respondió que no le preocupaba el dinero, y que su deseo consistía en limpiar el barrio. Riendo, la mujer le advirtió que era el primer hombre al que le interesaba aquel trabajo. ¿A qué se debería? Rifaa contestó con convicción: «Para mí, lo más importante de tu trabajo es que vences al mal con el bien». Su corazón rebosaba de contento cuando ella empezó a desvelarle sus secretos. Para paladear su alegría, se subía a la azotea de su casa en la hora gozosa del alba y contemplaba la luz del amanecer; pero la Casa Gran\* de distraía su atención de las estrellas, de la calma y del canto de los gallos e, impelido a mirar largamente la mansión dormida entre los árboles, se preguntaba: «¿Dónde estás, Gabaloui? ¿Por qué no te dejas ver, aunque sea sólo un momento? ¿Por qué no sales, tan siquiera una vez? ¿Por qué no hablas | aunque sea una palabra? ¿No sabes que una palabra tuya transformaría nuestro barrio? ¿O es que te complace lo que sucede en él? ¿Qué bellos árboles rodean tu casa! Me gustan porque te gustan a ti. Míralos para que yo pueda encontrar en ellos impresa tu mirada».

Cuando hablaba con su padre de sus experimentos, éste le reprendía:

—¿Y qué pasa con tu trabajo, vago? Los jóvenes de tu edad se arrastran por las calles para ganarse la vida o hacen temblar al barrio con sus garrotes.

Un día que la familia conversaba después de la comida, Abda, sonriendo, dijo a su esposo:

—Díselo, Safií.

Rifaa miró a su padre, esperando que hablara, pero Safií se dirigió a su mujer:

—Empieza tú.

Abda, mirando a su hijo, orgullosa, le contó:

—Rifaa, tenemos buenas noticias: la señora Zakia, la mujer de nuestro jefe Jonfos, ha venido a verme. Naturalmente, le devolví la visita; me recibió muy bien y me presentó a su hija Aisa, una muchacha tan hermosa como la luna. Luego ha vuelto a verme otra vez, acompañada de Aisa.

Mientras se llevaba la taza de café a los labios, Safií miraba de reojo a su hijo para ver el efecto que le producía la noticia. Luego, moviendo la cabeza ante la difícil tarea que le aguardaba, dijo con solemnidad:

—Es un honor que ninguna otra familia del sector de Cabal ha disfrutado. ¡Imagínate, la mujer y la hija de Jonfos en nuestra casa!

Rifaa miró a su madre, confuso. Ella añadió, entusiasmada:

—¡Tienen una casa preciosa, con unos asientos comodísimos, alfombras estupendas e incluso cortinas en las puertas y las ventanas...! Rifaa comentó, irritado:

—¡Todo ese lujo procede de las riquezas robadas a las gentes de Cabal! Safií replicó, conteniendo una sonrisa:

—Quedamos en que no íbamos a hablar de eso. Abda intervino, con ansiedad:

—Sólo hay que recordar que Jonfos es el que manda en la gente de Cabal y que la amistad de su familia es un don divino. Rifaa exclamó:

—Entonces, ¡enhorabuena por esa amistad!

El padre y la madre intercambiaron miradas de entendimiento y ella siguió:

—El que haya venido Aisa con su madre significa algo...

Rifaa, inquieto, preguntó:

—¿Qué significa, madre?

Safií se rió, haciendo un gesto de desánimo con la mano, y comentó a Abda:

—Deberíamos haberle contado cómo se arregló nuestro matrimonio.

Rifaa gritó, angustiado:

—¡No! ¡Oh no, padre!

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa? ¡Pareces una chica!

Abda trató de animarle con promesas:

—De ti depende que podamos disfrutar de los habices de la gente de Gábal. Te acogerán bien, incluso Jonfos, porque si no su mujer no habría llegado tan lejos. Serás tan importante que te envidiará todo el barrio, de un extremo a otro.

Su padre añadió riendo:

—Y, ¿quién sabe?, puede que un día te veamos de administrador del habiz de Gábal, o que seas tú quien vea en el cargo a uno de tus hijos.

—¿Cómo puedes decir eso, padre? ¿Has olvidado por qué te marchaste del barrio hace veinte años? Safií parpadeó, aturdido.

—Ahora vivimos como los demás y no podemos desaprovechar una oportunidad así.

Rifaa murmuró como si hablara consigo mismo:

—¡No puedo convertirme en el yerno de un demonio cuando mi único afán es expulsar a los demonios de la Tierra! Safií gritó irritado:

—¡Nunca he pretendido que fueras más que un carpintero, pero ahora la fortuna te depara la posibilidad de convertirte en alguien importante en nuestro barrio, y lo único que te interesa es ser exorcista! ¡Qué vergüenza! ¿Qué mal de ojo ha caído sobre ti? Deja de bromear y dínos que te casarás con la hija de Jonfos.

—No pienso casarme con ella, padre. Safií, ignorando su respuesta, afirmó:

—Iré a ver a Jonfos para concertar la boda. Rifaa gritó acaloradamente:

—¡No, padre!

—¿Qué te pasa? —preguntó el padre, enfadado. Abda suplicó a su marido:

—No te enfades con él; ya sabes cómo es.

—¡Desgraciadamente sí lo sé! Todo el barrio nos afrentará por el miedo que tiene.

—No seas duro con él, lo va a pensar mejor...

—Los jóvenes de su edad ya son padres y la gente les respeta. — Mirándole furibundo continuó—: ¿Por qué te pones pálido? ¡Eres hijo y nieto de hombres!

Rifaa suspiró. Estaba a punto de llorar. Pensó: «La ira rompe los vínculos de la paternidad, y un hogar hostil a veces resulta una dolorosa prisión. Lo que buscas no está en este lugar ni entre esta gente». Atajó con brusquedad:

—No me atormentes, padre.

—Eres tú quien me atormenta a mí, como lo has hecho siempre desde que naciste.

Rifaa inclinó la cabeza, ocultando el rostro a sus padres. Safií bajó la voz, y tranquilizándose lo más posible, le preguntó:

—¿Tienes miedo al matrimonio? ¿No quieres casarte? Explícame qué te pasa. ¿O debo ir a preguntárselo a Umm Bijatirha, que quizá sepa cosas sobre ti que nosotros ignoramos?

Rifaa gritó con determinación:

—¡No!

Y levantándose bruscamente, salió de la habitación.

## 49

CUANDO Safií bajó a abrir la carpintería, no encontró allí a Rifaa como esperaba. Sin embargo, no le buscó, pensando: «¡Lo más prudente es que haga como si no me preocupara por su ausencia!». La jornada transcurría lentamente, la luz del sol iba desapareciendo poco a poco del barrio y el serrín se acumulaba a los pies de Safií, pero Rifaa seguía sin aparecer. Llegó la noche y Safií cerró el taller, muy preocupado y disgustado. Como de costumbre, se dirigió al café de Saldam, ocupando su sitio habitual, pero al ver entrar solo al poeta Gauad, no pudo aguantar más y le preguntó:

—¿Dónde está Rifaa?

Gauad respondió, mientras llegaba a tientas a su asiento:

—No le he visto desde ayer. Safií añadió con ansiedad:

—Yo no le he visto desde que se fue después de comer. Gauad, con un gesto interrogante en sus cejas blanquecinas, se sentó a la turca en su lugar habitual y puso el rabel a su lado.

—¿Ha habido algún problema entre vosotros?

Safií no respondió y, levantándose de repente, abandonó el café. Saldam, sorprendido por lo angustiado que estaba Safií, comentó con desprecio:

—No se ha visto en nuestro barrio tanta blandura desde que Idrís levantó su cabaña en el desierto. Cuando era joven, desaparecía del barrio durante varios días y nadie preguntaba por mí. Al volver, mi padre, ¡Dios le tenga en su gloria!, me gritaba: «¿Por qué vuelves, hijo de puta?».

Jonfos comentó desde el lugar de honor:

—No estaba seguro de que fueras su hijo.

Grandes carcajadas resonaron en el local y muchos felicitaron a Jonfos por su ocurrencia. Safií volvió a su casa para preguntar a Abda si Rifaa había vuelto. Abrumada de ansiedad, le dijo que suponía que estaba, como siempre, en la carpintería. Se preocupó aún más cuando se enteró de que tampoco había ido a casa de Gauad. Angustiada, inquirió:

—¿Adonde puede haber ido, entonces?

Al oír a Yasmina llamar a un vendedor de higos, Abda miró a Safií con un gesto interrogante en la mirada. El movió la cabeza con disgusto y soltó una risita despectiva. La mujer observó:

—Las muchachas como ella saben dar consuelo.

Movido por la desesperación, Safií fue a ver a Yasmina. Llamó a la puerta y le abrió la propia Yasmina. Al verle, echó atrás la cabeza en un movimiento de sorpresa y triunfo, exclamando:

—¿Tú? ¡El que parece bueno luego resulta artero!

Desvió la vista de su ligera blusa, preguntándole con brusquedad:

—¿Está Rifaa contigo?

Ella se sorprendió aún más.

—¡Rifaa! ¿Por qué?

Safií se sintió muy incómodo y ella, señalándole hacia el interior, le dijo:

—¡Búscalos tú mismo!

Pero él se dio media vuelta para marcharse, mientras ella apostillaba con desdén:

—¿Es que ya se ha hecho mayor?

Cuando se alejaba oyó que decía a alguien que estaba dentro:

—La gente se preocupa ahora más por un hijo que por una hija. Cuando Safií volvió, encontró a Abda esperándole en el corredor:

—Vamos a ir al Zoco de Muqattam —le dijo. Él gritó, furioso:

—¡Maldita sea! ¿Esta es la recompensa de un día de duro trabajo?

Fueron al Zoco de Muqattam en un carro y preguntaron por Rifaa a sus antiguos vecinos y conocidos, pero nadie sabía nada de él. Antes se había marchado algunas tardes, durante varias horas, a lugares alejados o a la

montaña, pero nadie podía imaginar que se hubiera quedado en el desierto hasta tan tarde. Sus padres regresaron al barrio como se habían ido, pero más preocupados todavía. Todo el mundo hablaba de la desaparición de Rifaa, más aún transcurridos varios días. Se gastaban bromas en el café, en casa de Yasmina y por todo el sector de Gábal. La gente se reía de los temores de sus padres. Tal vez Umm Bijatirha y Gauad fueran los únicos que compartían su tristeza. Gauad comentaba: «¿Dónde se habrá ido ese chico? Él no es como los demás; si lo fuera, no nos preocuparíamos». Una vez que Batija estaba borracho, gritó, como si pregonara a un niño extraviado: «¡Atención, buenas gentes, un muchacho se ha perdido!». Todos rieron al oírle y los chiquillos repetían la gracia a coro. De tanta pena, Abda enfermó y Safií, aunque seguía trabajando en la carpintería, tenía la mente perdida y los ojos ardientes de no dormir. Zakia, la mujer de Jonfos, dejó de visitar a Abda y no volvió a saludarla por la calle. Un día en que Safií estaba serrando una tabla, Yasmina, que volvía de pasear, le gritó:

—¡Safií...! ¡Mira!

Vio que señalaba hacia el final del barrio, hacia el desierto. Salió de la carpintería sierra en mano, para ver qué pasaba y vio a su hijo Rifaa, que volvía a casa cabizbajo. Safií tiró la sierra al suelo y corrió hacia su hijo. Confuso, se le quedó mirando y en seguida le abrazó, exclamando:

—¡Rifaa! ¿Dónde has estado? ¡No sabes cuánto hemos sufrido por tu ausencia! ¡Tu pobre madre está casi muriendo de ansiedad!

El joven no dijo nada. Su padre, al ver lo delgado que estaba, le preguntó:

—¿Has estado enfermo? Él contestó, aturdido:

—¡No! ¡Déjame ir a ver a madre!

Yasmina se les acercó, preguntando a Rifaa con curiosidad:

—Pero ¿dónde has estado?

Él no la miró. Los chiquillos se iban congregando a su alrededor y su padre le llevó a casa. En seguida se les unieron Gauad y Umm Bijatirha. Cuando su madre le vio, saltó de la cama y le abrazó, diciendo con un hilo de voz:

—¡Dios te perdone! ¿Cómo te importa tan poco tu madre? Cogiéndola de la mano, la sentó en la cama y se acomodó junto a ella.

—Lo siento.

A pesar de su alegría, el rostro de su padre permanecía adusto, como una nube negra ensombrecida por la luna. Se justificó, algo receloso:

—Sólo queríamos que fueras feliz.

Los ojos de Abda se llenaron de lágrimas.

—¿Creías que te íbamos a obligar a casarte? Rifaa dijo con tristeza:

—Estoy cansado. Alguien preguntó:

—¿Dónde has estado? Suspirando, explicó:

—No podía soportar más y me fui al desierto. Tenía necesidad de estar solo. Dejaba el desierto para comprar comida, nada más. Su padre, dándole una palmada en la frente, le reconvino:

—La gente sensata no hace estas cosas. Umm Bijatirha intercedió:

—¡Déjale! Yo tengo experiencia en estos casos, y a una persona como él no conviene obligarle a hacer lo que no quiere. Abda, que estrechaba su mano, comentó:

—¡Su felicidad era nuestra esperanza, pero el destino manda! ¡Qué delgado estás, hijo mío!

Safií preguntó, furioso:

—¡Que me digan cuándo ha ocurrido algo así en nuestro barrio! Umm Bijatirha le reprendió:

—¡A mí lo que ha hecho no me parece nada raro! ¡Safií, créeme, es un chico especial, y nada más!

Safií murmuró con tristeza:

—Nos hemos convertido en la comidilla del barrio. Umm Bijatirha objetó, indignada:

—No hay otro joven mejor en todo el barrio. Safií continuaba sus lamentaciones:

—¡Qué tristeza!

Umm Bijatirha le chilló:

—¡Por el amor de Dios, hombre, no sabes lo que dices ni entiendes lo que se te dice!



## 50

LA carpintería empezaba a tener éxito. Safií, de pie en el extremo de una mesa, serraba una madera, mientras en el otro, Rifaa clavaba unos clavos; bajo la mesa, estaba el bote de cola, medio enterrado entre un montón de serrín. Marcos de ventanas y puertas, apoyados en las paredes, esperaban su turno; en medio, había una pila de cajas recién hechas, listas para ser barnizadas, a juzgar por su claro y pulido acabado. El ambiente estaba impregnado de olor a madera y se oían los ruidos característicos, como serrar, martillar y alisar, y el borboteo del narguile que fumaban cuatro clientes mientras charlaban, sentados junto a la puerta. Higazi hablaba con Safií:

—Demuéstrame tu habilidad con este sofá y, si Dios quiere, el próximo encargo será el ajuar de mi hija. —Y dirigiéndose a sus amigos—: Os repito que si Gábal regresara y viera cómo vivimos, se volvería loco.

Asintieron con la cabeza apesadumbrados y siguieron fumando. Barhum, el sepulturero, preguntó a Safií con una sonrisa:

—¿Por qué no quieres hacerme un ataúd? Todo da dinero, ¿no? Safií, dejando de serrar, contestó riendo a carcajadas:

—¡No lo haría por nada del mundo! Un ataúd en mi carpintería ahuyentaría, a los clientes. Farhat comentó:

—¡Seguro! ¡Maldita muerte y todo lo que tenga que ver con ella! Higazi habló de nuevo:

—Hacéis mal en temer a la muerte más de la cuenta. Por eso Jonfos tiene tanto poder sobre vosotros, por eso manda Bayumi y por eso Ihab os

arrebatara vuestras ganancias.

—¿Es que tú no temes a la muerte como nosotros? Escupió.

—Todos somos culpables. Gábal era fuerte, y por la fuerza consolidó los derechos que ahora hemos perdido por cobardes.

Rifaa dejó de dar martillazos y se sacó los clavos de la boca para puntualizar:

—Gábal quería recuperar nuestros derechos con métodos pacíficos y sólo utilizó la violencia para defenderse. Higazi, riendo burlón, preguntó:

—Dime, hijo mío, ¿puedes golpear un clavo sin violencia?

—Los hombres no son como la madera —replicó Rifaa con toda seriedad. Su padre se le quedó mirando y luego siguió con su trabajo. Higazi añadió:

—Lo cierto es que Gábal era un verdadero jefe, uno de los más poderosos que se han conocido en el barrio, y animaba a su gente a ser como él.

Farhat asintió, diciendo:

—Quería que fueran jefes de todo el barrio, no sólo del sector de Gábal.

—Y ahora no somos más que ratas y conejos.

Safí preguntó, secándose la nariz con el dorso de la mano:

—¿Qué colores prefieres, Higazi?

—Elige tú uno que dé buen resultado y tarde en ensuciarse. —Y siguió con su tema—: Cuando Daabas le sacó un ojo a Kaabelha, Gábal le sacó otro a Daabas y con la violencia restableció la justicia...

Rifaa suspiró profundamente.

—La violencia no nos lleva a ninguna parte. A cualquier hora del día o de la noche, vemos que las gentes se pelean, que se hieren unas a otras o se matan; incluso las mujeres se arañan hasta hacerse sangre. ¿Dónde está la justicia? ¡Qué terrible es todo esto!

Callaron todos y, al cabo, Ranura intervino por primera vez:

—Rifaa desprecia nuestro barrio. Es demasiado delicado y tú tienes la culpa, Safí.

—¿Yo?

—¡Sí, está muy mimado!

Higazi se volvió hacia Rifaa, riendo:

—Lo mejor que podrías hacer es buscarte esposa.

Carcajada general. Safií frunció el ceño. Rifaa se sonrojó e Higazi apostilló:

—Violencia..., violencia... Sin ella la justicia no prevalece. Rifaa afirmó con énfasis, a pesar de la mirada de su padre:

—Lo que se necesita en nuestro barrio es paz. Barhum, el sepulturero, se rió.

—¿Quieres arruinarme?

De nuevo estallaron todos en carcajadas, seguidas de accesos de tos. Higazi, con los ojos inyectados en sangre, puntualizó:

—En aquellos tiempos, Gábal fue a pedir justicia y paz a Effendi, y éste le envió a Zoqlot y a sus hombres, y de no ser por sus garrotazos, y no, desde luego, por su bondad, Gábal y su gente hubieran perecido. Safií gritó, poniéndoles en guardia:

—¡Eh, locos, que las paredes oyen y, si os escuchan, nadie os echará una mano!

Hanura aseveró:

—Safií tiene razón. Sois unos inútiles adictos al hachís, y si Jonfos pasara ahora por aquí, caeríais arrodillados a sus pies. Después, volviéndose hacia Rifaa:

—No te metas con nosotros, hijo mío; a los fumadores de hachís no se les puede pedir cuentas de nada. ¿Nunca has probado el hachís, Rifaa? Safií comentó, riéndose:

—No le gustan las sesiones de hachís. Si fuma más de dos bocanadas, se ahoga o se queda dormido. Farhat exclamó:

—¡Qué buen chico! Algunos creen que es exorcista porque frecuenta a Umm Bijatirha, y otros piensan que es recitador, porque le gustan las historias.

Higazi se río.

—Y odia las sesiones de hachís y el matrimonio.

Barhum llamó al mozo del café para que recogiera el narguile, y luego se levantaron y se despidieron, dando por terminada la reunión. Safií dejó la

sierra y, mirando airadamente a su hijo, le reprendió:

—No te metas en las conversaciones de estas gentes.

Unos chicos se pusieron a jugar delante del taller. Rifaa, rodeando la mesa, cogió la mano a su padre y le llevó hasta un rincón donde nadie les podía oír. Parecía muy preocupado, pero mantenía apretados los labios y tenía un brillo extraño en la mirada. Safií le interrogaba con los ojos por el significado de todo aquello. Súbitamente, Rifaa exclamó:

—¡No puedo callar por más tiempo!

Su padre estaba furioso. ¡Cuántos disgustos le daba ese hijo tan querido, malgastando su precioso tiempo en casa de Umm Bijatirha y pasando tantas horas solo en la roca de Hind! En el taller, en cambio, no estaba una sola hora sin causar algún problema con lo que decía.

—¿Estás cansado?

Después de un momento de angustia, Rifaa le respondió con una extraña calma:

—No debo ocultarte lo que me ha pasado.

—¿Qué ha sido? Acercándosele más, explicó:

—Ayer, al salir de la casa de Gauad, hacia la medianoche, sentí deseos de escapar y me fui al desierto. Caminé en la oscuridad hasta agotarme, busqué luego un lugar al pie de los muros de la Casa Grande desde donde pudiera ver el desierto y allí me senté, apoyado en la pared.

La expresión de Safií, llena de interés, le instaba a continuar.

—Oí en la oscuridad una extraña voz de alguien que parecía estar hablando solo y, de pronto, tuve la maravillosa sensación de que era nuestro antepasado Gabalauí el que hablaba.

Safií miró atónito a su hijo y exclamó asombrado:

—¡La voz de Gabalauí! ¿Cómo pudiste imaginar eso? Rifaa contestó, acalorado:

—No fue imaginación, padre; te lo explicaré. Al oír la voz me levanté inmediatamente y, volviéndome, retrocedí unos pasos para poder ver la casa, pero sólo distinguí la oscuridad.

—¡Gracias a Dios!

—¡Ten paciencia, padre! Oí que la voz decía: «Gábal cumplió su misión e hizo lo que se esperaba de él, pero las cosas están ahora peor, incluso, que antes».

Safií sentía que el pecho le ardía y que el sudor le corría por la frente. Observó con voz entrecortada:

—Muchos se han sentado allí, al pie de esos muros, y nunca han oído nada.

—Yo sí lo he oído, padre.

—¡Quizá era alguien que hablaba dormido! Lo negó enérgicamente con la cabeza.

—No; la voz venía de la casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Grité: «¡Abuelo, Gábal murió y otros han ocupado su lugar; extiende tu mano y ayúdanos!».

Safií exclamó, inquieto:

—¡Ojalá no te haya oído nadie!

Los ojos de Rifaa brillaban al contestar:

—Mi antepasado me oyó, y de nuevo escuché su voz, que respondía: «No está bien que un joven pida a un anciano que actúe; quien debe actuar es su descendiente amado». Yo le pregunté: «Y yo, tan débil, ¿qué puedo hacer contra esos tiranos?». Y él respondió: «Sólo es débil el tonto que no conoce su fuerza interior, y a mí no me gustan los necios».

Safií estaba asustado:

—¿Piensas de verdad que Gabalauí habló contigo y te dijo eso?

—¡Sí, te lo juro! Safií sufría:

—Tu imaginación puede llevarnos al desastre.

—Créeme, padre; es verdad lo que te digo. El hombre respondió, afligido:

—Déjame, por lo menos, la esperanza de la duda. Rifaa, con el rostro radiante, afirmó:

—Ahora ya sé lo que se espera de mí.

Dándose una palmada en la frente, Safií preguntó:

—Pero ¿se espera algo de ti?

—¡Sí! Soy débil, pero no tonto. El descendiente amado es quien tiene que actuar...

Safií gritó acongojado:

—Lo que hagas estará mal visto. Te matarán y nos arrastrarás contigo a la perdición.

Rifaa sonrió.

—Sólo matan a aquellos que ambicionan los bienes habices.

—Pero ¿es que tú deseas otra cosa? Rifaa contestó, seguro de sí mismo:

—Adham deseaba una vida plena y honesta, como Gábal, que sólo reclamó los bienes habices como un medio de lograrla. Nosotros creemos que nadie puede conseguirla si no se distribuyen esos bienes con justicia y si cada uno no recibe y usufructúa lo que le corresponde para librarse así del sufrimiento y vivir esa vida plena y honesta; pero, en realidad, ese patrimonio no tiene importancia. Se puede lograr una vida así sin él; cualquiera que lo intente puede conseguirlo. Podemos ser ricos ahora.

Safií suspiró, algo aliviado.

—¿Eso es lo que te dijo nuestro antepasado?

—Me dijo que le molestaba la estupidez, y que el tonto es el que no conoce el secreto de su fuerza interior. Jamás lucharía por los bienes habices; esos bienes no significan nada, padre. En cambio, la felicidad de una vida plena lo es Podo, y sólo los demonios de nuestra alma se interponen entre nosotros y esa felicidad. No es un juego mi afición por los espíritus malignos; quiero saber lo más posible sobre ellos. Quizá la voluntad de Dios me ha empujado a interesarme por ellos.

Safií se sentía más tranquilo, pero la angustia le había dejado sin fuerzas. Recostándose sobre la sierra, estiró las piernas y apoyó la espalda en el marco de una ventana por arreglar. Luego, preguntó a su hijo en tono sarcástico:

—¿Y cómo es que no hemos alcanzado esa vida plena, teniendo a Umm Bijatirha entre nosotros desde antes de que tú nacieras? Rifaa le contestó taxativamente:

—Porque a ella sólo le interesan los clientes ricos y no se preocupa de los pobres.

Safí, recorriendo con la vista el taller, comentó dubitativo:

—Mira qué de encargos vamos teniendo; el día de mañana, ¿qué conseguirás tú?

Rifaa, jubiloso, anunció:

—Lo mejor, padre; curar a los enfermos no puede molestar más que a los demonios.

Al reflejarse los rayos del sol poniente en el espejo de un armario próximo a la puerta, la carpintería se inundó de luz.

## 51

TODO era ansiedad esa noche en la casa de Safií. La historia había llegado muy recortada a Abda y sólo sabía que Rifaa, tras oír la voz de su antepasado, había decidido visitar a los pobres para expulsar de ellos los malos espíritus. La mujer, sumamente preocupada, no paraba de imaginar las posibles consecuencias de la decisión de su hijo. Rifaa había salido. De un extremo del barrio, bastante alejado del sector de Gábal, llegaba el bullicio de un banquete de bodas, con sus tambores, sus flautas y sus albórbolas. Abda, que intentaba hacer frente a la realidad, dijo con tristeza:

—Rifaa no miente.

Safií precisó, exasperado:

—Pero la imaginación puede jugarle una mala pasada. A todos nos ocurre.

—¿Qué crees que oyó?

—¿Cómo puedo saberlo?

—A lo mejor, nuestro antepasado sigue vivo.

—¡Dios nos proteja si todo esto se difunde! La mujer repuso, esperanzada:

—Mantengámoslo en secreto y agradezcamos a Dios que Rifaa se preocupe por la gente y no por los habices. Si no hace daño a nadie, nadie se lo hará a él. | Safií contestó, desanimado:

—¡A cuánta gente se hace daño en nuestro barrio sin que ellos hagan daño a nadie!



La música de la boda quedó apagada por un tremendo alboroto en el corredor. Safií y Abda se asomaron a la ventana y vieron que estaba lleno de hombres. A la luz de la lámpara que llevaba uno de ellos, pudieron distinguir a Higazi, Barhum, Farhat, Hanura y alguno más; todos hablaban o gritaban J al mismo tiempo en medio de una confusión general. Alguien exclamó: «El honor de la gente de Gábal está en entredicho; ¡no permitamos que nadie lo manche!». Temblando, Abda susurró al oído de su marido:

—¡Se ha descubierto el secreto de nuestro hijo! Con un gemido, Safií se apartó de la ventana.

—Mi corazón no me ha engañado nunca.

Sin preocuparse del peligro, Safií salió corriendo de la casa, seguido por su mujer y, abriéndose paso entre el gentío, llamó a voces:

—¡Rifaa! ¿Dónde estás, Rifaa?

No veía a su hijo en la zona iluminada por la lámpara, ni le oía, pero Higazi se le acercó y, alzando la voz por encima del tumulto, le preguntó:

—¿Se ha vuelto a perder tu hijo?

Farhat le gritó:

—¡Ven a oír lo que dice la gente y a ver cómo juegan los de siempre con el honor del clan de Gábal!

Abda exclamó, entristecida:

—¡Por el amor de Dios, el que cede es virtuoso!

Voces enfurecidas destacaban por encima de las demás: «¡Esta mujer está loca!». Otros gritaban: «¡No sabe lo que es el honor!». Safií, aterrorizado, preguntó a Higazi en tono suplicante:

—¿Dónde está mi hijo?

Higazi, abriéndose camino a empujones hasta la puerta, chilló lo más fuerte que pudo:

—¡Rifaa, hijo, ven a hablar con Safií!

Safií estaba confuso. Creía que a su hijo le tenían atrapado en un rincón del corredor, cuando de repente le vio aparecer en la zona iluminada. Le agarró por el brazo y le hizo retroceder hasta donde estaba Abda. En seguida apareció Saldam con una lámpara de mano, seguido de Jonfos, que

parecía furioso. Todas las miradas estaban fijas en el jefe en medio de un gran silencio. Jonfos preguntó con voz seca:

—¿Qué pasa aquí?

Varias voces respondieron a la vez:

—¡Yasmina ha manchado nuestro honor! Jonfos ordenó:

—¡Que hable un testigo!

Zaituna, un carretero, se adelantó y, poniéndose delante de Jonfos, explicó:

—Hace un rato la vi salir por la puerta trasera de la casa de Bayumi, la seguí hasta aquí y le pregunté a qué había ido a casa del jefe. Me di cuenta de que estaba borracha. El aliento le olía a vino y apestaba todo el corredor. Echando a correr, se encerró en su casa. Pensad: ¿qué puede haber estado haciendo una mujer borracha en casa del jefe?

Al oír esto, Safí y Abda se tranquilizaron, pero Jonfos se empezó a preocupar. Se dio cuenta de que su prestigio iba a ser sometido a una dura prueba: si castigaba con benevolencia a Yasmina, perdería el respeto de la gente de Gábal, y si dejaba de que la multitud enfurecida se las entendiera con ella, provocaría a Bayumi, el jefe de todo el barrio. ¿Qué podía hacer? Los hombres de Gábal seguían saliendo de sus casas, congregándose en el patio y en la calle delante de la casa de Nasr. La posición de Jonfos era cada vez más delicada. Las voces clamaban enfurecidas:

—¡Échala del sector de Gábal!

—¡Hay que azotarla antes de echarla!

—¡Mátala!

Se oyó un grito de Yasmina, que escuchaba en la oscuridad detrás de la ventana. Todos miraban atentamente a Jonfos. En esto, Rifaa preguntó a su padre:

—Padre, ¿no sería mejor que dirigieran su cólera contra Bayumi, que es el que la ha seducido?

A muchos les pareció mal la observación, entre ellos a Zaituna, que replicó:

—Ella fue a su casa por su propia voluntad. Otro hombre gritó:

—¡Si no tienes honor, es mejor que te calles!

Rifaa continuó, ante la mirada desaprobadora de su padre:

—Bayumi ha hecho lo mismo que hacéis vosotros. Zaituna gritó, enloquecido:

—¡Pero ella pertenece al clan de Gábal y no a otros!

—Este estúpido muchacho no tiene honor.

Safí le dio un puntapié para que se callara, mientras Barhum gritaba:

—¡Que hable Jonfos!

Jonfos estaba a punto de estallar de ira. Yasmina gritó pidiendo socorro. Cundió la cólera, las miradas convergieron en la casa de la joven y arreció la hostilidad contra ella. Yasmina gritaba de tal forma que a Rifaa se le desgarró el corazón y, no pudiendo soportarlo por más tiempo, se deshizo de la mano de su padre y se abrió paso hasta la casa de Yasmina, gritando suplicante:

—¡Tened compasión de una mujer indefensa y asustada! Zaituna le gritó:

—¡Eres una mujer!

Safí le llamaba con insistencia, pero él no hacía caso. Contestó a Zaituna:

—¡Dios te perdone! —Y, luego, a la muchedumbre—: ¡Tened compasión de ella y haced conmigo lo que queráis! ¿No se conmueven vuestros corazones con sus gritos de socorro?

Zaituna gritó de nuevo:

—¡No os preocupéis por este tonto desvergonzado! —Y dirigiéndose a Jonfos—: ¡Eres tú quien tiene la palabra, jefe! Rifaa preguntó:

—¿Os quedaréis satisfechos si me caso con ella?

Se oyeron al mismo tiempo gritos de ira y exclamaciones de burla. Zaituna respondió:

—Sólo queremos que sea castigada.

Rifaa insistió con valentía:

—El castigo es asunto mío.

—¡Nada de eso; es asunto de todos!

Jonfos vio en la propuesta de Rifaa una solución a su dilema. En el fondo de su corazón no le satisfacía, pero no se le ocurría nada mejor.

Frunció aún más el ceño para disimular su falta de agallas y manifestó:

—El muchacho se ha comprometido ante nosotros a casarse con ella; dejémosle que satisfaga su deseo.

Zaituna, ciego de indignación, gritó:

—¡Por cobardía se ha perdido el honor!

Y Jonfos, de un puñetazo, le rompió la nariz. Él retrocedió dando alaridos y sangrando abundantemente. Todos comprendieron que Jonfos encubriría su blanda actuación atemorizando a quien se le opusiera. Fue recorriendo con la mirada todos los rostros. La luz de la lámpara dejaba al descubierto el temor que sentían, y nadie dio muestras de apoyar al de la nariz rota. Por el contrario, Farhat reprochó a Zaituna: «Tu problema es que hablas demasiado». Barhum dijo a Jonfos: «Sin ti, no habríamos encontrado una solución». Y Hanura exclamó: «¡Caramba, cómo te pones cuando te enfadas, jefe!». La multitud empezó a dispersarse, y al final sólo quedaron Jonfos, Saldam, Safií, Abda y Rifaa. Safií se acercó a saludar a Jonfos y le tendió la mano, pero el otro, airado, se la golpeó. Quejándose, Safií se echó atrás. Su mujer y su hijo se le acercaron corriendo, mientras Jonfos se iba vociferando por el corredor, maldiciendo de los hombres y de las mujeres, de las gentes de Gábal e incluso del propio Gábal. El dolor hizo que Safií olvidara la crítica situación en que se encontraba su hijo. Tuvo que meter la mano en agua caliente, y Abda se puso a darle friegas.

—¿Te has dado cuenta de cómo ha puesto Zakia a su marido en contra nuestra? —observó ella.

—El cobarde olvida que nuestro estúpido hijo le ha salvado de ser apaleado por Bayumi —repuso Safií, dolorido.

## 52

Los padres de Rifaa habían puesto en él sus esperanzas, ¡y cómo se habían desvanecido ahora! Si se casaba con Yasmina, todo habría terminado para él. La familia ya era objeto de murmuraciones, y todavía no se había celebrado la boda. De tanto llorar a escondidas, Abda cayó enferma y Safií parecía tan sombrío como a él se le antojaba el mundo. Sin embargo ambos se esforzaban en disimular delante de Rifaa. Yasmina quizá había suavizado algo las cosas con su comportamiento después de lo ocurrido: acudió corriendo a casa de Safií y, llorando, se arrodilló ante él y su mujer; les expresó con todo su sentimiento la gratitud que llenaba su corazón, y solemnemente declaró que estaba arrepentida de su pasado. No era posible volverse atrás con respecto al matrimonio, porque Rifaa se había comprometido públicamente ante el clan de Gábal, y Safií y su mujer no tuvieron más remedio que rendirse a la evidencia y prepararse para los acontecimientos. Tenían dos deseos contrapuestos: el primero, celebrar la boda de Rifaa a la manera tradicional, con cortejo nupcial incluido; y el segundo, limitarse a una fiesta casera, para evitar las burlas de las gentes de Gábal, que no cesaban en sus críticas a aquel enlace. Abda, con una voz velada que expresaba bien su dolor, se lamentaba:

—¡He deseado tanto ver pasar por las calles el cortejo de Rifaa, mi único hijo...!

Safií observó airado:

—Nadie del clan de Gábal se sumaría al cortejo. Abda frunció el ceño:

—Sería mejor regresar al Zoco de Muqattam que quedarnos entre estas gentes que no nos quieren.

Rifaa estiró las piernas al lado de la ventana para que les diera el sol:

—No nos marcharemos de este barrio, madre. Safií exclamó:

—¡Ojalá nunca hubiéramos vuelto! —Y dirigiéndose a su hijo—: A ti te dio pena volver, ¿verdad? Rifaa sonrió.

—Hoy ya no es ayer. Si nos marchamos, ¿quién librará a la gente de Gábal de los malos espíritus? Safií exclamó, colérico:

—¡Que se queden con ellos para siempre! —Y tras una vacilación, prosiguió—: Traerás a nuestra casa...

—No traeré a nadie a casa; me iré yo a la suya —le interrumpió Rifaa. Su madre exclamó:

—¡Tu padre no quería decir eso!

—Pero eso es lo que quiero decir yo, madre. Mi nuevo hogar, no está lejos; podremos darnos la mano por la ventana todas las mañanas.

A pesar de su tristeza, Safií decidió celebrar la boda, aunque de forma modesta. Colgó adornos en el corredor y encima de las puertas y contrató a un cantante y a un cocinero. Invitó a todos sus amigos y conocidos, aunque los únicos que asistieron fueron Gauad, Umm Bijatirha, Higazi con su familia y algunos pobres que llegaron atraídos por la comida. Rifaa fue el primer joven que se casó sin cortejo nupcial. La familia cruzó el corredor hasta la casa de la novia. El músico cantaba con poco entusiasmo al ver el escaso número de los invitados. Durante la comida, Gauad, el poeta, elogió la nobleza y buenas prendas de Rifaa, asegurando que era un joven listo, prudente y sano, pero que vivía en un barrio donde imperaban los rufianes y los garrotazos. En aquel momento, se oyó a unos chiquillos que cantaban a coro delante de la casa: «¡Oh, Rifaa, rata piojosa! / ¿Quién te mandó hacer tal cosa?».

Acabaron entre gritos y alborozo. Rifaa miró al suelo y Safií palideció. Higazi, furioso, maldecía:

—¡Hijos de puta! Gauad comentó:

—¡Qué de basura hay en nuestro barrio, pero lo bueno nunca se olvida! ¡Cuántos jefes se creían importantes, y sólo recordamos a Adham y a

Gábal!

Pidieron al músico que cantara para acallar a los alborotadores. La velada continuó, más bien desanimada. Finalmente, se fueron todos dejando a Rifaa y a Yasmina solos en la casa. La muchacha, con su traje de novia, era un prodigio de belleza. Junto a ella estaba sentado Rifaa con una holgada galabeya de seda, un turbante de brocado y unos zapatos de lustrosa piel amarillenta. Ocupaban un sofá enfrente de una cama rosa. En el espejo del armario se veían, recogidas debajo de la cama, la palangana y la jarra. Era evidente que ella esperaba que él tomara la iniciativa o, al menos, diera los primeros pasos para lo que cabía esperar, pero Rifaa seguía mirando alternativamente la lámpara del techo y la coloreada alfombra del suelo. Como la espera se alargaba, Yasmina, para despejar el incómodo silencio, observó con dulzura:

—Nunca olvidaré lo bueno que has sido conmigo. Te debo la vida. La miró con afecto y contestó en un tono que indicaba su deseo de no volver a hablar más del tema:

—Todos debemos la vida a los demás.

¡Qué hombre tan bueno! La noche del escándalo no permitió que le besara las manos, y ahora no quería que le recordara su noble acción. Su bondad sólo era comparable con su paciencia. Pero ¿qué estaría pensando ahora? ¿Estaría agobiado porque su bondad le había obligado a casarse con una muchacha como ella?

—No soy tan mala como piensa la gente. Me amaban y me despreciaban por la misma razón. La tranquilizó:

—Lo sé; ¡hay tanta maldad en nuestro barrio! Replicó airada:

—Siempre están presumiendo de ser los descendientes de Adham y, al mismo tiempo, rivalizan por cometer el mayor pecado.

—Expulsar a los malos espíritus es fácil. Ya queda poco para alcanzar la felicidad —aseguró él, convencido.

Ella no entendió lo que quería decir, pero de repente se dio cuenta de lo ridículo de la situación y, riéndose, exclamó:

—¡Qué extraña conversación para una noche de bodas!

Y al hablar así echaba hacia atrás la cabeza con orgullo, olvidando aparentemente su gratitud. Se quitó el manto que le cubría los hombros y le miró seductora.

—Tú serás la primera persona de nuestro barrio que encuentre la felicidad —dijo él esperanzado.

—¡Seguro! Tengo un poco de vino...

—Ya he bebido algo en la cena; no quiero más.

Se quedó pensativa y desconcertada, pero en seguida reaccionó:

—Tengo buen hachís.

—Ya lo he probado y no lo aguanto. Se revolvió, furiosa:

—¡Tu padre es un verdadero adicto al hachís! Una vez le vi salir de una sesión en el café de Saldam y no sabía si era de noche o de día.

Rifaa sonrió, sin decir nada. Dándose por vencida, ella miró hacia otro lado y, en un arranque de ira, se levantó, se fue hacia la puerta y luego volvió, quedándose de pie debajo de la lámpara. Su ligero vestido dejaba traslucir la belleza de su cuerpo. Observó su apacible mirada y, no pudiendo más a causa de la desesperación, preguntó:

—¿Por qué me salvaste?

—No puedo soportar que alguien sufra. La furia de Yasmina crecía por momentos.

—¡¿Y por eso te casaste conmigo?! ¡¿Sólo por eso?!

—No te enfades otra vez —le suplicó Rifaa.

Se mordió el labio como si se arrepintiera y dijo con un hilo de voz:

—Creía que me amabas.

El contestó con sencillez y sinceridad:

—Y te amo, Yasmina.

Sus ojos se llenaron de asombro, y murmuró:

—¿De verdad?

—Sí; no hay nadie en nuestro barrio a quien no ame.

Le miró confusa, lamentándose:

—Ya entiendo; estarás conmigo unos meses y luego te divorciarás. Abriendo los ojos de par en par, exclamó:

—¡No tengas esas ideas tan anticuadas!



—¡Me desconciertas! ¿Qué puedes darme tú?

—La verdadera felicidad. Ella dijo con rencor:

—A veces la he sentido, incluso antes de haberte conocido.

—No hay felicidad sin honra. Ella rió a su pesar:

—Necesitaremos algo más que el honor para ser felices. Él observó con tristeza:

—Nadie de nuestro sector conoce la verdadera felicidad. Fue despacio hacia la cama y se sentó, indiferente, en el borde. El la miró con afecto:

—Eres como todos los de nuestro barrio: sólo piensas en la herencia perdida.

—¡Dios me ayude a descifrar tus adivinanzas! —exclamó Yasmina, indignada.

—Se aclararán solas cuando te liberes del espíritu maligno. Ella gritó, enfadada:

—¡Me gusto como soy!

—Eso es lo que dicen Jonfos y los otros —advirtió Rifaa, apenado.

—¿Vamos a seguir hablando hasta el amanecer? —preguntó Yasmina, incómoda.

—Acuéstate y que Dios te dé buenos sueños.

Se tumbó, indicándole con la mirada el sitio que había a su lado. El dijo:

—Ponte cómoda. Yo dormiré en el sofá.

Le entró un ataque de risa, pero en seguida le advirtió en tono sarcástico:

—Me temo que mañana vendrá tu madre a decirte que no hagas tantos excesos.

Quería burlarse de él, pero, al mirarle, no le vio avergonzado como esperaba, y encontró en cambio una mirada limpia y sosegada. Le aseguró:

—Me encantaría liberarte de tus malos espíritus.

—¡Deja los trabajos de mujeres a las mujeres! —gritó Yasmina, y se volvió hacia la pared, con el corazón ardiendo de cólera y amargura.

Rifaa, poniéndose de pie, fue hacia la lámpara, rebajó la mecha y, soplando, la apagó. De inmediato se hizo la oscuridad.

## 53

EN los días que siguieron a la boda, la vida de Rifaa se vio inmersa en una incesante actividad. Casi dejó de ir a la carpintería y, de no ser por la generosa ayuda de su padre, no habría tenido con qué vivir. Empezó a pedir a toda la gente de Gábal con la que se encontraba que tuviera confianza en él, que él les libraría de los malos espíritus y así gozarían de una felicidad como nunca habían soñado. La gente murmuraba que Rifaa, et hijo de Safií, se había vuelto, tonto y que estaba loco de remate. Algunos lo achacaban a la extraña conducta que se le conocía, mientras que otros lo atribuían a haberse casado con una mujer como Yasmina. Las habladurías corrían por los cafés y por las casas, por los carros de los vendedores ambulantes y por los fumaderos de hachís. Umm Bijatirha se sorprendió mucho cuando Rifaa le susurró al oído con su habitual suavidad:

—¡Déjame que te purifique! Golpeándose el pecho, le contestó:

—¿Cómo puedes creer que tengo un espíritu maligno? ¿Eso es lo que piensas de la mujer que te ha querido como a un hijo?

—Sólo ofrezco mis servicios a las personas que amo y respeto. Tú haces el bien y atraes las bendiciones, pero cierta codicia te lleva a comerciar con la gente enferma, y si te liberaras de tu espíritu dominante, harías el bien gratis.

—¿Quieres arruinarme? ¡Dios te ayude, Rifaa! —exclamó la mujer, que no pudo evitar soltar una carcajada.

Esta anécdota de Umm Bijatirha corrió de boca en boca, provocando la hilaridad general; incluso Safií se rió al escucharla, aunque su risa no era

alegre. Rifaa le advirtió:

—Tú también necesitas que te cure, padre; mi deber es empezar contigo. Safií movió la cabeza con tristeza y, para demostrar su enfado, se puso a martillar con más fuerza unos clavos.

—¡Dios me dé paciencia!

Rifaa trató de convencerle, pero su padre le reprochó, apenado:

—¿No te parece suficiente habernos convertido en la comidilla del barrio? Rifaa se refugió en un rincón del taller, descorazonado. Safií te miró con recelo:

—¿Es cierto que has hecho a tu mujer la misma propuesta que a mí?

—Ella tampoco quiere la felicidad —respondió con tristeza. Rifaa fue al fumadero de hachís de Saldam, situado en los solares de detrás del café, y encontró a Saldam, Higazi, Barhum, Farhat, Hanura y Zaituna alrededor de las brasas. Le miraron con extrañeza y Saldam preguntó:

—¡Bienvenido, hijo de Safií! ¿El matrimonio te ha convencido de las ventajas de fumar hachís?

Rifaa puso sobre la mesa un paquete de pasteles y, sentándose, explicó:

—Os he traído esto a modo de saludo.

Saldam respondió, al tiempo que pasaba el narguile:

—Gracias por tu obsequio.

Pero de pronto Barhum se rió y añadió sin compasión:

—Y ahora nos propondrá hacer un exorcismo para liberarnos de nuestros malos espíritus.

Zaituna gritó con su voz nasal, mirando a Rifaa con odio:

—¡Tu mujer está poseída por un espíritu maligno llamado Bayumi! Libérala a ella primero, si puedes.

Todos se quedaron suspensos y cohibidos. Zaituna recordó, señalando su nariz rota:

—Por su culpa me rompieron la nariz.

Rifaa no parecía enfadarse. Farhat, mirándole con tristeza, comentó:

—Tu padre es un buen hombre y un excelente carpintero, pero con tu comportamiento le estás causando problemas y haces que la gente se burle de él. Apenas se ha recuperado el hombre de tu matrimonio, cuando

abandonas el taller para dedicarte a liberar a las gentes de sus malos espíritus. ¡Dios te sane, hijo mío!

—No estoy enfermo; lo único que quiero es vuestra felicidad. Zaituna aspiró una larga bocanada y la retuvo, mirándole con dureza. Luego exhaló el humo, preguntándole:

—¿Y quién te ha dicho que no somos felices?

—Nuestro antepasado Gabalauí quería que fuéramos diferentes a como somos —respondió el muchacho. Farhat replicó, riéndose:

—¡Deja a nuestro antepasado en paz! ¿Cómo sabes que no se ha olvidado de nosotros?

Zaituna le dirigió una mirada cargada de odio y rabia, e Higazi le propinó un puntapié, advirtiéndole:

—Debes respetar esta reunión y no discutir.

Para animar el ambiente, hizo un movimiento a sus amigos con la cabeza y todos empezaron a cantar: «Llega la barca que trae a mi amada. / Su pelo ondea sobre las aguas».

Rifaa abandonó el lugar, seguido por las miradas pesarasas de algunos de los reunidos. Volvió a casa con el corazón destrozado. Yasmina le recibió con una sonrisa serena. Al principio solía insultarle por su comportamiento, que les había convertido, a él y a ella de rechazo, en el hazmerreír del barrio. Pero al cabo, impotente, se había rendido y soportaba la vida con resignación, preguntándose cómo acabaría todo. Por lo demás, le trataba con amabilidad y dulzura. Llamaron a la puerta y era Jonfos, el jefe del clan de Gábal. Entró sin pedir permiso. Levantándose, Rifaa le saludó. Jonfos le agarró por el hombro tan fuerte que parecía el mordisco de un perro furioso. Le espetó:

—¿Qué dijiste acerca de las tierras habices en la sesión de hachís de Saldam? Yasmina palideció de miedo, pero Rifaa contestó con seguridad, aunque parecía un pajarillo entre las garras de un águila:

—Dije que nuestro antepasado quería nuestra felicidad. Le sacudió violentamente.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Es una de las cosas que dijo a Gábal.

La mano de Jonfos le oprimió el hombro aún con más fuerza:

—A Gábal le habló de las tierras. Rifaa no podía más de dolor.

—Las tierras no me preocupan en absoluto. La felicidad que todavía no he podido dar a nadie no se consigue con las tierras del habiz, ni con la bebida, ni con el hachís. He ido diciéndoselo a las gentes de Gábal, como todo el mundo sabe.

Jonfos movió la cabeza de nuevo, advirtiéndole:

—Tu padre fue un rebelde y luego se arrepintió. ¡Guárdate de seguir sus pasos, o te aplastaré como a una chinche!

Empujándole sobre el sofá, se marchó. Yasmina se acercó corriendo a consolarle. Rifaa inclinó la cabeza sobre el hombro dolorido y ella se lo friccionó. Parecía casi inconsciente, y murmuraba como hablando consigo mismo:

—Fue la voz de mi antepasado la que oí.

Le miró, alarmada y preocupada, preguntándose si estaría en sus cabales. No le repitió lo que acababa de decir, y una angustia como nunca había sentido se apoderó de ella.

Un día, al salir de casa, una mujer que no era del clan de Gábal se interpuso en su camino y le saludó con entusiasmo:

—Buenos días, señor Rifaa.

Le sorprendió el respeto con el que se dirigía a él y la forma de llamarle «señor».

—¿Qué deseas? Respondió, implorante:

—Tengo un hijo que está endemoniado. ¡Ojalá puedas curarlo!

Como toda la gente de Gábal, menospreciaba a los de otros barrios y no quería ayudar a la mujer por temor a que los suyos le despreciaran todavía más.

—¿No tenéis una exorcista en vuestro barrio?

—Sí, pero yo soy pobre —le contestó casi llorando.

Su corazón se compadeció de ella y se alegró de que hubiera acudido a pedirle ayuda a él, que no había encontrado más que desprecio y burlas entre su propia gente. La miró y se decidió:

—Estoy a tu servicio.

## 54

YASMINA miraba por la ventana hacia la calle, disfrutando del nuevo panorama. Unos muchachos jugaban delante de la casa y los vendedores de dátiles pregonaban su mercancía. Batija agarraba a un hombre por el cuello y le daba puñetazos en la cara mientras el otro intentaba aplacarle sin conseguirlo. Rifaa, que estaba sentado en el sofá cortándose las uñas de los pies, preguntó:

—¿Te gusta nuestra nueva casa? Se volvió hacia él:

—Aquí vemos la calle. En la otra, sólo veíamos la oscuridad del corredor.

—¡Ojalá hubiéramos podido seguir en el corredor! Es un lugar bendito porque en él Gábal venció a sus enemigos. Pero no podíamos seguir viviendo entre esas gentes, que se burlaban de nosotros a cada paso. Los pobres de aquí, en cambio, son buenos, y los buenos son los verdaderos señores, no los de Gábal.

—Les he odiado siempre desde que me persiguieron —apostilló Yasmína, resentida. Él sonrió.

—Entonces, ¿por qué dices a los vecinos que eres del linaje de Gábal? Al reír enseñó sus dientes nacarados, afirmando con orgullo:

—Para que sepan que soy superior a ellos.

Dejó las tijeras en el sofá y puso los pies en la esterilla:

—Serás más buena y más hermosa cuando venzas tu orgullo. Los de Gábal no son los mejores del barrio; los mejores son los que más bien hacen. Antes 'yo era como tú; pensaba en la gente de Gábal, pero quienes

merecen la felicidad son los que la buscan con ánimo sincero. ¡Mira cómo me aceptan los pobres y cómo sanan de sus malos espíritus!

—Aquí todo el mundo trabaja a sueldo menos tú —protestó Yasmina.

—Si no fuera por mí, los pobres no tendrían a nadie que les curara. Pueden ser sanados, pero no pueden pagar el precio de su curación. Yo no tenía verdaderos amigos antes de conocerles.

No quiso seguir discutiendo. Parecía dolida. Rifaa le dijo:

—¡Ojalá te abandonaras a mí como hacen ellos...! Entonces te podría curar del mal que te impide ser feliz.

—¿Tan endemoniada te parezco? —preguntó Yasmina, enfadada.

—Algunas personas, sin darse cuenta, se encariñan con su espíritu maligno.

—¡Odio hablar de esto! —exclamó ella, airada.

—Pertenece al clan de Gábal, y todo el clan se niega a ser curado por mí, incluso mi propio padre —comentó él con una sonrisa.

Llamaron a la puerta. Era un nuevo paciente. Rifaa se adelantó a recibirle.

La verdad es que nunca había conocido días tan felices. En la nueva calle donde vivía se le conocía como el «señor Rifaa», y le llamaban así con toda sinceridad y afecto. Sabían que liberaba los espíritus malignos y que con ello daba salud y felicidad, simplemente por amor a Dios. Nadie había visto una conducta tan pura como la suya, y por eso los pobres le amaban como nunca habían amado a nadie. Naturalmente, Batija, el jefe del sector, no le quería, en parte por su bondad y en parte porque no podía sacarle dinero a cambio de su «protección»; pero tampoco encontraba motivo para atacarle. Los que habían sido curados por sus manos repetían su historia una y otra vez: Umm Daud, en un ataque de nervios, había mordido a su hijo y ahora era un modelo de tranquilidad y equilibrio; Sanara, cuya única diversión consistía en discutir y pelearse, se volvió dulce y suave como si fuera la paz misma; Tolba, el carterista, estaba sinceramente arrepentido y trabajaba ahora de aprendiz con el calderero; Uais renunció a su antigua manera de vivir y se casó.

Rifaa eligió por amigos a cuatro de sus pacientes: Zaki, Husain, Alí y Karim, y terminaron siendo como hermanos. Ninguno de ellos había conocido antes la amistad y el afecto: Zaki había sido un holgazán y Husain un empedernido fumador de opio; Alí había empezado a ejercer de matón y Karim era un alcahuete. Todos se volvieron personas de buen corazón. Se reunían en la roca de Hind, en el desierto, donde el aire era fresco, y allí mantenían amistosas y honestas conversaciones, contemplando a la persona que les había sanado, rebosantes de afecto y lealtad. Todos soñaban con una felicidad que cubriría el barrio con sus alas luminosas. Un día, cuando estaban sentados contemplando un cárdeno crepúsculo en la paz del atardecer, Rifaa les preguntó:

—¿Sabéis por qué somos felices?

Husain respondió con entusiasmo:

—Eres tú; tú eres el secreto de nuestra felicidad. El sonrió agradecido.

—¡No! Es porque nos hemos liberado de nuestros malos espíritus: del odio, de la avaricia, de la maldad y de todo lo que envilece a la gente de nuestro barrio.

Alí le secundó:

—Somos felices aunque seamos pobres y débiles y no tengamos parte ni en los bienes habices ni en el poder de los jefes. Rifaa asintió con tristeza:

—¡Cuánto sufre la gente, anhelando esos bienes perdidos y ese poder tan despiadado! ¡Maldecid conmigo los bienes y el poder!

Y así lo hicieron, mientras Rifaa cogía una piedra y la tiraba con todas sus fuerzas contra la montaña. Rifaa habló de nuevo:

—Desde que los narradores nos contaron que Gabalauí animó a Gábal a hacer las casas de su barrio tan grandiosas como la Casa Grande, la gente codicia la fuerza y la magnificencia de Gabalauí, pero olvida sus otras virtudes. Por eso, al recuperar sus derechos sobre los bienes habices, Gábal no consiguió cambiar a la gente, y tras su muerte los fuertes usurparon de nuevo el poder y los débiles se llenaron de odio, y volvió a cundir la miseria. Pero yo estoy abriendo las puertas de la felicidad sin bienes habices, sin poder ni prestigio.

Karim le abrazó, exclamando:



—¡Y mañana, cuando los fuertes vean la felicidad de los débiles, comprenderán que su poder y el dinero robado no valen para nada!

Siguieron pronunciando palabras de encomio y de amor. A lo lejos, en el desierto, el viento traía el eco de una canción. Una sola estrella apareció en el cielo. Rifaa miró a sus amigos y les anunció:

—Pero yo solo no puedo curar a toda la gente de nuestro barrio; ya es hora de que vosotros actuéis y aprendáis a liberar a los enfermos de sus espíritus malignos.

Sus rostros se iluminaron de alegría, y Zaki exclamó:

—Ese es nuestro mayor deseo.

—Así otorgaréis la felicidad a nuestro barrio —concluyó, sonriendo.

Al regresar, encontraron la calle iluminada por los farolillos de una boda.

Muchas personas, al ver llegar a Rifaa, se acercaron a estrecharle la mano.

Eso molestó a Batija, que abandonó el café maldiciendo, jurando y repartiendo golpes aquí y allá, para encararse luego con Rifaa y preguntarle con brusquedad:

—¿Quién te crees que eres, hijo?

Rifaa repuso amablemente:

—El amigo de los pobres, señor. Batija gritó:

—¡Entonces, pásate como los pobres y no como si fueras el novio de la fiesta! ¿Has olvidado que, además de un fugitivo, eres el marido de Yasmina y tan sólo un exorcista?

Escupió de forma insultante. La gente se alejó y enmudeció. Pero las alboradas de alegría de la boda lo invadieron todo.

## 55

BAYUMI, el jefe del barrio, esperaba en la puerta trasera del jardín que daba al desierto. La noche acababa de caer y él permanecía atento. Golpearon con los nudillos suavemente en la puerta, y él abrió. Una mujer entró sigilosamente en el jardín. Con su velo y su manto negros, parecía formar parte de la oscuridad. Cogiéndola de la mano, la llevó por el sendero, bordeando la casa, hasta un cobertizo, cuya puerta abrió de un empujón y entró, seguido por ella. Encendió una vela y la puso en el alféizar de la ventana. La cabaña era un lugar extraño, lleno de cojines y sofás a los lados; en el centro había una gran bandeja con un narguile y todos sus accesorios. La mujer se quitó el velo y el manto. Bayumi la abrazó con tal fuerza, que le hizo daño, y ella le pidió con la mirada mayor suavidad. Al fin pudo liberarse de él con agilidad y él, riéndose en voz baja, se sentó en un cojín. Empezó a rebuscar en las cenizas del brasero con los dedos, hasta dar con una brasa. Ella se sentó a su lado y le besó en la oreja. Señalando luego el narguile, comentó:

—Casi había olvidado el olor.

El cubrió de besos sus mejillas y su cuello y le dijo, dejando un poco de hachís en su regazo.

—Nadie en el barrio fuma un hachís tan bueno como éste, excepto el administrador y este servidor tuyo.

Del barrio llegó el clamor de una disputa: un torrente de insultos, bastos-lazos, cristales rotos, pasos huyendo veloces, gritos de una mujer y los

ladridos de los perros. Ella le miró, preocupada e inquisitiva, pero Bayumi continuó cortando el hachís, sin alterarse.

La mujer le explicó:

—¡Me resulta muy difícil venir! Para evitar que me vean tengo que ir del barrio a Gamaliya, de Gamaliya a Darrasa y de Darrasa al desierto, y luego entrar por tu puerta trasera.

Sin dejar de trabajar con los dedos, se inclinó sobre ella y, olfateándola con placer, afirmó:

—No me importaría ir a verte a tu casa. Ella sonrió.

—Si lo hicieras, no te lo impediría ninguno de esos cobardes; hasta Batija te facilitaría el camino. Pero luego se desquitarían conmigo. — Jugueteadando con su espeso bigote, añadió burlona—: En cambio, tú te escondes en este refugio por temor a tu mujer.

Él dejó el hachís, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí con tal fuerza que ella se quejó. Luego susurró:

—¡Dios nos guarde del amor de los jefes!

Soltándola, echó la cabeza hacia atrás, infló el pecho como un gallo y exclamó:

—¡Sólo hay un jefe! Los demás son sus muchachos. Jugueteadando con el vello de su pecho, que dejaba al descubierto el cuello de la galabeya, replicó:

—¡Son jefes para los demás, no para mí! Él la pellizcó con suavidad en el pecho:

—Tú eres la corona en la cabeza del jefe. —Y añadió mientras alargaba la mano por detrás de la bandeja para coger una jarra—: ¡Maravillosa bebida! Ella dijo con pena:

—Tiene un olor tan fuerte que mi querido esposo podría notarlo. Él bebió un buen trago y empezó a cargar de hachís el narguile, exclamando amenazador:

—¡Qué marido! Le he visto varias veces andando por ahí como si estuviera loco. Es el primer exorcista hombre que se ha visto en este sorprendente barrio. Observándole fumar, ella explicó:

—Le debo la vida; por eso aguanto en su compañía. No hace ningún daño y no hay nada más fácil que engañarle.

Él le pasó el narguile y, ansiosa, se lo llevó a los labios. Aspiró varias bocanadas profundamente y luego dejó salir el humo con los ojos cerrados, embriagados los sentidos. Después fumó él, aspirando en pequeñas bocanadas y comentando entre ellas:

—¡Déjale...! Está... jugando... contigo... como si fuera... un niño. Se encogió de hombros, despreciativa:

—Mi marido no tiene otra cosa que hacer en esta vida más que liberar a los pobres de los malos espíritus.

—Y tú, ¿no le has liberado a él de algo?

—¡Nunca! Veo la cara que pone y ya sobran las palabras.

—¿Ni siquiera una vez al mes?

—¡Ni siquiera una vez al año! Los malos espíritus ajenos no le dejan tiempo para su mujer.

—¡Que se lo lleven los diablos! ¿Y para qué hace todo eso? Ella asintió, desanimada:

—Para nada en absoluto. Si no fuera por su padre, nos habríamos muerto de hambre. Cree que su obligación es hacer felices y purificar a los pobres.

—¿Y quién le ha impuesto esa obligación?

—Dice que eso es lo que el antepasado Gabalauí quiere que haga con sus descendientes.

Los ojillos de Bayumi mostraron preocupación y, dejando la pipa a un lado en el recipiente, inquirió:

—Así pues, ¿ha dicho que ésa es la voluntad del antepasado?

—Sí.

—¿Y cómo lo sabe él?

Inquieta y alarmada, temiendo aguar la fiesta o hablar de temas peligrosos, explicó:

—Así interpreta él las palabras que atribuyen los narradores a Gabalauí. Encajó una nueva pastilla de hachís y exclamó:

—¡Puñetero barrio! Y el sector de Gábal es el que más incordia. De ahí salen los más peligrosos embaucadores, los que difunden extrañas historias acerca de los bienes habices y de las diez cláusulas, como si Gabalauí fuera el antepasado de ellos solos. Antes surgió el farsante de Gábal, y con embustes robó las tierras del habiz. Y ahora este lunático se pone a interpretar palabras que no tienen interpretación, y llegará a decir que se las oyó al propio Gabalauí.

Ella repitió, preocupada:

—Sólo desea liberar a los pobres de los malos espíritus. El jefe resopló con desprecio:

—¿Y cómo podemos saberlo? Tal vez las tierras estén poseídas por un espíritu maligno. —Y luego, en una voz más alta, que contrastaba con la discreción del encuentro—: Gabalauí está muerto o es como si lo estuviera. ¡Hijos de perra!

Yasmina estaba preocupada. No quería desperdiciar la ocasión ni que el ambiente se enturbiara y, cogiendo el borde del vestido, empezó a quitárselo lentamente. De la cara del jefe fue desapareciendo la tensión ceñuda y se puso a contemplarla con lascivia.

## 56

EL administrador parecía un alfeñique dentro de su holgada abaya. La ansiedad se reflejaba en su rostro, redondo y pálido. Tenía un tono macilento, que le conferían sus párpados caídos y la prematura vejez que se plasmaba en las ojeras y bolsas de sus ojos, prueba evidente de sus viciosos excesos. La cara hinchada de Bayumi no traicionaba la íntima satisfacción que le producía la ansiedad de su jefe, causada por la grave noticia que acababa de darle y que demostraba la importancia del servicio que estaba prestando a la vez al administrador y al habiz. Le decía:

—Siento tener que molestarte con esto, pero no puedo hacer nada sin hablarte de este tema que está relacionado con las tierras; además este desgraciado alborotador pertenece al clan de Gábal y acordamos no atacarnos entre nosotros sin autorización.

Ihab, el administrador, con el rostro enrojecido, preguntó:

—¿De verdad pretende haber hablado con nuestro antepasado?

—Me lo han asegurado de varias fuentes. Sus pacientes así lo creen, aunque lo guardan en el más absoluto secreto.

—Tal vez sea un loco, como Gábal era un impostor; pero a este asqueroso barrio le encantan los locos y los impostores. ¿Qué quieren los de Gábal después de haber entrado a saco en las tierras sin ningún derecho? ¿Por qué Gabalauí sólo se comunica con ellos? ¿Por qué no se pone en contacto conmigo, ya que yo soy el que está más cerca de él? En vez de hacerlo, sigue recluido en su aposento, y la puerta de su casa sólo se abre

para recibir provisiones. Nadie le ve y él solo ve a su criada. Sin embargo, ¡con qué facilidad le encuentran y le oyen los de Gábal!

Bayumi añadió, enfadado:

—¡No descansarán hasta apoderarse de todas las tierras! El administrador estaba lívido de rabia, e hizo un gesto como si fuera a dar una orden, pero volviéndose atrás, preguntó:

—¿Dice algo acerca de las tierras o se limita a expulsar los demonios? Bayumi respondió furioso:

—¡Es como Gábal, que se limitaba a encantar a las serpientes! —Y añadió con sarcasmo—: ¿Qué tiene que ver Gabalauí con los demonios? Ihab se puso en pie, afirmando con energía:

—No quiero sufrir el mismo destino que Effendi.

Bayumi invitó a su fumadero de hachís a Gábir, Handusa, Jálid y Batija para decirles que había que encontrar curación a la locura de Rifaa, el hijo de Safií, el carpintero. Batija le preguntó, molesto:

—¿Sólo nos has invitado para eso, jefe?

Bayumi asintió, y Batija, dando una palmada de sorpresa, exclamó:

—¡Vaya, hombre! ¡Los jefes del barrio se han reunido para hablar de una persona que no es ni macho ni hembra! Bayumi le miró con desprecio.

—¡Ha estado actuando ante tus propias narices y no te has dado cuenta del peligro, y, claro, tampoco sabrás que pretende haberse comunicado con nuestro antepasado!

Intercambiaron miradas de fuego a través del humo reinante. Batija exclamó atónito:

—¡El hijo de puta! ¿Qué tendrá que ver el antepasado con los malos espíritus? ¿Es exorcista acaso nuestro antepasado?

Se rieron a carcajadas pero, al ver la hosquedad de Bayumi, callaron inmediatamente. Este dijo:

—Estás atiborrado de cocaína, Batija. Un jefe puede emborracharse o fumar hachís, pero la coca no le conviene. Batija se defendió:

—¡Jefe! Estuve en la boda de Antar y veinte hombres me apalearon. Echaba sangre por la cara y el cuello, pero no solté mi garrote ni un momento. Handusa sugirió, animoso:

—Dejemos el asunto en sus manos para que lo resuelva como mejor le parezca; si no, perderá su rango. ¡Ojalá sepa actuar sin tener que atacar a un loco, porque sería indigno de un jefe agredir a alguien así!

Mientras tanto, el barrio dormía y nadie se imaginaba lo que se estaba tramando en el fumadero de Bayumi. A la mañana siguiente, Rifaa, al salir de casa, se encontró con Batija y le saludó:

—¡Buenos días, señor Batija!

El hombre le dirigió una mirada llena de odio y gritó:

—¡Y malos para ti, hijo de vieja! ¡Vuelve a tu casa y no salgas de ella o te aplastaré la cabeza!

—¿Qué es lo que molesta a nuestro jefe? —preguntó asombrado Rifaa. Vociferó:

—¡Estás hablando con Batija, no con el antepasado! ¡Métete en tu casa inmediatamente!

Rifaa iba a decir algo, pero, de un empujón, el cacique le envió tambaleándose contra la pared. Una mujer, al ver lo que ocurría, se puso a gritar y alarmó al barrio entero. Otras mujeres la secundaron. Se oían voces pidiendo socorro para Rifaa. En un abrir y cerrar de ojos, llegó mucha gente corriendo, entre ella Zaki, Alí, Husain y Karim; al poco, acudieron Safií y Gauad, el narrador, éste tanteando el camino con su bastón. En un instante, el lugar se llenó de mujeres y hombres, todos amigos de Rifaa. Batija, que no había previsto nada de aquello, no daba crédito a sus ojos y, levantando la mano, la descargó en la cara de Rifaa, que aguantó el golpe sin defenderse. De todos los presentes salió un rugido de consternación, tal era la indignación que sentían. Algunos imploraban a Batija que le dejara en paz, otros repetían las virtudes de Rifaa y otros más preguntaban por qué le pegaba, protestando airadamente. Batija, furioso, gritó:

—¿Habéis olvidado quién soy?

El cariño que sentían por Rifaa, y que les había llevado a reunirse allí sin pensarlo dos veces, les dio valor para responder a las amenazas de Batija. Uno, que estaba en primera fila, le contestó:

—Eres nuestro jefe, nuestro dirigente; sólo hemos venido a implorarte perdón para este hombre bueno.



Otro, que estaba entré la muchedumbre, envalentonado al verse en medio de tanta gente, gritó:

—¡Tú eres nuestro jefe, desde luego! Pero ¿qué ha hecho Rifaa? Un tercero chilló desde el fondo, confiado al estar bien escondido de la vista del jefe:

—Rifaa es inocente. ¡Ay de quien se atreva a causarle algún daño! Batija, encendido de rabia, levantó el garrote por encima de su cabeza, gritando:

—Sois como mujeres y os daré un buen escarmiento.

Los gritos de las mujeres se oían por todos los lados, y la calle parecía un velatorio. Todas las bocas proferían sangrientas amenazas, y hasta Batija llegaban las piedras que la gente arrojaba para detenerle. Nunca se había encontrado en una situación más desagradable, ni siquiera en sus peores sueños. Prefería morir antes que pedir ayuda a los otros jefes, y la lluvia de piedras amenazaba con matarle. Sin que él profiriera palabra, aunque sus ojos echaban chispas, estaban acabando con su liderazgo. Seguían lloviendo piedras y la muchedumbre le desafiaba. Nunca le había ocurrido algo así a un jefe.

De repente, Rifaa echó a correr y, poniéndose delante de Batija, hizo un gesto con la mano a la muchedumbre para que callara, y gritó:

—¡Nuestro jefe no ha hecho nada malo! Yo soy el culpable.

Hubo miradas de protesta, pero nadie dijo una palabra. Rifaa siguió:

—Marchaos antes de que os alcance su cólera.

Algunos pensaron que quería dejar a salvo el honor de Batija, proporcionándole una salida honrosa y se fueron, seguidos por otros, completamente desconcertados. Los restantes escaparon por temor a quedarse solos con Batija, y la calle se quedó desierta.

LA tensión fue en aumento en el barrio después de aquel suceso. El administrador temía sobre todo que la gente cayera en la cuenta de que la solidaridad era una fuerza poderosa que podía utilizar contra los jefes. Opinaba, por tanto, que había que eliminar a Rifaa y a sus partidarios. Para ello, era necesario que Jonfos, el jefe del clan de Gábal, estuviera de acuerdo y evitara que se produjera una batalla general. El administrador advirtió a Bayumi:

—Rifaa no es tan débil como crees. Tiene tras de sí a muchos amigos que pueden salvarlo, enfrentándose al jefe, y ¿qué pasaría si el barrio entero se sintiera unido a él como lo está la calle? Entonces se olvidaría de los espíritus malignos y dirigiría su atención hacia los bienes habices.

Bayumi desahogó su ira con Batija y, mientras le zarandeaba por los hombros, le recriminaba diciendo:

—Dejamos el asunto en tus manos y ¿qué has hecho? ¡Eres la deshonra de todos nosotros!

Rechinándole los dientes, Batija exclamó furioso:

—¡Os libraré de él, aunque le tenga que matar! Bayumi gritó:

—¡Lo mejor es que desaparezcas del barrio para siempre!

Bayumi mandó llamar a Jonfos, pero Safií, más alarmado que nunca, salió al encuentro de Jonfos. Había ido a convencer a su hijo de que volviera a la carpintería y dejara de ocuparse de lo que le acarrea tantos problemas; pero su intento fue vano y regresó desilusionado. Ahora, al saber que Jonfos había sido convocado por Bayumi, le paró y le dijo:

—Jonfos, eres nuestro jefe y nuestro protector. Quieren que entregues a Rifaa, pero no lo hagas. Pacta con ellos lo que quieran, pero no le entregues; ordéname que me vaya del barrio y me iré, llevándomelo conmigo, a la fuerza incluso, pero no le entregues.

Jonfos respondió con cautela:

—Yo sé mejor que nadie lo que debo hacer y lo que conviene a la gente de Gábal.

La verdad es que Jonfos recelaba de Rifaa desde que se enteró del incidente con Batija, y su instinto le advirtió que era él quien tenía que precaverse más que el administrador o que Bayumi. Marchó a casa de este último y se encontraron en la cabaña del jardín. Bayumi le explicó que le había convocado como jefe que era del clan, para ponerse de acuerdo con él respecto al problema de Rifaa.

—No le quites importancia; lo que ha pasado prueba su peligrosa influencia —advirtió Bayumi.

Jonfos asentía, pero rogaba:

—Espero que no le atacéis delante de mí. Bayumi respondió:

—Somos hombres, amigo, y todos estamos interesados en lo mismo. No atacamos a nadie en nuestras casas. El muchacho va a venir ahora y le interrogaremos en tu presencia.

Rifaa entró con aspecto radiante, saludó a los dos y se sentó donde le indicó Bayumi, en un cojín, ante ellos. Bayumi escrutó el bello y sereno rostro, preguntándose cómo un joven tan apacible causaba disturbios tan graves. Le preguntó con voz severa:

—¿Por qué dejaste tu sector y tu gente? Respondió con sencillez:

—Nadie allí respondió a mi llamada.

—¿Qué querías de ellos?

—Liberarlos de los malos espíritus que impiden su felicidad. Bayumi inquirió en tono airado:

—¿Acaso eres responsable de la felicidad de los demás?

—Sí, puesto que puedo dársela —contestó Rifaa con inocente franqueza. Bayumi frunció el ceño.

—Te han oído despreciar la importancia y el poder.

—Porque quiero demostrarles que la felicidad no está donde ellos imaginan sino en lo que yo hago. Jonfos preguntó enfadado:

—Y con esa actitud, ¿no desprecias a los que son fuertes y poderosos? Sin alterarse ante la ira de Jonfos, respondió:

—No. Sólo aviso que la felicidad no está en el poder ni en el rango de la gente.

Bayumi le preguntó, escudriñándole con la mirada:

—También te han oído afirmar que eso es lo que Gabalauí quiere para ellos.

—¡Eso dicen! —exclamó, reflejándose cierta preocupación en su límpida mirada.

—Y tú, ¿qué dices?

Vaciló por primera vez y, al cabo, contestó:

—Yo hablo según lo que entiendo. Jonfos advirtió con malicia:

—Una cabeza hueca puede causar muchas desgracias. Bayumi entornó los ojos y siguió:

—Dicen que repites lo que has oído al propio Gabalauí.

Su mirada parecía confusa y, de nuevo, titubeó antes de responder:

—Así entiendo yo lo que dijo a Adham y a Gábal. Jonfos gritó, colérico:

—¡Lo que le dijo a Gábal no puede interpretarse de ninguna manera! Bayumi se enfurecía cada vez más y pensaba: «Sois todos unos mentirosos, y Gábal fue el que más os mintió a todos, ladrones». Y en voz alta, exclamó:

—¡Dices que has oído a Gabalauí, y que eso es lo que Gabalauí desea! Pero nadie puede hablar en su nombre, excepto el administrador de sus bienes habices y de su herencia. Si Gabalauí quisiera decir algo, se lo habría dicho a él, que es el responsable de su hacienda y el ejecutor de las diez cláusulas. ¡Idiota! ¿Cómo puedes despreciar el poder, el prestigio y la riqueza en nombre de Gabalauí, cuando él mismo posee todas esas cosas?

El dolor que sentía se reflejaba en el noble rostro de Rifaa:

—Yo hablo a las gentes de nuestro barrio, no a Gabalauí; ellas están poseídas por los malos espíritus y atormentadas por sus deseos. Bayumi

bramaba:

—¡Tú no eres más que una persona incapaz de conseguir rango y poder, y por eso los maldices, para alzar ante los ojos de los necios tu posición miserable sobre la de los jefes, y una vez que les tengas dominados, les utilizarás para lograr poder y prestigio!

Asombrado, Rifaa abrió los ojos de par en par.

—Mi única meta es la felicidad de la gente de nuestro barrio. Bayumi gritó:

—¡Tramposo! Haces creer a la gente que está enferma, que estamos todos enfermos, y que tú eres el único sano.

—¿Por qué desdeñas la felicidad cuando la tienes al alcance de la mano?

—¡Tramposo! ¡Maldigo la felicidad si viene de alguien como tú! Rifaa suspiró.

—¿Por qué me odian, si yo nunca he odiado a nadie? Bayumi le imprecó:

—¡No nos engañarás como has engañado a los necios! Deja de embaucar a la gente y comprende que nadie debe desobedecer mis órdenes. Y da gracias a Dios de que estás en mi casa; de lo contrario, no saldrías sano.

Rifaa se puso en pie desesperanzado, saludó y se marchó. Jonfos propuso:

—¡Déjalo de mi cuenta! Pero Bayumi le advirtió:

—Este imbécil tiene muchos amigos y no queremos un baño de sangre.

## 58

RIFAA salió de casa de Bayumi y emprendió el regreso hacia la suya. El cielo estaba cubierto de nubes otoñales y corría una suave brisa. La gente del barrio se amontonaba alrededor de unos cestos de limones, pues era la época de ponerlos en conserva. Charlas y risas se cruzaban entre todos, y unos chiquillos se peleaban tirándose tierra. Al pasar, muchos saludaron a Rifaa y también le salpicó la tierra. Siguió hasta su casa, sacudiéndose el hombro y el turbante. Zaki, Alí, Husain y Karim estaban esperándole, y le abrazaron como tenían por costumbre siempre que se encontraban. Les contó, a ellos y a su mujer, que se había unido al grupo, lo sucedido con Bayumi y Jonfos. Le escuchaban angustiados y preocupados, y cuando acabó parecían muy afectados. Yasmina se preguntaba cómo acabaría una situación tan delicada. ¿No habría alguna forma de salvar a aquel buen hombre sin que ella tuviera que arriesgar su felicidad? Sus ojos estaban llenos de preguntas, pero Rifaa, que se sentía algo cansado, recostó la cabeza en la pared. Yasmina le advirtió:

—No puedes ignorar las órdenes de Bayumi.

—Unos amigos de Rifaa han atacado a Batija y éste ha desaparecido del barrio —anunció Alí.

Yasmina frunció el ceño.

—¡Batija no es Bayumi! Si desafiáis a Bayumi, no tendrás salvación. Husain se volvió hacia Rifaa.

—Escuchemos primero al maestro. Habló Rifaa, con los ojos entornados:

—Desechad la idea de pelearos. Quien trata de llevar la felicidad a los demás, no puede pensar de ninguna manera en derramar sangre.

Yasmina se tranquilizó. No quería quedarse viuda, no fuera a ser que entonces, vigilada por todos, no pudiera ir al encuentro de su terrible amante; así que les aconsejó:

—Lo mejor que podéis hacer es ahorraros tanto esfuerzo.

Zaki opuso:

—No abandonaremos nuestra obra; nos marcharemos del barrio. El corazón de Yasmina palpitó de nuevo con fuerza; no quería pensar en ajarse de su amante. Replicó acaloradamente:

—¡No podemos vivir como exiliados, lejos de nuestro barrio!

Todos miraron a Rifaa que, levantando parsimoniosamente la cabeza, afirmó:

—Yo no quiero marcharme del barrio.

En ese momento se oyó llamar a la puerta con impaciencia. Yasmina fue a abrir y oyeron a Safií y a Abda preguntar por su hijo. Rifaa fue a recibir sus padres y les abrazó. Safií y su mujer se sentaron; tenían la respiración entrecortada y en sus rostros se adivinaban las malas noticias que traían. Sin preámbulos, Safií le dijo:

—Hijo mío, Jonfos te ha retirado su protección y tu vida está en peligro. Mis amigos me han dicho que los hombres del jefe rondan tu casa. Abda, secándose los ojos enrojecidos, exclamó:

—¡Ojalá no hubiéramos vuelto a este barrio, donde la gente se vende por nada! Allí intervino, animoso:

—No temas, Abda; todos los de la calle son amigos nuestros y nos quieren. Rifaa suspiró.

—¿Qué hemos hecho para merecer este castigo? Safií exclamó desalentado:

—Pertenece al clan de Gábal, que ellos odian tanto. ¡Cuánto miedo he pasado desde que pronunciaste por primera vez el nombre de Gabalauí! Rifaa replicó atónito:

—¡Hace tiempo atacaron a Gábal por ambicionar las tierras del habiz, y ora me atacan a mí por despreciarlas! Safií, haciendo un gesto de desánimo

con la mano, afirmó:

—Di lo que quieras de ellos; nada les hará cambiar. Pero ten en cuenta te eres hombre muerto si sales de tu casa. Y ni siquiera creo que estés muy seguro en ella.

El temor empezó a apoderarse por primera vez del corazón de Karim, pero, haciendo un gran esfuerzo, lo ocultó y se dirigió a Rifaa:

—Están apostados esperando a que salgas, y si te quedas dentro, entrarán T ti. Así son los caciques de nuestro barrio; les conozco bien. Escapemos por tejado hasta mi casa y allí pensaremos qué conviene hacer.

Safií gritó:

—¡Desde allí, por la noche, podéis escapar del barrio!

—¿Y dejar que mi obra se pierda? —protestó Rifaa, suspirando. Su madre le imploraba, llorando:

—¡Haz lo que te dice; ten compasión de mí!

El padre apostilló, enfadado:

—¡Si quieres, comienza de nuevo al otro lado del desierto! Karim se puso en pie, inquieto, y anunció:

—Vamos a organizamos bien. Safií y su mujer pueden quedarse un rato y luego ir a la casa de Nasr, como si volvieran de una visita. Que Yasmina vaya hacía Gamaliya, como si fuera a comprar, y al volver que se meta disimuladamente en mi casa; eso le será más fácil que escapar por el tejado.

A Safií le parecía bien el plan. Karim añadió:

—No podemos perder ni un minuto; voy a inspeccionar el tejado.

Salió de la habitación. Safií se levantó y apretó la mano de Rifaa. Abda le dijo a Yasmina que preparara un hatillo con la ropa, y ella se puso a hacerlo, con el corazón roto y acongojado, mientras una oleada de rabia la invadía. Abda besó a su hijo y rezó por él, con los ojos anegados en lágrimas. Rifaa pensaba en su triste situación: amaba a su prójimo con todo su corazón y había luchado para procurarle la felicidad... Y ahora el odio se volvía contra él. ¿Aceptaría Gabaloui su fracaso? Karim regresó, diciendo a Rifaa y a sus amigos:

—¡Seguidme!



—Nos reuniremos contigo cuando sea —le prometió Abda, deshecha en lágrimas.

—¡Que la paz te acompañe! —le deseó Safií, conteniendo las lágrimas. Rifaa abrazó a sus padres, luego se volvió hacia Yasmina y le aconsejó:

—Cúbrete con el manto y el velo para que nadie te reconozca. — Después, susurrándole al oído—: No podría soportar que te hicieran daño.

## 59

YASMINA salió de la casa, envuelta en sus ropas negras. Las palabras de despedida de Abda le martilleaban el cerebro: «Adiós hija mía; que Dios te proteja y te guarde. Rifaa queda a tu cargo; rezaré por vosotros día y noche». Oscurecía, las lámparas de los cafés empezaban a encenderse, la chiquillería jugaba a la luz de los faroles de los carros de los vendedores ambulantes y, como suele pasar a esas horas, el alboroto de los perros y los gatos, peleándose entre los montones de basura, era ensordecedor. Yasmina se dirigió hacia Gamaliya. La pasión no dejaba lugar en su corazón para piedad alguna; avanzaba con decisión, aunque sentía miedo porque imaginaba que muchos ojos estaban fijos en ella. No dejó de preocuparse hasta que torció desde Darrasa hacia el desierto, pero sólo se tranquilizó del todo cuando estuvo con Bayumi en la cabaña del jardín. Una vez se hubo quitado el velo, él, observándola preocupado, preguntó:

—¿Estás asustada?

Respiraba con dificultad al contestar:

—Sí.

—¡No es posible, tú no eres cobarde! Cuéntame qué te pasa. Respondió con voz casi imperceptible:

—Han huido por el tejado a casa de Karim, y se marcharán del barrio al amanecer.

—¡Al amanecer! ¡Qué hijos de puta! —murmuró Bayumi burlón.

—Le han convencido de que se vaya. ¿Por qué no le dejas escapar? Él sonrió con desprecio.

—Hace tiempo, Gábal se marchó y luego regresó. Bichos como éstos no merecen vivir.

—Rifaa desdeña la vida, pero no merece la muerte —observó ella, desconcertada.

Haciendo una mueca de disgusto, el otro sentenció:

—Ya hay suficientes locos en este barrio.

Ella le miró suplicante, luego bajó la vista y musitó, como hablando consigo misma:

—Una vez me salvó la vida.

El rió, burlándose con brutalidad:

—Y ahora, tú le entregas a la muerte. Estáis igualados; y el que más pone, más pierde.

Estaba tan trastornada, que empezó a sentirse mal. Mirándole llena de reproche, confesó:

—He hecho esto porque te quiero más que a mi vida. Le acarició suavemente la mejilla, diciéndole:

—Después todo nos resultará más fácil; y, si algo te va mal, en esta casa siempre habrá un sitio para ti.

Más animada al oír estas palabras, afirmó:

—Aunque me ofrecieran la casa de nuestro antepasado, yo no la aceptaría sin ti.

—Eres una mujer fiel.

La palabra «fiel» la conmocionó de nuevo, trastornándola tanto que volvió a encontrarse mal. Incluso dudaba si estaría burlándose de ella... Pero no había tiempo de seguir hablando y se levantó. Él también se levantó para despedirla y ella escapó por la puerta trasera.

Su marido y sus amigos estaban esperándola. Se sentó junto a Rifaa y le previno:

—Vigilan nuestra casa. Tu madre ha sido muy prudente al dejar una lámpara encendida detrás de la ventana. Será fácil escapar al amanecer. Mirando con tristeza a Rifaa, Zaki comentó a Yasmina:

—Está triste, pero ¿es que no hay gente enferma por todas partes? ¿Y no necesita también ser curada? Rifaa advirtió:

—Pero hay más necesidad de curación allí donde la enfermedad es más grave.

Yasmina le miró afligida. Pensó que sería injusto matarle y deseó que hubiera cometido al menos un pecado que mereciera el castigo. Recordó que era la única persona de este mundo que había sido buena con ella, ¡y su recompensa iba a ser la muerte! Rechazando en su interior estos pensamientos, se dijo a sí misma: «¡Que sean buenos los que tienen una vida fácil!». Al ver cómo la miraba él, le dijo compadecida:

—¡Tu vida vale más que todo este barrio maldito! Rifaa sonrió.

—Eso dices, pero advierto tristeza en tus ojos.

Estremeciéndose, pensó: «Estoy perdida si puede leer los ojos como expulsa los demonios».

—No es tristeza —aclaró—, sino temor por ti. Karim se levantó, diciendo:

—Prepararé la cena.

Regresó con una bandeja y les invitó a sentarse alrededor. La cena consistía en pan, queso y leche cuajada con pepinos y rábanos. Había también una jarra de cerveza. Karim les llenó los vasos, advirtiendo:

—Esta noche necesitaremos calor y coraje. Bebieron. Rifaa dijo luego sonriendo:

—Beber despierta los malos espíritus, pero también vivifica a quienes se han liberado de ellos.

Miró a Yasmina, que estaba a su lado, y ella, comprendiendo el significado de su mirada, exclamó:

—¡Mañana, si seguimos vivos, me liberarás de mi espíritu maligno!

El rostro de Rifaa se iluminó al oírla, y sus amigos se felicitaron unos a otros. Se dispusieron a cenar. Partieron el pan. Sus manos se encontraron en los platos. Parecía como si hubieran olvidado que la muerte les acechaba. Rifaa dijo entonces:

—Gabalui, el amo de las tierras, quería que sus descendientes fueran como él, pero ellos deseaban ser como los espíritus malignos. Son necios y a él no le gustan los necios, como me dijo a mí.

Karim sacudió la cabeza apenado y, tragando, afirmó:

—Si yo fuera tan fuerte como cuando él empezó, su voluntad se habría cumplido.

—Si... si... si —replicó Alí, enfadado—. ¡¿De qué sirven tantos «si...»?! Lo que hace falta es actuar.

Rifaa afirmó con energía:

—Nunca nos hemos acobardado y hemos combatido sin tregua contra los malos espíritus; cuando un diablo dejaba un vacío, el vacío lo colmaba el amor. Sólo eso me propuse; nada más.

—Si nos dejaran actuar, llenaríamos el barrio de bienestar, paz y amor —se lamentó Zaki.

—¡Me sorprende que pensemos en huir, cuando nos apoya tanta gente! —manifestó Alí con cierta reticencia. Rifaa le reconvino, sonriendo:

—Todavía tienes pegados en las entrañas algunos injertos de tu espíritu maligno. No olvides que nuestra misión es sanar y no matar. Y más vale morir que matar.

Rifaa, volviéndose de pronto hacia Yasmina, observó:

—No comes ni escuchas.

El miedo hizo latir con más fuerza el corazón de Yasmina, pero sobreponiéndose, advirtió:

—Me sorprende que os sintáis tan alegres como si estuvierais en una boda.

—Te acostumbrarás a la alegría cuando mañana te liberes de tu espíritu maligno.

Luego, mirando a sus amigos:

—A algunos os avergüenza ser pacíficos, ya que nacimos en un barrio en el que sólo se respeta la tiranía, pero la verdadera fuerza no consiste en imponerse; luchar contra los malos espíritus es mucho más difícil que abusar de los débiles o hacer frente a los caciques.

Alí movió la cabeza con tristeza.

—¡Y la recompensa de hacer el bien es esta penosa situación en que nos encontramos!

—La lucha no acabará como imagináis, ni somos tan débiles como pensáis. Sólo cambiamos un campo de batalla por otro, y en éste

necesitamos más valor y energía —afirmó Rifaa, confiado.

Siguieron cenando y meditando lo que acababan de escuchar. El les pareció sereno, tranquilo y fuerte a la par que hermoso y apacible. En el silencio, se oyó recitar al narrador del barrio:

—«Estando una vez dormitando a mediodía en el barrio de Uatauit, le despertó un movimiento brusco y vio a unos chicos que intentaban robarle el carro. Se puso en pie de un salto, amenazándoles, pero uno de ellos, al verle, avisó a los demás con un silbido y le volcó el carrito para distraer su atención y evitar que les persiguiera. Los pepinos rodaron por el suelo y los chicos se dispersaron, corriendo como grillos. Adham estaba tan furioso que echó por la boca los peores insultos; luego, no tuvo más remedio que ponerse a recoger los pepinos del suelo, todos llenos de barro. Más furioso todavía, con la respiración entrecortada, dijo, excitado: “¿Por qué tu ira es como el fuego que lo destruye todo sin piedad? ¿Por qué es para ti más importante tu orgullo que tu propia sangre y tu propia carne? ¿Cómo puedes disfrutar de una vida llena de placeres cuando sabes que nosotros somos pisoteados como insectos? El perdón, la ternura y la tolerancia son desconocidos en tu casa, ¡oh, gran tirano!”. Agarró las varas del carrito y se apresuró a alejarse de aquel maldito barrio, cuando de pronto oyó una voz burlona que decía:

»—¿A cuánto están los pepinos, señor?

»Vio a Idrís, frente a él, sonriendo sarcástico».

En aquel punto, la voz de una mujer se alzó en un grito, que ahogó la voz del narrador:

## 60

EL tiempo transcurría mientras ellos hablaban y Yasmina sufría. Husain quería salir a ver qué pasaba en el barrio, pero Karim le advirtió que podía encontrarse con alguien e infundir sospechas. Zaki preguntó si habrían atacado la casa de Rifaa, y éste contestó que no habían oído nada, excepto el tañido del rabel y el alboroto de los chiquillos. En el barrio la vida seguía y nada hacía sospechar que se preparaba un asesinato. Yasmina daba vueltas sin cesar a sus pensamientos, temiendo que sus ojos la delataran. Deseaba que su tormento acabara como fuera y a cualquier precio; ansiaba emborracharse perdidamente para olvidar lo que estaba sucediendo. Se decía que no era la primera mujer en la vida de Bayumi y que tampoco sería la última; sí, porque los perros vagabundos se agolpan alrededor de la basura, pero ¡que acabara de una vez su tormento, al precio que fuera! El tiempo pasaba lentamente y el silencio iba imponiéndose poco a poco a los ruidos; el vocerío infantil se apagó y cesaron los pregones de los vendedores ambulantes; tan sólo se oía el tañido del rabel. Un súbito odio contra aquellos hombres se apoderó de Yasmina: ellos eran los culpables de su sufrimiento. Karim preguntó:

- ¿Preparo un narguile? Rifaa se opuso con firmeza:
- No. Debemos tener la mente despejada.
- Pensaba que nos ayudaría a soportar la espera.
- Estás más asustado de la cuenta. Karim negó la acusación:
- Parece que no hay motivo para tener miedo.

Era cierto que todavía no había ocurrido nada y que tampoco habían atacado la casa de Rifaa. La música cesó y los recitadores regresaron a sus hogares. Se oyeron los portales al irse cerrando y, entre toses y risas, las charlas de los que volvían a sus casas. Al cabo, reinó el silencio. Esperaron atentos hasta que cantó el primer gallo. Zaki se levantó a mirar por la ventana y, volviéndose hacia los reunidos, anunció:

—Todo está desierto y silencioso. El barrio está como el día en que Idrís fue expulsado de la Casa Grande.

—Ya es hora de irnos —dijo Karim.

Yasmina, muy angustiada, se preguntaba qué sería de ella si Bayumi se retrasaba o cambiaba de opinión. Los amigos se levantaron, cada uno con su hatillo.

—¡Adiós, barrio infernal! —exclamó Husain.

Alí abría la marcha, y Rifaa empujaba con suavidad a Yasmina y la seguía, apoyando una mano en su hombro como si tuviera miedo de perderla en las tinieblas. A continuación iba Karim, después Husain y luego Zaki. Se deslizaron de uno en uno por la puerta de la casa de Karim y subieron la escalera, agarrándose a la barandilla para guiarse en la negrura absoluta. La azotea parecía menos oscura, aunque no asomaba en el cielo ninguna estrella, y una nube, interpuesta ante la luna, difuminaba su luz. Alí avisó:

—Las azoteas casi se tocan; podemos ayudar a Yasmina, si lo necesita.

Subieron uno detrás de otro a la azotea. Al llegar Zaki, el último de todos, notó que algo se movía a sus espaldas, se volvió rápidamente hacia la puerta y vio cuatro sombras. Aterrorizado, preguntó:

—¿Quién anda ahí?

Se quedaron clavados donde estaban y miraron hacia la puerta. Se oyó la voz de Bayumi que decía:

—¡Deteneos, bastardos!

Gábir, Jálid y Handusa se apostaron a su lado, a derecha e izquierda. Yasmina dejó escapar un grito y, soltándose de la mano de Rifaa, corrió hacia la puerta, sin que ninguno de los atacantes la detuviera. Alí, sorprendido, advirtió a Rifaa:



—La mujer te ha traicionado.

En seguida les rodearon. Bayumi les miraba de hito en hito y de uno en uno, preguntándoles:

—¿Dónde está el exorcista?

Por fin reconoció a Rifaa y, agarrándole por el hombro con un zarpazo de hierro, le preguntó con sorna:

—¿Adonde huyes, amigo de los espíritus? Rifaa contestó, sombrío:

—Nuestra presencia aquí te molesta; preferimos irnos a otra parte. Bayumi, burlón, soltó una breve carcajada y se dirigió a Karim:

—Y a ti, ¿de qué te ha servido esconderlos en tu casa?

Karim tragó saliva con dificultad y contestó, temblándole todo el cuerpo:

—No sabía que hubiera nada entre vosotros.

Bayumi le dio un golpe en la cara con la mano que le quedaba libre y Karim cayó al suelo, pero, levantándose de un salto, echó a correr, aterrorizado, hasta la azotea de la casa de al lado. Husain y Zaki le siguieron a toda velocidad. Handusa, abalanzándose sobre Alí, le dio un puntapié en el vientre que le hizo caer al suelo con un hondo quejido de dolor. Entretanto, Gábir y Jálid se aprestaron a perseguir a los que habían escapado, pero Bayumi afirmó con desprecio:

—A esos no hay que tenerles miedo; no dirán ni una palabra. Y si la dicen, ¡pobres de ellos!

Rifaa, con el hombro medio descoyuntado por la presión de la mano de Bayumi, replicó:

—No han hecho nada para merecer este castigo.

Bayumi le dio un puñetazo en la cara y, burlándose de él, le dijo:

—Anda, cuéntame: ¿ellos no han oído a Gabalauí, como tú? —Y luego, empujándole hacia adelante—: Camina y no abras la boca.

Rifaa empezó a andar, abandonado a su destino. En tinieblas, bajó la escalera con cuidado, seguido por las zancadas de los otros. Se sentía atenazado por la oscuridad, el desconcierto y el peligro que le acechaba. Pensó un momento en los que habían huido y en la que le había traicionado, y le invadió una profunda tristeza, incluso superior a sus temores. Se

imaginó que la oscuridad permanecería siempre ya sobre la tierra. Llegaron al barrio y cruzaron la zona en la que, gracias a él, ya no quedaba ningún endemoniado. Handusa les condujo hasta el sector de Gábal, pasando ante la casa de Nasr, que estaba cerrada, aunque Rifaa creyó sentir la respiración de sus padres. Por un instante se preguntó qué sería de ellos, y hasta le pareció oír sollozar a Abda en el silencio de la noche, pero de nuevo se sumergió en la oscuridad, el desconcierto y el peligro que le acechaba. El sector de Gábal parecía estar formado por enormes y fantasmales edificios, hundidos en las sombras. ¡Qué oscuro y qué profundamente dormido estaba! Las pisadas y el crujir de los zapatos de sus verdugos en la densa oscuridad se le antojaban como carcajadas de demonios burlándose en la noche. Handusa les llevó hasta el desierto, frente a los muros de la Casa Grande. Rifaa levantó la vista hacia ella, pero sólo vio unas sombras tan negras como el firmamento. Del fondo del muro, se destacó una figura y Handusa preguntó:

—¿Eres Jonfos?

—Sí —fue la respuesta de éste, que se unió a ellos sin pronunciar palabra.

Los ojos de Rifaa seguían fijos en la Casa Grande. ¿Sabría su antepasado lo que le estaba sucediendo? Una palabra suya podría salvarle de las garras de aquellos tiranos y acabar con sus planes. Podría hacerles oír su voz como él mismo la oyó en aquel lugar. También a Gábal le acorralaron como a él, pero logró escapar y acabó venciendo. Ya había sobrepasado el muro y no oía nada, excepto las pisadas y la respiración jadeante de aquellos tiranos. Se adentraron en el desierto y el andar se hizo más penoso sobre la arena. Rifaa se sentía perdido. Recordó la traición de su mujer y la huida de sus amigos. Quería retroceder y regresar a casa, pero de repente Bayumi le dio un empujón y cayó de bruces al suelo. Bayumi levantó el garrote, gritando:

—¡¿Sí, Jonfos?!

Este levantó también el suyo:

—Contigo siempre, jefe. Rifaa preguntó, desesperado:

—¿Por qué queréis matarme?

Bayumi le dio un garrotazo tremendo en la cabeza. Rifaa gimió de dolor y exclamó desde lo más profundo de su ser: «¡Gabalauí!». Al instante, Jonfos descargó también su garrote en el cuello del caído, y los golpes se sucedieron...

Se hizo un gran silencio, roto sólo por los estertores.

Las manos de aquellos hombres empezaron a cavar con ahínco en medio de la oscuridad.

## 61

Los asesinos abandonaron el lugar, encaminándose hacia el barrio, y en seguida desaparecieron en la oscuridad. Cuatro figuras apostadas no lejos del lugar del crimen sollozaban quedamente; al cabo, uno de ellos gritó:

—¡Cobardes, me agarrasteis y me hicisteis callar, y él ha muerto sin que nadie le defienda! Otro opuso:

—Si te hubiéramos hecho caso, habríamos muerto todos y no habríamos conseguido salvarle.

Alí habló de nuevo, airado:

—¡Cobardes, no sois más que unos cobardes! Karim dijo, entre sollozos:

—No perdáis el tiempo hablando; nos aguarda una dura tarea antes de que amanezca.

Husain levantó la cabeza hacía el cielo con los ojos llenos de lágrimas y murmuró angustiado:

—Pronto amanecerá. ¡Démonos prisa! Zaki exclamó, suspirando:

—¡Todo ha sido tan fugaz como un sueño! Y en ese breve tiempo hemos perdido al mejor ser que hayamos conocido en nuestra vida.

Alí se dirigió hacia el lugar del crimen, murmurando con los dientes apretados: «¡Cobardes!». Los demás le siguieron, y se arrodillaron en tierra, en semicírculo, tanteando el suelo. De repente, Karim gritó, como si le hubiera picado una víbora:

—¡Aquí! —Y olfateó su mano, añadiendo—: ¡Aquí está su sangre!

A la vez, Zaki gritaba:

—¡En esta tierra removida le han enterrado!

Se apiñaron en torno a Zaki y empezaron a extraer la arena con las manos. Eran los seres más desgraciados del mundo: acababan de perder a su amigo querido, al que habían dejado morir sin ayudarlo. En un arrebato de locura, Karim dijo inocentemente:

—A lo mejor lo encontramos vivo.

Alí objetó con desprecio, mientras seguía cavando con las manos:

—¡Escuchad las ilusiones de este cobarde!

Un olor a tierra y a sangre lo invadió todo. Del lado de la montaña llegaban aullidos de perros. Alí gritó, solícito:

—¡Id con cuidado; aquí está su cuerpo!

Sus corazones casi dejaron de latir, buscaron con cuidado con las manos y, por fin, rozaron sus ropas. Llenos de angustia, prorrumpieron en llantos. Entre todos extrajeron el cuerpo de la tierra y lo alzaron con suavidad. En las calles se oía el canto de los gallos. Uno de los cuatro amigos les urgía a marcharse, pero Alí insistió en que había que rellenar la tumba con tierra. Karim se quitó la galabeya, la extendió en el suelo y colocaron sobre ella el cadáver. Todos volvieron a la faena y taparon el hoyo, Husain se quitó también su galabeya y cubrió el cadáver, y así lo transportaron hasta la puerta de Nasr.

La oscuridad clareaba sobre el monte y empezaban a hacerse visibles las nubes. El rocío y las lágrimas se deslizaban por su cara. Husain les llevó hasta el lugar donde iban a enterrarle, y, en silencio, prepararon la sepultura, la aurora avanzaba y ya podían distinguir el cadáver cubierto y sus manos llenas de sangre y los ojos enrojecidos por el llanto. Dejaron el cuerpo en lo más hondo de la tumba y permanecieron a su alrededor, cabizbajos, tratando de contener las lágrimas, que imperceptiblemente brotaban de sus ojos. Karim susurró entre sollozos:

—Tu vida ha sido un breve sueño, pero colmó nuestros corazones de amor y de pureza. Nunca creímos que nos dejarías tan pronto, ni que alguien fuera a matarte; alguien, además, de este barrio ingrato al que tú tanto amaste y ayudaste; un barrio que sólo anhela destruir la piedad, la

salvación y el amor que tú has traído; un barrio que se ha condenado a sí mismo.

Zaki dijo, entre gemidos:

—¿Por qué mueren las personas buenas? ¿Por qué siguen vivos los malvados?

Y Husain, suspirando:

—De no ser por tu amor, que prevalece en nosotros, odiaríamos a esta gente para siempre.

A esto, Alí replicó:

—No descansaremos hasta lavar nuestra cobardía.

Al alejarse de la tumba y encaminarse hacia el desierto, la luz del alba teñía de rosa el horizonte.

## 62

NINGUNO de los cuatro amigos volvió a aparecer por el barrio de Gabaloui. Sus conocidos pensaban que habían escapado con Rifaa para salvarse de la persecución de los jefes. Vivían en los confines del desierto, en tensión permanente, luchando con todas sus fuerzas contra la angustia y el remordimiento. La pérdida de Rifaa era peor que la propia muerte, y su ausencia les provocaba una tortura espantosa. Su único consuelo era la esperanza de honrar su memoria reviviendo su mensaje y castigar a sus asesinos, tal como Alí había dispuesto. Naturalmente, no tenían posibilidad de regresar al barrio, pero esperaban conseguir su propósito desde fuera. Una mañana, los gritos de Abda despertaron a los moradores de la casa de Nasr. Los vecinos se acercaron corriendo a ver qué ocurría y ella gritó enronquecida:

—¡Han matado a mi hijo Rifaa!

Los vecinos permanecieron mudos, mirando a Safií que se secaba los ojos, mientras afirmaba:

—Los jefes le han matado en el desierto. Abda exclamaba, entre gemidos:

—¡Mi hijo, que nunca causó daño a nadie! Un vecino preguntó:

—¿Lo sabe nuestro jefe Jonfos? Safií contestó enardecido:

—Jonfos es uno de los asesinos. Abda seguía gimiendo.

—Yasmina le traicionó y le dijo a Bayumi dónde estaba. Todos sentían gran indignación, y uno exclamó:

—Por eso vive en casa de Bayumi desde que su mujer le abandonó. La noticia corrió como la pólvora por el sector de Gábal, y Jonfos fue a casa de Safií y le gritó:

—¿Estás loco, hombre?! ¿Qué vas diciendo de mí por ahí? Safií se plantó ante él, sin achantarse, y le habló con firmeza:

—Participaste en su asesinato, aunque estabas obligado a protegerle, pues eres nuestro jefe.

Jonfos daba muestras de ira al tiempo que gritaba:

—¡Estás loco, Safií, no sabes lo que dices! Me voy para no tener que darte un escarmiento.

Salió con paso airado, bufando de cólera. La noticia llegó al sector donde Rifaa había vivido después de marcharse de la zona de Gábal, y la gente se quedó consternada. Hubo llanto y escenas de cólera, pero los jefes salieron a la calle y se pasearon arriba y abajo, con el garrote en la mano y amenazas en los ojos. Se difundió luego la noticia de que la tierra del lado oeste de la roca de Hind había aparecido manchada con la sangre de Rifaa. Safií y sus amigos más íntimos fueron allí a buscar el cuerpo; buscaron y cavaron pero no encontraron nada. Aquello produjo un enorme alboroto y confusión, y muchos esperaban que algo más grave aún sucediera en el barrio. Los antiguos convecinos de Rifaa se preguntaban qué había hecho para que le mataran. Los del clan de Gábal comentaban que, ahora que Rifaa estaba muerto, Yasmina vivía en casa de Bayumi. Por la noche, los jefes se dirigieron con sigilo al lugar donde habían matado a Rifaa y excavaron la tumba a la luz de una antorcha, pero no encontraron rastro del cuerpo. Bayumi exclamó, pensativo:

—¿Lo habrá sacado Safií? Jonfos respondió:

—No; él no encontró nada. Lo sé por mis informadores. Bayumi golpeó el suelo con el pie, vociferando:

—¡Han sido sus amigos! Hicimos mal en dejarles escapar, y ahora nos atacan por la espalda.

Cuando regresaban, Jonfos susurró al oído de Bayumi:

—Si vives con Yasmina, podemos tener problemas. Bayumi repuso con ira:



—¡Reconoce que has perdido el control de tu sector!

Jonfos se alejó enfadado. La tensión recrecía en las zonas de Gábal y de Rifaa y, de nuevo, los jefes tuvieron que amedrentar a los descontentos. El temor imperante hacía que la gente evitara salir, a no ser que no hubiera más remedio. Una noche, mientras Bayumi estaba en el café de Saldam, la familia de su esposa legítima se introdujo en la casa para atacar a Yasmina. Ella se percató y huyó hacia el desierto, vestida sólo con la galabeya, mientras los otros la perseguían. Corría como una loca en la oscuridad, incluso después de que hubieran dejado de seguirla. Continuó corriendo hasta quedar sin aliento. Tuvo que detenerse, jadeando con violencia, echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Permaneció así hasta recuperar el aliento. Miró hacia atrás y no vio a nadie, pero le dio miedo regresar al barrio de noche. Miró hacia adelante y, a lo lejos, divisó una débil luz que tal vez provenía de una cabaña. Se dirigió allá, con la esperanza de encontrar refugio hasta el amanecer. Tuvo que caminar bastante hasta llegar al lugar. Tal y como había pensado, se trataba de una cabaña. Se acercó a la puerta y llamó. De pronto, se encontró cara a cara con los amigos de su marido: Alí, Husain, Zaki y Karim.

## 63

YASMINA se quedó petrificada, mirándoles de uno en uno. Le parecía estar frente a un muro infranqueable. Era como una pesadilla. La miraban furiosos, y la expresión de Alí era especialmente cruel. Ella gritó, desconcertada:

—¡Soy inocente, por el Señor de los Cielos, soy inocente! Estuve con vosotros hasta que nos atacaron, y luego me escapé como todos. Fruncieron el ceño y Alí preguntó indignado:

—¿Cómo sabes que nos escapamos?

Contestó con voz temblorosa:

—Si no lo hubierais hecho, no estaríais vivos. Pero yo soy inocente; lo único que hice fue huir.

Al hablar, los dientes de Alí rechinaban:

—Huiste con tu amo, Bayumi.

—¡Nunca! ¡Dejadme ir! Soy inocente. Alí le gritó:

—¡Irás bajo tierra!

Trató de escapar, pero él saltó sobre ella y la cogió bruscamente por los hombros. Ella chilló:

—¡Soltadme, por amor a él; él no quería que nadie matara! Alí la agarró por el cuello y Karim, espantado, le dijo:

—Espera a que lo pensemos mejor. Alí vociferó:

—¡Callaos, cobardes! —Y le apretó con más fuerza la garganta, poniendo en ello toda la ira, el odio, el dolor y el remordimiento que había acumulado en su pecho.

La mujer trató en vano de liberarse, agarrándole por los brazos, dándole puntapiés y sacudiendo la cabeza, pero todo fue inútil, y las fuerzas le fallaron. Sus ojos se desorbitaron y un hilo de sangre comenzó a salirle por la nariz, mientras su cuerpo sufría agudas convulsiones, antes de paralizarse para siempre. Entonces Alí la soltó, y cayó exánime a sus pies.

Al día siguiente, el cuerpo de Yasmina apareció delante de la casa de Bayumi. La noticia voló como arena en la tormenta, y hombres y mujeres acudieron corriendo a la casa del jefe. Hubo un enorme alboroto. Los comentarios eran confusos, pues todo el mundo ocultaba sus verdaderos sentimientos. Se abrió la puerta y salió Bayumi, embistiendo como un toro y dando garrotazos al primero que pillaba. Atemorizados, todos corrían a refugiarse en las casas y en los cafés. Bayumi se plantó en medio del barrio, que había quedado desierto, y maldecía, juraba, amenazaba y golpeaba el aire, las paredes y el suelo.

Aquel mismo día, Safií y su mujer abandonaron el barrio. Parecía haberse borrado cualquier rastro de Rifaa, si bien persistían recuerdos, suyos indelebles, como las habitaciones de Safií en la casa de Nasr, la carpintería, el propio hogar de Rifaa que, a partir de entonces, se denominó «Casa de la Salvación», y además estaba el lugar donde había muerto, al oeste de la roca de Hind. Pero, sobre todo, quedaban sus amigos fieles, que seguían en contacto con sus seguidores, a los que enseñaban las fórmulas secretas de expulsar los demonios y curar a los enfermos. Estaban convencidos de que así devolvían a Rifaa a la vida. Pero Alí sólo descansaría cuando lograra aniquilar a los asesinos. Husain le reprochaba:

—Tú no eres un buen discípulo de Rifaa. Alí replicaba con énfasis:

—Conozco a Rifaa mejor que vosotros. Pasó su corta vida luchando denodadamente contra los malos espíritus. Karim le reprochó:

—Lo que tú quieres es convertirte en un cacique y eso era lo que él más odiaba.

Alí gritó enardecido:

—¡El era un cacique, el más grande de todos, pero su humildad os engañó!

Cada grupo de discípulos siguió sus propias interpretaciones, procediendo con sincera convicción. Difundieron por el barrio la auténtica historia de Rifaa, que la mayoría no conocía, e incluso se llegó a contar que el cuerpo había permanecido en el desierto hasta que el propio Gabalauí se lo había llevado para enterrarlo en su frondoso jardín. Dejaron de ocurrir extraños sucesos, excepto la desaparición del jefe Handusa, cuyo cuerpo sin vida fue hallado una mañana ante la puerta del administrador Ihab. La casa de éste se conmocionó, igual que se había conmocionado la de Bayumi, y el barrio vivió un terrible período de pánico, pues los jefes castigaron a todos aquellos que tuvieron o parecían haber tenido alguna relación con Rifaa o sus amigos. Ninguna cabeza estuvo a salvo de los palos, ningún estómago de los puntapiés, ningún pecho de los puñetazos y ningún cuello de los moretones. Muchos se encerraron en sus casas; otros emigraron, y quienes desafiaron el peligro fueron asesinados en el desierto. Gritos y alaridos retumbaban en el barrio, y todo estaba sumido en una honda negrura, transida de olor a sangre. Lo extraño es que con ello no se acabaron las maquinaciones, pues llegaron a matar al cacique Jálid cuando salía de casa de Bayumi a altas horas de la madrugada. El reinado del terror alcanzó un ritmo enajenado y, poco después, una noche, al rayar el alba, nuestro barrio despertó a causa de un gran incendio que destruyó la casa del cacique Gábir, cuya familia pereció. Bayumi clamaba:

—¡Los locos de Rifaa se reproducen como chinches! ¡Por Dios, hay que matarlos, aunque sea en sus propias casas!

Corrió el rumor de que atacarían las casas por la noche, y un terror mayor sobrecogió a las gentes que, enloquecidas, se amotinaron en las calles, blandiendo bastones, sillas, tapas de cacerolas, cuchillos, zuecos y adobes. Bayumi decidió atacar antes de que la situación se agravara y, empuñando su garrote, salió de su casa, seguido por un grupo de los suyos.

A la cabeza de los rebeldes, junto a otros hombres fuertes, iba Alí, que se dejaba ver por primera vez. Tan pronto como tuvo cerca a Bayumi, dio orden de atacarle con un arsenal de piedras, que se abatieron como una plaga sobre el cacique y sus hombres, y corrió la primera sangre. Bayumi contraatacó, enloquecido, rugiendo como una fiera salvaje, pero una piedra

le acertó en la cabeza y se detuvo, a pesar de su cólera, su fuerza y su orgullo. Tambaleándose, cayó al suelo cubierto de sangre. En menos de un segundo, sus hombres desaparecieron y la multitud, encolerizada, se abalanzó sobre la casa. El ruido del destrozo y el saqueo llegó hasta la casa del administrador. Era el caos. El castigo cayó sobre todos los demás jefes y sus amigos, y sus casas fueron destruidas. La violencia aumentó hasta tal punto que parecía incontrolable. Entonces, el administrador mandó llamar a Alí, y éste fue a verle, mientras sus hombres contenían sus ansias de destrucción y venganza a la espera del resultado de la reunión. El lugar se tranquilizó y los ánimos se calmaron. De la reunión salió un nuevo arreglo para el barrio. Se reconoció el derecho de las gentes de Rifaa a disponer de un nuevo sector con los mismos privilegios que los de las gentes de Gábal. Alí administraría esa parte del habiz, es decir, sería su jefe, recibiría las rentas correspondientes y las repartiría equitativamente entre los del clan. Todos los que habían huido del barrio durante el imperio del terror regresaron al nuevo sector, encabezados por Safií y su mujer, y por Zaki, Husain y Karim. Rifaa alcanzó tras su muerte todo el honor, respeto y amor que ni soñar pudo en vida. Su historia se convirtió en una saga gloriosa por todos repetida, entonada al ritmo del rabel, en la que se destacaba la parte en que Gabalauí recogía su cuerpo y lo enterraba en su rumoroso jardín. Todos sus seguidores estaban de acuerdo en esto y también lo estaban en amar y venerar a los padres de Rifaa, pero discrepaban en todo lo demás. Karim, Husain y Zaki mantenían que el mensaje de Rifaa consistía en sanar a los enfermos y despreciar la importancia y el poder. Este grupo siguió sus enseñanzas, y algunos llegaron a puntos extremos, incluso a renunciar al matrimonio en su afán de imitarle y vivir su misma vida. Por su parte, Alí tomó lo que le correspondía de los bienes habices y se casó. Procuró mejorar el sector de Rifaa y explicaba que éste no había despreciado los bienes en sí mismos, sino que su propósito era demostrar que la verdadera felicidad puede lograrse sin ellos, y condenar al mismo tiempo los males que provoca la codicia. Sí las rentas se repartían con justicia y se destinaban a mejoras y a buenos fines, entonces eran totalmente aceptables.

De todos modos, la gente disfrutaba de la vida y la alegría se reflejaba en los rostros. Todos afirmaban convencidos y con fe que el presente era mejor que el pasado y que el futuro sería aún mejor.

¿Por qué sufre nuestro barrio la enfermedad del olvido?

**QÁSEM**

## 64

CASI nada había cambiado en el barrio: los pies descalzos seguían dejando sus gruesas huellas en el polvo, y las moscas continuaban entreteniéndose entre la basura y los ojos. Del mismo modo, los rostros permanecían marchitos y macilentos y las ropas remendadas, mientras los insultos se intercambiaban como si de saludos se tratase y la hipocresía taponaba los oídos. La Casa Grande se mantenía agazapada tras sus muros, hundida en el silencio y los recuerdos. A la derecha estaba la morada del administrador; a la izquierda, la del cacique. Después, se extendía la barriada del clan de Gábal y a continuación la del de Rifaa, en el centro de nuestro suburbio. El resto del barrio, la parte que bajaba hacia Gamaliya, era el paradero de gentes anónimas, los Jerbos, como se les llamaba, los más miserables y desgraciados de todo el arrabal.

Por entonces, el encargado de la administración era el señor Rifat, que en nada se diferenciaba de todos los anteriores, y el cacique era Lahíta, un hombrecillo enteco cuyo aspecto no denotaba fuerza alguna, pero que en las peleas se transfiguraba cual si fuera una llamarada, y se mostraba raudo, destructivo e implacable. Se había hecho con la situación tras una cadena de luchas en las cuales todos los rincones del barrio conocieron derramamientos de sangre. El cacique de Gábal era conocido por Galta, y su gente, engreída, blasonaba de ser la mejor, de su parentesco con Gabalaui y de que uno de ellos —Gábal— había sido la primera y la última persona a quien éste hablara y atendiera. Por todo ello se les quería poco.



Haggag era el jefe de la gente de Rifaa, pero no trataba de emular ejemplo eminente alguno en su modo de llevar la dirección, sino que se comportaba como Jonfos, Galta y otros tiranos: acaparaba para sí solo todos los beneficios y hacía apalear a quienes se lo reprochaban, en tanto exhortaba a sus gentes a seguir la conducta de Rifaa en el desprecio a los honores y riquezas.

Hasta los Jerbos tenían su cacique —Soares—, pero éste no llevaba parte alguna en la administración de los bienes habices. Así estaban las cosas, y aseveraban los depositarios de los garrotes y los poetas con sus rabeles que era un orden justo, establecido sobre las diez cláusulas de Gabalauí, por cuyo cumplimiento velaban el administrador y los caciques respectivos.

En la barriada de los Jerbos era conocido por su bondad el tío Zakariya, el vendedor de boniatos, que gozaba de cierta distinción entre las gentes por su lejano parentesco con Soares, el matón de la zona. Deambulaba por todos los rincones del barrio guiando su carrito de mano mientras pregonaba batatas, con el hornillo, en medio del carro, expandiendo humo impregnado de un apetitoso aroma que atraía a los mozalbetes de Rifaa y Gábal, del mismo modo que a los de Gamaliya, Otuf, Darrasa, Kafr ez-Zagari y Bet el-Qadi. Una buena parte de la vida matrimonial del tío Zakariya había transcurrido sin que fuese agraciado con descendencia; sin embargo, en esa época, mitigó su tristeza un pequeño huérfano —Qásem— sobrino suyo, tras la muerte de sus padres. El niño no fue para su tío una carga, pues la vida —y sobre todo en esa parte del arrabal— no era muy superior a la de los perros, gatos y moscas que rebuscaban el alimento entre desperdicios y montones de basura. Zakariya quiso a Qásem como había querido a su padre, y cuando la esposa —tras unirse el pequeño a la familia— quedó embarazada, el tío lo tuvo por buen augurio y arreció su cariño por él. Este afecto no se vio disminuido al ser favorecido con la llegada de su hijo Hasan.

Pero Qásem se crió casi solo, pues el tío se hallaba lejos del barrio, mientras la tía andaba ocupada con su casa y su hijo. Después, el mundo de Qásem se amplió al ir creciendo y cuando empezó a jugar en el patio o en

las callejas. Se hizo amigo de chicos como él, de su propia calle, y de las de Rifaa y Gábal. Luego se aventuró en los baldíos, jugando por los alrededores de la roca de Hind, recorriendo el desierto contiguo en todas direcciones y triscando por los montes. Junto con los otros muchachos oteaba la Casa Grande enorgulleciéndose de aquel antepasado y de su importancia; empero, no sabía qué decir si unos hablaban de los de Gábal y otros de los de Rifaa, como tampoco atinaba qué hacer si las palabras derivaban en improperios, forcejeos y golpes.

¡Cuántas veces contempló la morada del administrador con admiración y asombro, y cuántas se fijaba en los frutos de los árboles con gazuza y deseo! Hasta que cierto día atisbo al portero amodorrado, y se coló ágilmente en el huerto, sin ver a nadie y sin ser visto por nadie. Feliz y contento, se puso a recorrer las veredas, arrancando guayabas de los matorrales y zampándolas gozoso, hasta que se encontró frente al surtidor, de cuyo chorrillo quedaron prendidos sus ojos: aquella columnilla ascendente de agua. Liberado por la dicha, se quitó la galabeya y se lanzó al agua chapoteando y restregándose con ella el torso, olvidando cuanto en su entorno había, hasta que percibió una voz chillona que gritaba encolerizada: «¡Otmán, hijo de perro, ven acá, cegato, modorra!». Qásem volvió la cabeza hacia el lugar de donde provenían los gritos y vio en la terraza a un hombre envuelto en una abaya bermeja señalando hacia él con un dedo tembloroso y el semblante encendido de rabia. Saltó hacia el borde de la fuente y dio en el suelo del jardín apoyándose en los codos, momento en que observó al guarda que se acercaba a la carrera. Entonces corrió hacia el entramado de jazmines pegado al muro, olvidando la galabeya donde se la quitara y trotando camino de la puerta, que atravesó como una saeta en dirección a la calle y galopando con todas sus fuerzas. Al divisarle, los chicos le siguieron, aullando, mientras los perros ladraban y Otmán, el portero, salía también corriendo para darle alcance, hasta que le atrapó en el centro de su calleja. Le agarró del brazo y se detuvo jadeante, al tiempo que subían de tono los chillidos de Qásem inundando toda la barriada. Y al punto llegó la tía con su hijo a cuestas y salió del café Soares, el jefe. La

mujer estaba perpleja viéndole en tal estado, y tomándole de la mano dijo al guarda:

—¡Otmán, por el amor de Dios, estás aterrorizando al muchacho! ¿Qué hizo y dónde está su galabeya? El portero berreó con altanería:

—Su excelencia el administrador le vio bañándose en la fuente. Este diablo merece una paliza. El muy maldito se metió mientras yo dormía. ¿Por qué no nos libráis de vuestras inmundas criaturas?

—Perdónalo, tío Otmán —le imploró—; el chico es huérfano y tienes toda la razón. —Y salvándole de sus manos, añadió—: Yo le castigaré por ti, pero por tus canas te suplico que le devuelvas la única galabeya que tiene.

El portero, agitando la mano y volviendo la espalda, de regreso, exclamó iracundo:

—Por culpa de esta sabandija me han abroncado e insultado. ¡Hijos del demonio, barrio de perros!

La mujer retornó a la casa, con Hasan en el cuadril y tirando de la mano de Qásem, que no paraba de sollozar.

## 65

ZAKARIYA dijo a Qásem mirándole atentamente:

—Qásem, ya no eres un niño; tienes casi diez años y es hora de que trabajes.

Los negros ojos del niño resplandecieron de felicidad al tiempo que respondía:

—¡Qué ganas tenía de que me llevaras contigo! El hombre rió.

—Hasta ahora lo tuyo era jugar, no trabajar; pero hoy día ya eres un chico juicioso y puedes ayudarme.

El muchacho se abalanzó hacia el carrito intentando empujarlo, pero Zakariya se lo impidió, mientras la tía comentaba:

—Cuidado, no se vayan a caer los boniatos, porque moriríamos de hambre.

Zakariya agarró las varas y dijo:

—Camina delante del carro y pregona: «Batatas ricas..., batatas al horno», y fíjate bien en cuanto digo y hago; además, subirás los boniatos a los clientes en los pisos altos. Y, en general, abre los ojos.

Qásem agregó, mirando con pena hacia el carrito:

—Pero yo puedo empujarlo.

El hombre condujo el carro y concluyó:

—Haz lo que te mando y no seas terco. Tu padre fue el mejor de los mortales.

El carro bajó hacia Gamaliya mientras Qásem proclamaba con su fina voz de niño: «Ricos boniatos, boniatos al horno». Y no había alegría

semejante a la suya al lanzarse a los barrios extraños, trabajando como los mayores. Cuando llegaron al barrio de Uatauit, Qásem comentó, mirando cuanto les rodeaba:

—Aquí salió Idrís al paso de Adham.

Zakariya sacudió la cabeza con indiferencia y el muchacho volvió a decir riendo:

—Adham iba empujando su carro, como tú.

El carro pasó el día en su deambular cotidiano, de el-Husain a Bet el-Qadi; de Bet el-Qadi a Darrasa, sin que el niño dejara de atisbar, encantado, a los paseantes, los comercios y las mezquitas, hasta terminar en una plazuela de la que Zakariya dijo ser el Zoco de Muqattam. El mozalbete observaba con admiración:

—¿De verdad es el Zoco de Muqattam? Hacia aquí huyó Gábal y aquí mismo nació Rifaa.

A lo que Zakariya contestó sin entusiasmo:

—Sí, pero nada tenemos que ver con uno ni con otro.

—Sin embargo, si todos nosotros somos descendientes de Gabalauí, ¿por qué no somos como ellos?

El hombre se echó a reír y, burlándose, dijo:

—Por lo menos, somos igual de pobres.

Y dirigió el carro hacia la parte del mercado que dominaba los baldíos, hacía una choza de latas que albergaba una tienda de rosarios, incienso y amuletos, y ante la cual, sobre una piel, había sentado un anciano de barba blanca.

Zakariya detuvo el carro frente a la chabola y saludó al anciano con calor, pero éste le advirtió:

—Por hoy tengo boniatos de sobra. Zakariya tomó asiento, aclarando:

—Tu compañía vale más que la ganancia.

El viejo miró al chico inquisitivamente, y Zakariya exclamó:

—¡Ven, Qásem, besa la mano de Yahya!

El niño se acercó, tomó la arrugada mano del viejo y la besó con devoción. Por su parte, Yahya se puso a jugar con un mechón de Qásem, contemplando su hermoso rostro, para terminar inquiriendo:

—¿Quién es este chico, Zakariya?

Y éste replicó, estirando sus piernas al sol:

—Es hijo de mi difunto hermano.

El otro lo hizo sentar a su lado, sobre la piel, interrogándole:

—¿Recuerdas a tu padre, hijito?

—No, señor.

—Tu padre era amigo mío, una buena persona.

Qásem levantó los ojos hacia las mercancías, embelesándose con su colorido. Yahya tendió la mano hacia un estante cercano, tomó un amuleto, y se lo colgó al muchacho del cuello diciéndole:

—Guárdalo y te guardará de cualquier daño.

—Yahya era de nuestro barrio, de la misma parte que Rifaa —explicó Zakariya.

Qásem miró a Yahya y le interrogó:

—¿Por qué dejaste nuestro barrio? Y Zakariya contestó por el otro:

—El cacique de los de Rifaa se enojó con él hace muchos años y prefirió alejarse.

Y el niño replicó, en tono sorprendido:

—Hiciste lo mismo que Safí, el padre de Rifaa.

Yahya rió largamente mostrando sus encías desdentadas.

—¿También sabes eso, chico? ¡Qué bien se saben los muchachos del barrio las cosas pasadas y qué poco las tienen en cuenta!

Llegó el mozo de un café trayendo una bandeja con té y la colocó ante Yahya; después se marchó, mientras el viejo sacaba de su pechera un envoltorio pequeño que comenzó a deshacer, comentando con satisfacción:

—Tengo algo muy valioso cuyos efectos duran hasta mañana... Y Zakariya, al parecer muy interesado, propuso:

—Deja que probemos.

—Nunca te he oído decir no.

—Amigo mío, ¿cómo negarle un gusto al cuerpo?

Partieron el hachís y se pusieron a mascararlo mientras Qásem les observaba, tan interesado que hizo reír a su tío. El anciano, al tiempo, sorbía el té y preguntó al niño:

—¿También sueñas con llegar a jefe, como todos en nuestro barrio? El chico sonrió.

—Sí.

Zakariya soltó una carcajada e indicó casi excusándose:

—Excúsalo, Yahya; ya sabes que allá sólo se puede ser jefe de matones o someterse a vejaciones de todo género. Yahya suspiró.

—¡Que Dios se apiade de ti, Rifaa! ¡Cómo sembraste la cizaña en ese barrio infernal!

—Ya sabes qué final tuvo. Yahya frunció el ceño.

—Rifaa no murió el día en que lo mataron, sino cuando su sucesor se erigió en jefe.

Qásem, interesado, inquirió:

—¿Dónde está enterrado? Los suyos dicen que Gabaloui lo sepultó en su huerto, y los de Gábal, que el cadáver desapareció en el desierto. Yahya chilló, irritado:

—¡Malditos desgraciados! Hasta hoy día siguen con sus rencores hacia él. —Y luego, cambiando de tono, preguntó—: Cuéntame, Qásem, ¿te gusta cómo era Rifaa?

El muchacho miró a su tío atentamente, pero replicó con llaneza:

—Sí, me gusta mucho.

—¿Y qué prefieres: ser como él o ser cacique?

El niño alzó hacia él unos ojos en los que se entreveraban la sonrisa y la sorpresa, mientras los labios iban ya a musitar una respuesta, pero no llegó a articular palabra: Zakariya estalló en carcajadas:

—¡Que se conforme con vender boniatos como yo!

El silencio se adueñó de todos en el preciso instante en que del zoco subía un griterío: un burro se había echado en tierra, arrojando al suelo el carro al que estaba enganchado y —mientras las pasajeras saltaban— el conductor le daba de palos. Zakariya se levantó.

—Tenemos mucho que hacer; adiós, maestro.

—Siempre que vengas, tráete al chico.

Mientras saludaba a Qásem, seguía jugueteando con su mechón de pelo:

—¡Qué guapo eres!

## 66

EN todo el desierto no había otra sombra para librarse del sol abrasador que la roca de Hind. Allí, en el suelo, tomó asiento Qássem sin más compañía que el rebaño. Llevaba una galabeya azul —todo lo limpia que pudiera esperarse de un pastor— y a la cabeza un turbante grueso para protegerse del sol. El calzado lo componían unas vetustas sandalias destrozadas y con las suelas hechas trizas. A ratos quedaba absorto con sus pensamientos y en otros momentos vigilaba las ovejas, los corderos, las cabras y los chivos. La cachava estaba junto a él, en el suelo. Su apostadero estaba próximo a Muqattam, que aparecía imponente por su altura, sombrío, como si fuera la única cosa creada bajo la límpida cúpula del cielo y cuya rabia desafiaba al sol con obstinada insistencia. El desierto se extendía hasta el horizonte, inmerso en un silencio pesado, en una atmósfera hirviente. Cuando Qássem se veía agobiado por los pensamientos, sueños e impulsos de una juventud ardorosa, volvía la vista al ganado, observando sus juegos y piruetas, sus ternezas y enfrentamientos, su vigor y su flojera; sobre todo se fijaba en los borregos, que eran los que más atraían su afecto y cariño. Le maravillaban sus ojos negríssimos y le conmovían el corazón con aquellas miradas que casi parecían hablarle. El, a su vez, les dirigía la palabra, comparando las emociones que vivía guardando ganado con el envilecimiento que sufrían los jóvenes del barrio por la chulería de los caciques. Nada le importaban las miradas de superioridad que echaban los del barrio a los pastores, pues estaba cierto desde el principio que aquella ocupación era mejor que ser un golfo, un rufián o un bribón. Además, le



gustaban el desierto y el aire puro. Se había aficionado a los farallones del Muqattam, a la roca de Hind y a la cúpula del cielo, con sus asombrosas mudanzas. Por añadidura, pastorear las ovejas le conducía invariablemente junto a Yahya. La primera vez que éste le vio en tal cometido le interrogó:

—¿De vendedor de boniatos a pastor?

A lo que contestó sin apuro alguno:

—¿Y por qué no? Cientos de infelices del barrio me envidian este trabajo.

—¿Y por qué dejaste a tu tío?

—Mi primo Hasan ya es mayor y tiene más derecho a acompañarle en sus ventas. Y cuidar ganado es mejor que andar haciendo el golfo.

No pasaba día sin que visitara a su «maestro». Le quería y disfrutaba con sus historias: en él haló a un buen conocedor de cuanto sucediera en el barrio, el presente y el pasado; sabía todo lo que cantaban los juglares y más, sin descuidar aquello que deliberadamente ignoraban a veces. El mozo solía decir a Yahya: «Cuido ganado de todo el barrio; tanto de los de Gábal, como de los de Rifaa y hasta de los señoritos. Lo maravilloso es que todo el rebaño pasta en una fraternidad de la que no gozan los propietarios, esos desalmados. —Y agregaba—: Hammam fue pastor. ¿Y quiénes son los que desprecian a los pastores? Pedigüeños, vagos y desgraciados que, al tiempo, veneran a los caciques. Y estos matones... ¿qué son sino ladrones desvergonzados y asesinos sanguinarios? ¡Dios os perdone, gentes del barrio!». ».

En alguna ocasión le señalaba bromeando:

—Soy pobre pero estoy satisfecho. Mis manos nunca han hecho mal a nadie. Incluso con el ganado soy cariñoso. ¿No ves que soy como Rifaa? El hombre le miró con desaprobación:

—¡Rifaa! ¡Tú como Rifaa! Rifaa se pasó la vida librando a su prójimo de los demonios para darles la felicidad. —A continuación rió y, rectificando, dijo—: Además, eres un joven inflamado de pasión por las mujeres. Al ocaso, andas al acecho de las mozas que merodean por el desierto.

Qásem sonrió al preguntar:

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Eso es asunto tuyo, pero no digas que eres como Rifaa. Recapacité un instante el joven y preguntó:

—¿Y Gábal no era, como Rifaa, uno de los buenos hijos del barrio? Así era: amó, contrajo matrimonio y reivindicó los derechos de la gente a los bienes habices y los distribuyó justamente.

Yahya contestó con dureza:

—¡Pero hizo de esos bienes su objetivo!

Caviló el mozo un rato y luego observó con franqueza:

—Tratar bien a la gente, la justicia y el orden también eran sus objetivos. Yahya, molesto, preguntó:

—Entonces, ¿tú prefieres a Gábal antes que a Rifaa? Los negros ojos de Qásem estaban sumidos en la perplejidad, titubeó largamente y acabó diciendo:

—Ambos eran buenas personas y ¡qué pocos eran los buenos en el barrio!

Adham, Hammam, Gábal y Rifaa, a ellos se reducía la cosa y, sin embargo, ¡cuántos eran los caciques!

Yahya dijo tristemente:

—Adham murió de aflicción, a Hammam lo asesinaron e igual pereció Rifaa.

«Esos eran los buenos de verdad: una vida estupenda y un fin lamentable». Así reflexionaba mientras se hallaba sentado a la sombra de la enorme roca y de su pecho se expandía un cálido deseo de ser como ellos. Pensar en los repugnantes actos de los caciques le llenaba de una pena oscura y le asaltaba la confusión, en tanto trataba de consolarse: «¡Cuántos acontecimientos y gentes ha visto esta roca! Los amores de Qadrí y Hind, la muerte de Hammam, el encuentro de Gábal y Gabaloui, la conversación de Rifaa con su antepasado; y, sin embargo, ¿qué fue de aquellos sucesos y de aquellos personajes? El buen recuerdo permanece y es más valioso que los hatos de corderos y cabras. Y la roca también contempló a nuestro glorioso abuelo cuando recorría estos horizontes completamente solo, posesionándose de cuanto quería y aterrorizando a los desgraciados: admira

su aislamiento. ¿Estará aún en su sano juicio o habrá caído en la demencia senil? ¿Podrá moverse o estará impedido? ¿Se percatará de lo que ocurre a su alrededor o habrá perdido el interés por todo? ¿Recuerda aún a sus hijos o se habrá olvidado hasta de sí mismo?».

Al crepúsculo, se levantó y se desperezó bostezando, tomó el cayado y se puso a silbar melodiosamente; después, blandiendo el bastón, arreó al ganado, que fue agrupándose, moviéndose hacia los barrios habitados. Empezó a sentir hambre, pues en todo el día no había comido más que una sardina y un panecillo. Sin embargo, una rica cena le esperaba en casa de su tío. Avivó el paso hasta tener a la vista la Casa Grande, con sus altos muros, sus ventanas cerradas y las copas de sus árboles. «¡Qué extraño es el aspecto de ese jardín al que cantan los poetas y por el cual Adham murió de pena!». Al irse aproximando al barrio llegaba ya a sus oídos el alboroto. Caminando paralelamente al gran muro, se internó en la calle, mientras el atardecer derramaba sus sombras en el éter. Siguió su camino entre pandillas de chicuelos que jugaban y se arrojaban pellas de barro. Le llenaban los oídos pregones de vendedor, historietas de mujeres, insultos y burlas de guasones, gritos de auxilio de lunáticos y la campanilla del carruaje del administrador. Con la nariz repleta del penetrante aroma del tabaco endulzado, de la basura hedionda, de las excitantes fritangas, paró en la barriada de Gábal para devolver las reses, e igual hizo en la de Rifaa, hasta que no le quedó sino una oveja, propiedad de la señora Qamar —la única mujer que poseía algo en el rincón de los Jerbos— que habitaba en una casa de una sola planta, con un patio en cuyo centro había una palmera y en la esquina extrema, un árbol de guayaba. Entró en el patio llevando ante sí a Niimat, la oveja, y allí tropezó con Sakina, la sirvienta —pelos crespos entreverados de blanco— a la cual saludó al tiempo que ella le devolvía el saludo con una sonrisa, preguntando con su voz rauca: «¿Cómo está Niimat?».

Le manifestó lo bien que la veía y se la entregó y quiso seguir su camino, pero en ese instante la dueña de la oveja y de la casa entraba al patio, de regreso de la calle. Iba envuelta en una me/aya negra que cubría su

rollizo cuerpo. Por encima del velo le observaron dos ojos negros con emocionado afecto. Se hizo a un lado bajando la vista, mientras ella decía:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señora.

La mujer redujo el paso en tanto buscaba a la oveja; luego, le miró, comentando:

—Niimat engorda a ojos vista y gracias a ti.

Abrumado más por las cariñosas miradas que por las buenas palabras de la mujer, replicó:

—Gracias a Nuestro Señor y a tus cuidados. La señora Qamar se volvió a Sakina:

—¡Tráele algo de comer!

El mozo alzó las manos a la cabeza para dar las gracias:

—Señora, te excedes en tus bondades.

Y se llevó otra mirada al saludar para despedirse. Luego se marchó. Iba fuertemente impresionado por los halagos y zalemas de ella, como de costumbre cuando el azar quería que se la encontrara. Era una emoción desconocida y de la cual sólo había oído referida al amor de las madres, que él nunca experimentara. Si su madre hubiera vivido, ahora andaría por los cuarenta, como aquella mujer. ¡Qué maravilloso era aquel afecto en un barrio que se enorgullecía de la fuerza y de la violencia! Y no menos asombrosa era su pudorosa belleza y la felicidad que colmaba su alma al contemplarla. No era como las ardientes aventuras del desierto, de hambre quemante y ciega, y hartura desfalleciente y triste.

Echándose el bastón al hombro se apresuró hacia casa de su tío, casi sin ver lo que tenía ante los ojos, tan impresionado como iba. Encontró a toda la familia reunida esperándole en el balcón que dominaba el patio de la casa. Se sentó con los tres en torno a la mesilla sobre la que se dispuso una cena a base de croquetas de habas, puerros y sandía.

Hasan tenía ya dieciséis años, y era alto y robusto hasta el punto de hacer soñar a Zakariya con verle un día de cacique de los Jerbos. Terminada la cena, la mujer levantó la mesita y Zakariya salió de la casa, mientras los

dos amigos permanecían en el balcón hasta que les llegó una voz que les llamaba, procedente del patio:

—Qásem.

Se irguieron los dos jóvenes y Qásem contestó:

—Ya vamos, Sádeq.

Sádeq les salió al encuentro alegremente. Era de una edad pareja a la de Qásem y como él de alto, no obstante ser más delgado de cuerpo. Trabajaba de ayudante de un latonero en la primera tienda de la barriada de los Jerbos contigua a Gamaliya. Los tres amigos marcharon al café de Dongol. Al entrar les miró Taza, el poeta, que se mantenía en su estrado, sentado con las piernas cruzadas. Soares se hallaba cerca del asiento de Dongol, a la entrada. Se dirigieron hacia el cacique y le saludaron humildemente, pese al parentesco entre él y Hasan y Qásem, y del cual éstos se enorgullecían. Tomaron asiento ante una mesa y en el acto se les acercó el muchacho del café con sus consumiciones habituales. A Qásem le gustaban el narguile y el té con hierbabuena. De pronto, Soares se puso a escudriñar a Qásem con una ojeada desdeñosa, mientras le interrogaba con rudeza:

—¿Qué te pasa, chico, tan arregladito como una moza?

El rostro de Qásem enrojeció, y repuso con acento de excusa:

—¡En la limpieza no hay mal alguno, maestro! El otro frunció el ceño, enfadado:

—Pero a tu edad es de mala educación.

En el café se hizo un silencio total, como si los parroquianos, los cacharos y las paredes callasen para escuchar las palabras del matón. Sádeq miró con afecto a su amigo, pues sabía cuan sensible era. Hasan ocultó el rostro en su taza de jengibre para que el cacique no descubriera que la rabia se había apoderado de él. Taza tomó el rabel, y de sus cuerdas se expandieron las notas, tras las cuales siguieron las dedicatorias a Rifat, al administrador, a Lahíta, el cacique, y a Soares, señor de la barriada. Después, el juglar comenzó:

«A Adham le pareció oír unos pasos, lentos y pesados, que trajeron a su mente recuerdos confusos, como un olor tan penetrante y excitante que no se dejara captar ni definir del todo. Se volvió hacia la puerta de la cabaña y

vio cómo se abría; el hueco pareció llenarse con una figura enorme. Miró asombrado, aguzando la vista, entre ilusionado y desesperanzado, y, suspirando profundamente, exclamó en un susurro:

»—¿Padre?!

»Le pareció oír aquella voz de otros tiempos que decía:

»—Buenas noches, Adham.

»Sus ojos se inundaron de lágrimas y trató de incorporarse, pero no pudo; sin embargo, sintió una alegría que no había sentido desde hacía más de veinte años».

## 67

SAKINA, la sirvienta, comentó:

—Espera, Qásem; tengo algo para ti.

El joven se detuvo en el mismo lugar en que había atado la oveja al tronco de la palmera esperando a la criada, que se fue al interior. El corazón le palpitaba fuertemente, pues su cerebro le indicaba que el bien prometido por la mujer sólo podía provenir del noble corazón de la dueña de la casa, y deseó ardientemente sorprender la mirada de ella u oír su voz para enfriar con un poco de felicidad su cuerpo abrasado en el desierto a lo largo de todo el día. Sakina regresó con un paquete y se lo entregó.

—¡Una torta, a ver si te gusta!

—Agradéceselo de mi parte a la generosa señora.

Y desde detrás de la ventana le llegó la voz de ella que contestaba suavemente:

—Las gracias son para Dios, chiquillo mío.

El levantó la mano en señal de agradecimiento, pero sin alzar la vista, y al marchar se iba repitiendo, borracho de felicidad: «Chiquillo mío». Jamás un pastor había oído algo semejante. Y lo decía la señora más respetada en aquella barriada miserable. Echó una mirada radiante sobre el barrio, que se iba vistiendo de ocaso, y se dijo: «A pesar de la miseria de nuestro barrio, no faltan algunos motivos de alegría a los corazones pesarosos». Mas despertó de su ensueño sobrecogido por una voz que chillaba: «¡Mi dinero, mi dinero, me han robado!». Y vio a un hombre, ceñido con un turbante, que corría con su holgada galabeya blanca hacia el interior del barrio, desde

fuera. Todo el mundo se volvió hacia el hombre que gritaba, a él acudieron los pequeños y a él se tendieron los cuellos de los vendedores y de quienes se sentaban ante las puertas; por él se asomaron las cabezas a las ventanas y se levantaron los rostros del suelo a través de los tragaluces de los sótanos. Salieron los clientes de los cafés. El hombre fue rodeado por todas partes. Entonces Qásem observó a un hombre cercano que se rascaba la espalda con un palo a través de la abertura del cuello de la galabeya y que seguía la escena con ojos mortecinos.

—¿Quién es ése? —le preguntó.

Y el otro respondió, sin dejar de rascarse:

—Un tapicero que trabajaba en casa del administrador.

Al hombre se acercaron Soares, jefe de los Jerbos; Haggag de los de Rifaa; y Galta, de la gente de Gábal. Y en cuanto ordenaron a los curiosos alejarse, todo el mundo retrocedió unos pasos sin rechistar. A lo que una mujer —de la barriada de Rifaa— exclamó desde la ventana de una casa:

—¡Le ha dado el mal de ojo!

Y desde otra ventana, de las primeras casas de los de Gábal, otra vecina le dio la razón:

—Dices bien. No hay nadie que no le envidie lo que iba a ganar tapizando los muebles del administrador. ¡Dios nos guarde del mal de ojo!

Y añadió una tercera que se hallaba ante una casa despiojando la cabeza de un crío:

—¡Pobre hombre! Y se iba riendo al salir de casa del administrador: no sabía que detrás de las risas vendrían los llantos. ¡Se acabaron los cuartos y hasta su rastro!

El sujeto vociferaba a todo pulmón:

—¡Me han robado todo lo que tenía! El salario de una semana, más el de otra que llevaba en el bolsillo. Los dineros de la casa, de la tienda y de mis hijos. ¡Veinte guineas y piastras! ¡Dios maldiga a estos hijos de puta!

Galta, jefe de los de Gábal, dijo:

—¡Chisst! ¡Silencio todo el mundo! ¡Callaos, animales! El buen nombre del barrio está en entredicho y cualquier acusación terminará por recaer sobre los jefes de la barriada.



Haggag, cacique de los de Rifaa, observó:

—¡Por Dios, que aquí no va a caer ninguna culpa! Pero ¿cómo saber que perdió el dinero en nuestro barrio? El tapicero musitó con voz ronca:

—Me comprometo a divorciarme si no es cierto que he sido robado en vuestro barrio. Lo recibí del portero de su excelencia el administrador y al palparme el pecho al salir del barrio no encontré ni rastro del dinero.

Las voces subieron de tono y Haggag gritó:

—¡Callaos, bestias! Escucha, hombre. ¿Dónde notaste que tus cuartos habían desaparecido?

El hombre señaló hacia el extremo de la barriada de los Jerbos y dijo:

—Delante de la tienda del latonero. Pero juro que allí no se me acercó nadie.

Y Soares concluyó:

—¡Entonces le robaron antes de entrar en nuestra parte!

Haggag, jefe de los de Rifaa, dijo:

—Yo estaba en el café cuando pasó y no vi a nadie de nuestra parte que se le acercara.

Galta chilló, airado:

—¡Entre las gentes de Gábal no hay ningún ladrón: somos los señores del barrio!

A lo que Haggag contestó con irritación:

—Cuidado, Galta. Decir eso es una ofensa.

—Eso sólo se puede negar por terquedad.

Haggag tronó:

—¡No despiertes en mí al demonio! Malditos seáis tú y tus malos modos.

Galta respondió con la misma violencia:

—¡Mil veces maldito y mil veces maldita sea la mala educación, que en nuestra barriada no existe!

A esto dijo el tapicero con voz llorosa:

—Señores, mi dinero se perdió en vuestro barrio. Todos vosotros sois señores a mis ojos y sobre mi cabeza, pero ¿dónde está el dinero? ¡Ay, Fangari, estás perdido!

—Hay que registraros. Registraremos todos los bolsillos, a cada hombre, a cada transeúnte, a cada niño, cada rincón. Galta aseveró con desprecio:

—Buscad; no serán nuestras caras las que enrojecerán. Y Haggag:

—El hombre salió de la casa del administrador y antes de nada pasó por la arte de Gábal, así que empezaremos las pesquisas por ahí. Galta resopló:

—Eso no sucederá mientras Galta esté vivo. Haggag, recuerda quién eres tú y quién soy yo.

—Galta, las cicatrices de las cuchilladas en mi cuerpo son más que tus pelos.

—Y yo no tengo sitio en el cuerpo para pelos.

—¡Señor, aleja de mí al diablo!

—Vengan a mí todos los demonios de la Tierra. Fangari volvió a gritar:

—¡Cielos, mi dinero! ¿Es que no os preocupa que se diga que se me robó n vuestro barrio?

Una mujer, enojada, le gritó:

—¡Ojo, cara de búho, con insultar a todo el barrio! Otra voz interrogó:

—¿Y por qué no van a haber robado los cuartos en la parte de los Jerbos, que son en su mayoría ladrones y mendigos? A esto replicó Soares:

—Nuestros ladrones no roban en el barrio.

—¿De qué vamos a creer eso?

Soares conminó con ojos enrojecidos por la cólera:

—No necesitamos más ofensas. La investigación descubrirá al ladrón o ya podéis ir diciendo adiós al barrio. Más de una voz clamó:

—Empezad por los Jerbos. Soares exclamó:

—¡Cualquiera que se salga del orden normal de registrar se encontrará mi garrote en la cara!

Soares alzó su estaca y a él acudieron sus hombres. Haggag hizo otro tanto mientras Galta retrocedía a su barriada imitándoles. El tapicero buscó refugio en un portal, lloriqueando. La noche ya estaba encima. Todos daban por segura una pelea sangrienta cuando Qásem irrumpió en el centro de la calle gritando a grandes voces:

—¡Esperad; la sangre no hará aparecer los dineros perdidos! En Gamaliya, Darrasa y Otuf se dirá que en el barrio de Gabalaui uno puede ser robado aun con la protección del administrador y de los jefes de barriada.

Uno de los de Gábal preguntó:

—¿Qué pretende ese pastor? Qásem respondió, condescendiente:

—Se me ha ocurrido algo para que los billetes vuelvan a su dueño sin peleas.

El tapicero corrió hacia él musitando: «Estoy en tus manos». Qásem habló a la multitud:

—El dinero volverá al propietario sin que se haga escándalo sobre el ladrón. Reinó el silencio más absoluto, y todas las miradas convergieron sobre Qásem con gran interés. Él repitió:

—Esperaremos hasta que las tinieblas, que están próximas, se extiendan. No hay que encender ninguna candela en todo el barrio. Luego marcharemos juntos de un extremo a otro para que las sospechas no se centren en una parte más que en otra. En ese tiempo, el carterista tendrá la oportunidad para deshacerse del dinero en la oscuridad sin que se sepa quién ha sido. Encontraremos las guineas y el barrio se librá de la riña.

El tapicero se agarró fuertemente al brazo de Qásem con unción, mas desesperado, murmuraba: «Es una buena solución, aceptadlo ya por mi cuenta». Una voz exclamó: «Amigos, es un arreglo razonable». Y otro: «Es una ocasión para que el ladrón se salve y salve al barrio». Una mujer lanzó una albórbola interminable de alegría. Y los presentes fijaron la vista en los tres caciques, entre esperanzados y temerosos. Pero cada uno de ellos evitaba —por altivez y por orgullo— ser el primero en anunciar que aceptaba. Los vecinos se interrogaban sobre si triunfaría la razón o el episodio acabaría a estacazos con derramamiento de sangre. Entonces se oyó una voz, que todos conocían, clamando:

—¡Eh!

Las cabezas se volvieron hacia el lugar de donde provenía la voz: allí estaba, parado cerca de su casa, Lahíta, el jefe de la calle. En silencio

general, pendientes todos de lo que diría, añadió en tono despectivo:

—Aceptad la solución, tribu de gitanos. Si no fuerais tan necios no tendría que venir a salvaros un pastor.

Entre la gente corrió un murmullo de alivio mientras las albórbolas subían de tono. Los latidos del corazón de Qásem arreciaron; miró hacia la casa de Qamar —cierto como estaba de que los negros ojos de ella le observaban tras una de las dos celosías que daban a la calle—, invadiéndole una ola de felicidad, mientras experimentaba el gozo de su enorme éxito, un triunfo hasta entonces desconocido.

Todo el mundo aguardaba las tinieblas: ora escudriñaban el cielo, ora miraban hacia el desierto. Siguieron el anochecer paso a paso. Los rasgos se difuminaron y los rostros se fueron oscureciendo, convertidas las figuras en sombras. Los dos pasajes que a lo largo de la Casa Grande conducían al desierto quedaron a oscuras.

Aquellos espectros comenzaron a moverse, primero hacia la Casa Grande, luego atravesaron rápidos el barrio hasta dar en Gamaliya para terminar dispersándose, cada cual camino de su barriada. Entonces, Lahíta conminó con su imperiosa voz:

—¡Prended las luces!

Y la primera que apareció fue en casa de Qamar, en la parte de los Jerbos; después se fueron encendiendo los farolillos de los carritos de mano y las lámparas de los cafés. El barrio volvió a la vida, mientras un grupo rebuscaba por el suelo a la luz de las bujías, hasta que se alzó una voz gritando:

—¡Aquí está la cartera!

Fangari, tan veloz como pudo, acudió hacia la luz y se hizo con la cartera. Contó los billetes y salió a escape sin fijarse en nada, hacia Gamaliya, dejando tras de sí un fenomenal alboroto de risas y albórbolas. Qásem se convirtió en punto de atracción de todas las miradas, centro de parabienes y felicitaciones y eje de comentarios diversos que se abatieron sobre él como una cascada de flores.

Cuando Qásem, con Hasan y Sádeq, acudió al café de los Jerbos esa noche, le recibió Soares con una sonrisa de bienvenida:

—¡Un narguile a mi cuenta para Qásem!

## 68

RUBOROSO, con la mirada brillante, resplandeciente el rostro y rebosante de dicha el corazón, entró en el patio de Qamar para recoger la oveja mientras murmuraba: «Ay, Señor, ayúdame». Al ponerse a desatar al animal en el hueco de la escalera, oyó el chirrido de la puerta de las habitaciones interiores al ser abierta, y la voz de la señora saludando:

—Buenos días.

Respondió con el corazón tanto como con la lengua:

—Dios te dé un buen día, señora.

—Ayer hiciste un favor señalado a nuestro barrio. Con el alma bailando de gozo, dijo:

—Dios es quien nos guía.

Ella adornaba con voz melodiosa su admiración:

—Nos enseñaste que la razón es mejor que la violencia.

«Y tu cariño es mejor que la razón», se dijo Qásem y luego, en voz alta:

—Eres muy gentil.

Su voz expandió una sonrisa:

—Te vimos pastoreando a los vecinos igual que guías al ganado. Que tengas buen día.

Marchó con Niimat y, según pasaba por las distintas casas, iba juntando el rebaño: un chivo, una cabra, una oveja o un macho cabrío. Y por todas partes encontraba una acogida calurosa. Incluso los caciques, que habitualmente le ignoraban, contestaban a su saludo. Penetró en la calle que corría pegada al muro de la Casa Grande, llevando ante sí una larga

columna de reses, camino del desierto. Se encontró un sol quemante que se agazapaba sobre el monte y un aire de vaharadas calientes en aquella mañana radiante. En la falda de los cerros divisó a varios pastores, mientras pasaba un hombre desharrapado que tocaba una flauta y en la límpida bóveda del cielo revoloteaban en círculo los milanos. En cada brizna de aire que aspiraba sentía su pureza y limpidez. Se le figuró como si los inmensos farallones celaran tesoros de esperanzas prometidas. Dejó vagar la vista con maravilloso alivio en el desierto hasta que, lleno de gozo, sintió ganas de cantar y se soltó: «Amigo querido del Alto Egipto, / tu nombre llevo grabado en las palmas».

Sus ojos giraban de la roca de Hind y Qadrí a los rincones en que perecieron Hammam y Rifaa, al lugar donde se encontraron Gábal y Gabalauí. Aquí estaban el sol, el monte, las arenas y la gloria, el amor y la muerte: un corazón en el que brotaba la pasión. Pero él se preguntaba por el sentido de todo aquello, lo ido y lo por venir; por aquel barrio en que se enfrentaban las distintas facciones y donde los caciques se injuriaban unos a otros; y se preguntaba por aquellas historias que en cada café se relataban de diferente modo.

Poco antes de mediodía, condujo el ganado al Zoco de Muqattam y en seguida se fue a la choza del maestro Yahya y se sentó. El anciano musitó:

—¿Qué es eso que, según se dice, hiciste ayer en el barrio?

Qásem disimuló su vergüenza sorbiendo el té, y el viejo volvió a decir:

—Era mejor que les dejases acuchillarse hasta que se mataran todos.

—Eso lo dices sólo de boca, Yahya le advirtió:

—Evita que te admiren, no vayas a provocar a los caciques.

—¿Uno como yo puede inquietar a los caciques? El viejo suspiró.

—¿Quién se imaginaba que alguien traicionaría a Rifaa? Sorprendido, Qásem preguntó:

—¿Y qué parecido hay entre el gran Rifaa y yo? Cuando ya estaba a punto de irse, el viejo le recordó:

—Guarda siempre mi amuleto.

Una tarde estaba sentado a la sombra que proyectaba la roca de Hind cuando oyó la voz de Sakina que llamaba a Niimat. De un salto, se puso en

pie y rodeó la piedra. Allí estaba la sirvienta, parada junto a la cabeza del animal, alisándole los vellones. La saludó sonriente mientras ella señalaba con su voz de cobre:

—Voy a un recado a Darrasa y pasé por aquí para acortar el camino.

—Pero por aquí hace mucho calor. Y la otra, riendo:

—Por eso descansaré un poco a la sombra de la roca. Tomaron asiento juntos, a la sombra, donde él había dejado su cachava. Sakina dijo:

—Cuando ayer vi lo que hacías estuve segura de que la bendición de tu madre antes de morir te protege.

—¿Y tú no pides por mí?

La mujer contestó, disimulando una mirada maliciosa:

—Para ti ruego a Dios que te conceda una mujer de buena familia. El se echó a reír.

—¿Y quién se va a conformar con un pastor?

—La suerte obra maravillas. Tú ahora tienes el rango de los caciques sin haber vertido sangre alguna.

—Juro que tus palabras son más dulces que la miel. Le miró con sus ojos mortecinos y dijo:

—¿Te estoy mostrando un camino maravilloso?

Repentinamente inquieto, asintió. La otra comentó con la simplicidad de los negros:

—Prueba tu suerte y cástate con la señora de nuestra barriada. Todo se le antojaba diferente ya.

—¿A quién te refieres, Sakina?

—Sabes muy bien a quién me refiero. En la barriada sólo hay una señora.

—La señora Qamar.

—Nadie más que ella.

Con voz temblona contestó:

—Su marido era persona principal y yo sólo soy un pastor.

—Pero si la suerte sonrío, sonrío todo: hasta la pobreza. Preguntó, como si se interrogara a sí mismo:

—¿No se enojará con mi petición? Al levantarse, Sakina dijo:



—Nadie sabe cuándo se contentan o cuándo se enfadan las mujeres. Confía en Dios. —Y ya, marchándose—: Mira tras de ti.

Levantó la cabeza hacia el cielo y entrecerró los ojos como si el sueño le asaltara.

## 69

ZAKARIYA, desconcertado, fijó la vista en la cara de Qásem. Lo mismo hicieron su esposa y Hasan, descansando como estaban los tres en el corredor ante su vivienda, después de cenar. Zakariya le instó:

—Di las cosas de otra manera. Siempre te he reconocido buen juicio y nobleza pese a ser pobre, a lo pobres que somos. ¿Qué es lo que te ha sorbido el seso?

Los ojos de la tía revelaban la curiosidad que experimentaba. Qásem empezó:

—Me animó que su criada fuera quien me abrió la puerta.

—¡Su criada!

La voz de la tía resonó como un eco, mientras sus ojos clamaban pidiendo más. De la boca del tío se escapó una breve risa que confirmaba su turbación. Luego dijo receloso:

—Quizá le entendiste mal.

Qásem contestó con una lentitud que trataba de disimular su excitación:

—En absoluto, tío. La tía balbució:

—Comprendo. Si lo dijo la criada es porque lo dijo la señora.

Hasan, impelido por su cariño al primo, que a nadie ocultaba, intervino:

—Qásem es un hombre de verdad y no quedan muchos. Zakariya meneó la cabeza y murmuró: «¡Boniatos ricos..., boniatos al horno!». Y luego:

—Pero tú no tienes un céntimo. Y la mujer:

—Él le cuida la oveja, así que ella lo sabe perfectamente. —Luego se echó a reír y añadió—: Ten cuidado, Qásem, de no sacrificar una oveja en tu vida en honor de Niimat.

Y Hasan, pensativo:

—Uais, el verdulero, es tío paterno de Qamar. El hombre más rico de nuestra barriada será pariente nuestro, como Soares. ¡Qué estupendo!

—Qamar tiene parentesco con la muy respetable señora Amina, esposa del administrador, porque ella era familiar del difunto. Qásem dijo algo confuso:

—Esto es lo que complica las cosas.

Zakariya dijo con un súbito entusiasmo, como si estuviera calibrando ya cuánto ganarían en categoría con aquellas previsiones de emparentar:

—Habla como lo hiciste el día del tapicero. Eres valiente y sagaz. Iremos juntos a hablar con la señora para anticiparle el asunto y después veremos a Uais, porque si empezáramos por el tío, nos mandaría al manicomio directamente.

Las cosas ocurrieron como Zakariya dispuso. De tal modo que allí estaba sentado el tío Uais en el recibidor de casa de Qamar, aguardando que ella llegara. El hombre se entretenía con su poblado bigote para disimular la inquietud de sus pensamientos. La sobrina llegó vestida de manera pudorosa y con la cabeza cubierta por un pañuelo marrón. Le saludó cortésmente y se sentó, en los ojos una mirada que aunaba tranquilidad y decisión. Uais dijo:

—Me tienes perplejo, hija mía. Hace poco rechazaste a Mursi, mi encargado, con el pretexto de que era poco para ti, y ahora te basta con un pastor.

—Es cierto que es un hombre pobre, pero en la barriada no hay nadie comparable a él y a su familia en honradez. Uais dijo, frunciendo el ceño:

—Sí, pero eso es como decir que un criado es fiel o limpio. La satisfacción en el matrimonio es otra cosa. Qamar dijo suavemente:

—Enséñame un hombre tan formal en el barrio. Enséñame, incluso, a alguno que no se precie de andar metido en rufianadas, vilezas o crímenes.

El hombre habría estallado de cólera de no haber tenido muy presente que no sólo estaba hablando a su sobrina sino a la mujer que participaba con no poco dinero en sus negocios. Por eso dijo, como en un ruego:

—Qamar, si quisieras te casaría con cualquiera de los caciques del barrio. El mismo Lahíta te desea, si aceptas compartirle con sus otras esposas.

—¡No me gustan esos caciques! Ni esa clase de hombres. Mi padre era un hombre cabal, como tú, ¡y cuánto sufrió con sus ofensas! Yo he heredado el odio que les tenía. Sin embargo, Qásem es un hombre correcto a quien sólo le falta dinero; y de eso tengo yo bastante.

—Uais suspiró, la miró largamente e intentó un último ruego:

—Te comunico un mensaje de la señora Amina, esposa de su excelencia el administrador. Me dice: «Di a Qamar que lo piense, porque va a cometer un error que nos va a convertir en la comidilla del barrio».

Qamar contestó secamente:

—No me importan las órdenes de «la señora» y, por desgracia, parece que ella no sabe quiénes son aquellos cuyos actos los convierten en comidilla del barrio.

—Pero, sobrina, ella quiere para ti una situación digna.

—Tío, no creas que ella se preocupa de nosotros o nos recuerda en modo alguno. Desde el fallecimiento de mi esposo, hace diez años, jamás le he importado nada.

El hombre se contuvo, visiblemente cohibido y agregó con resentimiento:

—También dice que no está bien visto que una mujer despose a un hombre que, además de ser menor que ella, ha estado visitando su casa por una causa cualquiera.

Qamar se alzó rauda, con el rostro lívido de cólera, y balbució:

—¡Hay que cortarle la lengua! Nací, crecí, me casé y enviudé en este barrio; todos me conocen y mi conducta es intachable, como sabe todo el mundo.

—Claro, hija, claro; pero ella señala lo que se dirá.

—Tío, déjate de «la señora», pues de ella sólo nos viene dolor de cabeza. Te notifico —y tú eres mi tío— que he aceptado casarme con Qásem. Y me casaré con tu acuerdo y en tu presencia.

Uais calló, pensativo. No se le podía impedir, y tampoco era cosa baladí irritarla hasta el extremo de que retirase sus caudales del negocio. Se puso a mirar entre sus pies, confuso y cariacontecido. Abrió la boca para decir algo, pero de ella no salió más que un estertor sordo. Qamar se le quedó mirando con firmeza y paciencia.

## 70

ZAKARIYA regaló a su sobrino algún dinero —en su mayor parte pedido en préstamo— para que atendiera a los gastos de la boda y le dijo:

—Si pudiera, te cubriría de oro, Qásem. Tu padre era un hermano generoso y no olvido su desprendimiento el día de mi boda.

Qásem adquirió una galabeya, ropa interior, un turbante bordado, unas babuchas de amarillo intenso, un bastón de bambú y una cajita de rapé. Poco después del alba se fue al baño público, entregándose al vapor, luego se sumergió en la pileta fría para, a continuación, pasar al masajista; se bañó y perfumó y, por último, se tendió en su cabina a sorber el té y a soñar con la felicidad que se avecinaba.

Qamar se encargó de la boda. Dispuso la azotea de la casa para recibir a las invitadas y convocó a una famosa cantora, al tiempo que contrataba al mejor cocinero del contorno. En el patio se levantó una carpa para los invitados y el cantante. Acudieron los familiares y amigos de Qásem, los hombres de la barriada y —al frente de ellos— Soares. De mano en mano corrían las copas de cerveza y hasta veinte pipas de narguile, cuyo humo acabó ocultando las lámparas y expandió el aroma embriagador del hachís. Todos los rincones bullían en albórbolas, gritos de alegría y carcajadas. Zakariya comentó con la jactancia de aquel a quien el alcohol ronda por la cabeza:

—Somos una familia noble, de linaje antiguo.

Uais se aguantó la rabia —sentado entre Zakariya y Soares— y replicó brevemente:

—Os basta con ser parientes del maestro Soares.

Zakariya vociferó:

—¡Al maestro Soares, mil veces!

En seguida, la orquesta le dedicó su interpretación hasta que éste sonrió y saludó con la mano. Hasta entonces, el matón había estado incómodo con la machaconería de Zakariya recordando su lejano parentesco, pero empezó a cambiar sus sentimientos desde que supo de la boda de Qásem con Qamar, aunque había decidido no eximir a Qásem del canon de protección. Zakariya volvió a decir:

—Qásem es un mozo querido. ¿Quién en el barrio no va a quererle? — Y como se percatara de cierta molestia en la mirada de Soares, agregó—: De no ser por su sagacidad el día del robo, las cabezas de las gentes de Rifaa y de Gábal no se habrían librado del garrote de Soares, nuestro jefe.

El entrecejo de Soares se distendió y Uais asintió a las palabras de Zakariya:

—Desde luego, por el Señor de Cielos y Tierra.

El cantante moduló: «Se acerca el momento de la unión en el amor». Qásem estaba cada vez más inquieto. Sádeq captó su estado de ánimo, como de costumbre, y le ofreció una nueva copa. La apuró de inmediato hasta las heces, sin dejar de la mano ni un instante el narguile. Entretanto, Hasan se estaba excediendo con la bebida, de modo que los adornos de la carpa temblaban ante sus ojos. Percatado de esto, Uais habló a Zakariya:

—Hasan bebe más de lo que conviene a su edad.

Zakariya se levantó con el vaso en la mano y aconsejó a su hijo:

—No bebas así.

Y tradujo «así» vaciándose en el gaznate la copa entre algazara y risas distendidas. La rabia se redobló en el alma de Uais, que rumiaba para sus adentros: «Si no fuera por la tonta de mi sobrina, no pagarías con todo lo que posees cuanto has bebido esta noche».

A medianoche llamaron a Qásem para el cortejo nupcial, y los invitados se dirigieron al café de Dongol, con Soares a la cabeza como su custodio. En la calle, fuera de la casa, se apiñaban chicos, golfantes y gatos que se

habían reunido al olor de la cocina. Qásem se sentó entre Hasan y Sádeq mientras Dongol les saludaba indicando a su camarero:

—¡Qué noche feliz! Ea, muchacho, el narguile de Dongol para estos mozos estupendos.

A continuación, todo el que pudo ofreció una pipa, a su cuenta, para la concurrencia. Sádeq extrajo de su galabeya una bola de hachís del tamaño de una canica. La pasó entre sus dedos a la luz de la lámpara y susurró al oído de Qásem:

—Mezclado con algo dulce, da una fuerza irresistible.

Qásem lo tomó y lo puso en su boca, sonriendo, con los ojos turbios por la bebida. Sádeq le explicó: «Mástícalo y chúpalo».

Llegaron los cantores, con los flautistas y tamborileros por delante. Soares se puso en pie y dijo con voz imperiosa:

—¡Que empiece el cortejo!

Kaabura precedía a la procesión; llevaba la galabeya directamente sobre las carnes y bailaba descalzo y balanceando un bastón sobre el cráneo. Tras él marchaban los cantantes, Soares y el cortejo del novio, entre sus dos amigos. A todos los rodeaban los portadores de antorchas. El cantor principal se puso a entonar con voz agradable: «La primera, ay, es por mis ojos. / La segunda, ay, es por mis manos. / La tercera, ay, es por mis piernas. / Porque por los ojos la amada me echó las redes; / cuando la saludé, saludé con las manos; / y con estas piernas me encaminé hacia ella».

Mientras subía el tono de los jipíos que lanzaban bocas borrachas o drogadas, el cortejo seguía su camino hacia Gamaliya, Bet el-Qadi, Husain y Darrasa, cerniéndose sobre ellos la noche, ignorante de su alegría. La procesión regresó como se fuera, contentos y felices todos. Fue el primer cortejo nupcial en el barrio que acabó bien: ningún garrote se alzó ni corrió la sangre. Zakariya estaba poseído por el goce de la música; tomó su bastón y se puso a danzar blandiendo el palo, contoneándose, moviendo la cabeza, el pecho o las caderas. Sus movimientos eran a veces de lucha y sensuales otras. Por último, concluyó su baile girando sobre sí mismo entre gritos y palmas.



En esos momentos se reunió Qásem con las mujeres. Vio a Qamar sentada en el extremo de las dos filas de invitadas y se dirigió a ella sumiéndose en un mar de albórbolas, le tomó la mano y ella se irguió; a continuación marcharon juntos, con la bailarina precediéndoles como si fuera dándoles la última lección hasta que el aposento nupcial los envolvió. Al cerrar la puerta se aislaron por completo del mundo exterior en el que, de repente, se había hecho el silencio y sólo se oía algún bisbiseo tenue o pasos sofocados. De una ojeada calibró Qásem el cobertor rosa, el estrado mullido y la alfombra de fina trama, objetos todos que no entraban en su imaginación. Luego, su vista quedó fija en la mujer que, sentada, se quitaba el tocado de la cabeza: estaba espléndida en su plenitud, hermosa a la par que suave y dulce. Los muros parecían mirarle titilantes de luces, y él lo veía todo a través de su turbación, de la agitada felicidad que le anegaba. Se acercó a ella, con su galabeya de seda, mientras su torso expandía calidez. Se detuvo ante Qamar con la vista baja, en tanto la mujer apartaba la mirada como si esperase algo. Él tomó su rostro entre las manos y parecía que iba a decir algo, pero cambió de idea y se inclinó sobre ella hasta que su aliento hizo estremecer las guedejas de su pelo, y la besó en la frente, en las mejillas...

A través de la puerta se deslizó hasta su nariz el olor del incienso, mientras a sus oídos llegaba la voz de Sakina recitando un oscuro ensalmo mágico.

## 71

PASARON días y noches de amor, cariño y tranquilidad de ánimo, ¡y cuán dulces son las dichas de este mundo! Sólo se movió de la casa por temor a que se dijera que no salía de ella desde el día de la boda. Su corazón estaba ebrio de felicidad y placer, disfrutando de cuanta dulzura, cariño y atenciones había deseado. Le gustaba la limpieza y todo lo que veía a su alrededor estaba ordenado; encontraba un ambiente impregnado de incienso y a una mujer que no aparecía nunca desaliñada, y sí, en cambio, con el rostro radiante y afectuosa. Cierta día le dijo, cuando estaban sentados el uno junto al otro en la sala de estar:

—Te veo tan apacible como un cordero: ni pides, ni mandas, ni riñes y, sin embargo, cuanto hay en la casa es tuyo.

Jugeteó Qássem con un mechón de los cabellos de ella, teñidos con alheña, y respondió:

—He llegado a un estado en que no preciso nada. Ella le estrechó fuertemente la mano diciendo:

—Mi corazón me decía desde el principio que eres el mejor de los hombres del barrio; sin embargo, por tu corrección extrema, a veces pareces un extraño en tu propia casa. ¿No sabes que eso me duele?

—Estás hablando a un hombre cuya fortuna venturosa le llevó de las quemantes arenas al paraíso de esta morada encantadora. Intentó ella mostrarse seria, pero la venció la sonrisa:

—No pienses que has venido a mi casa a reposar. Más pronto o más tarde ocuparás el lugar de mi tío en la administración de mis propiedades.

¿Te será demasiado pesado?

Él se rió.

—Será una diversión comparado con pastorear ganado.

Y se hizo cargo de los bienes repartidos entre la barriada de los Jerbos y Gamaliya, y aunque el trato con los pendencieros arrendatarios exigía de todo su tacto y mano izquierda, las cosas se desarrollaron del mejor modo posible. No obstante, el trabajo no le ocupaba sino unos días de cada mes, y encontró tiempo libre como antes no tuviera. Quizá su mayor éxito en aquella nueva vida fue ganarse la confianza de Uais, el tío de su esposa. Desde el comienzo le trató con corrección y respeto, esforzándose por obedecerle y ayudarle en distintas tareas, hasta que el hombre se aficionó a él, y al cariño respondió con cariño y al respeto con respeto. Por lo cual el tío no tuvo más remedio que reconocer un día con franqueza:

—¡Qué equivocadas pueden ser ciertas apreciaciones! ¿No sabes que yo pensaba que eras uno de los golfos de nuestro barrio, y que te valdrías del amor de mi sobrina para aprovecharte de su dinero y dilapidarlo en tus diversiones o que, incluso, llegarías a tomar otra mujer? Y, por el contrario, has probado ser un hombre digno de confianza y prudente, y también que ella acertó eligiéndote.

En el café de Dongol, Sádeq reía alegremente:

—Encárganos una pipa a tu cuenta, como cumple a los ricos de tu porte. Y Hasan añadía:

—¿Por qué no nos acompañas a la taberna? A lo que él contestó con seriedad:

—No tengo más dinero que el que merezco como administrador de los bienes de mi mujer o en pago de los servicios que hago a Uais. Sádeq se asombró y dijo, como si le aconsejara:

—La mujer enamorada es un juguete en las manos del hombre. Qásem replicó irritado:

—A no ser que el hombre esté también enamorado. —Y le dirigió una ojeada de reproche—. Sádeq, tú eres como todos los vecinos del barrio, que no ven en el amor sino un medio para la explotación.

Sádeq sonrió avergonzado y dijo como excusándose:

—Es el modo de pensar de los débiles. No tenemos el brío de Hasan, ni tu fuerza. No tengo posibilidades de llegar a jefe, y en nuestro barrio, o atizas o te atizan.

Qásem cambió el tono, como si aceptara las disculpas del otro:

—¡Qué barrio tan portentoso el nuestro! Dijiste bien, Sádeq: el barrio da pena. Y Hasan, sonriente:

—¡Ay, si fuese como la gente de fuera cree! Sádeq, dándole la razón, agregó:

—Dicen que el de Gabaloui es un barrio con jefes de verdad.

La tristeza se hizo patente en el gesto de Qásem mientras echaba una ojeada furtiva hacia el sitio donde se hallaba sentado Soares, a la entrada del café, a fin de asegurarse de que no les oía.

—Es como si nunca hubieran oído de nuestra miseria.

—Las gentes adoran la fuerza, incluso sus propias víctimas. Qásem comentó, después de meditar un instante:

—Hay que tomar en cuenta la fuerza que hace el bien, como la de Gábal y Rifaa, no la fuerza de los rufianes y los asesinos.

Al tiempo, Taza, el poeta, continuaba recitando: «Adham balbució: “¡Coge a tu hermano!” Y Qadrí gimió: “No puedo”».

«“Fuiste capaz de matarle”. “Padre, no puedo”».

«“No me llames padre; quien mata a su hermano no tiene padre, ni madre, ni hermano”. “No puedo”».

«Apretó con más fuerza su presa y dijo: “El asesino debe cargar con su víctima”».

El poeta tomó el rabel y se puso a cantar. En ese momento, observó Sádeq dirigiéndose a Qásem:

—Ahora vives la vida con que soñaba Adham. El rostro de Qásem denotó un gesto de censura:

—Pero a cada paso me salen dificultades y problemas que enturbian mi paz. Adham no soñaba con el recogimiento y la plenitud íntima más que como un medio para lograr la felicidad.

Callaron los tres un instante, hasta que Hasan comentó:

—La felicidad pura no puede existir nunca.

En los ojos de Qássem apareció una mirada soñadora:

—A no ser que todo el mundo alcance las cosas que llevan a ella.

Y pensaba en cómo él disfrutaba de riquezas y ocio, mas la desventura ajena malograba su dicha. Y aquí estaba él aceptando la humillación de pagar a Soares el precio de su «protección». Por eso deseaba fervientemente ocupar su holganza trabajando, como si huyera de sí mismo, o para escapar de aquel barrio cruel. Y tal vez si Adham hubiera conseguido lo que deseaba —y en su misma situación— también se habría sentido oprimido por su felicidad y se habría proyectado en el trabajo.

En aquellos días, Qamar empezó a presentar extraños síntomas que Salciña identificó como propios de gravidez. Pero Qamar casi no podía creerlo. Su esperanza de quedar encinta no había sido sino un sueño, por eso la alegría la embargaba, a la par que el corazón de Qássem se henchía de gozo hasta llegar a difundir la nueva por todos los rincones en que hubiera alguien que le quisiera: lo hizo saber en casa de su tío y en la tienda del latonero y en la verdulería de Uais y en la choza de Yahya. Qamar multiplicaba sus propios cuidados, hasta que dijo a su marido con un tono intencionado:

—Conviene que evite cualquier fatiga. Él contestó con una sonrisa comprensiva.

—Salciña debe encargarse de las tareas pesadas de la casa y yo habré de tener paciencia.

Ella le besó, exclamando con alegría infantil:

—¡Quisiera besar el suelo de gratitud!

Qássem marchó al desierto para visitar a Yahya, pero se detuvo en la roca de Hind y se sentó a su sombra. Al tender la vista divisó a un pastor que guardaba su rebaño, y su corazón se llenó de ternura. Habría deseado decirle que la felicidad del hombre no reside solamente en ser importante; más aún: que en eso no estriba la felicidad en modo alguno. Pero ¿no sería más oportuno decirles eso a los caciques como Lahíta y Soares? ¡Y cuánto se había conmovido por los chicos del barrio que soñaban en balde con la dicha! Después, repentinamente, el destino arrojaba sus sueños junto con los desechos en los montones de basura. ¿Por qué no gozar de la ventura

que le había sido concedida, cerrando los ojos a cuanto le rodeaba? Tal vez esta pregunta inquietó un día a Cabal como en otra ocasión había perturbado a Rifaa. En sus manos tuvieron ambos disfrutar de la paz, tranquilidad y reposo de manera permanente; sin embargo, ¿cuál era el secreto del tormento que les perseguía?

Mirando el cielo por encima de los montes, lo veía límpido, con la única excepción de algunos jirones tenues de nubes dispersas, como pétalos de rosas blancas. Bajó la cabeza, se diría que fatigado, y su vista cayó sobre algo que se movía. Comprendió que se trataba de un alacrán que corría hacia su madriguera. Levantó raudo su cachava y la dejó caer sobre la alimaña, machacándola. Luego, la observó un instante con asco y siguió su paseo.

## 72

LA casa de Qássem recibió una nueva vida, y en sus fiestas participaron los pobres del barrio. La llamaron Ihsán, como la madre de Qássem, a la que nunca viera. Con su nacimiento la casa hubo de habituarse a novedades tales como el llanto, la suciedad y el insomnio, pero también acrecieron la alegría y las satisfacciones de la familia. Entonces, ¿por qué el padre aparecía a veces distraído y como si los pesares le atenazaran? La esposa estaba muy inquieta y le preguntó en una ocasión:

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Pero no estás como de costumbre. El replicó, desviando la vista:

—El Señor sabe lo que me pasa. Tras dudar un poco, ella preguntó:

—¿Te parece que hay algo en mí que no te gusta? El respondió con vehemencia:

—¡No hay nadie más querido para mí que tú; ni siquiera nuestra adorada pequeña!

Ella suspiró.

—Tal vez es el mal de ojo. Él sonrió.

—Tal vez.

Rezó oraciones mágicas por él, quemó incienso y por él pidió desde lo más hondo de su corazón, pero una noche la despertó el llanto de Ihsán y no le halló a su lado. En el primer momento pensó que aún no habría vuelto de su velada nocturna en el café; no obstante, cuando la niña se hartó de llorar, Qamar percibió el profundo silencio en que estaba sumido el barrio todo, lo

cual no sucedía habitualmente hasta mucho después de que cerraran los cafés. Las dudas la asaltaron, se levantó y se acercó a la ventana para atisbar: sólo pudo contemplar las sombras que envolvían el barrio hundido en el sueño. Regresó junto a la pequeña, que de nuevo lloraba, y le dio el pecho, mientras tornaba a preguntarse por la causa de la tardanza, por primera vez en su vida en común. Ihsán se durmió y la mujer se apartó del lecho otra vez, para colocarse junto a la ventana. Al no escuchar ruido alguno, salió a la sala y despertó a Sakina, que se incorporó amodorrada para, acto seguido, erguirse inquieta. La señora le informó de lo que la había impulsado a despertarla y ella resolvió de inmediato acudir a Zakariya a preguntarle por Qásem. Qamar se interrogaba acerca de lo que podía haberle inducido a quedarse en casa del tío hasta tales horas, pero desechó tal posibilidad; sin embargo, no impidió marchar a la sirvienta, porque anhelaba que sucediera algo inesperado o, al menos, para recabar el auxilio del tío en sus inquietudes. Cuando ya se había ido Sakina, tornó a preguntarse por el motivo de la demora: ¿tendría algo que ver con el cambio en él observado? ¿Estaría relacionado con sus caminatas vespertinas por el desierto?

Zakariya y Hasan despertaron alarmados por las llamadas de Sakina. Hasan explicó que Qásem no había estado con él en la tertulia nocturna, y el otro preguntó cuándo había salido el sobrino de su casa, respondiendo la sirvienta que eso fue a poco de almorzar. Los tres dejaron la casa y Hasan se acercó a la casa vecina para retornar luego con Sádeq, que comentó inquieto:

—Casi está amaneciendo. ¿Dónde se habrá metido? Y Hasan:

—Quizá le venció el sueño en la roca.

Zakariya mandó a Sakina volver a casa para informar a su señora de que ellos se dirigían a buscar a Qásem por todas partes. Los tres marcharon hacia el desierto: sentían la humedad de la noche otoñal, por lo que se ciñeron bien los turbantes a la cabeza. Caminaban guiándose por el creciente lunar de fin de mes, resplandeciente en un ciclo tachonado de estrellas sobre el cual se rasgaban las nubes. Hasan gritó con una voz que hendía el espacio como un meteoro: «¡Qásem..., Qásem!». Y el eco le



devolvió la llamada desde el lado de Muqattam. Apretaron el paso hasta alcanzar la roca de Hind. La circunvalaron, escudriñando el contorno, pero no dieron con huella alguna de Qásem. Zakariya preguntó con su vozarrón:

—¿Adonde habrá ido? Él no es un perverso, ni tampoco tiene enemigos. Hasan musitó, indeciso:

—Ni hay ninguna otra causa para que huya.

Sádeq recordó que en el desierto no faltaban los bandoleros, y su corazón se llenó de congoja, pero no dijo nada. Zakariya añadió tibiamente:

—¿Estará con Yahya?

Los dos jóvenes exclamaron a una, como si fuera un grito de auxilio:

—¡Yahya!

Zakariya interrogó, como denegando:

—¿Y por qué había de quedarse con él?

En silencio se dirigieron a los confines del desierto, sumidos en sus negros pensamientos, mientras hasta sus oídos llegaba, de muy lejos, el canto del gallo; sin embargo, el cielo, a causa de las densas nubes, no acababa de clarear. Sádeq clamó, lamentándose: «¿Dónde estás, Qásem?». El viaje había sido en balde, pero continuaron la marcha hasta dar en la choza de Yahya, aún sumida en el sueño. Zakariya avanzó para llamar a la puerta con el puño, hasta que sonó la voz de Yahya:

—¿Quién anda ahí?

Abrió la puerta y apareció su silueta apoyándose en el bastón. Zakariya observó apesadumbrado:

—Lo siento, hemos venido buscando a Qásem. Yahya comentó tranquilamente:

—Visita esperada.

Estas palabras reanimaron sus espíritus por primera vez; pero de nuevo, rápidamente, les atenazó la inquietud. Zakariya inquirió:

—¿Tienes noticias de él?

—Está durmiendo ahí dentro.

—¿Bien?

—Si Dios quiere. —Y luego agregó en un tono de deliberada naturalidad—: Ahora está bien. Algunos vecinos míos que venían de Otuf

le encontraron junto a la roca de Hind desvanecido y me lo trajeron. Le rocié la cara con perfume hasta que se recuperó. Como parecía cansado le dejé dormir y así se quedó.

Zakariya le reprochó:

—¡Podías habernos comunicado la noticia! Y el otro, con la misma calma:

—Le trajeron a medianoche y no podía enviarte a nadie. Sádeq observó preocupado:

—Sin duda está enfermo. El anciano vaticinó:

—Despertará estupendamente. Y Hasan:

—Despertémosle para tranquilizarnos sobre su estado. Sin embargo, Yahya objetó firmemente:

—Al contrario; debemos esperar a que despierte por sí solo.

## 73

ESTABA sentado en la cama, recostado en una almohada y con el cobertor cubriéndole hasta la barbilla. Sus ojos traslucían una mirada pensativa. Qamar, a sus pies, tenía las piernas cruzadas y llevaba la niña colgada del cuello. Esta movía sin cesar sus manitas, mientras emitía tenues y raros sonidos imposibles de descifrar. De un incensario en el centro de la pieza subía en espiral un hilo de humo que se iba difuminando y desvaneciendo como si extendiera un secreto maravilloso. El hombre tendió la mano hacia una mesita próxima al lecho y tomó un vaso de alcaravea, lo sorbió poco a poco y, después, lo devolvió a su sitio, dejando sólo las heces. La mujer susurraba cosas a la niña y jugueteaba con ella; sin embargo, las inquietas miradas que furtivamente dirigía a su marido mostraban que juegos y carantoñas no eran sino una forma de disimular sus sentimientos. Por último preguntó:

—Y ahora, ¿cómo estás?

Con un movimiento espontáneo, su cabeza se dirigió hacia la puerta del aposento, cerrada; luego la retornó en dirección a su esposa y dijo con calma:

—Lo que tengo no es ninguna enfermedad.

En los ojos de ella relució una mirada de sorpresa.

—Me alegra oírlo. Pero, por Dios, dime qué tienes. Él parecía un tanto dubitativo.

—No sé. No, no debería decir esto. Por supuesto, sé todo lo que pasa..., pero, la verdad, temo que los tiempos de reposo se fueron.

De pronto, Ihsán rompió a llorar, y la mujer se apresuró a darle el pecho. Luego le miró inquisitiva y preocupada:

—¿Por qué?

El suspiró y, señalando a su pecho, dijo:

—Llevo aquí un gran secreto, que yo solo no puedo soportar. La inquietud de la mujer crecía y pidió, anhelante:

—Qásem, cuéntamelo.

Se irguió levemente, con los ojos plenos de seriedad y determinación.

—AJ revelártelo, serás la primera persona que lo escucha, pero debes creerme porque sólo referiré la verdad. Ayer por la noche sucedió algo portentoso allá, al pie de la roca de Hind, cuando estaba solo con la noche y el desierto.

Tragó saliva, en tanto ella le urgía con una mirada cálida.

—Me encontraba sentado observando la marca de la luna creciente que, de pronto, quedó cubierta por la nubes, mientras las tinieblas se generalizaban, y cuando ya pensaba levantarme oí una voz próxima que me decía: «Hola, Qásem». Me estremecí por la sorpresa, pues nada había precedido a aquella voz, ni ruido, ni movimiento. Alcé la cabeza y vi la sombra de un hombre parado a un paso de donde yo me hallaba. No podía distinguir su rostro, pero sí su turbante blanco y la abaya en que se envolvía. Disimulando mí turbación, le devolví el saludo y le pregunté quién era. Él replicó, pero no como esperarías.

Qamar meneó la cabeza con ansia.

—Habla, no tengo paciencia.

—El me dijo: «Soy Qandil». Yo estaba perplejo y repuse: «Lo siento, yo...». El me cortó: «Soy Qandil, servidor de Gabalau».

La mujer balbució:

—Y el hombre, ¿qué dijo?

—Dijo: «Soy Qandil, servidor de Gabalau».

La madre estaba tan conmovida que el pecho escapó de la boca de Ihsán, cuyo rostro se contrajo, a punto de llorar, pero la mujer se lo devolvió, pálida.

—¿Qandil? ¿El criado de Gabalauí? Nadie sabe nada acerca de sus servidores. Su excelencia el administrador es quien se encarga directamente de proveer a las necesidades de la Casa Grande, y sus criados llevan las provisiones para que los de Gabalauí las recojan en el jardín.

—Sí, esto es lo que sabe todo el barrio, pero él me dijo lo que acabo de contarte.

—¿Y le creíste?

—Me levanté rápidamente, por cortesía, pero también para defenderme si llegaba el caso. Le pregunté cómo saber que no me engañaba, y me contestó con toda tranquilidad: «Sígueme, si quieres, para ver cómo entro en la Casa Grande». Mi corazón se aquietó y me dije a mí mismo que debía creerle, a fin de averiguar el porqué de todo aquello. Estos sentimientos no aminoraron mi alegría por haberle encontrado. Le pregunté por nuestro antepasado, cómo estaba y qué hacía.

La voz de Qamar le interrumpió, consternada:

—¿Todo eso sucedió entre vosotros?

—Sí, por el amor de Dios. Me dijo que nuestro antepasado se encontraba bien, pero sin añadir nada a esto. Le pregunté si él sabía lo que ocurre en nuestro barrio y la respuesta fue que lo sabe absolutamente todo y que quien more en la Casa Grande podrá observar los sucesos pequeños o enormes que acaezcan en el arrabal, y que por eso le había enviado a mí.

—¡A ti precisamente!

Qásem frunció el ceño con enojo:

—Así dijo. Yo estaba atónito, pero él no me prestó atención y agregó: «Quizá te eligió por la sabiduría que mostraste el día del robo y por tu lealtad para con tu familia. Él te hace saber que todos los habitantes del barrio son por igual sus descendientes y que los bienes comunales les pertenecen por herencia en pie de igualdad total, y que las jefaturas constituyen un mal que debe desaparecer. También ha manifestado que el barrio ha de convertirse en una prolongación de la Casa Grande». El silencio se adueñó de todo y yo era incapaz de articular palabra. Mientras le miraba, percibí las nubes descubriendo la luna creciente en toda su pureza.

Le pregunté amablemente: «¿Y por qué me comunica estas cosas?». Y replicó: «Para que seas tú quien arregle la situación».

—¡Tú! —exclamó Qamar.

Qásem añadió con voz temblorosa:

—Así habló y pensé pedirle aclaraciones, pero me saludó y se fue. Le seguí hasta que me pareció que le veía subir a lo alto del muro que domina el desierto por una escalera desmesurada o cosa por el estilo. Me detuve aturdido y retorné a mi sitio anterior con la intención de ir a ver al maestro Yahya, pero perdí el conocimiento, y cuando lo recobré ya estaba en su choza.

El silencio volvió a invadir el aposento sin que Qamar apartara sus ojos, confusos, del rostro de su marido. El sueño penetró en los párpados de Ihsán mientras mamaba, y su cabeza colgó sobre el brazo de su madre, que la acostó cariñosamente. Luego, Qamar tornó a mirar inquieta y pálida a Qásem.

En ese momento subía de la calle la ronca voz de Soares, que insultaba a un hombre, y los gritos y gemidos continuos que éste profería por la tunda que estaba recibiendo. Después, una vez más la voz de Soares, alejándose, amenazando en todos los tonos. Y, a continuación, el hombre que, con acento de rabia y desesperación, clamaba: «¡Gabalauí!».

Qásem, agobiado, se preguntaba a propósito de las miradas de su esposa: «¿Qué estará pensando de mí?». Mientras la mujer se decía: «Es un hombre honrado que nunca me ha mentado, y ¿por qué iba a inventar tal historia? Es digno de confianza, sin que jamás haya mostrado codicia por mi dinero —con lo fácil que lo tenía—. ¿Por qué, entonces, va a ambicionar los bienes comunales, con el peligro que eso conlleva? ¿De verdad habrán pasado los días de bonanza?». Y en voz alta:

—¿Y yo soy la primera persona a quien has confiado tu secreto? Asintió con la cabeza, y ella agregó:

—Qásem, sólo vivimos una vez. No me preocupo por mí misma como me preocupo por ti. Este secreto tuyo es un asunto grave cuyos efectos no ignoras, así que haz memoria y cuéntame si fue real o, tal vez, un sueño.

Contestó firme y un tanto enojado:

—Fue real y palpable, nada de sueños.

—Te encontraron desvanecido.

—Eso fue después del encuentro.

—Quizá has mezclado los acontecimientos —dijo ella con ternura. Él suspiró, atormentado.

—No hay mezcla alguna. La aparición fue clara como un día soleado. Qamar dudó un instante y preguntó:

—¿Quién nos garantiza que, efectivamente, era el criado de Gabaloui y su enviado, y no cualquier borrachín de los muchos que hay en el barrio? El contestó con obstinación:

—Le vi subiendo al muro de la Casa Grande. Ella suspiró a su vez.

—En todo nuestro barrio no hay una escalera que alcance a la mitad del muro.

—Pero yo lo vi.

Ella parecía un ratón atrapado, pero se negaba a rendirse.

—¿Tomaste hachís? La miró sombrío.

—No me crees, Qamar. Y no puedo conseguir que me creas.

—Es que temo por ti, y sabes lo que quiero decir. Temo por ti, por nuestra casa y nuestra hija; por nuestra felicidad, en suma. Me pregunto por qué te escogió a ti precisamente y por qué no realiza sus designios por sí mismo, si es el dueño de los bienes habices y el amo de todo.

—¿Y por qué se dirigió a Gábal y Rifaa?

Los ojos de la mujer se dilataron, a la par que se fruncían las comisuras de su boca, como un niño a punto de llorar. Apartó la vista, confusa.

—No me crees y no te exijo que me creas.

Ella rompió a llorar, y en las lágrimas se refugió para escapar a sus pensamientos. Qásem se le acercó y, tendiendo su mano a la de ella, la atrajo hacia sí, preguntándole dulcemente:

—¿Por qué lloras?

Le miró a través de las lágrimas, sollozando entrecortadamente.

—Lloro porque te creo; claro que te creo. Tengo miedo de que la buena época se haya terminado. —Y luego, con tono abatido—: ¿Y qué vas a hacer?

EL ambiente de la habitación estaba cargado de confusión tensa. Zakariya parecía pensativo y cejijunto. Uais se puso a jugar con su bigote; Masan daba la impresión de estar hablando solo, y Sádeq no apartaba la vista del rostro de su amigo Qásem. Qamar, en un rincón del recibidor, rogaba al cielo que guiase a todos con bien. En torno a las tazas de café, vacías, rondaban dos moscas; Qamar llamó a Salciña para que se llevase la bandeja. La sirvienta la recogió y cerró la puerta tras de sí, dejándola tal como estaba. Uais comentó resoplando:

—¡Un secreto para destrozarnos los nervios!

En la calleja, un perro aulló como si le hubiese alcanzado una pedrada o un estacazo; se dejó oír la voz de un vendedor canturreando el pregón de sus dátiles; una vieja exclamó apenada: «¡Señor, líbranos de semejante vida!». Zakariya se volvió hacía Uais:

—Maestro Uais, tú que eres el más importante de nosotros en calidad y categoría, aconséjanos.

El hombre paseó sus ojos entre Zakariya y Qásem antes de señalar:

—Te digo la verdad: Qásem es un hombre cabal y no hay muchos de éstos, pero su historia me hace zumbiar la cabeza. Sádeq, que tenía ganas de hablar, intervino:

—Es un hombre sincero. Desafío a cualquier mortal a recordar alguna falsedad que viniese de él. Para mí dice la verdad, os lo juro por la tumba de mi madre. Y Hasan, con entusiasmo:

—Lo mismo digo: siempre me tendrá a su lado.



Por primera vez sonrió Qásem, con agradecimiento, mientras observaba con admiración el robusto cuerpo de su primo; sin embargo, Zakariya echó una ojeada de censura a su hijo y siguió:

—El asunto no es para bromas. Pensad en nuestra vida y nuestra paz. Uais ratificó sus palabras asintiendo con la cabeza:

—Dices bien; antes nadie había oído cosa parecida. Qásem terció:

—Cosas así se oyeron, y más, acerca de Gábal y Rifaa.

Uais, sorprendido, le miró de hito en hito y preguntó dubitativo:

—¿Piensas que eres como Gábal y Rifaa?

Qásem apartó la vista, dolido, mientras Qamar le observaba preocupada; luego comentó:

—Tío, ¿quién sabe cómo vendrán las cosas?

El hombre continuó atusándose el bigote, y Zakariya dijo:

—¿Y qué tiene de bueno que piense ser como Gábal o Rifaa? Rifaa murió de mala muerte y Gábal habría sido asesinado de no ser por la solidaridad de su gente. ¿Y quién eres tú, Qásem? ¿Olvidaste que a nuestra barriada la llaman «la de los Jerbos» y que la mayoría de quienes la pueblan son rufianes y gentes miserables?

Sádeq objetó con firmeza:

—No olvidéis que Gabalauí le eligió por encima de todos los demás, incluidos los caciques; no creo que le abandone en los momentos difíciles. Zakariya contestó irritado:

—Eso se dijo de Rifaa en sus tiempos, y fue asesinado a unos pasos de la casa de Gabalauí.

Qamar advirtió:

—No subáis la voz.

Uais miró furtivamente a Qásem, pensativo: «¡Qué asombroso es cuanto se oye y se dice! Este pastor a quien mi sobrina convirtió en un señor... Yo le doy mi confianza y creo en él, pero ¿basta esto para hacer de él un Rifaa o un Gábal? ¿Es que aparecen los hombres importantes con tal sencillez? ¿Y qué ocurrirá si sus sueños se hacen realidad?». Y añadió:

—Da la impresión de que Qásem es insensible a nuestras advertencias. ¿Qué demonios pretende el muchacho? Desde luego, es de lamentar que

nuestra barriada continúe sin tener parte alguna en los bienes comunales. ¿Es que quieres ser jefe y administrador de la barriada?

Qássem replicó con dureza:

—No me habló de eso; por el contrario, me dijo que todos los habitantes del barrio son sus descendientes, que los bienes habices son de todos por igual y que los cacicazgos son un mal gravísimo.

El entusiasmo relampagueó en los ojos de Sádeq y Hasan, mientras Uais quedaba consternado. Zakariya preguntó:

—¿Sabes lo que eso significa? Uais conminó, irritado:

—Díselo.

—Que vas a desafiar el poder del administrador y los garrotes de Lahíta, Galta, Haggag y Soares.

Qamar estaba lívida; sin embargo, Qássem dijo tranquilamente:

—Eso es.

Uais soltó una carcajada cuyo eco se reflejó en las caras de Qássem, Sádeq y Hasan. Zakariya, sin darse por enterado, continuó:

—Nos asesinarán a todos; seremos aplastados como hormigas. Y nadie te creerá. No creyeron a quien se entrevistó con Gabalauí ni a quien oyó su voz y le habló; así pues, ¿cómo van a tener fe en alguien que sólo habló con uno de sus criados?

Uais, cambiando de tono, dijo:

—No nos importa lo que cuentan las historias. Nadie presencié la entrevista de Gabalauí y Gábal, ni la que tuvo con Rifaa; son fábulas que se cuentan habitualmente pero que nadie vio con sus propios ojos y que reportaron ganancias. Así logró la barriada de Gábal su respetabilidad; y otro tanto sucedió con la de Rifaa. También nosotros tenemos derecho a ser como ellos. ¿Por qué no? Todos venimos de la greda de ese hombre oculto en su gran casa. Pero debemos abordar la cuestión con sabiduría y prudencia. Preocúpate, Qássem, de tu gente. Déjate de descendientes, de igualdades y de lo que es bueno o malo. Será fácil conseguir que Soares se sume a nosotros, pues es tu pariente. El acuerdo con él es posible, para que nos deje parte de los beneficios. Qássem frunció el ceño.

—Uais, tú estás en un lugar y nosotros en otro. No pretendo regateos o parte en la ganancia; mi único designio es llevar a cabo la voluntad de nuestro antepasado, tal como se me transmitió.

Zakariya exclamó:

—¡Ay, Señor!

Qássem seguía ceñudo. Recordaba sus penas, su soledad y los parlamentos de Yahya. Recordaba también cómo le había llegado la felicidad desconocida anteriormente para un simple criado como él, y que nuevos horizontes se le habían abierto. Pensaba en cómo Zakariya no tenía otra preocupación sino la paz, en tanto Uais sólo se cuidaba de las ganancias. Pensaba que la vida sólo merecería la pena cuando se enfrentaran a un horizonte nuevo. Suspiró.

—Era preciso comenzar pidiéndoos consejo, pero no os exigiré nada. Sádeq le estrechó la mano y dijo:

—Estoy contigo.

Hasan también le dio un apretón.

—Te seguiré en lo bueno y en lo malo. Zakariya saltó:

—No te dejes engañar por las palabras de estos críos. Cuando se levantan las estacas, los tipos como ellos corren a ocultarse en sus madrigueras. ¿Y a cuento de qué te expones a la muerte? En el barrio sólo hay animales y sabandijas. Gozas de una vida desahogada y cómoda; reflexiona y disfrútala.

Qássem se preguntaba por lo que aquel hombre estaba diciendo. Le parecía estar escuchando algunos de sus propios pensamientos cuando se objetaba: «Tu hija, tu mujer, tu casa, tú mismo; pero has sido elegido como lo fueron Gábal y Rifaa. Tu respuesta ha de ser como fue la de ellos».

—Tío, he pensado mucho y he escogido mí camino. Uais dio una palmada y dijo:

—El poder y la fuerza a Dios pertenecen. —Y luego, en tono de advertencia—: Los fuertes te matarán y los débiles se mofarán de ti.

Qamar, angustiada, revolvía la vista entre su tío y su marido, temerosa de desengañar a Qássem y, al tiempo, con miedo por las consecuencias de persistir en su actitud. Se dirigió a su tío:

—Tú eres hombre importante y puedes prestarle tu apoyo. Uais la interrogó despectivamente:

—¿Qué pretendes, Qamar? Tienes dinero, una hija, un esposo; ¿qué te importa que se distribuyan entre la gente los bienes del legado comunal o quede ellos se ocupen los caciques? A quien intenta ser jefe tenemos por lunático, ¿y cómo has de considerar al que pretende supervisar el barrio entero? Qásem, muy dolido, cortó:

—Nada de eso apetezco. Sólo quiero el bien que desea nuestro antepasado Gabalauí.

Uais intentó apaciguarle con una sonrisa forzada.

—¿Dónde está nuestro antepasado? Que salga a la calle, aunque sea a costas de sus criados y que ponga en práctica las cláusulas de su legado, tal como desea. ¿Piensas que alguien en el barrio, por poderoso que sea, podría, si Gabalauí hablase, alzar frente a él un ojo o un dedo?

Zakariya remachó:

—Y si los caciques se nos echan encima y nos pasan a cuchillo, ¿moverá un dedo o se preocupará de lo que nos suceda? Qásem dijo, taciturno:

—No pido a nadie que me crea o me apoye.

Zakariya se levantó hacia él, poniéndole afectuosamente la mano en el hombro.

—Qásem, te ha afectado el mal de ojo; yo sé qué perjuicios causa. Han hablado tanto de tu buen juicio, de tu buena suerte, que no ha podido por menos que perjudicarte la envidia del mal de ojo. Pide ayuda a Dios contra el demonio y date cuenta de que ahora eres una persona importante. Si quieres, puedes negociar con el dinero de tu mujer y alcanzar grandes riquezas. Quítate esas cosas de la cabeza y confórmate con los bienes y la opulencia que Dios te otorgó.

Qásem, entristecido, bajó la cabeza, miró a su tío y afirmó con una tenacidad asombrosa:

—No voy a olvidar cuanto hay en mi mente aunque se me entregaran todos los bienes comunales.

## 75

«¿QUÉ vas a hacer? ¿Hasta cuándo estarás cavilando y a la espera? Y a la espera ¿de qué? Y si tus allegados no te creen, ¿quién te va a creer? ¿Y de qué sirve la tristeza? ¿Y qué provecho tiene aislarse al pie de la roca de Hind? Ni las estrellas ni las tinieblas responden. Ni la luna. Parece como si esperases encontrar al criado nuevamente. ¿Y qué novedad aguardas de él? Deambulas en la oscuridad alrededor de ese rincón en que se te dice que tu antepasado se entrevistó con Gábal; te paras largamente tras el inmenso muro, donde se asegura que habló con Rifaa. Mas no le ves, ni oyes su voz, ni su sirviente regresa. ¿Qué harás? Esta pregunta te persigue como el sol al pastor y, para siempre, te arrancará la paz y el goce de la vida. Gábal, como tú, estaba solo y, sin embargo triunfó. Rifaa sabía su camino y por él marchó hasta caer muerto, y ésa fue su victoria. Y tú, ¿qué vas a hacer?». Qamar le reprochaba:

—Descuidas mucho a tu preciosa hija; llora y no la consuelas; juega y no la animas a seguir jugando.

Sonrió él a la carita, consolándose así de sus malos pensamientos, y musitó:

—¡Qué preciosa es!

—Incluso en los momentos en que nos haces compañía estás lejano, como si no nos contáramos entre las gentes de tu mundo.

Se acercó a ella en el sofá que ocupaban juntos y besó su mejilla. Después cubrió de besos la cara de la pequeña.

—¿No ves que necesito tu cariño?

—Mi corazón es tuyo, con todo mi cariño, afecto y amor, pero es necesario que te apiades de ti mismo.

Le pasó la niña y él la abrazó, acunándola cariñoso y escuchando sus balbuceos. De repente dijo:

—Si el Señor me hiciera triunfar no privaría a las mujeres de disfrutar de los beneficios que se nos han legado. Qamar comentó, sorprendida:

—Pero los bienes habices son para los hombres, no para las mujeres. Miró con ternura los negros ojos de la chiquilla y prosiguió:

—Por boca del criado, mi antepasado dejó establecido que la herencia común es de todos, y las mujeres son la mitad de los habitantes del barrio. Resulta asombroso que nuestro barrio no respete a las mujeres; sin embargo, lo hará el día en que aprenda a respetar el significado de la justicia o de la compasión.

Amor y ternura resplandecieron en los ojos de Qamar, y se dijo: «Habla de victoria, pero ¿dónde está esa victoria?». Ella ansiaba con toda su alma aconsejarle sobre su seguridad y su paz, pero no tenía valor. Se interrogaba acerca de qué les ocultaba el día de mañana. ¿Tendría la suerte de Safiqa, la esposa de Gábal, o sufriría del mismo modo que sufrió Abda, la madre de Rifaa? Se estremeció y miró a lo lejos para que él no pudiese leer en sus ojos nada que le inquietase.

Cuando llegaron Sádeq y Hasan para ir juntos al café, les expuso su deseo de visitar al maestro Yahya para presentárselo. Una vez en la choza, le encontraron fumando su narguile y recibieron el aroma del hachís impregnando la atmósfera. Le presentó a sus amigos y tomaron asiento a la entrada de la cabaña, mientras la luna llena relucía con toda su fuerza a través de una ventana. Yahya miraba los rostros de los tres con asombro y se preguntaba si, de verdad, ellos serían quienes pondrían todo el barrio patas arriba. Repitió a Qásem cosas que ya le había dicho en otras ocasiones:

—Cuidado con que alguien sepa tu secreto antes de que estés preparado.

El narguile pasó de boca en boca y todos lo encontraron delicioso. La luz de la luna que penetraba por el ventano bañaba la cabeza de Qásem y

tocaba los hombros de Sádeq, mientras las brasas de la cazoleta refulgían en la oscuridad del corredor. Qássem inquirió:

—¿Y cómo me voy a preparar? El viejo rió chuscamente.

—Alguien a quien eligió Gabalauí no tiene derecho a pedir opinión a un vejstorio como yo.

Se hizo un silencio sólo roto por el borboteo del narguile, hasta que el anciano interrumpió:

—Tienes a tu tío y al de tu mujer. Del tuyo no debes esperar ni bien ni mal, pero al otro te lo puedes ganar si le das algo.

—¿Qué voy a darle?

—Prométele que dirigirá la administración de los Jerbos. Sádeq intervino con franqueza:

—Nadie debe ser distinguido en manera alguna en cuanto se refiere a los beneficios de las propiedades habices. Esa herencia es de todos, en pie de igualdad, como dijo Gabalauí.

Yahya rió.

—¡Qué asombroso es nuestro antepasado! Con Gábal fue fuerza, misericordia con Rifaa y ahora es otra cosa. Qássem terció:

—Es el amo del legado y tiene derecho a cambiar y modificar sus diez condiciones.

—Pero tu misión es delicada, hijito: afecta a todo el barrio, no a un sector sí y a otro no.

—Ésa fue la voluntad de Gabalauí.

Yahya dio una chupada inacabable que le dejó sin resuello, y Hasan se aplicó en su lugar a atender el narguile. El viejo estiró sus piernas resoplando profundamente. Luego preguntó:

—¿Te servirás de la fuerza como Gábal o escogerás el amor como Rifaa? La mano de Qássem se revolvió en torno a su turbante.

—La fuerza cuando sea necesaria y el amor en todas las ocasiones. Yahya meneó la cabeza y sonrió.

—Tu único error es preocuparte de los bienes habices; eso te llevará a complicaciones inconmensurables.

—¿Cómo viven las gentes sin ellos? El anciano dijo orgullosamente:

—Como vivió Rifaa.

Qásem contestó, serio y correcto:

—Vivió con la ayuda de su padre y de quienes le querían y dejó tras de sí discípulos, pero ninguno de ellos pudo emularle. La realidad es que nuestro miserable barrio precisa limpieza y honor.

—Y el legado, ¿es necesario para eso?

—Desde luego, maestro. Con los bienes comunales y acabando con los cacicazgos. Así se logra la honra que Gábal procuró a su gente y el amor por que clamaba Rifaa, e incluso la felicidad con que soñó Adham.

Yahya rió.

—¿Qué dejaste para quien venga detrás de ti? Meditó un instante.

—Si el Señor me concede el triunfo, el barrio ya no necesitará a nadie después.

El narguile hizo la ronda como un ángel en sueños. El agua del receptáculo bullía a punto de derramarse. Yahya preguntó:

—¿Qué le quedará a cada uno de vosotros si se reparten los beneficios del legado igualitariamente? Sádeq replicó:

—Queremos los bienes habices para hacerlos producir, y así el barrio se convertirá en una prolongación de la Casa Grande.

—¿Y qué trabajos contáis hacer?

La luz de la luna se ocultó tras una nube que pasaba, y el corredor quedó en completas tinieblas, pero no transcurrió un minuto sin que la claridad se extendiera de nuevo. Yahya fijó la vista en el musculoso cuerpo de Hasan e inquirió:

—¿Podrá tu primo derrotar a los gerifaltes? Y Qásem:

—Pienso seriamente en tomar consejo de un abogado. Yahya gritó:

—¡¿Qué abogado aceptará desafiar al administrador y a sus jefes delegados?!

El sopor del hachís se mezcló con los taciturnos pensamientos. Los tres regresaron a sus casas al borde de la desesperación.

Qásem sufría atormentado en su soledad, embargado por sus preocupaciones y angustias, hasta el punto de que Qamar le dijo cierto día:



—No debemos preocuparnos por la felicidad de los demás hasta el punto de hacernos desgraciados nosotros mismos. Él replicó duramente:

—Conviene que sea digno de la confianza en mí depositada.

«¿Qué vas a nacer? ¿Por qué no retrocedes del borde de este precipicio? Un abismo de desesperación rebosante de silencio y marasmo, tumba de sueños cubiertos por la arena; lobo para los recuerdos hermosos y las melodías sugestivas; manto del mañana con el sudario de ayer».

Un día, Qásem llamó a Sádeq y Hasan y les dijo:

—Debemos comenzar ahora.

El rostro de ambos se iluminó. Hasan le apremió:

—Venga lo que haya.

Qásem contestó con voz pletórica de vida:

—Se acabaron las reflexiones y llegan las decisiones. Vamos a crear un club deportivo.

La sorpresa les dejó sin habla, pero él sonrió.

—Lo instalaremos en el patio de mi casa. Los deportes son una afición extendida por casi todas las barriadas.

—¿Y qué tiene que ver esto con nuestro cometido? Sádeq, a su vez, preguntó:

—Un club, por ejemplo de halterofilia, ¿qué tiene que ver con los bienes habices?

Qásem dijo con los ojos relampagueantes:

—Vendrán a nosotros los jóvenes, por el gusto de ejercitar su fuerza y por competir, y así podremos elegir a quienes sean dispuestos y dignos de confianza.

Los ojos se dilataron.

—Formaremos un equipo, ¡y qué equipo!

—Sí, y acudirán jóvenes de Gábal y también de Rifaa. Les invadía la alegría. Qásem, al andar, casi danzaba.

## 76

EL día de la Gran Fiesta, Qásem tomó asiento junto a la ventana, desde donde podía otear la calle.

Los azacanes habían asperjado el suelo con sus odres. Los cuellos y colas de los burros lucían adornados de rosas artificiales. En el aire bailaban los colores chillones que vestían los niños y se soltaban los globos. Sobre los carritos de mano ondeaban banderitas; gritos y exclamaciones se entreveraban con jaculatorias voceadas o con el tañido de las flautas; las calesas se bamboleaban por el peso de danzarinas y bailarinas. Los comercios habían cerrado, mientras cafés, tabernas y fumaderos de droga reventaban de gente. Por todos los rincones surgía una alegría bulliciosa. Se deseaban felicidades y enhorabuenas por la fiesta. Qásem, vestido de estreno, se sentó con Ihsán de pie en el regazo, sujetándola por las axilas, mientras la niña rebuscaba con sus manitas en sus facciones o pegaba sus uñas a las mejillas de él. Bajo la ventana se alzó una voz que cantaba: «Quienes me enredaron con el amado / fueron estos ojos míos».

Qásem rememoró la dicha de su boda y su corazón se enterneció. Le gustaba cantar y gozar de la música. ¡Y cuánto había anhelado Adham aislarse untando en el jardín! ¿Y qué cantaba aquel hombre en la fiesta?: «Quienes me enredaron con el amado fueron estos ojos míos». Decía bien. Desde que sus ojos se elevaron en la oscuridad hacia Qandil, su corazón, su pensamiento y su voluntad habían sido arrebatados. Y aquí estaba el patio de su casa convertido en club para fortalecer los cuerpos y purificar las almas. Él también levantaba pesos y aprendía la esgrima de los bastones.

Los brazos de Sádeq se hicieron musculosos como anteriormente —cuando trabajaba con el latonero— se habían desarrollado sus piernas. En cuanto a Hasan, estaba convertido en un gigantón. Y los otros, prodigiosamente entusiasmados. Sádeq demostró su sabiduría el día en que le recomendó llamar a parados y vagabundos al club, quienes en seguida se entusiasmaron con las competiciones, del mismo modo que se entusiasmaron con sus palabras. Desde luego eran pocos, pero, por sus ganas, si se les pesara, desequilibrarían en su favor a otros que pesaran cuatro veces más. Hisán musitó: «Ad, ad». La besó repetidamente mientras ella le meaba la galabeya nueva. De la cocina llegaban el machaqueo del almirez, las voces de Qamar y Salciña y el maullido del gato. Una galera pasó bajo la ventana, entre cantos y palmas: «Recemos por el soldado: / al quitarse el fez se las da de santo».

Qásem sonrió recordando una noche en que el maestro Yahya cantó esta canción, completamente ebrio: «¡Ay, sí las cosas se enderezaran, ay, barrio nuestro, no tendrías que hacer nada más que cantar! Mañana el club se llenará de ayudantes fuertes y de confianza. Con ellos desafiaré al administrador, a los caciques y a todas nuestras penas. Para que en el barrio no queden sino un abuelo misericordioso y unos descendientes justos. Erradicar la miseria, la suciedad, la golfería y los tiranos. Hacer desaparecer sabandijas, moscas y garrotes y que señoree la tranquilidad a la sombra de jardines y canciones». Despertó de sus sueños al oír la voz de Qamar riñendo a Sakina con una ira sorprendente. Asombrado, prestó atención y llamó a su esposa. De inmediato se abrió la puerta y llegó Qamar empujando ante sí a la sierva y diciendo:

—¡Mira a esta mujer! Nació en nuestra casa igual que nació su madre y no se recata de espiarnos.

Él miró a Sakina con desaprobación, y ella chilló con su rauca voz:

—¡No soy una traidora, señor! Pero mi señora no se apiada.

Qamar, con un temor que no conseguía disimular en los ojos, replicó:

—La he visto sonriéndose mientras decía: «Cuando llegue la Gran Fiesta próxima, si Dios quiere, mi señor Qásem será el amo de todo el

barrio, como lo fue Gábal en la barriada de Hamdán». Pregúntale qué quiere decir con eso.

Qásem, interesado, arqueó las cejas.

—¿Qué significa eso, Sakina?

La sirvienta declaró con una osadía nada rara en ella:

—Me explicaré. Yo no soy una criada cualquiera, que un día trabaja aquí y mañana allí; crecí en esta casa y era imposible que se me ocultara secreto alguno.

Qásem intercambió una rápida mirada con su esposa y, señalando a la niña, la mujer se acercó y la tomó. Ordenó a la criada que se sentara, y así lo hizo ante él sin dejar de hablar:

—¿Estaría bien que gentes extrañas a la familia conocieran tu secreto y yo me quedase sin saber nada?

—¿A qué secreto te refieres?

Y la criada, con la misma desfachatez, aclaró:

—La entrevista de Qandil contigo en la roca de Hind. Qamar soltó un gemido, pero Qásem indicó a la criada que continuase. Ésta prosiguió:

—Lo mismo que les sucedió a Gábal y Rifaa en otros tiempos. Tú no eres menos que ellos, señor. Tú eres un príncipe; incluso cuando guardabas ganado ya lo eras. Y fui la intermediaria de vuestra unión, ¿ya no lo recuerdas? Yo debía estar enterada antes que los otros. ¿Cómo te fías de los de fuera y no te fías de tu servidora? ¡Dios os perdone! Pero yo rezo por tu éxito; sí, por tu triunfo sobre el administrador y los caciques... ¿Quién no lo haría? Qamar chilló, arrullando a la niña nerviosamente:

—¡No te estaba permitido espiarnos y no te quitarás la falta fácilmente! Sakina arguyó con cálida sinceridad:

—No me refiero a espionaje alguno, lo sabe Dios. Pero a través de la puerta me llegaron conversaciones que no he podido por menos que escuchar: nadie habría sido capaz de taponarse los oídos. Pero lo que me parte el corazón, señora, es que no te has confiado a mí. No soy una traidora; tú serías la última a quien traicionaría. ¿Y por cuenta de quién te iba a traicionar? Dios te perdone, mi ama.

Qásem la escudriñaba atento, con los ojos y el corazón. Cuando terminó dijo tranquilamente:

—Eres sincera, Sakina, no hay duda.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva y esperanzada, y luego balbució:

—Que vivas largamente. Por Dios que soy así. Y él, en voz baja:

—Distingo a las gentes sinceras. En mi casa no medrará la traición como sucedió en la casa de mi hermano Rifaa. Qamar, esta mujer es tan franca como tú; no pienses mal de ella. Es tan nuestra como nosotros suyos. No puedo olvidar que ella fue para mí la mensajera de la felicidad.

Qamar, un tanto más calmada, siguió:

—Pero anduvo escuchando a escondidas. Y Qásem, sonriente:

—No escuchó a escondidas: la voz atravesó la puerta por voluntad de Dios. Como Rifaa oyó la voz de su antepasado sin pretenderlo. Bendita seas, Sakina.

La criada le arrebató una mano y se la comió a besos, diciendo:

—Mi alma es tuya, señor. Vencerás a tus enemigos y los nuestros y reinarás sobre todo el barrio.

—Nuestro intento no es gobernar, Sakina. Ella extendió las manos en rogativa:

—¡Que Dios haga realidad tus propósitos!

—Serás mi mensajera si lo necesito. Así participarás en nuestra labor.

—El rostro de la mujer se iluminó de alegría, hablando por ella sus ojos—. Si el destino permite que se repartan los bienes comunales como queremos, ninguna mujer quedará fuera del reparto, ya sea señora o criada. —La sorpresa atenazó la lengua de la mujer. El siguió—: Gabalauí dejó establecido que las propiedades habices son de todos, y tú eres una descendiente suya más, exactamente igual que Qamar.

El semblante de la sirvienta se cubrió de felicidad y miró agradecida a su amo. En ese momento se propagaban desde la calle los sonos de un oboe, al tiempo que alguien gritaba: «Lahíta..., mil veces». Qásem se acercó a la calle y vio el cortejo de los caciques pavoneándose sobre corceles adornados, mientras la gente los recibía con gritos de ánimo y regalos. A continuación, marcharon hacia el desierto para competir, como era su

costumbre en las fiestas, en carreras de caballos o esgrima de garrotes... Apenas el cortejo había desaparecido, cuando asomó Agrama en la calle, tambaleándose de puro borracho. Qásem sonrió por la aparición de aquel joven que se contaba entre los mejores del club, y le siguió con la vista hasta que se detuvo en el centro de la barriada de los Jerbos y se puso a berrear:

—¡Soy un tipo estupendo...!

Y le cayó encima el grito burlón de alguien desde la primera casa de la barriada de Rifaa:

—¡Oh, flor de los Jerbos!

Agrama alzó hacia la ventana dos ojos enrojecidos y chilló con voz de beodo:

—¡Llegó nuestro turno, gitanos!

Y en su torno se congregaron mozalbetes, borrachos y rufianes, con gran alboroto de canciones, albórbolas, atabales y flautas. Alguien clamaba:

—¡Oíd..., ha llegado la ocasión de los Jerbos! ¿No queréis escuchar? Y Agrama continuaba, a voces y bamboleándose:

—Un solo antepasado para todos. Un solo legado para todos, y adiós a las jefaturas.

Luego desapareció entre la muchedumbre. Qásem, de un salto, se puso en pie, tomó su aboya y abandonó el lugar a toda velocidad mientras mascullaba:

—¡Dios maldiga el alcohol y a quien lo inventó!

—GUARDAOS de aparecer ante la gente estando ebrios.

Así habló Qásem, serio y cejijunto, sentado al pie de la roca de Hind, paseando sus ojos por las caras de sus amigos más allegados entre los miembros del club: Sádeq, Hasan, Agrama, Saabán, Abu Fasada y Hamrús. En el desierto no había más que un pastor que, parado en los confines del sur, se apoyaba en su cachava. Agrama había comparecido cabizbajo y afligido:

—Ojalá hubiera muerto antes que obrar así.

—Hay faltas que de nada vale lamentar. Lo importante ahora es saber cómo ha influido tu desvarío en nuestros enemigos. Sádeq habló:

—Es seguro que fue muy oído. Y Hasan, agresivo:

—Lo he notado por mí mismo en el café de Gábal, adonde me invitó un amigo. Oí a un hombre que narraba a grito pelado lo sucedido con Agrama. El lo contaba riendo y mofándose, pero creo que sería difícil que la historia no suscitase sospechas en algunas mentes, como temo que pase de boca en boca hasta llegar a alguno de los caciques.

Agrama suspiró.

—Hasan, no exageres. Sádeq intervino:

—La exageración es mejor que la negligencia. O, de lo contrario, nos pillarán por donde menos lo esperamos. Agrama insistía:

—Hemos jurado no temer a la muerte. Sádeq recordó con dureza:

—También juramos guardar el secreto.

—Si morimos hoy las esperanzas están perdidas —dijo Qásem. El silencio se hizo más espeso, mezclado con las tinieblas, hasta que Qásem volvió a decir:

—Debemos ordenar las cosas.

—Dispongamos todo contando con las peores eventualidades —propuso Hasan.

Y Qásem, en tono resignado:

—Es decir, luchar.

Las cabezas se agitaron, intercambiándose miradas en la oscuridad. Sobre ellos, las estrellas fueron apareciendo una tras otra mientras soplaba un viento que aún llevaba rastros del calor del día, como malos deseos. Hamrús decidió:

—Lucharemos hasta la muerte. Qásem replicó irritado:

—Y todo quedará como antes.

—Acabarán con nosotros en un santiamén —apostilló Sádeq. Abu Pasada se dirigió a Qásem:

—Por suerte hay lazos de parentesco entre Soares y tú, como los hay entre tu esposa y la del administrador, y aun mejor que eso es que Lahíta fue amigo de tu padre en su juventud.

—Eso tal vez retrase lo que ha de venir, pero no lo impedirá. Sádeq preguntó con esperanza:

—¿No recuerdas que pensaste un día en acudir a un abogado?

—Y se nos contestó que ningún abogado se arriesgaría a desafiar al administrador y a los caciques.

Agrama, que pretendía aminorar su culpa, comentó:

—Hay un abogado en Bet el-Qadi conocido por su audacia. Sádeq tornó a decir volviéndose atrás:

—Temo mucho sacar a relucir nuestras enemistades demasiado pronto, pero nos estamos preocupando de las consecuencias de las palabras de Agrama antes de tiempo.

Agrama insistió:

—Tomemos consejo del abogado sobre la cuestión y acordemos con él la demora en levantar la bandera de la protesta hasta que la necesidad nos



impulse a ello. Encontraremos quien quiera auxiliarnos, aunque sea de fuera del barrio.

Qássem y los demás estuvieron de acuerdo en ello como medida de reserva. Se levantaron rápidamente y acudieron al despacho de Sanáfiri, el abogado canónico, en Bet el-Qadi. El jeque les recibió y Qássem le explicó sus problemas, informándole de su intención de retrasar el planteamiento de la causa hasta un determinado momento: hasta que él estuviera dispuesto para el pleito mediante el estudio de la cuestión, y se hallara en condiciones de ejercitar las medidas administrativas que fueran precisas. Y contra lo que pensaba la mayoría de ellos, el abogado aceptó el caso y cobró un anticipo de sus honorarios. Salieron contentos y se separaron. En tanto los acompañantes retornaban al barrio, Qássem fue a ver al maestro Yahya y se sentó con él en la galería de la choza, a filmar y a intercambiar opiniones. El viejo parecía pesaroso a causa de lo sucedido, y recomendó a Qássem cuidado y que permaneciese bien despierto. Después, el joven volvió a su casa, y al abrirle la puerta su mujer advirtió en su rostro algo que le alarmó. Le preguntó qué ocurría:

—Su excelencia el administrador envió por ti. El corazón de Qássem latió con fuerza.

—¿Cuándo?

—La última vez hace diez minutos.

—¡La última vez!

—Te mandó llamar tres veces en el intervalo de una hora.

Sus ojos estaban inundados de lágrimas mientras hablaba. El le reprochó:

—No es esto lo que esperaba de ti. Ella le exhortó, gimiendo:

—No vayas.

Él replicó tranquilamente:

—Ir es más seguro que quedarse corto, y no olvides que esos ladrones no atacan a nadie en sus casas.

Dentro, Ihsán lloraba, y Sakina acudió presurosa a atenderla. Qamar sugirió:

—Retrasa la visita hasta que hable con Amina, su esposa. Y él, con decisión:

—Eso no es propio de nosotros. Iré de inmediato y no hay motivos para temer; ninguno de ellos sabe nada sobre mí. Ella se asió fuertemente de Qásem.

—Te ha llamado a ti, no a Agrama. Temo que alguien te haya denunciado. Se apartó de ella con ternura.

—Desde el principio te dije que se habían terminado los días de calma. Todos sabemos que habremos de enfrentarnos al mal, más pronto o más tarde. No te alarmes de ese modo y queda con Dios hasta que yo regrese.

## 78

EL portero regresó del interior de la casa del administrador y ordenó a Qásem con voz seca y desabrida:

—Entra.

Echó a andar seguido por Qásem, que hacía esfuerzos por mantenerse sereno, sin percibir el agradable aroma del jardín que llegaba hasta él. A la entrada de la sala, el portero se hizo a un lado y él, tan resuelto como nunca había podido imaginar de sí, entró. Al mirar de frente vio al administrador en el fondo, sentado en un diván y flanqueado por dos personas que ocupaban sendas sillas a su derecha e izquierda. Qásem fue directo al administrador, sin ocuparse de quiénes eran aquéllos, y se detuvo a unos pasos de él, saludándole cortésmente con la mano:

—Buenas tardes, señor administrador.

Echó una ojeada al que estaba sentado a la derecha y reconoció a Lahíta. Luego miró al otro de reojo, pero inmediatamente abrió los ojos asombrado y paralizado por la impresión. ¡Aquel hombre era el jeque Sanáfiri, el abogado canónico! Comprendió al instante cuan peligrosa era la situación, que su secreto había sido descubierto, que aquel abogado abyecto había traicionado su confianza y que él acababa de caer en una trampa. La cólera y la ira lo llenaron de desesperación, pero sabía que podría salir de aquella trampa y se propuso hacerle frente y desafiarla. No podía dar marcha atrás, así que su única salida era continuar o, al menos, permanecer firme. Días atrás había pensado en aquella situación como el momento en el

que nacería en él un hombre nuevo cuya existencia no podría ni imaginar. La voz dura del administrador le devolvió a la realidad:

—¿Tú eres Qásem?

Él respondió con naturalidad:

—Sí, señor.

Y, sin indicarle que se sentara, el otro prosiguió:

—¿Te sorprende encontrar aquí a este señor? Qásem contestó sin alterar el tono de voz:

—No, en absoluto, señor.

El administrador inquirió con desdén:

—Eres pastor de ovejas, ¿no?

—Hace más de dos años que ya no cuido ovejas.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas?

—Me encargo de la hacienda de mi esposa.

El administrador movió la cabeza burlonamente y luego invitó a hablar al abogado, quien se dirigió a Qásem:

—Quizá te sorprenda mi actitud, considerando que soy tu abogado, pero su excelencia el administrador está por encima de cualquier consideración. Mi actitud te da ocasión de arrepentirte, que es mucho mejor que dejarse llevar por enemistades que podrían acabar contigo. Su excelencia me ha permitido informarte de que has conseguido que te perdone si te arrepientes públicamente. Te ruego que estimes mi propuesta en lo que vale. Toma, te devuelvo el adelanto de mis honorarios.

Qásem le lanzó una dura mirada y preguntó:

—¿Por qué no me dijiste la verdad cuando estuve en tu despacho? El abogado se vio incapaz de ocultar su desfachatez, pero el administrador lo sacó del apuro:

—Estás aquí para que te pregunten, no para preguntar.

El abogado se puso en pie y pidió permiso para retirarse. Se marchó ajustándose la aljuba para disimular su apuro. Entonces, el administrador examinó fríamente a Qásem y dijo en tono insultante:

—¿Cómo has llegado a figurarte que podías ponerme un pleito? Qásem estaba atrapado. Debía luchar o moriría, pero no sabía qué decir. El otro

continuó:

—Habla, dime qué pretendes. ¿Acaso estás loco?

—Estoy cuerdo, gracias a Dios.

—No me parece a mí muy seguro eso. ¿Cómo has emprendido una acción tan reprochable? Dejaste de ser pobre desde que esa loca te escogió por marido. ¿Qué pretendes conseguir con tu acción?

Qásem suspiró para mantener la serenidad y dijo:

—No quiero nada para mí.

El administrador miró a Lahíta como poniéndolo por testigo de la cosa tan insólita que acababa de oír y, volviéndose de nuevo a Qásem, gritó furioso:

—¿Por qué, entonces, hiciste lo que hiciste?!

—Sólo quiero justicia.

El administrador le clavó los ojos con odio y preguntó:

—¿Crees que la buena relación entre tu mujer y mi mujer será suficiente para protegerte?

—Por supuesto que no, señor.

—¿Entonces, di de una vez que estás loco!

—Estoy cuerdo, gracias a Dios.

—¿Por qué querías ponerme un pleito?

—Quería justicia.

—¿Para quién?

Qásem reflexionó un instante y luego dijo:

—Para todos.

El administrador le escudriñó con recelo y preguntó:

—Y a ti, ¿qué te importa eso? Qásem contestó lleno de coraje:

—Así se cumpliría la voluntad de nuestro antepasado.

—¿Tú, rata, osas hablar de la voluntad de Gabalauí?

—Es el antepasado de todos nosotros.

El administrador se puso en pie de un salto, furioso, y con todas sus fuerzas golpeó a Qásem en la cara con su espantamoscas, mientras rugía:

—¿El antepasado de todos nosotros! ¡Ni uno de vosotros sabe quién es su padre, pero habláis con toda desfachatez de vuestro abuelo! ¡Ladrones,

ratas, canallas! Persistes en tu descarado amparado en que esta casa os protege a ti y a tu mujer, pero nadie protege ya al perro de la casa cuando muerde la mano benefactora.

Lahíta se levantó para apaciguar al administrador:

—Siéntate otra vez y tranquilízate. No te conviene permitir que una mosca te altere.

Rifat se sentó, con los labios temblando de ira, y gritó:

—¡Hasta los Jerbos codician los bienes habices, y tienen la desvergüenza de decir «nuestro antepasado»!

Lahíta tomó asiento de nuevo.

—Es evidente que lo que se cuenta de los Jerbos es cierto y, desgraciadamente, nuestro barrio va derecho a la destrucción. —Miró a Qásem y añadió—: Tu padre fue uno de mis primeros compañeros. No me obligues a matarte.

El administrador exclamó:

—¡Lo que ha hecho merece algo mucho peor que la muerte. De no ser por la señora, mi esposa, ya estaría muerto!

Lahíta continuó pidiendo una respuesta a Qásem:

—Escúchame, hijo, dime quién está detrás de ti.

Aún dolorido por el golpe del espantamoscas, Qásem preguntó:

—¿Qué quieres decir, señor?

—¿Quién te ha animado a poner la demanda?

—Nadie. Es cosa mía.

—Eras pastor y luego la suerte te sonrió. ¿Qué más quieres?

—¡Justicia, justicia, maestro!

El administrador rechinó los dientes y gritó:

—¡Justicia! ¡Perros, villanos! No conocíais esa palabra cuando saqueabais y robabais. —Luego se dirigió a Lahíta—: ¡Hazle confesar! Lahíta le repitió en tono de amenaza:

—¡Dime quién está detrás de ti! Qásem le desafió, impertinente:

—Nuestro antepasado...

—¿Nuestro antepasado?

—Sí. Piensa en las condiciones de su legado y verás que él es quien me anima.

Rifat se levantó de un salto, otra vez aullando:

—¡Llévatelo fuera de mi vista! ¡Échalo fuera!

Lahíta se incorporó y llevó a Qásem hasta la puerta por un brazo, apretándolo con mano de acero que el otro fingió soportar con paciencia. Luego le susurró al oído:

—Razona por tu propio bien y no me fuerces a beber tu sangre.

## 79

AL llegar a su casa, Qásem encontró en ella a Zakariya, Uais, Hasan, Sádeq, Agrama, Saabán, Abu Pasada y Hamrús, mirándole en silencio y con lástima. Se sentó junto a su esposa, y Uais le dijo:

—¿No te advertí yo? Qamar le reprochó:

—Despacio, tío, deja que descanse. Pero el hombre exclamó:

—¡Los peores problemas son los que se crea uno mismo! Zakariya examinó solícito el rostro de Qásem y dijo:

—¡Te han ofendido, sobrino! Te conozco como a mí mismo. Tú no tenías necesidad de esto. Uais dijo:

—Si no fuera por la señora Amina, no hubieras vuelto sano. Qásem miró a sus amigos y habló:

—¡Nos ha traicionado ese inmundo abogado!

Se miraron todos, inquietos y preocupados. Uais habló de nuevo:

—Marchad ahora en paz y que cada uno dé gracias a Dios por haberse librado. Hasan preguntó:

—¿Qué dices, primo?

Qásem pensó unos instantes y luego dijo:

—No puedo ocultaros que la muerte nos acecha. Quien quiera puede dejar de ayudarme.

Zakariya aconsejó:

—No dejéis que el asunto vaya a más. Pero Qásem, tranquilo y resuelto, anunció:



—No abandonaré la empresa sean cuales sean las consecuencias. No seré menos fiel a mi antepasado y a las gentes de nuestro barrio que lo fueron Gábal y Rifaa.

Uais se marchó del cuarto, irritado, diciendo:

—¡Este hombre está loco! ¡Que Dios te ayude, sobrina! Sádeq besó la frente de Qásem y le dijo:

—Lo que has dicho me ha devuelto el ánimo. Hasan estaba exaltado.

—La gente de nuestro barrio es capaz de matar por una perra gorda o sin motivo alguno. ¿Por qué, entonces, teméis vosotros la muerte cuando median buenas razones?

Desde la calle, Soares llamó a Zakariya, que se asomó a la ventana y le invitó a pasar. Apenas hubo entrado en la habitación, se sentó, ceñudo y torvo. Luego miró a Qásem y dijo:

—No sabía que hubiera otro jefe aparte de mí en el barrio. Zakariya explicó, preocupado:

—Las cosas no son como te las han contado.

—Me han dicho cosas muy desagradables.

—El diablo se ha divertido enredando en las mentes de nuestros hijos.

Soares dijo a Zakariya en tono desabrido:

—Lahíta ha dicho cosas graves acerca de tu sobrino. Yo lo consideraba un chico listo, pero su demencia es intolerable. Escuchad bien: si soy blando con vosotros, Lahíta en persona vendrá a castigaros, pero no permitiré a nadie que arrastre por el barro mi buen nombre. Conteneos y ¡ay de quien persista en su obstinación!

Soares observó a los compañeros de Qásem y luego les prohibió acercarse a la casa de éste, además de ofender a Sádeq y pegar a Abu Pasada. Luego pidió a Zakariya que aconsejara a Qásem no salir de casa hasta que la tormenta hubiera pasado.

Qásem se encontró así prisionero en su propia casa, visitado únicamente por su primo Hasan. Pero en el barrio no había poder capaz de encerrar una noticia, y hasta los barrios de Rifaa y Gábal se filtraron rumores acerca de lo que ocurría en el barrio de los Jerbos: sobre el pleito que estuvieron a punto de poner al administrador, sobre las conjeturas relativas a las diez

cláusulas e incluso acerca del contacto que tuvo Qandil, un criado de Gabaloui, con Qásem. Todos hervían de agitación, propagaban acusaciones y se burlaban. Un día, Hasan dijo a Qásem:

—La situación se comenta en todo el barrio y en los fumaderos de hachís sólo se habla de ti.

Qásem, con el rostro ensombrecido por la preocupación y las cavilaciones, como se había hecho habitual en él en los últimos días, le miró y dijo:

—Estamos presos, y mientras tanto los días pasan sin que se emprenda ninguna actividad.

Qamar intervino:

—No se le puede pedir a alguien que obre imposibles. Hasan dijo:

—Nuestros hermanos ponen todo el entusiasmo de que son capaces.

—¿Es cierto que los de Gábal y Rifaa me acusan de mentiroso y loco? Hasan respondió, dolorido:

—¡La cobardía corrompe a los hombres! Qásem meneó la cabeza, consternado:

—¿Por qué me llaman embustero los de Gábal y Rifaa, cuando a ellos pertenecía el hombre al que Gabaloui acogió o al que habló? ¿Por qué me llaman embustero cuando ellos son los primeros que deberían creerme y apoyarme?

—La cobardía es una plaga de nuestro barrio, y eso explica que se escondan tras sus jefes.

Fuera se escuchó berrear a Soares, renegando y maldiciendo. Toda la familia se asomó a la ventana y pudo ver cómo Soares tenía a Saabán agarrado por el cuello de la ropa mientras le gritaba: «¿Qué te trae por aquí, hijo de puta?». El joven intentaba zafarse inútilmente, pero Soares le sujetaba por el cuello con la mano izquierda, y con la derecha descargaba una lluvia de golpes sobre su cara y su cráneo. Qásem se irritó, y desde la ventana corrió hacia la puerta sin prestar atención a las súplicas de Qamar. En menos de un segundo se plantó ante Soares y le exigió:

—¡Déjalo, maestro Soares!

Pero aquél siguió golpeando a su presa y gritó a Qásem:

—¡Preocúpate de ti mismo o haré que tus enemigos te lloren! Qásem le sujetó la mano que golpeaba, y mientras la oprimía con fuerza le gritó, furioso:

—¡No permitiré que lo mates y hagas lo que quieras!

Soares soltó a Saabán, que cayó inconsciente, arrebató un cesto de tierra a una mujer que pasaba con él sobre la cabeza y se lo volcó a Qásem por encima. Hasan iba a lanzarse sobre Soares, pero en ese preciso momento llegó Zakariya y le sujetó por un brazo. Qásem se quitó la cesta de la cabeza y apareció su rostro congestionado, cubierto de tierra que le caía por la cara y la ropa, y al momento sufrió un ataque de tos. Qamar y Sakina gritaban, y Uais llegó corriendo. Hombres, mujeres y niños se acercaban desde sus casas al lugar de los hechos, parloteando y alborotando. Zakariya sujetaba a su hijo por un brazo con todas sus fuerzas, y le suplicaba y advertía con sus saltones ojos. Uais se aproximó a Soares y le dijo:

—Soares, déjalo y cógeme a mí en su lugar.

Mucha gente gritaba: «¡Por amor de Dios, maestro!», hasta que Soares exclamó:

—¡Entre tanto pariente e intercesor parece que Soares ahora fuera una mujer y no un jefe! Zakariya dijo:

—¡No lo permita Dios, maestro; tú eres nuestro amo y señor!

Soares se marchó al café. Los hombres alzaron a Saabán, y Hasan se puso a sacudir la tierra de la cara y la ropa de Qásem. Ahora que Soares se había ido, todos los presentes podían expresar su dolor.

## 80

AQUELLA misma tarde, alguien anunció una muerte en una de las casas del barrio de los Jerbos, e inmediatamente le hicieron eco decenas de gargantas en todo el barrio. Qásem preguntó desde la ventana a Patín, el vendedor de pipas de melón, y éste le contestó: «¡Tú estás vivo pero Saabán ha muerto!». Qásem, horrorizado, fue a la casa de Saabán, a dos puertas de la suya. Encontró el patio en penumbra y atestado de vecinos de los pisos superiores, que se lamentaban, embargados por la tristeza y la rabia. Lo mismo sucedía en las galerías de arriba. Una mujer dijo violentamente:

—¡No ha muerto; Soares lo ha asesinado!

—¡Que Dios te castigue, Soares! Pero otra mujer objetó:

—¡Ha sido Qásem quien lo ha matado! ¡Él inventa los infundios por los que luego matan a nuestros hombres!

Con el corazón encogido por la pena, Qásem continuó su camino y subió al primer piso, a la casa del muerto. A la luz de la lámpara del corredor vio a sus amigos Hasan, Sádeq, Agrama, Abu Pasada y Hamrús con algunos otros ante la puerta del piso. Sádeq se acercó a él y le abrazó en silencio. Hasan, cuya cara de espanto podía distinguirse bajo la mortecina luz, le dijo:

—Su sangre no ha de ser derramada en vano.

Agrama susurró al oído de Qásem:

—Su mujer está tan desesperada que nos acusa de su muerte.

—¡Que Dios la ayude! Hasan quería vengarse:

—El asesino debe morir. Pero Abu Pasada se irritó:

—¿Y quién de este barrio va a declarar contra él?

—Nosotros podemos matar como cualquier otro. Qásem le hizo callar de un puñetazo, y dijo:

—Será mejor que no vayáis a su funeral. Nos reuniremos en el cementerio de Qarafa.

Sádeq intentó impedirle que entrara en la casa del muerto, pero él le apartó y pasó. Llamó a la viuda, que salió y le miró estupefacta, con los ojos enrojecidos y la mirada helada:

—¿Qué quieres? Él dijo, apenado:

—Vengo a darte el pésame.

—Tú lo has matado. Nosotros podíamos vivir sin esos bienes del legado, pero no podíamos prescindir de él.

—Nuestro Señor te dé resignación y dé muerte a los criminales. Nosotros seremos tu familia siempre que lo necesites. Su sangre no se ha vertido en vano.

Ella le miró con la cara sombría y luego volvió al interior de la casa. Cuando desapareció, comenzaron de nuevo los llantos y los gemidos. Qásem se fue de allí desolado y afligido.

Al amanecer del día siguiente todo el mundo pudo ver a Soares sentado a la puerta del café de Dongol, desafiando con gesto criminal a la gente, que le saludaba con efusión para disimular su cólera. Los habitantes del barrio evitaban acudir a dar el pésame y permanecían en sus tiendas, con sus carros o sentados en el suelo. A media mañana sacaron el cadáver a hombros, sobre unas angarillas, acompañado de su familia y sus parientes. Qásem se sumó a ellos, haciendo caso omiso de las furiosas miradas de los jefes. El cuñado del muerto le dijo bruscamente:

—¡Primero le matas y luego vienes a su entierro!

Qásem permaneció callado y armado de paciencia, hasta que otro le preguntó con grosería:

—¿Por qué has venido?

El respondió resueltamente:

—No hay peor asesino que el que mató a mi amigo, que en paz descansa. El era valiente, pero vosotros no sois como él. Conocéis al

asesino, y sin embargo descargáis en mí vuestra ira.

El cortejo marchaba silencioso. Las mujeres iban en grupo tras los hombres, descalzas y enlutadas, arrojándose polvo por la cabeza y abofeteándose las mejillas. Cruzaron Gamaliya hacia la Puerta de Nasr. Cuando acabó la ceremonia del entierro, los acompañantes se fueron, pero Qásem se rezagó. Volvió a la tumba y allí le esperaban sus amigos, que prorrumpieron en llanto al ver sus ojos, anegados en lágrimas. Qásem se secó los ojos con la mano y dijo:

—Si alguno quiere permanecer a salvo, que se vaya. Hamrús le replicó:

—Si quisiéramos estar a salvo no nos tendrías ahora junto a ti. Qásem apoyó la mano en la estela de la tumba:

—Su pérdida me ha dado fuerzas. Era bravo y valiente y nos ha dejado cuando más lo necesitábamos. Sádeq dijo:

—Lo ha asesinado un sucio matón, pero algunos de nosotros sobreviviremos para ser testigos de la muerte del último jefe del barrio.

Hamrús añadió:

—Pero no conviene dejarse atrapar como le ocurrió a nuestro pobre amigo. Pensad en el futuro y en cómo obtendremos la victoria.

—Y en reunimos para hacer planes. Qásem dijo:

—Pensar en eso es lo único que me da valor. He llegado a una solución; difícil, pero la única posible. —Quisieron preguntar, pero él siguió—: Huid del barrio. Que cada uno liquide sus asuntos y se vaya del barrio. Escaparemos como antes lo hizo Gábal y como ayer lo hizo el maestro Yahya. Nos estableceremos en un lugar seguro en el desierto hasta contar con más gente que nos ayude.

Sádeq exclamó:

—¡Buena idea!

—Sólo con la fuerza limpiaremos el barrio de jefes, sólo con la fuerza cumpliremos las condiciones de Gabalau y sólo con la fuerza tendremos justicia, paz y seguridad. Nuestra fuerza será la primera fuerza justa, no opresora.

Escuchaban atentos mirando a Qásem y hacia el sepulcro que había tras él, y les pareció que Saabán escuchaba con ellos y bendecía a Qásem.

Agrama dijo, impresionado:

—Sí, la fuerza es la solución de nuestros problemas, la fuerza justa y no opresora. Saabán iba camino de tu casa cuando Soares lo atacó. Si hubiésemos estado con él, ese jefe no hubiera podido abusar de él con tanta impunidad. ¡Malditos sean el miedo y la división!

Qásem respiró tranquilo por vez primera y dijo con alegría:

—Nuestro antepasado depositó su confianza en nosotros porque estaba seguro de que éramos los más dignos de recibirla.

## 81

QÁSEM regresó a su casa a medianoche y encontró a Qamar aún levantada esperándole, más solícita y atenta que de costumbre. Le disgustó que ella permaneciera despierta a aquellas horas, pero vio que tenía los ojos cansados y enrojecidos como un crepúsculo, a consecuencia de haber llorado. Afligido, le preguntó:

—¿Has llorado?

Ella no respondió, fingiendo estar muy atareada en prepararle un tazón de leche caliente, y él continuó:

—La muerte de Saabán nos ha afectado a todos. Descanse en paz. Qamar se acercó a él:

—Ya he florado antes por Saabán, pero ahora lloraba recordando lo que te hizo ese hombre. Tú eres la última persona que merece que le echen tierra por la cabeza.

—Más miedo me da lo que le ha ocurrido a nuestro pobre amigo. Ella se sentó a su lado y le alargó el tazón diciendo:

—Las cosas que se dicen de ti me dan ánimos.

El sonrió con desgana y cogió el tazón. Su mujer añadió, enojada:

—Galta asegura a la gente de Gábal que codicias los bienes comunales para ti solo, y lo mismo dice Haggag a los de Rifaa. Cuentan que tú eres inferior a Gábal o Rifaa.

Qásem dijo, sin ocultar su angustia:

—Lo sé, como también sé que de no ser por ti yo ya no estaría vivo.



Qamar le acarició cariñosamente el hombro y, sin saber por qué, a su mente acudió el recuerdo de días pasados, días de conversaciones y dicha interminables, cuyas felices noches se iluminaron con el nacimiento de Ihsán. Pero ahora, ella ya no era dueña de un solo átomo de él, y ni siquiera él era dueño de sí mismo. Si no pensaba en sí mismo, ¿cómo iba ella a preocuparle con sus problemas propios? Temía ser una carga para su esposo y, sin querer, facilitar de este modo las cosas a sus enemigos. ¿Cómo podría alguien hacer que ella no se preocupara por él, cuando la vida pasaba tan rauda como el viento? «¡Ojalá Dios te volviera la espalda, barrio!».

Qásem dijo:

—Ni siquiera un día tan aciago me hace perder la esperanza, con tan sinceros amigos o aunque estuviera solo. Uno de ellos desafió a Soares, lo que nadie antes se atrevió a hacer, y los demás son iguales. Lo que más necesita el barrio es valentía, para que no nos pisoteen. No me aconsejes que me ponga a salvo. Al que mataron lo mataron cuando venía a mi casa. No te gustaría que tu marido fuera un vil cobarde.

Qamar recogió el tazón sonriendo y dijo:

—Las mujeres de los jefes hacen albórbolas en las peleas, que son algo malo. ¿Me voy yo a contentar con menos para algo bueno?

Él notó que su mujer estaba más triste de lo que aparentaba y, acariciando amorosamente su mejilla, la consoló:

—Tú eres todo lo que tengo en este mundo, el mejor compañero de mi vida. Ella sonrió y recuperó la paz que necesitaba para conciliar el sueño. El señor Santah, el estañador, se asombró de la desaparición de Sádeq. Fue a su casa y no halló huella alguna de él ni de su familia. Lo mismo le ocurrió a Abd el-Fattah, el vendedor de pescado en salazón, que no encontró en todo el barrio ni rastro de su empleado Agrama. Abu Fasada tampoco volvió al puesto de Haindún y no avisó de su ausencia. Y Hamrús, ¿dónde estaba? El panadero Hassuna decía que había desaparecido como si se lo hubieran tragado las llamas del horno. Otros también se fueron y no regresaron. La noticia corrió por el barrio de los Jerbos, y ecos de ella llegaron a los otros barrios, de modo que la gente de Gábal y Rifaa decía en broma que los Jerbos empezaban a huir y que a Soares pronto no le

quedaría nadie que le pagara tributo por su protección. Soares llamó a Zakariya al café de Dongol para advertirle:

—Tu sobrino es quien mejor puede explicarnos el misterio de las desapariciones.

—No pienses mal de él, maestro Soares. No ha salido de su casa desde hace días, semanas, meses. El jefe rugió:

—¡Juegos de niños! Te he hecho llamar para advertirte de lo que puede ocurrirle a tu sobrino.

—Qássem lleva tu misma sangre. No hagas que el enemigo se alegre de nuestro mal.

—Él es su enemigo y el mío. Se cree el Gábal del momento y esta maldita idea le lleva derecho al cementerio de la Puerta del Nasr. Zakariya dijo angustiado:

—Tranquilo, maestro Soares; todos nosotros te protegeremos.

Al volver a su casa, Zakariya encontró a Hasan, que regresaba de la de Qássem, y descargó en él la cólera que Soares le había provocado. Pero Hasan le interrumpió:

—Calma, padre. Qamar está enferma. Muy enferma, padre.

En todo el barrio, hasta en la casa del administrador, se supo que Qamar estaba enferma. Qássem, al borde de la desesperación, no se separaba de su lado y repetía moviendo la cabeza, perplejo:

—¡Qué débil te has acostado de repente! La mujer decía con un hilo de voz:

—Te ocultaba mi estado para no agobiar con más problemas tu corazón. Él se entristecía aún más:

—Debería haber compartido tu dolor desde el principio. En los labios de Qamar, pálidos como una flor marchita, apareció una sonrisa:

—Volveré a tener la salud de antes.

Era eso lo único que Qássem pedía, pero ¿qué era esa nube que cubría sus ojos? ¿Por qué se marchitaba su rostro? ¿Por qué ocultaba así el dolor? «Todo esto es por ti. ¡Dios mío, cuida de ella, no me la quites, ten piedad del llanto de la niña!».

—Tú te habías olvidado de mí y por eso yo no pude olvidarme de mí.

Y ella sonrió de nuevo, con aire de reproche.

Umm Sálem trajo incienso. Umm Atiya le preparó algunas cataplasmas e Ibrahim, el barbero, llegó dispuesto a sangrarla, pero la madre de Ihsán rechazaba todos los remedios. Qássem le dijo:

—Quisiera poder evitarte el dolor. Qamar respondió, casi sin voz:

—No quiero que te ocurra nada malo... Eres el ser que más quiero. Qássem pensó: «Cuando la veo así, el mundo se vuelve negro». Ella añadió:

—Los hombres juiciosos como tú pueden soportar las desgracias.

Llegaron a visitarla hombres y mujeres, y Qássem no pudo aguantar más en la habitación y escapó a la azotea. De las ventanas salían voces de mujeres, y en la calle se mezclaban las maldiciones con los pregones de los vendedores. Oyó el llanto de un niño y, en el primer momento, pensó que se trataba de Ihsán, hasta que vio a un chiquillo patalear en el suelo de la azotea vecina. Anochecía lentamente. Una bandada de palomas volvió a su palomar, y en el cielo brillaba una estrella solitaria. Él quería saber por qué Qamar tenía aquella mirada extraviada, como si no viera, por qué sus labios se teñían de azul y por qué él se sentía tan abatido. Permaneció varias horas en la azotea, y cuando bajó encontró a Sakina en la sala, con Ihsán en los brazos, que le dijo:

—Entra con cuidado, no vayas a despertarla.

Se echó en el sofá que había frente a la cama, iluminada por la pálida luz de la lámpara que había en la celosía. Escuchó fuera un lamento del rabel y al momento la voz de Taza, el poeta:

«El abuelo habló, con calma:

»—He decidido darte una oportunidad, que no ha tenido nadie de los de ahí fuera: vivirás en esta casa, en ella tomarás esposa y en ella comenzarás una nueva vida.

»El corazón de Hammam brincó, ebrio de alegría, y dijo:

»—Gracias por su bondad.

»—Tú la mereces.

»El joven miró a su abuelo, luego a la alfombra, y al cabo preguntó, inquieto:

»—¿Y mi familia?

»Gabalau repuso, contrariado:

»—Ya te he dicho con toda claridad lo que quiero.

»Hammam le suplicó:

»—Ellos merecen su misericordia y su perdón...».

Qamar dio un brusco respingo y Qásem se acercó a la cama de un salto. Vio que sus ojos ya no estaban nublados y tenían un brillo nuevo. Le preguntó qué pasaba y ella exclamó con fuerte voz:

—¡Ihsán! ¿Dónde está Ihsán?

Qásem salió aprisa de la habitación y volvió con Sakina, que llevaba a la pequeña dormida. Qamar alzó la mano hacia Ihsán, y Sakina acercó a la niña para que pudiera besarle la carita. Qásem se sentó en el borde de la cama y su mujer le miró y dijo:

—¡Qué poca cosa soy! Él se acercó a ella:

—¿Qué quieres decir?

—Te he hecho sufrir y, sin embargo, ¡qué poca cosa soy! Qásem se mordió el labio y luego dijo:

—Qamar, sufro porque no puedo aliviar tu dolor.

—Temo por lo que pueda ocurrirte cuando yo ya no esté. Él se entristeció mucho más:

—No hables de mí.

—Qásem, marcha a reunirte con tus amigos. Te matarán si te quedas.

—Nos iremos juntos. Ella respondió con fatiga:

—Llevamos distintos caminos.

—¿No querrás apiadarte de mí, como siempre?

—¡Ay! Eso ya pertenece al pasado.

De pronto, pareció como si Qamar se debatiera bajo una terrible fuerza. Hizo una seña con la mano y él se le acercó todo lo posible. Qamar se retorció y levantó la cabeza como si pidiera ayuda. Su pecho se contrajo en un violento espasmo y dejó escapar un tremendo estertor. Sakina gritó:

—¡Siéntala, quiere sentarse!

Qásem la rodeó con los brazos para sentarla, pero ella gimió en un adiós mudo, y la cabeza le cayó sobre el pecho. Sakina se apresuró a sacar a la niña del cuarto y, fuera, el silencio se rompió con su llanto.

## 82

A la mañana siguiente, la casa y la calle se llenaron de gente que acudía a dar el pésame a Qásem, ya que el parentesco era algo que el barrio respetaba mucho, aunque no disfrutase de una sola de sus ventajas. Soares fue porque no le quedó más remedio, e inmediatamente detrás llegaron todos los de los Jerbos. Lo mismo le ocurrió al administrador, que fue a dar el pésame seguido por Lahíta, Galta y Haggag, con todo el mundo, incluidos los paticojos, apretando los talones tras ellos.

El cortejo fúnebre fue tan numeroso que nunca se había visto una muchedumbre así en el barrio fuera de los entierros de los jefes. Qásem hizo gala de una resignación estoica, a pesar de su profundo dolor, e incluso cuando el cuerpo de su esposa fue enterrado no derramó una sola lágrima, aunque sufría atrocemente en cuerpo y alma. Después, los del duelo se fueron, y en el cementerio sólo quedaron Qásem, Zakariya, Uais y Hasan. Zakariya dio una palmadita en el hombro a Qásem para consolarle.

—Vamos, sobrino, ten valor; ya verás cómo Dios te ayuda. El se volvió suspirando y musitó:

—También me han enterrado el corazón, tío.

La cara de Hasan se contrajo en un gesto de amargura. En el cementerio reinaba el mayor de los silencios. Zakariya dio un paso diciendo:

—Es hora de irnos.

Pero Qásem no se movió y dijo con amargura:

—¿Por qué han tenido que venir? Zakariya comprendió lo que quería decir:

—Hay que agradecerse, de todos modos. Uais intentó animarle:

—Haz borrón y cuenta nueva con ellos. Han dado un paso y ahora tú debes dar también otro. Por suerte, lo que andan diciendo de ti fuera de nuestro barrio no es para tomárselo a pecho.

Qássem estaba demasiado triste para discutir y prefirió callarse. En ese momento, como si hubieran estado esperando a que se marcharan los del duelo, llegó Sádeq con algunos hombres. Eran muchos y todos conocidos, y abrazaron a Qássem hasta que éste ya no pudo contener las lágrimas. Uais les miró irritado, pero nadie se dio cuenta. Sádeq dijo:

—Ya no te ata nada al barrio.

Pero Zakariya le replicó con acritud:

—Su hija, su casa y sus propiedades están allí.

Qássem dijo intencionadamente:

—Me tuve que quedar en el barrio a la fuerza y gracias a ello ahora sois muchos más.

Luego miró los rostros que le observaban expectantes, como aguardando que corroboraran sus palabras. Casi todos eran de los que él había incitado a irse del barrio y unirse a sus amigos cuando salía de noche, escabulléndose del barrio para intentar convencer a aquellos de cuya integridad estaba seguro. Agrama le preguntó:

—¿Tendremos que esperar mucho aún?

—Hasta que seáis suficientes. Agrama se acercó:

—No soporto verte tan triste; se me parte el corazón. Le contaré a todo el mundo lo mucho que sufres.

—Tienes razón, no podré soportar el dolor.

Tras observarle unos instantes, Agrama le aconsejó:

—Date prisa en reunirte con nosotros; ahora estás solo.

—Cada cosa a su tiempo. Uais dijo en voz alta:

—Es mejor que regresemos ya.

Se despidieron con abrazos, y Qássem se volvió con sus acompañantes.

Pasaron los días y Qássem permanecía en su casa solo y afligido, y Sakina comenzó a temer por el daño que la tristeza le pudiera causar. Él persistía en sus misteriosas salidas nocturnas con una constancia

indesmayable. A diario desaparecían más hombres, y la gente comenzaba a mostrarse desconcertada. Los Jerbos se mofaban por los otros barrios, diciendo que a Soares le llegaría el turno de salir corriendo en cualquier momento. Zakariya advirtió un día a su sobrino:

—Esta situación es cada vez más peligrosa y puede tener graves consecuencias.

Pero no había más remedio que esperar. Eran días muy duros, y el ceño adusto de Qássem sólo se iluminaba con Ihsán. La niñita aprendía a ponerse en pie, agarrándose a las sillas, y le miraba sonriente, parloteando con su lengua de trapo. Él contemplaba con ternura la carita de su hija y pensaba: «Va a ser una niña muy guapa, pero ahora debo procurar ser para ella como una madre buena y cariñosa». Le gustaba aquella carita redonda de ojos negros que era el único recuerdo del amor que el cruel destino había truncado. ¿Viviría él para verla hecha toda una hermosa novia, o la pobrecita no podría llevarse de su casa natal más recuerdo que el dolor?

Un día llamaron a la puerta. Sakina preguntó quién era, y una voz joven contestó:

—¡Abre, Sakina!

Abrió la puerta y vio a una niña de unos doce años envuelta de extraña manera en una me/aya y con la cara velada. Sakina, sorprendida, le preguntó qué quería, pero ella echó a correr a toda prisa a la habitación de Qássem gritando:

—¡Buenos días!

Al quitarse el velo mostró una cara redonda y trigueña de insólita belleza, que derramaba desparpajo a espaldas. Qássem dijo asombrado:

—¡Hola, hola! ¡Siéntate!

Ella se sentó en el borde del sofá:

—Soy Badriya. Me envía mi hermano Sádeq. Qássem repitió, preocupado:

—¡Sádeq!

—Sí.

La miró embelesado y luego dijo:

—¿Por qué te hace correr este riesgo?

Ella contestó con una gravedad que la hacía parecer más hermosa:

—Nadie me puede reconocer con esta melaya.

Badriya aparentaba más edad de la que en realidad debía tener.

Qásem meneó la cabeza preocupado, y ella continuó con mayor gravedad:

—Dice que dejes el barrio en seguida porque Lahíta, Galta, Haggag y Soares han ordenado que te maten esta noche. Sakina comenzó a sollozar, y él se inquietó:

—¿Cómo lo sabe Sádeq?

—Se lo ha dicho el maestro Yahya.

—¿Y cómo se ha enterado Yahya de eso?

—Un borracho reveló el secreto en una taberna en la que estaba un amigo del maestro Yahya. Eso dice mi hermano.

El la observó en silencio hasta que ella se levantó y comenzó a cubrirse con la melaya el bonito cuerpo. Qásem también se puso en pie:

—Gracias, Badriya. Ocúltate bien y saluda de mi parte a tu hermano.  
¡Adiós!

Badriya preguntó mientras se colocaba el velo:

—¿Qué le digo?

—Dile que nos iremos antes de que amanezca. Se dieron la mano y ella se fue.



## 83

SAKINA, lívida y con los ojos despavoridos, exclamó:

—¡Nos vamos de casa ahora mismo!

Y corrió a hacer los preparativos para la marcha. El le ordenó:

—Envuelve a Ihsán, ocúltala bajo tu manto y sal como si fueras a un recado. Vete al cementerio en el que enterramos a Qamar, que en gloria esté, y espera allí.

—¿Y tú, señor?

—Me reuniré contigo en el momento oportuno.

Sakina le miró entre desconcertada y angustiada, y él la tranquilizó:

—Hasan os llevará al lugar en que vamos a vivir.

En un santiamén estuvo lista para irse. Qásem besó a Ihsán y la mujer le dijo mientras caminaba hacia la puerta:

—¡Que Dios el Inmortal te guarde!

Desde la celosía, Qásem vio cómo la sirvienta caminaba en dirección a Gamaliya, hasta que se ocultó tras una de las revueltas del camino. Entonces su corazón comenzó a latir de angustia al pensar en lo que le esperaba. Echó un vistazo a la calle y vio a varios de los esbirros de los matones, unos sentados en el café de Dongol y los otros deambulando de acá para allá. A duras penas se distinguían sus rostros en la oscuridad. Todo parecía indicar que se estaban preparando, pero Qásem se preguntaba si aguardarían a que él saliera a dar su paseo nocturno, pues quizá habrían descubierto su secreto, o si rodearían su casa de madrugada. Ahora se desplegaban con precaución para que nadie se diera cuenta de lo que

intentaban hacer. Se deslizaban por las sombras como serpientes, dejando tras de sí olor de crimen. ¿Encontraría él también el mismo destino que Gábal o Rifaa? Gábal se había encontrado a sí mismo de esa forma una noche oscura. Con el corazón rebosante de buenas intenciones, se metió en casa mientras en el piso bajo se oían pasos de hombres sedientos de sangre. «¡Miserable barrio! ¿Es que nunca estarás harto de sangre?».

Qássem comenzó a dar vueltas por el cuarto. Hasan llamó a la puerta. Su gigantesco amigo llegaba seriamente preocupado:

—En el barrio hay una actividad extraña, sospechosa. Qássem no se inquietó por sus palabras:

—¿Ha vuelto ya mi tío de su paseo?

—No, pero te estoy diciendo que algo sospechoso pasa en el barrio. Mira por la ventana.

—Ya he visto lo que te preocupa y sé lo que es. Sádeq me ha advertido a tiempo a través de su hermanita, y si es cierto lo que dice, los jefes intentarán matarme esta noche. Por eso he hecho que Sakina huyera con Ihsán, y te esperan en el cementerio de la pobre Qamar. Ve, pues, con ellas y marchaos todos a casa de nuestros hermanos.

—¿Y tú?

—Huiré cuando me toque y me reuniré con vosotros. Hasan dijo muy decidido:

—¡No te dejaré solo!

Qássem le suplicó que no se alterara:

—Haz sin vacilar lo que te he dicho. Huiré con maña, no con fuerza. Tu fuerza no me será útil si me veo obligado a pelear, pero si te vas ahora, podrás proteger a mi niña. Deja a algunos hombres apostados en los caminos que van de Gamaliya hasta el monte, porque me pueden servir de ayuda si tengo que escapar.

Hasan se mostró de acuerdo y, dándole un fuerte apretón de manos, dijo:

—¡No hay nadie tan listo como tú! ¡Qué bien has planeado el asunto!

Qássem sonrió para tranquilizarle, pero él se rué con aire preocupado. No mucho después llegó el tío Zakariya, jadeando. Qássem supuso que venía de

la chabola del maestro Yahya para avisarle, y se le adelantó:

—Sádeq ya me ha hecho llegar la noticia. Su tío dijo, notablemente agitado:

—Me he enterado hace un momento. Pasé a ver al maestro, y creí que no podría avisarte a tiempo.

Qásem le hizo sentarse y se disculpó:

—Perdóname la molestia que te he causado.

—Esperaba esto desde hace tiempo. Noté que Soares cambiaba de comportamiento y empecé a verlo todo claro. Ahora percibo demonios que se extienden como langostas y tú estás solo y tienes muy mala escapatoria.

Qásem estaba muy decidido:

—Lo intentaré. Y si me descubren, hay hombres en el monte a los que no podrán derrotar.

Zakariya se enfadó:

—¡Todo eso no vale nada al lado de tu vida o la de tu hija! Qásem se impacientó:

—¡Me sorprende ver que no estás al frente de mis hombres! Su tío no le hizo caso:

—Ven conmigo a casa de Soares. Negociaremos con él y nos comprometeremos a lo que quiera.

Qásem se burló con una risita de la idea de su tío, quien se fue a mirar por la celosía el camino que se oscurecía siniestramente. Se volvió al oír la voz de Qásem:

—¿Por qué han elegido esta noche en particular?

—Anteayer un hombre de Gábal anduvo pregonando que te quieren matar para bien de todos, y lo mismo se cuenta de uno de Rifaa. Quizá eso les haya metido prisa.

El rostro de Qásem se iluminó de repente:

—¿Te das cuenta, tío? Soy enemigo del administrador y de los jefes pero soy amigo del barrio y todos lo sabrán.

—Piensa ahora en lo que te espera. Qásem se puso serio:

—Este es mi plan: escaparé por las azoteas hasta tu casa y dejaré una lámpara encendida aquí para engañarles.

—Pero alguien te puede ver.

—No, porque no huiré hasta que no se acaben las tertulias en las azoteas.

—¿Y si atacan antes tu casa?

—No lo harán hasta que todo el mundo duerma.

—Pueden ser tan salvajes como no puedes ni imaginar. Qássem dijo sonriendo:

—En ese caso, moriré.

Zakariya le miró y volvió a suplicar, pero él sonrió tan tranquilo y confiado, que parecía la seguridad en persona. Luego dijo, desesperado:

—A lo mejor registran mi casa.

—Por suerte, ellos no saben que estamos al tanto de sus intenciones y por eso mi huida se adelantará a sus planes, si Dios quiere.

Se miraron largo rato y después se abrazaron llorando.

Cuando Qássem se vio solo, dominó sus emociones y se acercó a la ventana para vigilar la calle. En el barrio la vida era la de siempre: los niños jugaban junto a las luces de los carros, el café hervía de parroquianos, las mujeres charlaban ruidosamente en las azoteas, las toses de los fumadores se confundían con tacos e insultos y se oían los lamentos de los rabeles. Soares estaba arrellanado en los escalones del café, repleto hasta los topes de asesinos. «¡Pandilla de traidores! ¡Ralea de criminales! Desde que Idrís soltó su estremecedora carcajada no habéis parado de asesinar y de hundir al barrio en un negro pozo sin fondo. ¿Acaso no ha llegado el momento de soltar al pájaro enjaulado?».

El tiempo pasaba lenta y pesadamente, pero por fin terminaron las tertulias y las azoteas enmudecieron. Los carros y los niños se fueron del camino y se oía a las gentes despedirse. Los borrachos volvían de Gamaliya viendo visiones, y hasta se apagó el hachís de los narguiles. En las sombras sólo permanecían los asesinos. Qássem pensó: «¡Manos a la obra!», y echó a correr escalera arriba hasta la azotea. Cruzó de un salto el murete que separaba su azotea de la vecina y apenas había comenzado a huir cuando un bulto se le cruzó gritando: «¡Alto!». Comprendió que los asesinos habían ocupado también las azoteas, cercándole a conciencia. Intentó regresar, pero

el otro saltó sobre él y le agarró con sus fuertes brazos. Qásem reunió todas sus fuerzas, que el miedo había redoblado, y propinó al otro un golpe en el estómago. Se soltó de sus brazos y, con un puntapié en el vientre hizo que el agresor se doblara y cayera gimiendo, incapaz de ponerse en pie. Escuchó en las otras terrazas toses reprimidas que le disuadieron de la idea de escapar, y volvió desesperado a su azotea. Se detuvo junto a la escalera y oyó ruido de pasos. Los que subían se pararon ante su puerta y cargaron contra ella de tal modo, que la abrieron arrancándola casi de cuajo. Luego se precipitaron dentro. El bajó la escalera a toda prisa hasta el patio, pero vio que fuera de la puerta había alguien que se movía. Se lanzó contra él y, agarrándolo por el cuello, le dio un cabezazo y le hincó la rodilla en el estómago. Luego le tiró boca arriba y el hombre quedó totalmente inmóvil. Qásem corrió como loco hacia Gamaliya, con el corazón a punto de reventar. Ya habrían visto que la casa estaba vacía. Quizá algunos habrían subido a la azotea y encontrado al herido, y seguramente los demás iban tras él. Pasó sin detenerse por la casa de su tío, y cuando llegó al final del barrio apretó el paso. A la entrada del Gamaliya le salió al paso otro individuo, que berreó con voz de trueno para que los demás le oyeran: «¡Detente, hijoputa!», y antes de que Qásem pudiera apartarse, levantó una estaca, pero por detrás de la esquina surgió alguien que le descargó tal palo en la cabeza que lo derribó. El recién llegado dijo:

—¡Corramos lo más de prisa posible!

Qásem y Hasan echaron a correr en la oscuridad, sin preocuparse por las piedras o los hoyos en los que tropezaban.

## 84

SÁDEQ se reunió con ellos cuando entraron en el barrio de Uatauit, y a la salida encontraron a Agrama, Abu Pasada y Hamrús junto a un carro. Subieron a él a toda prisa, y el caballo partió espoleado por la fusta del carretero. El carro avanzaba velozmente en medio de la oscuridad, dejando en el silencio de la noche el eco de sus chirridos. Miraban hacia atrás muertos de miedo, y Sádeq intentó tranquilizarlos:

—Irán hacia la Puerta de Nasr creyendo que buscas refugio en los despoblados que rodean los cementerios. Qásem no se fiaba.

—Pero saben que vosotros no vivís en los cementerios. Sin embargo, la rapidez del carro consiguió que empezaran a sentirse realmente fuera de peligro. Algo más calmado, Qásem señaló:

—Verdaderamente habéis planeado esto muy bien. Gracias, Sádeq; si no me hubieras avisado, ahora estaría muerto.

Sádeq le estrechó la mano sin decir nada. El carro siguió a toda marcha hasta que vieron el Zoco de Muqattam, solitario bajo las estrellas. La única lámpara encendida era la del maestro Yahya, que preguntaba quién llegaba. Respondió Qásem, y Yahya dio gracias a Dios. Los dos hombres se abrazaron y Qásem dijo:

—Te debo la vida. El anciano rió.

—Ha sido mera casualidad, pero ha servido para salvar al hombre que más derecho tiene a vivir. Apresuraos ahora hacia el monte, que es donde estaréis más seguros.

Qásem le apretó la mano cariñosamente y le miró con gratitud. El maestro dijo:

—Ya eres como Rifaa o Gábal, y un día volverás victorioso al barrio.

Se alejaron de la choza hacia el Este, apretando el paso por los desiertos en dirección al monte. Sádeq marchaba el primero porque era el que mejor conocía el camino. Amanecía y las sombras se aclaraban poco a poco con una tenue luz. Los gallos cantaban a lo lejos. Llegaron al pie del monte y subieron a su campamento por un paso tan estrecho que les obligaba a ir de uno en uno. Sádeq dijo a Qásem:

—Te hemos preparado una casa en medio de las nuestras. Ihsán duerme ahora en ella.

Agrama añadió:

—Son chabolas de lata y lonas.

—Pero no son mucho peores que las casas que teníamos en el barrio — bromeó Hasan. Qásem dijo:

—Nos basta con no tener administrador ni jefes. Oyeron voces y Sádeq comentó:

—El barrio nuevo se despierta para recibirte.

Gritó a pleno pulmón «¡Eh!», y aparecieron hombres y mujeres que lanzaban albórbolas y cantaban: «Tiñe de alheña las colas de los pájaros». Qásem se admiró, sin hacer caso del alboroto:

—¡Cuántos son!

Sádeq, orgulloso, le explicó:

—Es un nuevo barrio en el monte. Pronto tendrá más habitantes porque se nos unirán muchos fugitivos de nuestro barrio, guiados por el maestro Yahya.

Hamrús dijo:

—El único problema es que hemos de buscar la comida en los barrios más alejados porque nos da miedo toparnos con alguien del nuestro.

Cuando Qásem llegó a la explanada de las chozas, los hombres le recibieron con abrazos y las mujeres le daban la mano. Entre todos aquellos que con tanto júbilo y alegría le recibían estaba Sakina, quien le hizo saber que Ihsán dormía en la chabola que les habían preparado para vivir. Todos

juntos entraron en el nuevo barrio, un cuadrilátero de chozas en un terreno llano del monte, cantando alegremente mientras que en el horizonte salía el sol y su luz radiante lo iluminaba todo. Un hombre aclamó: «¡Viva nuestro jefe Qásem!», pero éste puso mala cara:

—¡Malditos sean todos los jefes, pues donde están ellos no hay paz ni seguridad! —Y prosiguió ante la expectación de todos—: alzaremos las estacas como lo hizo Gábal, pero con la misericordia que Rifaa deseaba. Luego explotaremos los bienes comunales en beneficio de todos para realizar el sueño de Adham. Eso es lo que debe importarnos, no los jefes.

Hasan le empujó suavemente hacia la choza que le habían preparado:

—No ha pegado ojo en toda la noche. Dejadle ahora que eche un sueñecito, que se lo merece.

Qásem se acostó en un jergón junto a su hija, y rápidamente se durmió. A media tarde despertó, con la cabeza embotada y el cuerpo rendido. Sakina le acercó a Ihsán para que la besara, y luego le ofreció un recipiente con agua, diciendo:

—Este agua nos llega de la cañería general, como la que a Gábal le llevaba su mujer.

El hombre sonrió porque amaba todos los recuerdos relacionados con Gábal o con Rifaa. Echó un vistazo a su nueva casa y sólo vio paredes de saco. Estrechó a Ihsán contra-su pecho con más cariño aún. Luego se puso en pie, entregó la niña a Sakina y salió de la chabola para reunirse con Sádeq y Hasan, que le estaban esperando. Les dio las buenas tardes y se sentó con ellos. Recorrió el barrio con la mirada, pero no vio más que mujeres y niños. Sádeq le aclaró:

—Los hombres se han ido a la mezquita de Sayyida Zaynab para buscar comida, y nosotros nos hemos quedado aquí para que estés más tranquilo.

Las mujeres trajinaban guisando y lavando a la puerta de las casuchas y los niños jugaban correteando entre ellas. Qásem se interesó:

—¿Vosotros creéis que están contentas? Sádeq respondió:

—Sueñan con ser dueñas de los bienes comunales igual que la señora Amina, la mujer del administrador.

Él sonrió abiertamente y contempló despacio a sus amigos:



—¿Habéis pensado el siguiente paso? Hasan irguió la cabeza:

—Sabemos muy bien lo que queremos.

—Pero ¿cómo?

—Aprovecharemos cualquier descuido para atacar. Sádeq aclaró:

—Pero tendremos paciencia hasta que se nos una un número suficiente de hombres de nuestro barrio y luego atacaremos. Así nos aseguraremos por una parte la victoria, y por otra la escasez de bajas.

—¡Muy bien pensado!

Les embargó una calma soñadora de la que les sacó una voz:

—¡La comida!

Era Badriya, que llevaba una fuente de habas cocidas y un pan y miraba a Qásem con ojillos juguetones. El sonrió.

—¡Bienvenida sea quien salvó mi vida! Ella depositó la fuente ante él diciendo:

—¡Que Dios te dé larga vida!

Y se fue a la choza de Sádeq, que estaba junto a la de Qásem.

Qásem comió con apetito. Se sentía dichoso y dijo:

—Tengo una buena cantidad de dinero que nos será útil si lo necesitamos. —Tras una pausa, prosiguió—: debemos atraer a todo aquel de nuestro barrio que sepamos está dispuesto a unirse a nosotros. Hay muchos oprimidos que pueden ayudarnos a ganar, y sólo los retiene el miedo.

No tardaron sus amigos en irse con los demás hombres, y Qásem se quedó solo. Se levantó y dio una vuelta por el lugar como si lo inspeccionara. Pasó junto a unos niños que jugaban, pero ni uno solo le miró. Las mujeres le saludaban y le llamó la atención una de avanzada edad. Tenía todo el cabello blanco y una mirada decrepita y cansada. Le saludó y él preguntó:

—¿Quién eres, madre?

—Soy la madre de Hamrús.

—¿Cómo has abandonado tan de prisa nuestro barrio?

—El mejor sitio está junto a mi hijo... ¡Y lejos de esos jefes ladrones!  
Se animó al ver que Qásem sonreía y dijo:

—Cuando yo era jovencita conocí a Rifaa. Él sintió curiosidad.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Era simpático y guapo, pero jamás se me pasó por la cabeza que le daría nombre a un barrio y que lo cantarían los poetas.

—¿No te fuiste a ese barrio como los demás?

—Pues no. Nadie nos conocía en nuestro barrio, ni siquiera nos conocíamos nosotros mismos, y ojalá tú no hubieras oído hablar nunca de los Jerbos.

Qásem la miró extrañado y pensó: «¡Hay que ver cómo son nuestros abuelos!», pero continuó sonriendo con ternura a la anciana. Ella le bendijo y se fue. Qásem se acercó por el sendero hasta el barranco y contempló, más allá de los despoblados, a lo lejos, las cúpulas y los tejados. «Sólo importa una cosa, y ¡qué pequeña es desde aquí arriba! Ni siquiera tienen sentido el administrador Rifat o el jefe Lahíta; desde aquí, el tío Zakariya y Rifat son iguales. Sería difícil vivir en un barrio que te ha causado tantos disgustos, de no ser por la casa de Gabaloui, que parece irreal; la casa de nuestros antepasados, con sus muros maravillosos y sus altísimos árboles. Pero se ha hecho viejo y el respeto que le tenían ha desaparecido como el sol que ahora se pone en el horizonte. ¿Dónde estás? ¿Cómo estás? ¿Por qué parece como si ya no existieras? Los que han robado los bienes que nos legaste viven a un paso de tu casa. Estas mujeres y niños que han huido al monte son los que más cerca están de tu corazón. Pero igual que el sol sale cada día, un día tú volverás al sitio que te corresponde y se terminarán los administradores asesinos y los jefes explotadores. De no ser por ti no tendríamos padre, barrio, patrimonio ni esperanzas». Una dulce voz le distrajo de sus cavilaciones:

—¿Café, señor Qásem?

Se dio la vuelta y vio a Badriya que le alargaba una taza. La tomó diciendo:

—¿Por qué te has molestado?

—Molestarse por ti es un placer, señor.

Él rogó por la difunta Qamar y se puso a sorber el café. Entre sorbo y sorbo los ojos de ambos tropezaban. ¡Qué bueno sabía el café en la falda del

monte, sobre los desiertos!

—¿Cuántos años tienes, Badriya? Ella frunció los labios y dijo:

—No lo sé.

—Pero ¿sabes por qué estamos en el monte? Titubeó con timidez y luego contestó:

—Por ti.

—¿Por mí?

—Quieres acabar con el administrador y con los jefes y conseguir los bienes del legado para todos nosotros. Eso dice mi hermano. Él sonrió y devolvió la taza vacía:

—Me gustaría poder darte las gracias como te mereces. Ella se ruborizó y salió corriendo. Qásem balbució:

—¡Buenas noches!

TRAS un agotador día de trabajo, hombres y mujeres regresaron con un poco de comida. Por la noche los hombres bailaron, moviendo diestramente los bastones. Qásem era el que mejor bailaba y disfrutaba viendo el entusiasmo y la agilidad de sus hombres después de un día tan duro. Eran hombres recios que le profesaban un amor que el barrio, desgarrado por el odio, no conocía. Los chicos observaban cómo subían, bajaban y se entrechocaban los bastones e intentaban imitar a los mayores. Mientras tanto, las mujeres descansaban o preparaban la cena.

Las hileras de chozas crecían a medida que hombres nuevos llegaban al monte. Sádeq, Hasan y Abu Pasada se aseguraban de que fueran hábiles cazadores. Se dirigían a hombres que escogían en el barrio y no paraban hasta que los convencían para que se unieran a ellos, abandonando sus casas en pos de unas esperanzas que jamás habían abrigado sus pechos. Sádeq decía a Qásem:

—No me fío de que con este trajín no estemos dando pistas de nuestro escondite a nuestros enemigos. Y él replicaba:

—Sólo se puede llegar hasta nosotros por un paso estrechísimo. Morirán si intentan atravesarlo.

Ihsán era su única alegría: cuando jugaba con ella, cuando la acunaba o cuando escuchaba su vocecita. Pero no sucedía así cuando se acordaba de la difunta y le ahogaban la soledad y la nostalgia. La muerte le había arrebatado a aquella mujer en lo mejor de la vida, dejándolo terriblemente solo e incluso presa del remordimiento, como le ocurrió en el barranco el

día del café, o el día de aquella mirada que le había llegado al alma. Una noche no pudo dormir, atormentado por la soledad, en la oscuridad de la chabola. Se levantó y salió a pasear por el monte bajo las estrellas, para tomar un poco de aire fresco, el aire del verano a medianoche. Alguien le llamó:

—¿Adonde vas a estas horas?

Vio acercarse a Sádeq y preguntó:

—¿Aún no duermes?

—Dormía a la puerta de la choza y te vi, y me extrañó porque tú duermes mejor que yo.

Caminaron juntos hacia el barranco. Allí Qásem confesó:

—A veces no puedo soportar la soledad. Sádeq sonrió.

—¡Maldita soledad!

El cielo estrellado cubría el mundo sumido en las tinieblas. Sádeq dijo:

—La mayoría de tus hombres están casados o tienen familia y no se sienten nunca solos.

—¿Qué quieres decir?

—Que un hombre como tú necesita una mujer.

Qásem intentó protestar al oír las cabales palabras de Sádeq:

—¿Cómo puedo volver a casarme después de haber tenido por esposa a Qamar?

El otro dijo con seguridad:

—Si ella pudiera escucharte, te diría lo mismo que yo. Qásem se turbó y dijo como para sí:

—Eso sería una traición, después de tanto amor y cuidado.

—No merece la pena ser fieles a los muertos.

Qásem pensó: «¿Será verdad lo que oigo, o es sólo lo que quiero oír? De todas formas, es duro. No te estás enfrentando a ti mismo con la franqueza con que te enfrentas a lo que pasa en tu barrio. Dios ha puesto estas cosas en el mundo y lo único cierto es que tu corazón late como la primera vez». Dio un gran suspiro y Sádeq le dijo:

—Necesitas más que nadie un amigo.

Cuando volvió a su choza, Salciña le esperaba a la puerta, preocupada:

—Te he visto ahí fuera cuando creía que estabas en el mejor de los sueños. Él dijo sin preámbulos, empujado por los pensamientos que le rondaban:

—¿Has visto cómo me invita Sádeq a casarme? Ella, viendo el cielo abierto, exclamó:

—¡Vaya! Me hubiera gustado decírtelo yo primero.

—¿Tú?

—Sí, señor. Me parte el corazón verte sentado solo, pensando todo el santo día.

Él señaló hacia las chabolas:

—Todos están conmigo.

—Sí, pero no tienes a nadie en casa. Yo soy una vieja con un pie en el otro mundo.

Qásem dudó, y creyó que esta indecisión suya era señal de que aceptaba lo que Sakina le proponía. De todas formas, dijo en tono lastimero.

—¡No encontraré otra esposa como ella!

—Cierto, pero hay chicas que harían feliz a cualquiera. Se miraron en las sombras y luego susurró la sirvienta:

—¡Badriya es una chica muy guapa! El corazón de Sádeq dio un brinco.

—¿Esa chiquilla?

Sakina dijo con un retintín:

—¡Pues bien madurita que está para ofrecer comida y café! Qásem se apartó de ella exclamando:

—¡Ay, eres el demonio, maldita seas!

La noticia causó alegría en todo el barrio del monte. Sádeq por poco se pone a bailar de contento, y su madre hizo tales albórbolas que la oyeron en el desierto. Los parabienes llovían sobre Qásem. No hubo necesidad de bailarinas profesionales porque todas las mujeres bailaron, hasta la madre de Badriya, al compás de la bonita voz de Abu Pasada: «Yo era pescador y me gustaba pescar».

El cortejo nupcial discurrió entre las chabolas, sin más luces que las del cielo. Sakina se trasladó con Ihsán a la choza de Sádeq para dejar la de Qásem vacía para los novios.

## 86

SENTADO ante la choza, ¡cuánto le gustaba contemplar a Badriya amasando! Era muy joven, sin duda alguna, pero pocas mujeres harían las faenas mejor que ella. Movía los brazos con energía, apartando con el dorso de la mano los mechones que le caían por la frente, de una forma terriblemente seductora, capaz de alegrar el corazón de cualquiera. Ella se dio cuenta de que la observaba y, enrojeciendo con coquetería, se detuvo. El rió alegremente y, levantándose, le dio un besito en una trenza. Luego se sentó otra vez. Se sentía tan feliz como siempre, que apartaba su atención de amigos y pensamientos. A lo lejos, Ihsán correteaba vigilada por Sakina, sentada en una piedra.

Oyó voces al final del paso y vio a Sádeq, Hasan y otros que se acercaban rodeando a un hombre. Era Jorda, el basurero del barrio de Rifaa. Qásem se levantó al punto para recibirlo, entre las albórbolas que las mujeres lanzaban cada vez que alguien nuevo del barrio se unía a ellos. Le abrazó y el hombre dijo:

—Estoy contigo ¡y mi estaca también!

—Bienvenido, Jorda; nosotros no hacemos distingos entre barrios: el barrio es nuestro y los bienes, de todos. El de Rifaa rió:

—Se preguntan por vuestro escondite y temen que hagáis algo espantoso, pero muchos quieren que ganéis.

Echó un vistazo alrededor, a las chozas y a la gente, sorprendido:

—¡Todos están contigo! Sádeq dijo:

—Jorda trae una noticia interesante.

Qásem miró inquisitivamente y el basurero contó:

—Hoy se casa Soares con su quinta mujer. Esta noche van a trasladar a la novia.

Hasan dijo entusiasmado:

—¡Es una ocasión única para acabar con ellos! Los hombres se enardecieron. Sádeq dijo:

—Un día atacaremos el barrio, y cada vez que nos deshagamos de un jefe será más fácil luchar y vencer.

Qásem permaneció pensativo largo rato y luego explicó:

—Atacaremos el cortejo como lo hacen los matones, pero recordad siempre que luchamos para poner fin a las jefaturas.

Antes de medianoche, los hombres se reunieron junto al barranco y descendieron uno a uno detrás de Qásem, con las estacas bien agarradas. El cielo estaba claro, iluminado por la luna llena. Llegaron al descampado y se dirigieron al norte por detrás del Zoco de Muqattam, siguiendo el pie del monte para no extraviar el camino. Cuando estaban cerca de la roca de Hind, un hombre que les servía de espía se acercó a Qásem:

—El cortejo irá hacia la Puerta de Nasr. Qásem se extrañó:

—Pero nuestros cortejos normalmente van hacia Gamaliya...

Jorda dijo:

—Quizá lo hagan para alejarse de los lugares que creen que están cerca de nuestro campamento.

Qásem decidió rápidamente:

—Sádeq irá con algunos hombres detrás de Bawwabat el-Futúh y Agrama con otros, al descampado de la Puerta de Nasr. El resto de los hombres, Hasan y yo esperaremos detrás de allí. Atacaréis cuando yo lo ordene.

Los hombres se agruparon, y antes de que se pusieran en marcha les dijo Qásem:

—Concentrad los golpes en Soares y sus secuaces. Los otros mañana serán de los vuestros.

Cada grupo emprendió su camino, y Hasan, él y los que iban con ellos se apresuraron hacia el norte por el pie del monte. Después torcieron a la



izquierda por el camino del cementerio de Qarafa para esconderse detrás de la puerta. Tenían bien controlado el camino, puesto que Sádeq se apostó a la izquierda y Agrama, a la derecha. Qásem se cubría tras el portón. Hasan dijo:

—El cortejo se formará en el café de el-Falakí. Qásem le respondió:

—Tenemos que atacarlos antes de que lleguen al café para no herir a nadie que no tenga cuentas pendientes con nosotros.

Permanecieron en la sombra, con los nervios a flor de piel. De repente, Hasan exclamó:

—¡Cómo me acuerdo del asesino de Saabán! Qásem dijo:

—Siempre han matado a muchos jefes.

En ese momento, silbaron Sádeq y Agrama. Los hombres estaban listos para atacar. Hasan advirtió:

—Si muere Soares, la gente de nuestro barrio se unirá en seguida a nosotros.

—Y si los demás vienen por nosotros, los mataremos en el paso.

De momento sólo eran sueños, pero antes de una hora habrían vencido o sus esperanzas se habrían esfumado envueltas en la sangre derramada. Qásem creyó ver la silueta de Qandil y escuchar la voz de Qamar. Parecía que hubiera pasado un siglo desde que él fue pastor de ovejas. Apretó la estaca en la mano y se dijo que era imposible que los vencieran. Entonces oyó que Hasan le decía:

—¿No oyes nada?

Aguzó el oído y escuchó rumor de cantos:

—¡Preparaos, que se acerca el cortejo!

Las voces cada vez eran más claras entre ecos de oboes, tamborcillos y alegre vocerío. El cortejo apareció por fin, avanzando a la luz de las antorchas, y entre bailarines que agitaban sus bastones iba Soares. Hasan preguntó:

—¿Silbo ya a Agrama?

—Cuando la cabeza del cortejo llegue al almacén de los ajos.

El cortejo proseguía entre bailes y malabarismos. El frenesí de la danza arrebató a uno de los bailarines, que comenzó a saltar y dar vueltas ante el

cortejo a una velocidad vertiginosa, haciendo girar la estaca como un molinillo sobre su cabeza. Avanzaba un paso tras cada vuelta, y así llegó al almacén de los ajos. Tras él llegaron los primeros del cortejo. Entonces silbó tres veces Hasan, y Agrama y los suyos cargaron con sus estacas contra la cola del cortejo desde la calle de el-Tammaín. Las filas se deshicieron, entre gritos de ira y temor. Hasan silbó otras tres veces, y desde el-Sammakín se lanzaron Sádeq y los suyos al centro del cortejo antes de que se hubieran repuesto del primer ataque. A la vez, Qásem y sus hombres atacaron desde la puerta del cementerio la cabeza del cortejo como un solo hombre.

Soares y los suyos se recobraron rápidamente de la emboscada y se enzarzaron en una cruel lucha a bastonazos. Muchos hombres que no tenían ganas de pelear corrieron a esconderse en las callejas vecinas, mientras arreciaban los estacazos y la sangre comenzaba a teñir las cabezas. Los farolillos se estrellaron y las flores acabaron pisoteadas por los suelos. La gente chillaba desde las ventanas y los cafés cerraron las puertas. Soares pegaba con rabia y maña, meneando el bastón de un lado a otro como loco. El odio hacía que la pelea se volviera cada vez más violenta.

Inesperadamente, Soares se encontró cara a cara con Qásem y bramó: «¡Hijo de puta!», y se lanzó al ataque dándole tal golpe que casi lo mata. Qásem se estremeció y se tambaleó y el otro le volvió a golpear, pero él agarró el palo con la mano, aunque cayó de rodillas por la fuerza del estacazo. Soares iba a descargar el golpe fatal cuando vio que Hasan saltaba sobre él como una fiera para ayudar a su amigo y, lleno de ira, gritó: «¡El hijo de Zakariya! ¿También tú, cabrón?», y descargó sobre él un palo que le habría matado sí Hasan no se hubiera echado a un lado de un salto, clavándole al mismo tiempo en el cuello la punta de su estaca. Esto impidió que Soares intentara golpearle de nuevo. Hasan recobró el equilibrio y, con su titánica fuerza, partió de un golpe la frente a Soares. La sangre salió a borbotones y Soares soltó la estaca, retrocedió unos pasos y cayó muerto boca arriba. Por encima de la barahúnda de estacazos un hombre gritó: «¡Han matado a Soares!». Agrama le rompió la nariz de un golpe y el hombre aulló de dolor. Se volvió, tropezó con un caído y se desplomó. Los

hombres de Qásem se enardecieron y pelearon con más ganas, mientras que los de Soares desfallecían y muchos de ellos habían caído. Por último, se batieron en retirada.

Los de Qásem se reunieron jadeando en torno a él. Algunos sangraban y otros ayudaban a los heridos. Los cuerpos caídos, muertos o sólo inconscientes, se podían ver a la luz que salía por las mirillas de los cafés. Hamrús se acercó al cuerpo de Soares:

—¡Ya puedes descansar en paz, Saabán! Qásem le atrajo hacia sí y le dijo:

—Está cerca el día de la victoria, el día en el que los demás matones correrán la misma suerte, el día en que seremos los dueños de nuestro barrio y los amos de lo que nos legaron, y obedientes nietos de Gabalauí.

Cuando llegaron al monte, las mujeres los recibieron con albórbolas porque la noticia de su victoria había corrido como la pólvora. Qásem entró en su chabola y Badriya le dijo:

—Estás lleno de polvo y sangre. Lávate antes de acostarte.

Cuando se echó, nada más lavarse, se sintió dolorido. Badriya le acercó un poco de comida esperando que la tomara, pero él estaba medio dormido. Se sentía satisfecho pero, a la vez, angustiado y triste.

—Tómame la comida.

La miró con ojos somnolientos y dijo:

—Pronto serás testigo de nuestra victoria, Qamar.

Al punto se dio cuenta del error que acababa de cometer, pues vio cómo cambiaba la cara de su mujer. Se sentó en el jergón y, azorado, dijo cariñosamente:

—¡Qué rica está la comida que haces!

Ella rechazó arisca su cumplido. Qásem cogió una albóndiga de habas fritas.

—Ahora me toca invitarte. Badriya apartó la cara, musitando:

—Era vieja y fea.

Muy abatido, le reprochó:

—No hables así de ella. Una persona así sólo merece que la recordemos con misericordia.

Ella se volvió como una fiera, pero le vio tan triste que apartó la vista y calló.

Los vencidos volvieron abochornados. Evitaron en lo posible las luces de la casa de Soares, rebotante de alegría y música. Pero poco duraría la fiesta, porque la mala noticia pronto la apagó, como si le hubieran echado tierra encima. ¿Quién había sido el criminal asesino que acabó con la vida de Soares y sus hombres, y con la de algunos de Gábal y Rifaa? Qásem, Qásem el pastor, el que habría sido toda su vida un mendigo de no haberse casado con Qamar. Alguien afirmó haber seguido a su partida hasta su escondrijo en el Muqattam. ¿Esperarían ocultos en el monte hasta poder acabar con todos los hombres del barrio? La gente se despertó y el griterío atronaba casas y patios. Uno de Gábal gritó:

—¡Mueran los Jerbos! Pero Galta le contuvo:

—Ellos no tienen la culpa. Han matado a su jefe y a muchos de sus hombres.

—¡Prended fuego al Muqattam!

—¡Traed el cadáver de Qásem para echarlo a los perros!

—¡Os juro que me divorcio si no me bebo su sangre!

—¡Rata, canalla, cobarde!

—¡Se cree que está seguro en el monte!

—¡Ese sólo estará seguro en la tumba!

—Todavía me acuerdo de cuando le daba una perra gorda y él besaba el suelo que yo pisaba.

—¡Nos parecía amable y cariñoso y ahora se dedica a matar hombres! Al otro día, todo el barrio era un funeral, y al siguiente, los jefes se

reunieron en casa del administrador Rifat, que se mostró furioso y sarcástico:

—Nos tendremos que encerrar en el barrio para que no nos maten. Lahíta era el que había recibido las heridas más graves, pero quería quitar hierro al asunto para disminuir su responsabilidad:

—No Ríe más que una riña entre un jefe y algunos de su barrio. Galta objetó:

—Un hombre de nuestro barrio ha muerto y otros tres están heridos. Haggag dijo:

—También han matado a uno de los nuestros. Rifat se burló de Lahíta:

—¡Menudo palo a tu reputación, matón del barrio! Lahíta se congestionó de cólera:

—¡Gañán! Eso lo dirás en broma, ¿no? El administrador ni se inmutó.

—Cabrero, si lo prefieres; pero esto puede ponerse serio. Hace tiempo que no hemos tomado en serio sus dislates ni hemos presentado nuestros respetos a su esposa. Su enojo ha aumentado. Quería quizá dárselas de pobre para poder acabar con su jefe y sus secuaces. Ahora se esconde en el monte y su ambición no tiene límites.

Se miraban indignados, y el administrador prosiguió:

—Está instigando a las gentes. No debemos ignorar que es una calamidad para nuestro barrio. Promete a las gentes los bienes comunales, aunque no son bastantes para sus compañeros porque ninguno se lo cree; ni los mendigos, que son muchos porque tenemos un barrio de mendigos, se lo creen. También ha prometido acabar con los jefes y con ello ha engatusado a los cobardes, que son muchos porque también tenemos un barrio de cobardes. La gente siempre se pondrá al lado del ganador. Si no hacemos algo cuanto antes, moriremos.

Lahíta dijo:

—Está rodeado de un grupo de ratas. Es muy fácil exterminarlas.

Haggag exclamó:

—¡Pero se esconden en el monte!

—Exploraremos el monte hasta encontrar un paso que nos lleve a ellos.

Rifat les apremió:

—Hacedlo ya, pues, como he dicho, si nos cruzamos de brazos nos mataran.

Lahíta, más furioso por momentos, dijo en tono agresivo al administrador:

—¿Es que no te acuerdas, señor, de que yo planeé su asesinato cuando vivía su mujer, y la señora, tu esposa, se opuso?

El administrador miró a los presentes y dijo a guisa de disculpa:

—De nada nos vale sacar a relucir ahora antiguos errores. Esos lazos se han respetado en nuestro barrio desde siempre.

Alguien gritó fuera, como anunciando otra catástrofe. Los nervios se desataron, y el administrador llamó al portero para saber qué ocurría:

—¡Ese perro! ¡Maldito barrio de perros!

—¿De qué barrio es el pastor?

—De los Jerbos. Se llama Zaqla.

—BIENVENIDO, Zaqla.

Qássem le abrazó y el pastor dijo con entusiasmo:

—Nunca estuve contra ti. De no haber sido por el miedo, ya estaría aquí hace tiempo. Tan pronto como supe la muerte de Soares, que Dios haya enviado al infierno, vine aquí con las ovejas de tus enemigos.

Qássem contempló todo aquel ganado que había en la explanada. Las mujeres lo habían rodeado formando un alegre guirigay. Sonrió.

—Tenemos derecho a apoderarnos de las riquezas que nos robaron en el barrio.

Muchos del barrio se unieron a Qássem a lo largo del día, más que nunca. Él estaba cada vez más seguro. Le despertó de madrugada un extraño alboroto y, al salir de la choza, vio que los suyos se acercaban inquietos y apresurados. Sádeq le dijo:

—Los del barrio vienen a vengarse y se han reunido al pie del paso. Jorda añadió:

—Fui el primero en ir a trabajar. Los vi a unos pasos de los desiertos y me volví corriendo. Algunos me persiguieron tirándome piedras. Llamé a Sádeq y a Hasan hasta que llegaron todos los nuestros al paso y se dieron cuenta del peligro. Echaron a los atacantes a pedradas.

Qássem vio que Hasan y algunos hombres hacían guardia en el paso, con piedras en la mano.

—Ahí podemos rechazarlos con sólo diez hombres. Hamrús dijo:

—Es un suicidio llegar hasta aquí. Que suban si quieren.



La gente abandonó las chabolas y se reunió en torno a Qásem. Los hombres empuñaban estacas y las mujeres acarreaban cestos llenos de piedras que ya tenían preparados para la ocasión. Qásem preguntó:

—¿Hay algún otro camino hacia la ciudad? Sádeq respondió taciturno:

—Hay otro camino al sur, a dos horas de marcha por el monte. Agrama dijo:

—No creo que tengamos agua suficiente para más de dos días. Se oyó un murmullo de ansiedad, especialmente entre las mujeres, y Qásem dijo:

—Han venido a vengarse, no a sitiarnos. Si nos asediasen, romperíamos el cerco por el otro camino.

Ante la mirada de los demás, mantenía el rostro tranquilo, pero no dejaba de pensar. Si los asediaran, lo más difícil sería transportar el agua por el camino del sur. Si atacasen, estaba seguro de poder vencer a hombres entre los que estaban Lahíta, Galta y Haggag. ¿Cómo terminaría el día?

Cogió una estaca de la choza y se rué con Hasan y sus hombres a la salida del paso. Hasan le dijo:

—No se atreven a acercarse.

Se asomó al barranco y vio a sus enemigos agrupados fuera del alcance de las piedras. Le espantó su número, pero no pudo distinguir entre ellos a los jefes. Dirigió la mirada más allá, a la Casa Grande, la casa de Gabalauí, que guardaba silencio como si no le importara que sus hijos lucharan por ella. ¡Cuánto necesitaban la fuerza de su abuelo, tan respetada antaño por aquellos lugares! Quizá no se hubiera angustiado de no haber recordado la muerte de Rifaa cerca de la casa de su abuelo. En su interior algo le empujaba a gritar a pleno pulmón: «¡Gabalauí!», como hacían los del barrio en algunas ocasiones. Pero distrajeron su pensamiento voces de mujeres que se acercaban. Echó un vistazo alrededor y vio a los hombres desplegarse por el barranco esperando al enemigo. También iban hacia allí las mujeres, y él gritó hasta que le obedecieron y se apartaron. Les ordenó que preparasen la comida y se dedicaran a sus faenas cotidianas. Sádeq se acercó:

—Has hecho bien. Pero lo que más temo es el efecto que nos produce el solo nombre de Lahíta. Hasan dijo:

—Lo único que podemos hacer es pelear. Y prosiguió agitando una estaca:

—Ya no podemos salir a buscar comida, desde que conocen nuestro escondite. Sólo nos queda atacar.

Qásem miró la Casa Grande y dijo:

—Me parece bien. ¿Tú que dices, Sádeq?

—Esperaremos a que anochezca. Hasan no estaba de acuerdo:

—Esperar nos perjudica, y luchar de noche no nos favorece. Qásem preguntó:

—¿Cuál será su plan?

—Obligarnos a bajar hasta ellos. Qásem meditó y luego habló:

—Si muere Lahíta, nos aseguraremos la victoria. Además, Galta y Haggag pelearán entre sí por la jefatura.

Desde lo alto, el sol hacía que las piedras ardieran. Hasan dijo:

—Decidme qué hay que hacer.

No le contestaron porque un grito de mujer, al que siguieron otros, llegó desde la explanada. Se distinguió una voz:

—¡Nos atacan por otro lado!

Todos corrieron desde el barranco hacia el sur del campamento.

Qásem ordenó a los que defendían el paso que extremasen la atención, y a Jorda que pidiera a las mujeres fuertes que ayudaran en aquella defensa. Luego corrió con Sádeq y Hasan hacia el centro de la explanada, para reunirse con los hombres. Todos vieron a Lahíta al frente de una partida de hombres que se acercaban por el sur del monte. Qásem se enfureció:

—¡Nos distrajeron con sus hombres mientras daban la vuelta al monte para alcanzarnos por el camino del sur! Hasan se creció:

—¡Caminan derechos a la muerte!

—Tenemos que vencer y venceremos. Todos se unieron como un solo hombre.

Los asaltantes se acercaban con las estacas enhiestas, como si estuvieran cubiertos de espinas. Cuando pudieron distinguirlos claramente, Sádeq dijo:

—No están entre ellos Galta ni Haggag.

Qásem comprendió entonces que Galta y Haggag estaban con los sitiadores al pie del monte y que atacarían el paso a cualquier precio, pero no comunicó a nadie sus temores. Avanzó unos pasos blandiendo la estaca y los hombres lo imitaron. Hasta ellos llegó la voz ronca de Lahíta:

—¡No os enterrarán en tumbas, hijos de puta!

Qásem y los suyos se lanzaron al ataque. Los otros avanzaron como impulsados por un muelle hasta que se cruzaron las estacas, en un alboroto ensordecedor. Al mismo tiempo, los defensores del paso volcaron una tromba de piedras sobre los que asaltaban el pie del monte. Cada uno de los hombres de Qásem se enzarzó con otro del enemigo. Qásem peleaba con Dongol con destreza. Lahíta partió de un golpe la clavícula de Hamrús, y Sádeq mantenía un largo y encarnizado combate con Zaynhom, hasta que éste cayó aplastado por un furioso estacazo de Hasan. Lahíta pegó a Zaqla en el cuello y le derribó. Qásem logró alcanzar a Dongol en una oreja. Dongol gritó, dio media vuelta y se desplomó. Zaynhom cargó con violencia contra Sádeq, pero éste le dio un garrotazo en el vientre y, aunque Zaynhom lo apartó con las manos, logró darle el golpe definitivo. Jorda mantenía a raya a el-Hafnauí, pero Lahíta le inutilizó el brazo antes de que pudiera cantar victoria. Hasan descargó entonces un estacazo a Lahíta, que lo desvió ágilmente levantando su palo para atacar a su vez, pero Qásem fue más rápido y detuvo el palo con su estaca. Abu Pasada llegó como una exhalación para darle un tercer golpe, pero Lahíta le partió la nariz de un cabezazo.

Lahíta parecía tener una fuerza invencible. El combate se recrudeció, las estacas chocaban sin piedad, y torrentes de insultos y maldiciones salían de las bocas de los combatientes mientras la sangre corría a raudales bajo los rayos del sol. Las lesiones se multiplicaban y los hombres caían uno tras otro en ambos bandos.

Lahíta resistía con un furor suicida que nadie había podido imaginar, atacando y golpeando salvajemente. Qásem ordenó a Hasan y Agrama que buscaran la oportunidad de atacar con él a Lahíta para salvar el baluarte en el que se refugiaban los emigrados. Una de las mujeres que defendía el paso llegó advirtiéndoles a gritos:

—¡Suben cubriéndose con planchas!

El terror los dominó, y Lahíta aprovechó para vocear:

—¡No os enterrarán en tumbas, hijos de puta! Qásem gritó a sus hombres:

—¡Venced a esos criminales antes de que suban!

Y se precipitó hacia Lahíta, flanqueado por Hasan y Agrama. El matón le recibió con un palo que él detuvo con su estaca. Agrama intentó adelantarse al golpe, pero el canalla le alcanzó en el mentón y cayó de bruces. Hasan entonces brincó ante Lahíta y se arrojaron el uno contra el otro a muerte.

Los gritos de las mujeres crecieron en la salida del paso y algunas comenzaron a huir del lugar. Qásem envió sin pérdida de tiempo a Sádeq con algunos hombres al borde del barranco. Luego se lanzó contra Lahíta, pero Zahliffa se cruzó en su camino y pelearon violentamente. Hasan dio un empujón a Lahíta y le hizo retroceder un paso. Luego le escupió en un ojo y el otro bramó, momento que aprovechó Hasan para darle un puntapié en la rodilla y atacarle con la rapidez de un rayo, dándole un cabezazo en el estómago como si fuera un toro bravo. Perdió el equilibrio el matón y cayó de espaldas. El otro se subió encima y le atenazó el cuello con la estaca, apretando con toda la fuerza de sus brazos. Los hombres acudieron a defender a su jefe, pero Qásem y algunos más se lo impidieron. A Lahíta le temblaron las piernas, se le desorbitaron los ojos y, con la cara cubierta de sangre, comenzó a asfixiarse. Entonces Hasan se puso de un salto en pie sobre su rival y le descargó en la cabeza tan duro y violento estacazo que le partió el cráneo, matándolo. Después rugió:

—¡Ha muerto Lahíta! ¡Vuestro jefe ha muerto: mirad su cadáver! La inesperada muerte de Lahíta afectó profundamente a los luchadores, aumentando en unos las esperanzas y la decisión y haciendo que se evaporaran las de los otros. Hasan corrió a ayudar a Qásem en su pelea, y no falló ni un golpe. El campo de batalla estaba lleno de hombres que se agachaban y saltaban y de estacas que subían y bajaban. El polvo los ahogaba y se mezclaba con la sangre, los bramidos, gritos, maldiciones y gemidos de aquellos hombres. Entre gemido y gemido había alguien que se

retorcía y caía o se volvía y huía. El suelo se cubría de hombres que se desplomaban sangrando bajo los rayos del sol. Qásem se apartó para observar la salida del paso, porque el asunto le preocupaba. Vio a Sádeq y a los suyos volcando los cestos de piedras con un nerviosismo tan grande que era evidente que los atacantes ascendían peligrosamente. Oyó gritar a las mujeres, entre ellas a su esposa, pidiendo ayuda. Varios hombres de Sádeq empuñaban estacas dispuestos a enfrentarse a los que tan tenazmente subían bajo el diluvio de piedras. Dándose cuenta del peligro de la situación, corrió hacia el cadáver de Lahíta, del que se habían alejado los combatientes al intentar rechazar a los hombres del barrio. Comenzó a arrastrarlo hacia el paso y llamó a Sádeq para que le ayudara. Entre los dos cargaron el cadáver y lo despeñaron por el barranco. Cayó rodando y se detuvo a los pies de los que peleaban protegidos por las planchas. El pánico se apoderó de ellos, y Haggag gritó furioso:

—¡Continuad subiendo! ¡Malditos sean esos criminales! Sarcástico, con sorprendente sangre fría, Qásem se dirigió a ellos:

—¡Subid! Aquí está el cadáver de vuestro jefe y detrás de mí están los de los demás. ¡Subid, que os esperamos!

Hizo una señal a sus hombres y mujeres, y comenzó tal lluvia de piedras que la avanzadilla de los atacantes comenzó a retroceder poco a poco, a pesar de que Haggag y Galta les animaban. Qásem pudo oír el murmullo de hostigamientos, protestas y reproches de los de abajo y gritó:

—¡Galta, Haggag! ¡Venid, no huyáis! Galta le replicó con odio:

—¡Bajad si sois hombres! ¡Maricones, hijos de puta! En medio del torbellino de desertores, Haggag aullaba:

—¡Que me muera si no me bebo tu sangre, asqueroso pastor!

Qásem cogió un canto y se lo tiró con todas sus fuerzas. Siguió un diluvio de piedras que hizo que los desertores echaran a correr. Hasan llegó diciendo, mientras se limpiaba la sangre que le caía por la frente:

—¡Se acabó la pelea; los supervivientes huyen hacia el sur! Qásem gritó:

—Di a los hombres que los persigan. Sádeq observó:

—Tienes sangre en la boca y en la barbilla.

Se limpió la sangre y luego se quedó mirando la mano teñida de rojo. Hasan estaba afligido.

—Han muerto ocho de los nuestros y la mayoría de los vivos están malheridos y no pueden moverse.

Qásem vio a través de la lluvia de piedras cómo corrían sus enemigos para salir del estrecho paso. Sádeq dijo:

—Si se van de una vez, nadie luchará contra ellos. Luego besó la ensangrentada barbilla de Qásem:

—Tu inteligencia nos ha salvado.

Qásem puso a dos hombres a la salida del paso para que hicieran guardia, y envió a otros tras los que huían para obtener información. Caminó a duras penas, con Hasan y Sádeq, hasta la explanada, en la que sólo se veían cadáveres. ¡Qué carnicería! Habían muerto ocho de los suyos y diez del enemigo, aparte de Lahíta, y ni uno solo de sus hombres había salido ileso. Se retiraron a sus chozas para que las mujeres les vendasen las heridas. De las chabolas de los muertos llegaban lamentos.

Badriya, muy triste, les llevó a casa para lavarles las heridas, y más tarde llegó Sakina con Ihsán en los brazos, que lloraba a lágrima viva. El sol seguía en lo alto, y por el aire revoloteaban cuervos y milanos. Olía a polvo y a sangre.

Ihsán no paraba de llorar, pero nadie le hacía caso. Hasta el gigantesco Hasan parecía a punto de desmayarse. Sádeq murmuró con tristeza:

—¡Que Dios se apiade de los muertos! Qásem rectificó:

—¡Que Dios se apiade de los vivos y de los muertos! Inesperadamente, Hasan se alegró:

—¡Pronto nos alzaremos con la victoria y nuestro barrio dirá adiós a toda una época de crímenes y terror!

—¡Maldita sea esa época de crímenes y terror!

NUNCA había ocurrido una catástrofe como aquella en el barrio. Los hombres, que volvían taciturnos, apagados y sin osar levantar los ojos del suelo, se encontraron con que el barrio ya conocía la noticia de su derrota, y la fama de matones era objeto de burlas. Las familias de los Jerbos habían huido del barrio por temor a las represalias, abandonando sus casas y tiendas. Ahora se unirían al vecino ganador y así aumentarían sus fuerzas y el número de sus hombres.

La tristeza había sentado sus reales en el enlutado barrio, pero sus inflamadas almas destilaban rencor, odio y ansia de venganza. Los de Gábal se preguntaban quién sería ahora el nuevo jefe del barrio, y el mismo interrogante iba de boca en boca en el barrio de Rifaa. Negros presagios cubrían el horizonte como el polvo en una tormenta. El administrador Rifat supo lo que andaba en mientes y convocó a Galta y Haggag a una reunión.

Los dos hombres acudieron rodeados de tantos de sus secuaces que en la sala del administrador no cabía un alfiler. Cada banda se colocó a un lado, como si no se fiara de sus vecinos. El administrador se dio cuenta de lo que pasaba y, sumamente irritado, dijo:

—Sabéis que ha ocurrido una catástrofe, pero no nos hemos dormido, y aún no han acabado con nosotros. Todavía tenemos redaños para ganar, pero hemos de mantenernos unidos. Si no, ya podemos despedirnos.

Uno de los de Gábal dijo:

—El último golpe será nuestro. Quién ríe el último, ríe dos veces. Haggag intentó justificar lo ocurrido:

—Si no se hubieran atrincherado en el monte hubiera muerto hasta el último de ellos.

Habló un tercero:

—Lahíta los encontró después de una jornada tan larga y fatigosa que hubiera reventado a un camello. Rifat estalló:

—¿Estáis unidos o no? Galta habló:

—Gracias a Dios somos hermanos y así seguiremos.

—Eso es lo que tú dices, pero venís tan divididos que se ven claramente las suspicacias que hay entre vosotros. Haggag terció:

—No, no es eso. Lo que pasa es que el ansia de venganza nos impulsa a comportarnos así.

El administrador miró indignado los sombríos rostros:

—Sed honestos: tenéis un ojo en el puesto vacío de Lahíta y el otro en los vecinos. El barrio no estará seguro mientras esta situación continúe. Lo que más temo es que salgan a relucir las estacas y os matéis. Seréis una presa fácil para Qásem.

Gritaron al unísono:

—¡Dios nos libre!

El administrador continuó:

—Ya sólo quedan el barrio de Gábal y el del Rifaa, que ya tienen jefe. No hay necesidad de una jefatura única. Aceptémoslo y unámonos contra los de fuera.

Durante unos minutos hubo un tenso silencio, y luego algunos respondieron con timidez: «¡Sí...! ¡Sí!».

Galta dijo:

—Estamos de acuerdo, a pesar de que nosotros somos los amos del barrio desde hace mucho.

Luego habló Haggag:

—Aceptemos, pero sin favoritismos; aquí no hay amos ni servidores, en especial desde que se fueron los Jerbos. ¿Quién puede negar que Rifaa es el más noble que nuestro barrio ha conocido?

Galta se enfureció:

—¡Haggag, que te conozco!



Uno de los de Rifaa quiso decir algo pero el administrador gritó indignado:

—¡Decidme! ¿Estáis dispuestos a ser unos hombres o no? Los Jerbos caerán como lobos sobre vosotros si se enteran de vuestra debilidad. Decidme si podréis permanecer unidos o si debo buscar en otra parte.

Gritaron por toda la sala:

—¡Silencio! ¡Debiera daros vergüenza! ¡Nuestro barrio está a punto de perderlo todo!

Todos miraban sumisos al administrador, que dijo:

—Seguís siendo superiores en número y fuerza, pero no volváis a atacar el monte.

Parecía que algunos querían preguntar pero él prosiguió:

—Los retendremos en lo alto del monte, acechándolos entre los dos accesos, y así morirán de hambre o deberán exponerse a bajar hasta vosotros y podréis acabar con ellos.

Galta dijo:

—¡Buena idea! Eso mismo le dije yo a Lahíta, que en paz descansa, pero él consideraba que un asedio era cosa de cobardes y se negó a todo lo que no fuera atacar.

—Es la mejor solución. —Ahora era Haggag quien hablaba—. Pero conviene esperar a que los hombres se repongan.

El administrador les pidió que hicieran un pacto de hermanos y que colaboraran. Se dieron las manos y juraron respetar el pacto.

Todo el que tuviera ojos en la cara pudo ver en los días que siguieron a la reunión que Galta y Haggag mejoraban el trato a sus secuaces para disimular los efectos del desastre. Propagaron por el barrio la especie de que, de no haber sido por la estupidez de Lahíta, habrían acabado en un santiamén con Qásem. Su obstinación en subir al monte, sin embargo, había puesto en inferioridad a los hombres, y el enemigo los encontró en el peor de los estados para pelear. La gente creyó lo que Lahíta le dijo, y él insultó y pegó a todo el que puso alguna objeción. En cuanto a la jefatura del barrio, no permitieron a nadie pensar en ella, al menos en público, pero

muchos de Gábal y Rifaa comenzaron a preguntarse, entre el humo del hachís, quién sucedería a Lahíta cuando hubieran ganado.

A pesar de los pactos y juramentos, el barrio era un hervidero de sospechas. Los cabecillas no se arriesgaban a salir fuera de sus territorios sin una escolta de esbirros. Pero los preparativos para el día de la venganza estaban en marcha. Se acordó que Galta y los suyos acamparían ante el camino del Muqattam, en el zoco, y que Haggag y sus hombres lo harían en el camino de la Ciudadela, y que todos permanecerían en sus puestos hasta el final. En tanto, las mujeres se ocuparían de los negocios y de suministrar comida a los hombres.

La tarde anterior a la partida, los hombres se reunieron en los fumaderos, bien pertrechados de frascos de licor y de vino, y estuvieron fumando y bebiendo hasta altas horas de la noche. Los secuaces de Haggag se despidieron de él ante su casa, en el barrio de Rifaa, dejándolo más borracho que una cuba. Empujó la puerta y cruzó el pasillo tarareando: «El primero... ¡Ah...!», pero no pudo terminar la canción porque una sombra le atacó por detrás, tapándole la boca con una mano y clavándole un cuchillo en el corazón con la otra. El cuerpo se retorció violentamente entre los brazos del asesino, que lo dejó caer cautamente al suelo, abandonándolo inmóvil en las tinieblas.

## 90

POR la mañana temprano, un griterío infernal despertó a todo el barrio. Desde las ventanas se podía ver a la gente que corría a casa de Haggag, el cacique de Rifaa, en cuyo corredor, entre ayes y lloreras, hombres y mujeres cuchicheaban. Los ojos enrojecidos por el llanto no presagiaban nada bueno. A la casa del barrio de Rifaa iban llegando visitantes de todas las demás, y no tardaron en aparecer Galta y los suyos. La gente les abrió paso hasta el corredor y allí Galta exclamó:

—¡Dios mío, qué desgracia! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar, Haggag!

Aunque cesaron los lamentos, los lloros y las preguntas de los indignados, nadie correspondió con un cumplido a las palabras del matón, que repitió:

—¡Qué asquerosa trampa! Ése no es el estilo de los jefes, sino de Qásem, que es un mendigo, no un jefe. No descansaré hasta que no eche su cadáver a los perros.

Una mujer le dijo con dolorida violencia:

—¡Felicidades, Galta, ya eres el jefe del barrio!

Contrajo la cara de ira. Todos los que estaban junto a él enmudecieron, aunque más atrás se escuchaban murmullos de indignación. Galta se puso grosero:

—¡En días así, las mujeres deberían cerrar el pico! Pero aquella mujer no se amilanaba:

—¡El que tenga oídos, que oiga!

Se armó otra vez la escandalera, y Galta esperó a que amainara el temporal para decir:

—Ha sido una asquerosa trampa que nuestros enemigos han urdido para sembrar cizaña entre nosotros. Pero otra mujer saltó:

—¡Ya, ya, una trampa! Qásem y sus Jerbos están en el monte, y a Haggag lo han asesinado en el barrio, entre su gente y sus vecinos, algunos de los cuales se mueren de ganas de ser el jefe.

Galta gritó:

—¡Esa mujer está tan loca como todo el que le haga caso, y si seguís así acabaremos matándonos entre nosotros, como quiere Qásem!

Alguien estrelló un jarro a los pies de Galta, que se marchó junto con sus hombres diciendo:

—Ese cabrón sabe cómo sembrar cizaña entre nosotros.

De allí se fue directamente a casa del administrador.

El alboroto arreció después de que él se fuera. Uno de Rifaa y otro de Gábal se enredaron en una trifulca violentísima, a la que no tardaron en sumarse dos mujeres. También entre dos muchachos, uno de cada barrio, hubo más que palabras, y de ventana a ventana se intercambiaron los peores insultos. La riña se extendió a todo el barrio hasta que los hombres de ambos bandos se agruparon, estaca en mano. El administrador salió de su casa, rodeado de criados y esbirros y, poniéndose entre ambas facciones, gritó:

—¡Volved a vuestros cabales! ¡La ira os impide reconocer a vuestro verdadero enemigo, el asesino del maestro Haggag! Uno de Rifaa exclamó:

—Y tú, ¿cómo lo sabes? ¿Quién de los Jerbos se atrevería a entrar en el barrio?

Rifat gritó:

—¿Cómo van a haber matado hoy los de Gábal a Haggag, si es cuando más lo necesitan?

—Eso preguntáselo a los asesinos y no a nosotros.

—¡Los de Rifaa jamás se han sometido a un jefe de Gábal!

—¡Pagarán cara esta sangre!

De nuevo se oyó al administrador:

—No os liéis en estos rifirrafes o veréis cómo Qásem avanza sobre vosotros como la peste.

—¡Que venga Qásem si quiere, pero Galta no será jamás nuestro jefe! El administrador dio unas palmadas:

—¡Se acabó la cuestión! Está visto que terminarán con nosotros.

—¡La muerte es mejor que Galta!

Desde el barrio de Rifaa tiraron un ladrillo a los hombres del de Gábal, que respondieron de la misma forma. El administrador se marchó inmediatamente, y de ambos bandos comenzaron a llover piedras. La gresca aumentó, haciéndose cada vez más salvaje, y se contagió a las azoteas, en las que las mujeres de ambos barrios se apedreaban y lanzaban ladrillos, terrones y maderos. A pesar de que los de Rifaa luchaban sin jefe, la refriega parecía no tener fin, y muchos de ellos caían bajo los certeros golpes de Galta, que no erraba uno. Algunas mujeres empezaron a chillar por las ventanas, pero era imposible entender lo que decían en medio de) estrépito de la contienda. No obstante, vieron que señalaban con la mano a izquierda y derecha. Algunos se dirigieron al lugar que ellas indicaban y vieron a Qásem ante la Casa Grande, avanzando con un grupo de hombres armados con palos y a Hasan con los suyos por la otra parte. Cundió la alarma, y la riña cesó de inmediato. Los rivales se unieron y formaron dos nuevos bandos para enfrentarse a los agresores que llegaban. Galta bramó:

—¡Os dije que era una trampa y no me creísteis!

Exhaustos y desesperados, se aprestaron a luchar de nuevo, pero Qásem, y Hasan dejaron de avanzar súbitamente, como si ambos siguieran un mismo plan. Qásem, gritó:

—¡No queremos hacer daño a nadie! Que no haya vencedores ni vencidos. Todos somos del mismo barrio y tenemos un mismo antepasado. Los bienes comunales son de todos.

Galta exclamó:

—¡Otra trampa! Qásem dijo, enojado:

—No los incites a que luchen para defenderte como jefe. Defiéndete tú solo si puedes.

Galta volvió a gritar:

—¡Al ataque!

Y se lanzó contra el grupo de Qásem, seguido por sus hombres. Los demás hicieron lo propio contra Hasan y los suyos. Muchos escaparon, entre ellos los heridos y exhaustos, dejando solos a Galta y su pandilla, quienes, a pesar de eso, combatían cruelmente a estacazos, cabezazos y puntapiés, defendiéndose con uñas y dientes. Hasan y Sádeq se enfrentaron a Galta. Sádeq descargó sobre él un estacazo, y Hasan le golpeó en la cabeza una, dos, tres veces. A Galta se le escurrió la estaca de la mano y echó a correr como alma que lleva el diablo, hasta que cayó como un saco de patatas. La pugna cesó, y callaron hombres y estacas. Los vencedores sonreían triunfalmente a pesar de que tenían sangre por todo el cuerpo, que intentaban limpiarse entre jadeos. En las ventanas lloraban viendo cómo los cuerpos de los hombres de Galta yacían al sol. Sádeq dijo a Qásem:

—Has ganado. Dios te ha conducido a la victoria. Nuestro abuelo nunca se equivoca al elegir. Desde hoy se acabaron los lamentos en el barrio.

## 91

QÁSEM sonrió y dirigió la vista a la casa del administrador. Se dirigieron todos a ella y encontraron las puertas y las ventanas cerradas. Nadie contestó cuando Hasan aporreó la puerta. La empujaron entre varios hasta que sus hojas cedieron. No había ni rastro del portero o de los criados. Registraron los tres pisos y descubrieron que el administrador había huido llevándose a la familia y a los criados. A Qásem, en realidad, esto le satisfizo, pues en lo más hondo de su alma se resistía a matar al administrador, por respeto a su esposa, ya que, de no haber sido por ella, hubiera muerto hacía tiempo. Pero Hasan y los otros montaron en cólera al ver que había escapado aquel hombre, que había hecho probar al barrio el sabor amargo de la pobreza y la humillación todo el tiempo que vivió en él.

Así obtuvo Qásem la victoria y se convirtió en el caudillo indiscutible del barrio. Se hizo cargo de la administración porque alguien tenía que gestionar el patrimonio común. Los Jerbos volvieron a su barrio y, con ellos, todos cuantos habían huido de allí por miedo a los matones. También volvió, y el primero, el maestro Yahya. Pasaron cuarenta días tranquilos, mientras las heridas cicatrizaban y los ánimos se templaban.

Un día, Qásem se detuvo ante la Casa Grande y convocó a toda la gente del barrio, hombres y mujeres, para que acudieran a ella. Acudieron todos, ansiosos, expectantes y con el corazón encogido de temor. Delante de la casa, los Jerbos se mezclaron con los de Rifaa y los de Gábal.

Sonriente, humilde, amable y respetable a un tiempo, Qásem dijo:

—Aquí vive Gabaloui, nuestro antepasado común. Todos los barrios descienden de él sin excepción; todos, hombres y mujeres.

Todos se sorprendieron, especialmente los que esperaban escuchar el discurso de un soberano victorioso. Qásem continuó:

—El patrimonio común está a vuestro alrededor y será para todos tal y como Adham prometió cuando dijo: «El patrimonio de los bienes habices será para vuestros hijos». Debemos explotarlo bien para que alcance de sobra para todos-y podamos vivir como Adham quería: con mucha comida, tranquilos y felices.

Se miraron unos a otros creyendo que soñaban. El prosiguió:

—El administrador se ha ido para siempre y los jefes se han terminado. Desde hoy no habrá más, ni pagaréis más tributos a un explotador ni os humillaréis ante un matón salvaje. Viviréis en paz y concordia.

Clavó la vista en los jubilosos rostros y dijo:

—En vuestra mano está no volver a una situación como la anterior. Si vuestro administrador os engaña, echadlo; si alguno de vosotros desea el poder, castigadlo, y haced lo mismo con todo el que quiera imponerse por la fuerza. Así estaremos seguros de no volver a vivir como antes. ¡Id con Dios!

Aquel día, unos se consolaron de sus muertos y otros de su derrota, porque confiaban en el futuro. Qásem distribuyó con equidad las rentas del patrimonio comunal, después de apartar un tanto para reparaciones y obras públicas. Naturalmente, tocaron a poco, pero les compensó la sensación de justicia y generosidad. Comenzó una época de cambios, realizaciones y paz para todo el barrio, que se hallaba hermanado y feliz. Por supuesto que algunos de Gábal, compartiendo parecer con otros de Rifaa, veían las cosas de distinta manera y murmuraban entre ellos: «¿Tendremos que soportar que un Jerbo nos gobierne?». Tampoco los Jerbos se libraron de presunción, pero nadie enturbió aquellos días dichosos.

Los Jerbos encontraron en Qásem un tipo de hombre que no habían visto antes ni volverían a ver nunca, una mezcla de fuerza y ternura, sabiduría y llaneza, gravedad y cariño, señorío y humildad, buen administrador y mejor secretario y, además, simpático, afable y apuesto. Era



un amigo cariñoso, de tacto exquisito, y le gustaba cantar y contar chistes. Lo único en lo que cambió fue, afortunadamente, en su vida conyugal, que mejoró igual que mejoraba el uso del patrimonio comunal: a pesar de lo mucho que amaba a Badriya, se casó con una beldad del barrio de Gábal y con otra del de Rifaa y, habiéndose prendado de una del de los Jerbos, también se casó con ella. La gente decía que estaba intentando encontrar algo que perdió cuando murió su primera mujer, Qamar, aunque su tío Zakariya aseguraba que lo hacía para unir más aún todos los barrios. Pero la gente del barrio no necesitaba excusas ni explicaciones, porque le admiraba tanto por su carácter como por su vitalidad. Además, para los hombres del barrio la capacidad de enamoramiento era algo de lo que había que presumir, y en aquel tiempo alcanzaba tanta importancia o más que ser jefe.

Hasta entonces, el barrio nunca se había sentido dueño de su propio destino, mandara quien mandase, pues siempre hubo algún administrador ladrón o algún jefe explotador, ni había conocido otra época tan fraternal y tranquila.

Muchos decían que había llegado el momento de librarse de una vez para siempre del olvido en que se hallaba el barrio.

Eso decían...

Eso decían, barrio...

**ARAF**

EL que contemple nuestro barrio no creará lo que canta en los cafés el poeta, acompañándose del rabel. ¿Quién es Gábal? ¿Quién Rifaa? ¿Quién Qásem? ¿Dónde están las huellas de su existencia fuera del círculo de los cafés? Los ojos sólo ven un barrio hundido en la oscuridad y un rabel que pone música a los sueños. ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Dónde están Qásem, y ese barrio único y las tierras habices donadas para bien de todos? ¿Qué nos puso en manos de su codicioso administrador y de esos matones insolentes? Alrededor del narguile que gira en los fumaderos de opio, entre gemidos y risas, oirás que Sádeq dejó la custodia de las tierras a Qásem y que éste siguió sus pasos. Oirás que hubo quien pensó que Hasan merecía más ese cargo por su parentesco con Qásem, y por ser el hombre que mató a los cabecillas. También oíros que algunos incitaron a Hasan a alzar su garrote irresistible y cómo él no quiso que el barrio volviera al tiempo de las banderías. Pero el barrio ya se había dividido espontáneamente, y algunos miembros del clan de Gábal y del clan de Rifaa mostraron sus intenciones. Y cuando Sádeq dejó este mundo salieron a la luz las pasiones reprimidas, con su faz envidiosa y sus miradas hostiles. Se despertaron los garrotes después de su sueño y corrió la sangre en cada una de las calles, y entre unas calles y otras, hasta que el mismo administrador murió en una de las batallas. Y se soltaron las amarras y se enterraron la seguridad y la paz, y la gente no tuvo más remedio que reponer al último de los hijos de Rifaa en el cargo por el que habían combatido los ambiciosos. Así volvió Qadrí a ser el administrador. Y volvieron las calles a las antiguas

facciones, cada calle controlada por un jefe. Luego se desencadenó la batalla por el cacicazgo del barrio hasta que venció Saad Alláh, que ocupó la casa del cacique y se atribuyó las funciones del administrador. Yúsuf, por su parte, se reservó el clan de Gábal; Aggag, el de Rifaa; y Santuri, el de Qásem. Al principio el administrador distribuyó fielmente las rentas y continuó los trabajos de construcción y renovación. Pronto la ambición jugó con el corazón del administrador, y después con el de los cabecillas, como era de esperar, y volvieron al sistema antiguo: el administrador se reservaba la mitad de las rentas y distribuía la otra mitad entre los cuatro cabecillas, que se las apropiaban sin merecerlas. Pero no se conformaron con eso, sino que, con la mayor desvergüenza, impusieron tributos a sus miserables súbditos. Se interrumpió la construcción de nuevos edificios, hasta el punto de que algunos quedaron a medias o sólo en la cuarta parte, y pareció que nada había cambiado; tan sólo que la calle el-Garabi se había convertido en la del cían Qásem, presidida por un cabecilla como los demás, y donde se alzaban casas en lugar de chozas y escombros. Las gentes del barrio volvieron a la misma situación de los peores tiempos, sin dignidad ni poder: las agotaba la miseria, las amenazaban los garrotes y les llovían las bofetadas. Se extendieron la suciedad, las moscas y los piojos, y abundaron los mendigos, los trileros y los tullidos. Y Gábal, Rifaa y Qásem sólo fueron nombres, canciones que recitaban los poetas borrachos de los cafés. Cada clan se ufanaba de su epónimo, aunque de él ya no quedaba nada y disputaban por eso hasta el extremo de pelearse. Sólo se oían por todas partes las frases de los borrachos; por ejemplo, lo que dijo uno al entrar en el fumadero: «No merece la pena». El mundo, quería decir, no el fumadero. O las palabras del otro: «Sólo hay un final y es la muerte; morir a manos de Dios es mejor que morir a manos de un matón. Lo mejor que podemos hacer es emborracharnos o fumar hachís». Y cantaban mauales tristes que tejían con los hilos de la decepción, la pobreza y la humillación, o tarareaban canciones indecentes y obscenas que escupían en los oídos de las mujeres y de los hombres que buscaban el olvido y el consuelo aunque fuera en ruinas oscuras. Cuando la tristeza se agravaba decían: «Lo escrito, escrito está, ni Cabal ni Rifaa ni Qásem merecían otra cosa; en este mundo

nos tocan las moscas y en el otro, el polvo». Después de todo eso, es asombroso que nuestro barrio siguiese siendo el preferido; que cualquiera de nuestros vecinos lo señalase y dijese apreciativamente: «El barrio de Gabalauí», y nos sentásemos en cualquier rincón, serios y taciturnos, como si nos contentásemos con los recuerdos o como si prestásemos oídos a una voz en nuestro interior que susurraba quedamente: «No es imposible que ocurra mañana lo que ya ocurrió ayer, ni que otra vez se hagan realidad los sueños del rabel y se disipen las tinieblas de nuestro mundo».

## 93

UN día, poco antes del atardecer, el barrio vio a un muchacho forastero que llegaba del desierto, seguido de otro que parecía un enano. Vestía únicamente una galabeya de color terroso, ceñida con un cinturón; la parte superior se le desbordaba por las muchas cosas que contenía. Calzaba unas sandalias descoloridas y gastadas y llevaba descubierta la cabeza y despeinado el abundante cabello. Moreno, de ojos penetrantes que brillaban inquietos, había en sus movimientos confianza y seguridad. Se detuvo un poco ante la Casa Grande y luego avanzó despacio seguido de su compañero. Las miradas se volvieron hacia él como preguntándose: «¡Un extraño en nuestro barrio! ¡Qué desvergüenza!». El joven leyó el mensaje en los ojos de los vendedores, de los dueños de las tiendas y de los clientes de los cafés; en los de las mujeres asomadas en las ventanas, y en los de perros y gatos. Incluso imaginó que las mismas moscas se apartaban con desdén y protestando. Los niños se volvieron hacia él de forma impertinente, y algunos se acercaron, mientras otros cargaban los tirachinas o buscaban guijarros por el suelo. El joven les dirigió un saludo amistoso, metió la mano en el pecho, sacó un manojito de hierbabuena y se puso a repartirla: los niños se acercaron alegres y se fueron chupando, mirándolo con asombro. Les dijo, siempre sonriendo: «ni que otra vez se hagan realidad los sueños del rabel y se disipen las tinieblas de nuestro mundo».

—¿Hay algún sótano vacío en alquiler? Ea, hombres, quien me lleve a él tendrá una bolsa de menta.

Una mujer, sentada en el suelo delante de una de las casas, le preguntó:

—¡Anda con éste! ¿Quién eres que quieres vivir en nuestro barrio? El muchacho se echó a reír y contestó:

—Arafa, a tu servicio. Tan de vuestro barrio como los demás, aunque vuelva después de una larga ausencia.

La mujer lo miró atentamente y preguntó:

—¿De quién eres hijo, corazón de tu madre? Arafa rió amistosamente y replicó:

—De Gahsa, de eterna memoria. ¿No sabes quién es, señora de las mujeres?

—¿Cómo es posible? ¿De Gahsa?

—Esa misma.

Otra mujer apoyada en la pared, que seguía la conversación despiojando la cabeza de un niño, comentó:

—En aquellos días, cuando eras pequeño, siempre ibas detrás de tu madre; todavía me acuerdo de ti: has cambiado, pero aún tienes los mismos ojos.

La primera mujer intervino:

—Sí, por Dios, pero ¿dónde está tu madre? ¡Ha muerto! Que Dios se apiade de ella. ¡Cuántas veces me he sentado ante su cesto para preguntarle el porvenir, y he susurrado oraciones mientras ella lanzaba al aire las conchas y me hablaba! ¡Que Dios se apiade de tu madre, Arafa!

El joven dijo, satisfecho:

—Que Dios alargue tu vida. ¿Me indicarás algún sótano vacío, si eres tan amable?

La mujer se le quedó mirando con ojos legañosos y le preguntó:

—¿Qué te ha traído aquí después de tan larga ausencia?

—El hombre vuelve a su barrio y a su gente —le contestó el mozo en tono sentencioso.

La mujer señaló una casa, en el barrio de Rifaa:

—Ahí tienes un sótano. Está vacío desde que murió su inquilina en un incendio, ¡que Dios se apiade de ella! ¿No te dará miedo? Una mujer asomada a una ventana se echó a reír y dijo:

—A ése le tienen miedo los demonios.

El recién llegado levantó la cabeza, fingiendo reír alegremente.

—¡Ah, barrio de mi alma, qué sutil la gracia de tus gentes! Ahora sé por qué mi madre, al morir, me aconsejó que volviera. Miró a la mujer sentada y dijo:

—Todos debemos morir, parroquiana de mi difunta madre, pero no en incendios, ni en naufragios, ni por causa de los demonios o de los garrotes.

Se despidió y fue hacia la casa que le había indicado. Ahora era el blanco de las miradas de muchos, y un hombre se burló:

—Conocimos a su madre, pero ¿quién conoce a su padre? Dijo una vieja:

—Dios quiso que quedara oculto. Y un tercero:

—Es posible que pretenda ser hijo de algún hombre de Gábal o de Rifaa o de Qásem, según lo que mejor le convenga. ¡Que Dios se apiade de su madre! Su amigo, irritado, le murmuró al oído:

—¿Por qué hemos venido a este barrio?

Arafa contestó con la sonrisa aún en los labios:

—En todas partes me dicen lo mismo y, de todas formas, éste es nuestro barrio y el único en el que podemos quedarnos. Estoy harto de dar vueltas por los zocos y de dormir en descampados y ruinas. Además, estas gentes son buenas a pesar de su mala lengua, y estúpidas a pesar de sus garrotes. Aquí nos será fácil ganarnos la vida; recuérdalo, Hanas.

Hanas se encogió de hombros, como diciendo: «Dios nos tenga de su mano». Les abordó un borracho, que preguntó a Arafa:

—¿Cómo vamos a llamarte?

—Arafa.

—¿Y tu apellido?

—Arafa hijo de Gahsa.

Los presentes se rieron de su vergüenza, y el borracho volvió a decir:

—Cuando tu madre quedó encinta, nos preguntamos muchas veces quién sería el padre. ¿Te contó la verdad?

Arafa, disimulando su dolor con más risas, contestó:

—Murió ella misma sin saberlo.



Se marchó, mientras aún reían. La noticia de su vuelta corrió por todo el barrio, y antes de que alquilara el sótano se presentó el chico del café del barrio de Rifaa y le dijo:

—El maestro Aggag, el cacique de nuestro barrio, te reclama.

Fue al café, a corta distancia de la casa. Su mirada reparó, al acercarse, en las imágenes pintadas en la pared medianera, sobre el sillón del poeta. Empezaban con Aggag montado a caballo; encima, el administrador Qadrí con su espléndido bigote y su elegante abaya: y, aún más arriba, el cuerpo sin vida de Rifaa ante Gabaloui, que lo elevaba de la fosa para llevarlo a su morada. Contempló esa escena con interés pero de prisa; luego entró en el café y vio a Aggag sentado en un sofá, en el centro del ala derecha y, a su alrededor, sus secuaces y esbirros.

Arafa se detuvo ante él y el cacique le clavó una larga mirada de desdén, como si fuera a hipnotizarle antes de abalanzarse sobre él. Después de saludarlo respetuosamente, Arafa dijo:

—Mis respetos a nuestro cacique, a cuya protección nos acogemos y que nos hace felices con su presencia.

A Aggag le brillaron, burlones, los ojos entreabiertos, y respondió:

—Bonito discurso, miserable, pero no es moneda que valga por sí sola.

Arafa dijo sonriendo:

—La otra moneda vendrá dentro de muy poco, si el Señor lo quiere.

—Nos sobran mendigos.

Arafa contestó con risueño orgullo:

—No soy mendigo, maestro, sino un mago cuyo mérito reconocen millones de personas.

Los tertulianos intercambiaron miradas y Aggag preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Qué quieres decir, insensato?

Arafa se metió la mano en el pecho, sacó una delicada cajita del tamaño de una nuez, avanzó humildemente hacia el maestro y alargó la mano. El maestro la cogió con indiferencia y la abrió, vio una sustancia negra, interrogó con los ojos y Arafa dijo con una seguridad sin límites.

—Una brizna de esto en una taza de té dos horas antes y después de... ya sabes, y o bien quedas satisfecho de tu servidor Arafa o lo echas del barrio acompañado de maldiciones.

La curiosidad hizo que por primera vez se estiraran los cuellos, y ni siquiera Aggag logró ocultar la suya, aunque dijera con fingido desdén:

—¿Es ésa tu magia?

—También traigo un incienso extraordinario, maravillosas recetas, medicinas y remedios y amuletos. Mi poder se conoce de veras en la enfermedad, la esterilidad y la impotencia.

Aggag exclamó casi amenazador:

—¡Vamos a ver...! Hablemos de algo más agradable: los impuestos. A Arafa se le encogió el corazón, pero alegró el rostro para decir:

—Todo lo que poseo está a tu disposición, maestro. El cabecilla se echó a reír bruscamente.

—Aún no nos has dicho quién es tu padre. Sin que lo abandonara la alegría, replicó:

—Tal vez lo sepas tú.

El café se llenó de risas y se multiplicaron los comentarios jocosos entre las nubes de humo que se perdían en el aire. Al alejarse del café, Arafa se dijo, furioso: «¡Dios sabe quién será de verdad mi padre! No lo eres tú, desde luego\* Aggag. ¡Ah, hijos de perra!». Cuando Hanas y él examinaron el sótano, dijo complacido:

—Es más amplio de lo que esperaba. Muy adecuado, Hanas. La primera habitación está bien para las visitas, la segunda para dormir y la última para trabajar.

Hanas le preguntó, inquieto:

—¿En qué habitación se quemó la mujer?

La carcajada de Arafa resonó entre las paredes vacías.

—¿Te dan miedo los demonios, Hanas? Los trataremos como Gábal a las serpientes.

Miró a su alrededor complacido:

—No tenemos más que una ventana. Sólo veremos la calle desde abajo y a través de los barrotes. Esta tumba tiene una gran ventaja, y es que nadie

podrá robarnos.

—Quizá nos asalten.

—Quizá.

Y luego, suspirando:

—En todo lo que ofrezco hay algún provecho para la gente, pero a lo largo de mi vida sólo he encontrado maldad.

—El éxito te compensará de todo el daño que te han hecho a ti y del que hicieron antes a tu difunta madre —respondió Hanas.

## 94

EN los ratos de ocio le gustaba sentarse en un viejo canapé y mirar por la ventana que daba a la calle. Se sentaba con la frente apoyada en los barrotes y veía, a la altura de sus ojos, el suelo y cuanto se arrastraba por él: pies, ruedas, perros, gatos, insectos y niños; pero los rostros y los pechos sólo los veía si doblaba el cuerpo y levantaba la cabeza. Aquella vez se detuvo ante la ventana un niño desnudo que jugaba con un ratón muerto; luego pasó un viejo ciego llevando en la mano izquierda una bandeja de madera, cargada con pipas de melón, habas, dulces y moscas, y apoyándose en un grueso bastón con la mano derecha. De la ventana de otro sótano llegaba un lamento. Estalló una pelea entre dos hombres, cuyas caras quedaron cubiertas de sangre. Arafa sonrió al niño desnudo y le preguntó amablemente:

—¿Cómo te llamas, pilluelo?

—Una —respondió el niño.

—Querrás decir Hassuna. ¿Tanto te gusta ese ratón muerto, Hassuna?

El pequeño le tiró el ratón, que, de no impedirlo un barrote, le habría dado en la cara, y echó a correr balanceándose como una barca. Arafa se volvió hacia Hanas, que dormitaba a sus pies, y dijo:

—En cualquier rincón de este barrio notas la presencia de los jefes, pero no encontrarás un solo indicio de la existencia de personas como Gábal, Rifaa o Qásem.

Hanas contestó, bostezando:

—Sí; vemos a tipos como Saad Alláh, Yúsuf, Aggag y el Santuri, pero de personas como Gábal, Rifaa y Qásem sólo sabemos de oídas.

—Pero existieron, ¿no es así?

Hanas apuntó con el dedo al suelo y dijo:

—Nuestra casa es rifaí; todos sus habitantes son rifaíes, es decir, hombres de Rifaa, de quien todas las tardes nos cuenta el poeta que vivió y murió por el amor y la felicidad. A pesar de eso, todas las mañanas nos desayunamos con sus insultos y sus disputas. Y eso puede decirse tanto de los hombres como de las mujeres.

Arafa apretó los labios, irritado, y repitió:

—Pero existieron, ¿no es así? Hanas continuó:

—Y los insultos son lo menos grave en el barrio de Rifaa, porque las batallas... ¡que Dios te guarde de ellas! Ayer, sin ir más lejos, un inquilino perdió un ojo.

Arafa se puso en pie, enfadado, y exclamó:

—¡Un barrio maravilloso! Que Dios se apiade de ti, madre. Míranos como ejemplo: todo el mundo se aprovecha de nosotros y nadie nos respeta.

—No respetan a nadie.

—Sólo a los matones —replicó Arafa rechinando los dientes. Hanas comentó, risueño.

—¿No te parece bastante ser el único con quien se tratan todos, los de Gábal, Rifaa y Qásem?

—Malditos sean todos ellos.

Guardó silencio un rato, con los ojos brillantes a la débil luz del sótano, y luego dijo:

—Todos se enorgullecen, estúpida y ciegamente, del héroe que les ha dado nombre. Se enorgullecen de héroes de los que sólo queda eso, el nombre, y nunca buscan un motivo real de orgullo. ¡Cobardes hijos de perra!

El primer cliente que fue a verle, durante la primera semana de su estancia en la vivienda, fue una mujer de Rifaa. Y le preguntó en voz baja:

—¿Cómo puedo deshacerme de una mujer sin que lo sepa nadie? Arafa se alarmó y la miró con asombro. Luego explicó:

—No estoy aquí para eso, señora. Estoy a tu servicio si quieres remedios para el cuerpo o para el alma.

La mujer volvió a preguntar desaprobadoramente:

—¿No eres mago? Contestó con claridad:

—Para hacer algún beneficio a la gente. Para matar hay otros hombres.

—A lo mejor es que tienes miedo. Pero seremos dos a compartir el secreto.

—Rifaa no era así —le replicó Arafa en un tono tan amable como burlón.

—¡Rifaa! —gritó ella—. Que Dios tenga piedad de él. Vivimos en un barrio donde no sirve de nada la piedad; si hubiese servido de algo, no habría muerto el mismo Rifaa.

La mujer se fue, perdida la esperanza, pero Arafa no se arrepintió. Ni el mismo Rifaa —el mejor entre los buenos— había conseguido la paz en el barrio, ¿cómo, pues, esperar conseguirla empezando con un crimen? ¡Y su madre! Cuánto había sufrido sin hacer daño a nadie. Se mantendría en los mejores términos con todo el mundo, como un comerciante inteligente. Y siguió frecuentando todos los cafés y en todos encontraba a algún cliente. En todas partes escuchó las historias del rabel hasta contundirlas en la cabeza, mareado. Su primer cliente del barrio de Qásem fue un hombre entrado en años que le dijo, sonriendo entre susurros:

—Hemos oído hablar del regalo que le hiciste a Aggag, el cacique de Rifaa. Arafa examinó el rostro arrugado y sonriente, y el hombre continuó:

—Dame eso que tienes y no te pases: todavía me queda algo de vida. Intercambiaron una sonrisa de complicidad, y el viejo, animándose, comentó:

—Tú eres de Qásem, ¿verdad? Así lo cree la gente de nuestra calle.

—¿Saben allí quién es mí padre? —le preguntó Arafa con sorna. El hombre contestó con seriedad e interés:

—A los de Qásem se les conoce en la cara. Por eso sé que tú lo eres. Nosotros hicimos del barrio un dechado de justicia y de felicidad, pero ¡lástima!, es un barrio con mala suerte. —Luego recordó a lo que había ido y dijo amablemente—: El regalo, por favor.

El hombre se acercó la cajita a los cansados ojos, lleno de contento; en su paso cansino se anunciaba un despertar de vida y esperanza. Más tarde llegó una visita inesperada. Arafa estaba sentado en el recibidor, en un colchón, ante un pebetero que dejaba salir un humo delicado y embriagador, cuando Hanas, precediendo a un viejo nubio, entró a verle diciendo:

—Yunus, portero de su excelencia el administrador. Arafa se puso en pie de un salto y le tendió la mano:

—Bienvenido... bienvenido. Es como si el Profeta nos visitara. Adelante, señor.

Se sentaron uno al lado del otro y el portero dijo sin rodeos, como era de esperar:

—Hánim. Hánim, la esposa del administrador, tiene tales pesadillas que apenas duerme.

Brilló el interés en los ojos de Arafa y en su corazón latieron la esperanza y la ambición, pero respondió sencillamente:

—Será una indisposición pasajera y sin consecuencias.

—Pero Hánim está inquieta, y me ha enviado para que le encuentres algún remedio adecuado.

Arafa sintió una felicidad y un poder como no había conocido en toda su vida vagabunda, acompañando a su andariega madre, y dijo:

—Lo mejor es que hable con ella yo mismo.

—Imposible —replicó bruscamente el portero—. Ni ella vendrá ni tú irás a verla.

Arafa luchó con la desesperanza para salvar aquella oportunidad dorada, y dijo:

—Necesito un pañuelo o algo suyo.

El portero inclinó la cabeza enturbantada y se levantó para irse. Cuando llegaron a la puerta del sótano, el portero vaciló un momento y se inclinó al oído de Arafa, diciendo en un susurro:

—Hemos oído hablar de tu regalo a Aggag, el cacique de Rifaa. Cuando el portero se fue con su «regalo», Arafa y Hanas se echaron a reír y el último se preguntó:

—Para quién será el regalo, ¿eh? ¿Para él, para el administrador o para Hánim?

Arafa gritó furiosamente:

—¡Ah, barrio de los regalos y los garrotes!

Se fue a la ventana para mirar la calle de noche. La pared frontera parecía plateada por la luz de la luna, se oía el canto de los grillos y, desde el café, llegaba la voz del poeta recitando:

«Adham preguntó:

»—¿Cuándo te darás cuenta de que no hay nada que nos una?

«Contestó Idrís:

»—¡Santo cielo! ¿No eres mi hermano? ¡Eso no puede cambiarlo nadie!

»—¡Idrís! Ya me has atormentado bastante.

»—La tristeza es terrible, pero a los dos nos ha tocado: tú has perdido a Hammán y a Qadrí y yo he perdido a Hind. Ahora el gran Gabaloui tiene una nieta puta y un nieto asesino.

»Y se alzó la voz de Adham clamando:

»—Si no obtienes recompensa según tus obras, el mundo se acabará».

Arafa se apartó de la ventana con disgusto. ¿Cuándo dejaría el barrio de contar historias? ¿Cuándo se acabaría el mundo? Mi madre repetía un día esas palabras: «Si no obtienes recompensa según tus obras, el mundo se acabará». Mi pobre madre, que vivía en el desierto. Pero tú, barrio nuestro, ¿qué has sacado de esas historias?



## 95

EN la habitación trasera del sótano, Arafa y Hanas trabajaban a la luz de una lámpara de gas sujeta a la pared. La habitación no era adecuada para las actividades corrientes de la vida por húmeda, oscura y a trasmano, y Arafa la destinó a laboratorio. En el suelo y en los rincones se amontonaban papel de embalar, tierra y cal, plantas y especias, animales e insectos disecados, como ratones, ranas y alacranes, pedazos de cristal, botellas, agua en latas, líquidos extraños de olor penetrante, carbón y un hornillo. De las paredes colgaban estanterías llenas de todo tipo de recipientes, vasijas y medidas. Absorto, Arafa mezclaba algunas sustancias y las trituraba en un gran recipiente de barro. El sudor le formaba gotitas en la frente y se lo secaba de cuando en cuando con la manga de la galabeya. Hanas estaba agazapado a corta distancia, vigilando con atención, dispuesto a acudir al menor gesto de su amigo. Como si quisiera distraerle o mostrarle su afecto, dijo:

—Ni el más diligente de este infeliz barrio trabaja tanto como tú, y ¿a cambio de qué? De unos céntimos o de unas piastras en el mejor de los casos.

—¡Que Dios tenga piedad de mi madre! —contestó Arafa, satisfecho—. Nadie sabe mejor que yo cuánta razón tuvo. El día que me confió a aquel extraño mago que leía todo lo que a uno se le pasaba por la cabeza, mi vida cambió completamente. De lo contrario, ahora no sería, poniéndome en lo mejor, más que ratero o mendigo.

—¡Por unos céntimos! —siguió compadeciéndose Hanas.

—Ya tendremos más dinero, no desesperes. La violencia no es el único medio de alcanzar la riqueza, y no olvides que estoy muy bien considerado. Quien viene a verme confía en mí, pone en mis manos su felicidad, y eso no es poco. No olvides tampoco el placer de la magia misma, el placer de sacar una sustancia útil de sustancias viles, el placer de curar. En la magia actúan fuerzas desconocidas, y nunca se pierde la esperanza de conocerlas y dominarlas.

Hanas miró el hornillo y dijo, interrumpiendo las reflexiones de su amigo:

—Será mejor que encienda el hornillo en el cuarto del ventanuco; si no, nos asfixiaremos.

—Enciéndelo en el infierno, pero no me distraigas. Ningún necio de los que en este barrio se consideran maestros es capaz de comprender la importancia de las cosas que se hacen en esta habitación oscura y sucia, llena de olores extraños. Comprenden el beneficio, «el regalo», pero el regalo no es todo. De esta habitación pueden salir maravillas insospechadas. Esos locos no comprenden el valor real de Arafa, aunque quizá lo conozcan algún día. Y entonces será mejor que pidan a Dios piedad para mi madre y que no hablen de ella como ahora.

Hanas se había levantado a medias, pero volvió a sentarse sobre los talones, diciendo rencorosamente:

—Todo eso tan bonito a lo mejor lo permite el garrote de un matón estúpido.

Arafa contestó impulsivamente:

—No hacemos daño a nadie y pagamos el impuesto; ¿qué puede pasarnos, bobo?

—¿Y qué daño hacía Rifaa? —replicó Hanas riendo. Arafa le dirigió una mirada irritada y contestó:

—¿Por qué me fastidias con esas ideas?

—Esperas hacerte rico, y aquí no se hacen ricos más que los matones; esperas hacerte fuerte y aquí sólo se permite la fuerza a los matones. Será mejor que repases tus cuentas, hermano.

Arafa guardó silencio para asegurarse de que medía bien los elementos de la mezcla. Luego miró a Hanas, vio que seguía siendo la imagen de la preocupación, y se echó a reír.

—Ya me lo advirtió mi madre antes que tú. Gracias, Hanas, pero he vuelto al barrio y tengo un plan.

—Parece que ya sólo te interesa la magia. Arafa contestó con alegría delirante:

—La magia es algo verdaderamente maravilloso; no hay límites para su poder y nadie sabe dónde se detiene. Los mismos garrotes son a veces un juego de niños para quien la domina, ¿sabes, Hanas? No seas bobo. ¿Te imaginas lo que sucedería si todos los niños de este barrio fueran magos?

—¡Si todos fueran magos, morirían de hambre!

Arara soltó una carcajada que descubrió unos dientes puntiagudos, y dijo:

—No seas bobo, Hanas. Pregúntate a ti mismo qué podrían hacer. ¡Dios mío! De nuestro barrio saldrían prodigios en lugar de riñas e insultos.

—Con tal de que no se hubieran muerto antes.

—Sí, y no se morirían mientras no... —Pero se calló antes de terminar la frase y siguió pensando, tan preocupado que sus manos dejaron de trabajar. Luego continuó—: El poeta del clan Qásem dice que Qásem quiso aprovechar las tierras habices para satisfacer todas sus necesidades, no tener que trabajar y dedicar la riqueza con la que Adham había soñado a hacer felices a los demás.

—¡Esas son palabras de Qásem!

—¡Pero la riqueza no es la meta última! —exclamó Arafa, los ojos brillan-dolé intensamente—. Imagina pasar la vida en el ocio y la riqueza. Es un sueño hermoso pero ridículo, Hanas. Lo más hermoso de verdad sería no tener que trabajar y poder dedicarse libremente a la magia.

Hanas agitó su cabezota, que parecía plantada en el cuerpo sin un cuello digno de ese nombre, protestando por una charla para él sin sentido, y adoptó un tono más serio para decir:

—Déjame ahora encender el hornillo bajo el ventanuco.

—Hazlo, y ponte tú mismo al fuego, que es lo que te mereces.

Arafa abandonó el laboratorio un rato después, fue al canapé y se sentó a mirar por la ventana. A sus oídos llegó el ruido de la vida después de tanto silencio; un ruido en el que se mezclaban los gritos de los vendedores, las conversaciones entrecruzadas de las mujeres, los chistes a gritos y los insultos antológicos, que acompañaban la corriente ininterrumpida de transeúntes. De repente observó algo nuevo al otro lado de la calle: un café ambulante compuesto por una jaula, cubierta con una vieja malaya, sobre la que se alineaban cajas de café, té y canela, un hornillo, una cafetera, tazas, copas y vasos. Un viejo sentado en el suelo movía un soplillo ante el fuego. De repente se detuvo detrás de la jaula una muchacha en la primavera de la vida, gritando con voz cálida: «¡Al rico café, valientes!». El puesto estaba en la confluencia de las calles de Qásem y Rifaa, y parecía que sus clientes eran mozos de cuerda y gentes muy humildes. A través de los barrotes, Arafa detuvo la mirada en la muchacha. Ese rostro moreno rodeado por el velo negro, ¡qué agradable es! Esa galabeya marrón oscuro que la cubre desde el cuello hasta los pies y que arrastra un poco por el suelo cuando acude con lo pedido o vuelve con la taza vacía, esa galabeya es pura modestia y buena crianza. ¡Qué esbelta estatura! Y los ojos color de miel, ¡qué bonitos serían si el izquierdo no tuviera los párpados enrojecidos por la conjuntivitis o la suciedad! Es la hija del viejo, se le ve en la cara, y parece que la engendró tardíamente, como ocurre con tanta frecuencia en nuestro barrio. Sin vacilar, le gritó:

—Eh, chica... Una taza de té, por favor.

La muchacha volvió los ojos a Arafa e inmediatamente llenó una taza con una jarra enterrada hasta la mitad en las cenizas, cruzó la calle y se la entregó mientras él decía sonriendo:

—¡Viva la gracia! ¿Cuánto vale?

—Un real.

—¡Qué caro! Pero no es mucho tratándose de ti.

—En el café cobran lo mismo —protestó la chica—, y no es mejor lo que te dan.

Se fue sin esperar respuesta, y Arafa se puso a beber antes de que el té se enfriase, sin apartar los ojos de la joven. ¡Qué felicidad vivir con una

muchacha así de joven! No tiene más defecto que el ojo enrojecido, y ¡qué fácil curárselo! Pero eso requeriría una suma de dinero que todavía no tengo. El sótano está listo; sólo es preciso que Hanas duerma en el vestíbulo o en el recibidor, si quiere, siempre que lo limpie de chinches, una a una. Un murmullo extraño le hizo volver a la realidad y vio a la gente mirando hacía la parte alta del barrio. Los curiosos se decían unos a otros: «El Santuri... el Santuri». Se asomó todo lo que le permitían los barrotes y vio llegar al cabecilla entre una nube de esbirros. Cuando pasó junto al café ambulante, detuvo su mirada sobre la muchacha y preguntó a uno de sus hombres:

—¿Quién es ésa?

—Auátif, hija de Sakrún.

Santuri movió las cejas complacido y siguió hacia su calle. Arafa sintió angustia e inquietud. Hizo un gesto a la muchacha con la taza vacía y Auátif acudió ligera, la recogió y tomó de su mano la moneda. Sólo entonces, Arafa, señalando con la barbilla el lugar por donde se había ido Santuri, le preguntó:

—¿Te ha molestado?

Contestó risueña, volviéndose para irse:

—Te pediré ayuda cuando sea preciso. ¿Me la darás?

Su burla se le clavó en el alma. Una burla triste, nada provocativa, y creció su angustia.

Después oyó la voz de Hanas llamándole, y se precipitó hacia el interior de la casa.

## 96

AUNQUE con el paso de los días aumentaron los clientes de Arafa, su corazón nunca se alegró tanto como el día que Auátif entró en el recibidor. Olvidó la dignidad de maestro de que se revestía ante sus clientes, y se puso en pie para darle la bienvenida. Luego la hizo ocupar el colchón ante él, se sentó a su vez y no cabía en sí de alegría. La saludó con una mirada general que en seguida detuvo en el ojo izquierdo de la muchacha, que casi desaparecía tras la inflamación, y la recriminó:

—¡Lo has descuidado mucho, joven! Ya estaba rojo el primer día que te vi.

La muchacha contestó, excusándose:

—Me he contentado con lavarlo con agua caliente. Cuando se está tan atareada como yo, se olvidan esas cosas.

—No puedes olvidar tu salud, sobre todo si se trata de algo tan precioso como tus lindos ojos.

Sonrió la chica, sensible al halago, mientras él alargaba la mano a la estantería de detrás para coger un frasco, del que sacó un sobrecito. Enseñandoselo, le dijo:

—Distribuye el contenido en un paño sobre vapor de agua, y todas las noches aplícatelo al ojo hasta que se ponga tan bonito como el otro.

La muchacha tomó el sobre y sacó un monedero del bolsillo, interrogándole con la mirada, pero Arafa exclamó riendo:

—¡No me debes nada! Somos vecinos y debemos ser amigos.

—Pero tú pagas el té que bebes. Contestó evasivamente:

—En realidad, pago a tu padre, ese hombre venerable. ¡Cuánto me gustaría conocerlo y cuánto siento que todavía tenga que trabajar a su edad! Auátif dijo con orgullo:

—Su salud es buena y no quiere quedarse en casa. Aunque es verdad que a lo largo de toda su vida ha tenido muchos motivos de tristeza, pues vivió la época de Qásem.

Brilló el interés en el rostro de Arafa y le preguntó:

—¿De veras? ¿Fue uno de sus colaboradores?

—No, pero disfrutó de la felicidad de aquellos días y siempre se lamenta de que hayan pasado.

—Me gustaría conocerle y escucharle.

—No le animes a hablar de eso —se apresuró a decir la joven—, porque más le valdrá olvidarlo. Una vez bebía en una taberna con sus amigos, y cuando se emborrachó se puso en pie pidiendo a voz en grito que las cosas volvieran a ser como en los días de Qásem. Nada más regresar a nuestro barrio, apareció Santuri y lo molió a golpes y bofetadas hasta que perdió el sentido.

Arafa sintió llenársele de odio el corazón, pero miró a Auátif con expresión astuta y comentó:

—Nadie está a salvo con esos matones.

Auátif le lanzó una mirada rápida, como preguntando qué había detrás de sus palabras, y contestó:

—Tienes razón; nadie está a salvo.

Arafa vaciló, mordiéndose indeciso los labios, y luego dijo:

—He visto a Santuri lanzarte una mirada llena de desvergüenza.

Auátif disimuló una sonrisa inclinando la cabeza, y exclamó:

—Dios lo castigará.

Pero Arafa preguntó, lleno de sospechas:

—¿No le alegraría a cualquier muchacha gustar a un cacique como él?

—¡Ya está casado con cuatro!

A Arafa se le cayó el alma a los pies y preguntó:

—¿Y si pudiera?

La muchacha contestó con vehemencia:

—¡Lo odio desde que atacó a mi padre! Así son todos los matones: no tienen corazón; cobran el impuesto, pero, con su arrogancia, parece que son ellos los que dan algo.

Arafa se recuperó, satisfecho, y dijo con entusiasmo:

—¡Muy bien dicho, Auátif! Hizo bien Qásem cuando acabó con ellos, pero vuelven como ciertas infecciones misteriosas.

—Por eso mi padre llora por la época de Qásem. Agitó la cabeza y comentó con inesperada indiferencia:

—Otros lloran la época de Gábal y de Rifaa, pero el pasado no vuelve. Auátif replicó con graciosa indignación:

—Dices eso porque no conociste a Qásem como mi padre.

—¿Lo conociste tú?

—Mi padre me lo ha contado.

—Y a mí, mi madre. Pero ¿de qué sirve eso? No nos libraré de los caciques. Mi propia madre fue víctima suya, y ahí los tienes, calumniándola después de muerta.

—¿Es eso cierto?

El joven contestó, con el rostro sombrío, como un vaso de agua pura que se hubiese enturbiado de repente al remover los posos:

—Por eso temo por ti, Auátif. Esos jefes son una amenaza para todo: trabajo, honra, amor y seguridad. Te diré francamente que, desde que vi a esa bestia mirarte, estoy convencido de que es necesario acabar con ellos.

Auátif dijo, preocupada:

—Cuentan que en el testamento de nuestro abuelo...

—¿Dónde está nuestro abuelo?

—En la Casa Grande —contestó ella con sencillez.

Arafa continuó con calma, pero sin alegría:

—Sí, tu padre habla de Qásem y Qásem habló de nuestro abuelo. Eso es lo que oímos, pero sólo vemos a Qadrí, a Saad Alláh, a Aggag, a Santuri y a Yúsuf. Necesitamos tener más fuerza para librarnos de este castigo. ¿Y de qué valen los recuerdos?

Se dio cuenta de que el curso de la conversación estaba a punto de hacerle desperdiciar aquella oportunidad, y dijo cambiando de tono:



—El barrio necesita fuerza y yo te necesito a ti.

Auátif le dirigió una mirada de disgusto, pero él sonrió con un atrevimiento que no parecía extraño en sus ojos de halcón, y continuó en un tono más grave, para evitar el enfado que rondaba las cejas de la muchacha:

—Eres una joven buena, trabajadora y bonita. Con tanto trabajo, olvidas tus ojos y se te inflaman, y vienes a verme pensando que me necesitas, cuando está claro que sabes la verdad: que soy yo quien te necesita a ti.

—Es hora de que me vaya —dijo la joven, incorporándose.

—No te enfades, por favor, recuerda que no te he dicho nada nuevo. Sin duda, en los días pasados, te has dado cuenta de que me gustas, pues desde mi ventana mis miradas iban a tu café. Un hombre como yo no puede vivir solo para siempre. Como estoy sobrecargado de trabajo, mi casa necesita cuidado, y mis ingresos están por encima de mis necesidades, así que alguien debe compartirlos.

Auátif salió de la habitación y él se detuvo al final del vestíbulo para despedirla.

—Salud —dijo la muchacha, como si no le pareciese bien irse sin un saludo.

Arafa se quedó allí mismo, tarareando en voz baja: «Ay, mejilla lozana, luna mía. / Ay, lléneme la copa tempranito, / ay, que eres a mis ojos la más linda».

Luego, con paso decidido y juvenil, se dirigió hacia el laboratorio, donde encontró a Hanas enfrascado en sus ocupaciones.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó.

Su amigo le ofreció una botella diciendo:

—Preparada y bien cerrada, pero será conveniente probarla en el desierto. Arafa la cogió y se puso a tantear el tapón.

—Sí, en el desierto; si no, se descubriría todo. Hanas habló agitadamente:

—Empieza a llegar el dinero y la vida nos sonrío; no echas a perder la felicidad que Dios te ha dado.

Hanas se preocupaba por la vida ahora que la encontraba agradable. Arafa sonrió ante esa idea. Miró a Hanas un momento y luego dijo:

—A tu madre le pasó lo que a la mía.

—Sí, pero te suplicó que no intentaras vengarte.

—Antes pensabas de otro modo.

—Nos matarán antes de que nos vengamos. Arafa se echó a reír.

—No te ocultaré que, de momento, he abandonado la idea de vengarme.

El rostro de Hanas se iluminó mientras decía:

—Trae esa botella para que la vacíe, hermano. Pero Arafa cerró el puño sobre ella.

—No. La probaremos hasta que funcione a la perfección. Hanas frunció el ceño disgustado, protestando por el poco caso que se le hacía. Arafa añadió:

—Sé lo que me digo, Hanas. Te aseguro que he renunciado a la venganza, aunque no por obediencia a las súplicas maternas. Pero ahora se trata de cumplir el deber de acabar con los matones, dejando de lado nuestra venganza.

—Y todo por amor a esa muchacha —replicó Hanas, enfadado. Arafa se rió, enseñando hasta la campanilla:

—Amor a la muchacha, amor a la vida, llámalo como quieras... ¡Qásem tenía razón!

—¿Qué tienes tú que ver con Qásem? ¡Qásem cumplía los deseos de su abuelo!

—¿Quién sabe? —Arafa hizo un gesto con la boca—. Nuestro barrio cuenta historias. Y nosotros, en esta habitación, llevamos a cabo trabajos sin duda decisivos. Pero ¿qué seguridad tenemos? Mañana vendrá Aggag para arrebatarnos nuestras ganancias y si doy un paso para casarme con Auátif, se interpondrá el garrote de Santuri. Y ésa es la situación de todos los hombres en nuestro barrio, incluidos los mendigos. Lo que a mí me hace desgraciado es lo mismo que hace desgraciado a mi barrio, y lo que me protege es lo mismo que lo protege. Es verdad que no soy un matón, ni uno de los hombres de Gabaloui, pero en esta habitación tengo maravillas, y entre ellas una fuerza como no tuvieron Gábal, Rifaa y Qásem juntos, ni siquiera en una décima parte.

Alzó la botella como quien salta para arrojar una bomba, y luego se la devolvió a Hanas, diciendo:

—La probaremos esta noche en el monte... Alegra esa cara y recobra el valor.

Dejó el laboratorio para acercarse a la ventana. Se sentó en el canapé mirando hacia el café ambulante. La noche caía lentamente y la voz de Auátif se elevaba pregonando café y té. La joven dirigió una mirada a hurtadillas hacia su ventana, revelando la importancia que tenía Arafa para ella, y brilló en sus labios una sonrisa como las mismas estrellas. Arafa sonrió a su vez; todo su ser sonreía, y de su corazón desbordaba tal contento que juró peinarse todas las mañanas. De Gamaliya llegó ruido de gentes persiguiendo a un ladrón, luego salieron del café las melodías del rabel y se elevó la voz del poeta inaugurando la sesión con estas palabras:

—El primer saludo al señor Qadrí, nuestro administrador; el segundo, a Saad Alláh, nuestro cacique; el tercero, a Aggag, jefe de nuestra calle.

Arafa se arrancó del ensueño sin piedad y se dijo, entre aburrido y rebelde: «Empezarán las historias. ¿Cuándo se acabarán? ¿De qué sirve escucharlas noche tras noche? El poeta cantará y abrirán sus puertas los fumaderos; —¡ay barrio de las penas!».

UNA oscura inquietud había caído sobre la vida de Sakrún. Hablaba a veces en voz muy alta, como si pronunciase arengas, y la gente decía con afecto: «El orgullo..., es el orgullo». Se enfadaba muchísimo por el motivo más nimio o sin motivo alguno, y decían: «Ah, el orgullo». Se callaba largas horas, incluso cuando había que hablar, y decían: «Ah, el orgullo». Y pronunciaba palabras que en el barrio se consideraban blasfemas y decían con pena: «Ah, el orgullo; que Dios nos guarde de él». A través de los barrotes, Arafa lo observaba con afecto e interés. Un día, viéndolo, se decía: «Es un hombre venerable a pesar de sus gastados andrajos y de su suciedad. En su cara demacrada está grabada la decadencia del barrio después de los días de Qásem. ¡Ya ha sido mala suerte ser contemporáneo de Qásem! Este hombre vivió días de justicia y seguridad, obtuvo la parte que le correspondía de las rentas del barrio y vio cómo se construían casas gracias al testamento y cómo luego se paraba todo por orden de Qadrí. En resumen, es un hombre desdichado que ha vivido más de la cuenta». Arafa vio que Auátif se le acercaba, con el ojo ya curado, y dejó de observar a Sakrún para volverse a ella y gritar, sonriendo:

—¡El té, vecina!

Auátif le trajo la taza, y Arafa le dijo, antes de cogérsela de la mano, para asegurarse de que se quedaría un poco:

—Enhorabuena por tu salud, rosa de nuestro barrio.

—Gracias a Dios y a ti —contestó ella sonriente.

Arafa cogió la taza procurando que sus dedos se tocasen. Auátif se alejó con una vivacidad que anunciaba su buena disposición y su contento. Pero él no debía dar aún el paso decisivo. A Arafa no le faltaba atrevimiento, pero con Santuri tenía que hacer miles de cálculos. ¡Qué equivocación de Sakrún poner a su hija en el camino de aquel matón! Pero ese infeliz se ha cansado tanto de ir de acá para allá detrás del carro, que ya es incapaz de continuar y ha abierto este malhadado café. De lejos llegaban ruidos y gritos y la gente se asomaba a Gamaliya; poco después apareció un carro cargado de mujeres cantando y batiendo palmas, entre las cuales iba una novia de vuelta del baño. Los chicos corrieron gritando y se colgaron de los bordes del carro, que subía \ hacia la calle de Gábal, mientras el aire se encendía con los gritos, las felicitaciones y los susurros indecentes. Sakrún se puso en pie como enfadado y gritó con voz de trueno:

—¡Pega...! ¡Pega!

Auátif corrió hacia él y le hizo sentar dándole palmaditas en la espalda, con pena y ternura. Arafa se preguntó: «¿Sueña o tiene alucinaciones? ¡Maldito orgullo! ¿Cómo, pues, vive nuestro abuelo Gabalauí?». Se quedó mirando al hombre hasta que lo vio más tranquilo, y luego le preguntó amablemente:

—Sakrún, ¿has visto a Gabalauí? El anciano le respondió sin mirarle:

—Necio, ¿no sabes que se recluyó en su casa antes de la época de Gábal? Arafa se echó a reír y Auátif también sonrió.

—¡Que nuestro Señor alargue tu vida, Sakrún! —exclamó el muchacho con voz risueña.

Gritó Sakrún:

—¡Ese es un voto que sólo tiene valor cuando la vida también lo tiene! Auátif volvió a recoger la taza y le dijo en un susurro:

—Déjale estar; no duerme ni una hora por las noches. Arafa le contestó con ardiente interés:

—Mi corazón está contigo, Auátif. —Luego, de prisa, antes de que la muchacha pensara en irse—: Quiero hablarle de nosotros.

La muchacha le dirigió un gesto de reconvención, moviendo el dedo, y se marchó. Arafa se distrajo viendo a los niños jugar a la pídola; de pronto,

apareció Santuri procedente de la calle de Qássem y el joven, con un movimiento instintivo, apartó la cabeza de la ventana. ¿Qué lo había traído? Menos mal que se había establecido en la calle de Rifaa y Aggag era su protector; Aggag, que estaba encantado con sus «regalos». El matón se acercó hasta detenerse ante el café de Sakrún y examinó la cara de Auátif mientras pedía:

—Un café sin azúcar.

Resonaron risas femeninas en una ventana y una mujer preguntó:

—¿Qué ha traído al cacique de Qássem a buscar el café amargo de los mendigos?

Santuri no prestó atención. Auátif le ofreció una taza y a Arafa se le encogió el corazón dentro del pecho. El matón esperó a que se le enfriase el café, dirigiendo a la muchacha una sonrisa descarada que descubría sus dientes de oro. Arafa lo amenazó mentalmente con darle una paliza en el monte de Muqattam. Santuri bebió un sorbo y dijo:

—Benditas sean tus bonitas manos.

La muchacha no se atrevió ni a sonreír ni a fruncir el ceño. Sakrún los miraba asustado. Luego el cabecilla le dio una moneda de cinco piastras y ella metió la mano en el bolsillo para devolverle el cambio, pero Santuri no esperó ni pareció reclamar nada, y se volvió al café de la calle de Qássem. Auátif se quedó perpleja y Arafa le dijo en voz baja:

—No vayas tras él.

—¿Y la vuelta?

Sakrún se levantó a pesar de su debilidad, cogió la vuelta y fue al café. Poco después volvió a su sitio y se echó a reír hasta ahogarse. Su hija se le acercó y le dijo, suplicante:

—Basta ya de risas.

El viejo se puso en pie otra vez. Mirando hacia la casa al final del barrio, gritó:

—¡Gabalui...! ¡Gabalui!

Todos los ojos se volvieron hacia él desde las ventanas y las puertas de las casas, de los cafés y de los sótanos. Los chicos se le acercaron corriendo e incluso los perros lo miraron. Sakrún volvió a gritar:

—¡Gabalauí! ¿Hasta cuándo vas a seguir ocultándote y manteniéndote en silencio? No se ha hecho caso de tu testamento y tus riquezas se han perdido. En realidad es a ti a quien roban cuando roban a tus nietos. ¡Ah, Gabalauí!

Los niños lo jalearon y muchos soltaron una carcajada, pero el viejo continuó con sus gritos:

—¡Gabalauí! ¿No me escuchas? ¿Ignoras la maldición que ha caído sobre nosotros? ¿Por qué castigaste a Idrís si era mil veces mejor que los matones de nuestro barrio? ¡Gabalauí!

Entonces salió Santuri del café, gritándole a su vez:

—¡Ten un poco de vergüenza, viejo chocho! El viejo se volvió hacia él, furioso.

—¡Maldito seas, canalla entre canallas!

Muchos murmuraron con pena: «Está perdido». Santuri, ciego de ira, se dirigió hacia él y le golpeó en la cabeza con el puño. El viejo se tambaleó y se hubiera caído de no haberlo sujetado Auátif. Santuri la vio y regresó a su reunión.

La muchacha dijo, llorosa:

—Volvamos a casa, padre.

Arafa se acercó para sostenerlo, pero el viejo, débilmente, intentó alejarlos. Su respiración fatigosa se escuchaba en medio del silencio que reinaba a su alrededor. Una mujer dijo desde una ventana:

—La culpa es tuya, Auátif; es mejor que se quede en casa. Auátif contestó, llorando todavía:

—No me hace caso.

Sakrún seguía diciendo con voz débil:

—Gabalauí... Gabalauí...

## 98

Poco antes del alba, un griterío de albórbolas rompió el silencio, y la gente supo que Sakrún había muerto. No era un suceso insólito en el barrio. La camarilla de Santuri dijo: «¡Que Dios lo maldiga! Nunca tuvo educación, y la falta de educación ha sido la causa de su muerte». Arafa comentó con Hanas:

—Han matado a Sakrún, como matarán a otros muchos en nuestro barrio. A los muertos no les importa que se oculten esos crímenes, y nadie se atreve a quejarse ni a buscar testigos.

Hanas contestó, asqueado:

—¡Qué desgracia! ¿Por qué hemos venido aquí?

—Es nuestro barrio.

—Nuestra madre lo abandonó con el alma rota. ¡Maldito barrio y malditos sus habitantes!

—Pero es nuestro barrio —insistió Arafa.

—Parece que expiamos culpas que no hemos cometido.

—Someterse es la mayor de las culpas. Hanas exclamó desesperanzadamente:

—¡En el monte fracasó el experimento de la botella!

—Lo conseguiremos la próxima vez.

Cuando se llevaron el féretro de Sakrún, sólo lo acompañaban Auátif y Arafa, y así pasaron ante la casa. Todos se asombraron de que Arafa el mago estuviese en el funeral, y hablaron en susurros del extraño atrevimiento de aquel mago loco.



Lo más extraño de todo fue que Santuri se unió al entierro cuando iba por la mitad de la calle de Qásem. ¡Qué desvergüenza la suya! Pero actuó sin pudor y dijo a Auátif:

—La vida sigue, Auátif.

Y Arafa comprendió que el cabecilla allanaba el camino para su próxima petición. Lo importante fue cómo cambió el funeral en un abrir y cerrar de ojos, pues los vecinos y conocidos, a quienes el miedo había impedido salir, se apresuraron a llenar la calle. Santuri repitió:

—La vida sigue, Auátif.

La joven lo miró desafiante y dijo:

—Primero lo matas y luego acompañas su entierro.

—Algo parecido le dijeron antes a Qásem —respondió Santuri, lo bastante alto como para que lo oyeran muchas personas. Se alzaron voces diciendo:

—Eso es cosa de Dios; la muerte está en las manos de Dios únicamente.

—¡A mi padre lo mataron los golpes que le diste! —le gritó Auátif.

—Dios te perdone, Auátif —replicó el cacique—. Si le hubiera dado un golpe de verdad lo habría matado en el acto. La verdad es que no lo golpeé; sólo lo amenacé y todos son testigos de eso.

Muchas gargantas asintieron:

—¡Lo amenazó! No llegó a tocarlo; por Dios que no lo tocó. ¡Que los gusanos nos coman los ojos si mentimos!

—¡Nuestro Señor me vengará! —gritó Auátif.

Santuri respondió con una magnanimidad que se hizo proverbial:

—Que Dios te perdone, Auátif.

Arafa se inclinó al oído de Auátif y le dijo casi en un susurro:

—Deja que el entierro transcurra en paz.

Y ya sólo supo que uno de los esbirros de Santuri, apodado Addad, le golpeó en el rostro gritándole:

—¡Tío guarro! ¿Quién te ha metido a ti entre la chica y el maestro?

Arafa se volvió asombrado, y se encontró con un golpe todavía más fuerte que el primero. Otro de los secuaces le abofeteó y otro le escupió en

la cara; el cuarto lo agarró por el cuello, el quinto lo empujó con fuerza y lo tiró de espaldas, y el sexto dijo, pateándolo:

—Te enterrarán en al-Qarafa si vas a verla.

Permaneció en el suelo, lleno de estupor. Se recobró, se levantó bastante dolorido, y empezó a sacudirse la galabeya y la cara. Un grupo de niños se había reunido a su alrededor y gritaba: «El ternero ha caído, traed el cuchillo». Volvió al sótano cojeando, poseído por la ira. Hanas lo miró con pena y dijo:

—Ya te dije que no fueras. Arafa gritó con violenta cólera:

—¡Cállate! ¡Ay de ellos!

Hanas le contestó con suavidad y, al mismo tiempo, con firmeza:

—Aparta los ojos de esa chica; de lo contrario estamos perdidos. Arafa guardó silencio mirando el suelo, pensativo; luego alzó la cara con gesto obstinado.

—Me verás casado con ella antes de lo que te figuras.

—Eso es la misma insensatez.

—Y Aggag presidirá el banquete.

—Y te rociarás la ropa con alcohol y te arrojarás tú mismo al fuego.

—Esta noche volveré a probar el frasco en el desierto.

Se quedó en la casa, sin salir para nada durante unos días, pero su relación con Auátif, a través de la ventana de los barrotes, no se interrumpió. Transcurridos los días del luto, se entrevistó con ella en secreto, en el vestíbulo de la casa de la joven, y le dijo sin tapujos:

—Nos conviene casarnos inmediatamente.

No se sorprendió la muchacha de su petición, pero le dijo con tristeza:

—Mi consentimiento te acarreará penalidades sin cuento. Arafa contestó con confianza:

—Aggag ha aceptado honrar nuestra fiesta, y ya sabes lo que eso significa.

Auátif tomó las medidas necesarias para ocultar celosamente los preparativos. Y el barrio supo, sin ningún aviso previo, que Auátif, hija de Sakrún, se había casado con Arafa el mago, a cuya casa se había mudado, y que Aggag, el jefe del cían Rifaa, había sido testigo de la boda. Muchos se

asombraron y otros se preguntaron cómo se había llevado a cabo, cómo se había atrevido Arafa, y cómo Aggag había consentido en dar su bendición. Los que tenían experiencia dijeron que la desgracia llamaba a la puerta.

## 99

SANTURI se reunió con sus esbirros en el café del clan Qássem. Lo supo Aggag y se reunió con los suyos en el café del de Rifaa. El barrio se enteró de ambas reuniones y el aire se llenó de tensión. Inmediatamente la confluencia de las calles de Qássem y de Rifaa se vació de vendedores, mendigos, y niños, y se cerraron tiendas y ventanas. Santuri salió con sus hombres, y Aggag salió también con los suyos. La maldad atizaba los odios y su pestilencia se sentía por todas partes; sólo faltaba una chispa para que se declarase el incendio. Un hombre bueno gritó desde lo alto de una azotea:

—¿Qué ha encolerizado a nuestros hombres?! Pensadlo bien antes de derramar sangre.

Aggag contestó en medio de un silencio temeroso, mirando a Santuri:

—Ni estamos enfadados ni tenemos ningún motivo para estarlo. Santuri replicó ásperamente:

—Tú te has saltado las normas que rigen entre colegas, maestro, y no puedes considerarte un caballero después de lo que has hecho.

—¿Y qué es lo que he hecho?

Santuri contestó como si las palabras le saliesen a la vez de la boca y de los ojos:

—Has protegido a un hombre que me desafiaba.

—Ese hombre no ha hecho más que casarse con una muchacha que se había quedado sola después de la muerte de su padre, y yo soy testigo del matrimonio de cualquier rifaí.

—No es rifaí —objetó Santuri con desprecio—. Nadie sabe quién es su padre, ni siquiera él; puede que seas tú, o yo, o cualquier mendigo del barrio.

—Pero hoy por hoy vive en mi calle.

—Sólo porque encontró un sótano libre.

—Pues aun así.

Santuri gritó con voz tonante:

—¿No vas a confesar que te has saltado las normas que rigen entre colegas?!

Y Aggag le gritó a su vez:

—¡No grites, maestro! El asunto no merece que nos enzarremos como gallos.

—A lo mejor sí.

Aggag replicó con un tono que parecía una orden de ataque:

—¡Valor, alma mía!

—Aggag..., prepárate.

—¡Maldito animal!

—¡Maldito tu padre!

Y habrían hablado los garrotes si no hubiesen oído una voz como un mugido, que gritaba con acento imperioso:

—¡Debería daros vergüenza, señores!

Todos se volvieron hacia la voz y vieron a Saad Alláh, el cacique del barrio, que se abría paso entre los rifaíes, hasta detenerse entre los dos bandos.

—Bajad los garrotes —ordenó.

Los garrotes se inclinaron como cabezas de orantes. Saad Alláh miró una vez a Santuri y otra a Aggag y dijo:

—No quiero oír ahora una sola palabra. Separaos en paz. ¿Una carnicería por una hembra? ¡Qué lástima de hombres!

Los contendientes se separaron en silencio, y Saad Alláh volvió a su casa.

Dentro del sótano, Arafa y Auátif, que no creían que la noche fuese a terminar en paz, habían seguido demudados, con el corazón palpitante y la

boca seca, lo que ocurría en el barrio, hasta que oyeron la voz de Saad Alláh con aquel tono de mando que no admitía réplica. Auátif dio un profundo suspiro y comentó:

—¡Qué dura es la vida!

Arafa quiso infundir en su alma un poco de tranquilidad y le dijo, señalando su propia cabeza:

—Yo trabajo con esto. Así lo hizo Gábal y lo mismo el zorro de Qásem. Su mujer tragó saliva fatigosamente y preguntó:

—¿Durará la paz?

Arafa la abrazó con aparente alegría y contestó:

—Ojalá todos los esposos fueran tan felices como nosotros. Auátif apoyó la cabeza en el hombro de Arafa mientras recobraba el aliento y musitó:

—¿Se evitará con esto la tragedia?

El joven suspiró al reconocer con franqueza:

—No hay seguridad con ningún jefe.

—Lo sé —contestó ella alzando-la cabeza—, y tengo una herida que no cicatrizará hasta que vea muerto a ese hombre.

Arafa sabía a quién se refería, y la miró pensativo a los ojos.

—En nuestra situación, la venganza es un deber, pero no produce resultados. Nuestra seguridad está amenazada no porque Santuri quiera hacernos daño a nosotros, sino porque la seguridad de todo nuestro barrio está amenazada por esos matones, y si venciéramos a Santuri, ¿quién nos garantiza que mañana no vendría contra nosotros Aggag, o Yúsuf pasado mañana? O hay seguridad para todos o no la hay para nadie.

Auátif sonrió con languidez.

—¿Quieres ser como Gábal, Rifaa o Qásem?

Sin responder, Arafa le besó el cabello aspirando su aroma de claveles. Auátif volvió a decir:

—Ellos se encargaron de hacerlo por orden de nuestro antepasado, dueño del habiz.

—¡Nuestro antepasado! —exclamó disgustado—. Todos los derrotados gritan como gritaba tu difunto padre: ¡Gabalui! Pero ¿has oído hablar de

unos nietos como nosotros, que no ven nunca a su abuelo a pesar de vivir alrededor de su casa, porque siempre está cerrada? ¿Has oído de alguien que legue sus posesiones y de cuya voluntad se rían los impíos de esta manera y siga tan tranquilo?

La joven contestó con sencillez:

—Es el orgullo.

Arafa siguió lleno de dudas:

—No he oído de ningún viejo que haya vivido todos esos años.

—Se dice que hay un hombre en el Zoco de Muqattam que tiene más de ciento cincuenta años. Dios lo puede todo. Arafa guardó silencio. Luego murmuró:

—También la magia lo puede todo.

Su mujer se rió de su vanidad, mientras le tambaleaba con los dedos en el pecho:

—Tu magia puede curar los ojos.

—¡Y otras muchas cosas!

—¡Parecemos borrachos! —Auátif suspiró—. ¡Nos entretenemos conversando como si nada nos amenazase!

A Arafa no le importó interrumpirla, y siguió hablando de lo que le preocupaba:

—Quizá un día sea posible acabar con los mismos caciques, construir edificios e incrementar las rentas de todos los habitantes del barrio. Auátif le preguntó riendo:

—¿Será posible que pase todo esto antes del Día del Juicio? Los ojos acerados de Arafa se suavizaron con una mirada soñadora y contestó:

—¡Ah, si todos nosotros fuéramos magos!

—¡Ojalá! Aunque también es verdad que en poco tiempo Qásem restableció la justicia sin necesidad de tu magia.

—Y bien pronto desapareció, pero las huellas de la magia no desaparecen, ni la justicia desaparecerá con la magia, niña de ojos de miel. La magia no es menos importante que nuestro amor y, como él, creará una nueva vida. Pero sus efectos sólo se harán realidad cuando la mayoría de nosotros seamos magos.

Auátif preguntó en broma:

—¿Y cómo será eso?

El mago meditó largamente antes de responder:

—Cuando se restablezca la justicia, cuando desaparezcan las condiciones impuestas por quien instituyó los bienes habices, cuando la mayoría de nosotros no tengamos que trabajar penosamente y nos dediquemos a la magia.

—¿Quieres que el nuestro sea un barrio de magos? —Auátif rió amablemente y añadió—: No se pueden anular las diez condiciones con nuestro abuelo impedido en la cama, y parece que no está para encargar un trabajo a ninguno de sus nietos.

Arafa la miró de una forma extraña y preguntó:

—¿Por qué no vamos nosotros a verlo?

—¿Puedes entrar en la casa del administrador? —replicó Auátif riendo de nuevo.

—No, pero quizá pueda entrar en la Casa Grande. Auátif le dio un golpe en la mano mientras decía:

—Déjate de bromas y tengamos primero seguridad. Arafa sonrió enigmáticamente.

—Si me hubiesen gustado las bromas, no habría venido a este barrio. Algo en su tono la asustó. Le miró con asombro y exclamó:

—¡Quieres decir de verdad lo que dices! —Arafa la miró en silencio y ella volvió a decir—: ¡Imagina que te cogen en la Casa Grande!

—No es nada extraño —contestó con calma— que un nieto vaya a la casa de su abuelo.

—Dime que estás de broma, por Dios. ¿Por qué me miras tan serio? Es una cosa extraña; ¿por qué quieres ir a verlo?

—¿No merece la pena arriesgarse por hablar con él?

—¡Arriesgarse! Es una palabra que se te escapa a veces de la boca. ¿Cómo se va a cambiar una realidad tan terrible?

Arafa le acarició la mano para tranquilizarla y dijo:

—Desde que volví a nuestro barrio pienso en cosas que no se me ocurrían antes.



—¿Por qué no vivir a nuestro aire? —le preguntó ella, suplicante.

—¡Ojalá! No nos dejarán vivir a nuestro aire, y el hombre tiene que buscar su seguridad.

—Huyamos entonces.

—No huiré teniendo en mis manos la magia.

Arafa la atrajo delicadamente hacia su pecho y se puso a darle palmaditas en los hombros mientras le susurraba al oído:

—Volveremos a hablar de esto en muchas ocasiones, pero ahora lo más importante es que tu corazón se tranquilice.

## 100

¿MI marido enloquece, o es que lo ciega la vanidad? Eso se preguntaba Auátif viendo trabajar y pensar a Arafa. En cuanto a ella, sólo turbaba la serenidad de sus días felices el deseo de vengarse de Santuri, el asesino de su padre: desde tiempos remotos la venganza era una tradición sagrada en el barrio. Podía incluso olvidar esa tradición sagrada, aunque fuese a regañadientes, pensando en la felicidad que le había dado el matrimonio. Pero Arafa creía que vengarse de Santuri no era más que una parte de una gran obra que —ella imaginaba— se había propuesto realizar. Y no lo comprendía. ¿Piensa que es uno de esos hombres que canta el rabel? Pero Gabalauí no le ha encomendado ninguna misión, y él no parece confiar mucho en Gabalauí ni en lo que cuenta el poeta. Es cierto que de noche dedica a la magia mucho más trabajo y tiempo del que le exige ganarse el sustento. Y cuando piensa, va más allá de sí mismo y de su familia para interesarse por problemas generales de los que nadie se ocupa, como el barrio, los matones, el administrador, las tierras, las rentas y la magia. Arafa soñaba hacer grandes cosas en el futuro gracias a la magia, a pesar de que era el único hombre del barrio que no se daba al hachís porque su trabajo en la habitación trasera exigía que se mantuviera despierto y atento. Pero todo eso no era nada al lado de su insensato deseo de entrar en la Casa Grande. ¿Por qué, hombre mío? Para pedir consejo sobre la conducta que debe seguir el barrio. Tú bien sabes qué conducta debe seguir el barrio; todos nosotros lo sabemos, ¿qué necesidad tienes de exponerte a la muerte? Quiero conocer las diez condiciones del legado. Lo importante no es saber,

sino hacer, y ¿qué puedes hacer? La verdad es que quiero examinar el libro por cuya causa desterraron a Adham, si las historias dicen la verdad. ¿Y qué te importa ese libro? Algo me induce a creer que es un libro de magia. Las obras de Gabalauí en el desierto sólo las explica la magia, no los músculos ni los garrotes, como éstos se imaginan. ¿Qué te incita a correr esos peligros si eres feliz y tus ingresos son abundantes sin necesidad de exponerte? No pienses que Santuri nos ha olvidado... Cada vez que salgo tropiezo con las miradas rencorosas de sus hombres. Dedícate a la magia y deja la Casa Grande. Allí está el libro..., el primer libro de magia..., el secreto de la fuerza de Gabalauí, el secreto que ocultó incluso a su hijo; quizá no sea nada de lo que imagino, pero quizá sí, y merece la pena arriesgarse. Y Arafa dio el paso decisivo, hablando con franqueza:

—Así soy yo, Auátif. ¿Y en qué consiste, si no, el trabajo? No soy más que un ser miserable, hijo de una mujer desgraciada y de padre desconocido. Todos lo saben y bromean a mi costa. Pero ya sólo me interesa la Casa Grande: no es de extrañar que el hijo de padre desconocido busque a su abuelo con todas sus fuerzas. Mi laboratorio me ha enseñado a no creer en nada SÍ no lo he visto con mis propios ojos, o si no lo he puesto en práctica con mis propias manos. Tengo que conseguir entrar en la Casa Grande; tal vez encuentre allí la fuerza que busco y tal vez no encuentre nada en absoluto, pero sabré ya a qué atenerme y eso será mejor, en cualquier caso, que la perplejidad que ahora siento. No soy el primero en nuestro barrio que ha escogido las fatigas: Gábal pudo haber seguido en su puesto al lado del administrador, Rifaa pudo convertirse en el primer carpintero del barrio, Qásem pudo disfrutar con Qámar y sus propiedades y vivir como los hombres importantes, pero todos escogieron otro camino. Hanas comentó apesadumbrado:

—¡Cuántos hombres de este barrio buscan solos su perdición!

—Pocos tienen razones importantes —contestó Arafa con vehemencia.

Sin embargo, Hanas no dejó de colaborar con su hermano. A última hora de la noche lo siguió al desierto como si fuera su sombra. Y cuando Auátif perdió la esperanza de que Hanas se le opusiera, alzó las manos para rezar por Arafa. Era una noche oscura: aunque a primera hora había

aparecido la luna en cuarto creciente, luego se ocultó. Los hermanos caminaron pegados a las paredes hasta llegar al muro posterior de la Casa Grande, que lindaba con el desierto.

—Rifaa se había detenido donde estamos ahora cuando llegó hasta él la voz de Gabalauí —susurró Hanas.

—Así dice el rabel —contestó Arafa mirando a su alrededor con detenimiento—; ahora sabré la verdad.

Hanas señaló el desierto y dijo reverentemente:

—En este desierto Gábal habló consigo mismo y envió a su criado a Qásem. Arafa dijo irritado:

—¡Y también en él mataron a Rifaa y violaron y maltrataron a nuestra madre, y tu abuelo se quedó tan tranquilo!

Hanas dejó en el suelo el cesto donde traía las herramientas, y empezaron a cavar bajo el muro, llenando el cesto con la tierra. Trabajaron con ahínco y resolución hasta que sus pechos se llenaron del olor de la tierra. Estaba claro que Hanas no tenía menos valor que Arafa; parecía que lo animaba el mismo deseo de éste, aunque lo dominase el miedo. La cabeza de Arafa sólo sobresalía un palmo sobre el suelo cuando dijo desde dentro del agujero:

—Basta por esta noche. —Luego saltó fuera, apoyándose en las manos—. Tenemos que cerrar la boca con una tabla y la cubriremos de tierra para que no descubran nuestro intento.

Volvieron corriendo, con el alba en los talones. Arafa pensaba en el mañana. El asombroso mañana. Cuando caminase por la desconocida Casa Grande. Y, ¿quién sabe?, quizá encontrase a Gabalauí y quizá hablase con él, y le preguntase qué pasó, por qué estaba secuestrado, cuáles eran las condiciones del legado y el secreto del libro. Ese sueño que sólo se hace realidad entre las nubes de humo de los narguiles.

En el sótano encontró a Auátif esperándolo, todavía en vela. Al verlo le dirigió una soñolienta mirada de reproche.

—¡Parece que vuelvas de un cementerio! —murmuró.

Arafa contestó con un tono alegre que disimulaba su turbación:

—¡Lucero mío!

Y se tumbó a su lado. Ella siguió:

—Si me tuvieras en algo no despreciarías mi opinión. El joven contestó en broma:

—¿Cambiarás de opinión cuando veas lo que ocurrirá mañana?

—¡Tengo una sola posibilidad de ser feliz frente a mil de morirme!

Arafa se rió:

—Si hubieras visto los ojos llenos de odio, sabrías con certeza que la paz de que disfrutamos es sólo imaginación.

Un griterío agudo, al que siguió un lamento, desgarró el silencio de la madrugada. Auátif frunció el ceño y murmuró:

—¡Qué mal augurio!

Arafa se encogió de hombros desdeñosamente y dijo:

—No me hagas reproches, Auátif, pues eres responsable en cierto modo de la situación en que estoy.

—¡Yo!

—Volví al barrio —contestó Arafa seriamente— impulsado por un secreto deseo de vengar a mi madre. La agresión de que fue víctima tu padre afianzó ese deseo de vengarme de todos los caciques, pero el amor que te tengo añadió algo nuevo que estuvo a punto de destruir un deseo tan arraigado. Y ahora quiero acabar con ellos no por vengarme, sino para que la gente disfrute de la vida. Quiero ir a la casa de nuestro antepasado sólo para conseguir el secreto de su fuerza.

Auátif lo miró largamente y Arafa leyó con claridad en sus ojos el doloroso temor de perderlo como había perdido a su padre. Arafa le sonrió cariñosamente para animarla, mientras afuera los lamentos se hacían insoportables.

## 101

HANAS apretó la mano de Arafa, ya en lo más hondo del agujero, y se despidió. Arara se echó de bruces y se arrastró por el pasadizo que olía a tierra, hasta que asomó la cabeza en el jardín de la Casa Grande. Su nariz percibió un olor maravilloso, como de esencia de rosas, jazmines y alheña, disuelto en el inicio del alba. El aroma lo embriagó a pesar de su intensa sensación de peligro. Ahí estaba oliendo el jardín donde había muerto, ¡ay!, Adham. Sólo se veía una oscuridad tenebrosa bajo las estrellas insomnes. Se cernía sobre él un silencio terrible del que surgía, de vez en cuando, el susurro de las hojas respondiendo a la brisa. Encontró la tierra blanda y húmeda y pensó en la posibilidad de quitarse las sandalias para deslizarse hacia la casa sin dejar sus huellas sobre el suelo. ¿Dónde duermen el portero, el jardinero y los demás criados? Se arrastró a gatas procurando no hacer ningún ruido que pudiese llegar al edificio, cuya silueta parecía un gigante sentado en la oscuridad. En su camino hacia la casa sintió un temor que no había experimentado en toda su vida, acostumbrado como estaba a caminar en la oscuridad y a pasar la noche en el desierto y entre ruinas. Siguió arrastrándose, pegado a la pared, hasta que tocó con la mano el primer peldaño de la escalera que, si el rabel decía la verdad, conducía al recibidor. Allí Gabalauí luchó con Idrís para echarlo. Si ése había sido el destino de Idrís por desafiar las órdenes de su pare, ¿qué haría Gabalauí con alguien que irrumpía en su casa para robarle el secreto de su fuerza?

Pero ¡calma!, nadie puede temer que se deslice un ladrón en una casa que a estado segura, protegida por el temor que inspira, a lo largo de tantos

años, arrastrándose, dio la vuelta a la balaustrada, y luego, a gatas, empezó a subir los escalones hasta el rellano del recibidor. Se quitó las sandalias, se las puso bajo el brazo y se arrastró hacia la puerta lateral que, según decía el rabel, llevaba a la alcoba. ¡Y de repente, oyó una tos! Una tos que llegaba del huerto. Se pegó al suelo junto a la puerta, con los ojos vueltos hacia el jardín, y vio una sombra que se acercaba al recibidor. Contuvo la respiración porque pensó que el trepidar de su corazón se oiría como un trueno. La sombra empezó acercarse. Subía los peldaños. Tal vez era Gabalau en persona, que lo sorprendería in fraganti como antaño descubrió a Adham, a la misma hora aproximadamente. La sombra llegó al rellano del recibidor, a dos pasos de su escondite. Pero siguió hacia el otro lado y se acostó sobre algo que parecía una cama. La tensión se alivió, dejando en su lugar el cansancio. Quizá esa sombra era la de un criado que había ido a satisfacer una necesidad para volver a su camastro. ¡Ahora empezaban a oírse sus ronquidos! Arafa recuperó algo de su atrevimiento y levantó la mano, buscando el pomo de la puerta, hasta que tropezó con él. Lo movió lentamente y empujó con suavidad hasta que la puerta se abrió lo bastante para dejarle pasar. Se arrastró hacia dentro y cerró tras él. Se encontró envuelto en una densa oscuridad, extendió la mano hasta tocar el primer peldaño de la escalera y empezó a subir con la ligereza del aire. Llegó a un largo vestíbulo, iluminado por una lámpara en una hornacina. El vestíbulo torcía a la derecha, internándose en la casa, y por la izquierda se prolongaba en un corredor que seguía a lo largo de toda la planta. En medio estaba la puerta, cerrada, de la alcoba. En ese lugar se había detenido Umayma: desde donde él estaba parado había partido Adham; y él, ahora, perseguía lo mismo.

El temor se le acumuló en el pecho y tuvo que apelar a toda su voluntad y atrevimiento: sería ridículo renunciar ahora. Quizá apareciese algún criado en cualquier momento; quizá se recobrase de su locura si una mano lo agarraba por el hombro. Más le valdría darse prisa. Caminó de puntillas hacia la puerta. Hizo girar la brillante manija, que se movió al compás de la mano, empujó la puerta, que se abrió con suavidad, y se deslizó dentro cerrando tras de sí. Apoyó la espalda en la puerta, rodeado de una oscuridad

total, y respiró con cuidado, como si tuviese que ahorrar el aliento. Intentó en vano ver algo. Poco después sintió un penetrante olor a incienso que llenó su corazón de turbación y de una extraña tristeza cuya causa ignoraba, y ya no tuvo dudas de que estaba en la alcoba de Gabaloui. ¿Cuándo se acostumbraría a la oscuridad? ¿Cómo tranquilizar su alma asustada? ¿Quién se había detenido antes donde él se hallaba? Notaba que acabaría desplomándose si no hacía uso de toda su fuerza, voluntad y osadía. Se recordó que le esperaba la muerte si no calculaba con precisión todos sus movimientos. Y pensó en las nubes, en cuya carrera descubría espontáneamente formas extrañas, tan pronto un monte como una tumba. Tocó la pared con los dedos, la tomó como guía y caminó junto a ella, encorvado, hasta que tocó un sillón con el hombro. Pero un movimiento repentino en el rincón más lejano de la habitación le heló la sangre. Se acurrucó detrás del sillón mirando hacia la puerta por la que había entrado. Y oyó las pisadas de unos pies ligeros y el susurro de un vestido. Temió que la luz inundase las tinieblas y Gabaloui apareciera ante él. Se prosternaría a sus pies, suplicante, y le diría: Soy tu nieto, no tengo padre, sólo deseo el bien, haz conmigo lo que quieras. A pesar de la oscuridad, vio que una sombra se acercaba a la puerta. Distinguió cómo la puerta se abría con suavidad y la luz del vestíbulo entraba en la habitación. La sombra salió dejando la puerta entornada y giró hacia la derecha. A la luz de la lámpara del vestíbulo vio que era una vieja negra, alta, de rostro demacrado y aspecto inolvidable. ¿Una criada? ¿Era posible que esa habitación estuviera en el ala de servicio? Miró por un lado del sillón para ver el cuarto a la tenue luz que se filtraba por la puerta, y distinguió sombras de sillones y canapés y, en la pared frontera, la silueta de un gran lecho, con columnas y mosquitero, a cuyos pies había una cama pequeña, tal vez la que acababa de abandonar la vieja, Ese gran lecho sólo podía ser de Gabaloui. Ahí duerme ahora sin sospechar la presencia de un intruso. ¡Cuánto le gustaría lanzarle una mirada, aunque fuere de lejos! Pero la puerta entreabierta le recordaba que había de volver la críala. Miró a su izquierda y advirtió la silueta de la puerta del gabinete, cerrada obre su terrible secreto. Antes la había mirado así Adham, que Dios tenga misericordia de él. Se arrastró por detrás de los



sillones, olvidándose del mis-no Gabalau, hasta que llegó a la puerta pequeña. No pudo resistir la tentación y alzó la mano hasta meter el dedo en el ojo de la cerradura, empujó hacia abajo y hacia sí y la puerta obedeció. La cerró de nuevo, sin decidirse a entrar todavía, con el corazón palpitante de emoción y sentimiento de victoria. De repente, la débil luz desapareció y la habitación quedó de nuevo sumergida en las tinieblas. Oyó otra vez las pisadas de los pies ligeros, el crujir de una cama al tumbarse la mujer, y luego se hizo el silencio. Esperó con paciencia a que la vieja durmiera. Siguió mirando hacia la cama grande, pero no veía nada. ¡Qué locura intentar llegar hasta su abuelo! Antes de conseguirlo se despertaría la vieja y el mundo se llenaría de gritos, y después, ¡adiós! Ya era suficiente buscar el libro que contenía las condiciones del legado y los prodigios de la magia con los que, al principio, su abuelo había tenido poder sobre el desierto y sobre la gente. Antes que él nadie había pensado que el libro fue-i un tratado de magia, porque nadie la había practicado antes. Volvió a levantar la mano, a meter el dedo y a tirar de la puerta. Se introdujo arrastrándose y volvió a cerrar. Se detuvo atento, respirando profundamente para dar descanso a sus nervios agobiados. ¿Por qué Gabalau había ocultado a sus hijos el secreto del libro? ¡Incluso a Adham, el más querido! Había un secreto sin duda, y ese secreto se descubriría al cabo de unos segundos, en cuanto encendiera una vela. Allí Adham, en su día, encendió la vela, y ahora él, un hombre sin padre conocido, la encendía otra vez en el mismo lugar, y el rabel cantaría su gesta para siempre. Encendió la vela y se encontró frente a los ojos que lo miraban. A pesar de su estupor, comprendió que eran los de un viejo negro acostado allí dentro. Y a pesar de su sorpresa y de su miedo, vio que el viejo luchaba por salir del marasmo que separa el sueño de la vigila, sobresaltado tal vez por el roce del fósforo. Con un movimiento involuntario e inconsciente se lanzó sobre él, le puso la mano en el cuello y apretó con toda la fuerza de que era capaz. El viejo se movió con violencia, le agarró la mano y le dio una patada en el vientre. Él le apretó más el cuello. Se le cayó la vela que sostenía con la mano izquierda y, al apagarse, reinó la oscuridad. El viejo hizo un último movimiento, ya casi sin fuerzas, y se inmovilizó, pero la mano enloquecida

siguió apretando. Por fin, los dedos se aflojaron. Retrocedió jadeando, hasta pegar la espalda a la puerta. Pasaron los segundos en un infierno de calladas agonías. Sintió que sus fuerzas disminuían y que el tiempo pesaba más que las culpas. Se caería al suelo o sobre el cadáver de su víctima si no se dominaba. El deseo de huir lo atraía con una fuerza irresistible. No podría pasar más allá del cadáver para buscar el libro antiguo. El libro de mal agüero. No tenía valor para encender de nuevo la vela. Era preferible la ceguera. Sintió dolor en los brazos; tal vez la huella de las uñas del viejo en su resistencia desesperada. Le tembló todo el cuerpo ante esa idea. El crimen de Adham había sido la desobediencia; el suyo era el asesinato. El asesinato de un hombre al que no conocía y que ignoraba por qué moría a sus manos. Había llegado buscando una fuerza con la que competir con criminales, y se había transformado, sin darse cuenta, en un criminal. En la oscuridad volvió la cabeza hacia el rincón donde pensó que estaba el libro. Empujó la puerta del gabinete y salió, cerrando tras de sí. Se arrastró junto a la pared camino de la puerta. Se quedó un momento detrás del último sillón. Sólo veía a los criados de la casa, pero ¿dónde estaba su dueño? Su crimen se interpondría entre ambos para siempre. Sintió la frustración y el fracaso hasta en lo más profundo de su ser. Abrió la puerta con suavidad. La luz le cegó e imaginó que caía sobre él en ruidoso tumulto y con un brillo chillón. Cerró la puerta y caminó de puntillas. Bajó la escalera en medio de la más negra oscuridad. Para cuando cruzó el recibidor, el cansancio y la tristeza le habían hecho bajar la guardia, y el criado que dormía allí se despertó preguntando: «¿Quién va?». Aafa se quedó pegado a la pared. El temor le prestaba fuerzas. La voz llamó por segunda vez y le respondió el maullido de una gata. Siguió en su escondite, temiendo verse arrastrado a un nuevo crimen. Cuando se restableció el silencio, se arrastró por el suelo del jardín hasta el muro trasero, y buscó el agujero hasta dar con él. Entró arrastrándose, como había llegado. Cuando casi había llegado al final, chocó con un pie. Y el pie le golpeó con más rapidez que el pensamiento.

## 102

SALTÓ sobre el agresor y se enzarzaron en un combate que no duró mucho, pues el otro dejó escapar un grito de cólera. Arafa, al reconocerlo, lanzó, a su vez, un grito de asombro:

—¡Hanas!

Se ayudaron a salir a la superficie y Hanas explicó:

—Tardabas tanto que entré para ver qué pasaba. Arafa contestó, respirando con dificultad:

—Te has equivocado, como de costumbre. Pero ¡vámonos! Volvieron al barrio sumergido en el sueño.

—¡Lávate..., por Dios...! —exclamó Auátif al verlo—. ¿Qué es esa sangre que te corre por la mano y por el cuello?

Se estremeció, pero no dijo nada. Fue a lavarse y se desvaneció. Se recobró poco después, con ayuda de Auátif y de Hanas. Se sentó entre ellos en el canapé, sintiendo que conciliar el sueño le costaría más que encontrar a Gabalauí. No podía soportar solo el peso de su secreto y les contó lo que le había ocurrido en su extraño viaje. Cuando terminó, lo miraban con espanto y desesperación. Auátif murmuró:

—Estuve en contra desde el principio.

Hanas, sin embargo, pretendió minimizar el desastre:

—¡No te fue posible evitar ese crimen! Arafa dijo tristemente:

—¡Pero es más odioso que los crímenes de Santuri y los demás matones!

—No puede caer sobre ti ninguna sospecha —replicó Hanas.

—Pero he matado a un viejo que no tenía ninguna culpa, y que, ¿quién sabe?, tal vez era el criado que Gabalauí envió a Qásem.

Se cernió sobre ellos un silencio tan sombrío como el insomnio. Finalmente, Auátif dijo:

—¿No es mejor que durmamos?

—Dormid vosotros —contestó Arafa—. Yo esta noche no tengo sueño. De nuevo descendió el silencio. De repente, Hanas preguntó:

—¿No viste a Gabalauí ni oíste su voz? Arafa movió la cabeza apesadumbrado:

—No.

—¡Pero viste su lecho en la oscuridad!

—¡Igual que vemos su casa! —Hanas exclamó con pena:

—¡Pensé que tu tardanza se debía a que estabas hablando con él!

—¡Qué fácil es imaginar desde fuera!

—Parece que tienes fiebre —dijo Auátif, inquieta—. Será mejor que duermas.

—¿Cómo podría dormir?

Pero sintió que su mujer tenía razón al afirmar que estaba febril y aturdido. Hanas repitió con pena:

—¡Estuviste a un paso del testamento y no lo miraste! —A Arafa se le contrajo el rostro de dolor. Hanas añadió—: Un viaje agotador y ¡perdido!

—¡Sí! —Y luego con un tono nuevo y vehemente—: Pero me ha enseñado que no debemos apoyarnos más que en nuestra propia magia. ¿No ves que me he embarcado en una expedición descabellada tras una idea que quizá no tenía nada que ver con la mía?

—Sí; pero sólo tú has dicho que el libro famoso era de magia.

Arafa, cuya turbación mental y espiritual parecía ir en aumento, dijo:

—El experimento de la botella tendrá éxito antes de lo que te figuras, y será muy útil si necesitamos defendernos.

El temible silencio se anunció una vez más, y Hanas exclamó:

—¡Ojalá hubieras sabido, antes de emprender esta aventura, la magia suficiente para llegar a la Casa Grande y a su dueño!

—La magia no tiene fin —replicó Arafa con entusiasmo—. Hoy sólo cuento con algunos remedios y el proyecto de una botella para defendernos o para atacar, pero la imaginación no llega a abarcar todo cuanto puede hacerse.

—No debes pensar en absoluto en esa aventura —intervino Auátif, disgustada—. Nuestro abuelo es de un mundo y nosotros de otro; no serviría de nada que hablastes con él aunque pudieras. Es posible que haya olvidado el legado y su custodia, igual que a los cabecillas, a sus nietos y al barrio.

Arafa se enfadó sin causa aparente, pero su desgraciado contratiempo justificaba todas sus rarezas, y dijo con vehemencia:

—¡Este barrio vanidoso e ignorante! ¿Qué sabe del asunto? Nada, no tiene más que las historias y el rabel, y no puede poner por obra lo que oye. La gente piensa que su barrio es el centro del mundo, y no es más que un refugio de rufianes y mendigos, y antes, al principio, sólo era un erial bueno para las sabandijas, hasta que se instaló en él vuestro antepasado Gabalauí.

Hanas se asustó. Auátif humedeció un trapo e intentó ponérselo en la frente, pero Arafa le apartó la mano con ímpetu y siguió:

—Tengo lo que no tiene nadie, ni el mismo Gabalauí. Tengo la magia, que puede realizar en nuestro barrio lo que no consiguieron Gábal, Rifaa y Qásem juntos.

—¿Cuándo vas a dormirte? —preguntó Auátif, suplicante.

—Cuando se me apague el fuego que tengo en la cabeza. Hanas murmuró apenado:

—Está a punto de amanecer.

—Que amanezca. Pero no amanecerá hasta que la magia acabe con los caciques, las almas se purifiquen de sus demonios, se obtengan todos los beneficios que el legado no pudo repartir, y se conviertan en esa riqueza con la que soñaba Adham.

Suspiró profundamente. Luego apoyó la cabeza en la pared, agotado, y Auátif esperó que por fin le llegase el sueño. De repente una voz resonó en el silencio con una fuerza que los llenó de inquietud. Siguieron gritos y lamentos. Arafa se puso en pie de un salto, diciendo con terror:

—¡Han descubierto el cadáver del criado! Auátif preguntó con la boca seca:

—¿Cómo sabes que las voces vienen de la Casa Grande?

Arafa corrió afuera y lo siguieron. Se detuvieron ante la puerta, con la cabeza vuelta hacia la Casa Grande.

La última oscuridad se disipaba y el aire se hacía transparente, dejando ver los resplandores de la aurora. Se abrieron ventanas y se asomó la gente, mirando hacia la Casa Grande. Desde el otro extremo del barrio, un hombre iba corriendo hacia Gamaliya y, cuando pasó junto a ellos, Arafa le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, amigo? Le respondió sin detenerse:

—¡Dios lo ha querido! ¡Después de una larga vida, Gabalauí ha muerto!

## 103

SE volvieron al sótano. A Arafa los pies apenas podían sostenerlo, y se dejó caer en el canapé diciendo:

—El hombre al que he matado era un criado negro de mísero aspecto, y dormía en el gabinete.

Ninguno de los otros dijo nada, y clavaron los ojos en el suelo, evitando su mirada errática. Siguió, irritado:

—¡Ya veo que no me creéis! Os juro que no me acerqué a la cama. Hanas vaciló un rato, pero sintió que, en cualquier caso, era mejor hablar que seguir callado, y dijo en tono cauteloso:

—Quizá, con la sorpresa, no le viste bien la cara.

—¡Imposible! —gritó Arafa desesperadamente—. Se ve que no estás de mi parte.

—Tu voz me asusta —murmuró Auátif con miedo.

Arafa se fue corriendo a la habitación trasera y, temblando de agitación, se sentó en la oscuridad. ¡Qué locura lo había empujado a aquella funesta expedición! Sí, había sido una expedición funesta. La tierra temblaba y derramaba sobre el mundo las tristezas. Ya sólo tenía esperanza en aquella curiosa habitación.

Cuando brilló el primer rayo de sol, toda la gente del barrio estaba reunida alrededor de la casa, y las noticias se difundieron con rapidez especialmente después de la breve visita del administrador. Las gentes se contaron unas a otras que unos ladrones habían asaltado la Casa Grande a través de un agujero excavado bajo el muro posterior y habían matado a un

fiel criado. Cuando Gabalauí se enteró, recibió tal impresión que su frágil salud no fue capaz de soportarla y murió. La cólera se encendió en todas las almas y su negro humo cubrió las lágrimas y los gritos. Cuando le llegaron estas nuevas, Arafa gritó a su esposa y a Hanas:

—¡Las noticias corroboran mi relato!

Recordó inmediatamente que, en cualquier caso, había causado la muerte de Gabalauí, y se refugió en un silencio avergonzado y dolorido. Auátif no encontró nada que decir y murmuró:

—¡Que Dios tenga misericordia de él!

—¡Murió cargado de años! —exclamó Hanas. Arafa, con el tono triste del rabel, se lamentó:

—¡Pero yo soy la causa de su muerte! ¡Yo de entre todos sus descendientes, cuando hay tantos malvados!

—Fuiste allí sin ánimo de hacer algo malo —dijo Auátif, llorando. Hanas preguntó, inquieto:

—¿Buscarán información sobre nosotros?

—¡Huyamos! —gritó Auátif.

Arafa, irritado, la apuntó con el dedo mientras decía:

—¡Con eso ofreceremos la prueba más clara de nuestro crimen! Desde la calle abarrotada llegaron voces encrespadas:

—¡Hay que matar al culpable antes de enterrar a Gabalauí!

—¡Maldita sea esta generación! En el pasado respetaron esa casa incluso los malvados, incluso el mismo Idrís. ¡Malditos seamos hasta el Día del Juicio!

—Los asesinos no son de nuestro barrio, ¡a quién se le ocurre!

—Todo se sabrá.

—¡Malditos seamos hasta el Día del Juicio!

Arreciaron las lamentaciones y el llanto. Hanas se desmoronó.

—¡Cómo vamos a poder seguir en este barrio!

El clan de Gábal propuso enterrar a Gabalauí en su cementerio, en primer lugar porque sus miembros consideraban que eran los parientes más próximos, y en segundo lugar, porque no querían que lo sepultaran en el cementerio donde reposaba Idrís, al lado de los demás allegados del creador



del barrio. El clan Rifaa exigió enterrarlo en la tumba donde Gabalauí había enterrado con sus propias manos a Rifaa. Y el clan Qássem declaró que este último era el mejor de los nietos del dueño de las tierras habices y, por lo tanto, su tumba la más adecuada para el cadáver del gran antepasado. A punto estuvo de estallar una guerra por este motivo. Pero Qadrí el administrador anunció que Gabalauí sería enterrado en la mezquita erigida en la antigua sede de la administración de las tierras, en el recinto de la Casa Grande. Esta solución se recibió con visible satisfacción, aunque la gente del barrio sintió no asistir al funeral, privados de verlo muerto, como tampoco lo habían visto mientras vivía. El clan Rifaa, alegre, susurraba que darían sepultura a Gabalauí en la tumba en que él mismo había enterrado a Rifaa. Pero nadie más creía esa vieja historia, y los del clan empezaron a ser objeto de burlas hasta que Aggag, su jefe, se rebeló y estuvo a punto de batirse con Santuri. Entonces Saad Altan se dirigió a todos y gritó a modo de advertencia:

—¡Romperé la cabeza a cualquier testarudo que no mantenga la debida compostura en ese triste día!

Sólo asistieron al lavado del cadáver los criados personales. Ellos lo amortajaron y lo depositaron en el féretro, que luego llevaron al gran salón, escenario de los acontecimientos más importantes de la familia, como, por ejemplo, la concesión del cargo de administrador a Adham y la rebelión de Idrís. Luego se pidió al administrador y a los jefes de Gábal, Rifaa y Qássem que rezasen ante el difunto. Se le enterró cuando el sol se dirigía hacia el ocaso. Todos los del barrio se encaminaron al pabellón mortuorio. También fueron Arafa y Hanas entre los del clan de Rifaa. Arafa no había dormido desde su crimen, y su rostro parecía el de un muerto. La gente sólo hablaba de los hechos gloriosos de Gabalauí, vencedor del desierto, señor de los hombres, símbolo de la fuerza y del valor, dueño de las tierras y del barrio, padre de muchas generaciones. Arafa parecía triste, pero nadie imaginaba lo que le daba vueltas en la cabeza. El que ha irrumpido en la casa sin pensar en su majestad. ¡El que sólo Ka creído en la existencia del antepasado tras su muerte! El que se ha apartado de todos y se ha manchado las manos para siempre. Se preguntó cómo podría expiar su crimen. Las gestas de Gábal,

Rifaa y Qásem no bastaban. Acabar con el administrador y los caciques, salvar el barrio de sus maldades no bastaba. Exponerse a todos los peligros no bastaba. Enseñar a todos la magia, sus clases y sus utilidades no bastaba. Sólo una cosa bastaría: ¡dominar hasta tal grado la magia que pudiese devolverle la vida a Gabalauí! Gabalauí, a quien era más fácil matar que verlo. ¡Que los días le permitiesen vendar la herida abierta en su corazón! Y, mientras, esos matones están ahí vertiendo lágrimas falsas. Pero ¡ay!, ninguno ha cometido un crimen como el mío. Los cabecillas se sentaban taciturnos, embargados de oprobio y humillación. Los habitantes del barrio dirían que a Gabalauí lo habían matado en su propia casa y que en su funeral los grandes caciques fumaban hachís. Por eso sus miradas amenazan con vengarse. La desgracia y la muerte se asoman a sus ojos. Cuando, al final de la noche, Arafa volvió al sótano, atrajo hacia sí a Auátif y le preguntó con un grito desesperado de auxilio:

—¡Auátif, dime con franqueza! ¿Crees que soy un criminal?

—Eres un hombre bueno —contestó ella con ternura—, el más bueno con el que he tropezado en mi vida, pero el de suerte más negra. Arafa cerró los ojos.

—Nadie antes que yo ha apurado un dolor como el mío.

—Sí..., lo sé. —Lo besó con labios fríos y musitó—: Temo que caiga sobre nosotros una maldición.

Arafa apartó el rostro de ella, y Hanas comentó:

—No estoy nada tranquilo. Hoy o mañana se descubrirá todo. No concibo que se sepa tanto de Gabalauí: sus orígenes, sus tierras, la conducta que tuvo con sus hijos, sus relaciones con Gábal, Rifaa y Qásem, y que de su muerte, en cambio, nada se sepa.

Arafa gimió angustiado y preguntó:

—¿Se te ocurre alguna solución aparte de la fuga? —Hanas guardó silencio y Arafa volvió a decir—: Pues yo tengo un plan, pero quiero tranquilizarme antes de poner manos a la obra. No puedo hacer nada si soy un criminal.

Hanas dijo tibiamente:

—Eres inocente.

—¡Trabajaré, Hanas! —exclamó impetuosamente—. No temas por nosotros. El barrio se olvidará del gran crimen con los acontecimientos venideros. Ocurrirán prodigios, y el mayor será devolver la vida a Gabalauí.

Auátif gimió y Hanas preguntó, ceñudo:

—¿Te has vuelto loco?

Arafa contestó con voz febril:

—Una palabra de nuestro abuelo impulsaba a los mejores de sus nietos a trabajar hasta la muerte. Su desaparición tiene más fuerza que sus palabras. El deber de un buen hijo es desvivirse, hasta ocupar su puesto y ser él, ¿entiendes?

## 104

DESPUÉS de que se acallaran los últimos ruidos del barrio, Arafa se preparó para salir. Auátif lo acompañó hasta el vestíbulo con los ojos enrojecidos por el llanto, y dijo con la resignación de quien no tiene más recursos:

—Que la providencia te guarde. Hanas insistió:

—¿Por qué no voy contigo?

—Huir es más fácil para uno que para dos —contestó Arafa.

—No uses la botella más que en caso desesperado —le aconsejó Hanas, dándole palmaditas en la espalda.

Arafa asintió con la cabeza y se marchó. Lanzó una mirada sobre el barrio, sumergido en la oscuridad, y se dirigió a Gamaliya. Dio un gran rodeo por los barrios de Uatauit y Darrasa y por el desierto que había detrás de la Casa Grande, hasta que llegó a la casa de Saad Alláh, que lindaba con el desierto por la parte norte. Se dirigió a un lugar en medio del muro, palpó la tierra hasta que tropezó con una piedra y la apartó, luego se introdujo por el pasaje que Hanas y él habían cavado noche tras noche. Se arrastró sobre la barriga hasta el final, luego empujó la fina tapa que lo cerraba y penetró en el huerto de la casa del cacique. Se escondió detrás del muro, lanzó una mirada y vio en la casa una ventana cerrada que dejaba salir una débil luz. El sueño y la oscuridad cubrían el jardín, y sólo brillaba la luz de la ventana en vela, por donde surgían, de vez en cuando, los gritos de las discusiones y las ásperas risas de los tertulios.

Sacó del pecho una daga y permaneció quieto. El tiempo transcurría más pesado que las culpas. Pero la reunión de fumadores de hachís se acabó media hora después de su llegada. Se abrió la puerta y salieron los hombres uno tras otro hacia la puerta del jardín que daba al barrio. El portero los precedía con un farol en la mano. Se cerró la puerta y el portero volvió al recibidor delante de Saad Alláh. Arafa cogió una piedra con la mano izquierda y se deslizó, encorvado, con la daga en la derecha. Se ocultó detrás de una palmera hasta que Saad Alláh se dispuso a subir la escalera, saltó sobre él y le clavó el puñal en la espalda, por encima del corazón. El cacique soltó un grito y su cuerpo se desmoronó. El portero se volvió asustado, pero la piedra alcanzó al farol, lo apagó y lo rompió. Luego Arafa echó a correr hacia la pared por donde había entrado. El portero dio un alarido. Inmediatamente se oyeron pasos y las voces se encresparon en el interior de la casa y al otro lado del jardín. En su carrera, Arafa tropezó con algo que parecía el tocón de un árbol cortado y cayó de bruces, sintiendo un dolor lacerante en la pierna y en la corva, pero venció el dolor y, arrastrándose, atravesó la distancia que le separaba del agujero. Se alzaron aún más las voces y creció el ruido de pies. Arafa se arrojó en el agujero y se arrastró a toda prisa hasta salir al desierto. Se levantó gimiendo y se precipitó hacia el Este. Antes de dar la vuelta al muro de la Casa Grande se volvió hacia atrás, vio sombras que se precipitaban hacia él y oyó gritar: «¡Por aquí!». Redobló la velocidad a pesar del dolor, hasta que llegó al final del muro posterior de la Casa Grande. Cuando cruzó el espacio vacío que la separaba de la casa del administrador, brillaron luces como de antorchas, oyó el tumulto y se lanzó al desierto, hacia el Zoco de Muqattam. Sintió que el dolor lo vencería antes o después, que los pasos de sus perseguidores se acercaban y que sus voces se elevaban en el silencio: «Seguidlo..., rodeadlo». Acuciado por el peligro, sacó del pecho la botella que llevaba meses probando, se detuvo en su carrera y esperó a los que llegaban. Cuando aparecieron sus siluetas, se la lanzó. Nunca habían oído una explosión igual. Siguieron gritos y ayes. Arafa continuó su carrera, aunque ya habían dejado de perseguirlo. Al borde del desierto se tiró al suelo, jadeando y gimiendo, y se quedó allí, dolorido, débil y solo bajo las

estrellas. Miró atrás y sólo vio oscuridad y silencio. Con la mano restañó la sangre que le corría por la pierna y la secó con arena. Sintió que debía irse a toda costa y se levantó, apoyándose en las manos. Caminó despacio hacia Darrasa, y al principio de la calle vio una sombra avanzando. La miró con precaución y miedo, pero el que llegaba pasó a su lado sin volverse. Suspiró aliviado. Volvió dando el mismo rodeo que a la ida. Cuando se acercó al barrio de Gabalaui llegó a sus oídos un ruido insólito a esa hora de la noche: una mezcla de voces clamorosas, llanto, gritos de cólera y maldiciones resonaba en la oscuridad. Dudó largo rato, luego avanzó pegado a las paredes. Lanzó una mirada de reojo en la esquina de la calle y vio mucha gente reunida al final, entre la casa del administrador y la de Saad Alláh, mientras que el barrio de Qássem parecía vacío y oscuro. Se arrojó en brazos de Auátif y Hanas y descubrió la pierna ensangrentada. Auátif se asustó y se fue corriendo, para volver con una palangana llena de agua, y se puso a lavar la herida, —mientras Arafa apretaba los dientes para no dejar escapar un grito de dolor. Hanas ayudaba, mientras decía, inquieto:

—La ira se encenderá ahí fuera como el fuego.

—¿Qué han dicho de la explosión? —le preguntó Arafa con el rostro contraído.

—Los que te perseguían han contado lo que pasó y nadie les ha creído, pero se han quedado atónitos al ver las heridas en caras y cuellos. La historia de la explosión casi hace olvidar la muerte de Saad Alláh.

Arafa exclamó:

—¡La muerte del cacique del barrio! ¡Mañana empezará entre los cabecillas la lucha por su puesto!

Miró a su mujer, dedicada a vendar sus heridas con delicadeza, y dijo:

—La época de los caciques está a punto de terminar, ¡y el primero que desaparezca será el asesino de tu padre!

Pero Auátif no respondió. Los ojos de Hanas brillaban de inquietud. Arafa, a consecuencia del intenso dolor, apoyó la cabeza en una mano.

## 105

A primera hora de la mañana alguien llamó a la puerta del sótano y, al abrir, Auátif vio ante ella a Yunus, el portero de la casa del administrador. Después de saludarlo amablemente, lo invitó a entrar, pero el otro no se movió de donde estaba:

—Su excelencia el administrador quiere entrevistarse con el señor Arafa inmediatamente —dijo.

Auátif fue a informar a Arafa sin sentir ante aquella suprema invitación la alegría que le habría producido en circunstancias menos preocupantes.

Al cabo de unos minutos se presentó Arafa con sus mejores ropas: una galabeya blanca, corbata de lunares y zapatos limpios. Se apoyaba en un bastón a causa de una inesperada cojera imposible de ocultar. Levantó la mano a modo de saludo y dijo:

—A tus órdenes.

El portero partió seguido de Arafa. De un extremo a otro del barrio imperaba la melancolía. Todos miraban inquietos, como preguntándose con miedo qué desastres les depararía el mañana. Los esbirros de los matones conspiraban en los cafés, y el duelo y el llanto proseguían en la casa de Saad Alláh. Arafa entró en la morada del administrador detrás del portero. Caminaron por un pasaje techado con una enredadera de jazmín hasta llegar al recibidor. Arafa había pensado que existirían notables semejanzas entre la Casa Grande y la del administrador, y encontró que, efectivamente, había muchas, pero con una diferencia de grado. «¡Lo imitáis en lo que os beneficia sólo a vosotros —se dijo con rencor—, no en lo que beneficia a

los del barrio!»». El portero se adelantó para anunciarlo, luego le indicó que entrase y le hizo pasar a un gran salón, donde vio a Qadrí, el administrador, aguardándolo sentado en el lugar más alejado de la puerta. Se detuvo a un paso de él, inclinando respetuosamente la espalda. En una primera ojeada, le pareció un hombre alto, de fuerte constitución, y rostro lleno, carnosos y sanguíneos. Pero cuando le sonrió en respuesta a su saludo, sus labios descubrieron unos dientes amarillos y sucios que no se correspondían en absoluto con su aspecto imponente. Qadrí le indicó que se sentase a su lado en el diván, pero Arafa se dirigió a un sillón próximo diciendo:

—Con su permiso, señor administrador.

Pero el administrador insistió en su invitación y señaló el diván, diciendo con amabilidad y al mismo tiempo imperiosamente:

—Aquí... Siéntate aquí.

Arafa no tuvo más remedio que sentarse a su lado en el extremo del diván, mientras se decía: Sin duda es una entrevista secreta. Y se confirmó su presentimiento al ver que el portero cerraba la puerta del salón. Permaneció humildemente en silencio mientras el administrador lo miraba con calma y decía en un tono tranquilo y confidencial:

—¡Arafa! ¿Por qué mataste a Saad Alláh?

La mirada de Arafa se hizo vidriosa bajo los ojos del administrador. Se le aflojaron las articulaciones. Todo le dio vueltas. El futuro se convirtió en pasado. Vio cómo Qadrí lo miraba con la expresión de quien está seguro de lo que dice y no dudó de que lo sabía todo, el destino y la suerte de todos. El administrador no esperó mucho tiempo su respuesta y dijo con algo de irritación:

—¡No te asustes! ¿Por qué matáis si luego pasáis miedo? Controla tus sentimientos para que puedas contestarme, y dime con franqueza por qué mataste a Saad Alláh.

Arafa no soportó el silencio y dijo sin saber lo que decía:

—Señor... Yo...

El administrador respondió irritado:

—¡Miserable! ¿Crees que deliro? ¿O que hablo sin pruebas? Respóndeme: ¿por qué lo mataste?



Desgarrado por la perplejidad y la desesperación, los ojos de Arafa vagaron por las esquinas del salón en un movimiento sin sentido, y el administrador exclamó con voz fría como la muerte:

—¡No puedes escapar, Arafa! Ahí fuera hay unas gentes que si supieran lo que has hecho te despedazarían con los dientes y se beberían tu sangre.

Arreciaba el clamor del duelo en la casa del cacique. Las esperanzas de Arafa estaban muertas y enterradas. Abrió la boca sin decir nada.

El administrador añadió con crueldad:

—El silencio es una salida a tu alcance, pero te sacaré ahí fuera y les diré: «Aquí tenéis al asesino de Saad Alláh». O, si prefieres. «Aquí tenéis al asesino de Gabaloui».

—¡Gabaloui! —gritó Arafa con voz ronca.

—¡Cavando agujeros detrás de los muros traseros! Te salvaste la primera vez, y has caído la segunda. Pero ¿por qué matas, Arafa? Sin darse cuenta, dijo desesperadamente:

—¡Soy inocente, señor administrador, soy inocente!

—Sí hago públicas mis sospechas —siguió Qadrí con autoridad—, nadie me exigirá pruebas. En nuestro barrio los rumores son verdad, la verdad conlleva un juicio y el juicio, una condena a muerte. Pero dime qué te impulsó a entrar primero en la Casa Grande y luego a matar a Saad Alláh.

Este hombre lo sabe todo. ¿Cómo? No comprende lo que pasa, pero lo sabe todo. Si no, ¿por qué le cuenta a él sus sospechas en vez de revelarlas a la gente del barrio?

—¿Intentabas robar?

Bajó la vista desesperado, pero no dijo nada, y el administrador gritó con ira:

—¡Habla, víbora!

—Señor...

—¿Por qué vas a robar si estás en mejor situación que muchos?

—El alma incita al mal —contestó Arafa en un tono desesperanzado de confesión.

El administrador se echó a reír triunfalmente, y Arafa se preguntó, perplejo: ¿Qué ha hecho que este hombre posponga mi muerte? Mejor

dicho, ¿por qué no se lo ha contado a ninguno de los caciques en lugar de invitarme de esta forma tan extraña? El administrador lo dejó entregado a sus ideas, como para atormentarlo, y luego dijo:

—¡Un hombre peligroso!

—Soy un hombre desgraciado.

—¿Puede considerarse desgraciado alguien que posee un arma como la que has creado, que se burla de los garrotes?

Un muerto no llora por perder la vista. Este hombre es de verdad el mago, no yo. El administrador disfrutó un buen rato con su desesperación, y luego dijo:

—Uno de mis criados se unió a tus perseguidores. Iba algo rezagado y no le alcanzó tu arma. Después te siguió con calma y no te diste cuenta de su persecución. Te reconoció en Darrasa, No te atacó por miedo a que le obsequiaras con otra de tus sorpresas, y se apresuró a venir a contármelo.

Arafa habló casi sin darse cuenta:

—Tal vez ya lo sepan otros.

—Es un criado fiel —contestó el administrador sonriendo. Luego en un tono cargado de implicaciones—: Ahora háblame de esa arma tuya.

Las nubes empezaron a disiparse ante sus ojos. ¡Aquel hombre ambicionaba algo más precioso que su vida! Pero su desesperación era un océano. ¿Por dónde escapar? Contestó en voz baja:

—¡Es más sencillo de lo que la gente imagina!

Se endureció la mirada del administrador, que torció el gesto.

—No me costaría ningún trabajo registrar tu casa ahora mismo, pero quiero evitar que se fijen en ti, ¿me comprendes? —Guardó silencio un rato y añadió—: ¡No morirás si me obedeces!

Hablaba con los ojos cargados de amenazas, y Arafa contestó, lleno de desesperación.

—Me encontrarás siempre sujeto a tu voluntad.

—Has empezado a comprender, mago de nuestro barrio: si mi intención hubiera sido matarte, a esta hora ya te habrían comido los perros. —Carraspeó para continuar diciendo—: Dejemos a Gabaloui y a Saad Alláh y háblame de esa arma tuya. ¿Qué es?

—¡Una botella mágica! —contestó Arafa astutamente. Qadrí clavó en él una mirada llena de sospechas:

—¡Explicáte!

Arafa replicó, mientras recobraba por primera vez algo de tranquilidad:

—La lengua de la magia sólo saben hablarla los que la practican.

—¿No vas a explicarte ni aun después de haberte concedido la vida?

Arafa se rió en su interior, pero dijo con aparente seriedad:

—Sólo he dicho la verdad.

El administrador miró al suelo y luego alzó la cabeza, preguntando:

—¿Tienes muchas?

—Ahora no tengo ninguna. Qadrí apretó los dientes.

—¡Víbora! —gritó. Arafa dijo con sencillez:

—Registra mi casa y verás con tus propios ojos que digo la verdad.

—¿Puedes hacer otra como ésa?

—Desde luego —contestó Arafa seguro de sí mismo. Qadrí cruzó los brazos sobre el pecho, lleno de excitación:

—Quiero muchas.

—Tendrás las que desees.

Por primera vez intercambiaron una mirada de entendimiento, y Arafa dijo osadamente:

—El señor quiere deshacerse de los jefes.

En los ojos de Qadrí brilló una mirada extraña, y dijo:

—Explícame qué te impulsó a entrar en la Casa Grande. Arafa contestó sencillamente:

—Nada más que la curiosidad. Me duele mucho haber matado al criado sin tener intención de hacerlo.

Qadrí le dirigió una mirada suspicaz.

—¡Causaste la muerte del gran hombre!

—¡Y se me ha roto de tristeza el corazón! El administrador se encogió de hombros.

—¡Ojalá vivamos como él!

—¡Hipócrita criminal! ¡Sólo te importan las tierras!

—Que Dios alargue tu vida —respondió Arafa.

—¿Sólo fuiste, movido por la curiosidad? —volvió a preguntarle el administrador suspicazmente.

—Así es.

—¿Y por qué mataste a Saad Alláh?

—Porque, al igual que tú, quiero acabar con todos los matones —contestó con franqueza.

—Son un mal muy arraigado —replicó sonriendo.

—Pero tú los odias porque se apoderan de las rentas de las tierras, no por su maldad.

—La verdad habla por tu boca, señor. Qadrí dijo para tentarlo:

—Te enriquecerás por encima de lo que soñabas. Arafa contestó astutamente:

—No busco más fin que ése.

El administrador le aconsejó, aliviado:

—No te agobies trabajando a cambio de unos céntimos; dedícate a la magia bajo mi protección ¡y tendrás todo lo que deseas!

## 106

SE sentaron en el canapé, Arafa contando lo que le había pasado y Auátif y Hanas siguiendo el relato con atención, emocionados y temerosos, hasta que Arafa terminó su sorprendente relato con estas palabras:

—No tenemos elección. El funeral de Saad Alláh no ha empezado todavía: aceptamos o nos destruyen.

—O huimos —propuso Auátif.

—No podemos huir de sus espías, que nos rodean.

—No estaremos seguros bajo su protección.

Arafa ignoró sus palabras de la misma manera que quería ignorar sus propias ideas, y se volvió hacia Hanas:

—¿Por qué no dices nada? Hanas contestó, triste y serio:

—Volvimos a este barrio con deseos modestos. Tú has sido el responsable de que todo haya cambiado, de que nos aferremos a una nueva esperanza. Al principio me opuse a tu ambición, pero te ayudé sin vacilar y, poco a poco, tus ideas empezaron a convencerme, hasta que no tuve otra esperanza que salvar y mejorar el barrio. Y ahora, de repente, nos presentas un nuevo plan que nos convertirá en un temible instrumento para someterlo, un instrumento que nadie podrá resistir ni destruir, aunque es posible que algún cabecilla se oponga y sea asesinado.

—Pero tampoco estaremos seguros después —objetó Auátif—. Quizá el administrador te saque todo lo que desea, para deshacerse de ti más adelante por medio de alguna argucia, de la misma manera que ahora conspira contra los jefes.

En su fuero interno, Arafa estaba convencido de lo que decían, y no dejaba de pensar en ello.

—¡Haré que siempre tenga necesidad de mi magia! —explicó, como si dialogase consigo mismo.

—En el mejor de los casos serás su nuevo cacique —dijo Auátif.

—Sí —la apoyó Hanas—, un matón cuya arma será una botella en lugar del garrote. Recuerda sus proyectos acerca de esos matones, y sabrás cómo se portará contigo.

Arafa montó en cólera y dijo:

—Dios no lo quiera. ¡Como si yo fuera el único ambicioso y vosotros los desprendidos! Soy la persona en quien creáis. Si me he pasado en vela tantas noches en el laboratorio y me he expuesto dos veces a la muerte, ha sido por el bien del barrio. Si rechazáis lo que nos ha impuesto sin dejarnos elegir, decidme qué podemos hacer.

Los miró irritado y desafiante, y ninguno de los dos abrió la boca. El dolor le hacía sudar, y el mundo le parecía una pesadilla asfixiante. Le asaltó el extraño sentimiento de que por encima de todo le importaba vengar al abuelo, y aumentaron su dolor y su tristeza.

—¡Huyamos! —musitó Auátif en súplica desesperada.

—¿Cómo? —preguntó Arafa irritado, con rencor.

—¡No sé! ¡Pero no te será más difícil que entrar en la casa de Gabalau! Arafa suspiró desesperado, y dijo con una calma que parecía un lamento:

—El administrador está esperándonos; sus espías nos rodean. ¿Cómo vamos a organizar la huida?

Hubo un silencio, ¡y qué silencio!, como el de la tumba donde yacía Gabalau.

—No quiero soportar yo solo la derrota —dijo Arafa, recobrándose.

—No tenemos opción —dijo Hanas con un gemido, como excusándose. Luego, con calor—: Tal vez el futuro alumbre la ocasión de salvarnos.

—¡Quién sabe! —exclamó Arafa, distraído.

Se fue a la habitación trasera y Hanas lo siguió. Empezaron a llenar algunas botellas con cristales, arena y otros ingredientes.

—Conviene que acordemos unos signos para apuntar los avances en nuestros trabajos de magia —explicó Arafa— y que los recojamos en un cuaderno secreto para evitar que nuestro esfuerzo se pierda o que mi muerte sea el principio del fin de estos experimentos. Espero que estés en disposición de aprender la magia, pues no sabemos lo que nos reserva el destino.

Continuaron su trabajo con un designio superior. Arafa miró por casualidad a su compañero, lo vio ceñudo y no se le ocultó el porqué, pero, fingiendo no ver la situación, dijo:

—¡Estas botellas acabarán con los matones!

—No en beneficio nuestro ni del barrio —respondió Hanas, casi en un susurro.

Arafa contestó sin apartar las manos del trabajo:

—¿No te ha enseñado nada el rabel del poeta? Si ha encontrado en el pasado hombres como Gábal, Rifaa y Qásem, ¿qué impide que los haya en el futuro?

Hanas dijo suspirando:

—En algunos momentos casi me parecía que eras uno de ellos. Arafa soltó una breve risa seca y preguntó:

—¿Y mi derrota te ha hecho cambiar de idea? —Hanas no respondió—. En una cosa al menos no seré como ellos: tenían seguidores entre los habitantes de nuestro barrio, mientras que a mí no me comprende nadie. —Tras una pausa, añadió riendo—: Qásem era capaz de conseguir, con una palabra agradable, que alguien le ayudase con todas sus fuerzas, pero a mí me llevaría años y años preparar a un hombre que me sustituyera.

Terminó de llenar un frasco, lo cerró bien y lo contempló a la luz de la lámpara. Luego dijo, complacido:

—Hoy llena de terror los corazones y de heridas los rostros; mañana tal vez mate a alguien. ¡Te digo que la magia no tiene fin!

¿QUIÉN es el cacique de nuestro barrio? La gente se lo preguntaba desde que Saad Alláh yacía en la tumba. Todos los partidos empezaron a elogiar a su candidato. El clan Gábal dijo que tenía el más estrecho parentesco con Gabalauí y que Yúsuf, su jefe, era el más fuerte del barrio. El clan de Rifaa dijo que la suya era la familia más noble del barrio, pues Rifaa era el hombre a quien Gabalauí había enterrado en su casa con sus propias manos. El clan Qásem adujo que era el único que no había aprovechado la victoria en beneficio propio sino en el de todos, y que, en la época en que mandaba Qásem, el barrio era una unidad indivisible donde reinaban la justicia y la fraternidad. Como de costumbre, las diferencias empezaron en los fumaderos; luego, al difundirse por el aire, levantaron el polvo, y los ánimos se prepararon para la peor de las muertes. Ningún cabecilla volvió a andar solo, y cuando acudía a una velada en un café o en un fumadero lo rodeaban sus secuaces armados de garrotes. Los poetas de cada calle, acompañándose con el rabel, empezaron a cantar a sus caciques. Torcieron el gesto los dueños de las tiendas y los vendedores, y el pesimismo alteró sus rostros. La gente olvidó la muerte de Gabalauí y el asesinato de Saad Alláh, a causa de la preocupación y el miedo que los dominaba. Umm Nabawiya, la vendedora de brotes de habas, tenía razón cuando clamaba:

—Ya no es posible ganarse la vida. Sólo nos queda morirnos. Una tarde se oyó desde una azotea en la calle de Gábal una voz que gritaba:

—¡Hijos de nuestro barrio, escuchad y haced que decida la razón! El clan Gábal es el más antiguo del barrio, y Gábal el primero entre sus



hombres nobles. No constituye humillación alguna aceptar a Yúsuf como cacique del barrio.

Se elevaron voces de burla desde las calles de Rifaa y de Qásem, acompañadas de insultos y maldiciones, y en seguida se reunieron los pequeños ante las casas y se pusieron a cantar: «Yúsuf, cara de bicho, / dínos quién te lo ha dicho».

Y los corazones se sintieron más amenazados y apesadumbrados. No tardó en producirse el desastre. La pelea se planteaba entre tres fuerzas, y o bien había que unificar dos bandos, o se retiraba de la contienda una facción indecisa. Los acontecimientos se produjeron lejos del barrio. En la casa del juez se encontraron dos vendedores, uno de Gábal y el otro de Qásem, y se enzarzaron en una furiosa pelea en la que el qasimí perdió los dientes y el de Cabal, un ojo. Otra batalla se desencadenó en la casa de baños al-Sultán, entre mujeres de Gábal, Rifaa y Qásem, que, desnudas, se arañaron las mejillas, se mordieron los brazos y torsos y se tiraron del pelo. Volaron los botes, la piedra pómez, las esponjas de masaje y las pastillas de jabón, y la lucha terminó con dos mujeres desmayadas, un aborto y el gotear de la sangre en innumerables cuerpos. Ese mismo mediodía, tras la vuelta al barrio de las combatientes, se reanudó la batalla desde lo alto de las azoteas: se usaron ladrillos, se intercambiaron insultos obscenos, el cielo se llenó de proyectiles, y los gritos llegaron hasta las nubes. Entonces, un emisario del administrador se presentó a escondidas ante Yúsuf, el cacique de los de Gábal, invitándolo a una entrevista. El jefe se había empeñado en entrevistarse con Qadrí sin que lo supiera nadie. El administrador lo recibió amablemente y le pidió que se esforzase en apaciguar los ánimos en su sector, especialmente porque se trataba de la calle contigua a su casa. Cuando le dio la mano al despedirlo, le dijo que deseaba recibirlo la próxima vez como cacique de todo el barrio. El hombre salió de la casa del administrador embriagado con su protección, y creyó que el cacicazgo estaba a su alcance. Y no tardó en imponer el orden en su calle, cuyos habitantes hablaron, entre susurros, del poder y la gloria que les reservaba el mañana. Y desde allí las noticias se extendieron a las demás calles y se encendieron los ánimos. Apenas habían pasado unos días cuando Aggag y

Santuri se entrevistaron en secreto y se pusieron de acuerdo para acabar con Yúsuf y sortearse el cacicazgo después de la victoria. Al amanecer del día siguiente, se reunieron los hombres de los clanes Qásem y Rifaa y atacaron la calle de Gábal. Se entabló una feroz batalla en la que Yúsuf y muchos de sus hombres murieron o huyeron, por lo que los del clan Gábal se sometieron a la fuerza, desesperados. Se fijó el atardecer para el sorteo que habían acordado los otros dos, y llegada la hora todos los habitantes de Qásem y Rifaa, hombres y mujeres, acudieron a la cabecera del barrio, ante la Casa Grande. La multitud se extendía por el Sur hasta la casa del administrador, y por el Norte hasta la del cacique, que pasaría a ser propiedad de quien ganara en el sorteo. Llegó Santuri con su partida, al igual que Aggag y la suya, e intercambiaron saludos de paz y alianza. Se abrazaron delante de todos, y dijo con una voz que oyeron todos los presentes:

—Tú y yo somos hermanos, y seguiremos siéndolo pase lo que pase. Santuri añadió con entusiasmo:

—Así será para siempre, señor de los valientes.

Los dos clanes se detuvieron frente a frente, separados por un espacio vacío ante la entrada de la Casa Grande. Llegaron dos hombres —uno de Qásem y otro de Rifaa— con un cesto lleno de sobres, lo pusieron en el centro y volvieron a sus filas. Explicaron a todos que la azuela era el símbolo de Aggag y la cuchilla de carnicero, el de Santuri, y que figuraban en los sobres a partes iguales. Se trajo a un niño para que, con los ojos vendados, cogiera una papeleta del cesto. El niño extendió la mano, en medio de un tenso silencio, y la retiró con un sobre. Lo abrió, todavía con los ojos vendados, sacó lo que había dentro y lo levantó en la mano. Los de Qásem gritaron:

—¡La cuchilla...! ¡La cuchilla!

Santuri tendió la mano a Aggag, que la cogió y la apretó sonriendo. Se elevó del griterío entusiasta:

—¡Viva Santuri, el cacique de nuestro barrio!

De entre las filas de rifaíes avanzó hacia Santuri un hombre con los brazos abiertos, y el cacique le abrió los suyos para abrazarlo, pero el

hombre le clavó un cuchillo en el corazón con todas sus fuerzas. Santuri cayó de bruces, muerto. Durante un momento reinó el estupor. Luego, estallaron gritos y amenazas coléricas, y los dos clanes se encontraron en una cruel y sangrienta batalla. Pero no había entre los qasintíes nadie que pudiera plantarse ante Aggag. Pronto el sentimiento de derrota penetró en sus corazones: cayeron unos, corrieron otros y apenas había llegado la tarde cuando el cacicazgo se había resuelto a favor de Aggag. Y mientras en la zona de Qásem sólo se oían lamentos, de la de Rifaa surgían gritos de júbilo. Luego, todos se pusieron a bailar en la calle alrededor de su jefe —el jefe del barrio—, Aggag. Entonces, una voz se alzó por encima del griterío:

—¡Silencio, escuchad! Escuchad, ovejas.

Miraron sorprendidos hacia el lugar de donde procedía la voz, y vieron a Yunus, el portero del administrador, caminando ante el mismo Qadrí, que avanzaba dentro del círculo de sus criados. Aggag se dirigió al cortejo del administrador diciendo:

—Se presenta ante ti tu servidor y criado Aggag, el jefe del barrio. El administrador clavó en él una mirada de desprecio y dijo en medio del terrible silencio que envolvía todo el barrio:

—Aggag, no quiero en el barrio ni caciques ni cacicazgo. Los hombres de Rifaa se quedaron atónitos, y en sus labios murieron las sonrisas de victoria y de alegría. Aggag preguntó asombrado:

—¿Qué quiere decir su excelencia el administrador?

—No queremos cacicazgo ni caciques —contestó Qadrí con fuerza y claridad—. Dejad que el barrio viva tranquilo.

Aggag gritó en tono de burla:

—¡Tranquilo!

El administrador le dirigió una mirada cruel, pero el otro preguntó desafiante:

—¿Y quién te va a defender a ti?

En ese momento, los criados del administrador arrojaron numerosas botellas sobre Aggag y sus seguidores. Las explosiones hicieron temblar las paredes, los fragmentos de cristal y la arena alcanzaron rostros y extremidades y corrió la sangre. El miedo se abatió sobre las almas como el

milano sobre los polluelos, se aturdieron las mentes y se aflojaron las articulaciones. Aggag y sus secuaces cayeron al suelo y los criados los remataron. Se elevaron los lamentos de Rifaa y los gritos de alegría en Gábal y Qássem. Yunus se puso en medio de todos pidiendo que atendieran, hasta que reinó el silencio.

—¡Hijos de nuestro barrio! —gritó entonces—. La felicidad y la tranquilidad han llegado al barrio gracias a su excelencia el administrador, cuya vida guarde Dios. Desde hoy no habrá matones que os humillen o roben vuestro dinero.

Los vivas se elevaron hasta el cielo.

## 108

UNA noche, Arafa y su familia se trasladaron desde el sótano de la calle de los rifaíes a la casa del cacique, a la derecha de la Casa Grande. Así lo había mandado el administrador, y sus órdenes no admitían réplica. Se encontraron en una casa que parecía un sueño. Pasearon por el ameno jardín y el hermoso mirador, y por el recibidor, el salón, los dormitorios, el cuarto de estar y el comedor, en el segundo piso; por la azotea y por las dependencias: gallineros, conejeras y palomar. Vistieron por primera vez vestidos lujosos, respiraron aire puro y olieron perfumes penetrantes. Arafa empezó a decir:

—Es una réplica en pequeño de la Casa Grande, pero sin secretos. Hanas preguntó:

—¿Y la magia? ¿No te parece un secreto?

—Nadie tiene sueños tan hermosos como éste —decía Auátif, en cuyos ojos brillaba el asombro.

Los tres cambiaron de aspecto, de color y de olor. Pero apenas se habían sentado, cuando llegó un grupo de hombres y mujeres y se presentaron: los hombres eran el portero, el cocinero, el jardinero y el encargado del corral; y las mujeres, las criadas de la casa. Arafa quedó maravillado y les preguntó:

—¿Quién os ha mandado venir?

El portero contestó en nombre de todos.

—Su excelencia el administrador.

Arafa recibió una invitación para entrevistarse con el administrador y acudió inmediatamente. Cuando se sentaron juntos en el sofá del salón, dijo Qadrí:

—Nos veremos con frecuencia, Arafa. No te parezca mal que te invite. La verdad es que el lugar, el salón y su propietario le habían llenado de inquietud, pero contestó, deferente:

—Le debemos al señor el bien y la prosperidad.

—Tu magia es el origen de todo este bien. ¿Te ha gustado la casa? Arafa contestó tímidamente:

—Está por encima de los sueños, especialmente de los sueños de gente pobre como nosotros, y hoy han llegado varios criados. El administrador le escudriñó la cara mientras decía:

—Son algunos de mis hombres. Te los he enviado para que te sirvan y te protejan.

—¡Que me protejan!

—Sí —contestó Qadrí riendo—. ¿No sabes que en el barrio sólo se habla de tu mudanza a la casa del cacique? Dicen: «Ese es el que hace las botellas mágicas». Los seguidores de los jefes están molestos, como sabes, y los otros se mueren de envidia. Por todo eso corres peligro, y mi consejo es que no te fíes de nadie, ni vayas solo, ni te alejes de tu casa.

A Arafa se le ensombreció el rostro. Era un prisionero rodeado de ira y de odio. Qadrí añadió:

—Pero no temas; mis hombres están a tu alrededor. Disfruta de la vida en tu casa y en la mía, ¿qué pierdes, aparte del desierto y las ruinas? Pero no olvides que la gente de nuestro barrio dice que Saad Alláh fue asesinado con la misma arma que mató a Aggag, y que el asesino entró en la casa de Saad Alláh de la misma forma que utilizara antes para penetrar en la Casa Grande, y que los asesinos de Aggag, de Saad Alláh y de Gabaloui son una misma persona: Arafa el mago.

Arafa gritó, crispado:

—¡Es una maldición que pesa sobre mi cabeza! El administrador replicó con calma:

—No tengas miedo mientras estés bajo mi protección y rodeado por mis criados.

¡Ah, miserable! Me has hecho caer en tus manos. Yo quería la magia para acabar contigo, no para ponerla a tu servicio. Hoy me odian aquellos a quienes amo y quisiera salvar, y es posible que me mate alguno de ellos.

—¡Distribuye la fortuna de los caciques entre la gente para que esté contenta con nosotros! —sugirió, esperanzado.

Qadrí se echó a reír burlescamente y preguntó:

—¿Para qué, pues, acabar con los caciques? —Y añadió examinándolo con dureza—: ¡Buscar un medio de contentarlos! Déjate de esas cosas; acostúmbrate como yo al odio de los demás, y no olvides que tu verdadera protección es que yo esté contento de ti.

—Siempre estaré a tu servicio —contestó Arafa, desanimado. El administrador levantó la cabeza al techo, como si se hubiera distraído contemplando sus adornos, pero luego se volvió hacia Arafa:

—Espero que los placeres de la nueva vida no te hagan olvidar la magia. —Arafa asintió con un movimiento de cabeza, y el administrador continuó—: ¡Y que hagas todas las botellas mágicas que puedas!

—No necesitas más que las que ya tenemos —dijo Arafa con cautela. El administrador disimuló su ira con una sonrisa y dijo:

—¿No sería prudente tener muchas?

Arafa no respondió. Le dominaba la desesperación. Y se preguntó si ya le había llegado el turno. De repente, exclamó:

—¡Señor administrador! Si mi presencia te molesta, permíteme que me vaya para no volver.

Qadrí pareció confuso y preguntó:

—¿Qué has dicho, hombre?

—Sé que mi vida depende de que me necesites —contestó mirándolo con franqueza.

El administrador soltó una carcajada sin alegría.

—No pienses que desprecio tu inteligencia; reconozco que tienes una buena cabeza, pero ¿por qué supones que mis necesidades se detendrán en las botellas? ¿Acaso no es posible que tu magia consiga otros prodigios?

Pero Arafa siguió con su idea, diciendo fríamente:

—Tus hombres son los que han divulgado el secreto de los servicios que te he prestado; no tengo ninguna duda sobre eso. Pero también conviene que recuerdes que me necesitas para seguir vivo... —El administrador frunció el ceño, amenazador, pero Arafa siguió sin vacilar—: Ahora no tienes ningún cacique a tu servicio, ni otra fuerza que las botellas, y no son suficientes. Si yo muero hoy, me seguirás mañana o pasado mañana.

El administrador se echó sobre él repentinamente, como una fiera, rodeándole el cuello con las manos, y se lo apretó tanto que su cuerpo se estremeció. Pero inmediatamente aligeró la presión, retiró las manos, sonrió de una manera odiosa y dijo:

—¡Mira a lo que me habría impulsado la mordacidad de tu lengua! Mientras no tengamos motivos para pelearnos, podemos disfrutar en paz de la victoria y de la vida.

Arafa respiró profundamente para que su alma asustada se recobrase, mientras Qadrí proseguía:

—No temas que yo atente contra tu vida: prometo guardarla tan celosamente como la mía. Disfruta del mundo y no olvides la magia cuyos frutos más brillantes hay que cosechar, y recuerda que aquel de nosotros que traicione al otro se traiciona a sí mismo.

Los rostros de Auátif y Hanas se ensombrecieron mientras Arafa les refería esta conversación. A los tres les pareció que no tendrían verdadera tranquilidad en su nueva vida. Pero olvidaron su inquietud a la hora de cenar, alrededor de una mesa cubierta de manjares exquisitos acompañados de vino añejo. Por primera vez se alzó la voz de Arafa riéndose, y se agitó el cuerpo de Hanas con las carcajadas. Y siguieron su vida según imponían las circunstancias. Trabajaban juntos en un laboratorio que habían instalado detrás del salón. Arafa se preocupó de apuntar los símbolos convenidos en un cuaderno cuya existencia sólo conocían ellos. Una vez, Hanas exclamó mientras trabajaban:

—¡Prisioneros!

—Baja la voz —le amonestó—. Las paredes oyen.

Hanas miró hacia la puerta lleno de rencor y volvió a hablar:



—¿No podrías fabricar, sin que se entere, un arma nueva para acabar con él?

Arafa contestó, irritado:

—No podríamos probarla en secreto con esos criados, que no le ocultarán nada de lo que hagamos. Y si acabamos con él, los descontentos acabarán con nosotros antes de que podamos defendernos.

—¿Por qué trabajar entonces con tanto empeño?

—No me queda más que el trabajo —respondió suspirando.

Por las tardes iba a casa del administrador y bebían juntos. Regresaba ya de noche, y encontraba que Hanas le había preparado en el jardín o en el mirador una pipa pequeña, y fumaban juntos. Antes Arafa no fumaba hachís, pero se había dejado arrastrar por la corriente. El aburrimiento lo perseguía. Incluso Auátif empezó a darse cuenta. Tenían que olvidar el aburrimiento, el miedo, la desesperanza y un doloroso sentimiento de culpa, de la misma manera que debían olvidar las grandes esperanzas del pasado. Con todo y con eso, los dos hombres tenían un trabajo, pero Auátif no. Comía hasta empacharse, dormía hasta aburrirse de estar acostada. Y pasaba largas horas disfrutando de la hermosura siempre cambiante del jardín. Recordó que gozaba de la vida por la que había penado Adham. ¡Qué vida tan pesada! ¡Cómo podían considerarla una necesidad del espíritu! Tai vez si no fuese una cárcel y no estuviese rodeada de hostilidad y de rencor... Pero nunca dejaría de ser una cárcel, cercada por el odio, y sólo se podía escapar con los ensueños del hachís. Arafa se quedó una vez hasta muy tarde en casa del administrador, y a Auátif se le ocurrió esperarle en el jardín. La caravana de la noche avanzó detrás del camellero de la luna, mientras esperaba sentada escuchando las melodías de las ramas y el croar de las ranas. Sintió abrirse la puerta, y ya se preparaba para ir al encuentro de su marido, cuando el crujir de un vestido procedente de los bajos de la casa atrajo su atención; luego, a la luz de la luna, vio la silueta de una criada que iba hacia la puerta sin reparar en ella. Arafa avanzó como tambaleándose, la criada se dirigió hacia la casa y él la siguió. Luego los vio abrazarse, y la sombra de la pared los ocultó de la luz de la luna...

## 109

AUÁTIF estalló, como es natural en una mujer del barrio de Gabalauí. Se lanzó contra ellos como una leona, y sus puños cayeron sobre la cabeza de Arafa, que se volvió, aturdido, tambaleándose hasta perder el equilibrio. Luego clavó las uñas en el cuello de la criada y le molió la cabeza a golpes, hasta que sus gritos desgarraron el silencio de la noche. Arafa se levantó pero no se atrevió a acercarse a la pelea. Hanas llegó corriendo, seguido de varios criados, y cuando se dio cuenta de lo que sucedía, despidió a los sirvientes y, con destreza y habilidad, puso fin a la contienda entre las mujeres y consiguió llevarse a Auátif, que escupía insultos, injurias y maldiciones. Arafa, tambaleándose, fue hacia el mirador que daba al desierto y, solo en el fumadero, se arrojó en un colchón, extendió las piernas y apoyó la cabeza, casi desvanecido, contra la pared. Poco después se le unió Hanas, que tomó asiento enfrente, al otro lado del brasero, le dirigió una mirada de reojo, volvió a mirar al suelo e interrumpió el silencio con estas palabras:

—Era inevitable el escándalo.

Arafa alzó hacia él unos ojos llenos de vergüenza y, buscando huir de la situación, dijo:

—¡Enciende el fuego!

Se quedaron en el mirador hasta poco antes del alba. La criada se fue, y otra ocupó su lugar. A Auátif le pareció que el mismo aire que la rodeaba inducía a un desliz tras otro. Empezó a interpretar cualquier gesto de su esposo de una manera malévola, en consonancia con sus sospechas, y la

vida se convirtió en un infierno. Perdió el único consuelo con que se distraía en su cárcel llena de peligros. La casa no era su casa, ni el esposo su esposo. Una cárcel de día y un burdel de noche. ¿Dónde estaba el Arafa que ella había amado? El Arafa que había desafiado a Santuri para casarse con ella, que se había expuesto a la muerte varias veces por el barrio, y del que ella había pensado que era uno de los hombres que cantaba el rabel, no era hoy más que un canalla como Qadrí y como lo había sido Saad Alláh. La vida a su lado era un tormento, algo terrible que la desvelaba. Una noche, Arafa volvió de la casa del administrador y no encontró ni rastro de Auátif. El portero confirmó que la había visto marcharse a primeras horas de la noche y que no había vuelto. Arafa, con un aliento que apestaba a vino, preguntó:

—¿Adonde ha ido?

—Si continúa en el barrio —dijo Hanas, preocupado—, estará en casa de su antigua vecina, Umm Zunful, la confitera.

—A la mujer —exclamó Arafa, enfadado—, como dice la sabiduría popular de nuestro barrio, no se la puede tratar con miramientos. Esperaré a que vuelva por su propia voluntad y más humilde.

Pero no volvió. Pasaron diez días y Arafa decidió ir a casa de Umm Zunful, procurando que nadie se enterase. La fecha señalada salió sigilosamente, seguido de Hanas. Apenas habían dado unos pasos cuando oyeron que les seguían, se volvieron y vieron a dos de los criados. Arafa les dijo:

—Volved a casa.

Uno de ellos contestó:

—Nosotros te escoltamos por orden de su excelencia el administrador.

Reventaba de cólera, pero no hizo ningún comentario. Caminaron hacia una casa antigua en el barrio de Qássem y subieron al último piso, donde estaba el cuarto de Umm Zunful. Arafa llamó a la puerta varias veces antes de que se abriera y le dejase ver a su mujer con cara de sueño. Cuando Auátif reconoció el rostro de su marido a la luz de una lamparilla que llevaba en la mano, frunció el ceño, se hizo a un lado y Arafa la siguió y cerró la puerta tras de sí. En el otro extremo de la habitación se había

despertado Umm Zunful, que miró con asombro al visitante. Auátif preguntó irritada:

—¿Qué te ha traído por aquí? ¿Qué quieres? Vuelve a tu casa, bendito de Dios.

Al reconocerle, Umm Zunful musitó, molesta:

—¡Arafa, el mago!

Sin prestarle atención, Arafa habló a su esposa:

—Sé razonable y ven conmigo.

Auátif contestó con la misma irritación de antes:

—No volveré a tu cárcel, ni renunciaré a la tranquilidad de espíritu que he encontrado en esta habitación.

—Pero eres mi esposa. Auátif alzó la voz diciendo:

—¡Tus esposas están allí tan bien y tan ricamente!

—Déjala dormir y vuelve por la mañana —le aconsejó Umm Zunful en tono de protesta.

Arafa la miró duramente sin dirigirle la palabra, y luego se volvió hacia su esposa:

—¡Todos los hombres tienen algún desliz!

—¡Tú mismo eres un desliz! —gritó Auátif.

Arafa se inclinó hacia ella, entonando dulces melodías en las cuerdas de la voz:

—Auátif, no puedo vivir sin ti.

—¡Pero yo sin ti sí puedo!

—¿Vas a dejarme por un error que cometí borracho? —le preguntó, disgustado.

—No te excuses con el vino —contestó ella, crispada—. Toda tu vida está hecha de errores. Necesitarás decenas de excusas para justificarlos y no cosecharé después más que fatigas y tormentos.

—¡En cualquier caso, es mejor que vivir en esta habitación!

Su mujer esbozó una sonrisa de obstinación y burla, y preguntó:

—¿Quién sabe? Cuéntame cómo te han dejado tus carceleros venir a verme.

—¡Auátif!

—No volveré —insistió ella— a una casa donde no tengo más que hacer que bostezar y tratarme con las amantes de mi esposo, el gran mago.

En vano intentó Arafa sacarla de su obstinación. Auátif respondió a sus ruegos con tozudez, a su cólera con cólera, a sus insultos con insultos, hasta que se apartó de ella desesperanzado. Luego, abandonó la casa seguido de su amigo y de los dos criados. Hanas le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que hacemos todos los días —contestó, irritado y abatido. Qadrí, el administrador, le preguntó:

—¿Alguna novedad acerca de tu esposa?

—Terca como una muía. Gracias por tu interés —contestó Arafa, tomando asiento a su lado.

—¡No te calientes la cabeza por una mujer cuando las tienes mejores que ella! —dijo el administrador, desdeñoso. Preocupado, examinó a Arafa y le preguntó—: Tu mujer, ¿sabe alguno de los secretos de tu trabajo?

Arafa le lanzó una mirada terrible y sentenció:

—Sólo los magos entienden de magia.

—Temo que...

—No temas algo que no existe. —El silencio se alargó unos segundos, y volvió a decir con ansiedad—: ¡Nadie le hará daño mientras yo esté vivo!

El administrador reprimió su ira, sonrió y, con un gesto imitador, señaló las copas llenas mientras decía:

—¿Quién ha dicho que alguien vaya a hacerle daño?

## 110

CUANDO fueron más amigos, Qadrí empezó a invitar al mago a sus veladas especiales, que solían empezar a medianoche. Arafa asistió así a una extraña fiesta en el gran salón, donde se sirvió toda clase de manjares y bebidas agradables, bailaron hermosas mujeres desnudas, y Arafa creyó que los licores y el espectáculo iban a hacerle perder la razón. Aquella noche, Arafa vio al administrador con una borrachera agresiva, como una bestia frenética. En otra ocasión lo invitó a una velada en el jardín, en un soto donde corría una acequia iluminada por la luz de la luna. Tenían a su disposición frutas y licores y a dos hermosas muchachas, una para atender el brasero y otra, el narguile. La brisa de la noche llevaba dulcemente el perfume de las flores y la melodía del laúd que acompañaba a los cantantes: «Ay, perfumado tallo de clavel, / los atrevidos fumadores te prefieren cortado».

La luna llena se dejaba ver cuando las ramas de la lozana morera se inclinaban al soplo de la brisa o, si estaban en reposo, brillaba como manchas de luz a través del follaje. La muchacha y la pipa embriagaban a Arafa, y la cabeza le daba vueltas acompañando a los astros.

—Que Dios tenga misericordia de Adham.

—Que Dios tenga piedad de Idrís —dijo el administrador sonriendo—. ¿Qué te ha hecho recordar a Adham?

—Esta reunión.

—A Adham le gustaba soñar, pero sólo conocía los sueños que Gabalauí le metió en la cabeza. —Luego añadió, riendo—: Gabalauí al que

tú libraste del tormento del orgullo.

A Arafa se le encogió el corazón, se le pasó la borrachera y murmuró tristemente:

—Sólo he matado en mi vida a un matón sin escrúpulos.

—¿Y el criado de Gabalauí?

—Lo maté a mi pesar. Qadrí dijo burlón:

—Eres un cobarde, Arafa.

Arafa se distrajo mirando la luna a través de las ramas, mientras las melodías del laúd se adueñaban del jardín. Luego miró furtivamente la mano de la chica poniendo orden en las pipas. De repente, gritó el administrador:

—¿¿Dónde estás?! Pareces distraído.

Arafa se volvió hacia él sonriendo al tiempo que le preguntaba:

—¿No tienes a nadie que te haga compañía, señor administrador?

—No hay nadie que merezca mi amistad.

—Tampoco yo tengo más compañero que Hanas.

—Cuando se está borracho —dijo Qadrí, indiferente— no importa estar solo. Arafa vaciló un poco. Luego preguntó:

—¿No estamos en una cárcel, señor administrador?

—¿Y qué quieres —contestó irritado—, si estamos rodeados de gentes que nos odian!

Recordó las palabras de Auátif, que había preferido la casa de Umm Zunful a la suya, y exclamó suspirando:

—¿Es una maldición que nos persigue!

—Guárdate de echar a perder nuestra amistad. Arafa tomó la pipa, diciendo:

—Que la vida sea siempre agradable.

—¿Siempre? —Qadrí se echó a reír—. ¡Ya es bastante conservar toda la vida uno de los dones de la juventud gracias a tu magia!

En la humedad de la honda noche, al mago se le llenó el pecho del aroma fragante del huerto.

—¿Felizmente Arafa sigue siendo útil! —dijo.

El administrador le dio el narguile a la muchacha mientras exhalaba un humo espeso, plateado a la luz de la luna.

—¿Por qué nos llegará la decrepitud? —preguntó pesaroso—. Comemos los manjares más agradables, bebemos los licores más deliciosos y nos aprovechamos de las mejores cosas de la vida, pero la vejez avanza con paso seguro sin que nada la detenga, como si fuera el sol o la luna.

—¡Pero las pastillas de Arafa convierten en ardor la frialdad de la vejez!

—¡Siempre hay algo que detiene!

—¿Qué, señor?

El administrador parecía triste a la luz de la luna.

—¿Qué es lo que te resulta más odioso? —preguntó. Quizá la cárcel en que lo había encerrado, quizá el odio que lo rodeaba, quizá los sueños que había abandonado. Pero contestó:

—¡Perder la juventud!

—No, no temes eso.

—¿Cómo no, si mi esposa está enfadada?

—Siempre encontrará alguna razón para enfadarse. La brisa sopló con fuerza una vez más, se alzó el susurro de las ramas y se avivaron las ascuas en el brasero.

—¿Por qué morimos, Arafa? —preguntó Qadrí. Arafa lo miró melancólicamente sin decir nada, y el otro añadió—: Incluso murió Gabalauí. Era como si una aguja se le clavase en el corazón.

—Somos muertos e hijos de muertos.

—¡No necesito que me recuerdes lo que he dicho! —exclamó Qadrí, disgustado.

—Ojalá se alargue tu vida, señor.

—Larga o corta, el final es esa fosa que disfrutan los gusanos. Arafa le aconsejó suavemente:

—No dejes que esos pensamientos te amarguen la vida.

—No se apartan de mí. La muerte... La muerte..., siempre la muerte. Viene en cualquier momento, por la causa más trivial o sin motivo en absoluto. ¿Dónde está Gabalauí? ¿Dónde, aquellos cuyas gestas se cantan al son del rabel? Es algo que no debería ocurrir.



Arafa lo miró y vio su rostro pálido y los ojos llenos de terror. No podía ser más llamativo el contraste entre su posición y aquel estado. Le asaltó la inquietud y dijo adoptando otra vez un tono suave:

—Lo importante es que la vida sea como debe ser.

El administrador agitó la mano, irritado, y dijo con una ira que anunciaba el fin de la calma:

—La vida es como debe ser y aún mejor; no le falta nada; incluso ha vuelto la juventud gracias a las pastillas. Pero ¿de qué sirve todo eso si la muerte la sigue como una sombra? ¿Cómo voy a olvidarlo si ella misma me lo recuerda a cada instante?

Arafa se alegró de la tortura de Qadrí, pero en seguida le parecieron ridículos sus sentimientos. Luego siguió la mano de la hermosa con deseo y ternura, y se preguntó en su interior: ¿Quién me garantiza que veré la luna otra noche?

—Quizá necesitamos beber más —propuso.

—Pero volveremos a despertarnos por la mañana.

Sintió desprecio por el administrador. Y pensó que se le brindaba una ocasión y quiso aprovecharla.

—La vida tendría un sabor más dulce si no nos envidiasen los desgraciados que nos rodean.

El administrador soltó una carcajada burlona.

—¡Palabras dignas de las viejas! Supongamos que podemos mejorar las condiciones de vida de la gente de nuestro barrio, hasta igualarlas a las nuestras, ¿dejaría por eso de darnos caza la muerte?

Arafa movió la cabeza resignado, hasta que se apagó la ira de Qadrí.

—La muerte vive donde hay pobreza y miseria.

—Y donde no las hay, imbécil.

—Sí —admitió Arafa sonriendo—, porque se contagia como algunas enfermedades.

El administrador se echó a reír.

—Con qué idea más extraña defiendes tu impotencia.

—No sabemos nada de la muerte —respondió Arafa, animándose a seguir con una sonrisa—, y quizá sea como digo. Si la situación de la gente

mejorase, disminuirían sus males, la vida tendría entonces más valor y todos los seres felices sentirían la necesidad de combatir la muerte para defender esa vida feliz que se les permite.

—Y no valdría un comino.

—Al contrario. La gente reuniría a los magos para que se dedicasen a luchar contra la muerte; mejor dicho, todo el que pudiera se dedicaría a la magia, y la muerte amenazaría a la muerte.

El administrador dejó oír una risa, y luego cerró los ojos entregándose al sueño. Arafa tomó el narguile y dio una larga chupada para reavivar la combustión. Después de una breve interrupción, el laúd volvió a sonar, y la voz conmovedora cantó: «Oh noche, prolongate».

—Tú ya no eres más que un fumador de hachís, Arafa, y no un mago —dijo Qadrí.

—De esa forma mataríamos a la muerte —repitió Arafa, sencillamente.

—¿Por qué no lo haces tú solo?

—Trabajo todos los días, pero ¡qué poco puedo contra ella! El administrador escuchó un rato el canto, sin entusiasmo.

—¡Ah, si lo lograses, Arafa! ¿Qué harías si lo lograses?

—Devolvería la vida a Gabalauí.

Fue como si las palabras se le escapasen solas. Qadrí torció la boca lánguidamente y dijo:

—¡Y eso te importa porque tú lo asesinaste!

Arafa frunció el ceño, lleno de dolor, y murmuró con voz inaudible:

—¡Ah, si lo lograses, Arafa!

## 111

AL alba, Arafa abandonó la casa del administrador. La embriaguez le había transportado a un mundo encantado donde los sonidos y las cosas visibles parecían envueltos en una nube; los pies apenas le sostenían. Fue hacia su casa atravesando el barrio sumergido en el sueño, bañado aún por la luz de la luna. A mitad de camino entre la casa del administrador y la suya —ame la puerta de la Casa Grande—, le abordó una sombra que no supo de dónde había surgido y que le dijo en una especie de susurro:

—Buenos días, maestro Arafa.

Se asustó, quizá por lo repentinamente que se había presentado, pero los dos criados que le daban escolta se lanzaron sobre la sombra y la sujetaron. La examinó y vio, a pesar de su atontamiento, que era una negra con una galabeya también negra que la cubría desde el cuello hasta los pies. Mandó a sus criados que la soltasen y así lo hicieron.

—¿Qué te ocurre, señora? —le preguntó.

—Quisiera hablar contigo a solas —contestó la mujer, con el acento propio de las negras.

—¿Para qué?

—Soy una afligida que quisiera alivio para su dolor.

—Que Dios se apiade de ti —respondió Arafa con disgusto, marchándose. La mujer utilizó una súplica que surtió efecto:

—¡Por la vida de tu querido antepasado, sé indulgente conmigo!

Arafa, encolerizado, se fijó en la cara de la mujer. Se preguntó dónde y cuándo la había visto. De repente, el corazón le empezó a palpar con tanta

fuerza que desapareció su embriaguez. ¡La había visto aquella noche funesta, en el umbral de la habitación de Gabalau, cuando estaba escondido detrás del sillón! ¡Era la criada que compartía la habitación de Gabalau! Sintió tanto miedo que se le aflojaron las articulaciones, y la miró aterrado. Uno de los criados le preguntó:

—¿Quieres que te libremos de ella?

—Id a la puerta de casa y aguardadme allí —les ordenó Arafa.

Esperó a que se fueran y quedase vacía la plaza ante la Casa Grande. Examinó el rostro negro, demacrado, la frente alta y estrecha, la barbilla afilada, las arrugas que rodeaban la boca y las de la frente. Se dijo, tranquilizándose, que no podía haberle visto aquella noche, pero ¿dónde había estado desde la muerte de Gabalau y qué la traía ahora hasta él?

—¿Todo bien, señora? —preguntó.

—No me puedo quejar —contestó con calma—, pero quería hablar a solas contigo para cumplir la voluntad de un moribundo.

—¿Qué voluntad?

—Fui criada de Gabalau y murió en mis brazos —dijo, inclinando un poco la cabeza hacia él.

—¡Tú!

—Sí, yo. Puedes creerme. Arafa no necesitaba pruebas.

—¿Cómo murió el abuelo? —preguntó con voz agitada.

—Recibió una fuerte impresión cuando se descubrió el cadáver de un criado —contestó ella con triste acento—. Entró de repente en la agonía y corrí hacia él para sostener su espalda temblorosa. ¡El héroe ante quien se había sometido el desierto!

Arafa dejó escapar un ardiente suspiro, que turbó el silencio de la noche, e inclinó la cabeza apenado, como ocultándola de la luz de la luna.

—He venido para cumplir su voluntad —prosiguió la mujer. Arafa alzó la cabeza estremecido.

—¿Qué mensaje traes? Habla.

—Antes de subir a la presencia divina me dijo: «Ve a Arafa el mago y dile de mi parte que su antepasado ha muerto satisfecho de él».

Su voz tenía la tranquilidad de la luz de la luna. Arafa saltó como si le hubiera picado un alacrán y gritó:

—¡Embustera! ¿Por qué te burlas?

—Señor, que la providencia te guarde.

—Dime a qué juegas.

—A nada —contestó llena de inocencia—. Dios es testigo de que digo la verdad.

—¿Qué sabes del asesino? —le preguntó, incrédulo.

—No sé nada, señor. He guardado cama desde la muerte de mi señor, y lo primero que he hecho después de curarme ha sido venir a verte.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—«Ve a Arafa el mago y dile de mi parte que su antepasado ha muerto satisfecho de él».

Arafa exclamó, desafiante:

—¡Mientes! Tú sabes, intrigante, que yo... —Cambiando de tono—: ¿Cómo supiste dónde estaba?

—Pregunté por ti y me dijeron que estabas con el administrador. Me quedé a esperarte.

—¿No te dijeron que soy el asesino de Gabalauí?

—¡Nadie mató a Gabalauí! —contestó espantada—. Nadie podía matarlo.

—Lo mató el que mató a su criado.

—¡Mentiras e infundios! —gritó, colérica—. Gabalauí murió en mis brazos. Arafa sintió deseos de llorar, pero no derramó ni una sola lágrima. Miró' abatido a la mujer, que le dijo con sencillez:

—Que sigas con salud.

—¿Me juras que has dicho la verdad? —le preguntó con una voz áspera y ronca, que parecía la voz de su conciencia atormentada. Contestó claramente:

—Lo juro por Dios y El es testigo.

Cuando la antigua criada de Gabalauí se alejó, los colores del alba teñían ya el horizonte. Arafa la siguió con los ojos hasta que desapareció. Una vez en su dormitorio, cayó desvanecido. Recobró el conocimiento unos

minutos después, sintió un cansancio de muerte y se durmió. Pero su sueño no duró más que un par de horas: lo despertó la inquietud. Llamó a Hanas, y cuando acudió le contó la historia de la mujer negra. Su amigo, preocupado, le miraba a la cara. Al terminar su relato, Hanas se echó a reír:

—Buen provecho te hizo la borrachera de ayer.

Arafa se enfadó y le gritó:

—¡Lo que vi no fue producto de la borrachera!

—Duerme —le rogó Hanas—; necesitas dormir profundamente.

—¿No me crees?

—Claro que no, y si duermes, como deseo, cuando despiertes no volverás a contar esa historia.

—¿Por qué no me crees?

—Estaba en la ventana cuando saliste de la casa del administrador —contestó, echándose a reír— y te he visto cruzar el barrio. Te has detenido un momento ante la puerta de la Casa Grande, y luego has continuado, seguido de los criados.

Arafa se puso en pie de un salto diciendo en tono de triunfo:

—Que vengan los criados.

Hanas le hizo gestos de prudencia, y replicó:

—Ni hablar. Pensarían que estás loco.

—Los llamaré como testigos —insistió.

—No malgastes la poca dignidad que nos queda —suplicó Hanas. En los ojos de Arafa brilló una mirada de locura, y se puso a decir, aturdido:

—¡No estoy loco, no era la borrachera! Gabalau murió satisfecho de mí. Hanas exclamó en tono cariñoso:

—¡De acuerdo! Pero no llames a ningún criado.

—Si ocurre un desastre, caerá sobre tu cabeza.

—No lo permita Dios —contestó su amigo prudentemente—. Llamemos a la criada para hablar con ella. ¿Adonde fue?

Arafa frunció el ceño intentando recordar, y luego exclamó con pena:

—¡Olvidé preguntarle dónde vivía!

—¡SÍ la hubieses visto de verdad no la habrías dejado marchar!

—¡La vi de verdad! —insistió Arafa, gritando—. No estoy loco. Gabalau ha muerto satisfecho de mí.

—No te excites tanto —le aconsejó Hanas con afecto—. Necesitas descansar.

Se acercó a él y le acarició la cabeza. Con ternura, lo condujo a la cama y lo acostó. Arafa cerró los ojos, agotado, y no tardó en dormirse profundamente.

## 112

—He decidido huir —declaró Arafa, tranquilo y resuelto.

Hanas se asombró tanto que sus manos se inmovilizaron. Miró aprensivamente alrededor y, a pesar de que la puerta del laboratorio estaba cerrada, pareció asustado. Arafa no hizo caso de su asombro ni dejó de trabajar.

—Esta cárcel ya no me inspira más que ideas de muerte —prosiguió—. Es como si las fiestas, el vino y las bailarinas no fuesen más que canciones de muerte, como si sintiera el olor de las tumbas en las macetas.

Hanas replicó, inquieto:

—Pero en el barrio también nos espera la muerte.

—Huiremos lejos del barrio. —Se le quedó mirando fijamente—. Y volveremos algún día para vencer.

—¡Sí es que podemos huir!

—Esos canallas confían en nosotros y no nos impedirán huir. Continuaron trabajando un rato en silencio, y luego Arafa preguntó:

—¿No es eso lo que querías?

—Casi lo había olvidado... —murmuró Hanas, avergonzado—. Pero cuéntame qué te ha llevado hoy a tomar esa decisión. Arafa sonrió.

—Ahora sé que mi antepasado está contento conmigo a pesar de haber asaltado su casa y matado a su criado.

Volvió el asombro al rostro de Hanas mientras preguntaba:

—¿Vas a arriesgar la vida por un delirio de borracho?



—Lámalo como quieras, pero estoy seguro de que murió satisfecho de mí, de que no lo irritaron ni el asalto ni la muerte. Sin embargo, si viese la vida de rehén que llevo, su ira no cabría en el mundo. —En voz baja, añadió—: Por eso me ha advertido amablemente que antes estaba satisfecho.

Hanas movía la cabeza, lleno de pasmo.

—No solías hablar respetuosamente de nuestro abuelo.

—Eso era al principio, cuando estaba lleno de sospechas; pero ha muerto y los muertos merecen respeto.

—Que Dios tenga piedad de él.

—No pienses que olvido que soy el causante de su muerte; por esto tengo que devolverle la vida, si puedo, porque si consiguiera el éxito no conoceríamos la muerte.

Hanas lo miró con pena.

—¡Hasta ahora la magia sólo te ha proporcionado unas pastillas vigorizantes y una botella destructora!

—Sabemos dónde empieza la magia, pero no podemos ni imaginar dónde termina. —Paseó la vista por la habitación y dijo—: Destruiremos todo excepto el cuaderno, Hanas; es un tesoro de secretos y lo llevaré en el pecho. No nos será fácil huir, como muy bien sospechas.

Por la tarde, como de costumbre, Arafa fue a visitar al administrador. Poco antes del alba regresó a su casa. Encontró a Hanas despierto, esperándolo, y se quedaron en el dormitorio hasta estar seguros de que los criados dormían. Se deslizaron cautelosamente por el recibidor. Los ronquidos del sirviente que se acostaba en la galería se elevaban con regularidad. Bajaron la escalera y se dirigieron a la puerta. Hanas se inclinó sobre la cama del portero y levantó su estaca, pero golpeó sobre un bulto de algodón que produjo un extraño ruido en el silencio de la noche. Evidentemente, el portero no estaba en la cama. Temieron que el ruido hubiera despertado a alguien y permanecieron detrás de la puerta con el corazón palpitante. Arafa levantó el pestillo y la abrió despacio; luego salió, seguido de Hanas. Cerraron la puerta y caminaron pegados a las paredes, atravesando la oscuridad silenciosa en dirección a la casa de Umm Zunful.

A mitad de la calle se encontraron con un perro que se incorporó curioso y corrió hacia ellos olfateándolos; después de seguirles unos pasos, se detuvo a bostezar. Cuando llegaron a la entrada de la casa, Arafa susurró:

—Espérame aquí. Si algo te inspira sospechas, silba y huye hacia el zoco de Muqattam.

Arafa entró en la casa, cruzó el vestíbulo y subió hasta el cuarto de Umm Zunful. Llamó a la puerta con insistencia, hasta que la voz de su esposa le preguntó quién era.

—Soy yo, Arafa. Ábreme, Auátif —contestó con entusiasmo. Auátif abrió la puerta, y sus pálidas facciones marcadas por el sueño lo examinaron a la luz de una lamparilla que llevaba en la mano.

—Sígueme; huiremos juntos —le propuso Arafa sin más preámbulo. Ella se quedó de pie mirándolo atónita, hasta que apareció por detrás Umm Zunful.

—Huiremos del barrio, volveremos a ser como antes —repitió Arafa—. Date prisa.

Auátif vaciló un momento y contestó en un tono no exento de enfado:

—¿Qué te ha hecho acordarte de mí? Arafa contestó apenado, lleno de ansiedad:

—Deja los reproches para otro momento. Ahora cada minuto cuenta. De repente, se oyó el silbido de Hanas y un gran tumulto.

—¡Los perros! —gritó Arafa, aterrado—. Hemos perdido la ocasión, Auátif. Dio un salto hacia el arranque de la escalera y vio, en el patio de la casa, luces y sombras. Se volvió, desesperado.

—Entra —le invitó Auátif.

Umm Zunful exclamó ásperamente, disuadiéndola:

—No le dejes entrar.

¿De qué serviría entrar? Arafa señaló un ventanuco en el vestíbulo de la vivienda y preguntó a su esposa:

—¿Adonde da?

—A la chimenea de ventilación.

Arafa se sacó el cuaderno del pecho, corrió encogido hacia la ventana y, apartando a Umm Zunful, lo arrojó. Abandonó la vivienda a toda prisa y

cerró la puerta tras de sí. Subió de un salto los pocos peldaños que llevaban a la azotea. Se asomó a la calle desde lo alto del muro y la vio hormiguar de sombras y antorchas. Llegó a sus oídos el tumulto de los que subían a buscarlo. Corrió al muro de la casa vecina, por la zona de Gamaliya, y vio sombras que se le anticipaban, detrás de alguien con una antorcha. Se volvió al otro muro, por el lado de las casas de la calle de Rifaa, y a través de la puerta de la terraza vio acercarse también luz de antorchas. La desesperación se apoderó de él. Creyó oír un grito de Umm Zunful. ¿Habrían entrado en su vivienda? ¿Habrían apresado a Auátif? Una voz le gritó desde la puerta de la azotea:

—¡Entrégate, Arafa!

Se detuvo resignado, sin decir palabra. Nadie avanzó hacia él, pero la voz dijo:

—Si arrojas una botella, lloverán miles sobre ti.

—No llevo ninguna —contestó.

Saltaron sobre él y lo rodearon. Vio entre ellos a Yunus, el portero del administrador, que se acercó gritando:

—¡Criminal..., miserable..., desagradecido!

En la calle vio a dos hombres que conducían a Auátif, y suplicó con pasión:

—Dejadla; no tiene nada que ver conmigo.

Pero un golpe de muerte le cayó en la sien y lo hizo callar.

## 113

ARAFÁ y Auátif se hallaban ante el encolerizado administrador, con las manos atadas a la espalda. Qadrí abofeteó sin pausa a Arafá hasta que se le cansó la mano, y le gritó:

—¡Acudías a mis reuniones pensando en traicionarme, hijo de perra!

—¡Sólo vino a verme para reconciliarse! —protestó Auátif, con los ojos llenos de lágrimas.

El administrador le escupió a la cara y gritó:

—¡Cállate, criminal!

—Ella es inocente —dijo Arafá— y no tiene nada que ver con esto.

—Al contrario; es tu cómplice en el asesinato de Gabalauí y en tus demás crímenes. —Y añadió rugiendo—: ¡Has querido huir y vas a huir, pero del mundo!

Llamó a sus hombres y trajeron dos sacos. Empujaron a Auátif, que cayó de bruces, le ataron los pies y la metieron en uno de los sacos a pesar de sus gritos; luego cerraron la abertura. Arafá reaccionó descabelladamente:

—¡Mátanos si lo deseas! —gritó—. Mañana te matarán los que te odian. El administrador se echó a reír fríamente.

—Tengo botellas que nos defenderán para siempre.

—¡Hanas ha huido! —gritó Arafá—. Ha huido con todos los secretos. Volverá un día con una fuerza que no podrás resistir y salvará al barrio de tus maldades.

Qadrí le dio una patada en el vientre y Arafa cayó, encogido. Los secuaces del administrador hicieron con él lo mismo que con su esposa; luego cogieron los sacos y los llevaron al desierto. Auátif perdió en seguida el conocimiento, pero él siguió padeciendo la tortura. ¿Adonde los llevaban y qué tipo de muerte les tenían preparada? ¿Los matarían a garrotazos? ¿A pedradas? ¿Quemándolos? ¿O los despeñarían quizá desde lo alto de la montaña? ¡Qué últimos momentos de atroces dolores! Ni siquiera la magia tenía soluciones para tan angustiada situación. Arafa casi se ahogaba, con la cabeza hinchada por los golpes del administrador, en la parte inferior del saco. Ya sólo esperaba descansar en la muerte. Moriría y morirían sus esperanzas, y el que ahora reía fríamente quizás viviera largos años. Y a él le odiarían aquellos a quienes quiso salvar. Nadie sabría de Hanas. Los hombres que los llevaban a la muerte guardaban silencio. A ninguno se le escapaba una sola palabra. No había más que oscuridad, y detrás de la oscuridad, sólo la muerte. Por miedo a esa muerte, Arafa se había puesto bajo la protección del administrador, perdiéndolo todo y encaminándose a la muerte. La muerte que mataba la vida a causa del miedo, incluso antes de presentarse. Si volviera a la vida gritaría a todos los hombres: No temáis... El miedo no retrasa la muerte, pero impide vivir. No estáis vivos, hijos de este barrio nuestro, y no os permitirán vivir mientras temáis a la muerte.

Uno de los asesinos dijo:

—Aquí.

Otro se opuso:

—Allí la tierra está más blanda.

Se le encogió el corazón, aunque no había entendido el sentido de sus palabras: en cualquier caso hablaban la lengua de la muerte. El tormento de la espera se hizo tan insoportable que estuvo a punto de gritarles: «No me matéis», pero no lo hizo. De repente, el saco cayó al suelo. Arafa gimió, chocó de cabeza contra el suelo, y fue como si el dolor le rompiera el cuello y la columna vertebral. Esperó que de un momento a otro cayeran sobre él los garrotes o algo peor. Maldijo la vida, a causa de la maldad, aliada de la muerte. Oyó decir a Yunus:

—Cavad de prisa, a ver si volvemos antes del amanecer.

¿Por qué cavarían la tumba antes de matarlos? Le pareció que tenía sobre el techo la montaña de Muqattam. Oyó un gemido que reconoció como de Auátif, y de su cuerpo encadenado surgió un violento movimiento. Luego el ruido de las palas llenó sus oídos. Se asombró de la dureza de corazón de aquellos hombres. Entonces dijo Yunus:

—Os arrojarán en el fondo de la fosa, luego verterán la tierra sobre vosotros y ningún hombre os hará ningún daño.

Auátif gritó a pesar de su agotamiento. Arafa, desde el fondo de su alma, clamó en una lengua que nadie conocía. Manos violentas los levantaron y arrojaron a la fosa, la tierra cayó y el polvo se elevó en la oscuridad.

## 114

PRONTO se supo el fin de Arafa en todo el barrio, aunque nadie averiguó las verdaderas causas de su muerte; por conjeturas, sin embargo, supieron que había irritado a su señor y que éste había dispuesto su fatal destino. Durante algún tiempo se dijo que Arafa había sido asesinado con el arma mágica con que él había matado a Saad Alláh y a Gabalauí.

Todos se alegraron de su muerte a pesar de que odiaban al administrador: eran muchos los que le odiaban, además de los partidarios de los caciques y de sus colaboradores. Se alegraron por la muerte del hombre que había matado a su respetado antepasado y que había dado al injusto administrador un arma temible con que humillarlos para siempre. El futuro parecía sombrío, o todavía más sombrío, con el poder concentrado en una sola mano cruel, y sin la esperanza de que una pelea entre el administrador y Arafa acabara debilitándolos y llevase a uno de los dos a buscar ayuda entre la gente del barrio. Al parecer, ya no les quedaba más que someterse y considerar el testamento y sus condiciones y las palabras de Gábal, Rifaa y Qásem como sueños perdidos, buenos a veces, como melodías para el rabel, pero no para los tratos de esta vida.

Un día un hombre abordó a Umm Zunful cuando iba a Darrasa. Y la saludó diciendo:

—Buenas tardes, Umm Zunful.

La confitera fijó la vista en él y exclamó, llena de asombro:

—¡Hanas!

—¿El difunto no dejó nada en tu vivienda la noche que lo cogieron? — le preguntó Hanas, sonriendo.

Umm Zunful contestó con el tono de quien quiere apartar de sí toda sospecha:

—¡No dejó nada! Le vi arrojar unas hojas a la chimenea de ventilación y me deslicé hasta allí al día siguiente; sólo encontré entre la porquería un cuaderno que no servía para nada, así que lo dejé allí.

Los ojos de Hanas brillaron con una extraña luz y dijo esperanzado:

—Ayúdame a encontrarlo. La vieja huyó diciendo:

—Apártate de mí. Si no hubiera sido por la misericordia de Dios, habrías perecido con Arafa.

Hanas le puso en la mano una moneda para calmar su temor, y se citaron a última hora de la noche, cuando durmiesen los espías. A la hora acordada, Hanas, guiado por la confitera, se deslizó hasta llegar a la parte baja de la chimenea. Encendió una vela, se sentó sobre los talones entre montones de basura, y se puso a buscar el cuaderno de Arafa. Examinó los montones hoja a hoja y trapo a trapo, metió los dedos en la ceniza, en el polvo, en los residuos de tabaco y en los restos medio podridos de alimentos, pero no dio con el cuaderno. Subió a la casa de Umm Zunful y le dijo con irritada desesperanza:

—No he encontrado nada. La confitera gritó, enfadada:

—¡No quiero tener nada que ver con vosotros! ¡Dondequiera que vais os siguen las desgracias!

—¡Tranquilízate, mujer!

—¡El presente no nos ha dejado ni calma ni cordura! Dime por qué te interesa ese cuaderno.

Hanas vaciló un poco.

—Es el cuaderno de Arafa.

—¡Arafa! Dios lo perdone. Mató a Gabaloui, le dio al administrador su magia y desapareció.

Hanas dijo, apenado:

—Era uno de los mejores hijos de nuestro barrio, pero la suerte lo traicionó. Quería para vosotros lo mismo que Gábal, Rifaa y Qásem, o



todavía algo mejor.

La mujer le miró incrédula y dijo para librarse de él:

—Quizá recogieron ya la basura entre la que estaba el cuaderno. Búscalo en el quemadero de Salihya.

Hanas se fue al quemadero de Salihya y preguntó por el basurero del barrio de Gabalau.

—¿Buscas alguna cosa perdida? —quiso saber el basurero.

—Un cuaderno...

En los ojos del otro brilló una mirada suspicaz, pero le dijo a Hanas, señalando un rincón en la habitación contigua al baño:

—Que tengas suerte. Lo encontrarás ahí si no lo han quemado ya.

Hanas empezó a buscar en la basura con paciencia y esperanza. No le quedaba otra cosa en esta vida. Su esperanza y la esperanza del barrio. Habían matado al infortunado y fracasado Arafa, que sólo dejó tras de sí iniquidades y mala fama. Aquel cuaderno podía corregir sus errores, acabar con sus enemigos y resucitar las esperanzas del barrio, ahora tan sombrío. De repente el basurero preguntó:

—¿No has encontrado lo que buscas?

—Dame tiempo, y que Dios te lo pague.

El hombre se rascó el sobaco mientras preguntaba:

—¿Qué importancia tiene ese cuaderno?

—Recoge las cuentas del taller. ¡Las verás por ti mismo! —contestó Hanas, impulsado por una inquietud repentina.

Continuó la búsqueda, a pesar de que sus temores crecían, hasta que oyó decir a una voz conocida:

—¿Dónde está la olla de habas, encargado?

Le tembló el corazón al oír la voz de Súnkul, el vendedor de habas. No se volvió, pero se preguntó con angustia si lo reconocería aquel hombre, si no sería mejor huir. Apresuró la búsqueda; sus manos parecían un conejo excavando una madriguera.

Súnkul volvió al barrio para decir a todo el que se encontraba que había visto a Hanas, el compañero de Arafa, en el quemadero de Salihya y que, según le había contado el basurero, buscaba un cuaderno entre los

desperdicios. Apenas llegó la noticia a la casa del administrador, un grupo de criados fue al quemadero, pero no encontraron a Hanas. Cuando preguntaron al basurero, éste contestó que había ido a resolver un asunto, y que cuando volvió, Hanas ya se había ido, e ignoraba si había encontrado o no lo que buscaba. Nadie sabe cómo la gente empezó a contarse en susurros que se trataba del cuaderno de magia donde Arara anotaba los secretos de su arte y de sus armas, cuaderno que se perdió cuando intentó huir, y que habían llevado entre las basuras al quemadero de Salihya, donde Hanas lo encontró. Las noticias se difundieron de fumadero en fumadero: Hanas completaría lo que había empezado Arafa y volvería al barrio para tomar cumplida venganza del administrador. Afirmaban los rumores y las suposiciones que el administrador había prometido una gran recompensa a quien le llevase a Hanas vivo o muerto, tal como habían anunciado sus mismos hombres en fumaderos y cafés. Ya nadie dudó del papel que desempeñaría Hanas en sus vidas. En todos los ánimos nacieron la alegría y el optimismo y saltaron hasta muy lejos, sobre la espuma de la desesperación y el servilismo. Los corazones se llenaron de afecto por Hanas en su desconocido exilio, y el afecto se extendió al recuerdo del mismo Arafa. La gente deseó colaborar con Hanas en su enfrentamiento con el administrador, pues quizá consiguiesen, ayudándolo, la victoria para ellos y para el barrio, y la garantía de una vida mejor, de justicia y de paz. Se propusieron ayudarlo, si encontraban el modo de hacerlo, considerándolo el único medio de salvarse, pues se daba por indiscutible que no se podía vencer la fuerza mágica que poseía el administrador más que con una fuerza semejante, con la que quizá contase Hanas. Llegó a conocimiento del administrador lo que la gente murmuraba y sugirió a los poetas de los cafés que cantasen la historia de Gabaloui, especialmente su muerte a manos de Arafa, y cómo el administrador se había visto obligado a pactar una tregua con él y tratarlo amistosamente por temor a su magia, hasta que se hizo dueño de ella y lo mató para vengar al gran antepasado.

Lo curioso es que las gentes oían las mentiras del rabel con indiferencia e ironía, y su terquedad llegó hasta tal punto que dijeron: «No nos importa el pasado, no tenemos más esperanza que la magia de Arafa, y si nos

hubieran dado a escoger entre Gabaloui y la magia habríamos escogido la magia».

Y poco a poco la verdad acerca de Arafa fue descubriéndose. Tal vez se propagó desde la casa de Umm Zunful que supo muchas cosas acerca de él a través de Auátif, en la época que vivió con ella. Tal vez fuese el mismo Hanas, en encuentros que tuvo con habitantes del barrio en lugares lejanos. Lo importante es que la gente supo apreciar a Arafa y lo que buscaba para el barrio con su magia: una vida tan maravillosa como los sueños más encantadores. La verdad produjo en sus almas la impresión de lo maravilloso, engrandeciendo su memoria y elevando su nombre por encima de Gábal, de Rifaa y de Qásem. Unos dijeron que no podía ser el asesino de Gabaloui, como habían pensado; otros, que era el primero y él último de los hombres del barrio aunque fuera el asesino de Gabaloui. Y se enorgullecieron de él y cada distrito lo reclamó como suyo.

Y ocurrió que empezaron a desaparecer algunos jóvenes del barrio. Se dijo, para explicar su ausencia, que se habían dirigido a donde estaba Hanas, uniéndole a él, y que Hanas les enseñaba la magia, preparándolos para el día de la liberación. El miedo se apoderó del administrador y de sus hombres, y los espías escudriñaron en los rincones, registraron los cuartos y las tiendas, impusieron los castigos más crueles por las faltas más nimias, y dieron de garrotazos por cualquier mirada, chiste o risa, hasta que el barrio vivió en un ambiente sombrío de miedo, odio y temor. Pero la gente soportó la injusticia con entereza y buscó refugio en la paciencia. Todos se aferraron a la esperanza, y cada vez que les oprimía la injusticia decían: «La opresión ha de tener un final, como a la noche le sigue el día, y veremos en nuestro barrio la caída de los tiranos y el amanecer de la luz y de los prodigios».





NAGUIB MAHFUZ (1911-2006). Licenciado en Filosofía por la Universidad de El Cairo, comenzó una carrera como funcionario que duraría toda su vida. Trabajó en el Ministerio de Asuntos Religiosos, al tiempo en que colaboraba en diversos periódicos y comenzaba a escribir. Más tarde trabajó en el Ministerio de Cultura, en el Ministerio de Dotaciones y desamortización, fue director de censura en la Oficina de Arte, director de la Fundación para el apoyo al Cine y asesor del Ministerio de Cultura hasta su jubilación. Escribió varios guiones cinematográficos y varias de sus novelas fueron llevadas al cine. En el año 1988, obtuvo el Premio Nobel de Literatura, siendo el primer escritor en lengua árabe en conseguirlo.